

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

APOYO MUTUO Y CONVIVENCIA
VECINAL EN EL DISTRITO MADRILEÑO
DE TETUÁN.
EXPERIENCIAS DE TRANSFORMACIÓN
SOCIAL DESDE LOS MÁRGENES

TESIS PRESENTADA POR RUTH IVONNE HERRERA PINEDA PARA LA
OBTENCIÓN DEL GRADO DE DOCTOR EN CIENCIAS HUMANAS

BAJO LA DIRECCIÓN DE CARLOS GIMÉNEZ ROMERO Y TIAGO CASTELA



MADRID, 2021

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y
PENSAMIENTO FILOSÓFICO ESPAÑOL

Agradecimientos

La longitud de estos agradecimientos es inevitable. La norma de reciprocidad me obliga. Más teniendo en cuenta que el camino no ha sido fácil y que esta tesis se ha basado en el apoyo mutuo desde las raíces. La vida ha sido generosa conmigo, pues he conocido a muchas personas que me han dado un trocito de lo mejor que tienen y eso en sí mismo es un universo. A veces sólo un gesto ha cambiado el rumbo de las cosas, me ha ayudado a comprender de otra manera y me ha dado fuerza. Quizá ellas no lo sepan. Estas personas han hecho posible este estudio, sin ellas no habría andado este camino. Hoy quiero agradecerles. En primer lugar, gracias a todas las personas que han protagonizado este estudio, porque son ellas y ellos quienes lo han llenado de vida y de sentido, pero también porque sus esfuerzos, sus ganas y sus esperanzas han sido inspiración para mí y para muchas personas en los buenos y en los malos momentos. Gracias por vuestra generosidad en permitirme acompañar vuestros pasos. Este esfuerzo se queda pequeño ante lo que yo he visto, la belleza y la calidad humana de vuestras acciones siempre me conmoverá, y me recordará que este mundo, a pesar de todo, es profundamente maravilloso. Ojalá este trabajo ensanche nuestras capacidades y contribuya a construir eso tan preciado llamado justicia social. Aquí sólo nombraré a algunas personas, pero sabéis que os agradezco a todas y a todos, que permanecéis en mi memoria y que estáis aquí presentes. Os llevo en mi mente y en mi corazón.

Gracias... Paquita, por tu energía inigualable, por tu chispa, porque la transformación no la entiendes sin la risa, por amar tanto la vida y enseñarme que *re-cordis* es volver a pasar por el corazón. Juanma, por el cariño y la belleza que has regalado a un territorio, por ese universo tan hermoso, amplio y diverso del huerto, un vergel de alegría; por tu apoyo y confianza en mi trabajo. Ángeles, por encarnar la memoria de un pueblo, por vuestra lucha que es nuestra lucha, por tu delicadeza llena de fuerza. Carlos Pereda, por tu mirada crítica y por ser tan buena gente. Por revisar el manuscrito y por tus comentarios que han enriquecido este estudio. Qué suerte tenerte como compañero, con tu ejemplo y compromiso comprendí el valor social de la investigación. Sami, por tu fuerza llena de dignidad, por mostrar un universo con tus pasos. Javi, agricultor, por tu entusiasmo, por ser creador de mundos, por amar la tierra, por nuestra amistad inmediata. Isa, por tu fuerza y tu

convicción, por tu sentido de la justicia, por ser empuje e inspiración para tantas personas. Martín, por recrear el barrio todos los días, por tus gestos y tu música. Ana, por tu empatía y tu compromiso, por tu viaje y nuestros paseos. Isma, por tu empeño, por tu conciencia y tu gracia, por trazar puentes entre mundos. Consuelo, por tu energía que es un imán, por ser tejedora entre mujeres. Carlos López, por tu apoyo crucial, por tu delicadeza, por practicar lo que piensas. Gloria, por tu entereza, tu valentía, por caminar mundos tan distintos. Anwar, por tu coraje, tus risas y tu hospitalidad. Carmen, por tu lucha por la vivienda, por tu dulzura y tu fortaleza. Mon, por dar voz y saber escuchar, por ser observador y dar los *Buenos días a Tetuán*. Inma, por moderar y clarificar, por tu capacidad de síntesis, por tu ironía. Bienve, por tu constancia y tu talento. Javi, por *quedarte* en Ventilla a la que visitas a tu madre, por tu serenidad que es vida en el huerto. Magda, por tu firmeza y tu capacidad de observación. Antonio, por tus desplazamientos andando, por tu ímpetu y tu carisma. Victoria, por tu confianza en hablarme de tu nieta, por tus esfuerzos y tu bondad. Álvaro, por tu disposición a echar un cable, por confiar en la acción directa. Carmen A., por tu presencia tan especial, por inspirar calma y determinación en el banco. Luismi, por tu trabajo complejo y subterráneo, por tu discreción tan única. Carmen ventillera, por traspasar barreras generacionales, por salir a ver lo bonito del barrio. Jul, por tu voz cálida, tu alegría transformadora y tus *Magnolias de Acero*. Jess, por abrirme tu casa, por tu perseverancia y por impulsar a tantas compañeras. Diego G., por tu generosidad y tu sensibilidad, por captar con la cámara los universos de Tetuán y darle otra dimensión a lo cotidiano. Victoria, por amar Ventilla y revestirla de humor. Esther, por tu sencillez, por involucrarte en el barrio y con ello inspirar a otras mujeres. Mila, por volver al huerto. Y podría seguir y seguir. Tetuán es su gente. Son muchas personas las que nombro y las que debería nombrar. “¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?”... Vuestros pasos (re)construyen el mundo. Qué suerte la mía encontrarme con vosotrxs.

De manera simultánea me gustaría agradecer de manera especial a mi familia, por todo el apoyo, el amor y el empuje que me han dado todo este tiempo, toda mi vida. Por ser el cobijo, el impulso y el lápiz con el que dibujar esbozos del mundo. A mis dos padres, por todo su amor y su esfuerzo, desde que eran unos chiquillos. Por ser valientes pero también tiernos, y por haberse enfrentado al mundo, al más cercano y al más extenso. Por su viaje migratorio lleno de soledad, por abrirnos

horizontes amplios. A mi madre, de bello nombre: Esperanza. Porque ella apuesta por el presente y por el porvenir, porque siempre nos acompaña y nos hace más fuertes. Y es compañera en el mejor de los sentidos: acompaña, escucha, apoya, comparte, ríe, y de manera casi invisible, enseña. Siempre enseña. Gracias por tanto y por hacer las cosas tan fáciles y tan queridas, por traspasarlo todo con esa luz. Lo más valioso que hay en mí es gracias a su presencia, a su delicadeza y a su extraña sabiduría de pocas palabras. Gracias por ser tan inspiradora desde los detalles más pequeños. Por tantos esfuerzos, pero también por ser rebelde cuando hay que serlo, por ese sentido tan sincero de lo que significa equidad, por ser tan valiente y disfrutona, por reír tanto, ser una andariega, amar la vida y florecer. Guardo en mí el mejor ejemplo y eso, mamá, es casi tan valioso como la salud. A mi padre, por todos sus ánimos y su apoyo, por su impulso de vida, su capacidad de reinventarse y abrazar todo aquello que lo inspira a seguir. Por su risa de niño, por creer en sí mismo, por dibujar, cantar y escribir cuando le sale del alma. Por responder al racista rompiendo sus esquemas. Por enseñarme la importancia del trabajo honrado y el amor por la tierra. Gracias, papá, porque todo ese tesón desde jovencito siempre me inspirará a esforzarme. ¡Y qué gratitud guardo a la vida por salir de ese marzo tan duro y seguir juntos! A Judith, mi hermana, por su fuerza y su corazón gigante de bondad, por sus pasos, por su ternura. Gracias por vestirme de flores, por sonreír construyendo tu revolución sin eslóganes, por darme tu mano y caminar juntas toda la vida. Por tu sabiduría natural, por tu inteligencia práctica. No sería quien soy sin ti. Gracias por todo tu apoyo, por poner los medios y el corazón, por tener las palabras exactas que me impulsan, por repetirme “tu investigación es algo precioso, disfrútala”. Ay, y gracias por los cafecitos junto a mamá, por crear las tres un universo musical único. A Álvaro, por su cariño y por su risa, por ser nuestra familia, por sus abrazos gigantes, por el Flokito. Por tu camino y toda tu valía, por ser tan buena gente y por lanzaros a cumplir sueños. A Lu, por traer más realismo e inocencia a este mundo veloz. A Jorge, mi amor y mi compañero de vida. Porque te cruzaste en mi camino y revolucionaste mi mundo. Gracias de corazón por todo tu apoyo. Porque no hay una persona como tú en el mundo entero. Gracias, mi amor, por construir mi más bello ejemplo de apoyo mutuo. Tu generosidad y sencillez casi te definirían, pero tú siempre te escapabas y no te dejabas definir. Gracias por regalarnos tantas risas, iluminarlo y aligerarlo todo, como sólo tú sabes hacer. Por ser un autodidacta y

compartir lo que sabes: Gracias. Por crecer juntos y hacer equipo, hacer tribu, hacer colonia felina. Por la huerta y lo que está por venir. Porque me has sostenido en los peores momentos y has compartido mis alegrías, por quererme tan bien. Porque eres quien mejor me ha comprendido en todo este periplo, por no dejarme en soledad en mis inicios con la escritura, y tampoco al final de los finales. Tu honradez y respeto por el conocimiento tienen los ojos de un niño y de un filósofo antiguo, tu asombro y fascinación por lo vivo yo sólo lo he visto en ti. Eres una persona excepcional, la más impresionante que conozco. Veo tu luz todos los días y eso me hace feliz. Gracias infinitas por darme fuerza en toda esta aventura.

También gracias a mis astros satélites, al tío Raúl, por ayudarnos tanto y siempre, por contarnos historias tomando el café, por cuidarnos con mimo cuando más lo necesitábamos, por enseñarnos mundos distintos. A Nathalie, por su valentía y sus carcajadas, por jugar tanto conmigo y burlarse siempre de las fronteras. A Mariasol, por cantarle a la vida. A los primos quiteños, por su fuerza y su ternura. A Talía, por cuidarnos tan bien en un momento decisivo. A los abuelitos lojanos, que están en mi memoria, por inculcarme el gusto por la conversación y el contacto con la tierra, por los interminables cafés, por tantos paisajes andados y contemplados con largavistas. A los abuelitos macareños, por sus esfuerzos, su humildad y su dignidad. A la Puni, por su fuerza cósmica y su desparpajo, por su lucha y sus sonrisillas. Por ser valiente desde chiquilla. Por ser mi familia querida desde el primer instante, por todos sus cuidados, cariño e inspiración durante todo este tiempo. Y cómo no, por su comida, que es puro arte y goce: sublima lo común y conecta con lo importante. A Ramón, por los libros que me regaló, las lecturas que me descubrió, y las horas que conversamos, por su gusto musical exquisito, por escribir *Musiké*. Gracias por descifrar mis intereses y sorprenderme siempre, y gracias por ser el mejor librero en Gamonal. A la Roci, por su cariño y su alegría, por su salero. A Silvi, por ser mi amiga del alma, por sus ánimos, su risa contagiosa, su curiosidad y por sacar lo mejor de las situaciones. A Nuri y Álex, por su cariño y sus ánimos, por ser junto a Silvi, mis tres parleñas. A Edu, por su coraje, por nuestra amistad, por ser la mejor introducción que podía imaginar en la antropología. A Julie, por dibujar cómics en su viaje personal. A mi Javichu, por ser el traductor más especial, por escribir ese libro precioso que me conmovió hasta las lágrimas. A Nico, por transformar la facultad con su compañía. A Pepe, por acogerme en su casa como

un amigo de toda la vida. A Anne, por ese cartelito en el aeropuerto antes de conocerme. A Catarina, por hacer de Coimbra y de cuatro paredes algo inolvidable. A Natalia, por nuestros tesitos, por ser mi amiga vecina. A Mar, por nuestra amistad única, como de primas. A Eugenio, por ser un artista de Parla, por regalarme el valor de los grises y mostrarme la magia de un caparazón de erizo, por tus frases lapidarias llenas de humor. Pero sin duda, una persona muy especial, que me ha impulsado, y que ha sido determinante para que esta tesis vea la luz es Pilar Plaza. Gracias infinitas, Pilar, por enseñarme el significado del *don*: una ofrenda donde se juega aquello que somos, una huella que se expande en el mundo. Has sido mi compañera en este periplo, como si fueras una luciérnaga en mitad de la noche. Me has compartido herramientas para afrontar cualquier camino y lo has hecho con tu talento tan indescriptible. Allí donde vaya seguiré impresionándome de la calidad de persona que encontré en un momento crucial. Seguiré caminando con tu compañía en mí, ensayando ese realismo que ensancha horizontes. No existen palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mí. Culminar esta tesis de algún modo es una manera de decirte Gracias.

Y, por último, y no menos importante, a ese mundo académico y científico creado y transformado por personas concretas. Primeramente, a mis dos directores de tesis. Gracias, Carlos Giménez, por apoyarme en este viaje, por llevarme al estudio de las migraciones y las relaciones vecinales, y por confiar en mí hace ya muchos años, cuando venir de filosofía parecía un obstáculo. Gracias por tu confianza porque me permitió dar mis primeros pasos en la antropología, pero además me has brindado un espacio para desarrollar mi propio camino. También gracias por tener siempre una buena palabra y una sonrisa, por tus ánimos y tu calidez que siempre han transformado las cosas. Por poner lo que estaba en tus manos cuando lo necesitaba, y de manera especial por este último maratón en un momento tan delicado. Gracias, Carlos, te deseo mucha salud y disfrute en esta nueva etapa, que espero sea maravillosa. Gracias también a mi otro director, Tiago Castela, quien no podrá imaginar nunca lo que hizo por mí. Por haber sido un punto de inflexión, por devolverme el entusiasmo, por sus comentarios siempre tan precisos y oportunos. Siempre le estaré agradecida por ser un ejemplo de rigor, por su elegancia en las formas y su cercanía tan única. Gracias por proponerme retos con lecturas que me han abierto mundos, por invitarme a andar caminos no trillados y por borrar las

fronteras disciplinarias con tu mirada etnográfica. Pero sobre todo gracias por la atención que le has dado a mi trabajo, por tu precisión y por tu cuidado, porque lo has hecho crecer como una planta llena de vida. Esta investigación y la investigadora que soy en gran parte es gracias a ti. Decir gracias se queda corto si te digo que tu ejemplo permanece en mi memoria en los pequeños detalles, me hace recordar que otro tipo de academia no solo es posible, sino que es real, y me hace querer compartir conocimiento como tú lo has hecho conmigo. Por otra parte, gracias, Héctor Grad, por tus consejos, porque fueron fundamentales para que yo hiciera una estancia internacional, que ha sido el mejor momento de mi vida académica. Gracias por ese gesto tan pequeño y crucial en mi trayectoria investigadora. Gracias también Mario Ortí, por permitirme formar parte de tu equipo de investigación, por tu confianza, porque esa experiencia fue algo importante para mí. Y de manera póstuma, porque la gratitud vive, gracias a Larissa Adler Milstein, por ser mi primer referente como antropóloga, y por recibirme en su casa de México con una cercanía y amabilidad que nunca olvidaré. Y, por último, a dos profesores, fundamentales en mi vida que, aunque no lo imaginen, han sido parte de esta tesis. Miguel Reyes, profesor de Yoga Iyengar de la UAM, por transformar el campus en algo completamente distinto, por darle el equilibrio que necesita, desde el cuerpo vivo que siente y se expresa. Gracias por mostrarnos el significado de *límite*, un punto exacto que debe ser buscado, conocido y respetado. Tu precisión, tu talento y tu actitud frente al mundo dejaron huella en mí. Por último, a Santiago Jiménez Ruiz-Alejos, mi profe de griego en bachillerato. Gracias por despertar en mí una curiosidad inmensa por el lenguaje y por las sociedades, por ampliar infinitamente mi mundo. Por hacer que me sorprendiera de todo lo que había en mí. Cuando me extravió vuelvo a esos momentos, soy feliz, y ya sé por dónde caminar.

Finalmente, quiero agradecer a ese ente abstracto pero concreto llamado Estado de Bienestar, por permitirme estudiar en la universidad pública. Y a la UAM, por crear becas menores como las “Ayudas para el Inicio de Estudios de Posgrado” o las becas de estancia en el extranjero, así como por la gran oferta de deportes y recursos bibliotecarios. Todo ello ha sido fundamental para mí.

Resumen

Esta tesis busca comprender procesos de apoyo mutuo y convivencia vecinal en la ciudad contemporánea. Para ello se ha llevado a cabo una investigación etnográfica situada en el distrito madrileño de Tetuán. Se trata de un contexto urbano en el que se experimenta un acelerado proceso de desigualdad social y económico, como parte de la transformación neoliberal que está moldeando la ciudad de Madrid, cuyas expresiones más críticas se dan en unas relaciones espaciales y políticas cada vez más asimétricas. Concretamente este estudio se centra en la zona de Tetuán con menores rentas, donde históricamente se han construido iniciativas vecinales muy diversas para responder a un conjunto amplio de necesidades no cubiertas. La irrupción del 15M en España en el año 2011, como movimiento de repolitización de las bases populares, abrió un nuevo momento para la historia social de este país, y para contextos locales como Tetuán. Sin embargo, esta larga crisis sistémica, iniciada en el año 2007, ha tenido dos resultados. Se han ensayado múltiples formas de participación ciudadana y de redefinición de los vínculos sociales en los vecindarios, que son diversas manifestaciones del derecho a la ciudad. Pero, por otro lado, las políticas neoliberales han agudizado la brecha de la desigualdad en el conjunto de España y han debilitado un Estado de Bienestar cada vez más frágil.

En este contexto, las iniciativas colectivas de base popular, especialmente las de carácter reivindicativo, han situado explícitamente la idea de apoyo mutuo en el centro de sus imaginarios sociopolíticos. Sin embargo, son escasos los estudios recientes que atienden de manera directa al concepto de apoyo mutuo. Ahora bien, desde la emergente literatura académica sobre los comunes, se han desarrollado dos enfoques que entroncan con el concepto de apoyo mutuo. Uno centrado en la autogestión eficiente de recursos comunes en la ciudad, poniendo especial atención a la organización social y política. Y otro, desarrollado por la corriente neomarxista, que entiende estas prácticas colectivas como resistencias al neoliberalismo, y como respuestas a los procesos de acumulación por desposesión y cercamiento de bienes comunes, característicos del capitalismo. Estos enfoques analizan experiencias estrechamente relacionadas, pero en cierto modo presentan desarrollos teóricos paralelos, sin profundizar aún en sus conexiones. Por otra parte, ambos enfoques tienden hacia la generalidad y no tanto hacia el análisis de la especificidad de

prácticas concretas en contextos determinados y menos aún a enfoques comparativos.

La presente investigación se propone precisamente transitar entre ambos enfoques, como manera de interpretar las prácticas de apoyo mutuo, tanto en su organización interna y externa, como en su papel antagonista al neoliberalismo. La perspectiva adoptada para emprender esta tarea sigue el concepto lefebvriano de producción del espacio-tiempo social, donde lo cotidiano es pensado como el ángulo desde donde comprender la complejidad social y particularmente, la construcción de derecho a la ciudad. La contribución específica de esta investigación etnográfica consiste en entender lo cotidiano como práctica socioespacial en diálogo con el concepto de apoyo mutuo. Para ello se retoman las interpretaciones del anarquismo y de los marxismos críticos, que entienden el apoyo mutuo como una producción paradigmática de los sectores populares, capaz de aunar agenciamiento político, horizontalidad y acción directa. Ambas corrientes señalan además que los múltiples procesos de subjetivación política se generan y se insertan en economías comunitarias. Para comprender en profundidad estos procesos, la antropología social y cultural tiene herramientas específicas, dos de ellas con amplio desarrollo en esta disciplina. Se trata de la reciprocidad y de la convivencia intercultural, que en esta investigación son entendidas como herramientas conceptuales para el análisis de procesos micro, capaces de incidir especialmente en los lazos sociales.

La especificidad del apoyo mutuo en Tetuán se ha interpretado desde una etnografía multisituada que dialoga con estas bases teóricas y plantea un enfoque comparativo entre diversas experiencias de apoyo mutuo, con distintos niveles de organización social y distinta distribución espacial. La base de toda la investigación ha sido la observación participante. Pero esta compleja muestra de experiencias ha requerido una metodología capaz de adaptarse a los diversos procesos analizados, combinando distintas técnicas de investigación cualitativa. En primer lugar, se analizaron prácticas en un nivel personal entre vecinos y vecinas del barrio madrileño de la Ventilla de distintos orígenes geográficos, en particular, las relaciones de convivencia y conflicto vecinal, y tres redes personales de reciprocidad. En este nivel se utilizaron las técnicas de observación participante y

entrevista en profundidad, pero también se inició el análisis de redes sociales, a través de la elaboración de sociogramas.

En segundo lugar, se analizaron seis proyectos vecinales autogestionados con planteamientos colectivizantes a distintas escalas y ubicados en distintos barrios de Tetuán. Por un lado, el 15M de Tetuán, con sus tres comisiones: el colectivo de vivienda Tetuán Resiste; el Banco de alimentos 15M Tetuán e Invisibles de Tetuán, dedicado a problemáticas de pobreza. Estas iniciativas vecinales están centradas en la autogestión y la participación ciudadana, y tienen un carácter reivindicativo. Por otro lado, la asociación vecinal Ventilla-Almenara, con sus dos proyectos: el huerto urbano de la Ventilla y un grupo de mujeres mayores llamado “Porque yo lo valgo”. Estas iniciativas se centran en la promoción del encuentro vecinal como manera de reactivar el tejido social del barrio. En este nivel de análisis ha sido crucial la participación prolongada en estos colectivos. Las técnicas utilizadas han sido más diversas: observación participante, participación observante, entrevistas en profundidad, historias de vida, pero también metodologías participativas como el análisis Fortalezas, Oportunidades, Debilidades, Amenazas (DAFO) o la Investigación Acción Participante (IAP).

En suma, se ha desarrollado un estudio que ha interpretado el apoyo mutuo, como una diversa reorganización de lo cotidiano, capaz de producir distintas espacialidades: desde lo personal, que presenta una organización más delimitada pero también una apertura hacia la diversidad, hasta proyectos colectivos, con un trabajo en red altamente organizado, donde interactúan diversos actores sociales conectando realidades diferenciadas. De este modo ha sido posible rastrear las múltiples dimensiones del apoyo mutuo y en última instancia lograr una interpretación holística de estos procesos colectivos en la ciudad, donde están presentes tanto el conflicto, las divisiones o el enfrentamiento, como las sinergias, las alianzas y las construcciones sobre lo común. Mediante el análisis de estas prácticas de apoyo mutuo es posible comprender el Tetuán que se (re)construye continuamente desde iniciativas vecinales. Lo que visibiliza este estudio son los diversos agenciamientos sociopolíticos en un momento clave de transformación de la ciudad de Madrid. A diferencia del Tetuán del margen derecho, que es un área elitista y financiera en expansión, el Tetuán del margen izquierdo concentra

situaciones de emergencia social y es un área cada vez más replegada en el espacio. Este Tetuán es un pueblo amenazado, por su ubicación inmediatamente próxima al núcleo financiero más importante de España. Pero este Tetuán amenazado también es una construcción colectiva de exuberante riqueza sociocultural, forjada desde las capacidades de la gente que lo habita. Su intenso uso cotidiano del espacio público es un reflejo tanto de su vida asociativa como de su historia de convivencia entre migrantes venidos de diversos lugares. Pero también es reflejo de las múltiples necesidades vividas en el vecindario que no son atendidas. En este entramado socioespacial de Tetuán se forja el apoyo mutuo, y con ello, también los vínculos sociales que permiten cuestionar el presente y el futuro de nuestras sociedades.

Overview

This thesis aims to understand processes of mutual support and neighborhood coexistence in the contemporary city. To this end, an ethnographic investigation has been carried out located in the Madrid district of Tetuán. It is an urban context in which an accelerated process of social and economic inequality is experienced as part of the neoliberal transformation that is shaping the city of Madrid. The most severe expressions of this urban transformation are the increasingly asymmetric spatial and political relations. More specifically, this study focuses on the lower-income area of Tetuán, where diverse neighborhood initiatives have been historically built to respond to a broad set of unmet needs. The emergence of 15M in Spain in 2011 as a movement to re-politicize the popular bases opened a new moment for the social history of this country, and for local contexts such as Tetuán. However, this long systemic crisis, which began in 2007, has brought about two consequences. First, multiple forms of citizen participation and redefinition of social ties in neighborhoods, which are various manifestations of the right to the city, have been tested. In addition, neoliberal policies have exacerbated the inequality gap in Spain as a whole and have weakened an increasingly fragile Welfare State.

In this context, popular collective initiatives, especially those of a vindictive nature, have explicitly placed the idea of mutual support at the center of their socio-political imaginariums. However, there are few recent studies that directly address the concept of mutual support. Within the emerging academic literature on the commons, two approaches have been developed in relation to the concept of mutual support. One focused on efficient self-management of common resources in the city, paying special attention to social and political organization. And another, developed by the neo-Marxist school, which understands these collective practices as resistance to neoliberalism, and as responses to the processes of accumulation by dispossession and enclosure of common goods, characteristic of capitalism. These approaches analyze closely related experiences, but in a certain way present parallel theoretical developments that lack direct connections yet. Both approaches tend towards generality and not so much towards the analysis of the specificity of concrete practices in given contexts and even less towards comparative approaches.

The present research aims precisely to move between both approaches, as a way of interpreting mutual support practices, both in their internal and external organization, and in their antagonistic role to neoliberalism. The perspective adopted to undertake this task follows the Lefebvrian concept of production of social space-time, where the everyday is thought of as the angle from which to understand social complexity and particularly, the construction of the right to the city. The specific contribution of this ethnographic research consists in understanding the everyday as a socio-spatial practice in dialogue with the concept of mutual support. For this, the interpretations of anarchism and critical Marxisms are reconsidered, because they help understand mutual support as a paradigmatic production of the popular sectors, capable of combining political agency, horizontality and direct action. Both currents also point out that the multiple processes of political subjectivation are generated and inserted in community economies. To understand these processes in depth, social and cultural anthropology has specific tools, two of them with extensive development in this discipline: reciprocity and intercultural coexistence. In this research they are understood as conceptual tools for the analysis of micro processes, capable of influencing social ties.

The specificity of mutual support in Tetuán has been interpreted in this thesis from a multi-sited ethnography that dialogues with these theoretical bases and proposes a comparative approach between various experiences of mutual support, with different levels of social organization and different spatial distribution. The basis of all research has been participant observation. But this complex sample of experiences demands a methodology capable of adapting to the various processes analyzed, combining different qualitative research techniques. In the first place, practices were analyzed on a personal level between neighbors of the Madrid neighborhood of La Ventilla of different geographical origins, in particular, the relationships of coexistence and neighborhood conflict, and three personal reciprocity networks. At this level, participant observation and in-depth interview techniques were used, but the analysis of social networks was also started, through the elaboration of sociograms.

In a second phase of the research, six self-managed neighborhood projects were analyzed. These projects had collectivizing approaches at different scales and

were located in different neighborhoods of Tetuán. On the one hand, the 15M of Tetuán, with its three commissions: the *Tetuán Resiste* housing group; the *Food Bank 15M Tetuán*, and *Invisibles de Tetuán*, dedicated to problems of poverty. These neighborhood initiatives are focused on self-management and citizen participation, and have also a vindictive character. On the other hand, the Ventilla-Almenara neighborhood association, with its two projects: the *Urban Garden of La Ventilla* and a group of older women called *Porque yo lo valgo (Because I am worth it)*. These initiatives focus on promoting the neighborhood meeting as a way to reactivate the neighborhood's social fabric. At this level of analysis, prolonged participation in these groups has been crucial. The techniques used have been more diverse: participant observation, observant participation, in-depth interviews, life stories, but also participatory methodologies such as Strengths, Weaknesses, Opportunities, Threats analysis (SWOT) or Participant Action Research (PAR).

In sum, this study has interpreted mutual support as a diverse reorganization of the everyday capable of producing different spatialities: at the personal level, with a more delimited organization but also an openness towards diversity, and at the level of collective projects, with highly organized networking, where various social actors interact connecting different realities. This way it has been possible to trace the multiple dimensions of mutual support and ultimately achieve a holistic interpretation of these collective processes in the city, where both conflict, divisions or confrontation are present, as well as synergies, alliances and constructions on the common. Through the analysis of these mutual support practices, it is possible to understand the Tetuán that is (re) built continuously from neighborhood initiatives. What this study makes visible are the various socio-political assemblages at a key moment in the transformation of the city of Madrid. Unlike Tetuán on the right bank, which is an elitist and financial area in expansion, Tetuán on the left bank concentrates situations of social emergency and is an area that is increasingly withdrawn in space. This Tetuán is a threatened town, due to its location immediately close to the most important financial center in Spain. But this threatened Tetuán is also a collective construction of exuberant sociocultural wealth, forged from the capacities of the people who inhabit it. His intense daily use of public space is a reflection of both his associative life and his history of coexistence among migrants from different places. But it is also a reflection of the multiple needs

experienced in the neighborhood that are not met. In this socio-spatial framework of Tetuán mutual support is forged, and with it, also the social bonds that allow questioning the present and the future of our societies.

Tabla de Contenido

| | |
|--|------------|
| Agradecimientos | 2 |
| Resumen | 8 |
| Overview | 12 |
| Capítulo 1. Introducción | 19 |
| 1.1. Antecedentes y evolución del estudio | 19 |
| 1.2. Objetivos | 27 |
| 1.3. Metodología..... | 30 |
| 1.4. Reflexividad en el trabajo etnográfico..... | 43 |
| 1.5. Organización de los capítulos | 55 |
| Capítulo 2. Marco teórico: la agencialidad política del apoyo mutuo | 59 |
| 2.1. Apoyo mutuo como práctica política e histórica..... | 59 |
| 2.1.1. Vida y lucha en común en la ciudad contemporánea | 60 |
| 2.1.2. Anarquismos | 71 |
| 2.1.3. Enfoques críticos marxistas..... | 85 |
| 2.1.4. Agencialidades políticas contemporáneas: los comunes urbanos..... | 91 |
| 2.2. La reciprocidad en el mundo micro de las interacciones | 96 |
| 2.3. La convivencia en disputa..... | 110 |
| 2.4. Notas finales sobre el concepto de apoyo mutuo..... | 126 |
| Capítulo 3. Marco teórico: Espacio como producción social | 131 |
| 3.1. Lo cotidiano como producción del espacio social | 131 |
| 3.2. Neoliberalismo como complejo entramado entre lo local y lo global | 141 |
| 3.2.1. Construcción neoliberal de la política y de la economía..... | 145 |
| 3.2.2. Construcción neoliberal del espacio | 151 |
| 3.3. Biopolítica del poder: el cuerpo como espacio político..... | 157 |
| 3.4. Ciudadanías insurgentes..... | 159 |
| 3.5. Notas finales sobre el marco teórico..... | 168 |
| Capítulo 4. Prácticas y discursos sobre el espacio en Tetuán | 170 |
| 4.1. Urbanismo y sociabilidad en Tetuán..... | 170 |

| | | |
|--------------------|--|------------|
| 4.1.1. | Notas históricas sobre Tetuán..... | 175 |
| 4.2. | La crisis como expresión de un todo..... | 182 |
| 4.2.1. | Crónica de una crisis anunciada..... | 183 |
| 4.2.2. | Las venas abiertas de España: emergencia social, acumulación y movilización popular | 189 |
| 4.2.3. | Tetuán en la ciudad neoliberal..... | 198 |
| 4.3. | Narrativas que recrean el espacio | 202 |
| 4.3.1. | El Tetuán objetivado: estigma e intervención | 203 |
| 4.3.2. | Tetuán subjetivado | 231 |
| 4.3.3. | Construcción de comunidades: simbolismo, sentido de pertenencia y recreación del espacio..... | 235 |
| 4.3.4. | Convivencia, conflicto y segregación espacial: el parque Rodríguez Sahagún | 246 |
| Capítulo 5. | Desigualdad y autogestión vecinal en Tetuán..... | 253 |
| 5.1. | Autogestión vecinal en Tetuán..... | 253 |
| 5.1.1. | Comisiones del 15M de Tetuán..... | 253 |
| 5.1.2. | Iniciativas de la Asociación vecinal Ventilla-Almenara..... | 255 |
| 5.2. | La cotidianidad como subjetivación del espacio | 258 |
| 5.2.1. | Paisajes vivos en movimiento | 258 |
| 5.2.2. | Trayectos cotidianos como reapropiación del espacio..... | 266 |
| 5.2.3. | Espacios abiertos y diversos: resignificando la ciudad | 270 |
| 5.3. | Antropología de la autogestión: construcción subjetiva del apoyo mutuo..... | 276 |
| 5.3.1. | Producciones del sujeto: de la fragilidad del yo a la potencia del nosotrxs.... | 278 |
| 5.3.2. | Dignidad como práctica de apoyo mutuo..... | 299 |
| 5.3.3. | <i>Salir adelante</i> como subjetivación política | 306 |
| 5.3.4. | Distinción, conflicto y reciprocidad | 310 |
| 5.4. | Espacios de lo político..... | 331 |
| 5.4.1. | Lo silencioso: el intercambio cotidiano como infraestructura..... | 333 |
| 5.4.2. | El paso al derecho | 337 |

| | | |
|---------------------|---|------------|
| 5.4.3. | Relación con la política institucional | 343 |
| 5.4.4. | Resistencias | 354 |
| Capítulo 6. | Invisibles de Tetuán: apoyo mutuo como práctica subversiva... | 360 |
| 6.1. | El trabajo colectivo como base | 361 |
| 6.1.1. | Visibilizar lo invisible. La importancia de los vínculos sociales | 365 |
| 6.1.2. | El acompañamiento..... | 369 |
| 6.2. | Instituciones como campo a reconstruir..... | 374 |
| 6.2.1. | Producción de conocimiento como traducción y altavoz | 379 |
| 6.2.2. | Trabajo en red..... | 382 |
| 6.2.3. | Derecho que debe ser mostrado | 388 |
| 6.3. | El gobierno de lo social en disputa | 392 |
| 6.3.1. | La cotidianidad en los centros de Servicios Sociales..... | 397 |
| Capítulo 7. | Lo cotidiano como infraestructura | 402 |
| 7.1. | Las relaciones cotidianas en la ciudad | 402 |
| 7.1.1. | Redes de reciprocidad..... | 404 |
| 7.2. | Tres redes personales de reciprocidad | 406 |
| 7.2.1. | Sara: <i>¡no voy a permitir que el mundo me hunda a mí!</i> | 407 |
| 7.2.2. | Pedro: <i>lo hago porque eso me nace de dentro</i> | 417 |
| 7.2.3. | Lucía: <i>Yo me siento mejor si yo me lo gano, aunque sea mentira</i> | 426 |
| Capítulo 8. | Reflexiones finales..... | 434 |
| Capítulo 9. | Concluding remarks | 443 |
| Referencias | | 452 |
| Apéndice I: | Redes personales de reciprocidad..... | 482 |
| Apéndice II: | El Tetuán subjetivado en imágenes..... | 485 |

Capítulo 1. Introducción

1.1. Antecedentes y evolución del estudio

La crisis económica iniciada en el año 2007 abrió un nuevo escenario sociopolítico en España. Desde entonces se ha intensificado un proceso de creciente desigualdad social, económica y política en el conjunto del país. Pero también se ha visibilizado la importancia de la solidaridad popular, no sólo para responder a nuevas carencias, sino también para reconstruir la vida cotidiana en las ciudades. La presente tesis doctoral analiza prácticas sociales de apoyo mutuo y convivencia vecinal en un contexto urbano, donde la polarización y las desigualdades sociales y económicas son cada vez más profundas. Esta investigación se sitúa en Tetuán, un distrito de Madrid, donde la dimensión espacial de la desigualdad es crucial. Este trabajo conjuga la perspectiva antropológica con estudios urbanos, para reflexionar sobre las ciudades contemporáneas y, en particular, sobre la diversidad de formas en que se construye la ciudad desde agenciamientos sociopolíticos contruidos por la propia ciudadanía. El objetivo general de esta investigación ha sido conocer de qué maneras el apoyo mutuo transforma diversas situaciones de desigualdad. Para ello se ha perseguido una comprensión lo más completa posible de la construcción del apoyo mutuo en la ciudad, atendiendo a sus diversas dimensiones: sociales, culturales, económicas, espaciales, políticas e históricas. Es decir, se ha tomado como referencia la perspectiva holística del enfoque antropológico que busca comprender en profundidad fenómenos sociales específicos.

En esta tesis la pregunta de investigación se ha construido como un proceso. El inicio de toda esta investigación comienza con un primer estudio de campo desde la antropología social, en el que se analizaron las relaciones vecinales de convivencia y conflicto entre personas de origen nacional e internacional en un contexto concreto de Madrid: el barrio de la Ventilla. Esta primera investigación fue realizada mientras estudiaba la licenciatura de Filosofía, gracias a una beca de colaboración en el departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español de la UAM. Este estudio se desarrolló en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i “Conflictividad y migración en contextos locales. Una aproximación teórico-práctica a la convivencia y la mediación”, dirigido por el profesor Carlos Giménez Romero, y

financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (referencia CSO2009-12516). Mi labor dentro del proyecto fue realizar trabajo de campo junto con mi compañero de equipo, Eduardo Tchipolo Tchapeseka, en uno de los barrios que conformaban la muestra global de la investigación, concretamente en el barrio de la Ventilla, donde analizamos de manera exploratoria situaciones de convivencia y conflicto vecinal. Como estudiante yo ya había tenido contacto previo con la antropología a través de una beca de intercambio internacional en Portoalegre, en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (Brasil). Pero ésta era la primera vez que incursionaba en el trabajo de campo y en los estudios específicos sobre migraciones y convivencia intercultural. De esta manera llego a Tetuán: por el azar. Y la Ventilla, y más tarde Tetuán, prácticamente desconocidos para mí, van ocupando cada vez más espacio en mi cotidianidad hasta convertirse en “mi barrio”, pues paulatinamente pasaba más tiempo allí que donde vivía y, además iba desarrollando vínculos cercanos con varias personas hasta el punto de que hoy en día varias de ellas forman parte de mi red de amistades.

Tras esta primera incursión en el campo y a partir de las reflexiones en torno a las relaciones vecinales en barrios de intensa diversidad sociodemográfica y espacial, finalmente defino la problemática del apoyo mutuo como objeto de mi segundo estudio, concretamente lo que será mi trabajo final de Máster en Antropología de Orientación Pública (en la Universidad Autónoma de Madrid). Este interés por el apoyo mutuo tiene su origen en los hallazgos encontrados en el campo en la primera investigación, que apuntaban a la intensificación de las relaciones de solidaridad vecinal a partir de la crisis económica. Esta temática conectaba también con mis intereses personales por conocer iniciativas colectivas, y con un creciente interés público por la idea de solidaridad vecinal, que comenzaba a tener cierta presencia en la prensa. Este interés se había renovado con el surgimiento del movimiento social del 15M¹ que ya desde sus inicios había puesto el foco en el trabajo en red. La temática de la solidaridad vecinal adquiriría matices nuevos, pues el 15M se centraba en una repolitización de los problemas cotidianos por parte de

¹ Su nombre viene del día en que surgió este movimiento, el día 15 de Mayo de 2011, como manifestación espontánea en la plaza de Sol en Madrid. Se trata del movimiento social más importante de la historia social reciente de España.

la ciudadanía, pero también ensayaba diversas formas de impugnación del modelo de democracia instaurado en la sociedad española. Además, en esta etapa ya había logrado trascender su primer momento de la plaza de Sol (plaza céntrica de Madrid, y lugar de irrupción del movimiento) hacia los barrios de las ciudades, por lo que era un momento clave para observar experiencias situadas que permitieran reflexionar sobre la solidaridad en tiempos de crisis.

Por otro lado, en la construcción de estos intereses actuaron también mis inquietudes intelectuales desarrolladas a partir de mis estudios en filosofía. Durante la licenciatura, la lectura de Nietzsche me había impresionado por la profundidad crítica con la que trataba la idea de solidaridad (Nietzsche, 2009 [1883], 2011 [1887]). Este autor confrontaba egoísmo a altruismo para visibilizar las bases de la civilización occidental, señalando las lógicas de autoritarismo y subordinación que habían construido y legitimado tanto instituciones como amplios procesos históricos. Y sobre todo incidía en la idea de autonomía y afirmación del individuo como clave de la construcción del sujeto moderno. Aunque la idiosincrasia y complejidad de la propuesta teórica de este autor excede los objetivos de este estudio, estas ideas fueron propulsoras de preguntas clave para esta investigación sobre apoyo mutuo, particularmente las relacionadas con las jerarquías y con la construcción de subjetividad en torno al individuo y a lo colectivo. Este tipo de preocupaciones están presentes en el primer estudio específico sobre apoyo mutuo, pero será en la última etapa donde se tratarán en profundidad.

Con estos antecedentes, por un lado, la experiencia de trabajo de campo en un barrio en el que las relaciones vecinales entre personas de distintos orígenes producían tanto encuentros como desencuentros, y algunas inquietudes tanto personales como intelectuales en torno a la solidaridad (que intento abordar no desde la filosofía sino desde la antropología social) me embarco en un diálogo con diversas propuestas teóricas con el fin de construir la pregunta central de mi investigación. Finalmente, esta pregunta quedará definida del siguiente modo: *¿qué papel desempeñan las prácticas de apoyo mutuo en la construcción de la ciudad contemporánea?* Esta pregunta es en sí misma un proceso, pues se irá transformando y “puliendo” en el transcurso de la investigación, como sucede con la especificación del concepto de apoyo mutuo frente al de solidaridad, o con la identificación de la

ciudad contemporánea como problema indisociable de la reflexión sobre el apoyo mutuo y la convivencia vecinal. Con esta pregunta buscaba situar el apoyo mutuo en un lugar y en un momento actual, es decir, reflexionar sobre procesos concretos y reales de apoyo mutuo que se estaban practicando en la ciudad en un contexto de crisis económica. Para responder a esta pregunta he realizado un trabajo etnográfico, pues considero que la descripción de prácticas concretas es el medio adecuado para comprender el sentido del apoyo mutuo y su contribución para la vida en la ciudad.

La hipótesis inicial que guio esta investigación fue que el apoyo mutuo era una respuesta a la crisis económica. Esta hipótesis se construyó a partir de los discursos recogidos en la primera aproximación al campo, que apuntaban a una intensificación de la solidaridad vecinal a raíz de la crisis económica. Y en efecto, a lo largo de la investigación se observó que la crisis económica había impulsado nuevas relaciones vecinales y específicamente aquellas que promovían el apoyo mutuo. Sin embargo, se encuentran importantes matices a lo largo de la investigación. Por un lado, se observa que el apoyo mutuo ha estado presente en los vecindarios previamente a la crisis y que ha tenido un papel relevante en su historia. Por otro lado, las transformaciones del espacio físico y social, así como procesos políticos, presentes tanto en la sociedad española como en contextos internacionales, aparecen como realidades significativas para la emergencia y/o evolución del apoyo mutuo vecinal. Así, paulatinamente se va constatando que, para comprender la relación entre crisis económica y apoyo mutuo, hay que interpretar la crisis no como un mero fenómeno económico sino como un proceso sistémico y de largo recorrido, y la ciudad no como mero escenario sino como proceso íntimamente ligado a la vida de las personas.

Para comprender estos procesos observados ha sido crucial plantear un marco teórico que entienda la desigualdad desde una perspectiva crítica. Esta perspectiva se ha ido adoptando de manera progresiva, conforme se profundizaba en el proceso etnográfico, pasando a problematizar la propia desigualdad como un constructo. Es decir, paulatinamente adquiere relevancia el contexto amplio en el que se desarrollan estas prácticas sociales de apoyo mutuo. Esta evolución hará que la ciudad se convierta en un problema teórico crucial. En los primeros estudios ya se analizaban lugares específicos de los contextos locales y se abordaba la temática de

los barrios y la diversidad, enfocando la mirada sobre las migraciones internacionales. Los resultados ponían de relieve la influencia de las relaciones globales en que se construyen las sociedades contemporáneas dominadas por el modo de producción capitalista. Sin embargo, es en el último estudio donde se afianza la preocupación por las ciudades contemporáneas, incidiendo en la interpretación como proceso complejo, de modo que se exploran nuevos interrogantes ampliando la muestra de estudio y diversificando la metodología.

El concepto de apoyo mutuo tiene su desarrollo más importante en Kropotkin (2016 [1902]). Este autor entiende el apoyo mutuo desde una perspectiva evolucionista, que aúna historia, política y economía. En particular, identifica los lazos sociales y las economías comunitarias como las dos claves para entender el apoyo mutuo. El apoyo mutuo, según este autor, pone en el centro el sostenimiento de la vida a través de la satisfacción de necesidades, y conecta medio natural con individuos y colectividades. Aquí ya se encuentra un elemento político clave, pues este autor cuestiona abiertamente la desigualdad producida por el capitalismo y la entiende como una construcción y, por tanto, como algo modificable. Ahora bien, esta propuesta teórica es amplia y lejana en el tiempo, por lo que requiere ser profundizada a través de una mayor atención a realidades específicas. Por ello esta propuesta del apoyo mutuo se ha puesto en relación con los desarrollos teóricos y políticos de corrientes anarquistas y marxistas, y ha sido problematizada en relación a contextos contemporáneos, con construcciones como los comunes urbanos.

Para el análisis de contextos contemporáneos, la perspectiva de Lefebvre (2013 [1974], 2017 [1968]) es muy inspiradora porque conjuga dos aspectos fundamentales para comprender el apoyo mutuo en la ciudad contemporánea. Por un lado, lo cotidiano como ángulo de visión desde donde comprender la complejidad social y particularmente la construcción espacial (Certeau y Giard, 2000 [1979]; Simone, 2004). Y, por otro lado, la idea de *derecho a la ciudad*, que señala las prácticas y esfuerzos ciudadanos por habitar y recrear la ciudad, recuperándola de los estragos de la mercantilización facilitada por los Estados, en sociedades dominadas por el modo de producción capitalista. Esta investigación ha encontrado en esta perspectiva una base para interpretar tanto dinámicas personales como iniciativas colectivas de mayor extensión y complejidad. De esta manera, enfoques

antropológicos como los provenientes de estudios sobre reciprocidad (De Lomnitz, 1998) o sobre convivencia intercultural (Giménez, 2005), que hacen contribuciones valiosas para el análisis de los lazos sociales y de la escala micro y meso del barrio, pueden ser conectados y problematizados con procesos a mayor escala. En particular, construcciones como el derecho a la ciudad o lo cotidiano como clave de la producción del espacio-tiempo permiten incidir en el contexto exogrupal y en los procesos de desigualdad, ambas cuestiones en cierto modo desatendidas pero esbozadas en la idea de reciprocidad como estrategia para sobrevivir en los márgenes de la ciudad, o la convivencia como un proceso fundamentalmente constructivo. El concepto de “derecho a la ciudad” además tiene ya un claro componente político que conecta con los problemas señalados por Kropotkin, particularmente con su énfasis en el vínculo social y en su enfoque histórico que posibilita una interpretación de la construcción de la ciudad contemporánea como proceso estrechamente vinculado a la expansión del capitalismo. Por otro lado, explicita una posicionalidad política y epistémica que visibiliza los esfuerzos de la gente común para construir bienestar colectivo desde las bases sociales, y particularmente para transformar las ciudades en espacios habitables.

Para comprender entramados sociohistóricos específicos, como las prácticas de apoyo mutuo observadas en Tetuán, ha sido preciso tratar determinadas problemáticas que ahondan en las conexiones entre economía, política y lazos sociales. Por un lado, se ha reflexionado sobre el neoliberalismo como proceso complejo, tanto desde enfoques más economicistas (Harvey, 2004a; Smith, 2009, 2012), como desde enfoques centrados en la construcción cultural y política del neoliberalismo (Butler y Athanasiou, 2013; Caldeira, 2007; Ong, 2006), que permiten entender transformaciones institucionales y subjetivas. Las etnografías críticas (Gibson-Graham, 2006; Hart, 2002, 2016) han sido de gran utilidad para vincular ambos enfoques desde un análisis micro que reconozca las conexiones entre procesos globales y realidades específicas. Especial interés ha tenido su interpretación de las economías comunitarias como procesos profundamente constructivos y no sólo reactivos ante el capitalismo, desde donde se pueden entender propuestas sociopolíticas y económicas como los cuidados (Massey, 1994; Pérez, 2014). Por otro lado, el enfoque constructivo lleva a problematizar procesos de subjetivación e institucionalización, tanto de la desigualdad como de lo

comunitario. Para ello será preciso tanto perspectivas amplias e históricas, como las de Polanyi (1989 [1944], 1993 [1957]) que revela las relaciones entre lazos sociales y economía, así como enfoques más centrados en los procesos de subjetivación, específicamente para pensar la jerarquización de la vida social y política (Foucault, 1982, 1991 [1980], 2002a [1969], 2002b [1975]; Mouffe, 2005; Ranciere, 2006) y la diversidad de agenciamientos políticos (Holston, 2008; Lefebvre, 2013 [1974], 2017 [1968]; Simone, 2004, 2014). A través de esta selección de distintas propuestas teóricas ha sido posible comprender el apoyo mutuo problematizándolo en su contexto, y tener una guía conceptual para estructurar una complejidad de procesos interrelacionados, tanto teóricamente como metodológicamente.

Estos conceptos han sido comprendidos desde un diálogo estrecho con los datos recogidos en el campo. El conjunto del trabajo etnográfico se ha construido a partir de tres estudios desarrollados en distintas fases, atendiendo a distintos niveles de complejidad. Cada uno de estos estudios ha producido una publicación científica. Un primer estudio centrado en el análisis de la convivencia y conflicto vecinal en el barrio multicultural de la Ventilla, que fue publicado en el capítulo en coautoría con Eduardo Tchipolo Tchapeseka, *Conociendo el barrio de la Ventilla. Una mirada a las relaciones de convivencia y conflictividad*, incluido en el libro *Análisis, prevención y transformación de conflictos en contextos de inmigración* (Herrera-Pineda y Tchipolo, 2015). Este estudio fue la primera aproximación que realicé a las relaciones vecinales. El análisis siguió una perspectiva intercultural, de modo que se centró en las relaciones establecidas entre personas de origen extranjero y de origen nacional en un espacio local. Ya desde este estudio el paisaje urbano de Tetuán se presenta como un elemento fundamental en la transformación de las relaciones vecinales. Se observa la construcción discursiva de un “nosotros” frente a “ellos”, principalmente una diferencia entre antiguos vecinos y nuevos vecinos, donde se enfatiza la presencia de personas extranjeras. Por otro lado, se identifican tres situaciones de conflictividad: el uso de los espacios públicos y privados, la distribución de los recursos y la falta de comunicación entre ambos colectivos. Estos resultados son relevantes porque ofrecieron una base para indagar en cuestiones que se profundizarán en siguientes etapas de investigación.

Tras este estudio decido indagar en la convivencia vecinal, observando específicamente los procesos de solidaridad, que aparentemente se habían intensificado a raíz de la crisis económica. Me propongo entonces descubrir de qué maneras se estaban tejiendo redes de solidaridad entre vecinos y vecinas en el barrio de la Ventilla, que permitan trascender el ámbito familiar hacia espacios más amplios como el barrio o la ciudad y que construyan relaciones interculturales. Como fruto de este trabajo publiqué junto con Jorge Ibáñez-Gijón un artículo titulado *Intercambio y sociabilidad en las redes de ayuda mutua del barrio madrileño de La Ventilla*, publicado en 2016 en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, REIS (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016). Este es el primer estudio dentro de mi investigación que explora ya la idea de apoyo mutuo. Sin embargo, aún no se definía claramente como tal, pues se indagaba en la idea de “solidaridad”, que era más amplia y ambigua. Fue el análisis de las dinámicas lo que reveló la reciprocidad o ayuda mutua como la lógica del intercambio, que se construía de manera cualitativamente distinta a la solidaridad, al entenderse ésta como altruismo y practicada principalmente desde entidades formales. Por otra parte, en este trabajo se siguió explorando el enfoque intercultural, por lo que se observaron los vínculos sociales entre personas de origen nacional e internacional. Los resultados mostraron una serie de necesidades sentidas, que eran comunes a ambos colectivos y parte fundamental de la cohesión y el dinamismo de estos procesos de reciprocidad. Todos estos resultados definieron mejor la idea de apoyo mutuo vecinal, al tiempo que identificaron la necesidad de explorar espacios que trascendieran la esfera personal.

De esta manera llego al tercer y último estudio donde acompaño y analizo iniciativas vecinales de mayor organización social. En esta fase publico junto con Carlos Pereda Olarte un artículo científico que presenta la experiencia del colectivo vecinal Invisibles de Tetuán. Este artículo se publicó en el año 2017 en la revista Cuadernos de Trabajo Social (CTS) de la Universidad Complutense de Madrid, bajo el título *Invisibles de Tetuán (Madrid). Hacia una práctica subversiva de apoyo mutuo en contextos de exclusión* (Herrera-Pineda y Pereda, 2017). Se trata de un trabajo de investigación colaborativa que explora las conexiones entre activismo e investigación. Este artículo revela las potencialidades y dificultades de la autogestión, y las relaciones entre colectivos vecinales que permiten tejer redes

amplias de apoyo mutuo, que se expanden espacial y socialmente, ya no sólo en la escala barrial y distrital, sino también en la ciudad y Comunidad de Madrid. Por otro lado, revela los retos de la participación ciudadana al interpelar de diversas maneras a las instituciones públicas, particularmente en su afán de transformar las políticas públicas. Esta experiencia es de gran interés porque muestra capacidades de agenciamiento personal y colectivo bajo una idea cohesionadora de hacer visible lo invisible. Ahora bien, el artículo publicado sólo recoge la experiencia de uno de los colectivos analizados en la última fase de esta tesis doctoral.

Esta última fase analiza la experiencia de seis iniciativas vecinales autoorganizadas, ofreciendo una perspectiva comparativa entre ellas. Se trata de colectivos vecinales divididos en dos grandes agrupaciones: por un lado, el 15M de Tetuán, de marcado carácter reivindicativo y dedicado a buscar soluciones colectivas a necesidades básicas y, por otro lado, una asociación vecinal, con un enfoque escasamente politizado y centrado en la socialización vecinal. Esta etapa permitió una profundización sobre problemáticas observadas en los estudios anteriores, y dio lugar a una visión más integral sobre las experiencias vividas en el distrito. De manera especial permitió profundizar en conceptos como el espacio urbano y en la diversidad de agenciamientos políticos que activa el apoyo mutuo. En definitiva, este estudio permitió abordar las diversas dimensiones del apoyo mutuo en una conexión profunda con las transformaciones de la ciudad contemporánea.

1.2. Objetivos

Esta etnografía ha sido orientada por los siguientes tres objetivos específicos que paso a detallar formando la espina dorsal de este amplio estudio. Sin embargo, el trabajo de campo adoptó una posición flexible y abierta a los diversos procesos que se generaban en los espacios observados. El *primer objetivo específico* fue conocer los espacios sociales relevantes de apoyo mutuo vecinal en Tetuán. Para ello se exploraron redes personales de reciprocidad y espacios cotidianos para la convivencia vecinal, con distintas características físicas y sociales. Asimismo, se exploraron espacios de mayor organización colectiva a través de grupos de autogestión vecinal. Los resultados revelaron que distintos grados de organización vecinal producen distintas formas de apoyo mutuo, específicamente la dimensión política emerge como algo crucial en los grupos autogestionados, mientras que no

ocurre así -al menos con la misma intensidad y coherencia- en los espacios informales de menor grado de organización vecinal. Por otro lado, se observó que por lo general la reciprocidad evoluciona de distinto modo según el nivel de organización, pues en redes personales conforma un proceso más cerrado y vulnerable a los desequilibrios y rupturas, mientras que en los grupos autogestionados es un proceso abierto a temporalidades más amplias y a intercambios más complejos y distribuidos. Ahora bien, tanto en redes personales, en dinámicas cotidianas de sociabilidad vecinal, como en grupos autogestionados se observa una regularidad en el tipo de necesidades experimentadas, en particular, aquellas relacionadas con la dimensión relacional y afectiva, que aparece como un elemento relevante para la evolución de las dinámicas de apoyo mutuo.

Por otro lado, se observaron espacios formales, como ONG y servicios públicos, y se consideró tanto la experiencia vivida por las personas que recurrían a dichos espacios como la experiencia de los profesionales que allí trabajaban. La finalidad de estas observaciones era conocer su relación con las prácticas de apoyo mutuo. Los resultados revelaron por un lado una relación de oposición, que se intensificaba en la relación horizontalidad/verticalidad, y se manifestaba en malestares o conflictos de distinta índole. Por otro lado, se constató que la relación no era sólo de antagonismo, sino que producía formas más complejas y cambiantes según situaciones concretas. De este modo, la relación entre instituciones formales y grupos informales de apoyo mutuo puede ir desde la sinergia y la complementariedad, la instrumentalización o la relación más o menos esporádica, hasta relaciones conflictuales de largo recorrido que son activadas recurrentemente y que, sin embargo, son fluctuantes y pueden asumir distintos grados de colaboración y entendimiento mutuo. Por último, se realizaron observaciones y conversaciones informales en diversos lugares del distrito, para conocer si había algún tipo de relación entre el encuentro vecinal y el ambiente construido en Tetuán, pues éste último puede ser entendido como una de las dimensiones del espacio-tiempo social.

Para ello se consideró la heterogeneidad del paisaje y de manera especial, aquellos espacios que reunían mayor diversidad de personas. Los resultados revelaron que las transformaciones físicas del distrito dificultaban

considerablemente las relaciones vecinales cotidianas. Por ejemplo, varias personas contaron que de jóvenes se reunían frecuentemente con sus amigos/as en los descampados que había en el barrio, donde podían pasar el tiempo sintiéndose en un lugar “propio” (en un lugar “libre” donde podías “hacer lo que querías”, por ejemplo, romper, tirar, jugar con cualquier objeto). Sin embargo, las personas jóvenes de hoy en día carecen de estos espacios “propios” adecuados a esa búsqueda de cierta autonomía, y en buena medida se sienten “vigilados/as”. Conviven en el mismo espacio (en el sentido múltiple de situarse de manera yuxtapuesta; de intercambiar positivamente experiencias, pero también de experimentar choques y discusiones por un distinto uso del espacio) con diversas personas, especialmente con personas mayores que son quienes usan plazas y bancos de manera más intensa. Por ello es usual encontrarlos reunidos en portales de viviendas, escaleras, callejones, lo que también causa malestar o tensiones entre el vecindario. Estas experiencias sobre el espacio se evidenciaron tanto de manera diacrónica, a través de relatos y memorias de las personas que habitaban el espacio, como de manera sincrónica, a través de observaciones del uso del espacio en momentos concretos. Sin embargo, también se observó que el paisaje físico y social, escasamente acondicionado para el encuentro vecinal, también puede ser propulsor de iniciativas de apoyo mutuo. Las dinámicas observadas recrean el espacio físico de manera creativa y, de hecho, son en gran medida respuestas a carencias urbanas, la mayoría físicas y materiales.

El *segundo objetivo específico* fue describir las condiciones sociales de las personas que practican dinámicas de apoyo mutuo. Para ello se observó el tipo de preocupaciones y necesidades cotidianas que perseguían atender estas personas en su vida diaria, así como el tipo de respuestas que generaban para crear bienestar cotidiano. Se puso atención especial en la experiencia de mujeres y personas de origen extranjero, para saber si ofrecían alguna particularidad interesante. Los resultados revelaron que en efecto presentaban diferencias cualitativamente relevantes con respecto al resto de personas. Estos hallazgos constituyeron matices y elementos clave para profundizar en la conexión entre lazos sociales y apoyo mutuo. Por otro lado, también se puso atención al papel de la crisis económica en el bienestar cotidiano y en las trayectorias vitales. Se observó que las personas participantes en redes de apoyo mutuo experimentan cambios en su subjetividad a

raíz de la crisis económica. También se observó que la crisis económica impulsa la aparición de iniciativas vecinales en torno a la idea de derecho y que la actividad en el espacio público se revitaliza a partir de la crisis económica. Por último, se exploró de qué maneras influye la inestabilidad económica en las relaciones vecinales entre personas de origen extranjero y personas de origen nacional. Los resultados mostraron que las situaciones socioeconómicas compartidas funcionan como base aglutinadora que facilita la construcción de proyectos comunes. Pero por otra parte estas situaciones también pueden funcionar como base para reproducir divisiones y fronteras entre personas de distintos orígenes.

El *tercer objetivo específico* fue conocer las motivaciones y expectativas para participar en redes de apoyo mutuo. Para ello se observaron tanto las actividades desarrolladas por las personas integrantes de los grupos, como la evolución de su participación. Se puso especial atención a la relación entre necesidades económicas y participación en estas redes. Se identificó que la motivación económica cumplía un papel fundamental, pues las necesidades económicas eran propulsoras de la participación y los grupos que buscaban satisfacer necesidades materiales generaban mayor implicación en la participación. Ahora bien, existía una multiplicidad de motivaciones interrelacionadas para participar además de la económica, donde la dimensión relacional es fundamental, especialmente en situaciones de soledad no deseada. Por otro lado, se observó que la perdurabilidad de la participación no viene dada necesariamente por la necesidad económica, ni la implicación está influida exclusivamente por carencias económicas, sino que entran en juego valores y motivaciones más diversos: éticos, ideológicos, afectivos, de disfrute o entretenimiento, de realización personal.

1.3. Metodología

Una vez aclarada la articulación de este estudio, a través de sus objetivos específicos, paso a detallar la metodología empleada en cada etapa del trabajo de campo, que se ha construido en tres etapas. En el primer estudio, de carácter aproximativo, se emplean técnicas bastante delimitadas y un trabajo de campo menos exhaustivo. Progresivamente se van ampliando y diversificando tanto las preguntas de investigación como las técnicas cualitativas empleadas, lo que da lugar a una etnografía cada vez más densa. De esta manera, se distingue una segunda etapa

donde ya se ha definido claramente el objeto de investigación, a través de un estudio de redes informales de reciprocidad. Y, por último, se realiza una tercera etapa de investigación, donde se profundizan y complejizan los espacios y dimensiones del apoyo mutuo, a través de un estudio sobre grupos de autogestión vecinal. Este último estudio será el más extenso y complejo, tanto en la muestra de experiencias analizadas como en la metodología empleada.

En el primer estudio, la metodología se basó en el trabajo de campo que realizamos mi compañero de equipo, Eduardo Tchipolo Tchapeseka, y yo durante seis meses en el año 2012. Las técnicas empleadas en el trabajo de campo fueron dos, por un lado, la entrevista en profundidad y, por otro lado, la observación participante. Se realizaron ocho entrevistas a distintas personas del barrio de la Ventilla, por un lado, dos entrevistas grupales a vecinos de origen nacional: un grupo de tres personas que frecuentaban un bar, dos mujeres y un hombre, dos de ellas ancianas y una de ellas de mediana edad; y otro grupo de ocho personas que frecuentaban la parroquia del barrio, mujeres y hombres todos mayores de 65 años. Por otro lado, vecinos de origen extranjero: por un lado, una joven de origen marroquí que ha crecido en el barrio, un hombre de origen dominicano de mediana edad y una pareja de personas de origen marroquí de una edad en torno a los 40 años. Estos dos grupos de entrevistas buscaban conocer la experiencia cotidiana en torno a la convivencia vecinal y las circunstancias en que se desarrollaban los conflictos vecinales en el barrio y ambientes cercanos.

Asimismo, se realizaron tres entrevistas a agentes del barrio, todos ellos de origen español: un sacerdote de la parroquia, de mediana edad y con experiencia en varios proyectos de intervención social en el barrio y, por otra parte, dos educadoras sociales que trabajaban en una ONG del barrio especializada en problemáticas relacionadas con la migración. Este grupo de entrevistas buscaban conocer la percepción sobre la convivencia intercultural que tenían estos profesionales, cuya experiencia les daba acceso privilegiado a las relaciones cotidianas entre vecinos de origen extranjero y nacional. Por otro lado, se elaboraron trece fichas de observación en distintos espacios y eventos, como plazas, parques, bares o viviendas. Estas observaciones buscaban conocer las circunstancias concretas en que se generaban relaciones de convivencia vecinal y conflicto, así como el entorno en que se

desenvolvían las personas entrevistadas, pues ofrecía información interesante para comprender su cotidianidad.

En el segundo estudio el problema de investigación ya está definido en torno al apoyo mutuo, que en esta etapa se aborda en un nivel personal e informal. Para ello se indagó en las relaciones de intercambio que establecen individuos específicamente seleccionados. Se llevó a cabo trabajo de campo durante seis meses en el año 2013, y se realizaron 16 entrevistas en profundidad y 20 fichas de observación de distintos lugares del barrio y de espacios cotidianos para los informantes clave, como los domicilios, ONG, parques, comercios del barrio, etc. Las entrevistas se desarrollaron en dos conjuntos: por un lado, a personas que participaban en redes de apoyo mutuo, buscando conocer las circunstancias en que se desarrollaba el intercambio, sus motivaciones, conflictos e intereses personales. Por otro lado, a profesionales de las ONG donde acudían estas personas, con el fin de tener acceso a posibles informantes clave y conocer los recursos ofrecidos desde estas entidades y su percepción sobre las problemáticas sociales vividas entre el vecindario. A partir de la información recogida en el trabajo de campo se elaboraron redes personales de intercambio para cada uno de los informantes clave, con el fin de analizar las dinámicas presentes en el intercambio.

Para la elección de los informantes clave se siguieron dos criterios: que fueran personas que residieran en el barrio y que participasen en alguna red de apoyo mutuo fuera del ámbito familiar, y que la muestra considerara la diversidad de género, edad, procedencia geográfica y estructura familiar. Los casos seleccionados finalmente fueron dos mujeres, una de origen ecuatoriano y otra de origen español, y un hombre de origen dominicano, ya entrevistado en el primer estudio, cuya experiencia era relevante para entender el apoyo mutuo desde una red personal. Todas estas personas tenían distinto tiempo de residencia en el barrio, dos de ellos formaban hogares monoparentales con hijos mayores de edad, y una de ellas, formaba una familia compuesta con hijos en edad de escolarización. En el momento del trabajo de campo, los tres informantes clave seleccionados estaban en desempleo, vivían situaciones de inestabilidad económica y todos ellos previamente habían trabajado durante largo tiempo en un sector laboral concreto.

Por último, en la última etapa del trabajo de campo se analizaron varias experiencias vecinales de autogestión en el distrito de Tetuán. Este estudio es el más extenso en duración, pero también el más completo, tanto por la diversidad de experiencias analizadas como por las metodologías empleadas. Para este estudio he combinado varias técnicas de investigación cualitativa, como la entrevista en profundidad, la observación participante, las historias de vida o el trabajo grupal a través de autoanálisis y a través de Investigación Acción Participante (IAP). Esta metodología ha buscado comprender la realidad cotidiana que viven vecinos y vecinas y sus prácticas en torno a la convivencia vecinal y ante procesos de desigualdad social. Estas técnicas cualitativas se han complementado con una revisión de fuentes secundarias (como publicaciones oficiales, estadísticas o informes especializados), lo que ha permitido enriquecer y contrastar los datos recogidos en el trabajo de campo. La base del trabajo de campo ha sido la participación como integrante en estos grupos, es decir, mi implicación en las actividades cotidianas desarrolladas en estos colectivos y no meramente la contemplación distante. Se trata de una metodología a varios niveles, que ha conjugado varias técnicas y que ha transitado continuamente entre la observación participante y la participación observante. Con ello he perseguido acceder a la experiencia vivida de las personas participantes en estos grupos, para conocer sus expectativas, preocupaciones e intereses y comprender desde dentro de qué manera se relacionan estas experiencias con el contexto vecinal más amplio.

Este trabajo de campo se desarrolló sistemáticamente durante 18 meses en los años 2016 y 2017, con la excepción del colectivo Tetuán Resiste, donde mi incorporación fue más tardía y mi participación menos frecuente, con una duración aproximada de un año. Tras la etapa de trabajo de campo he seguido participando en estos colectivos de manera frecuente, aunque menos sistemática, hasta principios de 2020, a través del seguimiento y participación en redes y colaboraciones en proyectos concretos. La participación en los colectivos durante el trabajo de campo ha sido semanal, asistiendo a asambleas, reuniones y a actividades de estos grupos como cultivo de hortalizas, cinefórum², recogida de alimentos, difusión en la calle,

² Sesiones realizadas los viernes por la tarde en la asociación vecinal Ventilla-Almenara. Consistían en la proyección de un documental sobre distintas temáticas, y un intercambio de puntos

acompañamientos a juicios y desahucios o participación en diversas comisiones de trabajo. El colectivo en el que más he participado en el sentido de involucrarme en mayor número de actividades es Invisibles de Tetuán. Esto respondió a que este colectivo forma parte de varios procesos vecinales más amplios desarrollados en el distrito; que trabaja problemáticas transversales a todo el 15M, especialmente la relación con las políticas públicas; y que además en su actividad conjuga la investigación y la acción como maneras de producir conocimiento y de incidir en situaciones socialmente relevantes.

En estas actividades he utilizado principalmente las técnicas de observación participante y de participación observante. Con ello buscaba comprender la organización de estos colectivos, el tipo de intercambios y vínculos sociales generados y su evolución, las dificultades que enfrentaban estas personas y las maneras de entender o reaccionar ante diversas situaciones potencialmente conflictivas. Esto me ha permitido comprender principalmente las interacciones sociales dentro y fuera de los grupos, los conflictos generados, sus estrategias y esfuerzos para responder a necesidades cotidianas, y las dificultades y potencialidades que plantea la interacción con otros agentes, especialmente la administración pública. Esta participación activa me ha permitido acceder a una dimensión más subjetiva, mediante la observación de acciones y discursos ante situaciones concretas, pero también mediante la experiencia de situaciones compartidas. Especialmente relevantes fueron los procesos de trabajo en equipo, ya sea dentro de estos grupos o en el marco de proyectos donde participaban estos colectivos y otros agentes del distrito, como entidades formales, particularmente profesionales de los servicios públicos y del tejido asociativo del distrito. Todo ello ha tenido un gran valor para comprender la diversidad de significaciones sobre realidades, como el espacio urbano, los servicios públicos, la política, la familia o el ocio y la cultura.

de vista posterior. Esto último era espontáneo, no sujeto a normas ni turnos. Esta actividad promovía los lazos sociales, mediante conversaciones espontáneas o comentarios que despertaban la risa o por el simple hecho de estar compartiendo esa proyección en compañía. Por lo general, tenía un marcado carácter emocional (risas, llanto, indignación, perplejidad, pero también compañía y tranquilidad en un viernes al anochecer).

Por otra parte, he realizado análisis Fortalezas, Oportunidades, Debilidades, Amenazas, (FODA o también conocido como DAFO), como parte de devoluciones preliminares de mi investigación. Estas sesiones promovieron una reflexión grupal sobre la práctica del apoyo mutuo y las posibles mejoras para estos proyectos. Como resultado general apareció una preocupación por lo que se consideraban limitaciones de estos grupos, especialmente una mayor participación e implicación vecinal. Del mismo modo fui parte de un autoanálisis grupal promovido desde el colectivo Invisibles de Tetuán para comprender los alcances y los retos del colectivo, con motivo de la elaboración de un artículo construido de manera colectiva (Herrera-Pineda y Pereda, 2017). Estos análisis colectivos permitieron repensar la trayectoria y objetivos de los grupos, sus dificultades y potencialidades, y en general en todos se enfatizó la reflexión sobre el alcance de su acción en el barrio y se esbozaron propuestas para una mayor implicación vecinal y una mayor horizontalidad. Igualmente sirvió como material valioso para afinar en relaciones conceptuales que he manejado a lo largo de esta investigación.

La participación en estos grupos también me ha llevado a un contacto cotidiano con el barrio, pues he realizado numerosas observaciones de espacios públicos, especialmente en desplazamientos a pie alrededor del distrito, transitando entre barrios muy heterogéneos, donde he tenido conversaciones informales con integrantes de estos grupos y con vecinos no organizados. Para ello he confeccionado 73 fichas de observación. Por otra parte, he hecho seguimiento continuado en redes virtuales³ hasta el primer trimestre del año 2020, con el objetivo de mantener la participación virtual, estar actualizada sobre actividades e información significativa para estos colectivos, y conocer tanto las interacciones con otros grupos o entidades como detalles para una mejor comprensión de diversas situaciones vividas. Esto me ha dado acceso a una vasta información, especialmente

³ Es relevante tener en cuenta que estas prácticas también se producen a través de la dimensión virtual del espacio social, que conecta y complementa en formas híbridas la dimensión relacional, afectiva y política. Se ha realizado seguimiento principalmente de correo electrónico, whatsapp, twitter, y páginas web de los grupos. En estos espacios virtuales se vierte información relevante sobre situaciones concretas (por ejemplo, a través del correo electrónico, los/las participantes en la campaña RMI hacen consultas sobre casos concretos de gran complejidad), así como se expresan nuevas facetas de las relaciones personales (humor, aficiones, preocupaciones, frustración, muestras de apoyo).

sobre medidas políticas y estado de los servicios públicos y sobre el trabajo colaborativo con otros proyectos, lo que ha resultado útil para contextualizar la acción de estos grupos. Asimismo, me ha permitido acercarme a otra faceta de la subjetividad y carga emocional con la que se viven ciertas situaciones, especialmente la frustración ante la burocracia, la corrupción y la falta de recursos públicos, pero también la diversidad de expresiones del apoyo mutuo.

Por otra parte, he colaborado en un proceso de participación vecinal en la escala distrital a través de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, donde participan administración pública y vecindario en general. He participado en múltiples encuentros, asambleas vecinales y en varias comisiones, pero mi implicación mayor se ha dado en la comisión de estudios y particularmente en un proyecto concreto: un diagnóstico participativo sobre convivencia vecinal en Tetuán, desarrollado desde abril de 2018 hasta mayo de 2020. Para elaborar este diagnóstico seguimos la metodología de Investigación Acción Participante (IAP), que permitió revisar y complementar colectivamente un estudio preliminar basado en fuentes secundarias y desarrollado en la misma comisión. Este proceso ha producido un conocimiento más completo sobre las problemáticas significativas para entender la convivencia en Tetuán. Asimismo, generó un debate entre diversas entidades del distrito y una serie de propuestas vecinales de política pública que fueron incorporadas en un libro colectivo publicado en 2020 llamado “Convivir en Tetuán. Deliberación colectiva y 18 propuestas” (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020). Toda esta participación me ha servido para complejizar la temática de la convivencia y el conflicto, incorporando la experiencia de personas y colectivos diversos. Ha sido especialmente útil para profundizar en las relaciones entre espacio social y urbano y las relaciones de conflicto vecinal, y para indagar en propuestas de mejora.

Otra técnica cualitativa relevante en esta última incursión en el trabajo de campo ha sido la entrevista en profundidad, que ha servido para complementar, contrastar y problematizar cuestiones observadas. Se han realizado 18 entrevistas en profundidad a distintos miembros de los colectivos, siete a hombres y once a mujeres. La selección de los entrevistados consideró diferencias de género, edad, nivel socioeconómico, trayectoria política e implicación en el grupo, primando a

aquellas personas cuya trayectoria o conocimientos contribuían de manera especial al grupo. Para el diseño de la muestra busqué una heterogeneidad de voces que me permitiera entender las distintas posiciones dentro de los colectivos. El objetivo de estas entrevistas era apuntar al lado más subjetivo de la participación, indagando en las aspiraciones vitales para participar y en su perspectiva sobre el grupo. También sirvió para clarificar detalles surgidos a partir de la observación y participación, que consideré importantes para entender procesos más amplios. Estas entrevistas me han permitido conocer diversas significaciones de la participación y el apoyo mutuo, intereses y preocupaciones de los integrantes, la historia previa y evolución de los grupos y su visión sobre situaciones concretas que podían ser conflictivas o complejas. En tres casos se ha complementado con historias de vida que han revelado el recorrido vital que lleva hasta la autogestión vecinal. En dos de estos casos, se optó por esta técnica por tratarse de trayectorias vitales significativas para la experiencia de estos colectivos; en el otro caso, por su experiencia singular en el activismo, que permitía comprender matices en la historia reciente de los movimientos sociales. Con ello busqué acceder a detalles de la subjetividad y de su cotidianidad que permitieran comprender su implicación en estos grupos.

Por último, he realizado cuatro entrevistas en profundidad a personal de centros de Servicios Sociales de la ciudad de Madrid, tanto a altos directivos como a trabajadoras sociales de atención primaria. Estas entrevistas fueron realizadas en el marco de un estudio en el que participé (Martín-Sonseca, Rujas, Ortí, Herrera-Pineda y Pereda, 2016), en el que se analizó la evolución de los servicios públicos de la ciudad de Madrid, y de manera particular, las políticas municipales del Ayuntamiento de Madrid en el periodo 2003-2015. Estas entrevistas fueron realizadas junto a mi compañera de equipo, Alicia Martín-Sonseca, en varios distritos de Madrid con características demográficas y socioeconómicas similares a Tetuán. Para esta tesis he consultado específicamente aquellas entrevistas realizadas a trabajadoras sociales (las personas entrevistadas en este ámbito fueron todas mujeres), por su papel clave en contextos de exclusión social, y particularmente por ser figuras relevantes para las personas demandantes de ayudas públicas.

Las entrevistas desarrolladas para este estudio fueron de gran interés para mi investigación doctoral, pues indagaban en las problemáticas vividas en contextos

como Tetuán. Decidí no realizar entrevistas a trabajadoras sociales en el propio Tetuán por varios motivos. Primero, mi situación doble como investigadora y activista en el distrito, en este caso, me podía conllevar cierta limitación en el acceso a la información. Segundo, realizar entrevistas requería la autorización de la dirección de los centros de Servicios Sociales, pero aquí se encontraba precisamente una persona muy posicionada en torno a la problemática de los acompañamientos, cuyo discurso ya me era conocido por varios medios, de modo que plantear entrevistas me podía generar información redundante. Pero, sobre todo, debido a que mi participación en espacios como la Mesa contra la Exclusión ya me daba acceso a información concreta y relevante sobre actividades y posicionamientos en la relación de profesionales de Servicios Sociales y colectivos autogestionados o vecindario en general, donde podía observar tanto tensiones como dinámicas de colaboración. Por todo ello, resultó interesante atender los discursos de profesionales de esta área (desde distintos enfoques y trayectorias profesionales) superando la escala distrital y en entornos similares a Tetuán.

En las entrevistas realizadas buscamos conocer una perspectiva más amplia sobre el funcionamiento de los servicios públicos (y específicamente de los Servicios Sociales) y sobre el posicionamiento de las profesionales ante los activismos de barrio, preguntando directamente por su punto de vista sobre la experiencia de Invisibles de Tetuán que era conocida en foros especializados de trabajo social. Estas entrevistas han contribuido a la problematización del contexto político institucional en Madrid, pues dio acceso a las limitaciones que enfrentan los servicios públicos y a un mayor conocimiento sobre la estructura y situación del sistema de Servicios Sociales. Asimismo, permitieron conocer las tensiones vividas a nivel cotidiano por profesionales de estas áreas, especialmente por la saturación e infradotación de los servicios y por la sobrecarga de trabajo de los/las profesionales. En particular, los discursos mostraron las situaciones complejas que viven las personas demandantes de ayudas y las profesionales frente a la exigencia de respuestas, pero también permitieron conocer la diversidad de enfoques y sensibilidades en el desempeño cotidiano de su labor, los múltiples esfuerzos (y sobre esfuerzos) que se activan en el trabajo cotidiano, así como las sinergias con iniciativas por la defensa de unos servicios públicos de calidad.

Por otra parte, un material crucial para esta investigación han sido las fuentes oficiales, que han permitido profundizar y complementar los hallazgos provenientes de la metodología cualitativa de manera dialéctica. Desde las instituciones públicas disponemos de varias bases de datos, a partir de registros y encuestas sociales, que permiten conocer el alcance de procesos como el desempleo, la precariedad laboral o las distintas situaciones relacionadas con la pobreza, así como para conocer la composición socioeconómica y demográfica de Madrid y del distrito de Tetuán. Han sido de gran relevancia fuentes como el Banco de Datos MuniMadrid; el Instituto Nacional de Estadística (INE), especialmente la Encuesta de Población Activa y la Encuesta de Condiciones de Vida; los datos del Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE), especialmente el Paro Registrado; la Estadística de Salarios de la Agencia Tributaria; la Encuesta Financiera de las Familias publicada por el Banco de España; los distintos informes del Observatorio Madrileño de Salud; o la Encuesta del Ayuntamiento de Madrid sobre la Calidad de Vida y Satisfacción con los Servicios Públicos de la Ciudad de Madrid. Se trata de una amplia información de carácter público, pero cuyo tratamiento es de gran complejidad, pues requiere trabajar con diferentes bases de datos (que además presentan diferencias en la disponibilidad de datos, en los niveles de muestra o en los periodos temporales). Por todo ello, estudios que analizan estas fuentes de manera específica son de gran utilidad, especialmente los informes y encuestas de la Fundación Fomento de Estudios Sociales de Sociología Aplicada (FOESSA); los informes de la Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (EAPN) y los distintos informes y publicaciones del *Barómetro Social de España* elaborado por el Colectivo Ioé (serie anual).

En el contexto de Tetuán estas fuentes han sido estudiadas y analizadas en la Comisión de Estudios de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán. Esta comisión ha sido determinante para la recopilación y análisis de distintas fuentes oficiales en torno a las problemáticas sociales vividas en el distrito. De manera particular, los distintos diagnósticos realizados sobre emergencia alimentaria y convivencia vecinal han producido estudios de calidad lo más completos posibles sobre la realidad social de Tetuán, partiendo de las fuentes oficiales disponibles (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán, 2017, 2018, 2019, 2020). El desarrollo y alcance de esta tesis se ha

enriquecido considerablemente por la existencia de este espacio de análisis y de reflexión colectiva. Sin la participación activa de investigadores/as sociales dentro de esta comisión me habría sido muy difícil elaborar una comprensión integral sobre los procesos de exclusión social en Tetuán, pues el análisis e interpretación de los datos cuantitativos publicados requiere de conocimientos especializados. Por ejemplo, una de las mayores dificultades para la investigación social a nivel de distrito en Madrid es no disponer de datos públicos completos y desagregados que permitan entender problemáticas relativas a vivienda, tanto ejecuciones hipotecarias (desahucios de vivienda) como evolución de los precios de alquiler o compra-venta. Para acercarse a realidades como ésta, los datos del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), particularmente, la estadística de las ejecuciones hipotecarias, resulta clave, pero es preciso comparar fuentes diversas, llegando para el caso de Tetuán a estimaciones sobre la dimensión del problema de los desahucios. Estudios como los desarrollados por esta comisión son muy necesarios, pues a falta de una mayor transparencia e inversión por parte de las instituciones públicas, estas iniciativas facilitan a la ciudadanía información de gran relevancia social de manera clara y lo más precisa posible. En este sentido, las contribuciones del sociólogo Carlos Pereda han sido fundamentales, tanto dentro de la comisión de estudios, como fuera de la Mesa, a través del informe llamado “Radiografía Social de Tetuán” (Invisibles de Tetuán, 2019), elaborado por Invisibles de Tetuán en varias ediciones; a través de las distintas publicaciones del Colectivo Ioé sobre la realidad de Madrid y de España (Pereda, 2018a, 2018b, 2020), o a través de sus estudios sobre el contexto específico de Tetuán, como es su estudio sobre los desahucios en Tetuán (Pereda, 2018a).

Por último, un conjunto de estudios de investigación cualitativa ha sido clave para comprender las líneas a profundizar desde el enfoque etnográfico propuesto en esta tesis. Se trata de cinco estudios desarrollados por la escuela cualitativa crítica de Madrid. Estos estudios están basados en más de 50 grupos de discusión, y tipifican las distintas posiciones ideológicas en torno a la migración, la juventud, la educación y los servicios públicos. Se trata de un material de gran valor cualitativo, pues plantea un enfoque crítico que permite comprender la articulación de distintas experiencias, percepciones y narrativas según la posición socioeconómica y la orientación ideológica de los sujetos participantes. Estas fuentes son cruciales para

trabajar sobre las construcciones simbólicas e ideológicas, desplegadas en torno a problemáticas cotidianas y situadas (Requena, Conde, Callejo, Martín et al., 2016). En el contexto de Tetuán estos estudios empíricos fueron reutilizados en el diagnóstico de convivencia de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales (2020), para tipificar las posiciones ante la convivencia por parte del vecindario, construyendo el marco de discusión colectiva de la cuarta asamblea del diagnóstico. De este modo, el estudio colectivo del diagnóstico ofrece información relevante en distintos niveles de análisis.

En el marco de esta tesis, estos estudios basados en grupos de discusión han sido una guía fundamental para el análisis de la subjetividad y las construcciones simbólicas en torno al apoyo mutuo y la convivencia. Estos estudios empíricos inciden en distintos contextos donde analizan cuatro grandes posiciones ideológicas predominantes, desde aquellas de corte más autoritario y vertical, pasando por aquellas que inciden en el individuo, hasta aquellas de carácter crítico y comunitario. Especialmente importante ha sido el primero de estos estudios, titulado *La convivencia en Madrid. Discursos ante el modelo de desarrollo de la ciudad y la instalación de población inmigrante* (Ioé y Ortí, 2007), pues analiza las distintas posiciones discursivas en torno a la convivencia, considerando el factor de clase, lo que ha sido fundamental para esta tesis, pues permite explorar la dimensión política desde sus rearticulaciones sociales y económicas. El estudio titulado *Discursos sobre la población migrante en torno a su instalación en España* (Pereda, De Prada, Actis y Ortí, 2010) continúa la línea planteada por el primer estudio, pues pone de relieve la heterogeneidad de las condiciones de vida y de los discursos de la población migrante, y distingue cuatro posiciones predominantes, desde aquellas que plantean conflicto y distanciamiento hasta aquellas que trazan puentes comunes y construcción de ciudadanía. El estudio titulado *Posiciones y expectativas de las familias en relación al sistema educativo* (Pereda, De Prada y Actis, 2010) es igualmente de interés para este estudio, pues pone de relieve las subjetivaciones y aspiraciones generadas en torno a la familia y la escuela, tanto pública como privada, entre distintos sectores socioeconómicos con distintos niveles de formación académica, y además considerando distintos contextos, tanto metrópoli y ciudad intermedia como ámbito rural. Este tipo de enfoques son de gran interés para ahondar en realidades cotidianas y contextuales, y particularmente en mi estudio,

para comprender aquello que llamaré espacialidad sociopolítica, como una realidad que vincula lo personal y lo público y que es generada a través de la socialización. Por su parte, el estudio *la Juventud ante su inserción en la sociedad* (Pereda, Actis y De Prada, 2013) vuelve a poner de relieve los nexos entre escuela y sociedad, pero esta vez analizando los discursos juveniles, incidiendo especialmente en las causas del abandono escolar prematuro. Es de gran interés esta aproximación pues profundiza en las posiciones discursivas dominantes, considerando el contexto de crisis y la quiebra o debilitamiento de un modelo de sociedad. Por último, un estudio muy inspirador titulado *Preocupaciones y prioridades respecto a la ciudad* (Actis, 2016) revela las distintas percepciones de la ciudad de Madrid y particularmente de las actuaciones del Ayuntamiento. Este estudio es de gran interés porque pone el foco en la ciudad y en los servicios públicos, identificando el marco ideológico que genera determinadas formas de acción. De manera particular, la muestra de este estudio es relevante, pues es lo suficientemente heterogénea para plantear una aproximación a la complejidad de la sociedad madrileña, lo que es clave para entender los distintos posicionamientos ante los servicios públicos. Este estudio trabaja la variable de estatus-clase social, con una muestra de siete segmentos poblacionales, que se clasifican de manera bipolar entre sectores medios y altos, y clases populares. Todos estos estudios han sentado las bases para futuros desarrollos en investigación cualitativa. Esta tesis es un intento de profundización en algunas de sus líneas abiertas, a partir de un estudio etnográfico sobre el apoyo mutuo en la ciudad contemporánea, que pone especial énfasis en los procesos de subjetivación política.

Por último, cabe señalar la dificultad que he tenido, en primer lugar, para articular las experiencias analizadas en Tetuán. En parte esto se alivió precisamente con el proceso participativo del diagnóstico o con las devoluciones mediante análisis DAFO, donde fue posible apuntar a determinadas cuestiones que fueron debatidas de manera colectiva. Pero en general han sido las propias iniciativas de participación en Tetuán las que han generado algunas reflexiones en torno a estos procesos, es decir, en la propia acción ya se revelan tensiones, alianzas, limitaciones y se van formando ciertas narrativas y sentidos más o menos coherentes. Es preciso destacar este papel generador y creativo de los procesos de participación pues son capaces de revelar distintos entramados de sentido. Es a partir de ahí donde yo he

comprendido procesos sociales, por lo que en gran medida esta investigación ha sido construida de un modo, podríamos decir, artesanal, pues ha recogido producciones construidas en el terreno. Sin embargo, cabe señalar que una de las limitaciones de este estudio ha sido no poder realizar un proceso de participación de ida y vuelta en torno a la producción escrita de esta tesis. Las razones obvias del formato, la extensión y los plazos han impedido que se pueda debatir este estudio antes de ser publicado, pero al menos he tenido la fortuna de recibir comentarios y observaciones de algunos/as compañeros/as que han enriquecido notablemente este estudio. En cualquier caso, esta tesis debe entenderse como un proceso abierto, que ojalá pueda ser de utilidad para continuar y profundizar la reflexión colectiva en torno al apoyo mutuo.

1.4. Reflexividad en el trabajo etnográfico

Para comprender el desarrollo de la investigación es necesario un proceso de reflexividad, pues la etnografía forma parte del mundo que ésta analiza (Guber, 2004; Hammersley y Atkinson, 1994). Esto se debe a la idiosincrasia de la etnografía, pues ésta no realiza experimentos en un laboratorio ni se limita a la observación distante, sino que se basa en la interacción cotidiana con otras personas, de modo que es un proceso intersubjetivo. Y de ahí que sea pertinente problematizar el posicionamiento del/la investigador/a en el proceso de investigación. En esta tesis desarrollo una investigación situada, pero es preciso advertir que la situacionalidad no niega ni se contrapone al rigor científico. La investigación cualitativa atiende el complejo nexo entre objetividad y subjetividad, mediante herramientas que permiten producir conocimiento empírico relevante y garantizar la calidad de los estudios. La antropología y la investigación cualitativa en general son enfoques esencialmente interpretativos, de modo que se basan en el reconocimiento simultáneo de que existen realidades sociales susceptibles de ser estudiadas, y que dichas realidades no son completamente escindibles de quien las estudia. Parten de la premisa de que el conocimiento es una construcción. Según Morse, Barrett, Mayan, Olson y Spiers (2000), en investigación cualitativa, “la validez (*validity*) y confiabilidad (*reliability*) se reemplazan por criterios y estándares de relevancia, impacto y utilidad de la investigación”, por lo que se persigue la verosimilitud y la plausibilidad como criterios de calidad científica (como se citó en Arias y Giraldo,

2011: 504). Mis esfuerzos a lo largo de esta investigación han perseguido estos criterios, para lo que he hecho uso de las técnicas de investigación estandarizadas en antropología social y cultural.

Esta investigación es situada en un doble sentido. Primeramente, porque identifiqué un punto de partida, que son las experiencias diversas de desigualdad, tanto la vivencia de las consecuencias negativas de la desigualdad, como los esfuerzos cotidianos por responder a ello y transformarlo. Desde situaciones concretas busco desentrañar los procesos subyacentes que producen y transforman las desigualdades. Este enfoque situado se inspira en perspectivas críticas como las epistemologías del sur (De Sousa, 2018a) o la teoría de la interseccionalidad (Collins, 2017; Hooks, 1989), que permiten ver tanto las conexiones y articulación de los procesos de desigualdad, como visibilizar las capacidades y posibilidades de transformación social. Las epistemologías del sur son especialmente interesantes para este estudio como teorías del sur, porque cuestionan abiertamente las dicotomías clásicas de la ciencia moderna para incidir en procesos colectivos de emancipación social, cultural y política. Asimismo, su énfasis en la pervivencia de relaciones coloniales permite ahondar en la multiplicidad de las formas de poder, incluidas las relaciones de clase y las formas de producir conocimiento, de modo que este enfoque ofrece herramientas críticas –y diríamos, mestizas- de gran inspiración para este estudio. Esta tesis se plantea como una investigación situada porque reconoce la dimensión política de los procesos sociales, adopta una perspectiva crítica con las desigualdades y asume un compromiso por incluir una multiplicidad de voces, especialmente aquellas de grupos desfavorecidos.

En segundo lugar, esta investigación también es situada porque mi experiencia personal conecta de manera profunda con el objeto de estudio. Y es que las percepciones e interpretaciones que construimos como científicas/os sociales no se pueden sustraer de nuestra experiencia vivida como individuos y del hecho de que somos sujetos de una cultura y de un sistema social (Guber, 2004). El conocimiento siempre está situado, siempre parte de determinada mirada, de determinado ángulo, lo importante es el modo en que se conecta con otros ángulos, hallar las intersecciones entre líneas diversas. Pero, además, la interpretación antropológica tiene como base una experiencia de contacto cotidiano con la realidad estudiada,

que es a su vez una realidad subjetivada. Es decir, el objeto de la antropología social es en realidad un sujeto, y más precisamente, una relación entre sujetos, por ello, sólo llega a comprender al *otro* viviendo como el *otro*, enfrentándose a un proceso que se vive y que es intersubjetivo. En otras palabras, estableciendo canales comunicantes entre vidas diversas, reconociendo la otredad como algo simultáneamente cercano y lejano. Desde este ejercicio me ha sido posible dialogar con problemas teóricos y ponerle luz a la exuberancia de fenómenos que ocurren frente a nuestros ojos.

Lo cotidiano (Certeau y Giard, 2000 [1979]; Lefebvre, 2013 [1974]; Malinowski, 1986 [1922]), entonces, no ha sido una mera postura teórica, sino una guía epistemológica y metodológica, pues en ello se encuentra una síntesis de eso que llamamos en ciencias sociales “la complejidad social”. Recuerdo que en una ocasión un compañero de Tetuán me preguntaba con su humor de siempre si lo que estábamos haciendo en ese momento (asistir a un cumpleaños) también era parte de “la tesis”. Con mi carcajada le estaba respondiendo que sí, pues esa experiencia cercana me era valiosa al permitirme identificar cuestiones que de otra manera quedarían veladas, y quizá inapreciables. Pero, además, me permitía pensar en términos de reflexividad sobre lo que yo misma experimentaba en la relación con los demás. Este tipo de experiencias producían en sí mismas nuevo conocimiento, pues eran situaciones socialmente significativas, generándose procesos micro, útiles para abrir y complejizar discusiones teóricas, en un proceso dialéctico entre teoría y práctica. Por otro lado, mis preocupaciones, los ángulos de mi visión, la temática que he elegido, la manera de ejecutar la investigación, todo ello emerge de lecturas e intereses teóricos, pero también de inquietudes que responden a quién soy yo como persona, así como de las propias interacciones producidas en el campo. Como sostiene Guber (2004: 134), las preferencias en la investigación “no equivalen a sesgos y errores que trastocan la objetividad, sino que son los canales concretos que recorre el investigador para lograr su conocimiento. Porque estas preferencias no son generadas sólo por el investigador, ni éste ni nadie adopta decisiones por sí mismo en el seno de una interacción”.

Y aquí una breve descripción sobre mí, como ejercicio de reflexividad (esperando también equilibrar de algún modo el cúmulo de descripciones sobre

otras personas que se hallan en este estudio), mostrando los datos significativos para comprender de dónde surge este estudio: mujer joven, migrante ecuatoriana en España y estudiante en prolongada precariedad, que cursa estudios de posgrado en humanidades y ciencias sociales. Durante mi infancia en Ecuador presencié profundas desigualdades y una amplísima diversidad; luego vendrá nuestra experiencia migratoria impulsada por una crisis económica severa vivida en Ecuador; luego llegará otra crisis severa en España que nos vuelve a afectar de manera profunda, y entre tanto yo sigo estudios universitarios y los compagino con mis trabajos precarios por horas, las clases particulares, los trabajos de limpieza... Todo ello conforma un suelo fértil desde donde experimentar el mundo y conforman en parte también la investigadora que soy. Es decir, el propio peso de los hechos en mi biografía me sitúa en un lugar, me dibuja una posición determinada, construyendo también en parte mis intereses como investigadora (Hooks, 1989). Sin embargo, “El antropólogo y la población provienen de dos universos de significación, de dos mundos sociales diferentes. Esto sucede aun cuando el investigador pertenece al mismo grupo o sector que sus informantes, y ello porque el interés del primero –la investigación- difiere del de sus interlocutores, y su mirada no es como la de alguien en la cotidianidad” (Guber, 2004: 88). De modo que es en esta relación entre mundos cercanos y lejanos es donde me sitúo como investigadora y desde donde también se produce conocimiento situado.

Y es cierto que la familiaridad con el objeto de estudio que me da mi trayectoria personal y familiar conlleva sus riesgos, pues se puede acabar proyectando experiencias propias sobre el estudio. He sido plenamente consciente de estos riesgos, pues en menor o mayor medida están presentes en todo investigador/a social, y por ello no he negado este bagaje cultural propio, sino que lo he problematizado como parte del proceso de producción de conocimiento. A lo largo de esta investigación he vuelto una y otra vez a la reflexión, a la observación y verificación de los hechos, así como a la indagación de múltiples vías. He transitado continuamente en un movimiento de ida y vuelta, entre la cercanía y el distanciamiento con el objeto de estudio. Aunque la realidad a veces es tan tozuda que repite hechos incontestables, una y otra vez, por lo que en determinadas ocasiones el distanciamiento no es una opción. Al contrario, es en la cercanía de los hechos y de las personas donde se amplía el conocimiento, y también donde se

construye el compromiso de la antropóloga por hacer una investigación de valor social. En cualquier caso, el proceso de investigación, como recorrido de múltiples movimientos, también me ha permitido, y a veces forzado, a poner en orden y en desorden los conceptos estudiados e incluso mi propia biografía y lo que presuntamente conocía del mundo, llevándome a construir y deconstruir pensamiento y prácticas, abandonando certezas y abrazando interrogantes. Y, en definitiva, cabe no perder de vista que la investigadora es sólo una parte del proceso de producción de conocimiento, porque éste es también una relación con otras personas y con procesos en marcha.

Muchas veces me he preguntado, y me han preguntado (la pregunta que toda investigadora desea), por qué he tardado tanto en realizar esta investigación. Mucho tiene que ver con la manera inductiva con la que trabajo para identificar problemas de investigación. En realidad, de manera continua y recíproca, la observación se ha problematizado con la teoría, y la teoría se ha complejizado y problematizado con la observación. Pero sin duda, todo ello me ha llevado a tratar el material etnográfico con minuciosidad. Asimismo, tiene que ver con la complejidad que tiene encontrar un sentido -que se refleje en la escritura- que cohesione un todo teórico y práctico de por sí complejo. Y, por otro lado, con las propias particularidades que tiene hacer investigación y en particular, un doctorado. La perseverancia es quizá el mayor reto de todo este proceso, pues hay que entrenarse en una labor cuyos resultados no son visibles en el corto plazo, y donde la motivación no es permanente, sino que flaquea por momentos. Hay que enfrentarse también a los “tiempos muertos”. Pero el campo siempre me ha devuelto la motivación, pues constataba una y otra vez el valor social de plantear un estudio como éste. Y, por último, hay otro motivo que quizá influya en esta larga duración, y es que este estudio no ha sido algo externo a mí, como si lo estudiado fueran sustancias en pipetas. Para mí, estudiar lo que he estudiado también ha sido mirar desde mi propia existencia problemáticas ajenas, pero también similares. Verme reflejada o extrañada desde otro lugar. Siguiendo el método etnográfico (Hammersley y Atkinson, 1994), todas estas experiencias han sido terreno fértil de ideas y preguntas y han servido como herramientas para el análisis y la profundización teórica.

A lo largo de toda esta investigación, he sido consciente de la pertinencia de investigaciones situadas llevadas a cabo por personas que han experimentado en su propia vida procesos de desigualdad y precariedad económica. Esta experiencia no las hace mejores o peores investigaciones, pero sí las hace necesarias, pues conllevan un bagaje experiencial que produce nuevas miradas, poco frecuentes, que enriquecen la producción científica. Podría haber hecho un estudio acelerado y superficial, que me habría facilitado algunas cosas, pero mi compromiso era realizar un estudio en profundidad. Primero porque la temática era relevante para mí y para muchas personas, pero lo que yo buscaba no era hablar de mi historia personal, sino analizar y comprender experiencias significativas para *otras* personas y eso, ciertamente, era un trabajo que exigía profundidad. Segundo, porque encontré muy pocos estudios en profundidad sobre el apoyo mutuo en ciudades contemporáneas. La mayoría de ellos apenas profundizaba conceptualmente el apoyo mutuo y menos aún problematizaba las conexiones históricas de este concepto, y muy pocos desarrollaban etnografías proponiendo perspectivas comparativas entre distintas experiencias. Estos vacíos hacían necesario y pertinente el estudio que yo planteaba e iba construyendo progresivamente. Merecía entonces el esfuerzo y el empeño que le he puesto a esta investigación.

La participación en estos grupos no fue algo planificado de antemano, sino un proceso en que desembocó el estudio por el propio devenir de la investigación. Por una parte, los resultados de los primeros estudios señalaban la necesidad de observar formas de organización vecinal con voluntad de colectivización. Por otro lado, la propia sociedad española vivía un momento de búsqueda de soluciones a las problemáticas agravadas con la crisis económica. El 15M había inaugurado una etapa propositiva desde las bases sociales, que fue evolucionando a lo largo de los años, y que para el momento del trabajo de campo ya se encontraba más o menos consolidada en los barrios. En consecuencia, para comprender el apoyo mutuo era imperioso acompañar iniciativas colectivas de este tipo, que precisamente recuperaban la idea de apoyo mutuo en sus prácticas cotidianas. Como señaló Malinowski, “A veces, conviene que el etnógrafo deje de lado la cámara, el cuaderno y el lápiz, e intervenga él mismo en lo que está ocurriendo” (Malinowski, 1986: 38, citado en Puglisi 2019: 22). Así ocurrió en mi investigación: actuar fue una necesidad del propio proceso de investigación y también del momento político y social que se

estaba viviendo en los barrios de muchas ciudades de España, tras el 15M de las plazas. Para comprender el apoyo mutuo, colaborar era una opción más que interesante, era necesaria, como se constató claramente a lo largo de este último estudio.

De esta manera llego a estos grupos, tanto al 15M como a la asociación, con la intención de participar, conocer a fondo estas experiencias y colaborar en la medida que me sea posible. Para elegir estos grupos tuvo relevancia su actividad dirigida a atender necesidades sociales (aquellas que en el anterior estudio se revelaron como cruciales para entender el apoyo mutuo) así como los valores que comparto con iniciativas de este tipo. Mis valores éticos y políticos estaban en consonancia con proyectos como éstos que trabajan por la igualdad, la justicia social y el bienestar colectivo. De modo que decido desarrollar una investigación en pie de igualdad junto a otras personas, como manera de comprender en profundidad estos procesos de apoyo mutuo, pero también de contribuir a la construcción de proyectos comunitarios. Mis tempranas dudas y miedos a que rechacen mi participación como investigadora se apaciguan muy pronto. El mismo día en que me presento la acogida fue positiva –si bien, con distintos matices e intensidad- en todos los colectivos, y pronto comprendí que estos grupos dan la bienvenida a cualquier persona dispuesta a colaborar, porque precisamente lo que faltan son *manos* o voluntad, y cada persona es un recurso valioso. En el 15M cada trayectoria es interesante porque trae nuevas herramientas y conocimientos, y en la asociación el simple hecho de que sea joven y muestre interés en participar ya fue motivo para acogerme con cierto entusiasmo. Fue cuestión de tiempo reconocerme “como una más”, pero ello no significó (como no significa para nadie en estos grupos) que asumiera como positivo todo lo que allí se generaba. Al contrario, me permitió problematizar críticamente múltiples cuestiones.

La participación y la observación participante se convirtieron en las claves que dieron mayor densidad a la etnografía. Pero no realicé una participación irreflexiva. Por un lado, busqué mantener un equilibrio entre participación y observación para no abandonar ni el registro de acontecimientos ni la actividad desarrollada en éstos, y para estar siempre atenta a los múltiples elementos susceptibles de ser profundizados. Igualmente, los vínculos establecidos generaban de por sí

información relevante para ser profundizada. Incluso las reacciones y conductas de los/las participantes hacia mí me ofrecían material interesante para comprender cómo se interpretaban determinadas situaciones. Esta experiencia de inmersión fue un espacio de gran riqueza para descubrir, matizar y problematizar realidades de manera constante. Por otra parte, esta participación me ha permitido acceder a una realidad micro y cotidiana que ha sido clave para comprender tanto las potencialidades y logros de estos proyectos, como las contradicciones y limitaciones que encuentran en su práctica.

La relación entre participación, activismo e investigación va más allá de una cuestión metodológica y epistemológica. Sitúa a la investigadora para comprender y contribuir a la transformación social, pero también es una experiencia de crecimiento y aprendizaje colectivo (Malo, 2004; Melero, 2012; Pereda y De Prada, 2014). Así lo experimenté, pues la participación me impulsó a poner en práctica habilidades que ya tenía como investigadora y a adquirir nuevas destrezas y conocimientos, especialmente los relacionados con el trabajo horizontal y en equipo. Merece especial mención el apoyo mutuo como práctica cotidiana también en el propio proceso de investigación, pues ha activado capacidades y habilidades en los/las participantes de estos grupos, incluida yo misma. Incluso de manera específica uno de estos grupos trabajaba minuciosamente investigando y actuando en estrecha conexión con el vecindario. Y aunque la actividad en estos grupos era vertiginosa, el propio proceso de mantenerse en la actividad generaba conocimientos valiosos como investigadora y como ciudadana.

Espacios de estas características lamentablemente no los encontré en la universidad y no sólo son deseables, sino profundamente necesarios. El doctorado puede ser una experiencia muy solitaria, como yo lo experimenté. Y aunque en la universidad conocí a personas extraordinarias, en términos generales la academia se ha convertido en un contexto donde se ha naturalizado la competitividad, el individualismo y ciertas dinámicas mercantiles y donde además operan múltiples fronteras, siendo una crucial el carecer de financiación. Si hablo de ello es porque no es una realidad anecdótica ni exclusiva de mi experiencia personal, sino algo más extendido de lo que se verbaliza normalmente. En cambio, estos grupos ampliaron mi perspectiva sobre la investigación en ciencias sociales y las relaciones que

establece con los contextos estudiados. En estos grupos, desde lógicas muy distintas, también se generaba conocimiento. El poder contrastar mediante la experiencia el mundo académico y el mundo vecinal, y ser parte de la construcción de espacios de apoyo mutuo, búsqueda de sinergias y activación de destrezas, me ha hecho profundizar en la reflexión sobre la producción del conocimiento y particularmente comprender la relevancia de enfoques críticos, como la investigación acción participante.

Y desde la práctica en estos grupos sucedió algo significativo para la investigación y para mí como investigadora: el apoyo mutuo fue “invadiendo” y moldeando mi propio proceso de investigación. “En la práctica etnográfica el investigador debe volverse parte de la situación para sentir lo que sienten las personas, es decir, sumergirse en las realidades de ellas con el fin de identificarse con el proceso en estudio y al mismo tiempo, permanecer distante” (Arias y Giraldo, 2011: 507; Reeves, 2000). Cuando te involucras en un proyecto adquieres “tareas”, la propia participación te embarca en múltiples actividades. Y de esta manera descubrí que el propio proceso de participación era fundamental en la producción de conocimiento y que además la especie de “deuda” que se adquiere como etnógrafos en el campo se puede “devolver” mediante la realización de tareas porque es “una manera a través de la cual el trabajador o la trabajadora de campo pueden demostrar que no son unos intrusos explotadores, sino que tienen algo que ofrecer” (Hammersley y Atkinson, 1994: 97).

El grupo posibilitaba desarrollar destrezas y ponerlas en común, y en esta puesta en común no sólo se “beneficiaban” los grupos como espacios donde tenían lugar estas actividades, sino también a un nivel personal los/las participantes de dichas actividades. Por ello, puedo decir que mi comprensión del apoyo mutuo se ha dado en la observación, pero también en la actividad colectiva. Por ejemplo, ocurrió algo inesperado y muy positivo para mí como investigadora. El haberme involucrado en varias actividades me ha “entrenado”, sin yo proponérmelo, como investigadora y como antropóloga aplicada, y ha contribuido al mismo tiempo a las necesidades experimentadas en estos grupos. Destacan por ejemplo el diseño e implementación de procesos participativos o la escritura de varios textos en distintos formatos: un artículo científico en coautoría (Herrera-Pineda y Pereda, 2017) y repensado de

manera colectiva, un diagnóstico colectivo y participado (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020), un capítulo de un libro colectivo elaborado para recaudar fondos para los costes judiciales de una compañera condenada por parar un desahucio (Tetuán Resiste, 2018), y dos artículos de prensa donde se difundió información de interés público y relevante en dos momentos importantes para dos colectivos (Herrera-Pineda, Ferrer y Gas, 2017; I. A. y J., 2019). Todo ello me ha permitido comprender desde dentro las relaciones entre distintos espacios y agentes sociales, complejizando el contexto en que se mueven estos proyectos.

Por otra parte, como sostiene Puglisi (2019), la corporalidad es un elemento crucial en la participación, porque “practicar lo mismo que el grupo nos abre a una dimensión de su horizonte de sentidos y prácticas que de otro modo nos es inaccesible” (Puglisi, 2019: 24). No se trata de transformarnos en los “otros” en un salto de identificación absoluta -pues el distanciamiento y la cercanía se mantienen de manera continua- pero sí de comprender en profundidad las situaciones que viven estas personas a través de la acción. Cuando se marcha con cientos de personas en una manifestación bajo la lluvia y el frío, cuando se está en una paralización de desahucio frente a la policía y se vive esa tensión, cuando se riega un huerto en el calor del verano madrileño, o cuando se conocen cada uno de los pasos que ha dado una persona solicitando ayudas... Sólo entonces es posible generar una interpretación comprensiva de los procesos sociales analizados. Experimentar lo que otros experimentan y hacerlo en común es útil para ampliar nuestro conocimiento, para comprender que siempre son vivencias en un lugar y en un tiempo específicos, procesos con múltiples capas y no realidades simples y monocromas.

Para finalizar, considero importante hablar también de las dificultades que he encontrado a lo largo de esta investigación porque han formado parte de la producción de este trabajo. La principal de ellas ha sido la falta de financiación y estabilidad para hacer el doctorado, que se tradujo durante mucho tiempo en una presión constante y en último término en una falta prolongada de calma. Y la calma es crucial para poder pensar, para poder escribir y para tomar perspectiva. Así, la escritura ha sido el momento más difícil porque requiere concentración, paciencia, y quietud en la mente. Las condiciones precarias en que se ha desarrollado esta tesis

han dificultado mucho llegar a este punto. Los lentos avances los viví entre bloqueos, autoexigencia, frustración y cansancio, pero también momentos de entusiasmo, de luminosidad, de crecimiento y de completo disfrute. Varias personas me habían contado que algo así se experimenta en el proceso de escritura y de manera particular escribiendo la tesis. Sin embargo, como llevo señalando, vivirlo permite comprender el significado profundo de este proceso. Ahora bien, carecer de financiación tiene un lado positivo que es importante, que es la independencia y libertad creativa con la que he podido trabajar. He hecho el estudio que quería hacer, pero también he podido acceder a situaciones que no llegan a ser trabajadas por otros investigadores vinculados a planes de trabajo altamente delimitados. Incluso lo que eran dificultades podían convertirse en oportunidades, como ocurrió con mis paseos cotidianos atravesando todo el distrito, que sin duda enriquecieron notablemente mi perspectiva, y que fueron “facilitados” por una cuestión muy mundana, que era carecer de abono de transportes.

Personalmente otra de mis grandes dificultades fue escribir con fluidez en el lenguaje científico, encontrar algo así como mi “estilo” dentro de un lenguaje altamente codificado. Las palabras son un vehículo capaz de dar forma a las cosas y el formato de artículo científico me constreñía demasiado. Muchas veces sentí la escritura de la tesis como una actividad tediosa que llegué incluso a aborrecer, cuestionándome si todo esto merecía la pena. Sin embargo, he pasado bastante tiempo en el taller de la escritura y digo “taller” porque se fue pareciendo poco a poco a un trabajo artesanal. Primero me entrené en la escritura de artículos científicos. El primero de ellos, publicado en la *Reis* (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016), fue el más desafiante porque mi experiencia previa a lo sumo era de escritura de ensayos en filosofía. Entonces “me curti” escribiendo este primer artículo y aprendí mucho. Luego vendrá el artículo de CTS, de *Invisibles* (Herrera-Pineda y Pereda, 2017), donde aprendí a escribir sobre y desde una experiencia colectiva. Pero más tarde llegará la escritura de la tesis global, donde me fue difícil encontrar un hilo conductor que cohesione todo este complejo estudio, y que a su vez pueda dar voz a las diferentes experiencias, tanto en la descripción como en la reflexión teórica. Tras largo tiempo de escribir ensayando varias estrategias (Hammersley y Atkinson, 1994: 227-251), de producir muchos y variados caos que progresivamente fueron mutando, y de aceptar los ciclos de frustración, cansancio y desgana, logré

comprender que algo importante estaba aprendiendo e incorporando en el camino. Y que además reconocía la dimensión creativa de este proceso. Lo que estaba creando tenía algo de composición coral, había voces y tonalidades que se entrecruzaban. Por fin escribía con fluidez.

Algo que también tuvo relevancia para la escritura fue la necesidad que experimenté en determinado momento de alejarme y recluirme en un espacio de silencio. La corporalidad de la que hablaba es una dimensión crucial pues, así como es un instrumento para el conocimiento también puede ser un obstáculo, como lo fue para mí en las etapas finales de la investigación. La exposición prolongada a situaciones de exclusión me supuso un desgaste personal, físico y mental, pues en ellas se genera un conocimiento cercano del sufrimiento humano y de la injusticia social. Mis idas y venidas entre observación y escritura, tan ricas en matices, también me suponían un desgaste pues no lograba la concentración suficiente para volcarme en el proceso de inmersión que implica la escritura. Por último, también experimenté la “carga” de la participación, pues tenía escaso tiempo y además me autopresionaba con expectativas propias y ajenas, vinculadas a mi rol como integrante de estos grupos. Emergió entonces como una necesidad imperiosa buscar el silencio, el distanciarme de estas situaciones, de la actividad frenética de estos grupos, y de las informaciones constantes que fluyen a través de estos colectivos. Llegado a este punto, lo más sano para mí y lo más adecuado para la investigación era conseguir un espacio de sosiego, de silencio y de concentración que, al fin y al cabo, fue una intención y un esfuerzo activo, pues en mi propia vida personal tenía que atender situaciones también urgentes y desgastantes. Pero finalmente conseguí encontrar un equilibrio, un lugar propio, desde donde comprender los procesos que observaba, incluidas las emociones que los atravesaban.

Igualmente, para el desarrollo de esta tesis y específicamente para el proceso de escritura, fue crucial el conseguir una beca de la UAM para realizar una estancia internacional de investigación, desarrollada en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coímbra. En Portugal redescubrí la vitalidad con la que había iniciado mis intereses en antropología y profundicé en cuestiones conceptuales desde una mirada interdisciplinar. Las sesiones que tuve con el profesor Tiago Castela para discutir bibliografía específica fueron determinantes para profundizar

en los hallazgos de mi trabajo etnográfico desde una perspectiva de estudios críticos urbanos. Esta estancia además me permitió vivir unos meses de completa dedicación a la investigación, y experimentar un distanciamiento necesario para emprender la tarea de escribir.

Si he descrito todos estos avatares es para que se entienda que la producción científica no surge de una tabula rasa, ni siquiera en el ámbito estrictamente de las ideas, pues éstas remiten a determinadas/os autoras/es y a determinados tiempos y contextos. El conocimiento es una construcción. Pero también he escrito este apartado porque pocos científicos explicitan las circunstancias en que fue desarrollada la investigación, reproduciendo en ciencias sociales la idea de un objeto completamente escindido del/la investigador/a. Por otra parte, cuando he conocido la experiencia cercana de otros investigadores he comprendido un poco más mi recorrido y me ha sorprendido lo aislados/as que estamos entre nosotros/as. Si esto sirve para que el/la investigador/a que lo lea se sienta un poco menos solo/a, habrá servido para algo. Ojalá la experiencia que he narrado sirva también para que investigadores/as se animen a transitar las sendas complejas y fecundas de la participación y del apoyo mutuo.

1.5. Organización de los capítulos

La tesis que se presenta a continuación comienza con dos capítulos dedicados a la revisión de literatura relevante para entender el problema de esta investigación. No se trata de una revisión exhaustiva, sino de una selección de las líneas más relevantes para problematizar el concepto de apoyo mutuo y su relación con las ciudades contemporáneas. Un primer capítulo dedicado a este marco teórico, el Capítulo 2, aborda el concepto de apoyo mutuo, con un enfoque más histórico y antropológico. Este capítulo explora el origen del concepto de apoyo mutuo y sus bases teóricas y políticas, donde destacan dos corrientes políticas, por un lado, los anarquismos y, por otro lado, los marxismos críticos. Como claves para la comprensión del apoyo mutuo se identifican dos dimensiones fundamentales que son tratadas específicamente en dos subsecciones. Por un lado, la dimensión económica, a través de una problematización de un tema clásico en antropología como es la reciprocidad. Y, por otro lado, la dimensión relacional, estrechamente relacionada con la anterior pero desarrollada en una subsección, centrada en la reflexión sobre el concepto de

convivencia, por ser una propuesta interesante para analizar los lazos sociales en prácticas generadas en las ciudades contemporáneas.

El siguiente capítulo también está dedicado a presentar el marco teórico de esta investigación, pero centrado en el problema teórico del espacio y concretamente de las ciudades contemporáneas. La perspectiva del Capítulo 3 se fundamenta en estudios críticos urbanos, con un peso importante de corrientes como las geografías críticas y las etnografías críticas. Mientras el Capítulo 2 era pensado como una base de fundamentos teóricos desde donde problematizar el apoyo mutuo, el Capítulo 3 presenta una base teórica desde la que entender prácticas como las de apoyo mutuo en las ciudades contemporáneas. En primer lugar, se parte de la interpretación lefebvriana de “espacio social”, particularmente su propuesta sobre lo cotidiano y el “derecho a la ciudad”. A continuación, se exploran procesos paradigmáticos de contextos contemporáneos, como el neoliberalismo en su construcción económica, espacial y política. Particularmente, se incide en el neoliberalismo como “arte de gobierno”, que actúa en la regulación de la vida en un nivel tanto institucional como subjetivo. Asimismo, se destaca la importancia de procesos de agenciamiento, particularmente, las ideas de resistencias e insurgencias en la ciudad neoliberal. De este modo, estas dos partes proponen un diálogo para comprender y *actualizar* determinadas problemáticas del apoyo mutuo en contextos contemporáneos, definiendo y ahondando en hallazgos concretos de la etnografía, que se presentan en los siguientes capítulos.

Tras esta revisión de literatura, se pasa a describir los resultados de la etnografía ya centrada en el contexto específico de Tetuán. Los capítulos anteriores de marco teórico y los restantes de contenido etnográfico no se deben entender como dos partes escindidas, pues la presentación de resultados etnográficos es en sí misma analítica y está guiada por reflexiones teóricas. Para comprender mejor estos vínculos se detalla a continuación el contenido de estos capítulos dedicados a los resultados etnográficos. El Capítulo 4 se centra en la dimensión espacial del distrito de Tetuán. Comienza con una descripción del contexto histórico y urbanístico de Tetuán (donde destaca el proceso global de la *crisis*) y de las características físicas y sociales del distrito. A continuación, se pasa a describir dinámicas sociales y discursivas presentes en Tetuán, que son relevantes para problematizar el apoyo

mutuo: desde prácticas cotidianas en el espacio, hasta la producción de imágenes y discursos en distintas escalas. Todo ello persigue comprender el proceso de producción espacial de dos *Tetuanes* dentro de Tetuán, marcados por una creciente desigualdad.

Por su parte, el Capítulo 5 presenta los procesos más relevantes de la autogestión vecinal para comprender las diversas dimensiones que activa el apoyo mutuo en contextos de una creciente exclusión y desigualdad económica en el acceso a recursos básicos. Se trata de un capítulo con gran densidad etnográfica pues se centra en los procesos de construcción subjetiva del apoyo mutuo. Para ello se exploran las diversas situaciones vividas que explican la emergencia de procesos de apoyo mutuo vecinal. Asimismo, se describen una amplia diversidad de prácticas micro y construcciones discursivas sobre el apoyo mutuo, generadas en grupos autogestionados. Por último, se describen diferentes procesos de construcción de lo político, que presentan distinto alcance y topología espacial.

El Capítulo 6 se centra en uno de los colectivos analizados, Invisibles de Tetuán, por tratarse de una experiencia que permite repensar críticamente las prácticas de producción de conocimiento, pero también porque visibilizaba la creatividad colectiva para disputar espacios políticos. En este sentido es una experiencia de gran interés para comprender la dimensión política y crítica del apoyo mutuo. A través de la descripción de sus actividades, se muestra de manera situada y microscópica los procesos de construcción del apoyo mutuo, capaces de conectar lo personal con lo colectivo. Igualmente permite conocer los retos que enfrentan estos colectivos en su práctica cotidiana del apoyo mutuo, al tratar específicamente problemáticas de pobreza.

Este recorrido por los resultados etnográficos se cierra con el Capítulo 7, que ahonda en lo cotidiano como la base epistemológica de la que parte todo este estudio. Este capítulo profundiza en la mirada micro de la etnografía, para lo que se presentan tres trayectorias vitales diferenciadas, en torno a las cuales se generan tres redes personales de intercambio recíproco en el barrio de la Ventilla. Con la presentación de estas tres experiencias se busca mostrar las maneras en que se expresa, se organiza y evoluciona el apoyo mutuo en las relaciones cotidianas entre vecinos y vecinas no vinculados a grupos vecinales altamente organizados. Estas

redes informales muestran la multidimensionalidad del intercambio recíproco y el papel fundamental del don para activar toda una serie de recursos dirigidos a satisfacer múltiples necesidades, donde destacan aquellas relacionadas con los vínculos sociales. De este modo se puede comprender la agencialidad de personas comunes para crear bienestar colectivo en un contexto de desempleo, precariedad laboral y progresivo debilitamiento del Estado de Bienestar.

Para finalizar, el Capítulo 8 sintetiza las conclusiones centrales de cada capítulo y recupera los objetivos planteados en esta investigación, para hacer un balance de lo que este estudio ha logrado comprender. Asimismo, propone algunas reflexiones finales sobre las posibles líneas de investigación que abre este estudio sobre apoyo mutuo en la ciudad contemporánea, así como los posibles impactos en las políticas públicas.

Capítulo 2. Marco teórico: la agencialidad política del apoyo mutuo

2.1. Apoyo mutuo como práctica política e histórica

Considerando el apoyo mutuo de un modo amplio podemos decir que es la práctica de ayuda y cooperación entre diversas personas para la consecución de un fin común. Sin embargo, este nivel de abstracción no permite captar genuinamente la complejidad del apoyo mutuo. Kropotkin (2016 [1902]) logra afinar una definición de apoyo mutuo que permite superar las aproximaciones abstractas, al entenderlo como una práctica social y ética capaz de crear instituciones que reconozcan y garanticen una igualdad común. El apoyo mutuo se construye como un deber hacia los congéneres, pero no se trata de un deber impuesto desde fuera sino construido en las propias relaciones sociales. La idiosincrasia de su propuesta radica en que entiende el apoyo mutuo como una estrategia que promueve el desarrollo de la vida y que además se encuentra generalizada en el mundo animal. De este modo, el apoyo mutuo lejos de ser una virtud abstracta es entendido por este autor como una práctica social enraizada en relaciones y contextos específicos que, sin embargo, permite cierta generalidad, pues está presente en diversas sociedades animales y humanas.

En este estudio se pondrá especial atención a aquellas aproximaciones al apoyo mutuo que tengan en cuenta esta idea de *institución* como constructo social que busca promover relaciones de igualdad. Esta perspectiva pone énfasis en la dimensión política de las relaciones sociales y se ha desarrollado desde distintas corrientes. En esta tesis es de especial interés la heterogénea tradición de las dos corrientes paradigmáticas del movimiento obrero: el anarquismo y el marxismo. Por otro lado, resulta interesante atender al también heterogéneo conjunto de propuestas sociopolíticas en el marco de los nuevos comunes urbanos. Esta corriente permite ahondar en cuestiones que el pensamiento obrero y la política clásica no han sido capaces de comprender, de modo que ofrece perspectivas críticas para repensar procesos sociales en contextos contemporáneos. Como se verá, estas distintas corrientes hacen contribuciones relevantes para la interpretación del

apoyo mutuo como construcción histórica y de manera particular para entender su concreción como resistencia sociopolítica.

2.1.1. Vida y lucha en común en la ciudad contemporánea

A lo largo de su historia, las sociedades humanas han sido capaces de construir sofisticadas estrategias para disponer de cierto bienestar y responder al riesgo y a la inseguridad. La pregunta sobre cómo se organiza la vida en sociedad no es una cuestión sencilla que se pueda definir a priori, porque de entrada requiere observar el contexto en que se dan las relaciones sociales. Y este contexto siempre es particular y específico, de modo que lo que observamos como un conjunto coherente de hechos, en realidad responde a un proceso atravesado por conflictos, disensos, adaptaciones y recreaciones continuas que constituyen lo que llamamos historia. No obstante, si reparamos en el imaginario que nos ha llegado desde la historia occidental, dos grandes posiciones teóricas y políticas aparecen como polos enfrentados. Por un lado, la postura denominada “individualista”, que sostiene que cada persona lucha por sus propios intereses excluyendo los de los demás, por lo que la dinámica predominante es la competencia (Huxley, 1888). Por otro lado, la postura denominada “comunitaria” o “solidaria”, que señala que vivimos indisociablemente vinculados a los demás en mutuas dependencias, y que la vida física y social es posible gracias a dinámicas de cooperación que configuran el tejido social (Kropotkin, 2016 [1902]).

El tratamiento dicotómico de ambas posiciones radica en que son tratados como dos modelos abstractos. Sin embargo, aquí no interesa su dimensión abstracta sino la realidad histórica que subyace a su diferenciación y oposición recíproca, pues revela toda una serie de construcciones socioculturales con materializaciones políticas y económicas específicas. Por otra parte, cabe recordar que la abstracción no siempre opera dissociada de la realidad concreta, sino que muchas veces pasa a proyectarse sobre ella como un acto efectivo de poder, imponiéndole límites y nuevos condicionamientos. En otras palabras, las pretendidas abstracciones no son entelequias, sino construcciones ideológicas, de las que pueden emerger sistemas de relaciones sociales, económicas y políticas reales, que moldean la vida cotidiana. Y en efecto, estos dos modelos teóricos mantienen una larga disputa en el ámbito

ideológico, hasta el punto de ejercer un papel fundamental en la construcción de las sociedades occidentales.

El presente estudio atenderá especialmente la corriente llamada “comunitaria” en un diálogo constante con la corriente “individualista”. Con ello intento comprender el modo en que se han construido dos modelos de sociedad en disputa, no como dos lugares estancos, sino como dos procesos históricos en múltiples conexiones e influencias. Por tanto, mi intención no es reproducir dualismos, sino ser capaz de ofrecer una perspectiva que permita observar la síntesis histórica que se da en el cruce entre procesos de individualización y de colectivización en un espacio y tiempo determinado. Para ello, desde la perspectiva de la antropología social y cultural, y en diálogo con otras disciplinas como la historia, la sociología, la geografía urbana o la filosofía, me propongo repensar cómo se organizan personas provenientes de sectores populares, que promueven vínculos de cooperación en una gran ciudad europea, específicamente en un entorno de necesidades, de escasez y de desigualdad urbana.

Para ello rescato el concepto de apoyo mutuo, subestimado en la historia de las ideas, pero destacado en el imaginario colectivo y en la experiencia de diversas iniciativas sociales. Igualmente, considero el concepto de espacio, que ha sido durante largo tiempo interpretado como una realidad neutral y pasiva, pero que ha sido redefinido desde varias perspectivas, convirtiéndose en un concepto clave para entender la transformación social. En esta primera parte me propongo destacar el dinamismo y complejidad de ambos conceptos, como herramientas para interpretar el sentido y el valor de experiencias prácticas que organizan la vida de un modo distinto y contrapuesto a las lógicas individualistas características del capitalismo.

Adelanto que, a pesar de su relevancia para la historia social y política, el apoyo mutuo es un concepto poco reseñado en la literatura de las ciencias sociales. Sólo la antropología social y cultural, por una parte, y la historia, en su vertiente específica de historia social, han realizado aproximaciones al significado de las prácticas de apoyo mutuo. Sin embargo, la primera ha evitado retomar explícitamente este concepto, relegándolo al ámbito de la historia, y lo ha tratado en general como una dinámica comunitaria o solidaria en su diversidad de expresiones, sin apelar a su construcción específica de “apoyo mutuo”. Aquí me propongo retomar este concepto,

no como una unidad cerrada, sino como herramienta para problematizar relaciones socioeconómicas y políticas en un contexto actual. Considero que este concepto merece atención por ser una construcción elaborada en su origen desde la especificidad de la experiencia histórica en Occidente, y porque actualmente el apoyo mutuo es reivindicado entre diversas iniciativas colectivas, de modo que se hace necesario explorar su idiosincrasia.

El enfoque adoptado en este estudio será el de la antropología social y cultural, porque sitúa y contextualiza toda práctica humana para poder ser interpretada, y porque permite entender las experiencias cotidianas como expresiones subjetivas y como procesos complejos. Me parece oportuno en este punto advertir que la perspectiva antropológica no se limita a ampliar nuestro conocimiento sobre “otras culturas”, sino que permite repensar nuestra propia sociedad ahondando en sus tensiones, en su no plenitud, en sus puntos de fuga. Aquí pretendo rescatar esta mirada del enfoque antropológico que considero valiosa, por su reconocimiento de la diversidad humana, incluyendo nuestras propias sociedades, y por su compromiso epistémico por visibilizar aquellas experiencias que han existido o que existen en la actualidad, y que por lo general son barridas por el peso de la historia oficial.

El punto de partida para esta reflexión es la creciente desigualdad social y económica que moldea las ciudades contemporáneas, específicamente en el ámbito territorial de los países del sur de Europa. El siglo XXI ha intensificado la mundialización de la economía y la globalización de las sociedades, lo que ha supuesto una profunda quiebra con modos de vida y estrategias socioeconómicas que hasta hace pocas décadas cumplían un papel fundamental para diversos grupos sociales tanto en el ámbito rural como urbano. El proceso de mercantilización se ha expandido con tal aceleramiento y complejidad en nuestras sociedades, que ha transformado la vida cotidiana de manera integral. Primeramente, las dinámicas y los espacios que sostienen el tejido social son cada vez más limitados, y con ello, los recursos sociales para crear bienestar y responder ante situaciones adversas, como la enfermedad, la soledad o la inestabilidad socioeconómica o afectiva.

Por otro lado, la expansión del capitalismo global ha transformado de manera estratégica recursos básicos como vivienda, alimentación y salud, que son negados

a sectores de la ciudadanía y transformados en lucro para determinadas esferas de la sociedad. Se trata de un proceso global que opera a nivel internacional (Harvey, 2004a), aunque la experiencia más significativa para este estudio será la del sur de Europa (López y Rodríguez, 2011b), donde previamente a la crisis financiera del 2007 estos recursos eran relativamente accesibles a la población en general. En este contexto nos encontramos con problemas paradigmáticos de esta época, vividos con especial crudeza en las ciudades, como la precariedad laboral, los desplazamientos y expulsiones (Sassen, 2015), la gentrificación (Smith, 2009, 2012), la crisis de los cuidados (Pérez, 2014) o la soledad no deseada (Martín y González-Rábago, 2020; Martínez, 2020).

Como contrapartida, cabe señalar igualmente que la globalización ha posibilitado una interconexión estrecha de experiencias e imaginarios entre distintas zonas del mundo (Appadurai, 2001). Esto también ha posibilitado un intercambio de saberes y una reconstrucción crítica del conocimiento, necesaria para repensar los movimientos sociales y la relación entre academia y praxis sociopolítica. Especialmente desde escuelas críticas como la teoría feminista (Hooks, 1989; Pérez, 2014); la teoría postcolonial (Grossberg, 2006; Spivak, 2003); las epistemologías del sur (De Sousa, 2018a); la pedagogía crítica (Freire, 2006) o la Investigación Acción Participante (Melero, 2012; Pereda y De Prada, 2014). Todas estas corrientes contribuyen en la construcción de un pensamiento “desde abajo” o “desde los márgenes”. Y sus propuestas suponen un revulsivo dentro de las ciencias sociales, porque cuestionan o redefinen la forma de abordar la desigualdad e incorporan diferentes puntos de vista para comprender los sujetos políticos contemporáneos.

Asimismo, esta interconexión, facilitada en buena medida por el despegue definitivo de internet y las redes sociales (Alcalá, 2017; Castells, 2008), ha permitido tejer movimientos sociales globales que desarrollan una crítica política y económica radical desde la esfera local (Alonso, 2013). Estos movimientos crean un intercambio sociopolítico constante donde se recrean múltiples repertorios anticapitalistas. Desde experiencias de largo recorrido, como el altermundismo, el movimiento de okupación, o el movimiento indígena en Latinoamérica, hasta experiencias más recientes como el movimiento feminista internacional, articulado

en una compleja y diversificada red de experiencias locales. Igualmente, el movimiento de los comunes urbanos o el movimiento mundial de protestas, enmarcadas en el largo ciclo de crisis del capitalismo global (desde las plazas árabes, el 15M, Occupy Wall Street, o las más recientes protestas multitudinarias en Latinoamérica, en países como Ecuador, Chile o Colombia), que se oponen no sólo al impacto de la mercantilización sino que además reivindican de manera paradigmática una mayor democratización en los sistemas de gobierno, recreando nuevas prácticas sociopolíticas desde complejas tramas que conectan lo local y lo global (Aricó, Mansilla y Stanchieri, 2016; Bollier y Helfrich, 2012; Castro-Coma y Martí-Costa, 2016; Hadjimichalis, 2013).

Estas experiencias forman un conjunto sociopolítico amplio y heterogéneo, capaz de impugnar desde realidades locales el modelo neoliberal, entendido éste o bien un conjunto de políticas económicas implementadas desde la década de los 70 del siglo pasado, o bien una forma de gobierno que opera sobre las subjetividades. Estas iniciativas constituyen valiosas contribuciones para repensar los procesos de desigualdad económica y política, y particularmente las construcciones sociopolíticas de resistencia. De manera especial estas experiencias son capaces de revelar las diversas articulaciones del neoliberalismo según contextos específicos, donde pueden reorganizarse distintas formas de opresión, como el patriarcado o el racismo. De ahí que formas contemporáneas de apoyo mutuo, como pueden ser los activismos, deban entenderse desde una perspectiva crítica. El activismo, por ejemplo, se puede entender como una realidad propositiva, como un ejercicio de democracia directa, pero también como parte del proceso de erosión de formas de organización colectiva anteriores, como los partidos o los sindicatos, que tuvieron gran presencia entre trabajadores de baja remuneración. El apoyo mutuo es una construcción compleja, y por ello es oportuno presentar un marco conceptual que permita entender mejor la singularidad de este concepto, ya que puede iluminar en parte la reflexión del momento sociopolítico actual.

Dos grandes paradigmas del apoyo mutuo y la acción colectiva

Como se ha mencionado, son de especial interés las aportaciones desarrolladas en el marco de las dos grandes corrientes de pensamiento obrero: el anarquismo y el marxismo. Estas dos corrientes han tratado de manera específica las temáticas

abordadas en este estudio: el apoyo mutuo, en el caso de los anarquismos, y el espacio, y en particular, la ciudad, en el caso del marxismo. Anarquismo y marxismo se percatan de manera temprana de las relaciones complejas y estrechas entre ciudad, capitalismo y organización sociopolítica, y ofrecen perspectivas propias para su problematización (Hobsbawm, 2003).

Aquí considero estas dos corrientes como marcos amplios de interpretación teórica y de acción política, de los cuales se ha generado un heterogéneo conjunto de contribuciones. No busco un examen exhaustivo de las vertientes y evolución de estos pensamientos, pero sí rastrear algunos desarrollos que pueden iluminar la reflexión sobre las prácticas de apoyo mutuo en la ciudad contemporánea. El interés de atender estas corrientes radica en que ambas ponen énfasis en la crítica a la desigualdad social, económica y política que intensifica el capitalismo, y buscan construir una sociedad más igualitaria. Estas dos perspectivas permiten construir un foco desde donde mirar el amplio campo que conforman construcciones como apoyo mutuo y espacio. Sin embargo, aquí se adopta un punto de vista crítico también con estas corrientes, de modo que son entendidas como una herramienta más para el análisis.

Por su parte, el marxismo no ofrece un abordaje explícito del concepto de apoyo mutuo, pero pone de relieve cuestiones fundamentales que dialogan directa o indirectamente con este concepto. De particular interés serán contribuciones como la lucha de clase, la crítica a la propiedad privada o la defensa de la socialización de los medios de producción, como maneras de evitar la acumulación y explotación capitalista (Marx, 2010 [1867]). Asimismo, es interesante su propuesta organizativa, basada en la formación de sindicatos o partidos obreros, que permitan entrar en los cauces institucionales y reclamar una legalidad que proteja a la llamada clase obrera. Se trata de cuestiones clave del marxismo, que aquí sirven no tanto para corroborar o no su vigencia, sino para profundizar en ciertas problemáticas reproducidas y agravadas en un contexto distinto, marcado por modos de producción postfordistas y por la cultura de consumo.

Ideas como éstas dialogan, chocan o se cruzan con las coordenadas en que se construye el apoyo mutuo, y permiten apuntar a determinadas problemáticas en contextos contemporáneos. Especialmente interesante para esta reflexión es la

corriente desplegada a partir de los años 70 del siglo XX, en distintas áreas como la historia (Hobsbawm 2001; Hobsbawm y Rude, 2009; Thompson, 2012 [1963]), la filosofía (Foucault, 1982, 2002b [1975]; Certeau y Giard, 2000 [1979]), la sociología (Wallerstein, 2005), la geografía (Lefebvre, 2013 [1974]), o la antropología (Mintz, 1996; Wolf, 2004), como parte de un proceso de profunda reinterpretación del marxismo. Estos trabajos critican postulados clásicos como el enfoque estructuralista y economicista del marxismo ortodoxo, y se interesan por nuevos sujetos y por otro enfoque histórico que permita entender los múltiples procesos subyacentes a la mundialización del capitalismo. En particular, el foco de atención se vuelca sobre la agencia política, que pasa a repensarse desde perspectivas complejas y diversificadas.

Recientemente se han hecho contribuciones críticas importantes al marxismo que permiten repensar la ciudad contemporánea. Conceptos como “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004a; 2004b), ciudadanía y soberanía (Ong, 2006), trabajos reproductivos (Federicci, 2010) o economías ensambladas (Gibson-Graham, 2006) complejizan la crítica al capitalismo, problematizando ciertos postulados marxistas en un contexto de neoliberalismo, donde las problemáticas sociales se han agravado, las grandes narrativas se han difuminado (Harvey, 1998), los dispositivos institucionales se han transformado (Wacquant, 2010), y diversos sujetos políticos han emergido disputando nuevos espacios (Butler y Athanasiou, 2013). Por todo ello, el marxismo no es entendido aquí como un conjunto cerrado de preceptos, ni como una cosmovisión totalizante, sino más bien como un marco interpretativo crítico, amplio y cambiante, capaz de identificar algunas cuestiones clave y, en todo caso, de sugerir interrogantes en un diálogo con diversas corrientes.

Por su parte, el anarquismo resulta interesante para este estudio por la atención específica que ha dado esta corriente al concepto de apoyo mutuo dentro de su proyecto político, y también al enfoque integral y holístico de su propuesta sociopolítica. No se trata de un movimiento que se limite a buscar la mejora de problemáticas más o menos particulares, sino ante un proyecto que busca crear una nueva sociedad, donde se transformen las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales existentes, para dar paso a un nuevo modelo de convivencia. Se distingue con respecto al marxismo en varios aspectos. Primeramente, no ha producido una

obra teórica de referencia, como en el caso del marxismo. Se trata de una corriente más interesada por la praxis que por el análisis teórico, y también de una corriente profundamente heterogénea por lo que es más conveniente hablar de anarquismos en plural. En segundo lugar, rechaza entrar en el ámbito parlamentario o institucional y defiende la espontaneidad y horizontalidad de la acción colectiva. Converge con el marxismo en su rechazo a la propiedad privada y en la defensa de la propiedad colectiva. Sin embargo, este punto plantea una diferencia importante con respecto al marxismo clásico, pues este último consideraba necesario pasar por una serie de etapas históricas hasta llegar al socialismo, mientras que los anarquismos, y particularmente el anarquismo comunitario, entiende que los medios de producción deben ser propiedad de toda la comunidad y que la acción directa y la deliberación asamblearia lo hacen posible sin mediación de instituciones jerárquicas.

Cabe resaltar que el anarquismo a lo largo de su historia se ha construido como laboratorio de experiencias reales, por lo que ofrece en sus distintas vertientes no sólo un andamiaje conceptual sino también una cierta trazabilidad de experiencias donde poder observar los desafíos y las estrategias construidas bajo la idea de horizontalidad, autogestión y acción directa (Paniagua, 2012; Taibo, 2014). Es una corriente que ha desarrollado notoriamente la idea de apoyo mutuo, sobre todo en la práctica política, construida sobre una conjunción singular de defensa de la acción directa y rechazo a cualquier autoridad, especialmente la del Estado. Los anarquismos no se entienden aquí como doctrinas cerradas sino más bien como procesos abiertos de intercambio político e intelectual que permean espacios y experiencias muy diversas. Principios como la voluntariedad, la horizontalidad y la autogestión se expresan de maneras diversas en iniciativas heterogéneas, no siempre adscritas a los anarquismos, y se han convertido en los pilares básicos de buena parte de las experiencias colectivas contemporáneas de tipo no formal. Esta conexión entre distintos procesos es de especial interés para este estudio, porque permite observar cierta simbiosis entre imaginarios sociopolíticos diversos. Así pues, la organización sociopolítica basada en la autonomía y el federalismo presenta aspectos interesantes en la línea de conceptos contemporáneos como “red”, especialmente útiles para la interpretación de iniciativas como el cooperativismo, o movimientos sociales paradigmáticos en España como el movimiento por la

vivienda o las movilizaciones llamadas “mareas” (Castells, 2012; Huerga, 2015; Mir et al., 2013; Sala, 2018; Sanz, 2003). Asimismo, metodologías como la acción directa cumplen un papel fundamental en procesos contemporáneos como el movimiento de ocupación (Spataro, 2014), la gran diversidad de formas de sindicalismo social del siglo XX y siglo XXI (Moral y Brunet, 2018), o la praxis sociopolítica en experiencias de soberanía alimentaria o en iniciativas de neorruralismo.

Genealogía del apoyo mutuo. La síntesis anarquista: lo comunitario como apoyo mutuo

La denominación y reivindicación de esta práctica bajo el nombre de “apoyo mutuo” surge en un entorno determinado, específicamente en el seno del anarquismo europeo y en un momento de expansión del capitalismo industrializado. Esto no significa que no existieran prácticas semejantes a la idea de apoyo mutuo previas o al margen de la expansión del sistema capitalista. Al contrario, prácticas que conectan profundamente con la idea de apoyo mutuo, como las de tipo comunitario, fueron fundamentales en la propia Europa, tanto en la Edad Media como en la Edad Moderna, cuando se desarrollaron una serie de mecanismos de colectivización, a través de instituciones como la comunidad de aldea o el concejo local (Cordero, 2021; Nieto et al., 2016). Igualmente, prácticas muy diversas a lo largo del mundo han recreado las lógicas del apoyo mutuo de diversos modos, entendiendo la economía como una realidad sujeta a la organización social, y no como una esfera escindida de la vida social, como se entiende en sociedades de mercado. En particular lo que Narotzky (2013) llama “economías cotidianas” tiene especial interés para la reflexión del apoyo mutuo, pues son prácticas económicas insertas en entramados de obligaciones morales, sociales, culturales y afectivas y, por tanto, no sólo sujetas a razonamientos “economicistas”. Diferentes pueblos alrededor del mundo han reconocido la importancia de los vínculos sociales para el sostenimiento de sus comunidades, diversificando los modos en que se expresa el intercambio económico y activando múltiples mecanismos para impedir la acumulación de poder: desde la minga en los Andes, el *potlach* en Norteamérica (Mauss, 1971 [1925]), el *kula* en Papúa Nueva Guinea (Malinowski, 1986 [1922]) o la diversidad de prácticas colaborativas entre tribus de cazadores-recolectores (Clastres, 1978).

Ahora bien, un punto de partida y una cierta delimitación son necesarias para abordar la temática del apoyo mutuo, por lo que aquí se propone pensar la construcción del apoyo mutuo en su relación con la expansión del mercado capitalista. Esta suerte de “segmento” en la historia y en el espacio que es toda decisión de investigación, está guiada por mi objeto de estudio, que observa prácticas de apoyo mutuo en una ciudad europea contemporánea, construidas como respuestas a diversas problemáticas sociales y económicas. Sin embargo, se trata de un punto de partida (y no de un punto de llegada), para construir una mirada que incida en procesos específicos de transformación de las desigualdades sociales, políticas, económicas y espaciales potenciadas por la economía capitalista. Para ello considero interesante adoptar una perspectiva histórica, que permita comprender el apoyo mutuo como un proceso dinámico y no como una unidad estática en el tiempo. Sugiero que la construcción de prácticas comunitarias bajo la forma explícita del apoyo mutuo se puede entender como una manifestación social de momentos históricos específicos, como una especie de síntesis sociocultural y política ante transformaciones estructurales vertiginosas, generadas por las economías de mercado.

Para empezar, propongo remitirnos al momento histórico en que emerge un concepto como tal dentro del ámbito intelectual y político europeo. La circunstancia histórica en que emerge explícitamente el concepto de apoyo mutuo es la industrialización. Este momento es interesante por dos motivos. El primero, porque es el contexto en que se cohesiona y se reconfigura una diversidad de formas socioculturales bajo la denominación de “movimiento obrero”. El segundo, porque la industrialización intensifica la explotación y el despojo que ya había iniciado la consolidación de los estados y el mercado sobre vastos grupos humanos en Europa, y que se reproduce con las relaciones coloniales en diversas zonas del mundo. Este proceso muestra con claridad los profundos desequilibrios del ideal de Progreso característico del capitalismo, ya no sólo en las colonias históricamente explotadas, sino en las propias sociedades europeas donde se revela que se trata de un proyecto basado en la estratificación de las sociedades. En Europa, las ciudades industriales pasan a ser núcleos paradigmáticos de riqueza, pero también de pobreza, explotación laboral, extenuación, insalubridad y hambre, como reflejó tan expresivamente Charles Dickens en su *Oliver Twist* (Dickens, 2019 [1837]).

En este momento en Europa toma forma definitiva un debate en torno a dos maneras opuestas de entender la economía y las relaciones sociales. Por un lado, el individualismo, como corriente moral, económica y política que defiende la primacía del individuo, su autonomía y sus intereses personales sobre la sociedad, el Estado o la comunidad (Huxley, 1888). Por otro lado, el colectivismo, como corriente política, económica y social que defiende la propiedad colectiva de los bienes y los medios de producción, y la primacía del grupo o el colectivo frente al individuo (Kropotkin, 2016 [1902]; Marx, 2010 [1867]). No se trata de un debate meramente teórico, sino de dos proyectos políticos de construir distintos modelos de sociedad. Estas dos corrientes presentaron desde sus inicios gran heterogeneidad interna. Los “individualistas” procedían desde corrientes como el liberalismo económico hasta el anarquismo individualista (libertarismo, mutualismo, entre otros). Estos dos extremos, por ejemplo, compartían la oposición al control del Estado y el reconocimiento de algunos aspectos de la economía de mercado, pero se oponían con respecto a la acumulación capitalista, rechazada por anarquistas y defendida por liberales. En todo caso, el liberalismo clásico, como vertiente específica del liberalismo económico, será el mayor exponente de la corriente individualista y jugará un papel determinante en la evolución del capitalismo contemporáneo.

Por su parte, los colectivistas se agrupaban en la amplia corriente del socialismo, que defendía la propiedad colectiva y la autogestión de los trabajadores. Esta corriente se dividía en múltiples vertientes, tanto marxistas como anarquistas. Dentro de este conjunto, el comunismo será la corriente más influyente, por sus concreciones en sistemas políticos de gobierno a lo largo del siglo XX. Pero hay una vertiente dentro del colectivismo, el anarcocomunismo, que tiene un planteamiento radicalmente singular pues entiende que la propiedad no puede pertenecer ni a individuos ni a grupos (aunque la gestión fuera colectiva, como defendía por ejemplo el anarquismo colectivista) sino solamente a la comunidad. Para comprender la idiosincrasia del concepto de apoyo mutuo debemos retrotraernos a este momento en que el anarcocomunismo reivindica la idea de comunidad y delimita las coordenadas del concepto de apoyo mutuo en torno a lo comunitario. Un variado conjunto de prácticas comunitarias comienza a reivindicarse bajo el nombre de “apoyo mutuo” y a posicionarse de esta manera frente a las amenazas que creaba la expansión del capitalismo, pero también frente a otras posturas críticas que no

habían comprendido el alcance de lo comunitario como sistema político y económico.

En efecto, el asunto comunal será una de las diferencias primordiales entre corrientes del movimiento obrero. El comunismo marxista no supo ver la relevancia que tenían las prácticas comunales agrarias para la historia del socialismo. Su concepción histórica del capitalismo estaba permeada de una visión evolucionista y lineal del tiempo. Para los marxistas, el mantenimiento del comunismo aldeano era un impedimento, un obstáculo en la evolución de las leyes históricas por las que adviene el socialismo, por lo que su disolución era un medio para un fin mayor. De este modo, ideologías contrapuestas, tanto liberales que defendían el capitalismo, como revolucionarios marxistas que se oponían a él, coincidían en la disolución de la organización comunal agraria, pues estos últimos entendían que había que pasar por una etapa capitalista para llegar al socialismo (Giménez, 1990). Los anarquistas y populistas, en cambio, estaban entre los grupos políticos que defendían el mantenimiento del comunismo campesino, la acción directa y el socialismo no mediado por el estado ni por el capital. Estos grupos denominados “utópicos” rechazaban la postergación de la política a un futuro imaginario, y practicaban y defendían la democracia directa frente a la democracia formal.

2.1.2. Anarquismos

Los anarquismos tienen interés para este estudio por sus aportaciones heterogéneas a la construcción teórica-conceptual del apoyo mutuo, y por tener un papel histórico relevante en la historia contemporánea del sur de Europa, especialmente en países como España (Paniagua, 2012). Los anarquismos señalan la importancia de aquellos aprendizajes o conocimientos que se generan por “contagio”, o más bien, por socialización. En realidad, todos los aprendizajes para ser “aprendidos” requieren un grado importante de socialización. Pero los anarquismos inciden de manera directa en el potencial político de la acción colectiva, como efectivamente, un proceso eminentemente práctico y social. Se trata de una vertiente política enraizada en la creatividad colectiva, y en particular en la esfera cotidiana e informal, y por ello es una referencia crucial para profundizar en cómo se despliega el apoyo mutuo en la práctica. En este sentido se trata de una corriente con profundas conexiones con la antropología social (Graeber, 2012; Roca, 2008).

Los anarquismos generan una praxis sociopolítica conectada a una tradición heterodoxa, pero también generan construcciones simbólicas situadas y altamente creativas, explorando las ideas de acción directa. Y aunque su construcción paradigmática ha sido en buena medida eurocéntrica, la idiosincrasia de esta corriente es que permite trazar conexiones con otras cosmovisiones más allá de Europa. Carlos Taibo (CGT-LKN Bizkaia, 2017, 06:00m) distingue dos maneras de entender el anarquismo. Por un lado, se puede entender como un corpus teórico que reúne las aportaciones de pensadores hoy entendidos como “clásicos” (Proudhon, Malatesta, Kropotkin, Bakunin) que han dado cierta forma común a un pensamiento heterogéneo. Por otro lado, se puede entender como aquellas prácticas de acción directa efectuadas por diversos pueblos a lo largo de la historia de la humanidad, que han puesto en el centro la socialización y el cuestionamiento a las jerarquías como manera de reconstruir su entorno. Este autor considera que los “anarquismos del sur” han sido escasamente comprendidos por los anarquismos europeos. Estos últimos han entendido el sur desde la lucha anticolonial, pero no han profundizado en la riqueza de elementos antiautoritarios desarrollados en torno a la autogestión y las economías comunitarias. Es decir, en una línea similar a Scott (2003), pone de relieve la necesidad de establecer diálogos entre diversos procesos de lucha, donde los pueblos originarios o grupos subalternos han tenido y tienen un papel crucial en la organización sociopolítica de prácticas subversivas.

Las aportaciones de los anarquismos en su amplia diversidad atienden de manera especial las prácticas cotidianas, y es allí donde es posible descubrir las conexiones y desconexiones en torno a lo político entre experiencias diversas. Por otro lado, los anarquismos han acumulado una larga historia de conocimiento práctico sobre el potencial de los vínculos sociales, así como los procesos socioculturales derivados de habitar posiciones señaladas como subalternas por la sociedad hegemónica. En este sentido, estas corrientes han construido un ángulo interesante para problematizar prácticas de acción política en contextos específicos. Una de las ideas más interesantes en este sentido, que permite conectar tanto práctica como teoría, es la idea de “utopía”. Cabe resaltar que, siendo una idea, ante todo es una práctica, o para ser exactos, un proyecto práctico-político. Se trata de una construcción con un amplio desarrollo en la historia occidental, pero siendo una construcción situada permite transitar hacia otras geografías y formas de acción

colectiva (De Sousa, 2018b). La idea de utopía se basa en la construcción de comunidades políticas organizadas para el bien colectivo, que desde su nacimiento se enfrentan a las presiones propias de su contexto. Esta idea ha impulsado múltiples proyectos locales a lo largo de la historia (Kingsley, 1989). Como sostiene Mumford (2013: 10-11): “Cualquier utopía supone una crítica implícita a la civilización que le sirve como trasfondo; y de igual modo, constituye un intento de descubrir las potencialidades que las instituciones existentes o bien ignoran o bien sepultan bajo una vieja corteza de costumbres y hábitos”. Este autor pone de relieve que la mayoría de las utopías clásicas acaban reproduciendo el autoritarismo que se critica, pues son concebidas como esquemas ideales, con un orden bastante inflexible, un gobierno centralizado y una sociedad entendida como una realidad cerrada sobre sí misma. Sin embargo, este autor destaca que las utopías clásicas señalaban ya algo importante, que era entender la sociedad de un modo holístico y no parcelado. Este fragmento es quizá el más inspirador para esta investigación:

Todas las obras utópicas clásicas habían considerado la sociedad como un todo y le habían hecho justicia, al menos en la imaginación, a la interacción entre el trabajo, la gente y el espacio, y a la interrelación entre las funciones, las instituciones y los propósitos humanos. Nuestra misma sociedad –y puede caracterizarse como el vicio propio de todas las civilizaciones “superiores”- había dividido la vida en compartimentos estancos: economía, política, religión, guerra, educación; y dentro de tales divisiones, los intentos de reforma y mejora, o de invención y creatividad, se llevaban a cabo en compartimentos aún más pequeños, con muy escasas referencias al todo dentro del cual desempeñaban su papel (Mumford, 2013: 14).

El interés del pensamiento utópico radica, como sostiene Mumford, en superar sus debilidades, en reconocer que hay múltiples potencialidades que se abren y que no pueden ser abarcadas por un solo proyecto, y que estas potencialidades están presentes en el pasado, en el presente y en el futuro, en aquellas mutaciones que están sucediendo y que hoy por hoy son casi invisibles. Es preciso entonces cuestionar los modelos ideales de acción política y reformular lo que tiene de positivo planear y proyectar, reconociendo el valor de las prácticas concretas. Y al mismo tiempo es necesario reconocer que estas prácticas forman parte de un todo, por lo que la transformación social deberá ensayar ese equilibrio, siempre frágil y difícil, reformulando conflictos y reconstruyendo nexos entre distintas partes, que son cambiantes y que forman parte de un todo, como una realidad viva. De este

modo, el equilibrio entendido como proceso hace posible que lo personal y lo colectivo puedan ser compatibles sin que esto signifique reproducir imposiciones autoritarias. Tal como lo entiende Mumford, la práctica es el terreno rico y exigente desde donde se construye la utopía, y ello es más mundano y complejo que cualquier modelo racional. Es en la relación entre actores distintos donde está la clave de la acción política y su posibilidad de crecimiento. La utopía es entonces, en última instancia, una invitación a trabajar y transformar de manera radical los vínculos sociales.

Por todo lo dicho hasta ahora, debe considerarse el interés de los anarquismos y sus diversas construcciones, como la autogestión, la acción directa, las utopías o la búsqueda de autonomía desde lo comunitario, superando la malinterpretación e invisibilización histórica que se ha reproducido en torno a estas contribuciones (Taibo, 2013). De hecho, aquí se propone pensar los anarquismos como una propuesta teórica y política legítima como otras tantas, que pueden ser más o menos explícitas en sus planteamientos ideológicos, pero que en ningún caso son neutrales. Es preciso superar la histórica criminalización y reproducción de estereotipos en torno a los anarquismos, como práctica violenta, caótica, conflictiva, así como superar enfoques esencialistas que reproducen idealizaciones o del pasado o de sus posibilidades contrahegemónicas. Aquí interesa recuperar las contribuciones de esta corriente como propuesta eminentemente constructiva y situada políticamente, para ahondar en lo común y en lo diverso, en lo contradictorio y en lo simbiótico. A continuación, se presentan las contribuciones teóricas y prácticas más destacables desde el anarquismo, que permiten repensar el concepto de apoyo mutuo.

El apoyo mutuo según Kropotkin

El primer autor que nombra abiertamente el concepto de apoyo mutuo y reflexiona teóricamente sobre ello es Kropotkin, cuya obra y trayectoria biográfica, situadas en el cambio del siglo XIX al siglo XX, merecen especial atención para entender la complejidad del concepto de apoyo mutuo. Kropotkin fue un explorador y geógrafo naturalista, pero también un militante político y un teórico del movimiento anarquista, que se convirtió a lo largo y después de su vida en una figura clave en la historia del movimiento revolucionario. Este autor destaca por su enfoque naturalista basado en el trabajo empírico, por lo que es un interlocutor legítimo para

la comunidad científica de su época. Pero igualmente es un interlocutor legítimo ante la militancia política, pues su obra se concibe como un esfuerzo teórico y didáctico desde y para la praxis política.

En su obra titulada *El apoyo mutuo, un factor de la evolución* (Kropotkin, 2016 [1902]) plantea un debate con las ideas hegemónicas de su época, particularmente con la interpretación predominante de la obra de Darwin, que se denominó “darwinismo”. Darwin, en su obra *El origen de las especies* (Darwin, 1983 [1859]) había resaltado la existencia de dos estrategias fundamentales en la evolución de las especies: por un lado, la “lucha por la existencia”, y por otro lado el “altruismo”. Sin embargo, este último había sido completamente olvidado por los darwinistas que señalaban la lucha por la existencia como el motor de la evolución (Girón, 2002). Kropotkin recupera las tesis originales de Darwin y realiza varias expediciones donde observa que la dinámica predominante entre distintos grupos animales, tanto humanos como no humanos, no es la lucha encarnizada de unos contra otros, sino la colaboración, específicamente el altruismo que él denominará “apoyo mutuo”.

El apoyo mutuo, para este autor, es una estrategia evolutivamente estable que favorece el desarrollo de cada especie, es decir no sólo de individuos sino también de poblaciones. Frente a las interpretaciones del darwinismo que afirmaban que los individuos más fuertes son los más aptos en “la lucha por la supervivencia”, este autor sostiene que la mejor adaptación al entorno en sociedades tanto animales como humanas está basada en sociabilidades, que priman la cooperación frente a la competitividad de unos sobre otros. Para Kropotkin, el apoyo mutuo se basa en la sociabilidad, que es la tendencia a la vinculación social entre individuos mediante relaciones de cooperación. Las especies que presentan un grado más elevado de sociabilidad tienen más oportunidades de sobrevivir. Por otra parte, la sociabilidad tiende a mermar o eliminar la competencia. En el prefacio de su obra advierte del carácter no psicologicista del apoyo mutuo, sino profundamente social como estrategia para afrontar la vida:

En todos estos casos, el papel más importante lo desempeña un sentimiento incomparablemente más amplio que el amor o la simpatía personal, un instinto de sociabilidad que se ha desarrollado lentamente entre los animales y los hombres durante un proceso de evolución extremadamente largo, desde los estadios más elementales, y que enseñó por igual a animales y hombres a tener conciencia de esa fuerza que pueden obtener a través de la

práctica de ayuda y el apoyo mutuos, y del placer que se puede hallar en la vida social (Kropotkin, 2016 [1902]: 21).

Este párrafo resulta interesante por su lectura de la sociabilidad, pues remite a los lazos sociales que vinculan a los grupos sociales. Actualmente podemos reconocer que la propuesta del autor pierde la complejidad “personal” en la que de hecho se dan valores, sentimientos y símbolos cruciales para construir y dirigir esos vínculos. Sin embargo, es interesante este matiz, pues está revelando que en los sistemas sociales se genera un proceso relevante para el conjunto de sus miembros, que no responde necesariamente a facultades mentales y psicológicas (como se venía insistiendo desde el cartesianismo) sino que se produce en procesos de una escala mayor, que es colectiva y es histórica. Se trata de un proceso que siempre es vivido; de hecho, es la expresión de la vida mejor adaptada al entorno, pero se expresa no tanto en los confines de cada individuo -como si esto pudiera ser disociable del resto- sino en las *relaciones y vínculos* con los demás, por lo que siendo un proceso que surge del sujeto (ya que éste es activo y no un autómatas), es también un proceso que en cierto modo lo trasciende.

La sociabilidad surge del vínculo radical con los demás, y enfatiza las posibilidades de unión y de encuentro que se dan en la vida social. Esta idea confronta directamente con la tradición filosófica y científica hegemónica en su época, que venía consolidándose desde la Modernidad, y que giraba en torno a la autonomía del individuo y a la idea de Progreso. Particularmente, la obra de Kropotkin impugna la naturalización del egoísmo y la idea del individualismo como motor de la evolución. Es más, el autor denuncia que esta última interpretación, defendida por el darwinismo, era una visión sesgada y errónea de la obra de Darwin, y en último término, una ideología que pretendía justificar y respaldar el auge del capitalismo. Gran parte del esfuerzo del autor se volcó en visibilizar la persistencia de formas socioeconómicas, opuestas a las que generaba el mercado capitalista, destacando la existencia de sistemas comunitarios, que seguían jugando un papel importante para diversas sociedades, a pesar de la violencia con la que se imponía la construcción histórica de los estados y el mercado capitalista. Para Kropotkin, apoyo mutuo y comunidad están enlazados de manera estrecha, por lo que la sociabilidad como proceso no se restringe a la esfera social, sino que también implica relaciones económicas, políticas y culturales. Y es que su pensamiento debe

entenderse desde las coordenadas de los anarquismos, que no son un movimiento que busque la mejora de problemáticas más o menos particulares, sino un proyecto integral y plural que busca crear una nueva sociedad, donde se transformen las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales existentes, para dar paso a un nuevo modelo de *convivencia*. En este contexto de pensamiento y de práctica política es donde se pueden entender varias de las claves del concepto de apoyo mutuo.

La interpretación de lo comunitario como una práctica opuesta a la mercantilización tiene una larga historia (Cordero, 2021). Pero el apoyo mutuo según lo entiende Kropotkin logra intensificar este carácter de oposición, radicalizándolo como estrategia vital, como dinámica capaz de conservar y promover el desarrollo de la vida. La idiosincrasia del concepto de apoyo mutuo en este autor se encuentra precisamente en su marcado énfasis en torno a la vida (bienestar, sustento, supervivencia). Kropotkin entiende el apoyo mutuo como estrategia de supervivencia, pero no se refiere exclusivamente a la conservación de la vida en un sentido físico, sino que amplía la visión de la “vida” a las dimensiones sociales, relacionales, simbólicas e incluso lúdicas entre las personas. El apoyo mutuo promueve el florecimiento de las capacidades humanas y en última instancia el bienestar integral.

Así entonces, la cuestión de la supervivencia en Kropotkin tiene que ver con algo más complejo que la supervivencia física, y sin embargo la vida biológica, el mantenerse vivo, “sustentarse”, lo entiende como irrenunciable. Su atención por cuestiones como el sustento y los medios materiales que garantizan o facilitan la vida (tierra, herramientas, cobijo, alimento) no le lleva a desgajarlos del resto de dimensiones sociales ni a colocarlos en niveles jerárquicos. Y, sin embargo, son reconocidos constantemente como fundamentales para la vida. Para entender la vida comunitaria, y en su base el apoyo mutuo, hay que entender que son algo más que meras estrategias económicas. Como veremos desde enfoques como la antropología social y cultural, las sociedades de economía incrustada se entienden precisamente desde un holismo que relaciona economía y lazos sociales y toda una serie de dimensiones relevantes, desde las culturales y simbólicas, a las políticas, e incluso las lúdicas -y éstas últimas ocupan un espacio importante dentro de la cosmovisión del apoyo mutuo.

Kropotkin entiende la comunidad como una construcción social, económica, política y cultural, capaz de satisfacer la multiplicidad de necesidades humanas a todos sus miembros, en estrecho vínculo con el medio natural, y sólo dependiente de la libre voluntad de asociación y el respeto a normas comunes que promueven la cooperación. Es decir, es una institución viva en el sentido de que no se impone como algo desgajado de la vida, y porque entiende que su estabilidad y desarrollo no dependen de jerarquías, sino del cuidado y calidad del vínculo social. En *La conquista del pan* (Kropotkin, 1973 [1892]) de hecho, ilustra las posibilidades de recrear sociedades comunitarias autoabastecidas, como propuestas sociopolíticas y económicas frente a la mercantilización del capitalismo.

Es importante reparar en el aprecio que muestra Kropotkin hacia la comunidad aldeana, y en su interpretación como persistencia histórica, a base de una lucha colectiva tenaz, frente a la violencia del estado y del capitalismo, que estratégicamente persiguen y debilitan los sistemas comunitarios. Y es que Kropotkin es consciente de que la expansión del capitalismo industrial intensifica los cercamientos sobre los comunales tradicionales. Un ejemplo paradigmático de estas transformaciones en el campo se dio en Inglaterra a finales del siglo XVIII, a través de las “enclosure acts” o leyes de cercamiento, que pasan a cercar terrenos antes abiertos y de uso comunal, que permitían una compleja y eficiente distribución de las tierras y la rotación de los cultivos. Los estudios sobre la experiencia de los comunales tradicionales corroboran que el proceso político y económico de acumulación capitalista va indisolublemente unido a la intensificación de cercamientos de tierras comunales (Costa, 1988; Giménez, 1990: 13; Hobsbawm y Rude, 2009; Thompson, 2012 [1963]). Y si bien los cercamientos fueron iniciados previamente a la consolidación de las sociedades capitalistas, se intensifican en el momento de industrialización del capitalismo, provocando una quiebra profunda con sistemas de autoabastecimiento locales y un proceso de desposesión para poblaciones muy extensas que pasan a migrar del campo a la ciudad.

Este proceso de cercamientos conllevará pobreza, desplazamiento y desarraigo de millones de campesinos, que pasan a formar parte de un proletariado agrícola sin tierra y pauperizado. Especialmente afectada fue la Europa del sur, con países como España, donde el campesinado y el comunismo agrario tenía un fuerte

arraigo. Pero esta expansión e imposición del capitalismo en el campo fue vivida desde un fuerte rechazo entre una heterogeneidad social, política e ideológica, desde conservadores, nacionalistas, reformistas, hasta socialistas utópicos, anarquistas, y colectivistas. Estos grupos se oponían a la mercantilización de la tierra y del trabajo y a sus consecuencias sociales, y defendían los usos y costumbres que permitían su supervivencia y que habían moldeado el paisaje y las vidas de sus habitantes durante siglos (Cordero, 2021). Para comprender lo que significa esta ruptura, debemos interpretar estos comunales como sistemas complejos, que permitían satisfacer múltiples necesidades de la vida cotidiana, garantizando la conservación de entornos diversos. En esta línea, es ilustrativa la siguiente descripción de los montes comunales en la sierra de Madrid:

(Los montes) eran un colchón para los campesinos pues proporcionaban una cantidad ingente de recursos: pasto muy variado; madera y hierba que crecía entre los árboles; hojas y ramas de árboles y arbustos; bellotas de encinas y robles, es decir, forraje muy apreciado, sobre todo para la cría de los cerdos. (...) Pero el monte suministraba todavía muchos otros recursos: cultivo; madera (para fabricar herramientas y para la construcción); leña y carbón vegetal (para consumo doméstico e industrial); caza y pesca; hierbas medicinales; corcho; frutos y nueces; abejas (y las flores para su sustento); cenizas (para hacer jabón y copelar); agua de los arroyos; esparto (para fabricar cuerdas, esteras, papel...). *En el siglo XXI es muy posible que no sepamos comprender en su justo término lo que representaba el monte para las economías campesinas* (Nieto et al., 2016: 62-63, cursiva mía)⁴.

Considerando la variedad de matices que aporta la interpretación de Kropotkin, esta primera conceptualización supone una contribución importante para reconocer la dimensión política e histórica del apoyo mutuo pues es entendido como resistencia a procesos de dominación y desposesión y como estrategia colectiva en la gestión de recursos. Sin embargo, la obra de Kropotkin también está sujeta a diversas críticas. La principal radica en que su obra se enmarca en un debate superado sobre el evolucionismo. Y en efecto, su preocupación por el evolucionismo le lleva a cierta interpretación lineal y homogénea de la historia y a hacer generalizaciones sobre extensos periodos de tiempo. Ciertamente su enfoque puede

⁴ Este estudio sobre los comunales trata una época muy remota para los fines de este estudio, concretamente el periodo desde finales de la Edad Media hasta finales de la Edad Moderna. Sin embargo, merece atención porque posibilita una visión histórica sobre los comunales en Madrid, así como un reconocimiento de las diversas agencialidades sociopolíticas frente al despojo, en un periodo anterior a la consolidación del capitalismo.

ser criticado desde disciplinas como la antropología social y cultural, por una antropomorfización de la naturaleza y cierta naturalización del comportamiento social, al usar términos como “instinto” o “comportamiento natural”, que han sido ampliamente discutidos en esta disciplina. Sin embargo, su atención a la sociabilidad le permite complejizar su interpretación del comportamiento animal y humano, pues la entiende como un proceso que parte de sujetos activos, y que es circunstancial porque depende y se expresa siempre a través de los vínculos con otros individuos. Es decir, está proponiendo una interpretación relacional de la vida social, pues estos vínculos precisamente constituyen el núcleo desde donde se articulan las múltiples dimensiones de la vida social.

Valorando su obra en el contexto en que se desarrolló, este autor es relevante pues hizo un esfuerzo por pensar el entorno natural no como algo escindido de los animales, incluidos los humanos, sino en sus relaciones, en este caso de “adaptación”. Y en esta adaptación reconoce una agencialidad en los sujetos, pues son activos y no seres meramente supeditados a fuerzas externas. Por otro lado, como sostiene (Soubeyran, 1984: 41) “Kropotkin no es un geógrafo de salón y ‘la realidad de la cooperación’ deriva de una rica experiencia sobre el terreno y de una corriente de pensamiento sobre la sociabilidad en el comportamiento animal, totalmente olvidada por el darwinismo”. En este sentido su trabajo también revela un contenido histórico inestimable, al destacar la importancia del comunismo rural y sus luchas por permanecer frente a los procesos de mercantilización y estatización en diversas sociedades. Nos encontramos ante una visión política e intelectual enraizada en prácticas disidentes, que brotan de una Europa de abajo, rebelde, contestataria, e incluso, clandestina (en el sentido doble de ser ocultada y de ocultarse estratégicamente). Considero que una visión del apoyo mutuo, como la que propone Kropotkin, es interesante en el esfuerzo por (re)construir una historia desde abajo y una ciencia desde los márgenes.

Reconociendo las distancias temporales en que se desarrolla su obra, es interesante observar que en esta primera conceptualización del apoyo mutuo se identifican cuestiones que hoy en día están en plena disputa y debate intelectual y político. A saber, la naturaleza del vínculo social, el espacio entendido como sistema ecosocial, lo comunitario entendido como resistencia política, las conexiones difusas

y entrelazadas entre lo humano y lo animal, el cuerpo/corporalidad entendido como síntesis individuo-colectividad. Si se ha dedicado una extensión considerable a este autor es por su relevancia como primera y más influyente obra sobre el apoyo mutuo, pero también por el propio planteamiento y posicionamiento del autor frente a la tarea de producir conocimiento, enfatizando su compromiso con la prácticas sociales y políticas de su tiempo. Considero que una propuesta de estas características puede servir de fondo amplio para plantear un diálogo sobre la praxis sociopolítica.

Otras contribuciones desde el anarquismo

El anarquismo por tanto es entendido aquí además de como corriente teórica surgida desde la praxis, como laboratorio de experiencias reales, donde se ha ensayado la cosmovisión del apoyo mutuo, enfatizando principios como la horizontalidad, la acción directa o la autogestión (Taibo, 2014; Vieta, 2014). Murray Bookchin (2000), por ejemplo, propone la idea de municipalismo libertario, más tarde redefinido como “comunalismo”, para referirse a una organización asamblearia a nivel municipal que puede reemplazar a las instituciones estatales, construyendo una democracia igualitaria a nivel local (Sepczyńska, 2016). Igualmente relevante es su crítica a concepciones clásicas del paradigma anarquista, como la identificación de las jerarquías con instituciones como el Estado o la clase. Invita a superar este tipo de simplificaciones, para ver que las relaciones jerárquicas también se pueden dar en ausencia del dominio del Estado o de explotación económica. Así, para este autor el anarquismo no se define como oposición al Estado, sino como oposición a las jerarquías, que son múltiples y también se pueden reproducir en espacios libertarios (Biehl y Bookchin, 2009, Bookchin, 1999).

El interés particular del anarquismo para el objeto de este estudio es atender a su preocupación constante por la cuestión de las jerarquías, y a que ofrece en sus distintas vertientes no sólo un andamiaje conceptual sino también una cierta trazabilidad de experiencias a lo largo de la historia reciente, donde poder observar los desafíos y las estrategias construidas bajo la idea de apoyo mutuo. En la línea de los estudios de caso, es clave el reciente trabajo sobre apoyo mutuo en una ciudad contemporánea como Nueva York, en el que el autor explicita la influencia del anarquismo en experiencias de autogestión. Este estudio repasa la experiencia de

diversas iniciativas colectivas, como los centros sociales, los mercados alternativos, los festivales artísticos, etc. donde se ponen en práctica principios como la horizontalidad, la acción directa o la autonomía. El interés de este estudio radica en que reconoce el legado del anarquismo en estas formas de organización, pero lo sitúa en el marco de prácticas políticas por el derecho a la ciudad, enfatizando los espacios de autonomía y los trabajos de reproducción (Spataro, 2014). En una línea similar se encuentra el trabajo de Izlar (2019) sobre redes de apoyo mutuo activadas para responder a necesidades no cubiertas en un contexto de austeridad y privatizaciones. Este estudio pone de relieve las diferencias entre los servicios sociales institucionalizados y el potencial transformador de acciones sociales autogestionadas.

Pero para entender el alcance y complejidad de experiencias como éstas, debemos remitirnos al debate en torno a las jerarquías y a las resistencias, desde el enfoque anarquista. Algunas de estas cuestiones ya se encontraban en las consideraciones de Kropotkin sobre el apoyo mutuo, pero será en desarrollos posteriores, especialmente en algunos trabajos cruciales en antropología donde se visibilizará la complejidad de lo político como proceso de negociación y distribución del poder a través de los vínculos sociales. A lo largo de su recorrido la antropología ha visibilizado la existencia de organizaciones socioculturales que se han mantenido al margen de instituciones centralizadoras de poder, como puede ser el Estado o el sistema de mercado capitalista. Esta disciplina revela la existencia de sistemas altamente sofisticados donde la economía y la política descansa y se construye a partir del entramado social (Clastres, 1978; Malinowski, 1986 [1922]; Mauss, 1971 [1925]). Desde el enfoque antropológico se insiste en que estas comunidades deben entenderse como realidades complejas y vivas, y no como entidades esenciales o pasivas. En este sentido ha sido la disciplina que más interés ha mostrado por las diversas expresiones de economía comunitaria observadas a lo largo del planeta, y la que más ha visibilizado tanto las amenazas que supone para éstas el avance del capitalismo global, como las luchas construidas desde las bases sociales (Gledhill, 2000).

Desde el anarquismo, emergen estudios antropológicos fundamentales para entender el apoyo mutuo desde el enfoque de la agencialidad política. Clastres

(1978), por ejemplo, en sus estudios de sociedades tribales amazónicas, describe sociedades donde existen mecanismos para impedir la concentración de poder sobre determinadas figuras como líderes o jefes. Se trata de sociedades no jerárquicas, cuyo “igualitarismo” descansa en complejos sistemas de regulación del poder, que evitan que éste se concentre en unas pocas personas. En caso de existir autoridades, éstas no son jerárquicas, son relativas a las necesidades de la comunidad y su prestigio depende de los vínculos estrechos que se generan en el grupo social. No es posible una autoridad desligada de la sociedad, que implique la imposición de intereses individuales y personales sobre los demás. Por ello, son sociedades contra el Estado, porque no existen organismos de poder separados de ella, sino que es la propia sociedad la que regula y distribuye el poder. Esta idea será crucial para entender el alcance de los lazos sociales en la construcción de la sociedad, profundizando la línea que había dibujado Kropotkin, al insistir en que los lazos sociales son los mecanismos clave de equilibrio social, que logran evitar y regular procesos de dominación o de competencia.

Por otra parte, Scott (1985; 2009, 2013) pone de relieve la diversidad de estrategias de resistencia campesinas a gobiernos y jerarquías en diversos territorios colonizados del sudeste asiático. Este autor destaca un conjunto diverso de prácticas de carácter político, que por lo general han sido subestimados, tanto por los propios grupos de poder, como por las ciencias sociales, por construirse desde lo cotidiano y lo subalterno. Estas prácticas no se pueden entender desde el paradigma de organización política tradicional y, sin embargo, son profundamente políticas pues plantean una clara oposición y deslegitimación del poder. Se trata de resistencias del día a día, desde bromas, difamaciones, hurtos, demoras, pereza, boicots, y un largo etcétera de prácticas que no desafían directamente a las jerarquías y estructuras de poder, como la propiedad, pero que son profundamente políticas y enmarcadas en relaciones de clase.

Estas resistencias se disfrazan de una aparente sumisión y docilidad, pero constituyen respuestas al control y la desposesión económica. Estas prácticas conforman un repertorio sociopolítico compartido frente a la dominación y pueden pasar desapercibidas, ya que se dan como acciones individuales, mediante códigos ininteligibles por quienes no comparten dichas prácticas (*hidden transcript*) (Scott,

1985; 2013). Estas prácticas anónimas, esporádicas, individuales amplían el espacio político para pensar las resistencias. Su carácter individual y discreto las convierte en un modo de resistencia altamente creativo y poco controlable porque no reproduce centros identificables desde donde surge o se articula el poder. De este modo, se reformulan las posiciones de dominación y se amplía el espacio político, pues no se trata de acciones insertas en organizaciones políticas de carácter colectivo, como prioriza buena parte del movimiento obrero. Este tipo de perspectivas han sido cruciales para la antropología, pues permiten afinar la mirada hacia la escala micro, desde donde se puede comprender la construcción de procesos políticos no enmarcados en organizaciones de carácter colectivista sino desde la experiencia cotidiana y vivida.

Estos estudios provenientes del anarquismo suponen una innovación en el análisis de lo político, pues enfatizan los procesos micro que se generan en las relaciones sociales. Así, las resistencias son interpretadas como procesos propios de la cotidianidad de la vida y no meramente como productos de una acción altamente organizada. Esto es clave para entender las diferencias entre el apoyo mutuo anarquista y la solidaridad de corte socialista-marxista. La solidaridad de clase será fundamental para el movimiento obrero, pero tiene distintas concreciones. Desde el anarquismo se enfatiza una solidaridad entendida como apoyo mutuo, es decir, como una dinámica horizontal, enfrentada a cualquier jerarquía o proceso de dominación, especialmente la estatal o institucional. Es desde esta práctica cotidiana, horizontal y construida por lazos sociales, desde donde se comprende la conciencia de clase. El marxismo en cambio entiende la solidaridad desde su propuesta organizativa, tendente a la colectivización y basada en la formación de sindicatos o partidos obreros, que permiten entrar en los cauces institucionales y reclamar una legalidad que proteja a la llamada clase obrera. Es, en consecuencia, una solidaridad que reproduce cierta centralización del poder, que debilita o no potencia, los lazos sociales cercanos, valorados desde la visión anarquista del apoyo mutuo.

Ideas como éstas dialogan, chocan o se cruzan con las coordenadas en que se construye el apoyo mutuo, y permiten apuntar a determinadas problemáticas en contextos contemporáneos. De hecho, se trata de una cuestión clave, que sirve para repensar los modos en que se organiza el apoyo mutuo desde contextos locales

conectados estrechamente a procesos globales. En la actualidad la solidaridad socialista-comunitarista se ha visto debilitada y, sin embargo, buena parte de las reivindicaciones y demandas políticas colectivas se enmarcan en la construcción de derechos sociales y, por tanto, entablan una relación con el aparato estatal. Algunos autores inciden en que este debilitamiento de las solidaridades de clase se debe porque nos encontramos en un contexto distinto, marcado por modos de producción postfordistas y por la sociedad de consumo (Alonso, 2013; Hardt y Negri, 2004). Otros ponen énfasis en una degradación simbólica sobre este último a través de procesos de estigmatización (Jones, 2012). Otros autores rescatan la importancia de los procesos de unión, colectivización y convergencia característicos del “movimiento obrero” como clave crítica para repensar los movimientos sociales contemporáneos, ya que mientras el primero se basa en un fortalecimiento de los lazos de solidaridad entre sectores oprimidos, los segundos enfatizan la fluidez, el cambio, y los vínculos momentáneos, donde se construye un sujeto político poco definido, lo que dificulta la construcción de redes y estrategias más globales. En cualquier caso, el anarquismo es una perspectiva de gran interés para pensar las resistencias en las luchas políticas actuales.

2.1.3. Enfoques críticos marxistas

Hasta los años 70, desde el marxismo se le prestó poca atención a la solidaridad de clase entendida como un proceso vivido. Hasta entonces los estudios se fijaban más bien en estructuras y el movimiento obrero quedaba supeditado a este tipo de interpretaciones. Sin embargo, desde un heterogéneo conjunto de contribuciones al marxismo se comienza a profundizar en la idea de las luchas sociales y políticas. A finales de la década de los 60 y durante los años 70 del siglo XX surgen una serie de perspectivas innovadoras capaces de quebrar la especie de consenso intelectual al que se había llegado en torno al marxismo, que primaba las discusiones abstractas y descontextualizadas sobre el capitalismo. Se trata de un giro desde distintas corrientes, que rechazan el determinismo estructural y que comienzan a complejizar el paradigma marxista, enfatizando la perspectiva histórica y el análisis de la agencia política. Destacan figuras como la de E.P Thompson (2012 [1963]) o Hobsbawm (2001), como máximos exponentes de la historia social, o figuras como Eric Wolf (2004), Sidney Mintz (1996) o June Nash (1979) desde la antropología social y concretamente en el marco de una emergente economía política. Se trata de nuevos

enfoques que son capaces de profundizar en el marxismo y sus relaciones con disciplinas como la antropología, dislocando el centro de la narración histórica hacia la esfera local, que pasa a ser interpretada en sus relaciones complejas con procesos globales (Roseberry, 2008).

Política como producción cultural cotidiana

Dentro de este movimiento, la obra de E.P. Thompson (2012 [1963]) es relevante por varios motivos, entre ellos, su innovación en el enfoque metodológico, su crítica radical al marxismo estructuralista, y su formidable conjunción de compromiso político y científico. La influencia de su obra, especialmente *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trasciende los límites disciplinarios de la historia y conecta de raíz con la perspectiva antropológica. El enfoque de Thompson se opone decididamente al marxismo liderado entonces por Althusser, que giraba en torno al análisis abstracto de distintos elementos de la teoría marxista y sus relaciones funcionales. Según Thompson, esta aproximación del marxismo se perdía en el debate entre categorías y esquemas abstractos, y olvidaba lo que él considera radicalmente importante, que es la realidad vivida de los sujetos históricos. Esta nueva perspectiva había sido subestimada por el marxismo hegemónico durante décadas, al tildarlo de historicista y subjetivista. Sin embargo, Thompson asume que la realidad vivida es el ángulo preciso desde donde repensar el marxismo.

La gran contribución de este autor es poner el centro de atención sobre la agencia política, y descubrir con ello el amplio campo de prácticas de “resistencia”, entendidas éstas como maneras de responder a diversas formas de opresión. Es un giro epistemológico hacia la acción y hacia la realidad cercana y vivida, que permite comprender la constitución de los sujetos políticos. En su obra principal, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson observa el proceso de construcción del movimiento obrero en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Este autor pone atención a los procesos vividos entre individuos y colectividades heterogéneas, que actúan persiguiendo la consecución de sus intereses, y que a través de la acción construyen experiencias compartidas. Tomando como referencia la propia mirada de estos sujetos es cómo interpreta la formación de una conciencia de clase. Esto le lleva a destacar sus prácticas, y a interpretarlas en su íntima conexión con la vida social y política. De esta forma, toman valor

cuestiones que el marxismo había olvidado y subestimado, como las tradiciones populares y la diversidad de producciones culturales, desde panfletos, refranes, consignas, canciones, fiestas, bailes, hasta múltiples ejemplos de acción directa, como los motines, el regateo, el derribo de cercados, o la retención de cereales para el autoabastecimiento. Se trata de expresiones complejas que condensan el significado y sentido histórico en que se construyen sujetos políticos, en distintos niveles, poniendo especial énfasis en las tradiciones “subpolíticas” o “inarticuladas” capaces, sin embargo, de movilizar tanto la espontaneidad como las lealtades mutuas. La perspectiva de Thompson permite adoptar una mirada que rescata la agencialidad política, capaz de dinamizar tanto alianzas como construcciones de resistencia al despojo y a la represión:

Se detestaba la ley, mas también se la despreciaba. Sólo los delincuentes más endurecidos merecían tanto odio popular como los delatores que llevaban a los hombres a la horca. El movimiento de resistencia a las leyes de los propietarios no sólo tomaba la forma de actos delictivos individuales, también se materializaba en insurrecciones esporádicas y fragmentarias, en las que el número proporcionaba cierta inmunidad (Thompson, 2012 [1963]: 84).

Este enfoque sin duda es una contribución de radical importancia para un cruce de caminos entre antropología sociocultural y marxismo, y de manera específica, para una reflexión sobre el apoyo mutuo que visibilice la dimensión política (Cordero y Gómez, 2014), sin escindirla de la vida cotidiana ni del contexto vivido. Su trabajo hace una contribución de radical importancia para la comprensión de conceptos como “resistencia” o “clase”, desde la perspectiva de la cotidianidad. En palabras de E.P. Thompson, así entiende la clase:

Demasiada atención teórica (gran parte de ella claramente ahistórica) se le ha dado a la "clase" y muy poca a la "lucha de clases". En efecto, la lucha de clases es el concepto previo, así como el más universal. Para para decirlo sin rodeos: las clases no existen como entidades separadas, mira a su alrededor, encuentra una clase enemiga y luego comienza a luchar. Por el contrario, la gente se encuentra en una sociedad estructurada de formas determinadas (crucial pero no exclusivamente, en relaciones productivas), experimentan explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre aquellos a quienes explotan), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar en torno a estos problemas y en el proceso de lucha se descubren a sí mismos como clases, llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase (Thompson, 1978: 149, traducción mía).

Por otra parte, es digno de mención su compromiso epistémico con la clase obrera, pues se aleja tanto de la lectura estructuralista como de la interpretación romántica, pues ambos son en último término actos de deshumanización (por la vacuidad que entraña tanto la abstracción o la lectura heroica). Al contrario, su interés auténtico lo lleva a profundizar en las condiciones de vida de la clase obrera y en la experiencia vivida, y para ello ofrece descripciones densas sobre la acción colectiva, destacando el dinamismo, las tensiones e influencias mutuas entre procesos muy diversos. El movimiento obrero no se entiende entonces como una realidad monolítica, externa o impuesta, sino como un proceso, lleno de matices y contrastes, como una construcción hecha por personas que viven y responden en cada acto a sus necesidades y deseos. Es tal su aprecio por esta realidad micro, que el autor incluso adopta un lenguaje distinto al canon historiográfico, primando un estilo narrativo, fluido y personal, más próximo a esa realidad vivida que a un análisis abstracto y distanciado. Por ejemplo, hablando del lenguaje y particularmente del uso de metáforas, señala lo siguiente:

Además, la extravagante metáfora que determinados grupos han utilizado, no siempre revela sus motivaciones objetivas ni sus convicciones reales. Éste es un problema difícil; cuando hablamos de “metáfora” queremos decir mucho más que figuras del lenguaje con las que se “revisten” ulteriores motivos. La metáfora es en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente “real” como su objeto, completamente efectiva, como vemos repetidamente en la historia del puritanismo, en su intervención histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y cómo odiaban, y cómo conservaban determinados valores en el propio entramado de su lenguaje (Thompson, 2012 [1963]: 72).

Organización política e identidades mestizas

Desde la antropología social y cultural, encontramos una obra de una precisión y sensibilidad similar a la de Thompson, pero desde un enfoque marcadamente antropológico como la etnografía. Se trata de June Nash, autora fundamental dentro de la economía política y antropología feminista, para entender la agencia política desde la mirada de sus protagonistas. Su enfoque de etnografía crítica es capaz de profundizar en problemáticas señaladas por el marxismo y captar la complejidad de las relaciones locales y globales para entender el cambio social. Destaca su interés por analizar experiencias en contextos coloniales, y en particular, temas como el

trabajo, la clase social y el género. Esta autora desarrolla un enfoque donde la descripción de la experiencia vivida permite visualizar tanto el impacto de las relaciones del capitalismo global en la vida de las personas, como la capacidad de éstas para resistir y reconstruir sus vidas y sus comunidades. Destaca especialmente su agudeza para captar la complejidad de la experiencia vivida por personas de orígenes indígenas y por mujeres. Igualmente, su compromiso político y epistémico, al igual que el de Thompson, es digno de mencionar, pues esta autora, proveniente de una familia obrera, destacó en toda su carrera por su preocupación por cómo había afectado la expansión del capitalismo global en comunidades y pueblos que sin embargo incansablemente resistían de diversos modos desde su margen de acción.

Su obra *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros* (Nash, 1979) supone un ejemplo de la capacidad de la etnografía para visibilizar la experiencia subjetiva en toda su complejidad. Esta obra analiza la experiencia de explotación laboral vivida por trabajadores mineros del estaño en Bolivia, donde se da una conciencia de clase basada en la percepción de vivir en una situación de desigualdad prácticamente crónica. Este trabajo ahonda en las contradicciones y tensiones de esta experiencia, donde sus orígenes indígenas igualmente expresan las tensiones a las que se enfrentan en su vida cotidiana. Por un lado, tener un fuerte sentido del esfuerzo y la competencia individual, pero, por otro lado, también desarrollar una conciencia de su propia explotación, que es sentida con frustración por las pocas oportunidades de ascenso social. Esto les lleva a organizarse políticamente en sindicatos y a adquirir una profunda conciencia de clase, al mismo tiempo que recrean toda una serie de simbolismos que conectan con sus orígenes indígenas y que dan sentido a su situación vivida.

La autora revela las tensiones en la vida cotidiana que acarrea la identidad indígena, especialmente en la construcción simbólica de la figura del cholo y de la chola. Por un lado, esta identificación es rechazada incluso por parte de personas indígenas que interpretan esto como una traba para el ascenso social. Por otro lado, la defensa de esta identidad puede significar no sólo una reivindicación de los orígenes, sino también un mayor control especialmente sobre las mujeres, que tienen más limitado su campo de acción (hablar sólo lenguas indígenas, no leer

español, llevar vestimenta que las identifica como subalternas). En esta compleja situación se encuentran estas personas que, por un lado, confían en las herramientas prototípicas de carácter individual, que prometen el reconocimiento y el ascenso social (educación, trabajo asalariado, asimilación cultural, por medio del abandono de costumbres, incluidas la estética o las formas de hablar), pero por otro lado ven seriamente limitadas sus posibilidades, lo que los lleva a reformular su sentido comunitario.

Las problemáticas que genera el trabajo, incluidas las carencias económicas, las envidias, la posición de subordinación, son compensadas por el entorno familiar y comunitario. Se da entonces una relación tensa entre las aspiraciones de carácter individual y las formas comunitarias que se reproducen en el campamento. Aquí es donde surge una construcción de clase, que recupera y reformula al mismo tiempo el sentido de pertenencia y los lazos de solidaridad en el entorno laboral, y que surge de una aspiración insatisfecha e incluso improbable de un avance económico y social.

Fue este proceso de convertirse en alguien más avanzado lo que mantuvo a los cholos atados a la mina y al salario, que les prometía, si no lo realizaba de hecho, una vida mejor. Las tensiones generadas en este estrato móvil son de algún modo superadas en la familia, grupos de trabajo y recintos vecinales de la comunidad minera [...] Las aspiraciones de movilidad del minero individual contradice la ética del compartir comunal cultivada en el campamento. Lo que cambia el equilibrio a favor de la solidaridad en la lucha de clases es la incapacidad de una economía en decadencia para permitir avances sociales o económicos para la gran mayoría de los trabajadores (Nash, 1979: 337, traducción mía).

El trabajo de Nash revela algunas claves para entender la complejidad social y económica que conforma la constelación de relaciones en que se produce el sentido de pertenencia y en concreto, la construcción de solidaridades en base a una conciencia de clase. Igualmente, su mirada sobre la diversidad pone de manifiesto procesos de deconstrucción, reformulación y negociación, lo que supone una herramienta valiosa de interpretación, pues permite comprender el carácter procesual e histórico de las identidades. Y especialmente permite entender la complejidad de la experiencia racializada en un contexto de relaciones económicas capitalistas. Su habilidad para centrar la mirada sobre las necesidades, preocupaciones y deseos es sin duda una manera muy inspiradora para comprender

lo que significa la conciencia de clase. No la trata como un monolito impuesto sobre las personas, sino como una construcción surgida de necesidades sentidas, pero además la interpreta como una construcción sujeta a tensiones, a grietas, a intereses a veces divergentes o contrapuestos. Es decir, es un proceso hecho por personas que se encuentran en situaciones muy similares, pero que cada una experimenta ángulos y perspectivas distintas a través de sus propios anhelos. Así, la solidaridad de clase y el sentido comunitario son procesos vividos, no hechos cerrados y estáticos.

De este modo Nash complejiza el análisis marxista, a través de la mirada antropológica. En la línea de la economía política en antropología, esta autora enfatiza algo importante para comprender el apoyo mutuo, que es la especificidad de las experiencias y de los contextos. De ahí que la etnografía sea su aproximación analítica. Esta especificidad no sólo revela los distintos modos en que se expande el capitalismo sobre realidades locales, sino cómo estas realidades locales son experimentadas y transformadas en sus conexiones con procesos que vinculan distintas zonas del mundo. Es decir, el capitalismo transnacional tiende a la homogeneidad en el nivel macro, pero en la escala local no da como resultado experiencias homogéneas sino marcadamente diversas. Las combinaciones entre lo local y lo global siempre son únicas, y esta perspectiva permite ver que la diversidad de formas de resistencia amplía el espacio para la transformación social (Comas, 1998).

2.1.4. Agencialidades políticas contemporáneas: los comunes urbanos

Desde la geografía crítica marxista, Harvey (2004a; 2004b) ofrece una interpretación histórica que permite ver la continuidad de un proceso básico para el capitalismo, que son los cercamientos sobre recursos comunes o colectivos que reproduce a lo largo de su historia. Este proceso permanece en la actualidad, donde las economías comunitarias siguen profundamente amenazadas en distintos lugares del mundo y desde múltiples frentes, tanto en el ámbito rural, con el turismo de consumo, el monocultivo extensivo, la industria extractivista, la industria agroalimentaria, la construcción de grandes infraestructuras, etc., como en las ciudades, con procesos como la gentrificación, la sobreexplotación del suelo urbano, la securitización mediante muros o la mercantilización de recursos comunes como

el espacio urbano, el entretenimiento, la cultura, etc. Este proceso en el fondo es lo que Marx denominó “acumulación originaria”, pero adquiere especificidades, como la que genera el neoliberalismo en la actualidad, a través de la financiarización de la economía mundial, que acerca y mercantiliza a nivel internacional bienes comunes y básicos, entre ellos la salud, la vivienda, el suelo urbano, la tierra, el agua o la alimentación. Sin embargo, este autor también observa que en este prolongado proceso de cercamientos emergen prácticas de resistencia desde lo local.

Los comunes son una de las más influyentes construcciones sociopolíticas contemporáneas, que pone de relieve la multiplicidad de expresiones de resistencia frente los cercamientos generados por el capitalismo neoliberal (Calle, Suriñach y Piñeiro, 2017; Castro-Coma y Martí-Costa, 2016; Hess, 2008). Se trata de procesos de defensa de derechos sociales y de una mayor democratización de las sociedades, en un contexto global de desposesión (Harvey, 2013). Para ello se reivindica la participación e implicación colectiva rechazando los paradigmas de la política clásica. Estos procesos se basan en experiencias de autogestión y autogobierno participativo en comunidades locales, como manera de hacerle frente a la mercantilización, degradación y privatización que produce el capital.

Para comprender la dimensión histórica de los comunes es conveniente señalar dos procesos históricos paradigmáticos que han respondido a los cercamientos impuestos por el capitalismo: por un lado, los comunales tradicionales y por otro, los llamados “comunes”. Ambos defienden recursos y bienes comunes frente a los procesos de mercantilización, pero presentan algunas diferencias. Los comunales tradicionales están vinculados a formas de gestión colectiva de los recursos naturales, como los bosques, el agua, la tierra, o prácticas como la pesca, el pastoreo, etc. Sin embargo, los comunales no se caracterizan tanto por los recursos, como por las relaciones que se establecen en torno a ellos, que son de carácter comunitario y basados en normas compartidas (Ostrom, 1990). Estos sistemas se asientan en una larga historia de conservación y recreación de modelos eficientes y sostenibles en el manejo de recursos naturales. Se trata de una serie de adaptaciones y recreaciones en relativo equilibrio con el entorno natural, y basados en relaciones de cooperación social. Algo distintivo de los “comunales tradicionales” con respecto a los “comunes” es que responden a comunidades más o menos localizadas, de un

tamaño relativamente pequeño, de menor diversidad y basados en lazos sociales estrechos.

En cambio, los comunes se basan en construcciones comunitarias más difusas, basadas en vínculos sociales momentáneos y en procesos identitarios o de pertenencia más laxos y cambiantes. Por otra parte, el establecimiento de normas comunes y su vinculación estrecha con el territorio son paradigmáticos de los comunales tradicionales, frente a la mayor heterogeneidad, a las fronteras borrosas y a la cohesión “difusa” o abierta en que se construyen los nuevos comunes. Por tanto, entre comunales tradicionales y comunes existe una relación de similitud y de diferenciación simultánea. Sin embargo, en el ámbito académico se da cierta desconexión entre ambos, pues los comunes se construyen de manera más amplia y difusa y no responden al aparataje conceptual de los comunales tradicionales (Castro-Coma y Martí-Costa, 2016: 133).

Con frecuencia los comunes se denominan específicamente “comunes urbanos”, para enfatizar el componente creativo de la ciudadanía para crear espacios más habitables en la ciudad, destacando la autogestión colectiva como la clave de la vitalidad y diversidad sociopolítica en las ciudades. Esta denominación de comunes “urbanos” se enmarca en conceptualizaciones como el “derecho a la ciudad” y la “producción del espacio social” (Lefebvre, 2013 [1974], 2017 [1968]). Sin embargo, algunos autores señalan que los comunes no se reducen a un fenómeno urbano, sino que es un movimiento internacional practicado en una gran diversidad de espacios, y basado en su oposición a la burocratización y mercantilización de las sociedades contemporáneas, por lo que son ensayos diversos pero conectados de horizontalidad y acción directa (Bollier y Helfrich, 2012, 2019). También son pensados como movimientos capaces de aunar luchas diversas en torno a la tierra, donde destaca el papel de las mujeres en las formas de reproducción social cooperativas y comunitarias (Alonso, 2017; Caffentzis y Federici, 2015).

Sobre la cuestión de si son o no *nuevos* movimientos, Hess (2008) señala que la “novedad” tiene que ver con una especie de “despertar” o toma de conciencia colectiva de que determinados bienes no pueden ser mercantilizados y deben ser protegidos. Así, la producción y distribución de múltiples recursos (alimentos, conocimiento, cultura, herramientas tecnológicas de código libre como Linux) se da

como respuesta creativa a los estragos del capital, y en ese sentido también se construyen como prácticas contestatarias. Calle et al. (2017) destacan el componente crítico y transformador de los comunes, para diferenciarlos de otras iniciativas que, a pesar de apelar a valores como la colaboración o el “bien común”, se integran en las lógicas del capitalismo. Estos autores ven necesario delinear mejor las fronteras entre la colaboración por una parte y la cooperación de carácter horizontal por otra parte, pues el capitalismo ha reproducido nuevos nichos de mercado que fagocitan la idea de colaboración, como las llamadas “economías verdes” o las “economías de colaboración”.

Para comprender la propuesta de los comunes en su gran diversidad de concreciones sigo la diferencia que sugiere Castro-Coma y Martí-Costa (2016) entre dos grandes enfoques, por un lado, la corriente *neoinstitucionalista* y por otro lado la corriente *neomarxista*. La primera se centra en las formas institucionales de gobernanza que permiten la gestión colectiva de los recursos comunes. Este enfoque se inspira en gran medida en el trabajo de Ostrom (1990) sobre la gestión colectiva de recursos naturales y se caracteriza por su énfasis en la comunidad como sistema de normas compartidas. Ahora bien, se trata de una reformulación de la idea de comunidad, que abandona su carácter homogéneo y estático basado en vínculos fuertes, y pasa a entenderse como gestión comunitaria. De ahí que sus preocupaciones principales giren en torno a las maneras de hacer sostenibles tales proyectos comunitarios. El enfoque neoinstitucionalista además se interesa por las relaciones de gobernanza que se pueden establecer con el Estado, como facilitador de la gestión comunitaria de los recursos.

Este enfoque abarca una multiplicidad de experiencias, desde la autogestión colectiva en espacios paradigmáticos como los centros sociales, los huertos urbanos o escolares, los mercados sociales, las escuelas comunitarias, que son entendidos como “comunes vecinales”, al enfatizar la escala barrial como núcleo de este tipo de comunidades (Hess, 2008), hasta prácticas de mayor democratización en la configuración de las ciudades, como la economía social y solidaria o el municipalismo (Angel, 2021). Esta última explora modos de producción y de distribución basados en principios de cooperación, justicia social y redistribución de la riqueza, impulsando iniciativas colectivas como las cooperativas de trabajo y

consumo, los mercados locales, las monedas sociales o redes de consumo de proximidad.

La corriente neomarxista, por su parte, pone énfasis en la dimensión conflictual y política que generan los cercamientos y que potencian los comunes como procesos de resistencia y antagonismo sociopolítico al capitalismo. Esta corriente entiende la comunidad en su carácter procesual, en particular en la acción de “comunizar” (*commoning*), de modo que los comunes implican acciones y actores en un marco más amplio que el de la gestión interna de las comunidades locales (Castro-Coma y Martí-Costa, 2016: 146), enfatizada por la corriente neoinstitucionalista. Los cercamientos son entendidos como indisociables del neoliberalismo, y como procesos de privatización que se hacen especialmente patentes en la elitización del espacio, en la precariedad y exclusión social, o en la mercantilización de producciones colectivas genuinamente urbanas como la cultura, los espacios de encuentro o el ocio.

Sin embargo, es en la confrontación con estas concreciones del neoliberalismo donde se produce otro tipo de ciudad basada en los comunes. Este enfoque enfatiza el carácter contestatario de los comunes y los entiende primordialmente como prácticas sociopolíticas con potencial subversivo, porque simultáneamente consolidan los lazos sociales, hacen una crítica profunda a las jerarquías y se oponen a la mercantilización del espacio urbano. Ejemplos paradigmáticos son el movimiento de vivienda o la multiplicidad de actividades sociopolíticas, lúdicas y culturales en torno a los centros sociales. Estas experiencias enfatizan el componente creativo de la ciudadanía para construir nuevas formas de sociabilidad que afiancen los lazos sociales y creen nuevos imaginarios sociopolíticos en la ciudad. Por lo general estas experiencias reivindican la idea de apoyo mutuo, pero son escasos los estudios que profundizan en este concepto. Sin embargo, algunos autores señalan una revitalización del anarquismo en el marco de los movimientos sociales contemporáneos, particularmente por el papel del apoyo mutuo y la horizontalidad (Izlar, 2019; Shantz, 2013; Spataro, 2014). El aspecto de oposición al capitalismo también es destacado por corrientes como la economía ecosocial que hace hincapié en conceptos como la sostenibilidad de la vida y las economías sostenibles, como propuestas sociopolíticas que buscan construir cauces de

organización, producción y reproducción de la vida más armoniosos entre el entorno natural o urbano y las necesidades humanas, enfatizando la necesidad de proteger la vida frente al capital.

Para finalizar, como Montesinos y Campanera (2017) señalan, es necesario mantener una perspectiva crítica que permita superar idealizaciones sobre lo comunal o lo comunitario, llevando a cabo estudios que incidan sobre realidades específicas y que examinen tanto la gestión común como las formas de resistir, frente a procesos que intentan su disolución o neutralización. Es preciso desarrollar estudios etnográficos que trabajen tanto los aspectos destacados por la corriente neoinstitucionalista, como aquellos destacados por la corriente neomarxista, pues por lo general se dan de manera separada, y el último además tiende a generalizaciones y a ideas un tanto homogéneas. Es preciso analizar las especificidades de los comunes, atendiendo especialmente a las relaciones de poder, y entendiéndolos como construcciones cambiantes, para lo que el enfoque antropológico es de gran utilidad (Llinares y Reig, 2017). En esta línea pretende contribuir el presente estudio.

2.2. La reciprocidad en el mundo micro de las interacciones

Marcel Mauss es una figura fundamental para entender lo que se denominan “economías del don” que, como se verá, supone una base crucial para reflexionar sobre el apoyo mutuo. Como varios de los autores que se han interesado por la temática del apoyo mutuo, Mauss aparte de ser antropólogo también fue un activista, en este caso socialista, que se interesó a lo largo de su vida por la autogestión, la acción directa y el cooperativismo. Es decir, sus preguntas teóricas no respondían meramente a abstracciones y a un exclusivo interés intelectual, sino que constituían preguntas para la vida real, para conocer los modos en que es posible organizar la vida social y económica de manera diferente a como la organizan las sociedades de mercado. En su obra más importante, *Ensayo sobre el don* (Mauss, 1971 [1925]) pone de relieve la importancia de los intercambios de naturaleza no mercantil. En este trabajo examina la lógica subyacente a los intercambios de dones, para lo que analiza los sistemas de reciprocidad que había descrito Malinowski (1986 [1922]) en sus trabajos etnográficos. Una de las prácticas de reciprocidad más complejas e

interesantes que analiza Mauss es el “potlach”, un tipo de intercambio ceremonial de regalos practicado por pueblos aborígenes de la costa noroeste de Norteamérica.

Mauss (1971 [1925]) señala que el *potlach* constituye una institución altamente compleja que se desarrolla por la circulación de dones, expresada en la obligatoriedad en el proceso de dar, recibir y devolver un bien. Esta lógica está estrechamente conectada al prestigio social y a una serie de relaciones sociales que harán que se mantengan relaciones de competencia o de alianza. Para el autor, el don es un tipo de “hecho social total”, pues articula los vínculos sociales, culturales, económicos, jurídicos, religiosos e incluso estéticos que constituyen la estructura global o total de una sociedad. De manera que no moviliza exclusivamente a individuos sino a la sociedad en su totalidad, entrelazando todas las dimensiones de la vida social e institucional de una sociedad. Este hallazgo de intercambios no mercantiles tan complejos socialmente le parece de vital importancia, pues da pie a una manera distinta de entender la economía, no sólo para sociedades tribales, sino también para explicar el funcionamiento de las sociedades industrializadas. De hecho, algunas de estas formas persisten en cierta medida en nuestras sociedades.

La importancia de este enfoque radica en que complejiza sistemas económicos que eran vistos como anteriores e inferiores a los de mercado. Mientras las interpretaciones de la economía liberal señalaban el trueque como la forma original y previa al contrato e intercambio de mercado, Mauss constata que el trueque no juega un papel relevante y menos crucial como se había difundido desde esta corriente. Mauss señala que en las economías no monetarizadas lo crucial es el *don*, como entramado de relaciones en que se articula el intercambio económico. Es decir, lejos de un intercambio basado en el cálculo sobre los recursos a intercambiar, es un intercambio que atiende especialmente los vínculos sociales, y con ello las necesidades, entre los miembros del intercambio, que pueden ser sociedades tribales en su conjunto. Así la obligatoriedad de dar, recibir y volver a dar no responde a un contrato sino a la importancia de mantener cohesionadas las comunidades. La reciprocidad de dones, donde se intercambian múltiples recursos, cuida la estabilidad misma de la sociedad.

Más tarde, Karl Polanyi (1989 [1944], 1993 [1957]) profundizará en estas cuestiones, y también se inspirará en los estudios etnográficos de Malinowski (1986

[1922]) para pensar la economía y su relación con los lazos sociales. Este autor pondrá atención sobre la transformación de las relaciones económicas, pasando de sociedades precapitalistas en las que el valor social estaba inserto en los intercambios económicos a unas sociedades capitalistas, donde el intercambio se regula bajo reglas del mercado. En las sociedades precapitalistas, la economía forma parte de la vida sin que pueda entenderse como un ámbito separado. En cambio, las sociedades capitalistas separan progresivamente la economía de la vida social, mercantilizando los intercambios económicos, que antes eran practicados en un entramado de valores y construcciones simbólicas enraizados en la tradición y en instituciones como la familia o la comunidad.

De este modo, Polanyi critica el formalismo de las teorías económicas ya en auge en su época, que separan la economía como una esfera autónoma y escindida de la vida social y que además postulan la universalidad de las relaciones mercantiles. Para este autor, la economía debe entenderse *incrustada* en las relaciones sociales y culturales, no como una dimensión separada de ellas. Propone entonces un enfoque sustantivista que entenderá la economía como integrada en la sociedad y la cultura, inaugurando así la antropología económica, como el estudio de las maneras en que se reproduce y se institucionaliza la economía en la sociedad, y recuperando algo que ya había advertido Malinowski, al señalar que la economía no es un compartimento estanco, sino que es una esfera articulada dentro de un sistema de relaciones sociales y culturales.

Desde esta visión, Polanyi (1989 [1944], 1993 [1957]) señala tres tipos de intercambio económico que coexisten en la sociedad actual, donde uno de ellos, el de tipo mercantil, progresivamente domina el resto de instituciones sociales. Por un lado, la *reciprocidad*, como circulación de bienes bajo la lógica del don; este intercambio se basa en los lazos sociales y busca la simetría social. Por otro lado, la *redistribución*, como intercambio que pasa a concentrar los bienes en un centro, ya sea individuo o institución, que luego distribuye dichos bienes entre los sujetos que conforman la sociedad o la comunidad. Por último, el *intercambio mercantil* por el que circulan bienes bajo el principio de la oferta y la demanda; aquí prima la lógica del cálculo y de la optimización de beneficios, lo que propicia la acumulación, la asimetría entre sujetos y las relaciones sociales no duraderas. Estos tres tipos de

intercambio ponen de relieve la mirada de Polanyi que profundiza en las relaciones entre economía, sociedad y Estado.

A través del concepto de reciprocidad se puede ver con mayor claridad el carácter de fuerte imbricamiento entre las formas económicas y políticas y los lazos sociales. La sociedad de mercado inaugura un proceso de exteriorización basado en la escisión de las formas económicas de su base radical que son los lazos sociales. La disociación y exterioridad de los vínculos económicos con respecto al entramado de relaciones sociales e institucionales es una imposición de una de las formas posibles sobre el resto. Sin embargo, la presencia de formas de reciprocidad revela que no todo el paisaje político y económico se da de esta manera que, pues a pesar de la expansión del mercado, persisten formas cuyo potencial es tejerse en urdimbre con todas las facetas de la vida social. Como advierte Polanyi, el mercado no es la totalidad de formas de intercambio socioeconómico posibles y existentes en la sociedad. Ahora bien, el enfoque de Polanyi ha sido matizado por distintos autores, pues la idea de *incrustamiento* debe entenderse desde “la inmediatez y simultaneidad en la producción de relaciones sociales que posibilitan la reproducción de interdependencias humanas particulares”, pues de otro modo se estaría reproduciendo aquello que critica, que es la escisión entre lo económico y lo social (Narotzky, 2002:19). Por otra parte, la idea de exterioridad como exclusivo del mercado será rebatida por autores como Godelier (2019), pues en la propia reciprocidad se dan aspectos de cierta exteriorización, problemática para la consecución de la buscada simetría social.

Los enfoques clásicos sobre reciprocidad dejaron escapar algunos aspectos importantes que se revelarán cruciales con respecto a otras formas de intercambio como la redistribución. El prestigio era lo que mantenía y potenciaba los vínculos de intercambio. Quien dona más, más prestigio recibe. Así se experimentaba en el *potlach*, por ejemplo. Sin embargo, lo que no supo ver Mauss, aunque sí lo apuntó, es el carácter problemático de esa acción de desprendimiento del donante. El vínculo estrecho entre donar y recibir y volver a donar se reformula con Godelier (1998) pues éste señala además la relación de guardar. Entre dar y recibir se guardan cosas inalienables que no entran en el circuito del intercambio. Se trata de lo sagrado como construcción simbólica que permite cierto desdoblamiento en los seres humanos,

por el que ciertas actividades y recursos no son nunca propiedades suyas, sino en el mejor de los casos simples posesiones divinas que circulan y que se concentran en unos puntos específicos, que puede ser en forma de individuos concretos.

Según Godelier (1998), lo sagrado es intransferible como propiedad porque es propiedad de los dioses y no de los humanos y esto es legitimado como tal, porque se basa en una construcción del bien común. Para que la sociedad prospere y con ella también sus individuos y sus proyectos debe haber espacios poco transitables que velan y garantizan el buen funcionamiento y el bienestar colectivo. De este modo se está desligando del todo complejo y dinámico que era el don en Mauss, hacia formaciones que centralizan determinados recursos. Con ello se da origen a las jerarquías en el seno mismo de la reciprocidad. Y lo que es más problemático: se experimenta un nuevo tipo de extracción de la dimensión política y activa de los individuos, en aras de un bien colectivo, cuya sede está en un lugar suprahumano, fuera de la cotidianidad de los hombres y mujeres comunes. Según Godelier, estamos ante la construcción simbólica de lo moral, que es explicación del mundo a través de valores compartidos, y esto no se reduce a la religión, también puede estar presente en sociedades laicas.

Esta complejización del concepto de reciprocidad es de gran interés para repensar el apoyo mutuo como proceso, pues nos permite ver dos caras de una misma moneda. O bien centralizando se capturan fuerzas que de otro modo estarían más distribuidas conformando jerarquías y asimetrías en el poder, o bien este lugar de lo “sobre-humano” dinamiza toda una serie de identificaciones hacia el común. Esta última forma es igualmente interesante pues, como sostiene Godelier, no se reduce a la religión, pero tiene carácter moral, por lo que podría darse como construcciones que “vigilen” o “garanticen” ese respeto o acuerdo hacia a lo superior, que por acuerdo es a la vez ajeno, en tanto que nadie se lo puede apropiar, y en cierto modo es de todos sin pertenecer a nadie, en tanto que circula y moviliza a todos los miembros.

Por otra parte, estas observaciones de Godelier revelan que el conflicto está siempre presente y por ello las asimetrías están sujetas a negociaciones y rectificaciones constantes. Podemos advertir que cuando el flujo de la negociación se ha fijado en un punto, es decir, se ha parado, se ha estancado, es cuando no sólo

se merman capacidades inherentes a los intervinientes de la reciprocidad, sino que se externaliza en seres o espacios que se colocan a su vez en un lugar jerárquico. Así, sacerdotes, líderes, representantes políticos, etc. nos recuerdan un tipo de exteriorización con la política, un tipo de concentración de poderes y de externalización de capacidades. Foucault (1982), en su análisis del poder, hace una distinción interesante en este sentido, entre “libertades” y “estados de dominación”, donde destaca que se trata de un proceso, de un flujo, que es igualmente susceptible de solidificarse, o incluso podríamos decir, “espesarse”. Shantz (2013) lo expresa del siguiente modo:

Las libertades representan relaciones “vivas” del poder en el que la mayoría de los actores, la mayoría de las veces, tienen alguna habilidad para alterar las situaciones en las que se encuentran. En los estados de dominación, el flujo (o proceso) del poder se ha “solidificado” o se ha bloqueado, lo que impide el movimiento de algunos jugadores la mayor parte del tiempo. Esto representa un “poder muerto” provocado por “técnicas de gobierno” específicas (Shantz, 2013: 87, traducción mía).

La cautela permanente que tiene el apoyo mutuo frente a cualquier tipo de institucionalización tiene que ver con estos riesgos hacia la solidificación, hacia la “muerte” de las fuerzas de intercambio. Mientras la reciprocidad posibilita esa jerarquización de lo sagrado, el apoyo mutuo se construye en un claro rechazo hacia la institucionalización de sus prácticas y concentración de sus fuerzas. Lo que no quiere decir, que en el interior de sus grupos no se den asimetrías, ni que las relaciones de poder estén ausentes. Pueden incluso existir liderazgos -como de hecho sucede- pero su comportamiento siempre estará “vigilado” y “negociado” hacia el procomún, y la presencia, ausencia y relación de líderes con el resto de integrantes estará sujeta a tensiones constantes.

Clastres (1978) permite profundizar en estas problemáticas, con su análisis de poder, crucial para tanto la antropología política como para la antropología económica. Su enfoque supera la idealización de las sociedades igualitarias, y presta atención precisamente a aquellos comportamientos que rompen con la visión pacífica, ideal e inmóvil, predominante en las interpretaciones primitivistas. En sus estudios sobre sociedades tribales amazónicas, Clastres revela que las sociedades sin estado invierten gran parte de sus esfuerzos cotidianos en prevenir las concentraciones de poder, para lo que pueden usar incluso la violencia. Se trata no

sólo de estrategias para reestablecer el orden ante conflictos en el presente, sino también de maneras de resguardarse ante riesgos potenciales. Es decir, estas sociedades de alguna manera son conscientes del riesgo que entraña las concentraciones de poder y por ello se encargan de que no se den las condiciones de posibilidad para que esto ocurra. De hecho, no sólo se activan mecanismos para evitar el surgimiento de líderes y jefes, sino que, en caso de darse, éstos mantienen una deuda permanente hacia la comunidad. Las figuras de autoridad tienen limitada su capacidad de acción, no sólo porque desempeñen tareas específicas relativas a las necesidades existentes, sino que su prestigio como autoridad no se puede dar separado de la comunidad, sino precisamente en el proceso de responder a los intereses comunes. Según Clastres, esta deuda del líder para con la comunidad es una diferencia clave que distingue estas sociedades de las sociedades estatales. En estas últimas, la deuda se invierte y son los ciudadanos los que están en deuda con su representante, de modo que son sociedades jerárquicas.

Autoras como Moreno y Narotzky (2000) profundizarán aún más la cuestión de las jerarquías, a través de una continuación de la revisión que hace Godelier al estudio de Mauss. Verán en la lógica del don dos movimientos que no aparecen en Mauss y que parecen cruciales para entender el comportamiento social y las construcciones simbólicas en torno al don y las evoluciones que esto puede llegar a tener en tanto que intercambio. Estas autoras señalan que para donar primero hay que quitar. Profundizan en la idea que señala Godelier, a saber, la existencia de objetos y bienes que no se intercambian, sino que se guardan, y encuentran que además de guardar, están los movimientos de quitar y de perder. Así la desposesión complejiza el concepto de reciprocidad conectándolo con los otros dos modos de intercambio que señalaba Polanyi, a saber, la redistribución y el mercado. Significativo de ello es el siguiente párrafo:

Para tener algo que dar uno puede haberlo producido directamente [...] Uno puede haber hecho que otros lo produzcan para uno, por ejemplo, los frutos de la reserva del señor feudal. Por último, uno puede quitárselo a otros, mediante robo, pillaje, bandidaje, fraude, o bien por medios más “legítimos” de desposesión (Moreno y Narotzky, 2000: 135).

El movimiento de quitar y guardar revela el lado oculto de la reciprocidad, que sólo se puede entender en el contexto en que dicha desposesión adquiere

legitimidad. Este contexto son las democracias liberales, donde se desarrollan conceptos como el de solidaridad o el de redistribución en la forma de estado social o Estado de Bienestar, que regula la distribución de recursos destinados a la protección social. Como ya se ha observado, la reciprocidad puede experimentar un movimiento monopolizante del poder que centraliza los bienes para un posterior reparto y que disocia e inicia un proceso de *exteriorización* con respecto a los lazos sociales. La sociedad de mercado potenciará decisivamente este proceso de exteriorización. Este movimiento centralizador inicia otro modo de intercambio, diferenciado de la reciprocidad como tal, que es la redistribución, que se convertirá en la contrarrespuesta hegemónica a los estragos del mercado y en la principal propuesta de los movimientos progresistas.

Es en este escenario desde donde se pueden comprender construcciones como la de solidaridad institucionalizada desde el marco estatal (derechos sociales, ciudadanía, Estado del Bienestar), pues se desarrolla como una concreción del intercambio de redistribución, y éste a su vez como extremo de una reciprocidad cada vez más centralizada y congelada. Es interesante a este respecto reparar en que el propio Mauss, aunque reconocía el aspecto estigmatizante y asimétrico de la caridad, mantenía la aspiración de que en las sociedades modernas el Estado y las clases adineradas mantuvieran un papel redistributivo de la riqueza, a través de la protección social frente a las amenazas que creaba el mercado para determinados sectores de la sociedad. De igual manera, Polanyi defendía el papel progresista que podía hacer el Estado mediante un Estado social que protegiera a la sociedad de las consecuencias del mercado capitalista pretendidamente autorregulado. Pero como advierte Ignasi Terradas (2002b), en su teorización del sacrificio Mauss reproduce la idea de reciprocidad basada en el contrato, pues no repara en “la contradicción que se da entre unas obligaciones que existen “recíprocamente” porque existe un tercero que las garantiza. *El caso más claro es el del poder del Estado que garantiza los contratos civiles*” (Terradas, 2002b: 231, añadido cursiva para incluir la nota a pie de página del fragmento). Este mismo autor señala con gran lucidez las tensiones del pensamiento de Mauss, de interés para pensar las limitaciones del asistencialismo en un sistema democrático que aspire a la justicia:

Mauss quiere relacionar la limosna con la justicia, diciendo que, en la acción de la limosna, la “vieja moral del don se convierte en principio de justicia”. Pero –señala Terradas- este principio de justicia, de igualdad equitativa, no es alcanzable ni con la práctica de la reciprocidad ni con la de la limosna. Una vez más: para que la limosna –y así deja de serlo, igual que sucede con la reciprocidad estricta- para que la limosna, pues, consiga la justicia, para que sea resolución de justicia, debe dejar de ser limosna y convertirse en indemnización, reparación, multa, compensación o reconocimiento de deuda. Pero es sabido que la limosna no ocurre en cumplimiento de una de esas acciones jurídicas. Es otra cosa. (Terradas, 2002b: 231-232).

Como vemos, el dinamismo característico de la reciprocidad puede quedar sujeto a determinados puntos fijos convirtiéndose en otra cosa. Sin embargo, el posicionamiento del apoyo mutuo como ejercicio práctico, es decir, su énfasis en la praxis como acción directa y libre, y su atención por la simetría social, le lleva a vigilar y sancionar los centralismos, y a mantenerse en la aspiración constante de ser una forma de organización social horizontal. Esto no quiere decir que el apoyo mutuo sea indemne a reproducir asimetrías. El conflicto y las tensiones son inherentes a las relaciones humanas, luego están también presentes, sólo que cuenta con refinadas estrategias de negociación capaces de equilibrar las posibles asimetrías. En la línea de Clastres, estos sistemas de apoyo mutuo invierten gran parte de su energía en evitar las concentraciones de poder en una o pocas personas o la absorción de la acción colectiva bajo procesos formales. En particular, es un tipo de organización con gran capacidad deliberativa y de consenso, lo que logra distribuir de manera constante el reparto de poderes. La asamblea y la acción directa son ejemplos paradigmáticos de ello.

La mayor fortaleza del apoyo mutuo por lo que llevamos reflexionando sería entonces precisamente su manera sofisticada y a la vez cotidiana de tratar los lazos sociales, su atención central a la sociabilidad como manera de construir acciones colectivas. Esto evita en gran medida las asimetrías pues la caridad es sancionada como algo denigrante para cualquiera de los actores, rescatando ideas como la dignidad humana y creando entornos propicios para su desarrollo. Por ello la experiencia subjetiva de las personas participantes en grupos autogestionarios revela que se producen muchos beneficios psicosociales y económicos,

especialmente con actividades como el acompañamiento social (Canals, 1995; 2002).

Parece ser entonces que la reciprocidad sienta sus raíces en algo realmente básico como son los lazos sociales, la sociabilidad que nos vincula unos con otros, y desde allí se puede entender tanto su fluidez como sus estancamientos en los procesos de poder. Como diría Kropotkin, en el vínculo social se halla el germen de la organización social y política del apoyo mutuo. Sin embargo, como señala Godelier, nuestras sociedades han primado un tipo de solidaridad que pasa por el contrato y que sienta sus bases en cosmovisiones individualistas. Para entender el alcance de este proceso y su relación con el apoyo mutuo cabe tener en cuenta estas palabras, de gran profundidad, que despiden *El enigma del don* de Maurice Godelier (1998: 298-299):

Estamos, efectivamente, en una sociedad cuyo funcionamiento mismo separa a los individuos unos de otros, los aísla incluso en su propia familia, y sólo los promueve oponiéndolos entre sí. Estamos en una sociedad que libera, como ninguna otra lo ha hecho, todas las fuerzas y potencialidades que dormitan en el individuo, pero que empuja también a cada individuo a des-solidarizarse de los demás haciendo uso de ellos. Nuestra sociedad solo vive y prospera pagando el precio de un déficit permanente de solidaridad. Y no imagina nuevas solidaridades distintas a las que puedan negociarse en forma de contrato. Sin embargo, no todo es negociable en lo que crea vínculos entre los individuos, en lo que compone sus relaciones, públicas y privadas, sociales e íntimas, en lo que hace que vivan en sociedad y deban también producir sociedad para vivir.

Con todo, los límites del negocio social son evidentes ¿Somos capaces de imaginar a un niño estableciendo un contrato con sus padres para nacer? Esta idea es absurda, y su absurdidad muestra que el primer vínculo entre los seres humanos, el del nacimiento, no se negocia entre aquellos a los que concierne. Sobre hechos insoslayables como éste, nuestra sociedad, sin embargo, tiende a guardar silencio.

La deriva de este proceso histórico que prima la idea de contrato en el intercambio económico llevará a que la solidaridad se entienda en base a un cálculo apropiado entre intereses individuales e intereses colectivos. Esta es la visión economicista de la reciprocidad que entiende el intercambio no desde su complejidad social y cultural, sino como un acto individual y disgregado, poniendo énfasis en las facultades racionales del individuo para buscar su máximo beneficio. Se trata de las teorías de la elección racional (Saldarriaga, 2011), que están en la base

de toda la ideología capitalista. La etnografía es útil para visibilizar la complejidad y densidad de los procesos económicos. Y aquí es oportuna la diferencia que estableció Polanyi entre sociedades de reciprocidad y sociedades de mercado. Para Terradas (2002a: 204) que hable de sociedades es una distinción relevante metodológicamente, pues sugiere que el análisis etnográfico observará en todo caso la prevalencia de un tipo de intercambio o de otro, de reciprocidad o de contrato, pero no podrá ver la reciprocidad como principio regulador de *nuestra* sociedad. Para que ello ocurra nuestra sociedad debería articular todos sus mecanismos económicos y jurídicos en base a su relación con los vínculos sociales, y estamos lejos de que sea así. Se rescata así, una vez más, el carácter situado de la mirada antropológica, pues la etnografía parte de procesos específicos y concretos, pero su análisis de la complejidad social le hace transitar entre mundos diversos. Precisamente el apoyo mutuo, como concreción sociopolítica y económica, parece no situarse en ninguno de los modos de intercambio que señala Polanyi, y sin embargo está estrechamente conectado con todos ellos, en relaciones de sinergia o de oposición variable, dependiendo de los múltiples factores que constituyen los procesos económicos.

Así pues, en contextos contemporáneos serán los trabajos etnográficos los que pongan en valor conceptos como el de reciprocidad, precisamente como herramientas metodológicas para analizar realidades complejas. De Lomnitz (1998), en los años 70, realiza un estudio antropológico sobre reciprocidad, que rescata nexos importantes con la idea de apoyo mutuo que había prefigurado Kropotkin. Lomnitz sitúa este estudio en una barriada concreta de la ciudad de México Distrito Federal, donde sus habitantes se enfrentan a situaciones de pobreza y subempleo. Esta antropóloga se pregunta *cómo sobreviven los marginados* en una sociedad capitalista donde la dinámica de inclusión-exclusión deja fuera de los circuitos de riqueza, y específicamente fuera de la producción industrial, a amplios sectores situados en periferias urbanas. Desde un trabajo etnográfico que retoma las aportaciones de Polanyi y de Mauss, esta autora observa el papel relevante de la lógica del don para la reproducción de la vida en la ciudad contemporánea.

Su aportación radica en mostrar la riqueza sociocultural y sofisticación de prácticas orientadas a responder a necesidades cotidianas, a partir de un análisis

minucioso del contexto intra e intergrupala en que se desarrollan estas prácticas. Es decir, se trata de un estudio que centrándose en la escala micro entiende dos cuestiones de manera acertada: por un lado, el poder agencial de los sujetos que habitan los márgenes de la ciudad, que respondiendo a sus necesidades socioeconómicas producen simultáneamente cultura. Por otro lado, el espacio marginal donde conviven estas personas de bajos recursos, entendido como el “nicho ecológico” donde surgen y tienen sentido estas prácticas socioculturales y económicas. De este modo, esta autora profundiza un poco más en aquello que ya había sido apuntado por clásicos como Malinowski (1986 [1922]) en su análisis del *Kula*, a saber, la importancia de la dimensión socioespacial en la que se despliegan las formas de intercambio recíproco. Para ello, esta autora incorpora la idea de “red” y la densifica con el material etnográfico, de modo que se puede observar una cierta topología de redes de reciprocidad.

El concepto de red que utiliza la autora, si bien en este caso reducido en tamaño, logra resolver el problema que entraña la confianza como la base de la lógica del don. Esta autora puntualiza categorías como “cercanía física” y “cercanía social” para verificar la simetría social y económica necesaria para el desarrollo y mantenimiento de las relaciones de confianza y de reciprocidad. El concepto de red, que más tarde se complejizará (Castells, 2008; Sanz, 2003; Requena, 1989), solventará los escollos que en principio encuentra la confianza, conectada con la proximidad, como elemento fundamental para el apoyo mutuo. Para la reciprocidad esto no conlleva mayores problemas puesto que los intercambios son en su mayoría diádicos, tanto intra o como intergrupales, y en todo caso dentro de grupos de reducido tamaño como son la familia, los vecinos o el compadrazgo. Algunos autores señalan que una característica fundamental de las prácticas de apoyo mutuo es precisamente situarse en grupos de reducido tamaño (Canals, 1995; 2002), pues esto favorece la confianza y las relaciones de cercanía necesarias para la construcción de sentido de pertenencia y también para que se mantenga la equivalencia del mutualismo y no se rompa el flujo del intercambio de dones. Es decir, para estos autores es un atributo positivo que destaca su carácter local y situado. Para Castells (Alcalá, 2017; Castells, 2008), las redes virtuales permiten nexos más fluidos y diversos, donde la proximidad física y social se reformula e igualmente se construyen imaginarios comunes.

Esta contribución (De Lomnitz, 1994; 1998) tiene gran interés para la antropología urbana, porque la autora ya marca determinadas cuestiones como claves para el estudio del apoyo mutuo en contextos contemporáneos, a saber: la economía, los lazos sociales, la ciudad y la supervivencia. Si bien su análisis no profundiza en las conexiones con la gran ciudad, ni expresa abiertamente el carácter político de estas prácticas de reciprocidad, su estudio señala claramente el potencial de estas formas socioculturales y económicas para existir y mantenerse en la ciudad. Su etnografía muestra el poder de acción de distintos agentes, que movilizan recursos buscando responder a sus necesidades sentidas. La autora señala específicamente las relaciones de vecindad y de parentesco como la base donde se construyen estrategias de supervivencia. La marginalidad y la reciprocidad se entienden desde una dimensión espacial que sólo se puede entender a través de los entramados sociales que allí se construyen. Esta aportación, pionera en los estudios de la reciprocidad en contextos de marginalidad urbana, será de gran utilidad para pensar cuestiones como el derecho a la ciudad desde prácticas cotidianas en los vecindarios.

Este estudio etnográfico es de gran interés para comprender los procesos de confianza que mantienen, rompen o transforman la reciprocidad. Ahora bien, hay casos “límite” en los que la reciprocidad no parece ser la herramienta conceptual más adecuada, pues entra en una serie de tensiones precisamente en torno a la confianza, pues coexiste con otros mecanismos como el contrato o la contabilidad. Sanz (2002), por ejemplo, al observar las dinámicas de los bancos del tiempo señala:

Tal vez debemos pensar que la moral de la reciprocidad entra en contradicción con las formas de gestión basadas en el registro, la medición y, en definitiva, con mecanismos que remiten a la contabilidad bancaria mercantilista. Desde la perspectiva teórica, advertimos la contradicción entre por una parte la práctica de la donación, la generosidad, entendidas por los actores sociales como una relación humana presidida por la moral de la reciprocidad que rechaza el criterio de la contabilidad bancaria; y, por otra, la necesidad de la gestión de la organización, presionada por las instituciones públicas, de ordenar la reciprocidad en el registro” (Sanz, 2002: 162-163).

Observar este tipo de tensiones es necesario para comprender la complejidad de los entramados socioeconómicos y políticos que se tejen bajo la idea de apoyo mutuo. Como sostiene el autor remitiendo a las contribuciones de Polanyi: “La propuesta de K. Polanyi de la incrustación de lo económico en lo social, sitúa el

análisis del intercambio recíproco en el dominio de los ámbitos, de los contextos sociales y culturales; de tal modo que el análisis de las transacciones económicas exige el marco referencial de las relaciones sociales vigentes, hegemónicas o no, en la sociedad” (Sanz, 2002: 155). Como se verá en mi estudio, se combinan varias formas de intercambio entre las que se encuentra la reciprocidad, pero ésta se construye teniendo una doble referencia, tanto de los sistemas comunitarios como del sistema de mercado altamente competitivo, pues en esta coyuntura es donde se crean prácticas colectivas. Al igual que señala Sanz, la propia idea de “banco” remite a cierta tensión en tanto que activa cierta “contabilidad” dentro de las prácticas de reciprocidad. Así sucede en una de las experiencias que observo, un banco de alimentos, donde además de la reciprocidad en forma de obligatoriedad en el cumplimiento de las normas, se da un seguimiento y una contabilidad de los esfuerzos y recursos ofrecidos, lo que supone una serie de conflictos, tanto en la práctica cotidiana y en las formas de organización como en la definición de valores que guían el trabajo colectivo.

Por otra parte, Dolors Comas (2018) pone de relieve precisamente que la reciprocidad es una construcción situada que descansa en valores concretos, que son construidos y diversos y, que éstos son definidos no de manera abstracta sino en las relaciones sociales que se establecen entre los distintos actores. En particular, identifica las dimensiones de desigualdad presentes en las bases morales del don, y pone de relieve que la reciprocidad tiene género. Esta autora observa que, en situaciones relacionadas con los cuidados, la expectativa de devolución no se da siempre ni del mismo modo, en particular, tanto la obligación de cuidar como el estar en deuda se da de manera desigual entre hombres y mujeres, lo que se refleja en la división sexual del trabajo y en el ciclo vital. Esto le lleva a preguntarse por las posibilidades de un sentido amplio de obligación, transformado en compromiso de cuidar, que permita un reparto equilibrado de los cuidados, no sólo entre sexos sino también entre generaciones y entre diversos espacios y actores como el Estado, la familia, o la comunidad.

Por último, existe una serie de estudios de gran interés para repensar el apoyo mutuo en torno a los agenciamientos políticos. Por un lado, estudios en el ámbito de la acción social, salud e intervención psicosocial, a través de los denominados

“grupos de ayuda mutua” (GAM) que abordan problemáticas de salud mental como la ansiedad, la depresión, las fobias, las adicciones, etc. (Canals, 1995, 2002; Menéndez, 2009). Estos estudios ponen de relieve la necesidad de superar los modelos asistencialistas y jerárquicos que reproduce la profesionalización y tecnificación del abordaje de salud mental. Por lo general se trata de estudios enmarcados en la antropología médica o en la psicología social, que dan cuenta de los beneficios de la autogestión y la horizontalidad para procesos de subjetivación como el empoderamiento, la autoestima o la resiliencia. Este tipo de estudios se separan del análisis político en torno al capitalismo, sin embargo, sí destacan la dimensión política, en tanto procesos de subjetivación en situaciones de exclusión socioeconómica, estigmatización y soledad, que promueven procesos de agenciamiento, autoestima y empoderamiento. Para que un grupo sea considerado Grupo de Ayuda Mutua (GAM) deben darse una serie de características, como la horizontalidad, la ausencia de profesionales dentro del grupo y el construirse como un espacio de encuentro social. Para Vargas (2018: 173):

La “ausencia de profesionales dentro del grupo es una característica fundamental de un GAM, pues la presencia de un profesional desvalorizaría la elaboración de solidaridad y la recuperación de la autoestima que los GAM pretenden [...] No hay diferencias de estatus entre los miembros, pues los GAM están basados en la horizontalidad de las relaciones y la igualdad entre las personas que los constituyen. La horizontalidad permite que las personas se sientan cómodas y que se rompa la dinámica aprendida de jugar el papel de persona enferma-pasiva.

En definitiva, uno de los procesos que sistemáticamente aparecen como relevantes para entender el apoyo mutuo es la horizontalidad. La reciprocidad pone en marcha diversas estrategias para regular y mantener la simetría social, por lo que es una herramienta clave para comprender los esfuerzos del apoyo mutuo por construir acción colectiva entre personas diversas. Solo teniendo en cuenta este compromiso por la creación de comunes desde la diversidad es como se puede comprender el apoyo mutuo como un proceso económico, pero también sociocultural y político.

2.3. La convivencia en disputa

Los procesos socioeconómicos, culturales y políticos que configuran las sociedades contemporáneas son de tal complejidad, que han surgido nuevos retos para

comprender la diversidad que moldea nuestras sociedades. El intenso flujo de personas, mercancías, información, capital, etc., característica de las sociedades contemporáneas, adquiere sentido en un contexto de relaciones desiguales dentro del sistema mundo, de mayor polarización social y económica entre ricos y pobres, pero también de recreación de una pluralidad de identidades culturales, religiosas, políticas, sexuales, nacionales, etc. que construyen tanto procesos de pertenencia y de exclusión como nuevas formas culturales y sociopolíticas que intentan superar los dualismos. Por otra parte, nos encontramos en procesos globales que afectan a la cotidianidad de los vínculos sociales entre las personas, que tienden hacia la *liquidez* de sus formas, a nexos más bien superficiales, que escapan de lo estable y sólido (Bauman, 2015), lo que tiene implicaciones profundas en la configuración de nuestras sociedades. En este contexto, los procesos de individualización, privatización y mercantilización condicionan de manera profunda la vida cotidiana en todas sus esferas, y de manera particular, fragmentan la cohesión social. La financiarización del espacio urbano, las migraciones contemporáneas desde el llamado “Tercer Mundo”, la creación de periferias o de guetos, los procesos renovados de nacionalismo xenófobo, los dispositivos de control del terrorismo internacional, etc. todo ello son procesos globales que se viven de manera compleja en contextos locales, como pueden ser los barrios o distritos de las ciudades contemporáneas.

Cabe advertir que las migraciones internacionales no son un fenómeno nuevo. Incluso su conexión con las lógicas del capitalismo transnacional no es un proceso que se haya iniciado recientemente. Lo que sí complejiza el contexto actual de migraciones es el crecimiento de las desigualdades sociales y económicas a nivel global y local, y la construcción de nuevos dispositivos de control de los flujos migratorios y del acceso a derechos en las sociedades de migración. En consecuencia, para reflexionar sobre la diversidad, deberíamos recordar en primer lugar que la gran diversidad de las ciudades contemporáneas no es un fenómeno reciente. La diversidad es precisamente aquello que constituye lo urbano, por lo que es oportuno preguntarse más bien por los procesos de diferenciación que operan hoy en día para construir la diferencia (Mata, 2018). El contacto y mutuas influencias entre culturas diversas tampoco es nuevo en antropología, al contrario, su análisis es el núcleo grueso de esta disciplina. Sin embargo, el modo en que se interprete este

contacto, las maneras en que se concibe la cultura o el mismo hecho de hablar de “culturas” no son cuestiones triviales, porque tienen manifestaciones concretas en cómo se organiza o se imagina la sociedad. A lo largo de su historia, la antropología ha mostrado que ante todo es una herramienta crítica que permite visibilizar y comprender la diversidad humana, mediante el estudio de las relaciones concretas y específicas que se desarrollan en distintos contextos.

Desde esta visión crítica de la antropología, planteo esta reflexión sobre la convivencia, entendida en sentido amplio, como expresa la definición del diccionario, por la que convivir es “vivir en compañía de otro u otros” (Real Academia Española, sf.). En efecto, el concepto de convivencia va estrechamente vinculado al de diversidad y al de alteridad. Para ello es preciso advertir en primer lugar que en las sociedades del capitalismo avanzado se ha construido un concepto de diversidad específico. La diversidad se ha definido predominantemente en términos de diversidad cultural, refiriéndose con ello al repertorio de valores, costumbres, tradiciones y formas de vivir entre personas de distintos orígenes geográficos, especialmente entre distintos contextos nacionales. Como señala Aguilar y Buraschi (2012: 28), en España, como en otros países europeos, el discurso del multiculturalismo y su interés por la diversidad surge con la llegada de personas extranjeras, particularmente del “Tercer Mundo”. Es decir, previamente no se había reconocido la pluralidad cultural y étnica ya existente en la propia sociedad, hasta que la diversidad se define en su relación con las nuevas poblaciones del sur global, y además se define desde su carácter “problemático”.

En este contexto es preciso diferenciar tres modelos de entender y gestionar la diversidad cultural: el asimilacionismo, el multiculturalismo y la interculturalidad. Estos tres modelos son problemáticos porque en su base radica el hecho de que los gobiernos han entendido la diversidad sociocultural como una realidad “gestionable”, y dicha gestión, en la concreción de las relaciones local-globales, se debate entre principios democráticos e intereses de mercado. Se trata entonces de construcciones no sólo teóricas, sino entendidas también como dispositivos de gobierno y por ello no neutrales, sino profundamente políticas (Ávila, 2012). Estos marcos sobre la diversidad surgen en países del norte en contextos de globalización y de diversidad cultural, ya sea por migraciones internacionales del sur global, o por

la existencia de grupos étnicos diferenciados en el interior de los territorios nacionales. El asimilacionismo, por su parte, es un modelo basado en el concepto de “integración” cultural de lo diverso y minoritario a los valores y cultura de la sociedad mayoritaria. Se trata de un modelo jerárquico que entiende la cultura de un modo esencialista y etnocéntrico, pues no reconoce la diversidad, sino que más bien pretende neutralizarla o “eliminarla”, por medio de procesos de aculturación y de “normalización”, por la que el grupo étnico minoritario (diferenciado y entendido como subalterno) adopta los valores y costumbres de la sociedad de referencia y pierde los construidos en su historia previa. Es un modelo paradigmático de gestión de la diversidad en países como Francia.

El multiculturalismo va vinculado al fenómeno migratorio transnacional, en el que determinados grupos culturales y étnicos pasan a ser minorías en los lugares de destino. Se trata de un modelo surgido en los años 70 en Canadá y Australia y extendido en los países del norte. En teoría, el multiculturalismo supone un reconocimiento y respeto de la diversidad y de los derechos de las comunidades migrantes (Vertovec, 2003) pero en la práctica supone la idea de mosaico cultural, que reproduce la segregación y aislamiento entre grupos culturales. El multiculturalismo usa un concepto de cultura cerrado sobre sí mismo, estático, que no contempla la comunicación intercultural y los nexos entre culturas (Barabas, 2014: 4). Por último, la interculturalidad, con desarrollos tanto en países del norte como en Latinoamérica, enfatiza el dinamismo propio del contacto cultural y entiende que ambas partes deben ser tolerantes y respetuosas con la diversidad. De este modo, se hace posible el “diálogo intercultural” por la que grupos o individuos culturalmente diferenciados son capaces de compartir, aprender y valorar las contribuciones e historias de ambas partes de manera bidireccional. Esta posición invita a cuestionar nuestros propios valores, a relativizarlos y a abandonar los dogmatismos, prejuicios y estereotipos sobre la diversidad. Este enfoque asimismo es entendido como horizonte social, ético y normativo, a promover tanto por la ciudadanía como por las políticas públicas para construir sociedades más democráticas en el marco de los Derechos Humanos (Aguilar y Buraschi, 2012; Giménez, 2005).

La interculturalidad tiene importancia porque visibiliza la riqueza del encuentro con la diversidad, y porque entiende la convivencia como un equilibrio dinámico entre varios procesos. Desde el enfoque de la interculturalidad, se propone una tipología que distingue tres tipos de sociabilidad, para entender las situaciones sociales que se pueden dar en contextos altamente diversificados, concretamente en contextos de migración internacional. Este tipo de enfoque es útil para la descripción de dinámicas micro entre grupos étnicamente diferenciados, especialmente en espacios locales multiculturales como son los barrios. La *convivencia* posibilita relaciones de cercanía, aprendizaje mutuo y aprecio hacia la diversidad. La *coexistencia* se basa en un distanciamiento social donde prima la indiferencia y la impersonalidad. Y finalmente, el *conflicto* se materializa a través de la violencia u hostilidad latente o manifiesta, donde predominan las dinámicas de exclusión y de asimilación (Giménez, 2005, 2013; Gómez y Martínez, 2012).

Según la perspectiva de la interculturalidad, el conflicto es multidimensional y es entendido como algo inherente a las relaciones humanas, de modo que la convivencia no es interpretada como ausencia de conflicto, sino como gestión pacífica del mismo. Esta perspectiva ofrece herramientas de mediación de gran utilidad para las dinámicas grupales, incluidos los grupos de apoyo mutuo, donde buena parte de los desencuentros pueden generarse e intensificarse por malentendidos o por la reproducción de estereotipos. En ese sentido se trata de una serie de estrategias valiosas para una comunicación intercultural, especialmente útiles en el choque entre posturas aparentemente irreconciliables, posibilitando procesos de intercambio y de aprendizaje mutuo. Sin embargo, el problema radica en que, en la práctica, y particularmente en el ámbito de la intervención social y la educación, por lo general no se aborda la multidimensionalidad del conflicto.

El enfoque de la interculturalidad, según Barabas (2014) reproduce ciertas tensiones, por lo que precisa ser profundizado en los conflictos, incidiendo en las tensiones que traspasan la realidad social, especialmente las desigualdades, que tienen un papel crucial en la experiencia cotidiana del contacto cultural. Se trataría de atender con mayor especificidad los procesos de desigualdad y dominación, buscando comprender sus raíces y las posibilidades para su transformación:

De allí que, la pregunta que se plantea es cómo referimos a la dinámica

real de contacto entre culturas que se desenvuelve en un espacio de relaciones injustas: ¿cómo pluralismo o interculturalidad desiguales? ¿Sin embargo, no es una contradicción hablar de interculturalidad desigual si hemos definido interculturalidad como la ideología y la praxis del pluralismo cultural, que supone un determinado tipo de relación, de dinámica, respetuosa de la alteridad y sus derechos? La disyuntiva no es fácil; no obstante, desde mi perspectiva el concepto interculturalidad como dinámica actual del contacto debe transformarse, ampliarse, para dar explicaciones a las realidades sociales desiguales y estigmatizadoras que persisten en el contexto de la globalización y del pluralismo desigual (Barabas, 2014: 11).

En una línea similar, Aguilar y Buraschi (2012) sostienen que el propio enfoque intercultural ya posee una visión crítica que hay que profundizar en la práctica y llevar hasta sus últimas consecuencias. La denomina “interculturalidad crítica”, para referirse a un enfoque intercultural que permita comprender los procesos de desigualdad como claves para comprender la diversidad. Este enfoque invita a superar una dinámica que frecuentemente se reproduce desde el ámbito de la intervención social, que es la folclorización de las diferencias, y sugiere atender las relaciones de dominación que están presentes en los contextos multiculturales. De esta manera, la interculturalidad crítica se opone a lo que denomina “estética intercultural”, para referirse a prácticas que se limitan a una celebración de las diferencias, invisibilizando la desigualdad de derechos y las relaciones de poder asimétricas que se dan entre sujetos o grupos diferenciados. Estos autores señalan la necesidad de profundizar en la construcción de derechos y advierten que “las proclamas de tolerancia y la celebración de la diferencia sirven de poco si no se reconocen los derechos básicos, si no se lucha contra la asimetría de poder y si no se empieza con la igualdad de condiciones sociales” (Aguilar y Buraschi, 2012: 10).

Y es que es preciso reconocer que, en los contextos locales, especialmente en los contextos urbanos, la interacción de personas con orígenes diferentes produce el encuentro cotidiano entre prácticas diversas, particularmente en el campo del ocio, la alimentación o las relaciones familiares. Sin embargo, no se trata de prácticas fijas, sino móviles, por lo que se cruzan y se superponen formando repertorios híbridos. Es decir, la diversidad produce mayor diversidad, pero también, simultáneamente, produce sinergias, puntos de encuentro que, de hecho, configuran la mayor parte de la cotidianidad, como compartir las mismas aficiones (como el fútbol, la música, la moda), el compartir el mismo colegio, el hacer compras en los mismos

establecimientos, el uso de las nuevas tecnologías. Por todo ello, la cuestión de la diversidad también debe incorporar la diversidad de posiciones de clase, pues esto explica buena parte de las divisiones y categorizaciones sobre lo común, lo alterno y lo subalterno.

Un estudio clave en este sentido es el desarrollado por Ioé y Ortí (2007), que plantea un análisis cualitativo de la convivencia con perspectiva crítica. Estos autores incorporan al estudio de la convivencia un análisis discursivo que atiende a las diferencias de clase. Particularmente observan las diferentes posiciones discursivas ante la presencia de personas migrantes en España. Estos autores distinguen cuatro posiciones predominantes que muestran un amplio espectro sociopolítico. La primera, lo que llaman “repliegue defensivo”, es decir, las posiciones de conflicto y de segregación. La segunda, la “inserción subalterna” que sigue las lógicas de subordinación del modelo asimilacionista. La tercera, la “integración igualitaria” que reproduce discursos sobre el pluralismo en un contexto de competencia individualista. Y finalmente, la posición que denominan “crítica instituyente” que ensaya formas de democratización horizontal. Estas cuatro formas discursivas muestran el amplio espectro sociopolítico sobre la diversidad. Perspectivas críticas como las que plantea este estudio enriquecen notablemente la comprensión de la convivencia en la ciudad, pues atienden a la subjetivación sociopolítica. De este modo, las relaciones sociales pasan a ser comprendidas desde sus estrechas conexiones con el contexto que se vive y se experimenta. Así, es posible observar una multiplicidad de construcciones discursivas y simbólicas, con cierta coherencia interna, que parten de condiciones vividas y que tienen su correlato en la esfera privada y pública. Este estudio empírico será muy inspirador para esta tesis, en particular para trabajar la dimensión política y discursiva no como algo separado de la vida cotidiana, sino como una producción dinámica que emerge de ella.

Un trabajo relevante para comprender estos múltiples posicionamientos en la acción colectiva es el trabajo de McGirr (2001). Esta autora realiza un análisis de gran interés sobre la autoorganización vecinal, pues no la sitúa en los sectores sociales a los que frecuentemente se asocia este tipo de práctica (personas de “izquierda”, sectores populares). McGirr realiza un esfuerzo muy valioso por situar movimientos sociales de política conservadora dentro de la complejidad

sociopolítica del momento. Para ello se centra en la experiencia del Partido Republicano de los años 60, en Orange County, California. Su estudio permite observar cómo se relacionan diversas prácticas vecinales de autoorganización y de politización con otras esferas y actores de la política, como los partidos políticos, las campañas electorales, la propaganda local y nacional, el papel de la religión o de las élites empresariales. De manera particular permite entender algo importante para una mayor comprensión del apoyo mutuo y de la convivencia. Su estudio pone de relieve que la política no sólo tiene que ver con apoyar determinado partido o determinados ideales políticos, sino con ambiciones y preocupaciones materiales y simbólicas, como puede ser mantener la tradición, la familia, la religión o el estatus socioeconómico. Se trata, por tanto, en muchos casos de “resguardar” lo que se tiene o se espera tener. Y esto, como vemos en la experiencia de Orange County, es lo que permite cohesionar y convertir lo que eran preocupaciones personales o familiares en acciones colectivas. Una contribución importante de esta obra es que problematiza el concepto de “comunidad”, que típicamente se asocia a un aspecto “altruísta” y colectivizante. Sin embargo, el caso de Orange County constituye una experiencia de comunidad que se opone firmemente a la colectivización fuera de ciertas “fronteras”. Lo comunitario busca los orígenes y las raíces, descansa sobre la tradición como medio cohesionador, pero pasa a convertirse en un movimiento reaccionario, que se opone al cambio y a la diversidad y que además sacraliza ese supuesto pasado, llegando a nociones como el nacionalismo o cualquier otra dinámica excluyente. De esta manera este trabajo invita a explorar de qué maneras el apelar a la comunidad puede estancar y de qué maneras sirve de inspiración y de proyecto político que reformula continuamente la realidad social cambiante.

Para comprender mejor la pertinencia de enfoques cualitativos de carácter crítico (Requena et al., 2016), y en particular, las dificultades o escollos de no profundizar en las relaciones de poder, considero útil pensar en dos tipos de convivencia que se diferencian por el tipo de prácticas y discursos que producen. Por un lado, una convivencia que podríamos llamar “cultural” y, por otro lado, una convivencia que podríamos llamar “política”. No se trata de construcciones que aborden exclusivamente una dimensión, sino de un mayor énfasis por determinadas problemáticas, escindiendo de algún modo los procesos sociales de su complejo entramado. Los enfoques sobre convivencia que no profundizan en una perspectiva

crítica de un modo u otro acaban reproduciendo lo que llamo “convivencia cultural”, ya que a pesar de tener en cuenta la multiplicidad de dimensiones de la vida social, su énfasis último es la diversidad de tipo cultural y ello impide la integración de estas dimensiones, o más bien la interseccionalidad que visibiliza construcciones de desigualdad específicas materializadas en las relaciones sociales. Este hecho tiene consecuencias ambiguas porque el énfasis en la diversidad cultural, por un lado, supone avances importantes socialmente, como la mediación o el reconocimiento de la diversidad (sobre todo en términos de políticas de reconocimiento, pero también en la prevención de conflictos y de violencia) frente a procesos como la xenofobia, el racismo o la homofobia. Pero, por otro lado, supone cierto estreñimiento en el análisis de las situaciones vividas y de los procesos de transformación social.

Lo que sigue a continuación serían dos modalidades de lo que llamo “convivencia política”, a saber, una construcción sobre el “vivir juntos” que visibiliza directa o indirectamente las relaciones de poder que subyacen a las definiciones sobre la “otredad”. Un caso extremo de convivencia política se da en España a nivel nacional, y pone de manifiesto las relaciones de poder entre distintos agentes y sectores de la población. Su manifestación explícita y cotidiana es construida como una forma de perpetuar una serie de desigualdades. Este tipo de convivencia incide en aspectos culturales (es decir es construida mediáticamente como “convivencia cultural”) cuando en realidad es profundamente política, lo que se hace patente en su constante dinamización de procesos de polarización social, cultural, política, económica e incluso afectiva. Además, establece una conexión estrecha con procesos de xenofobia. Como señala De Lucas (2008: 85), “racismo y xenofobia resultan funcionales al fenómeno de resurgimiento del nacionalismo en Europa”. Se trata de una construcción instrumentalizada e ideologizada del concepto de convivencia, que sirve estratégicamente para la perpetuación del statu quo, sin reconocer que en su base permanece abierto un profundo conflicto sociopolítico.

Aquí es igualmente necesaria una construcción de convivencia con un enfoque crítico que permita ahondar en los conflictos y en la dimensión política, específicamente reconociendo las asimétricas relaciones de poder. El Estado juega un papel fundamental en la construcción simbólica de narrativas identitarias, y en el caso de España el concepto de convivencia ha sido instrumentalizado como la

clave para la construcción de la memoria histórica. Sin embargo, abstracciones como la de “nación” son construcciones ficticias (Anderson, 1993) pues encuentran grietas y cuestionamientos en la vida real. Esto se pone al descubierto con categorías como “autóctono” (Aramburu, 2002, 2017), que en principio se construye como una realidad aparentemente “incontestable”, pero que revela múltiples diferencias y tensiones, hasta el punto de constituir un elemento clave de disputa simbólica sobre lo “nacional”, como pone de manifiesto de manera expresiva el caso del catalanismo y el nacionalismo español. Igualmente, a través de categorías como la de “inmigrante no comunitario” se pueden ver los dispositivos de poder que designan, categorizan y diferencian al “otro”, en particular, “las representaciones que toman por objeto a los migrantes y que los atrapan en campos de fuerzas y de sentido, “naturalizándolos” en toda suerte de utilidades económicas e ideológicas” (Santamaría, 2002: 96). De ahí la necesidad de poner atención en el campo de las relaciones entre diferentes actores sociales, sin encasillar a las personas migrantes dentro de categorías estáticas, ni descontextualizarlas de las relaciones de poder que conforman su cotidianidad.

Las expresiones culturales cotidianas superan estas construcciones dicotómicas en un amplio espectro de diversidades (trayectorias vitales, repertorios políticos, gustos estéticos, producciones culturales generacionales). De este modo, se desestabilizan categorías, como sucede con la aparente homogénea “nación”, que se problematiza continuamente en el caso “España”, tanto por el conflicto territorial entre autonomías, como por el conflicto político abierto, que marca la persistencia de las *dos Españas*. La convivencia se invoca aquí como neutralizadora de un conflicto, se apela a su papel de orden, ni siquiera “pacificador” sino en un sentido de bloqueo de las diferencias. La apelación a la Constitución del año 1978 es paradigmática de ello, pues su cuestionamiento se narra como una “deslealtad” hacia los logros de la democracia y de la “nación”. Asimismo, la recuperación de la memoria histórica como ejercicio de reparación hacia las víctimas del franquismo es representada como un movimiento indeseable hacia el pasado, donde se “abren heridas”, y se genera el conflicto, sin reconocer que se trata de un conflicto de largo recorrido, particularmente un conflicto de clase no resuelto desde hace varias generaciones. Por último, el reforzamiento identitario basado en una confrontación “ellos”/“nosotros” no permite ver la profunda diversidad cultural de la sociedad

española. Pero tampoco permite comprender el carácter procesual de esta diversidad, como producciones creativas y vividas, pues la diversidad es entendida en última instancia como unidades cerradas sobre sí mismas.

Este papel neutralizador de las diferencias y de las disonancias propio de los nacionalismos se verifica espacialmente con gran expresividad en distintos lugares del mundo. Es el caso por ejemplo de los monumentos que narran mitos y grandes historias alejadas de la vida cotidiana (Delgado, 2000), donde lo que se busca es la construcción de memorias que neutralicen las violencias urbanas tanto del pasado como del presente colonial y la formación de subjetividades nacionales (Castela, 2017). Un caso igualmente expresivo lo encontramos en el Nueva York de la segunda mitad del siglo XIX, donde la construcción simbólica y material de la ciudad imperial no reconciliaba los profundos contrastes entre lo obrero y lo burgués (Scobey, 2002). Los tranvías eléctricos de la época, por ejemplo, abrieron un nuevo campo de reconstrucción simbólica de la ciudad, donde ricos y pobres pasaron a compartir el mismo espacio dentro del tranvía. Entonces se activaron discursos sobre la mala educación de las clases bajas como manifestación del *choque sociocultural* en el espacio. Esta construcción discursiva buscaba en último término neutralizar las diferencias de clase. De igual modo se construye la imagen del Central Park como espacialidad neutral, de orden y de experiencia estética, es decir, como espacio de superación de las irregularidades, del cambio y del caos. Pero en su base lo que opera es un proceso de “domesticación” de lo diverso y de asimilación hacia sociabilidades refinadas.

Por todo ello, es preciso profundizar en un concepto de convivencia con enfoque crítico, pues permite superar la invisibilización del conflicto y abrir oportunidades para los agenciamientos políticos. Una manera (parcial pero importante) de intentar superar los conflictos implícitos en la construcción de “convivencia política” en España sería, por ejemplo, promover la reparación de las víctimas del franquismo. Para ello es preciso, en primer lugar, reconocerlas como víctimas (algo que no sucede, frente a otros procesos históricos), incidiendo en un trabajo por la memoria histórica. Otra oportunidad para intentar superar estos conflictos también podría ser reconocer la voluntad de seguir hacia adelante, volcándose hacia el futuro, reivindicando el derecho a no ser situado en las

coordinadas del pasado. Y otra sería trabajar por no reproducir el racismo institucional, que puede darse desde las propias políticas públicas. Todas estas opciones son maneras diversas de resolver las experiencias de conflicto que se pueden generar. Es decir, son opciones, y por tanto posibles “mejoras” parciales, que responden a necesidades concretas, y que deben ser puestas en relación en los sistemas democráticos, para deliberar sobre su importancia (y trabajar en ello) para el conjunto de la sociedad. Pero para llegar a ello es necesario reconocer el conflicto en todas sus dimensiones, también la económica y la política. El trabajo McGirr (2001) pone de manifiesto, por ejemplo, que el “gobierno” sobre nuestras vidas (sobre los asuntos que nos conciernen) casi siempre va a chocar con el de otras personas, y allí está un conflicto para el que autores como Rancière (2006) no dan respuestas. Si pensamos en autoras como Mouffe (2005), acciones como las de Orange County permiten comprender la democracia a través del conflicto. Y Rancière, probablemente, aunque sus opciones políticas estén en el otro extremo, estaría de acuerdo con el ejercicio de política que realizan los habitantes de Orange County, pues ponen en juego sus capacidades mediante la autoorganización colectiva y la acción directa, y ello en sí mismo, es una activación de capacidades políticas.

Por todo ello, se hace evidente que la convivencia no se puede entender sobre el vacío, está siempre situada, por lo que una vía posible que se ensaya en la presente investigación es atender precisamente a la interseccionalidad de las distintas desigualdades (Collins, 2017; Hooks, 1989), como manera de reconstruir procesos de subjetivación política. Una convivencia cultural y política, ampliada y reformulada de manera crítica, puede desempeñar un papel fundamental en la definición de valores que guían y dinamizan la convivencia como proyecto colectivo que busca mayor justicia social y equidad. En esta línea hay que destacar un tipo de convivencia cultural y política, que visibiliza y reivindica los nexos entre ambas construcciones, que ya está presente entre procesos colectivos practicados en espacios locales. La convivencia como proyecto puede ser reapropiada por los propios sujetos y convertirse en una tarea común de reflexión y de prácticas compartidas (Addy, 2019), generando memorias que desplazan y cuestionan las grandes narrativas hegemónicas, como el individualismo o la competencia. Igualmente, el conflicto puede ser situado estratégicamente en el centro de atención, para resignificarlo y

mostrar la multiplicidad de procesos que lo producen, visibilizando historias desde abajo, y promoviendo procesos de participación ciudadana. Se trataría de una interculturalidad crítica, capaz de conectar con procesos de construcción de ciudadanía, donde la participación política es clave (Aguilar y Buraschi, 2012). Aquí radica, como señalan estos autores, el “desafío” de la convivencia, pues se entiende tomando parte en la construcción de derechos. Se trata entonces de una propuesta valiosa para el acompañamiento a iniciativas vecinales que trabajan en procesos de democratización. Estas iniciativas ya son practicadas en la cotidianidad de barrios y vecindarios, incluidos también espacios que por lo general se encuentran bastante tecnificados y burocratizados, como son las instituciones públicas. Considero que esta perspectiva es interesante pues el enfoque de la convivencia permite transitar distintos espacios, como puede ser el profesional en el marco de la intervención social, a diferencia de otros enfoques como el apoyo mutuo, que simbólicamente y en la práctica plantean mayores contrastes con los espacios formales.

Como se ha visto hasta ahora, lo político constituye una dimensión fundamental que no debería ser invisibilizada sino potenciada, precisamente porque abre líneas de actuación que pueden ser compartidas entre personas y espacios sociales muy diversos. Estos enfoques críticos de hecho ya se dan en las realidades cotidianas de los barrios, donde diversas iniciativas colectivas han comprendido la importancia de los lazos sociales para la transformación de la vida en las ciudades. Se trata de experiencias colectivas que entienden la política desde experiencias concretas, donde la base son las relaciones con otras personas. La experiencia de los comunes (Hess, 2008) es paradigmática de ello y aporta matices que el enfoque de la convivencia cultural aún no ha sido capaz de profundizar. Sin negar que efectivamente es necesario resolver los conflictos y encararlos en la medida de lo posible de manera pacífica, los proyectos de los comunes, además de incidir en una cultura del respeto y de la tolerancia, también comprenden el conflicto (y su intensificación estratégica) como herramientas para la transformación social, especialmente en la corriente neomarxista (Harvey, 2013). Esto tiene implicaciones profundas en cómo se generan procesos de pertenencia. Como sostiene Santamaría (2002), rescatar lo político en las prácticas interculturales ayuda a cuestionar la construcción y asunción de categorías que separan la realidad y estructuran la vida

social, para reformularlas, abandonarlas o imaginar nuevas u otras maneras de entender el mundo.

Como sostiene González (2003: 169), “Nuestro imaginario no es subjetivo en el sentido de que no es elaborado ex nihilo por la mente de los individuos, sino que es «trayectivo», esto es subjetivo y objetivo al mismo tiempo, en tanto que se elabora, se difunde y se modifica en el seno y mediante relaciones sociales”. En este sentido, las prácticas de los comunes hacen contribuciones para este encuentro entre lo diverso y para su transformación. Estas prácticas interpretan el conflicto como herramienta para la construcción de agencialidades políticas, desde las ideas de horizontalidad, democracia participativa y acción directa (Sparato, 2014). Precisamente estos principios de acción permiten trascender las diferencias culturales de sus integrantes, no para invisibilizarlas sino para colocarlas dentro de un entramado donde se tejen múltiples conexiones en procesos comunes. Este movimiento renuncia a idealizar, en el sentido de abstraer, las diferencias socioculturales, y pasa a entenderlas desde la intersección con otras diferencias que producen la espacialidad de las desigualdades. De esta manera, los conflictos no se construyen como “propios” de grupos específicos sino como procesos heterogéneos que afectan a amplias mayorías sociales, pero que son concentrados sobre grupos determinados, como ocurre con la pobreza o las múltiples discriminaciones. En las prácticas de apoyo mutuo contemporáneas como, por ejemplo, el movimiento de vivienda en España, la persona “extranjera” no se construye tanto en su alteridad sino en lo que tiene de común con los demás (Huerga, 2015; Suárez, 2014). Ahora bien, la propia interacción de personas con repertorios sociopolíticos, culturales y económicos en proyectos comunes sitúa la diferencia como una clave para entender tanto los procesos de expropiación como de recreación de las subjetividades políticas. Por ello es fundamental atender a las diferenciaciones étnicas, raciales y de género dentro de estas constelaciones de lo político (Gonick, 2016). De este modo, alteridad y subalternidad pueden ser reformuladas críticamente en una diversidad amplia y constante, como terreno fértil para la activación y construcción de agencialidades políticas, tanto individuales como colectivas.

En este sentido, el concepto anglosajón de “conviviality”, a diferencia del español “convivencia” incorpora matices interesantes sobre la dimensión política de

las prácticas urbanas, pues reconoce su papel en los procesos de transformación de las ciudades globales. Por ejemplo, Brudvig (2014), a través de su análisis de las relaciones de convivencia, explora los procesos de pertenencia y de ciudadanía en un distrito financiero donde se expresan de manera cotidiana tensiones y jerarquías de lo global-local. Sin embargo, la producción anglosajona sobre convivencia parte en su mayoría del paradigma de la multiculturalidad, por lo que en el fondo no llega a trabajar la dimensión procesual del encuentro entre lo diverso. En cambio, el concepto de “convivencia intercultural” hace propuestas interesantes al entender los vínculos sociales como procesos de creatividad colectiva, por lo que entiende que es positivo promover este tipo de relaciones. El aparataje conceptual de la convivencia intercultural además permite en mayor medida un análisis micro de las interacciones, lo que, aunado a una perspectiva crítica, puede contribuir a producir interpretaciones más comprehensivas sobre los procesos sociopolíticos en las ciudades contemporáneas.

En esta tesis propongo el concepto de apoyo mutuo como una construcción útil para una comprensión integral de las prácticas colectivas en la ciudad, por ser un concepto situado, basado en prácticas que procuran además la continuidad y expansión de las dinámicas colectivas en el tiempo y en el espacio. Igualmente, la perspectiva de los comunes urbanos contribuye a profundizar en la idea de construcción del “encuentro” y de lo “común” como proyectos de mestizaje, pues entiende la diversidad cultural desde las interconexiones que se dan en procesos vividos y compartidos (Bollier y Helfrich, 2012; Hess, 2008). Es decir, tanto “comunes” como apoyo mutuo destacan la praxis como proceso traductor y conector de códigos, referentes y trayectorias socioculturales diferentes. De esta manera logran trascender los polos de la relación autóctono-inmigrante e incorporar múltiples diferencias como dinamizadoras de la acción. Lo interesante de estos procesos es que no invisibilizan las diversidades, sino que las entienden en la multiplicidad de manifestaciones relevantes para la acción. En definitiva, la diversidad no solo es cultural, sino también social, económica, ideológica, estética, política. Por ello, debe ser comprendida en sus múltiples recomposiciones y recombinaciones, según las situaciones a las que se enfrentan las personas involucradas en proyectos comunes y en contextos específicos.

Se trata de experiencias que consiguen entender y dinamizar capacidades precisamente en el encuentro con la diversidad. La clave, de hecho, de estas experiencias se resume en que comparten prácticas, en el “crear juntos” (Neal et al., 2019), lo que es de radical importancia para entender el denso tejido social que subyace a lo político. En sociedades donde el aislamiento social es frecuente y puede llegar a ser muy perjudicial para las personas, como queda patente con el empeoramiento de la salud mental en situaciones de soledad no deseada, el “crear juntos” es de una radicalidad manifiesta, en el sentido de ir a las raíces. No sólo activa la interacción y el diálogo, sino que supone un contacto estrecho y mantenido en una obra común, donde se negocian capacidades, intereses y deseos. Crear juntos es un proceso complejo que implica aprendizajes comunes, desplazamientos, desacuerdos, conexiones. Pero además el crear juntos muestra de manera concreta (tanto en el plano material como simbólico) los frutos de dicha creación. De ahí que los lazos sociales sean la clave del apoyo mutuo, como maneras de construir política y convivencia al mismo tiempo. Pero es una política cotidiana, que puede pasar desapercibida, porque desde la exterioridad no siempre es distintivo lo político de sus prácticas. Por lo general puede percibirse como un simple “juntarse a hacer cosas juntos”, pero precisamente en ello está la subjetivación política cotidiana, pues supone traspasar múltiples fronteras y resituarse en el mundo desde lo común.

Convivencia y apoyo mutuo por momentos guardan relaciones de complementariedad, y en otros momentos de choque y tensión. El apoyo mutuo permite ver ciertos ángulos que subyacen al concepto de convivencia dentro de las lógicas de gobernanza por parte del Estado, donde se encuentran tanto constreñimientos como posibilidades de acción. Pero también permite ver los procesos de reapropiación por parte de la propia ciudadanía de una construcción como la de convivencia, en principio un tanto ajena (al menos en su terminología), mostrando su realidad vivida, y reconstruyendo este concepto como una herramienta política de discurso y de creación de sentido de pertenencia desde la práctica. Estas reconstrucciones del concepto de convivencia críticas y desde abajo (Aguilar y Buraschi, 2012) logran quebrar el distanciamiento y fragmentación de la vida social característicos de la vida urbana. La convivencia desde el sentido de las prácticas de apoyo mutuo no es un proyecto cerrado ni definido, ni es una realidad de hecho, sino un proceso abierto, tanto en la composición de los grupos como de

sus proyectos y objetivos políticos, es por eso más bien una invitación a la práctica situada en común.

2.4. Notas finales sobre el concepto de apoyo mutuo

Tras este largo recorrido a través de los conceptos de apoyo mutuo, reciprocidad y convivencia podemos comprender un poco mejor la idiosincrasia de la construcción del apoyo mutuo. Llegados a este punto podemos identificar algunas de sus características diferenciadoras que se dan con regularidad en las diversas manifestaciones y concreciones del apoyo mutuo. En primer lugar, más que una idea o un pensamiento, el apoyo mutuo es una práctica. Su coherencia no viene sustentada por un corpus teórico al uso ni por una doctrina como tal. Sus fundamentos no se remiten fácilmente a una tradición escrita, pues es una construcción eminentemente práctica, ligada a la acción y configurada en su dimensión procesual. En segundo lugar, se trata de una práctica de carácter colectivo, que moviliza todas las dimensiones de la vida social, de manera especial la dimensión política. Es decir, es una práctica basada en la interacción social que incide en la calidad de los vínculos sociales, en los recursos disponibles para cubrir necesidades y en las relaciones de poder dentro y fuera de los grupos sociales, permitiendo reconstruir simbólicamente visiones del mundo en disputa.

Para finalizar conviene advertir que a lo largo de la historia y hasta la actualidad el apoyo mutuo se confunde con otro concepto, con el que frecuentemente se lo equipara: el concepto de solidaridad. Estas dos construcciones guardan una relación compleja en la que por momentos actúan como genuinos sinónimos y en otros momentos no son en absoluto equiparables. La clave de similitud o de diferencia radica en la definición de solidaridad que se tome, pues esta construcción presenta con respecto al apoyo mutuo distinto recorrido y matices diferenciadores importantes. Captar las diferencias entre ambas construcciones es útil porque permite observar problemáticas relevantes para la acción política. Se trata quizá de la diferencia y sinergia más importante para entender el apoyo mutuo. La solidaridad, a diferencia del apoyo mutuo, ha sido largamente debatida y redefinida en la producción teórica de Occidente, especialmente en el campo de la filosofía, la sociología y el derecho. De entre las múltiples definiciones de la

solidaridad, la que elaborada por De Lucas (2008) resulta interesante para este estudio:

Una definición de solidaridad que consista no sólo en “asumir los intereses del otro como propios”, sino, además, en asumir la responsabilidad colectiva. De esta manera, vemos cómo la solidaridad como principio no sólo iría más allá del principio de igualdad, sino que se presenta como un recurso útil y diferente de éste, ya que nos exige actuar positivamente para garantizar los intereses públicos y contribuir a ellos, responsabilizando a todos y cada uno de los miembros que conforman un determinado grupo (Duque, 2013:193).

A la construcción de solidaridad frecuentemente se le asocia la idea de altruismo y una serie de virtudes de origen moral o religioso, como pueden ser la compasión, la caridad o la benevolencia, o valores secularizados, como la justicia o la responsabilidad. Aquí interesa especialmente estas últimas construcciones. Funes (1994) contribuye a esclarecer de qué modos se genera ese tipo de comportamientos basados en el compromiso y la responsabilidad para con otras personas. Esta autora señala que el comportamiento cooperativo (altruista, solidario) debe entenderse en una combinación compleja entre la idiosincrasia personal y el contexto, es decir como una producción social basada en la socialización. Esto es interesante para comprender en qué medida la sociedad promueve o no acciones de tipo colaborativo o prosocial. Su análisis distingue dos espacios de socialización importantes para entender la construcción de los comportamientos altruistas desde el espacio privado a lo público. Por un lado, la familia y la escuela, como espacios primarios de socialización, donde se activan distintos procesos de transmisión de valores de cooperación, compromiso y responsabilidad, pero también de construcción del individuo como ser autónomo. Algo interesante es la diferencia que observa entre colegios laicos y religiosos, pues siendo ambos de carácter elitista, los primeros promueven una acción altruista de carácter benéfico, mientras que los segundos promueven una solidaridad comunitaria y participativa. Por otro lado, observa los espacios secundarios de socialización, como el movimiento asociativo y los medios de comunicación, ambos relevantes para activar nuevos aprendizajes en torno a la participación y a la acción comunitaria, desconocidas en sus entornos primarios.

Otros autores señalan que las prácticas de solidaridad pueden derivar en procesos que tienden a reproducir distintos niveles de centralización o jerarquización de la acción, provocando distinciones entre agentes activos y agentes pasivos, en un sentido parecido a la beneficencia, lo que por lo general es rechazado en procesos colectivos que construyen sujetos políticos (Arnold-Cathalifaud, Thumala y Urquiza, 2006, 2008; Canals, 1995, 2002; Pazos y Devillard, 2017). Estas centralizaciones también pueden ocurrir en las prácticas de apoyo mutuo, sin embargo, se regulan estratégicamente, por construirse el apoyo mutuo como práctica antiautoritaria, lo que lo lleva a oponerse frontalmente a ideas como la caridad (Spade, 2020). Por ello, es preciso reconocer el valor de los intereses personales presentes en la acción colaborativa. Sin embargo, otros autores han puesto de relieve algunos aspectos interesantes que han sido poco explorados. Mendes (2016) en su análisis de los riesgos producidos por el capitalismo, se pregunta por las posibilidades del agenciamiento de las personas afectadas para producir soluciones distintas a las que ofrece el Estado. Este autor señala la necesidad de problematizar la cuestión del dolor y la compasión, superando la crítica dominante hacia la benevolencia o la caridad, y reformulándolo en sus posibilidades para reconstruir las comunidades locales.

En este sentido es interesante observar los procesos activados en situaciones extremas como las catástrofes naturales, que movilizan la acción desde un sentido de compasión y de responsabilidad casi indiferenciados. En última instancia, estas prácticas conectan de manera radical con la acción directa y en particular, con una acción autoorganizada de carácter colectivo. A pesar de generar redes y organizaciones colectivas más o menos esporádicas, experiencias como las catástrofes socioambientales revelan algo importante, que es su relación con la supervivencia y el altruismo y, por otra parte, la dimensión política como agenciamiento, que permanece latente hasta producirse las condiciones para su emergencia. En una línea similar para repensar el concepto de apoyo mutuo se encuentran Butler y Athanasiou (2013) que señalan la necesidad de reformular conceptos como vulnerabilidad o pérdida, como manera de reconstruir nuevos repertorios políticos desde lo cotidiano, que pongan en el centro la experiencia vivida a través de los cuerpos, tanto de desposesión como de resistencias. Este tipo de acercamientos a la realidad pueden dar claves para observar las múltiples

conexiones y distintos matices que aporta el concepto de solidaridad y el concepto de apoyo mutuo, ofreciendo nuevas perspectivas para repensar la realidad micro en que se construyen subjetivaciones políticas.

Por otro lado, a diferencia del apoyo mutuo, la solidaridad tiene un desarrollo jurídico, que la sitúa como concepto dentro del ámbito de los derechos y obligaciones establecidos por norma social y por ley. La teoría durkheimiana de la solidaridad tendrá un papel fundamental en su consideración como principio ético, jurídico y político (De Lucas, 2008; Duque, 2013). Sin embargo, dos corrientes principales pondrán su manera de interpretar la cuestión del derecho. Por un lado, la *solidaridad liberal*, que pondrá acento en los derechos individuales y civiles, donde la libertad y autonomía tienen preeminencia. Por otro lado, la solidaridad de corte *socialista o comunitarista*, que pondrá énfasis en los derechos colectivos, especialmente los denominados “derechos sociales”. Pero como ya lo indicó el mismo Marshall, quien introdujo el término de “derechos sociales”, se trata de un concepto ciertamente problemático (Añón, 2002). Se funda en el hecho de ciudadanía, es decir, que ser reconocido como parte de la sociedad entraña ciertos derechos y protecciones. Sin embargo, esto no implica la destrucción de desigualdades como, por ejemplo, las clases sociales. Los derechos sociales sólo cumplen un papel protector, de asistencialismo ante los excesos y abandonos que produce el comportamiento del mercado.

El apoyo mutuo se sitúa en la encrucijada de estas concepciones de la solidaridad. Ciertamente habita un lugar complejo. Por un lado, es contrario a la solidaridad liberal, basada en última instancia en la idea de caridad (Spade, 2020), y más específicamente contrario a la “solidaridad neoliberal”, como denominan algunos autores a ciertos tipos de dinámicas, basadas en la ayuda asimétrica que reproduce roles de dependencia y de dominación económica y política, paradigmáticos de procesos reproducidos en espacios como las ONG, la “ayuda al desarrollo”, o en su extremo, organismos transnacionales como la ONU, o la Unión Europea (Picas, 2003, 2006). El apoyo mutuo se encuentra más próximo a la solidaridad comunitarista, hasta el punto de en ocasiones se presentan como la misma realidad, al enfatizar principios como la justicia o la equidad. Ahora bien, existen algunas diferencias de matiz como, por ejemplo, su posicionamiento ante

construcciones como el Estado de Bienestar, que es defendido y reivindicado, pero también es criticado por sus lógicas verticales y asistencialistas. En definitiva, el apoyo mutuo se sitúa en un lugar complejo y dinámico, al enfatizar una compatibilidad entre horizontalidad, autonomía y derechos, que no se contempla desde un esquema basado en el asistencialismo, ya sea en su extremo de caridad o en el planteamiento de un Estado benefactor. Este será precisamente el contexto y horizonte de su praxis sociopolítica.

Capítulo 3. Marco teórico: Espacio como producción social

3.1. Lo cotidiano como producción del espacio social

Durante siglos en Occidente ha primado una construcción específica sobre el espacio, capaz de conformar una imagen coherente y una singular posición frente al mundo. Se trata de una construcción aparentemente sólida, pero frágil en sus cimientos, pues está atravesada de vacíos y desequilibrios. Dos ideas principales forman la espina dorsal de esta construcción: por un lado, la disociación del sujeto con respecto al espacio y, por otro lado, el espacio entendido como receptáculo pasivo, donde se superponen objetos e individuos. Esta construcción, clave de la Modernidad, ha permeado las concepciones filosóficas, científicas y artísticas de Occidente, y aún en la actualidad ocupa un espacio hegemónico en áreas tan importantes por sus implicaciones sociales y económicas, como las políticas públicas, el ordenamiento territorial o el urbanismo.

En 1974 Henri Lefebvre escribe *La producción del espacio social* (Lefebvre, 2013 [1974]), obra profundamente renovadora que pone de manifiesto precisamente las tensiones que acarrea esta concepción del espacio, y que, según el autor, se encuentran acumuladas y materializadas de manera paradigmática en la ciudad. Para Lefebvre, una interpretación del espacio como plano inerte no sólo elimina su componente dinámico y activo, sino que también olvida e imposibilita la comprensión del sujeto, su actividad y su conexión con el espacio. Su propuesta conceptual de “producción del espacio social” abre nuevas líneas para entender la relación entre sujeto y espacio. Y he aquí la originalidad del autor: el espacio no es algo dado, es una producción. Y no una producción de cualquier tipo, sino una producción social, es decir, no sólo influida, sino vivida, creada y recreada por sujetos activos, cuya actividad se define en sus relaciones sociales. De este modo, se despierta una doble agencialidad que parecía dormitar y que permanece en estrecha conexión, la del espacio y la del sujeto. Su contribución radica en que logra aunar dicha agencialidad, superando la histórica escisión de dos polos, en una actividad

llamada “producción”, que es entendida como construcción viva y, por lo tanto, situada, cambiante y heterogénea.

Según Lefebvre, el espacio no se puede comprender por sí mismo en un ejercicio de abstracción, sino desde la realidad de quienes habitan dicho espacio. Asimismo, el sujeto tampoco puede ser entendido en una separación primordial con respecto al espacio, ni su actividad puede ser meramente una proyección sobre una realidad pasiva. Al contrario, el sujeto es constituido, atravesado y moldeado por el espacio, y viceversa, por lo que ambas realidades mantienen una relación de mutua transformación. Así, el espacio que habitamos, lejos de ser un receptáculo vacío o una realidad plana y homogénea, es una construcción social compleja, llena de aristas, perspectivas, relieves y cambios, que lo convierten en una realidad “escapadiza”, menos “asible”, pero enraizada en la experiencia vivida (Delgado, 2018).

Lefebvre es un autor que se enmarca en el marxismo contemporáneo, de hecho, buena parte de su aparatage conceptual viene de la teoría marxista. Sin embargo, el interés de su propuesta radica en que rescata problemas cruciales del marxismo clásico y los reinterpreta a la luz de cuestiones que habían sido desatendidas o mal comprendidas. Es decir, es un autor que parte del marxismo para hacer una crítica a esta tradición, para superar escollos que ésta había arrastrado y acceder a nuevas perspectivas más acordes a la complejidad de lo social. El autor propone el concepto de “lo cotidiano” como el ángulo desde donde comprender el proceso de producción espacial. Desde la realidad vivida, es decir, desde las prácticas cotidianas, se construye (y es posible su inteligibilidad) el espacio. Existe una gran diversidad de prácticas, relaciones y experiencias sociales que *producen* el espacio y que el sistema urbanístico nunca es capaz de suprimir. Este espacio es también un producto que se consume, pero un producto muy diferente del resto de objetos producidos, pues al mismo tiempo que es producido interviene en la producción. Esta simultánea condición de producir y ser producido es posible porque el espacio no sólo es el resultado de prácticas y relaciones sociales, sino que también forma parte de éstas y las modifica.

Este posicionamiento de Lefebvre responde al rechazo que le provoca el urbanismo capitalista y en concreto la planificación espacial, pues para el autor

ambos son una continuación de las posiciones filosóficas y científicas que abstraen el espacio para cosificarlo, y más específicamente, para intervenir sobre él y convertirlo en mercancía. Esta abstracción reificadora, característica de la planificación urbana, es una de las formas en que el capitalismo modifica las relaciones de producción para perpetuarse. De manera particular, este urbanismo no reconoce la agencialidad de las clases populares en el proceso de producción espacial. Y como denuncia Lefebvre, esta abstracción no responde a un mero posicionamiento intelectual, sino a una exclusión deliberada de determinados agentes en los circuitos de decisión sobre transformaciones profundas de la vida en las ciudades.

Esta exclusión de los circuitos de decisión también se puede observar en los proyectos de transformación sociopolítica de corte revolucionario, cuando se reproduce una idea de vanguardia política que orienta la dirección de un proyecto común, como sucede con el proyecto comunista. Para Lefebvre no existe revolución ni transformación política sin un cambio en cómo se vive la vida cotidiana, de esta manera se aproxima a enfoques cercanos al anarquismo, y su pensamiento será una clave de inspiración para corrientes como los comunes urbanos. Con ello Lefebvre está haciendo una crítica radical, en el sentido de “ir a las raíces” del problema de qué significa “producción”. Para el autor, la producción (y con ello la producción del espacio) no se puede entender sin la dimensión social, y ésta no es un añadido a un conjunto de dimensiones (políticas, económicas, jurídicas), sino que es la espina dorsal de todo el proceso. Esta idea tiene implicaciones para el marxismo más ortodoxo, que señala una linealidad en el tiempo basada en leyes históricas y en condiciones objetivas. Esta asunción abstrae nuevamente los procesos sociales y por ello el sujeto político deja de ser el centro de la explicación histórica. Se quiebra en cierto modo la realidad, aparentemente compacta, del espacio, y la estabilidad o solidez (como algo dado y cerrado) de una teoría como el marxismo. El espacio es entendido en una complejidad mucho más amplia, formada por distintos niveles, ritmos y relieves, que se entrecruzan y forman parte de lo social. La realidad social es múltiple y quebradiza, pues lo vivo, lo encarnado plantea un diálogo con las condiciones materiales e históricas, pero éstas, fundamentales, no se dan de modo separado sino enraizado en lo social y en continua dialéctica (Forray, 2015).

Lefebvre encuentra en el concepto de lo cotidiano el fondo que había olvidado y silenciado la concepción clásica del espacio –materializada de modo paradigmático por el urbanismo capitalista- pero también el propio marxismo, pues ambos acaban subestimando la dimensión social, que precisamente es la que presenta mayor potencial transformador. La perspectiva de Lefebvre es profundamente crítica, pues recoge lo que entiende como herramientas para el pensamiento y acción políticas, pero rehúsa tratarlas como inamovibles reliquias; al contrario, las revisa, las usa, las critica y refina allí donde flaquean. Se trata de una perspectiva profundamente revulsiva en filosofía y ciencias sociales, pues permite afinar cuestiones ya esbozadas por el marxismo que habían quedado escasamente desarrolladas. En su propuesta Lefebvre está retomando cuestiones como el sujeto transformador, la praxis política, la ciudad como centro de acumulación capitalista y en particular, el concepto de “producción”, desde un nuevo enfoque que permita repensar la transformación política. Se trata de una contribución de gran interés, pues lejos de replicar las categorías y el conjunto del sistema teórico marxista, lo que hace es construir una teoría dotándola de una nueva mirada que permita superar los dogmatismos que predominaban en gran parte de la izquierda intelectual y política de su época. El punto crucial es que pone de relieve la agencialidad de las clases populares. Y esto plantea una quiebra con los enfoques de corte economicista y estructuralista (especialmente con autores como Althusser). No sólo evita caer en nuevas abstracciones, sino que permite reconocer la dimensión política de las prácticas sociales, poniendo en cuestionamiento la pasividad o resignación a la que se desemboca con enfoques constreñidos a la escala macro. El espacio social es multiforme, y por ello, modificable, histórico, lleno de posibilidades.

De manera significativa su propuesta busca superar la jerarquización de la praxis política, y abraza la capacidad transformadora de las clases populares, en su hacer cotidiano. En gran parte Lefebvre es un intérprete que “rescata” cuestiones que aparecían ya en el marxismo más primigenio pero que no habían encontrado un espacio, o quizá un ángulo, para su profundización. En este ejercicio de reinterpretación, Lefebvre relee *La condición de la clase obrera en Inglaterra* (Engels, 2020 [1845]), donde el autor señala con notable acierto las relaciones entre ciudad y acumulación capitalista, denunciando el proceso de expulsión de las clases trabajadoras hacia las periferias urbanas. El enfoque crítico de Engels entiende la

desigualdad socioeconómica como una construcción social e histórica que nada tiene de natural. Esta obra de Engels se puede entender como un “protourbanismo” (Merrifield, 2002), pues sitúa las ciudades como el núcleo de las desigualdades socioeconómicas y especifica cómo se vivencian dichas desigualdades, qué tipo de materializaciones cotidianas atraviesa la vida de los barrios obreros y qué relaciones se establecen entre zonas con distinto nivel socioeconómico. Lo que interesa de este marxismo primigenio es la mirada centrada en las condiciones de vida de las clases trabajadoras, y no tanto en las estructuras que subyacen a los procesos sociales donde esta vida se enmarca. Es esta mirada, ya esbozada en esta obra, la que será retomada y profundizada por Lefebvre con el concepto de lo cotidiano. La vida cotidiana, en apariencia más modesta y menos refinada, un tanto tosca, alberga una densidad y complejidad claves para comprender la transformación de las ciudades.

Para Lefebvre, la producción de lo cotidiano implica una capacidad de reorganización de las prácticas sociales, y por ello, éste es el campo de transformación sociopolítica. En última instancia el autor está poniendo en valor la autogestión, como práctica social que plantea alternativas por medio de la actividad colectiva. Su idea de “apropiación del espacio” (habitar), de hecho, tiene que ver con una actividad colectiva emancipadora, que puede manifestarse de diversos modos. Estas prácticas permiten ver otro tipo de racionalidad –distinta a la racionalidad de dominación- que sin escapar a sus constricciones y condicionamientos sociohistóricos, lucha por recuperar el espacio significando otros sentidos, otro valor de uso. Su perspectiva entiende la transformación social a través de la vida cotidiana, por lo que va más allá de lo económico y lo político, transformando también la cultura y las mentalidades. Es decir, como sintetiza Forray (2019: 130), es preciso ahondar en un enfoque holístico:

Esa relación dialéctica entre la vida cotidiana, los modos de producción y la producción del espacio, por una parte, y por otra, que el urbanismo es expresión de los modos en que la sociedad concibe, proyecta y pone en obra las transformaciones de la ciudad en estrecha relación con los modos en que produce (la economía), significa (la cultura) y se organiza (la política).

En una línea muy similar en 1979, Michel de Certeau publica *La invención de lo cotidiano* (Certeau y Giard, 2000 [1979]) donde propone el análisis de la cotidianidad como espacio donde se articulan nuevos significados sociales. Al igual

que Lefebvre, este autor también se opone a las posiciones filosóficas y científicas centradas en una abstracción del espacio. Ambos autores resultan especialmente interesantes para este estudio porque su pensamiento está fuertemente inspirado por el contexto del mayo del 68 en Francia, lo que les lleva a señalar con especial agudeza una crítica a la jerarquización de la vida política y de la construcción de la ciudad. Asimismo, el clima de militancia y experimentación sociopolítica, les lleva a valorar la autoorganización colectiva de carácter horizontal, visibilizando especialmente las capacidades de los sectores populares. En último término la obra de estos autores es un esfuerzo valioso que conecta con los intereses y experiencias cercanas de las clases populares, reconociendo su agencialidad política (Lefebvre, 2017 [1968]). Los desarrollos teóricos de Lefebvre, por ejemplo, tendrán influencia casi inmediata en el contexto de España, si bien en los últimos años es cuando se ha profundizado en su propuesta. Pero ya en los años 70 su obra suscitará una renovada atención por los estudios urbanos, atendiendo nuevos repertorios sociopolíticos en torno a la experiencia de la ciudad, con estudios innovadores en España en torno a la fiesta y la ciudad (García, Tuñón y Gaviria, 1979).

Por su parte, Certeau permite profundizar en la necesidad de superar el elitismo reproducido históricamente por las ciencias. Este autor denuncia que el acto visual que está en la base de una amplísima tradición teórica sobre el conocimiento omite la heterogeneidad y la fragmentación de lo vivido, convirtiéndose finalmente en una especie de “simulacro teórico”. Esta racionalidad homogeneizante se concreta para el caso de la ciudad en una concepción geométrica y funcionalista, convertida en el enfoque predominante de los procesos de transformación urbana. Según Certeau, paradójicamente, las ciencias sociales, dedicadas al estudio de las representaciones y comportamientos sociales, han excluido el uso social que despliegan las personas en su vida cotidiana. Para el autor, estos usos o maneras de hacer dan sentido a lo urbano; y aunque operan dentro de unas estructuras identificables, logran modificar el espacio, de manera que son también agentes de transformación. Frente a la visualidad que marca necesariamente un distanciamiento, un vaciamiento de lo concreto y un sujeto impersonal, Certeau propone la idea de lectura-escritura como actos de significación. Esta doble acción se da en la vida cotidiana, por lo que la ciudad lejos

de ser un producto acabado en una mente ajena, se convierte en un texto que se lee y se escribe continuamente.

Para un trabajo etnográfico como el que se presenta en este estudio resulta muy valiosa la idea de lectura y escritura de textos que propone Certeau. Por un lado, rescata la agencia de sujetos encarnados en lo local; por otro lado, también fortalece una dimensión bastante abandonada en el campo de la filosofía y las ciencias sociales, que es la relación con el arte en la vida cotidiana. Al igual que Lefebvre, Certeau se ve influido por el contexto del mayo del 68, que había llevado a la izquierda francesa a un replanteamiento de los postulados marxistas, y en particular, a una renovada atención por el potencial político de las clases populares. En el caso de Certeau además se inspirará en corrientes como el situacionismo, que le llevará a incorporar en su enfoque cuestiones como la “poética del existir”. La creación del relato en Certeau no se da a partir del vacío sino precisamente a partir del objeto producido y del concepto definido que se desplaza, se resignifica situadamente, y se vuelve a escribir y a comunicar a través de actos de habla o prácticas sociales en el entorno urbano. Se trata por tanto de una apropiación y de una *poiésis* continua que se da en la cotidianidad. Pero Certeau, influido por Nietzsche y por los situacionistas, apela además a una dimensión jovial y creativa en un sentido artístico, que libera las potencialidades del ser humano y que permite crear nuevos significados a través de la destrucción o reformulación de marcos imperantes.

Aunque Certeau propone una actividad casi artística de lectura, escritura y habla, lo cierto es que evita caer en un distanciamiento o elitización de las prácticas sociales reales. De hecho, cuando habla de otra espacialidad, la entiende como “experiencia antropológica o poética del espacio”, lo que quiere decir creatividad a través de la actividad cotidiana. Este enfoque es interesante para la antropología porque ésta ya cuenta con instrumentos metodológicos específicos para dar cuenta de la complejidad de lo cotidiano. Su contribución radica en ayudar a encontrar nuevas interpretaciones de ese todo complejo que es lo cotidiano. Resulta especialmente interesante esta perspectiva cuando señala tres funcionamientos en el proceso de simbolización entre las prácticas espaciales y las prácticas significantes. Por un lado, lo “creíble” que es lo que autoriza las apropiaciones espaciales; por otro lado, lo “memorable” que recupera la memoria colectiva que ha

sido velada en gran parte a modo de jeroglífico; y, por último, lo “primitivo” que remite a un origen infantil que permite “ser otro y pasar al otro”. Esta diferenciación será de gran interés para el presente estudio donde, como se verá, el discurso sobre usos y significados del espacio se encuentra fuertemente regulado por normas, tanto “externas” como más interiorizadas. Esta diferenciación permite comprender de qué manera se construye el espacio social, pasando desde lo personal y subjetivo hasta las prácticas colectivas con una clara impronta sobre el espacio público. Igualmente, interesante es la memoria del lugar, que puede o no recuperarse a través de las marcas o huellas que han dejado sus habitantes y que es un ejercicio de apropiación del espacio dentro de un proceso histórico amplio y lleno de contradicciones. Por último, el origen infantil que potencia las capacidades para ser otro o construir otros mundos conecta con el reconocimiento de las capacidades colectivas que el modelo sociopolítico del capitalismo diluye y reprime de diversos modos.

Siguiendo esta línea que recupera la dimensión poética de lo cotidiano se encuentra un autor, poco difundido en ciencias sociales, pero cuya mirada sobre la representación de las imágenes revela las amplias posibilidades de un enfoque crítico que permita construir una historia desde abajo. Se trata de Didi-Huberman (2014), historiador del arte, influido por autores como Aby Warburg, Georges Bataille, Walter Benjamin o Michel Foucault. Su teoría de la imagen repasa la historia del arte en sus múltiples manifestaciones, para reflexionar sobre cómo diversos lenguajes se han acercado a algún aspecto humano y cómo han construido ciertos sujetos a lo largo de la historia. Su libro *Pueblos expuestos, pueblos figurantes* es especialmente inspirador para este estudio, pues con él logré definir aún más la postura epistemológica y metodológica que intento traslucir en este trabajo etnográfico. En su libro Didi-Huberman reflexiona sobre lo que denomina “exposición” de los “pueblos”, a saber, un tipo de representación de aquellas sociedades hiper-señaladas por su situación marginal, ya sea geográfica, política, cultural o económica. En última instancia está hablando de la representación de las gentes corrientes, y en particular, de aquellos sectores oprimidos y marginalizados, estén o no vinculados a un territorio concreto.

Didi-Huberman señala que actualmente los pueblos son representados por una doble dinámica de infra-representación y sobre-representación, donde se

reproduce una óptica que subestima, denigra o tergiversa su valía, su fuerza y su existencia. Comienza así su libro y su primer capítulo, bellamente titulado *Parcelas de humanidades*:

Los pueblos están *expuestos*. Nos gustaría mucho que, apoyados en la “era de los medios”, esta proposición quisiera decir: los pueblos son hoy más visibles unos para otros de lo que nunca lo fueron. ¿No son ellos el objeto de todos los documentales, todos los turismos, todos los mercados comerciales, todas las telerrealidades posibles e imaginables? También nos gustaría poder significar con esta frase que los pueblos están hoy, gracias a la “victoria de las democracias”, mejor “representados” que antes. Y sin embargo, sólo se trata de exactamente lo contrario, ni más ni menos: los pueblos están hoy *expuestos* por el hecho de estar amenazados, justamente, en su representación –política, estética- e incluso, como sucede con demasiada frecuencia, en su existencia misma. Los pueblos están siempre *expuestos a desaparecer*. ¿Qué hacer, qué pensar en ese estado de perpetua amenaza? ¿Cómo hacer para que los pueblos se expongan a sí mismos y a no a su desaparición? ¿Para que aparezcan y cobren figura? (Didi-Huberman, 2014: 11).

En esta encrucijada se desenvuelve mi estudio. ¿Cómo hablar de amenazas que se ciernen sobre miles de personas, sin aniquilar la potencia desbordante de sus vidas, sus esfuerzos, sus promesas y sus compromisos? Este autor ofrece una perspectiva para comprender lo cotidiano como ángulo desde donde ver la realidad social. Poder representar y hablar de una persona, de un hombre o de una mujer, requiere del ejercicio radical de “reconocimiento del otro, lo cual supone reconocerlo a la vez como semejante y como hablante” (Didi-Huberman, 2014: 13). Se trata entonces de rescatar la dignidad arrebatada y con ello las parcelas de humanidad que no sólo se muestran, sino que también narran su propia historia. Según este autor, una manera de aproximarnos a la representación de los pueblos sería recoger dentro de la maraña de lo cotidiano el *gesto*, el significante mínimo y radicalmente denso de humanidad.

En efecto, este autor pone especial énfasis en el cuerpo y explora cuestiones señaladas por Foucault como la disciplina o la crítica institucional. Así, por ejemplo, recoge el estudio de Philippe Bazin, fotógrafo y médico que retrató a personas ancianas en un centro de “larga estadía”, enfrentadas a la experiencia de la espera de la muerte. El autor dice respecto a este estudio: “el lector de este modesto trabajo académico descubre entonces que la puesta en aspecto de esa humanidad no podría ser unilateralmente fáctica, clínica o diagnóstica. Será, de entrada, fenomenológica:

descripción de cuerpos, pero también de gestos y sensaciones de los que el observador nunca sale indemne” (Didi-Huberman, 2014: 33). Para que esta descripción sea posible es necesaria una experiencia de intersubjetividad, de reconocimiento del otro, y con ello de sí mismo. Pero esta intersubjetividad se puede dar de distintas maneras. La que destaca Didi-Huberman es precisamente una experiencia muy afín a la que propone la etnografía. A saber, el juego interpretativo que posibilita la frialdad y “lucidez” del encuadre con la proximidad del cuerpo, del rostro, del *pathos*. Se trataría, por tanto, de un ejercicio casi arqueológico sobre la piel de un cuerpo viviente, que narra e interpela, que se muestra ante nosotros.

En una línea de gran interés para comprender lo cotidiano se encuentra Simone (2004). En su obra titulada *People as Infrastructure: Intersecting Fragments in Johannesburg*, AbdouMaliq Simone nos muestra una cara poco difundida de zonas urbanas entendidas como caóticas, ruinosas y peligrosas. Sin negar las situaciones de vulnerabilidad, peligro y pobreza que se viven en una zona de Johannesburgo, el autor nos muestra también su gran potencial como espacio de intercambio socioeconómico. Su trabajo revela la multiplicidad de formas de colaboración económica entre residentes aparentemente marginalizados, a través de redes clientelares o de apoyo mutuo, donde se ponen en común intereses, recursos y tareas. De esta manera reconoce, por ejemplo, que “es importante enfatizar que estas conjunciones se convierten en una plataforma coherente para las transacciones sociales y como medios de subsistencia” (Simone, 2004: 410). Es decir, estos conjuntos complejos de intereses son capaces de cohesionar a personas de diversas trayectorias porque de cierta manera responden a sus necesidades. Estas colaboraciones no se limitan a identidades o grupos específicos, sino que atraviesan fronteras a través de acciones concretas. Y aunque estas prácticas no están exentas de conflicto y pueden ser efímeras, consiguen diversificar las posiciones desde las que actúa cada actor y conectarlas mediante relaciones de interdependencia. Este tipo de visiones, sin duda, serán fundamentales a lo largo de toda esta etnografía, pues permiten pensar el apoyo mutuo y la convivencia vecinal como prácticas de subjetivación política capaces de transformar la vida en la ciudad contemporánea.

3.2. Neoliberalismo como complejo entramado entre lo local y lo global

El capitalismo global y las políticas neoliberales están transformando las bases para el sostenimiento de la vida, pues recursos básicos y espacios fundamentales para la reproducción de la vida están siendo mercantilizados bajo las lógicas de la acumulación del capital. En este contexto, las economías comunitarias siguen profundamente amenazadas en distintos lugares del mundo y desde múltiples frentes: la privatización de servicios públicos, la gentrificación, el turismo de consumo, el monocultivo extensivo, la industria extractivista, la industria agroalimentaria... Todo ello son procesos de cercamiento, que en la actualidad se producen desde un entramado de actores transnacionales, que intensifica la concentración de riqueza en élites financieras. Casos paradigmáticos de este proceso se dan tanto en ciudades como en áreas rurales de todo el mundo. Y aunque en su concreción presenten particularidades, en última instancia se trata del mismo fenómeno: un continuo proceso de cercamientos por parte del capital (De Angelis, 2001; Tilley et al., 2017).

Harvey (2004a) señala que el neoliberalismo actúa mediante lo que denomina “acumulación por desposesión”, por el que se mercantilizan y privatizan bienes y recursos comunes o colectivos, como los servicios públicos. Esta acumulación por desposesión forma parte del mismo proceso que Marx denominó “acumulación primitiva”, es decir, la privatización de los medios de producción como mecanismo básico del capitalismo para concentrar la riqueza. Hart (2016), profundizando en la economía política y desde su propuesta de etnografías críticas, sostiene que para comprender el comportamiento del neoliberalismo hay que observar las conexiones y desconexiones entre lo local y lo global. Así se comprende los entramados en los que está inserta la lógica de acumulación por desposesión, es decir, las maneras específicas e históricas en que se experimenta la desposesión:

La acumulación por desposesión puede ser un primer paso útil para poner de relieve las depredaciones forjadas por las formas neoliberales del capital, pero debe acompañarse de entendimientos concretos de las historias, las memorias y los significados específicos del despojo. Para ser percibido como un proceso continuo, el despojo también necesita ser retratado en sus especificidades históricas y geográficas, y es desde esas especificidades y conexiones que se puede producir un trabajo político y analítico (Hart, 2016: 156).

Así experiencias en distintos lugares del mundo se pueden comprender desde sus trayectorias del despojo, como procesos históricos de cercamientos continuos que conectan y desconectan distintas geografías. Un caso paradigmático para el mundo iberoamericano se está experimentando en la actualidad en territorios rurales, indígenas y campesinos en Latinoamérica, que están siendo amenazados por la implantación de megaproyectos (mineros, petroleros, hidroeléctricos, agroindustriales), como parte del proceso de acumulación y de las relaciones neocoloniales que reproduce el capitalismo. De hecho, es significativo que estos proyectos sean financiados por empresas transnacionales, con una fuerte presencia de empresas españolas del IBEX 35, como el banco Santander o el BBVA, Iberdrola, Acciona, Gas Natural Fenosa, entre otros. (García-Torres, 2018). De este modo, los cercamientos y la acumulación por despojo se entienden como un proceso de largo recorrido que vuelve a actualizarse afianzando, recombinando, conectando relaciones históricas entre distintos territorios.

Harvey (1998, 2004b) pone de relieve lo que llama “acumulación flexible”, proceso por el que se consolida el capitalismo financiero, basado en la desregulación del mercado laboral y en la flexibilidad y fluidez de capitales a nivel internacional. Este proceso supone un momento crítico para el Estado, que pasa a actuar en buena medida bajo estos criterios de flexibilización, y más específicamente, para el Estado de bienestar, que pasa a ser privatizado por ser un campo idóneo para la acumulación. Esta flexibilización también ha sido vista por Ong (2006), si bien desde otra perspectiva. El comportamiento del neoliberalismo, según esta autora, no se puede entender como un fenómeno exclusivamente económico ni como una esfera autónoma. Se trata de un proceso de transformación de la vida, de las relaciones humanas e incluso de los valores humanos. Con su concepto de “neoliberalismo como excepción” señala las nuevas relaciones de gobierno que despliega el neoliberalismo, basadas en el cálculo y la optimización. Se trata de una racionalidad que impregna construcciones como las de soberanía o ciudadanía, por la que construcciones pretendidamente universalistas reproducen exclusiones en función de las lógicas del mercado. El neoliberalismo ha supuesto una flexibilización de los derechos de ciudadanía, lo que lleva a cuestionamientos de índole radical, ya que en última instancia se reformulan y se ponen en entredicho valores éticos sobre lo que es humano.

Por otro lado, Gibson-Graham (2006) advierten de la necesidad de imaginar el mundo más allá del capitalismo. Proponen para ello lo que denominan “políticas de la posibilidad” que consiste en un reposicionamiento político que permite y reconoce la emergencia de diversos procesos políticos. En estas políticas de la posibilidad distingue varios aspectos fundamentales: la importancia de los sujetos y de sus prácticas éticas, el espacio local como el lugar de las transformaciones en su conexión global-local, la espacialidad desigual y las negociaciones de poder, que siempre pueden ser transformadas y, por último, la temporalidad cotidiana de las luchas por la transformación de los espacios y de los sujetos.

Enfoques de este tipo son de gran utilidad para profundizar en una de las cuestiones fundamentales que conectan con la idea de apoyo mutuo: la fragmentación social. Se trata de un proceso histórico amplio que afecta al conjunto de la sociedad pero que sólo se puede entender en la especificidad de las prácticas cotidianas. El capitalismo como proceso sociohistórico impulsa un tipo de orden social que debilita los vínculos comunitarios, reforzando las divisiones y separaciones entre sujetos, entendidos como autónomos y construyéndose bajo dinámicas individualistas. El debilitamiento de lo público impulsado por el neoliberalismo no se reduce a las instituciones públicas y construcciones como el Estado de Bienestar, ni a las relaciones económicas y laborales, sino que va mucho más allá, afectando a las identidades y a los vínculos sociales más íntimos. Es decir, existe un proceso que dificulta la construcción de comunes porque precisamente reproduce a todas las escalas una continua división. Esto ya lo puso de relieve Marx señalando la "fragmentación infinita de intereses y posición jerárquica en la que la división del trabajo social divide a los trabajadores, así como a los capitalistas y terratenientes Este último, por ejemplo, en propietarios de viñedos, propietarios de granjas, propietarios de bosques, propietarios de minas y propietarios de pesquerías" (Tucker, 1978: 442). Esto será lo que precisamente identifica Durkheim (2001 [1893]) como la clave para entender la “solidaridad” en el capitalismo avanzado, donde los vínculos de la tradición y de la comunidad ya no son vigentes, sino que es la propia dinámica del capitalismo, a través de la división del trabajo, la que moldea los vínculos sociales entre individuos. Estos vínculos son anónimos, es decir, son relaciones funcionales de mutua dependencia, que son cambiantes y no están enraizadas en una tradición.

Es preciso considerar este problema de la fragmentación social en el contexto neoliberal, pues permite comprender las construcciones identitarias contemporáneas, que han pasado a ser “líquidas” (Bauman, 2015), y por ello se adaptan continuamente a los cambios que generan las dinámicas del capitalismo global. Por ejemplo, las migraciones internas del campo a la ciudad y las migraciones internacionales como fenómeno contemporáneo han producido algo así como el “solapamiento” de escalas en la proliferación de diversidades. Es decir, lo cultural no existe separado, sino multiplicado por la heterogeneidad de trayectorias vitales y de encuentros de choque, de sinergia, de distanciamiento, etc. Es en este tejido social altamente diversificado, donde se reproducen fragmentaciones, que no dejan de ser nuevos modos de “unificaciones”, es decir, de reorganizaciones múltiples y continuas que dividen y unen al mismo tiempo. Así es posible entender el auge de narrativas xenófobas, por ejemplo, pero también, las diversas construcciones de pertenencia que se generan en la vida social.

Del mismo modo, procesos como la exclusión social lejos de generar pasividad o en su polo contrario, construcciones narrativas sólidas (como lo hace el movimiento obrero del siglo XX), lo que genera es una mayor multiplicidad de espacios discursivos. Caldeira (2012), en esta línea, pone de manifiesto la construcción de identidades “periféricas” entre jóvenes de Sao Paulo, como respuesta a un contexto donde la identidad de “trabajador” ya no tiene vigencia para estas personas, pues el trabajo es menos accesible y es más precario para las nuevas generaciones que para las anteriores, que sí construyeron subjetividades políticas en torno a ello. Además, estas identidades no sólo son movimientos reactivos a situaciones de carencia, no se construyen en la negatividad, sino en una reformulación o “reorganización de lo cotidiano” (Lefebvre, 2013 [1974]), que les permite crear culturas alternativas que celebran estas identidades periféricas, en un movimiento continuo y múltiple de conexión y desconexión con otras espacialidades sociopolíticas. Este tipo de subjetividades móviles y fragmentarias posibilitan en último término la construcción del derecho a la ciudad (Lefebvre, 2017 [1968]).

Así pues, el neoliberalismo se entiende como un proceso global y local complejo, que supone profundas transformaciones en la vida por la lógica de la acumulación por desposesión. Sin embargo, en la escala local, y específicamente en

la realidad micro de los sujetos es donde se puede trazar resistencias que articulen transformaciones sociopolíticas radicales. Vemos, por tanto, un esfuerzo interpretativo que evita encasillar la realidad dentro de abstracciones y que, más bien al contrario, aprecia el potencial de las especificidades contextuales para comprender tanto la articulación de las desigualdades como las posibilidades para las resistencias. A continuación, seguiré este recorrido que indica un movimiento progresivo hacia lo más concreto y específico. Primero veremos las concreciones del neoliberalismo en la política y la economía, que parecen ámbitos abstractos –y en buena medida se han construido así- pero no lo son, lejos de ser abstractos, son procesos desplegados en la materialidad de las relaciones sociales. En segundo lugar, y como un paso hacia una mayor “concreción” presentaré las construcciones neoliberales del espacio. Y, por último, los cuerpos expresan el momento de mayor concreción, donde igualmente se revelan los procesos de control, dominación y desposesión, como las posibilidades para resistir y recomponer la vida y las subjetividades.

3.2.1. Construcción neoliberal de la política y de la economía

Deterioro del mercado laboral

Buena parte de los análisis políticos contemporáneos señalan la instauración del modelo de producción postfordista como el giro definitivo por el que se transforman los vínculos de clase. Hardt y Negri (2002, 2004) señalan que el movimiento obrero deja de tener la base que la había conformado, y lo que era la fábrica es ahora la ciudad y en concreto la calle. La multitud es la forma cohesionada y a la vez difusa que vincula a los nuevos sujetos, ya inmersos en nuevas formas de producción marcadamente sociales. Mientras los movimientos políticos clásicos giraban en torno a la producción, se organizaban a través de sindicatos en la fábrica, y su contexto era el keynesianismo y la socialdemocracia, los movimientos contemporáneos ya no operan bajo el paradigma de la izquierda tradicional, sino que se construyen en torno al consumo, y son respuestas al neoliberalismo y a su lógica de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004b: 4).

Aunque la fábrica haya dejado de tener el papel fundamental que tuvo para la formación de la clase obrera no significa que las relaciones laborales hayan dejado de reproducir explotación y despojo. Al contrario, el contexto de neoliberalismo ha

supuesto un proceso de mercantilización y privatización de diversas esferas de la vida, donde el trabajo no ha dejado de ser uno de los núcleos extractivos paradigmáticos del capitalismo, sino una de las claves de la creciente mercantilización bajo la idea de flexibilidad. Varios autores hablan de “precarización” como un proceso amplio que afecta a todas las esferas de la vida y que es paradigmático del neoliberalismo. En la raíz de este proceso están las transformaciones profundas en el modo de producción del capitalismo neoliberal, que se fundamenta en la externalización global del trabajo, en la destrucción del empleo y en la financiarización de la economía. Sennett (2000) sostiene que la flexibilización y precarización del trabajo en el nuevo capitalismo ha conllevado una transformación de lo que él denomina “carácter”, a saber, el sostén estable que ofrecía el trabajo para las trayectorias vitales, basada en ciertas expectativas de proyección personal y social. No sólo se trata de la inestabilidad laboral y el final del trabajo a largo plazo, sino de una transformación en los vínculos sociales que nos anclan al mundo, pues se ven afectadas tanto la confianza y el compromiso en acciones que requieren planificación a largo plazo, pasando a construirse las nuevas subjetividades en torno a la incertidumbre y la inestabilidad.

Butler y Athanasiou (2013) profundizan en el concepto de “vidas precarias”, como la cronificación y extensión de la precariedad a todas las esferas de la vida, especialmente aquellas que tienen que ver con la construcción de subjetividad. Se trata de un proceso paradigmático del neoliberalismo que ha creado nuevos dispositivos de control y desposesión sobre los cuerpos, donde se concentra la incertidumbre y la precariedad en forma de fragilidad (ansiedad, inestabilidad, futuro incierto), pero también de múltiples exclusiones (cuerpos señalados, cuerpos fuera de lugar). Gil y Rendueles (2019) señalan que, para que el concepto de “precariado” sea útil, es preciso considerar las desigualdades estructurales que marcan diferencias entre los propios trabajadores precarios. Por su parte, Graeber (2018) habla de “trabajos de mierda” para referirse a la transformación tanto de la idea de trabajo como a los vínculos sociales que se articulan en torno a ello. El autor se centra en los trabajos llamados “altamente cualificados”, que requieren cierto nivel de profesionalización para su acceso, pero que en la práctica son extremadamente rutinarios, hasta el punto de que quienes lo ejercen no reconocen su utilidad. El autor señala la persistencia de una construcción paradigmática de nuestro tiempo,

que es la búsqueda de la autorrealización por el trabajo, no como búsqueda de ascenso social y proyección familiar o personal, típica de las aspiraciones obreras, sino en la forma contemporánea de relacionar el trabajo con la felicidad y la plenitud personal.

Este enfoque tiene importancia, porque por un lado muestra problemáticas de radical importancia señaladas por el marxismo y el anarquismo, concretadas en el malestar hacia el trabajo como actividad alienante, pero también en la especie de “satisfacción” por la actividad entendida como creadora. Por otro lado, muestra una problemática de clase, pues señala que en gran parte este tipo de construcciones son una justificación de la precariedad (“mi trabajo me hace feliz”, “por amor al arte”) basada en una imposibilidad cada vez más patente de ascenso social, algo que no ocurría anteriormente, pues la movilidad social y los planes familiares y personales a largo plazo aún eran facilitados a través del trabajo asalariado. Sin embargo, el empleo sigue dinamizando maneras de relacionarnos en el mundo. El autor ve las raíces protestantes de la construcción y reconstrucción del trabajo. Se reconstruye como una nueva religión, basada en la fe (y no en la razón) de que “el trabajo nos salvará”. Pero se trata de aspiraciones y expectativas cada vez más debilitadas por el peso de la realidad cotidiana basada en la inestabilidad y la precariedad laboral. Ya no existe por tanto el trabajo como base para la proyección vital, sino una incertidumbre crónica sobre el presente y el futuro. Sin embargo, se reconstruye la fe en el trabajo como fe individualista, a través de la figura del emprendedor. Ya no son los sindicatos ni el movimiento obrero quienes pueden disputar las condiciones para el bienestar, sino que es el individuo a través de su esfuerzo el núcleo donde se vuelcan las aspiraciones y proyecciones de ascenso social.

De este modo, se da de manera paradójica un desplazamiento y un reacomodamiento en las condiciones actuales del capitalismo. En todo caso, tanto la idea de “creación” como de “alienación” persisten en tanto malestar, y es allí donde se puede observar las posibilidades de acción. Como vemos en distintas zonas del mundo, esta idea de la fe en el trabajo tendrá consecuencias políticas profundas, pues los gobiernos neoliberales se legitiman y se perpetúan paradójicamente a través de la promesa de generación de empleo. Esta promesa, de hecho, se da en estas mismas coordenadas del deterioro del mercado de trabajo y de inestabilidad

laboral. Y la manera en que se resuelve esta contradicción es precisamente profundizar en la idea del emprendedor, la de un sujeto que se construye a sí mismo como una marca (*self-entrepreneur*), cuya base es una concepción tecnificada de la economía, como realidad separada y autónoma, y como un problema de gestión.

Ciudadanía y soberanía

Como vemos, la flexibilización de la economía característica del neoliberalismo no se da como un proceso aislado, sino que se reproduce en todas las esferas de la vida. Ong (2006) señala que la ciudadanía y la soberanía experimentan profundas transformaciones en la era del capitalismo global. Estas construcciones heredadas del liberalismo están institucionalizadas de manera lejana y abstracta, no residen en el pueblo como sostiene su legitimación pública, sino que están codificadas en un lenguaje jurídico, constreñido a ámbitos especializados. Ciudadanía y soberanía han sido construidas como universales, pero en la práctica son contingentes y funcionales a determinados intereses. En particular, la autora destaca que ambas construcciones son funcionales a las lógicas y demandas del mercado. Por una parte, se reproduce un tipo de ciudadanía cosmopolita con gran movilidad por el mundo, que no encuentra fronteras y que además se beneficia de los sistemas legales y nichos de mercado internacionales, en sintonía con la movilidad del capital global. Pero, por otro lado, hay otra ciudadanía expuesta a la maximización de beneficios del capital, por lo que es entendida desde la instrumentalización, la explotación y la exclusión, según las variaciones contingentes del capital. De esta manera, tanto la movilidad de los sujetos como los derechos reconocidos en los países de destino son funcionales al mercado, entendiéndose poblaciones enteras como necesarias o como excedentes según las fluctuaciones de la economía neoliberal.

Los derechos para esta autora son procesos construidos, que se pugnan, se disputan. No son realidades garantizadas, sino construcciones volátiles, siempre en riesgo. Para Ong, la flexibilización en los modos de entender la soberanía y la ciudadanía supone dilemas éticos de gran calado, pues lo que se está jugando es una definición del ser humano, en tanto ser inalienable o susceptible de ser tratado como una mercancía. Así entonces, la defensa de derechos conecta con cuestiones básicas sobre lo humano, por lo que es un espacio político de radical importancia.

Gestión neoliberal de las desigualdades

Como se ha señalado anteriormente, el neoliberalismo enfatiza la idea del individuo para legitimar y dinamizar todo un sistema de relaciones sociales, productivas y reproductivas. Los desequilibrios radicales en que se sostiene este sistema son externalizados como “desajustes”. Y aquí radica la racionalidad instrumental del neoliberalismo que pasa a entender como gestionable determinados fenómenos categorizados como problemáticos. La gestión neoliberal de las desigualdades traduce las consecuencias negativas del proceso de acumulación en nuevos nichos de mercado. Así, Loïc Wacquant (2010) señala que el Estado neoliberal activa tres estrategias para abordar la pobreza y la marginalidad. La primera es el mantenimiento de políticas de corte asistencialista que permitan paliar situaciones como el desempleo o el subempleo y a la vez vuelvan más borrosas las diferencias de clase, invisibilizando sus aspectos más dramáticos. La segunda, medicalizar a los pobres y a las poblaciones más vulnerables, como manera de atajar e invisibilizar los desequilibrios que produce el capitalismo en la salud. Por último, la penalización y securitización sobre conductas de los sectores empobrecidos, construyendo nuevos códigos normativos sobre la cotidianidad.

El castigo a los pobres se da como proceso multidimensional pues moldea diversos espacios, como las instituciones y las relaciones de proximidad o la constitución y performatividad de los cuerpos. La lógica de fondo es un proceso de invisibilización de los pobres, por ser la manifestación más clara del fracaso de las promesas del capitalismo, pero también por albergar el potencial político de confrontación, que emerge de sus propias condiciones de vida. De este modo, el apartarlos neutraliza y oculta las desigualdades, volviéndolas un problema estético y gestionable. Casos paradigmáticos de ello son la práctica de las políticas públicas, como los servicios sociales, en la vía europea. En el caso de España y concretamente de Madrid podemos pensar en el modelo de gestión del hambre o la inseguridad alimentaria, que ha sido que ha sido históricamente moldeada desde el paradigma de la caridad, reproduciendo esquemas de beneficencia y de asistencialismo al pobre, por medio de la externalización de la gestión del hambre hacia entidades no gubernamentales (ONG) o entidades religiosas, especialmente parroquias o fundaciones católicas.

Igualmente, la gestión neoliberal de las desigualdades se expresa de manera paradigmática en el sistema penitenciario desarrollado en Estados Unidos. En *Cárceles de la Miseria* (Wacquant, 2000), pone de relieve las lógicas del neoliberalismo, que se extienden a diversas ciudades del mundo, basado en mecanismos policiales, carcelarios y securitarios, por las que se generan procesos de criminalización hacia personas pobres y racializadas, y de manera específica sobre territorios como guetos o barrios multiculturales (Ávila y García, 2013; García, 2012). Las “políticas de tolerancia cero” legitiman el uso de la violencia en estos espacios, como las detenciones arbitrarias o las actuaciones desproporcionadas de la policía. En último término estas lógicas descansan en discursos sobre la naturaleza delictiva de individuos que son estigmatizados, desligándose de cualquier análisis de las relaciones sociales, políticas y económicas de la desigualdad.

La burocratización y tecnificación de la gestión neoliberal es el lenguaje disciplinario en que se construye el gobierno de las diferencias (García y Ávila, 2015; Foucault, 2002b [1975]). No se trata de un aspecto disociable del resto sino de una lógica de control y de jerarquización del orden social. Sin embargo, la teoría de la marginalidad de Wacquant será criticada por autoras como Caldeira (2009) por acabar reificando e inmovilizando procesos altamente dinámicos y creativos. Según esta autora la exclusión no es un estado de cosas que se imponen, sino una relación, un proceso, donde se dan cambiantes transiciones.

Precisamente estas perspectivas que ponen el acento en las conexiones permiten ver los modos en que las instituciones se relacionan con otros espacios, siendo posible el análisis de estos procesos de encuentro y de choque. Procesos como la “participación ciudadana” o la intervención social son susceptibles de acomodarse a las lógicas burocráticas y disciplinarias, de diversos modos y buscando distintos objetivos (Ayala y Ávila, 2018; Ávila, 2019; Sánchez-Carretero, et al., 2019a). De hecho, un modo en que puede entenderse la intervención social es como una serie de acciones destinadas a paliar déficits o cuotas de pobreza o de participación, en una lógica de gestión basada en la contención y en el asistencialismo. De este modo, la gestión de lo social no incide en las raíces de la

desigualdad o de la exclusión, sino que trabaja sobre situaciones urgentes y extremas que son las más visibles y potencialmente conflictivas.

Por ejemplo, Sánchez-Carretero, et al. (2019a; 2019b) revelan a través de varias etnografías los efectos cosméticos de la participación y sus serios límites como espacios de deliberación y agenciamiento político. Estos autores ponen de relieve el carácter recentralizador del poder, que se puede reproducir en las experiencias institucionales de la participación, al construirse como espacios altamente tecnificados y controlados. Roura-Expósito (2019), por ejemplo, llama la atención sobre el “lenguaje farmacológico” (usando términos como radiografías, diagnosticar, detectar, etc.) que se reproduce en espacios institucionales, especialmente en el ámbito de la intervención, que enfatiza la objetividad y los criterios técnicos y científicos. Pero lo interesante es que este autor llama la atención sobre un fenómeno micro que se genera en los procesos de participación en espacios formales. Aquí los activismos hacen uso de un lenguaje técnico, como manera de legitimar sus discursos frente a las instituciones y como manera de negociar un espacio político entre distintos actores. Este encuentro de lenguajes da lugar a metáforas ambivalentes, pues al mismo tiempo que conectan con las instituciones formales también llevan consigo repertorios sociopolíticos de gran heterogeneidad. Por todo ello, la participación como la acción social son espacios de disputa y de resignificación constante, y no algo dado ni esencialmente positivo.

3.2.2. Construcción neoliberal del espacio

El espacio como vemos no se constituye por la realidad física meramente, sino ante todo por las relaciones sociales que lo producen. La construcción neoliberal de gobernanza se materializa y se profundiza en las relaciones cotidianas que conforman el espacio. Las ciudades son el centro privilegiado de acumulación por desposesión, por lo que la realidad vivida en barrios o distritos, son también expresiones locales de los ensamblajes en que se articula el neoliberalismo a nivel global (Gibson-Graham, 2006). Desde esta mirada que conecta las relaciones complejas entre lo local y lo global (Hart, 2002, 2016), es posible comprender la construcción neoliberal de las ciudades.

Ciudades desiguales

El proceso de acumulación por desposesión (Harvey, 2004a) ha dado lugar a procesos de desigualdad y exclusión paradigmáticos en las ciudades contemporáneas. La pobreza urbana forma parte del proceso de construcción neoliberal de la ciudad (EAPN, 2017; Observatorio Metropolitano de Madrid, 2008, 2015). Este proceso de agudización de las desigualdades socioeconómicas se sostiene a través de un aparato ideológico reproducido en narrativas que criminalizan la pobreza, separándola de su vertebración social y política (Wacquant, 2010). Una de sus mayores expresiones son los procesos de gentrificación de las ciudades (Aricó, Mansilla y Stanchieri, 2015, 2016; Smith, 2009, 2012), basados en una elitización del espacio, por medio de prácticas de expulsión, segregación y desplazamiento de poblaciones de rentas bajas. Este proceso tiene una lógica determinada, basada en “vaciar” de contenido simbólico, por medio de la estigmatización y criminalización de los espacios y habitantes de un lugar determinado, para luego “llenar” de nuevos imaginarios y significados, acorde con los nuevos habitantes de clases adineradas y con los intereses del capital financiero (Franquesa, 2007). La gentrificación en última instancia es el mecanismo paradigmático del neoliberalismo por el que transforma la fisonomía de ciudades en todo el mundo, las formas de vida y las narrativas entorno al espacio, bajo una lógica de privatización del espacio urbano.

Este proceso de vaciamiento y llenado se da también en el espacio entendido como patrimonio, construyendo memorias materializadas en el espacio, con fuerte componente político, pero legitimadas desde un espacio de aparente consenso y neutralidad. Es el caso de los monumentos, por ejemplo, que celebran eventos bélicos como patrimonio histórico compartido, que apela a una comunidad, específicamente entendida como nación (Castela, 2017). Las ciudades, por tanto, se construyen en espacialidades diversas donde se producen relaciones de desigualdad. Así, la producción del espacio social también se da en condiciones de desigualdad, donde lo material y lo simbólico están en permanente disputa. Las “memorias máximas” o legítimas se confrontan con “memorias mínimas” e ilegítimas (Delgado, 2000) y permiten la construcción de relatos diversos que no sólo explicitan el conflicto, sino que también son capaces de reconstruir la historia (De la Cruz, 2018).

Precisamente prácticas como éstas posibilitan hacer una genealogía del espacio que visibilice su carácter ideológico y político. Autores inspirados en la idea de espacio social de Lefebvre, como David Scobey (2002), nos permiten observar que procesos como los de sociabilidad cotidiana en la ciudad están fuertemente vinculados procesos de alcance global. En particular, el autor observa cómo la idea de gran metrópoli marca pautas de civismo y refinamiento en las relaciones sociales y en el espacio. Scobey analiza el caso del Central Park en Nueva York, donde el campo pasa a entenderse como un lugar sereno, donde se pasea y no se ejercen perturbaciones. Esta construcción invisibiliza y criminaliza la rica mezcla de entretenimientos fruto de la espontaneidad, que son institucionalizados en lugares específicos (ópera, teatro, mercado, etc.). La elitización, mercantilización y segregación del espacio, por tanto, forman parte del mismo proceso, que es histórico y que se refleja en la vida cotidiana, a través de los lazos sociales. La acumulación por desposesión entonces se entiende de manera compleja, pues no sólo abarca la esfera económica, como si se tratara de una realidad escindida de la vida, sino que también moldea y expolia recursos contruidos por el propio tejido urbano, como pueden ser las expresiones culturales, asociativas y lúdicas en el espacio, convirtiéndolas en mercancía y reificándolas en espacios concretos y privados.

Así lo pone de manifiesto Caldeira (2007) en su *Ciudad de Muros*, donde los dispositivos securitarios son la base de construcción de un nuevo modelo de ciudad. La edificación de muros y vallas y la consolidación de la seguridad privada son mecanismos que profundizan la concentración del poder en élites económicas, que excluyen del espacio a sujetos indeseados, (controlando, vigilando y sancionando su comportamiento) y que son capaces de construir ciudades a su medida, según sus intereses. Se trata de una profundización en las relaciones de clase, a través de procesos de segregación espacial, que logran transformar las ciudades de manera radical, pues abren nuevos regímenes de control de los sectores empobrecidos y construyen nuevas subjetividades en torno al espacio público (García y Ávila, 2015). Por ello, las luchas urbanas por una reconstrucción de la vida en la ciudad, se fundamentan en conceptos como lo cotidiano y el derecho a la ciudad (Certeau y Giard, 2000 [1979]; Lefebvre, 2013 [1974], 2017 [1968]).

Ciudades poco habitables

El urbanismo hegemónico en las ciudades se enmarca dentro del modo de producción capitalista. Se caracteriza por su perspectiva economicista, donde la modernidad es entendida como horizonte y clave de transformación urbana. Este proceso, heredero del cartesianismo, ha cosificado e instrumentalizado el espacio para potenciar la acumulación capitalista. De este modo, diversas necesidades cotidianas quedan desatendidas o agravadas por el modo en que se estructura la vida diaria en la ciudad. Un caso relevante es la vivienda, como bien de primera necesidad no asequible, que ha pasado a entenderse como mera mercancía, por lo que no persigue ya su función social de ser habitada, sino que ha pasado a formar parte del capital financiero. Organismos transnacionales como los fondos de inversión son actualmente agentes clave en la mercantilización de la vivienda y del suelo urbano en ciudades de todo el mundo. Esto no sólo ha transformado el mercado inmobiliario, sino también ha profundizado en la precarización de la vida (Butler y Athanasiou, 2013; Sennett, 2000), pues recursos básicos de toda índole se encuentran mercantilizados o en proceso de mercantilización.

El proceso de acumulación por desposesión se puede comprender al observar la diversidad de esferas de la vida que han sido privatizadas. La falta de espacios comunes en las ciudades es fruto del urbanismo capitalista, que ha ignorado las necesidades de sociabilidad y esparcimiento como parte integral de la vida. Cuando este urbanismo ha intentado responder a estas necesidades las ha materializado en parques o zonas verdes, que son escasos y, si bien cumplen una función de esparcimiento también son construidas de modo funcional a los intereses de mercado. La construcción neoliberal de las ciudades incide de manera profunda en la performatividad de los cuerpos. Como señala Scobey (2002) el parque como construcción urbana paradigmática es una zona pacificada, que busca la homogeneidad y serenidad de las formas físicas, pero también sociales, pues hace primar interacciones distantes y “codificadas” en el espacio, y no entendidas desde la diversidad de relaciones e intercambios socioeconómicos, lúdicos, afectivos y culturales que se pueden dar en el espacio compartido. Esto tendrá especial relevancia en la vida cotidiana en contextos locales de alta densidad, donde en efecto escaseen las zonas comunes.

Condiciones como éstas afectan de manera profunda en la construcción del espacio social. La vida cotidiana en las ciudades contemporáneas produce una amplia variedad de interacciones sociales, fugaces, anónimas, moleculares (Delgado, 2008). Esto que constituye la expresión cotidiana y riqueza de lo urbano, también produce un frágil equilibrio en la calidad de vida y el bienestar de las personas, como se manifiesta de manera especial en la salud. La construcción neoliberal de las ciudades no respeta los ritmos ni los ciclos vitales, y se basa en la sobreexplotación del suelo urbano. La dimensión relacional de la vida en sociedad es supeditada a las lógicas del mercado: no se promocionan espacios de encuentro no mercantilizados y se afianzan los procesos de individualización y privatización de la vida cotidiana. Este complejo proceso se condensa en el fenómeno llamado “soledad no deseada”, que incide de manera negativa en la calidad de vida y en la salud, y pone de relieve la intersección de las desigualdades y su conexión con el ciclo vital (Ayuntamiento de Madrid, 2017; Martín y González-Rábago, 2020; Martínez, 2020).

Por otro lado, la configuración física de las ciudades potencia los daños que causa la contaminación ambiental de las ciudades (polución de combustibles fósiles, contaminación lumínica, ruidos, hacinamiento, escasa aclimatación de las viviendas), creando nuevas vulnerabilidades urbanas, que se concentran en los sectores más empobrecidos, agravando diversas problemáticas, especialmente las relacionadas con salud (enfermedades respiratorias, trastornos del sueño, estrés, olas de calor, prolongados tiempos en la movilidad urbana, etc.). En definitiva, la construcción neoliberal de las ciudades se reproduce y se complejiza en los cuerpos, en sus relaciones diarias (Olmo, 2013; Pérez, 2014).

Los trabajos reproductivos son la gran exclusión del urbanismo capitalista, pues los invisibiliza y excluye del espacio público, relegándolos al espacio privado, remarcando las dicotomías de naturaleza-cultura y privado-público características de la lógica patriarcal. La teoría feminista ha puesto de relieve la división sexual de los trabajos reproductivos, y su invisibilización y funcionalidad para el sistema de mercado capitalista. Desde la metáfora del iceberg, se puede comprender que los trabajos reproductivos y la economía comunitaria son amplios y diversos con respecto al pico visible de economía monetaria (Gibson-Graham, 2016). Y, sin embargo, los cuidados no sólo son invisibilizados, sino también dificultados en la

vida diaria, ya sea porque están mercantilizados y privatizados, reproduciendo la precarización de los trabajos feminizados, o porque la construcción de la ciudad no está pensada para satisfacer estas necesidades reproductivas y de cuidados sin pasar por el mercado o sin reproducir desigualdades de género (Comas, 2018; Olmo, 2013; Massey, 1994; Wilson, 1991). Como advierte Amaia Pérez Orozco, no se trata de un conflicto entre lógicas, por un lado, la lógica de la acumulación y por otro la de la sostenibilidad de la vida y de los cuidados, sino de una invisibilización de economías que forman parte de la producción social. Es decir, se trata de procesos interrelacionados, no de realidades separadas. Y además matiza, “Para que la mano invisible de la vida cotidiana funcione bajo las condiciones extremadamente duras impuestas por el mercado es necesario que lo haga en términos de opresión, subordinación y falta de libertad” (Pérez, 2014: 129).

Como pone de relieve la geografía crítica feminista, la configuración de barrios y ciudades puede ser distinta y responder a las necesidades cotidianas de reproducción de la vida, como de hecho sucede desde entramados socioeconómicos activados desde el tejido social. Así, los propios vecindarios, a través de los lazos sociales cotidianos, promueven la seguridad, pero también el ocio, el esparcimiento, los cuidados comunitarios de personas dependientes, el comercio de proximidad (Jacobs, 2011; Massey, 1994; Wilson, 1991). De este modo se crean nuevos paisajes sociales según las necesidades sentidas y según las capacidades colectivas. Se trata como vemos de una construcción de la ciudad desde abajo, que también puede ser planificada y orientada según criterios de habitabilidad y satisfacción de necesidades cotidianas, y no meramente de rentabilidad monetaria. De hecho, Gibson-Graham (2016) habla de “economías ensambladas” para visibilizar la diversidad de economías existentes en la vida real, y no dar preponderancia a la economía capitalista que, si bien tiene mayor visibilidad, ocupa un lugar delimitado dentro de la multiplicidad de prácticas económicas que hacen posible la vida. El ensamblaje entonces se entiende como la diversidad de prácticas, relaciones, valores, conocimientos que se encuentran interrelacionados en la vida social. Esto permite entender las economías comunitarias en su amplitud y relevancia cotidiana, y no en un lugar de marginalidad con respecto a la economía monetaria (Narotzky, 2013). Estas propuestas van a las bases de la producción del espacio social y ponen

de relieve la importancia del vínculo social como elemento radical para la transformación de la economía.

3.3. Biopolítica del poder: el cuerpo como espacio político

Llegados a este punto es preciso señalar el cuerpo, como realidad históricamente invisibilizada y controlada a través de un proceso de largo recorrido, que separa y dinamiza una serie de dicotomías (cuerpo-mente, materia-forma, naturaleza-cultura) que están en la base de la acumulación originaria del capitalismo y del sistema de patriarcado. De este modo se jerarquiza la realidad social mediante la división sexual del trabajo, y se reprime la dimensión política de los afectos y la corporalidad (Federicci, 2010). La precarización de la vida revela de manera dramática algo obvio pero olvidado, que es la dimensión crucial del cuerpo para la vida, y por ello su interés como unidad de análisis. La precariedad y la incertidumbre como proceso constante del neoliberalismo es un proceso vivido, encarnado. Cristaliza en los cuerpos o más bien los fluidifica en las relaciones de lo cotidiano. La ansiedad, la depresión, el estrés, los problemas cardiovasculares, las lesiones por trabajos físicos rutinarios (integrados en el tecnicismo de “riesgos laborales”), todos estos *síntomas* de salud son procesos y no estados, producciones de un tipo de sociedad, construcciones que recaen en (último término y desde) los cuerpos.

Foucault (2002a [1969], 2002b [1975]), a través de su concepto de biopolítica, revela una nueva manera de entender el poder. Este autor busca superar los escollos de las interpretaciones que sitúan el poder en determinados espacios, ya sea el Estado, el gobierno, las élites económicas. Las formas de dominación no se encuentran localizadas en espacios delimitados ni en agentes concretos, sino que son relaciones en campos de fuerzas, en condiciones concretas, que *regulan la vida* y que son reproducidos tanto por individuos como por instituciones, no como realidades escindidas, sino en tanto disposiciones de poder que se reproducen en las relaciones micro de la vida cotidiana. Así cuestiones como la burocracia son entendidas más allá de los mecanismos que activa el Estado, y pasan a ser entendidas como dispositivos de gobierno. La burocracia se manifiesta en los cuerpos “que deben mostrarse”, la fiscalización y el reconocimiento de la autonomía en los servicios públicos, por ejemplo, atraviesa los cuerpos “mirando hacia adentro”

(Sennett, 2003). Ong lo explica con gran acierto, revelando las posibilidades de la etnografía para complejizar lo social:

Our goal is to engage in midrange theorizing about observable contemporary human phenomena in a variety of mutating human situations. We seek to capture the shifting lines that disarticulate and rearticulate elements in constellations that constitute the site or object of investigation. It therefore seems appropriate to study neoliberalism not as a “culture” or a “structure” but as mobile calculative techniques of governing that can be decontextualized from their original sources and recontextualized in constellations of mutually constitutive and contingent relationships. (Ong, 2006: 13)

Butler y Athanasiou (2013), reflexionando sobre la última crisis económica, entienden que la desposesión que activa el neoliberalismo funciona como un proceso normativo por el que las personas son clasificadas en términos de inteligibilidad, lo que regula la distribución de la vulnerabilidad. Este proceso está presente en las múltiples formas de opresión como el patriarcado, el racismo, la colonialidad, como se observa en el carácter racializado de determinadas formas de desposesión (Hart, 2016: 160-161; Hooks, 1989). De esta manera, se entiende que los cuerpos siempre están situados en un lugar (“cuerpos en su lugar” o “cuerpos fuera de su lugar”) y la desposesión opera siempre en una corporalidad situada. Así es como se entiende los cuerpos expuestos y repudiados como concreciones manifiestas (mostradas, performativas) de la desposesión. Sin embargo, esta misma situacionalidad de los cuerpos permite (re)posicionamientos en el espacio, distintos modos performativos de hacerse presente en el espacio. Y precisamente desde las vidas precarias y expuestas, desde los cuerpos fuera de lugar, que ocupan en último término el espacio del “no-ser”, se abren espacios de resistencia.

Ong (2006) complejiza la cuestión de los cuerpos expuestos, con su reflexión sobre el neoliberalismo como excepción y en particular sobre lo que, siguiendo la terminología de Agamben, llama “bare life” (“vida desnuda”). Esta autora pone de relieve los reclamos contemporáneos que giran en torno a la supervivencia biológica. Las personas excluidas de la protección legal -como la ciudadanía, que es solo una de las formas de protección- son excluidas porque permanecen invisibles, son cuerpos fuera de la vista. Diversas situaciones como las migraciones internacionales, donde se exponen cuerpos en muros o se observan a refugiados y sus familias en tránsito, llevan a que socialmente se reclame solidaridad hacia estos

colectivos, ya no en términos de derecho como se ha entendido en su construcción estatal-nacional, sino en términos de una solidaridad ética, en forma de economía moral. En esta línea se articulan diversos agentes, como pueden ser las ONGs y la mayor parte de la acción humanitaria, pero también intervenciones sociales de distinta índole en el ámbito local. Pero la legitimidad basada en la moralidad y los valores éticos que se activan en torno a la vida biológica no son incompatibles con el funcionamiento del neoliberalismo como excepción, pues hay que entender el neoliberalismo no como una forma homogénea sino como ensamblaje de procesos situados y escalas diversas. Así, el neoliberalismo no sólo produce privación en el sentido de “encogimiento del estado”, sino que también potencia nuevas formas de subjetividad por las que se rehace lo social, dando lugar a combinaciones ambiguas, contingentes e incluso contradictorias, donde el sujeto ético no se construye desde universales sino en la interacción de elementos particulares.

Así, por ejemplo, la gestión del hambre puede ser entendida desde esta perspectiva, como un reacomodamiento de cuerpos expuestos, de cuerpos señalados y estigmatizados, ya sean pobres, indigentes, migrantes, refugiados, que son en principio contruidos como “desechos humanos” y reconstruidos como sujetos éticos. Esta exposición de la cruda desnudez de la vida activa mecanismos que operan sobre lo radical –la existencia viva- y al tiempo que lo neutraliza y lo niega como derecho, lo conforma como sujeto y como parte de una comunidad amplia y global. Así lo expresa Ong: “la otredad biopolítica enraizada en la raza y en el estatus de extranjero puede ser reversible por las demandas de bienestar biológico dirigidas no al estado sino a las economías morales de la sociedad de acogida” (Ong, 2006:24, traducción mía). Estas recombinaciones complejas, ambiguas y entrelazadas que hablan sobre lo ético problematizan de manera profunda las construcciones universalizantes de ciudadanía o derechos humanos.

3.4. Ciudadanías insurgentes

Como punto de partida para mi estudio y como desembocadura de este largo recorrido por distintas aproximaciones de lo social, el “derecho a la ciudad” de Lefebvre (2013 [1974], 2017 [1968]) constituye la clave interpretativa para comprender las prácticas de apoyo mutuo en la ciudad. Se trata de un concepto que condensa el dinamismo de los procesos colectivos de transformación social y

política, que aquí he intentado transmitir como fondo de todas las ramificaciones que tejen una reflexión sobre el apoyo mutuo. El derecho a la ciudad es indisociable de la producción del espacio y dirige la mirada hacia lo cotidiano, hacia producciones humanas específicas. Por ello es el punto de partida epistemológico y político adoptado en esta tesis, para acompañar, visibilizar y comprender procesos vivos que se practican por personas concretas en el día a día.

Para hablar de estos agenciamientos políticos en la ciudad contemporánea es de gran utilidad seguir la idea de *ensamblaje* que sugiere Ong (2006) y la propuesta de etnografía crítica de Hart (2002), pues los agenciamientos son procesos en los que se interconectan múltiples relaciones que siempre son situadas y que atienden a distintas escalas. En este sentido el concepto de “ciudadanías insurgentes”, acuñado por James Holston (2008) es muy inspirador pues revela distintos procesos interrelacionados en lo local y lo global. Este autor observa los procesos de reclamación y construcción de *derecho a la ciudad*, llevados a cabo por residentes de periferias urbanas de Brasil. Según Holston, se trata de movimientos de *ciudadanía insurgente* que revelan no sólo procesos de desposesión, sino también y sobre todo esfuerzos y creatividad colectiva por construir justicia social.

Este concepto resulta interesante para pensar el apoyo mutuo porque es capaz de plantear el dinamismo de la “lucha” redefiniéndola en múltiples capas, ritmos y posiciones. Habla de derecho, en tanto que ciudadanía, pero también habla de insurgencia, en tanto que acción colectiva. Y este es el espacio donde se dan combinaciones y producciones específicas. Por un lado, la ciudadanía abstracta y lejana, puesta en cuestionamiento y redefinida por personas que la devuelven a lo cotidiano. Por otro lado, una ciudadanía disputada en los confines de la ciudad, reconstruida desde las periferias. Esto une un sujeto activo, que no es abstracto sino concreto y terrenal, incluso *marcadamente* concreto (periferia, gueto, racialización) a un tipo de actividad, que es lo que reconstruye y moldea esta ciudadanía: una actividad insurgente.

Este término de “insurgencia”, tan manoseado, sorprende porque lo sitúa *demasiado*. Sus connotaciones con la rebelión, con la izquierda, con la revolución lo pueden encasillar fácilmente, congelando el dinamismo y la complejidad que propone. Pero en eso precisamente radica la potencia conceptual de “ciudadanías

insurgentes” pues permite ver un juego de sombras. Son insurgentes porque recuperan el posicionamiento de las experiencias obreras, e incluso hacen uso de estrategias de los movimientos de izquierda, pero su insurgencia no se sitúa dentro de paradigmas clásicos, sino desde la concreción del espacio social que habitan. Su propia vida los posiciona y mucho. Son acciones insurgentes porque implican “alzamientos”, “levantamientos” desde una matriz de desigualdad, que es situada y específica. La favela como espacio concreto donde se reproducen tanto condiciones de vida como representaciones específicas es asimismo una periferia urbana global, donde se reproduce la desigualdad y la pobreza de múltiples ciudades alrededor del mundo. Estos alzamientos periféricos construyen relaciones y conexiones complejas, cambiantes, multiposicionadas, y éste es el espacio desde donde observar la acción colectiva.

Es decir, la periferia abre un espacio de relaciones, una zona de intersecciones, de procesos de conflicto, de alianza, de latencia, de yuxtaposición, que se definen en la acción. Aquí se abre la cuestión de la interacción con la autoridad, específicamente las instituciones que distribuyen (proveen, eligen, rechazan, recortan) determinados recursos que son demandados, y en la medida en que facilitan o no su acceso, concretan o no determinados derechos. Es decir, el problema de la interacción con la autoridad lleva a preguntarse cómo se construyen los márgenes, cómo se posicionan, cómo se conectan y conflictúan con otros espacios. Para pensar estas cuestiones resulta de gran interés el trabajo de Asef Bayat (1997), que entiende las agencialidades políticas como procesos cambiantes desde una posición de silenciosidad. Este autor revela que en contextos urbanos de Irán una gran mayoría se dedica a su propia supervivencia, de manera silenciosa, y cuando su bienestar es amenazado se incorporan a movimientos colectivos de lucha por recursos y por derechos. Es decir, estas prácticas silenciosas pueden permanecer desapercibidas, pero las amenazas a sus recursos activan esas voces que se convierten en audibles y ruidosas.

Desde esta idea de silenciosidad que se vuelve cada vez más audible se puede comprender el movimiento ciudadano de Madrid de los años 70, descrito por Castells (1977). En su estudio, este autor muestra como la formación misma de las ciudades, el hecho urbano en sí, es fruto de agenciamientos políticos desde abajo. El

movimiento ciudadano revela que el agenciamiento y la subjetivación política emerge de condiciones sociales y económicas compartidas. En este conglomerado histórico, que es un proceso, por el que extensas poblaciones migran a las ciudades, surgen constelaciones sociopolíticas que reivindican el derecho a la ciudad. Y este proceso es construido desde intereses vividos, personales, familiares o comunitarios. Es una construcción dinamizada desde necesidades sentidas como puede ser tener alumbrado eléctrico, calles pavimentadas o autobuses. Así la subjetivación política se da desde los esfuerzos cotidianos de autoconstrucción de viviendas hasta las demandas y reivindicaciones organizadas por la mejora de las condiciones de habitabilidad. Desde la morfología del espacio social, moldeado por intereses, deseos, preocupaciones se producen las fuerzas que construyen la ciudad, los *movimientos sociales urbanos*. Las propias infraestructuras urbanas en estas periferias son fruto del trabajo colectivo que reivindica su derecho a construirse como ciudad.

En este sentido es llamativa la expresión de Abdoumalig Simone (2004), de *People as Infrastructure*. De una manera sintética y bella está sugiriendo que las capacidades de transformación social y política se encuentran en las relaciones que establecen las personas entre sí. El trabajo de Simone nos permite interpretar como “infraestructura” los intercambios cotidianos entre colectivos aparentemente marginalizados, que son capaces de crear sofisticadas redes clientelares de intercambio socioeconómico. Los vínculos sociales, entonces, son la raíz que sostiene, como una infraestructura, toda una arquitectura de relaciones socioeconómicas, políticas y culturales. De esta manera se pueden comprender procesos complejos que oponen resistencia a los dispositivos del gobierno neoliberal y sus múltiples exclusiones y fronteras reproducidas en diversas escalas. La multisituacionalidad del poder (Foucault, 1982, 1991 [1980]) permite comprender que éste no es inmóvil, sino que se puede negociar de múltiples maneras. En particular, las resistencias micro, que pueden pasar desapercibidas, encarnan un potencial político que permite reformular dinámicas de desigualdad. Es precisamente en este juego de poder, en los conflictos y las tensiones donde surge la política (Mouffe, 2005). Es decir, estos procesos situados y cambiantes de negociación de las relaciones de poder, que implican desplazamientos, reapropiaciones y combinaciones producen política, porque generan nuevas

gramáticas de participación y de agencialidad. En última instancia, en estas relaciones se reformula una asimetría radical entre quien da y quien recibe, entre quien sabe y quien escucha (Ranciere, 2006). De este modo se puede comprender la dimensión política de la vida cotidiana y se puede reconocer como sujetos políticos a personas que aparentemente sólo están haciendo su vida.

Estas tramas de sociabilidad cotidiana constituyen una infraestructura pues dan sentido vivido a todo un conglomerado de relaciones socioeconómicas, políticas y culturales. Y esto se vuelve especialmente relevante si tenemos en cuenta aportaciones como las de Crouch (2012), sobre la postpolítica o el agotamiento de la democracia representativa como garante de soberanía popular. Este autor pone de relieve el hecho de que las élites económicas, mediáticas y políticas “ganan” siempre en el juego electoral, pues sus intereses quedan representados de una u otra forma. Este hecho se reafirma por el fuerte descontento hacia la política institucional extendida entre la población, que la lleva a desentenderse de la participación en circuitos institucionales, y a construirse como “despolitizada”. Aquí lo cotidiano se expresa en toda su complejidad y su aspereza. Lo personal y lo concreto constituyen agenciamientos y pueden considerarse resistencias y, sin embargo, no son suficientes para revertir el peso de políticas neoliberales con procesos como la privatización o la infradotación de los servicios públicos.

Además, una combinación de procesos, donde los *mass media* tienen un rol importante, ha llevado a una incómoda realidad que es “la creciente incapacidad de los ciudadanos modernos para averiguar cuáles son sus intereses” (Crouch, 2012: 28). Pero quizá más que averiguar se trata de “descifrar”, pues la información se ha vuelto cada vez más confusa. Por ejemplo, la emergencia de partidos de ultraderecha se ha dado con el apoyo creciente hacia estas formaciones por personas cuyas condiciones de vida son agravadas por las políticas que estos partidos defienden. Hay que problematizar interpretaciones como la “falsa conciencia” para ver que la ideología no es una entidad separada y ajena, sino un constructo compartido que se teje desde distintos frentes. La era de la comunicación, como todo constructo es complejo, no ha traído la democratización de la información en términos universales, sino el reforzamiento de canales de poder que entrelazan información y mercado. Pero también ha abierto espacios de democratización e intercambio

desde donde se tejen nuevos repertorios políticos y se difunden visiones críticas. Es de hecho, una herramienta fundamental para los movimientos sociales, tanto en su difusión y creación de alianzas como en su organización interna. Por tanto, el ascenso de las políticas de derechas se debe leer desde la complejidad. No se trata de estados mentales, ni de ignorancia, ni de una sumisión pasiva.

Refiriéndose a la desafección política en España, pero también a la emergencia de movimientos sociales disruptivos con la democracia representativa, González, Brandis y Melo (2015: 379) sostienen lo siguiente:

No está claro para muchos ciudadanos dónde está el poder, qué capacidad tienen hoy los Estados frente a los mercados y cómo la democracia representativa, a escala estatal, puede contrarrestar procesos globales que no conocen fronteras. La partidocracia tradicional reduce los espacios de participación, los partidos se apropian de los procesos, la democracia se empequeñece. Esto se traduce en decepción y desafección, pero no en desentendimiento. Por eso no son tanto movimientos contra el sistema o contra la democracia, sino precisamente lo contrario: reclaman un cambio radical, cambios políticos y más democracia.

Por ello, una mirada quizá más útil para comprender la desafección política de buena parte de los sectores populares puede ir en la línea de analizar cómo se construye desde la cotidianidad la fragmentación de la vida. Pues si algo parece claro es que la política parlamentaria se construye en una polarización permanente, no escindida de la cotidianidad, sino reforzada y reactivada en una relación dialéctica. De ahí que los vínculos sociales sean tan importantes, pues son la realidad radical desde donde se reproducen y se subvierten estos órdenes del mundo. Siguiendo las contribuciones de Bourdieu (2016 [1979]), las producciones culturales se pueden interpretar como “habitus” que, para este autor, se dan en una doble expresión simultánea, como “estructura estructurada” (es parte de unas relaciones y condiciones dadas) y como “estructura estructurante” (siendo parte de estas condiciones crea sentidos subjetivantes). En su obra *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (Bourdieu, 2016 [1979]), este autor pone de relieve un hallazgo interesante, que es el hecho de que las personas con menor capital cultural observen la realidad desde lo más próximo a sus vidas. Es decir, estas personas, a diferencia de las clases más altas, no interpretan sus problemas desde (o hacia) reflexiones abstractas o generales sobre la “transformación social”, ni sobre el significado

“político” de sus prácticas, sino que los piensan a través de lo que es más cercano, a través de sus preocupaciones y deseos más próximos.

La contribución de Bourdieu al estudio de las relaciones de clase es valiosa porque consigue entrar en lo que llamaríamos psicología social pero, en cierto modo, también intrasubjetiva (forma de representarse el mundo). Al mismo tiempo logra establecer relaciones entre la dimensión económica, política y sociocultural, para entender cómo se conforman las diferencias y jerarquías sociales. Desde un enfoque como éste se puede analizar lo que llamamos “aspiraciones” sociopolíticas y complejizar incluso el trabajo colectivo por derechos, observando las tensiones, limitaciones, desconexiones y reconexiones que se dan en la práctica. Según el autor en la socialización (proceso de “inculcar”) intervienen instituciones muy importantes como la escuela o la familia, pero en última instancia valorizar la competencia depende del contexto donde están inmersas las prácticas, es decir, depende de los beneficios o ventajas que puede acarrear determinado comportamiento en determinado círculo social.

El autor señala otro aspecto importante, que es entender el *habitus* como algo *in-corporado*, es decir, como algo sentido en las estructuras más internas, algo casi inconsciente que opera en la cotidianidad y en el razonamiento acerca del mundo. Y esto no consiste sólo en conocimientos o información que se acumula, sino en actitudes y disposiciones. En sus observaciones, por ejemplo, revela la inseguridad o malestar que pueden experimentar los sujetos que se desplazan de su campo social, porque se espera de ellos determinados comportamientos que no son los habituales para ellos. Lo llamativo de su enfoque es que muestra que el capital cultural es algo construido y no dado, es decir que las desigualdades, las diferencias y las jerarquías son fruto de historias vividas. Además, pone de relieve que una invisibilización de esta realidad esconde una justificación, una legitimización de aquello que se toma por superior, como si fuera *naturalmente* superior.

Por todo ello, complejizar la mirada sobre lo cotidiano en sus múltiples interrelaciones es crucial, no como un añadido en el análisis, sino como el proceso vertebral que permite interpretar la vida social. El juego político, aunque puede estar compartimentalizado, no está sólo en un lugar, es un proceso que permea tanto lo micro como lo macro, y de ahí que tengan tan escaso impacto social los procesos de

transformación política dirigidos, preconcebidos, y no contruidos desde los entramados de la cotidianidad. Ahora bien, autores como Delgado (2016) critican, por ejemplo, el optimismo vinculado a la idea de cosmopolitismo y ciudadanía característico de los movimientos sociales contemporáneos. Según Delgado, construcciones de este tipo replican la “liquidez” que había observado Bauman (2015), característica de las sociedades individualistas del capitalismo avanzado. Esto se verifica, según el autor en las reivindicaciones de los vínculos políticos como conexiones dispersas, fluidas y cambiantes, lo que le hace perder el potencial subversivo y cohesionador de la “masa”, como sujeto político conflictivo para la burguesía, característico del movimiento obrero. Es una línea interesante a desarrollar pues dirige la atención hacia las concreciones del vínculo social, pero también a las limitaciones de la práctica política en la era neoliberal. En cualquier caso, señala algo interesante que es la continuidad y discontinuidad de ciertas formas sociopolíticas que emergen, con sus posibilidades y contradicciones, como producciones de su propio contexto.

Gonick (2015, 2016, 2018) ha hecho importantes contribuciones para entender los procesos de politización en el contexto español y particularmente, el contexto de la ciudad de Madrid. Esta autora analiza distintas experiencias de construcción de derecho a la ciudad, en un contexto de crisis y austeridad: desde movimientos sociales y plataformas políticas institucionales surgidas tras el 15M, hasta asentamientos informales en las periferias urbanas de Madrid, como la Cañada Real, formada desde los años 60. Gonick pone de relieve las diversidades sociales, culturales y políticas como claves para entender la planificación urbana de Madrid como producción social, pero también movimientos como el 15M o la Plataforma de Afectados por la Hipoteca [PAH]. Esta autora observa dos formas de acción dentro de los movimientos post-15M, que son de gran interés para repensar lo político en la ciudad. Por un lado, lo que denomina “autonomía radical”, centrada en la emancipación y en una crítica y oposición fuerte a las instituciones, que sería la acción prototípica del activismo anarquista y del 15M de la plaza de Sol. Por otro lado, el “compromiso agonístico” que se basa en la labor de presión y de relación estrecha con las instituciones para solventar necesidades básicas. Esta última labor la desempeñan colectivos como la PAH, Yo Sí Sanidad Universal, o la Marea Verde. Lo que resulta de gran interés para esta tesis es que la autora pone énfasis en que ambas

lógicas coexisten, se contraponen, pero también logran colaborar mutuamente, si bien bajo una constante de tensión y contradicciones.

El trabajo de esta autora resulta muy inspirador para esta investigación sobre apoyo mutuo y convivencia vecinal, pues pone atención a la diversidad en un sentido profundo. Gonick analiza los procesos de subjetivación política a nivel cotidiano, y revela la necesidad de una perspectiva política del feminismo, que reconozca las múltiples distinciones que pueden acabar reproduciendo exclusiones. Esta autora incide especialmente en los procesos de diferenciación étnica, racial y de género como dispositivos de segregación y de expropiación de las capacidades políticas. Sin embargo, propuestas como el feminismo de la diferencia posibilitan la convergencia de múltiples experiencias políticas, tanto entre la ciudadanía como entre ésta y las instituciones públicas, empujando a la transformación de estructuras y procesos democráticos. La reivindicación de la diferencia y el rechazo a la universalidad y homogeneización es precisamente el valor de estas propuestas sociopolíticas. Al contrario que Delgado (2016), esta autora entiende que la diferencia permite reconstruir y potenciar un sentido de clase, capaz de conectar espacios heterogéneos. Como sostiene James Holston (2008), la creatividad de lo político se da en reapropiaciones de lo viejo en lo nuevo. No se parte de cero, lo político es un proceso, personal y colectivo, cuyas herramientas “heredadas” del pasado solo son vivas en tanto que activan roturas y recomposiciones permanentes en realidades situadas. Este espacio de la creatividad social y política es el espacio de la producción social:

Hago hincapié en que la concepción más antigua de ciudadanía diferenciada sigue siendo vital. Sin embargo, al someter las condiciones urbanas de los pobres al cálculo de los derechos de ciudadanía, las movilizaciones de las periferias iniciaron una nueva concepción. Aunque enredada con la antigua, esta nueva ciudadanía es, sin embargo, un desarrollo sin precedentes de la democracia brasileña. La inclusión que afirma implica la invención de una nueva sociedad en lugar de una mera perpetuación de la antigua (Holston, 2008: 235, traducción mía).

En definitiva, una mirada sobre lo cotidiano es imprescindible para comprender la transformación de las ciudades, pues permite reconocer la continua reconstrucción de las subjetividades políticas desde experiencias vividas. Así, es posible entender que las diferencias, los distintos énfasis, las contradicciones y las

tensiones dinamizan la vida política y extienden su campo de acción (Mouffe, 2005). Todas estas contribuciones serán fundamentales para el desarrollo de esta etnografía del apoyo mutuo en la ciudad contemporánea.

3.5. Notas finales sobre el marco teórico

Este largo recorrido por distintas corrientes teóricas debe entenderse como una caja de herramientas con la que profundizar (trabajar, construir) las prácticas observadas que, como prácticas, siempre desbordan los esquemas formales. El aludir a clásicos como Kropotkin (1973 [1892]) no debe llevar a suponer que aquí se toma un concepto ya definido de apoyo mutuo, como el válido atemporalmente. Si es útil retomar la tradición de los anarquismos o de los marxismos no es para replicar estos desarrollos teóricos, sino para comprender aquellos puntos de visión que se han construido de manera colectiva y que pueden tener resonancia (o no) con prácticas vividas en contextos actuales. La gran variedad de desarrollos teóricos del anarquismo, del marxismo e incluso de la propia antropología social y cultural, con conceptos como el de reciprocidad o convivencia, muestran una riqueza de experiencias capaz de visibilizar problemáticas que hoy en día se arrastran o se complejizan, se transmutan, o se inician a través de nuevos procesos, algunos desconocidos previamente.

En este sentido, esta tesis es un esfuerzo por pensar prácticas sociales desde perspectivas que superen las visiones meramente racionalistas y desligadas de la experiencia cotidiana. Esta tesis busca ahondar en el sentido práctico y colectivo del apoyo mutuo. Y por ello, perspectivas como las de Lefebvre (2013 [1974]), Certeau (2000 [1979]) o Simone (2004) son fundamentales, en tanto herramientas conceptuales que permiten comprender el alcance y poder de las prácticas cotidianas. Siguiendo contribuciones como éstas, esta tesis hace una apuesta decidida por pensar el apoyo mutuo como una práctica en un espacio y tiempo determinado, ahondando en esta realidad concreta, que se vive y se experimenta en la vida cotidiana, pero sin asumir en ningún momento que se trata de islas separadas en su particularidad irreductible. Lo que esta tesis propone es pensar las experiencias de apoyo mutuo en su realización viva y, por tanto, en su entramado sociohistórico. Por ello, se retoma el interés por construcciones como “clase”, para discernir aquello que puede ser útil como herramienta interpretativa y aquello que

entorpece la interpretación. No es una mera decisión de interés personal, sino que es la propia historia social la que ha determinado este concepto como una construcción de interés, particularmente, para entender las realidades de los sectores desfavorecidos.

La contribución que hace la presente tesis es retomar estas problemáticas y pensarlas no de un modo doxográfico, sino a través de experiencias reales, revelando la complejidad que tiene la interacción social en sus múltiples niveles. De allí que para entender la dimensión espacial del apoyo mutuo se deba pensar en sistemas como el neoliberalismo que, lejos de ser una imposición “de fuera” o “de arriba”, es un sistema complejo, que se retroalimenta desde múltiples procesos. Esta complejidad aquí se intenta comprender desde lo cotidiano, como el ángulo que es en sí mismo un prisma de múltiples ángulos, desde donde es posible comprender la multidimensionalidad de la vida cotidiana. Entonces, no sólo se comprende lo “social”, sino que esto en sí mismo es también económico, político, cultural y espacial. De esta manera es posible comprender el apoyo mutuo no sólo como una “respuesta”, como una “reacción”, sino como una construcción subjetiva y biográfica, que es reactiva y propositiva al mismo tiempo. Ésta es la aportación que esta tesis ofrece a la reflexión sobre el apoyo mutuo en la ciudad contemporánea.

Capítulo 4. Prácticas y discursos sobre el espacio en Tetuán

4.1. Urbanismo y sociabilidad en Tetuán

Tetuán es un espacio heterogéneo y lleno de contrastes, en ocasiones incluso antitético, donde se combinan y se contraponen realidades muy diversas. Como si este espacio definido formalmente como unidad llevara dentro de sí su propia contradicción y su conflicto interno, Tetuán está marcado por la segregación socioespacial y es un territorio atravesado por fronteras y asimetrías. Por ello, no existe un único Tetuán, sino múltiples. Está el Tetuán que más bien es Bellas Vistas o que es Ventilla, como está un Tetuán que salvo cuestiones técnicas, se hace llamar preferiblemente Nuevos Ministerios, Azca o La Castellana, donde se viven realidades muy distintas a las del resto de barrios. Dentro de esta diversidad, la fisonomía de Tetuán muestra dos espacialidades claramente diferenciadas. No se trata de unidades cerradas, pero sí de paisajes diferenciados y contrapuestos, que viven conectados y también de espaldas entre sí. Se trata de las dos caras más representativas de Tetuán, de dos espacialidades predominantes, conectadas por una tensión permanente que dinamiza una relación de desigualdad.

La calle Bravo Murillo, que se extiende desde la glorieta de Cuatro Caminos hasta Plaza Castilla, separa las dos caras más representativas de Tetuán. A la derecha (sobre todo conforme se aproxima La Castellana) un “Tetuán acomodado”, donde se condensan las rentas más altas del distrito y las profesiones altamente cualificadas (Comisión de Estudios de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2018; Observatorio económico del Ayuntamiento de Madrid, 2015). Esta zona sólo es denominada como parte de Tetuán, cuando se habla en términos administrativos. En la vida cotidiana es identificada con los nombres de “Cuatro Caminos”, “La Castellana”, “Plaza Castilla” o “Nuevos Ministerios”. Toda esta área forma un mosaico urbanístico que va desde zonas similares a las del margen izquierdo a otras claramente diferenciadas, sobre todo conforme se aproximan las grandes avenidas que desembocan en La Castellana. A la derecha de la calle Bravo Murillo se observan viviendas de edificación robusta y de mayor altura, buena parte de ellas con servicio de portería e intercaladas con zonas ajardinadas y calles o aceras amplias. Las plazas de esta zona están limpias, son arboladas y disponen de bancos con respaldo y zonas

infantiles. Sin embargo, estos espacios son claramente menos frecuentados en comparación con plazas y bancos del otro Tetuán.

Desde la calle Bravo Murillo hacia La Castellana se observa una evolución espacial clara. Mientras comercios de grandes cadenas, ya sea textiles o de restauración, se encuentran en ambos ejes, el pequeño comercio como bares, peluquerías o tiendas de alimentación, se condensa en las zonas cercanas a Bravo Murillo. En los últimos años además han proliferado las casas de juegos y apuestas con una clara predominancia en la calle Bravo Murillo con respecto a la zona de la Castellana. Conforme se aproxima La Castellana se observan amplias avenidas, rascacielos, comercios y restaurantes de lujo o sedes comerciales y financieras de empresas multinacionales. Al igual que la calle Bravo Murillo, algunas zonas como Azca o Nuevos Ministerios, escenifican un tránsito permanente, sin embargo, las interacciones que aquí se generan se caracterizan por una menor diversidad y una mayor fugacidad. Los movimientos aquí tienen que ver en gran medida con el nudo de transportes de la estación de tren de Nuevos Ministerios. Entre rascacielos y grandes avenidas se observa un ajetreo constante de personas y vehículos, presencia de vigilantes privados, muy pocos niños o niñas y menor visibilidad de personas extranjeras. Los barrios de Castillejos y Cuatro Caminos en general tienen menos “vida de calle” que el resto del distrito, pues las interacciones cotidianas implican un escaso uso lúdico e informal de la calle.

La cara izquierda, en cambio, se extiende desde Ventilla hasta la glorieta de Cuatro Caminos, en un paisaje donde abundan edificios de media altura y serpentean calles sinuosas entre relieves cambiantes, casas bajas y solares o locales en desuso. Se trata de un lugar heterogéneo que sin embargo guarda cohesión entre sí, sobre todo en contraste con sus zonas limítrofes. Y es en este contraste donde se reconoce un cierto tipo de unidad en la diversidad del Tetuán del margen izquierdo. Si bien la cara izquierda es la más extensa, pues está formada por los cuatro barrios de Ventilla, Valdeacederas, Berrugete y Bellas Vistas también es una zona altamente amenazada por procesos que se concentran en sus alrededores. El lado derecho está conformado por los barrios de Cuatro Caminos y Castillejos. Su extensión es más limitada, y en sentido estricto, lo que denomino “margen derecho” como tal se da en las proximidades de la Castellana, y entre grandes avenidas. Sin embargo, esta zona

tiene un peso físico y simbólico considerable, y ello se refleja en el paisaje con un contraste basado en la verticalidad. Desde algunas terrazas o relieves del terreno, se puede observar un mar de tejados naranjas que son las viviendas del Tetuán del lado izquierdo frente al gris vertical de las torres más salientes y sus aledaños, a lo largo de la Castellana y en torno a Plaza Castilla.

Este otro Tetuán (el del lado izquierdo de la calle Bravo Murillo y al norte en el barrio de la Ventilla) es un Tetuán de rentas bajas y medias, donde son cada vez más amplios los sectores empobrecidos y en riesgo de exclusión social (Invisibles de Tetuán, 2019). En esta área se da mayor heterogeneidad entre sus habitantes, venidos de distintos lugares de España y del sur global, principalmente República Dominicana, Ecuador y Marruecos. Este Tetuán es identificado por parte del vecindario como “Tetuán obrero”. Se trata de una zona densamente edificada, donde calles y aceras son estrechas, presentan desperfectos y escasa limpieza, y donde las viviendas son de menor altura y de baja calidad, no aclimatadas y con escasos balcones. En esta zona hay poco arbolado o zonas ajardinadas, y las áreas verdes están fuertemente concentradas en la periferia del distrito. Sin embargo, en esta área de Tetuán se ha generado una heterogénea red de comercio local, con impronta de diversos países del mundo (bares, restaurantes, bazares, tiendas de alimentación, fruterías, peluquerías, centros de estética, etc.), que ha revitalizado el comercio de proximidad y la fisonomía de zonas afectadas por un cierre paulatino de locales.

Entre estos dos márgenes de Tetuán se una frontera social y simbólica que separa dos realidades socioculturales y dos territorialidades. La movilidad entre ambas zonas está limitada, sobre todo para residentes y trabajadores del “Tetuán acomodado” (aquel más alejado de la calle Bravo Murillo y más cercano a la Castellana), que frecuentan poco o nunca la zona obrera. La movilidad hacia el “Tetuán acomodado”, aunque es más frecuente, también es puntual y está condicionada a determinadas situaciones. Es decir, es funcional a actividades como hacer gestiones administrativas, acercarse al transporte público (estación de cercanías Renfe), hacer compras puntuales o ir al trabajo, como en el caso de mujeres filipinas que residen en el “Tetuán obrero” y se desplazan a trabajar en el “Tetuán burgués” como trabajadoras domésticas. La “vida de barrio” se condensa en el “Tetuán obrero”, ya sea mediante el uso cotidiano del espacio público, la red de

comercio local o la amplia oferta de actividades socioculturales, desarrolladas por entidades o colectivos vecinales.

El análisis de los discursos predominantes entre el vecindario señala una relación estrecha entre sociabilidad y urbanismo. De manera sistemática aparece el discurso sobre un debilitamiento de los lazos vecinales, agudizado por la transformación urbanística del distrito. La raíz del problema por lo general se vincula al modo en que la administración pública materializó el ideal de modernización, pues abrupta y progresivamente ha disgregado el tejido vecinal. Un caso paradigmático de esta transformación urbanística se da en la Ventilla, que experimentó la renovación urbanística más importante de un barrio en toda España, a través del Programa de Barrios en Remodelación (Plan General de 1985 y el Plan General de 1997), cuya gestión correspondió en su totalidad al Instituto de la Vivienda de Madrid (IVIMA). A diferencia de lo que ocurrió en el Tetuán obrero, el “Tetuán acomodado” se construyó para acoger a la alta burguesía que abandonaba el centro hacia zonas acondicionadas a sus necesidades. Para ello se expropiaron a antiguos propietarios, se desplazaron a antiguos residentes y sus pequeños comercios, y se convirtieron terrenos agrícolas en terrenos urbanizables sobre los que se alzaron nuevas y modernas construcciones (Calvo, 2018). Las transformaciones urbanísticas del Tetuán obrero, en cambio, se realizaron sobre un territorio ya vivido y apropiado por la gente que lo habitaba. Es decir, la transformación urbanística se ejerció sobre un paisaje físico y social ya moldeado entorno a diversas necesidades y adaptaciones que se fueron logrando a lo largo de un siglo. Sin embargo, en esta zona el planeamiento urbanístico dejó dos cambios representativos para la convivencia vecinal. Por un lado, la pérdida de espacios de encuentro vecinal y de esparcimiento (como patios, corredores, huertas, descampados o el río) y, por otro lado, la generalización de la vivienda en altura con escasa distancia entre sí y escasas vías de “oxígeno” (aceras estrechas, escasos balcones, escaso arbolado).

Todos estos cambios tienen un peso relevante en la convivencia vecinal y en el bienestar general del vecindario. Pero a pesar de que este Tetuán obrero se ha construido desde una dureza arquitectónica que condiciona fuertemente el paisaje físico, sus vecinas y vecinos son capaces de dinamizar una rica vida social en torno a

calles, aceras, plazas y comercios. También son capaces de resignificar como espacios de encuentro zonas sin aparente funcionalidad. La calle Bravo Murillo expresa este potencial y los retos que genera este tipo de urbanismo. La calle Bravo Murillo cumple un papel cohesionador fundamental en el Tetuán del margen izquierdo. Aquí se intensifica la movilidad diaria, por ser la arteria que conecta los barrios de Tetuán de norte a sur, pero también por concentrar la red comercial más importante para el vecindario, capaz de vincular una pluralidad de espacios de sociabilidad cotidiana. Esta vía escenifica la capacidad generativa del vecindario como creador de espacio. No es una calle especialmente acondicionada para el encuentro vecinal. Si bien hay bancos, suelen ser pocos y están separados unos de otros (cuando no son monopersonales); los árboles son escasos, de copa pequeña y “aprisionados” por las aceras u objetos circundantes; el flujo constante de transeúntes dificulta el reposo, y el espacio transitable se estrecha frecuentemente por presencia de obstáculos (escaparates, kioscos o motos). Sin embargo, aquí vecinas y vecinos han encontrado un nicho de sociabilidad, haciendo posible la simbiosis entre necesidad y resignificación del espacio.

Las barandillas, por ejemplo, son interesantes para pensar el ordenamiento urbano y las resignificaciones cotidianas. No sólo constituye una limitación física del tránsito, sino también una construcción simbólica particular. Las barandillas marcan una separación entre el ritmo de los cuerpos y el ritmo de los motores. Ambos flujos se contraponen, pero también se contagian. El tráfico imparable de vehículos se ralentiza en la acera. En esta calle se puede observar a personas sentadas en las barandillas dando la espalda a los coches, como en una expresión de cambio y yuxtaposición de mundos. Con ese gesto rompen el orden temporal basado en un ritmo vertiginoso (tanto en la calle como en la acera), pero también rompen el orden espacial, pues transgreden los códigos que señalan determinados espacios como peligrosos y otros como específicamente habilitados para el reposo, como bancos y plazas. Pero el ritmo del motor no es ajeno al de la acera; se reproduce en la agitación de cuerpos en torno a comercios o en el desplazamiento veloz que esquiva posibles choques entre transeúntes. Las barandillas dan inicio al micromundo de las aceras, pero éste es múltiple entre velocidad, regularidad e improvisación. Entre el flujo aparentemente repetitivo, y otras veces caótico, son posibles composiciones móviles, intersticios, pausas y rupturas. En este alargado circuito que va desde

Cuatro Caminos a Plaza Castilla podemos ver una mezcla de cadencias, azares e innovaciones, como la conversación informal en medio de la acera, la mirada distraída entre escaparates, el reposo sobre la barandilla o el tumulto en la parada del autobús.

Este espacio altamente heterogéneo que es Tetuán es un espacio diverso y en plena evolución, a veces en consonancia con su pasado y a veces rupturista con él, es un espacio de contradicciones y sobre todo un espacio traspasado por las tensiones y el conflicto de la desigualdad urbana. Y en concreto, el Tetuán del margen izquierdo, como zona específica de Tetuán, es además un *pueblo amenazado*, siguiendo la expresión de Didi-Huberman (2014) para señalar un proceso por el que formas de vida y personas de carne y hueso son silenciadas, expulsadas o repudiadas del campo de lo conocido, de lo legítimo o incluso de lo existente. Tetuán es un espacio lleno de creatividad y vitalidad, lleno de futuro, es un espacio *vivo*. Pero también es un *pueblo expuesto a desaparecer*, tanto en su sobreexposición como en su subexposición, pues ambos procesos invisibilizan y tergiversan las realidades vividas. En este espacio de alteraciones continuas y de disonancias múltiples se experimenta lo cotidiano. Y es allí donde se sitúan colectivos vecinales y personas diversas que habitan y recrean este espacio, apropiándose del derecho a construir sus propias vidas.

4.1.1. Notas históricas sobre Tetuán

La historia de Tetuán está estrechamente conectada al proceso de construcción de la ciudad de Madrid. A partir de mediados del siglo XIX Madrid experimenta un paulatino crecimiento espacial y sociodemográfico, que se nutre principalmente de la despoblación y empobrecimiento de amplias zonas rurales de España, especialmente de las dos Castillas, Extremadura y Andalucía. Migrantes venidos de estas zonas poblarán las periferias de Madrid, en forma de barriadas o arrabales autoconstruidos. Diversos factores explican este éxodo rural hacia las ciudades, principalmente la industrialización urbana y su concentración espacial, y la continua pérdida de los comunales tradicionales y de la pluriactividad tradicional de las economías campesinas:

Se puede sospechar que la pluriactividad experimentó modificaciones en el transcurso del siglo XIX. Por un lado, la pluriactividad tradicional entraría en declive a partir de mediados de la centuria por efecto de diversas circunstancias tales como la crisis de diversas actividades industriales

tradicionales asentadas en ámbitos rurales, el languidecimiento de la arriería y de la carretería y la pérdida de disfrutes en los comunales. Por otro lado, a partir de los últimos decenios del siglo, la instalación de industrias fabriles modernas en zonas rurales, pudiendo en algunas de ellas trabajar campesinos a tiempo parcial, daría lugar a un nuevo tipo de pluriactividad. Como es obvio, ambos fenómenos constituirían elementos de transformación de las bases económicas del mundo rural, modificándose la dependencia respecto a las actividades agropecuarias de las poblaciones rurales, sea cual sea la formulación que se haga de éstas (Erdozáin y Mikelarena, 1996: 92)

En este contexto los campesinos, que ya han experimentado procesos de despojo en el ámbito rural, llegan a la ciudad y encuentran un centro de Madrid abarrotado y plagado de miseria, donde pasan a vivir en condiciones de insalubridad y hacinamiento:

Pero a final de la década de los años 50, el problema se fue agudizando hasta límites gravísimos, pues no sólo era la población madrileña a la que tenía que albergar la villa, sino que, a la sazón, llegó un aluvión de gentes que no tenían nada y necesitaban vivienda. El campesino había sido desposeído de sus medios de subsistencia, quedando sometido al trabajo de asalariado. En la mayoría de los casos el jornal era tan mísero que no llegaba para lo más imprescindible. La única solución era venir a la ciudad en busca de un puesto de trabajo (Díez de Baldeón y López, 1987: 103)

En este contexto de migraciones del campo a la ciudad y de desplazamientos del centro de Madrid hacia las periferias, surge Tetuán, a mediados del siglo XIX, como asentamiento de la creciente población que llega del campo a la ciudad. Estos migrantes se incorporan a trabajos de temporada y de escasa cualificación, especialmente la construcción, la incipiente industria, y los cuidados domésticos, en el caso de las mujeres (Folguera, 1987). Sin embargo, la industria madrileña no crece al ritmo que lo hace la población por lo que pronto habrá paro y hambre. Las barriadas espontáneas en torno a Madrid progresivamente se irán integrando al área metropolitana. Así sucede con Tetuán, que surge como suburbio de clases populares, primero en el extrarradio y periferia de Madrid (1860-1939), y tras la Guerra Civil como zona integrada dentro del centro metropolitano (1940-1985). Los nuevos pobladores venidos del campo primero se concentran en el centro de Madrid, que pronto se saturará, surgiendo problemas de hacinamiento e insalubridad, falta de vivienda y especulación de los alquileres. Se decide entonces la construcción del Ensanche de Madrid (Plan del Ensanche de Castro del año 1860). Ahora bien, este Ensanche busca la higienización y estetización de la ciudad, por lo que se construyen

nuevos barrios para la burguesía que había quedado atrapada en un centro cada vez más masificado por residentes pobres. Para ello, se modifica la estructura arquitectónica de la ciudad, derribando la muralla de Madrid, abriendo bulevares y nuevas carreteras, y creando barrios como el de Salamanca que será el núcleo que acogerá a las clases altas. Se trata de un plan urbanístico que no responde a las necesidades acuciantes vividas entre la población más pobre de Madrid:

El problema de la superpoblación madrileña no iba a ser solucionado por tanto con el ensanche, pues por su nivel adquisitivo las capas medias y bajas madrileñas no podrían aspirar nunca a adquirir una vivienda en aquellos lugares que ya solamente como solar prometían ser un lugar de élite. Y así, lo que ocurrió, es que aquella parte de la población que vivía hacinada en viviendas totalmente insalubres tuvo que seguir igual o trasladarse a los terrenos de más allá del Ensanche, al extrarradio (Díez de Baldeón y López, 1987: 105).

En este periodo ya se va formando el primigenio barrio de “Tetuán de las Victorias” en torno a la carretera de Francia, que constituía la entrada norte de la ciudad de Madrid. En esta zona de extrarradio, como en otras de Madrid, surgirán asentamientos como respuestas informales al problema habitacional en el centro de Madrid. También actuarán constructoras privadas de vivienda obrera, que especularán con los precios del alquiler de estas viviendas, de habitaciones pequeñas y de baja calidad, con la excepción de la “Constructora Benéfica”, promovida por intelectuales, que actuará en la zona mejorando la calidad de la vivienda obrera en Tetuán, si bien constituida como “una asociación de caridad, ya que en ese momento se entiende la ayuda al obrero con un tono paternalista y caritativo” (Calvo, 2018; Díez de Baldeón y López, 1987: 129).

El sector de la construcción dinamiza gran parte de la economía de Tetuán, pues en torno a las necesidades del área de la construcción comienza a tejerse una red de comercios, oficios y pequeña industria en el barrio de Cuatro Caminos (metalurgia, ladrilleros, pintores). Asimismo, buena parte de los trabajadores de los barrios de Tetuán se incorporarán a trabajos en la construcción del Ensanche. Pero los trabajadores de la construcción también estarán sujetos a la temporalidad, la desprotección y el hambre. Este espacio reúne a muchas personas en situaciones muy similares unas de otras, donde destacan los trabajadores poco cualificados que trabajan por temporadas. Por otra parte, en el primer tercio del siglo XX los barrios

de Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias ya se distinguen por su comercio en torno a la calle Bravo Murillo, diverso y atractivo por sus precios asequibles. Toda una conjunción de factores, principalmente las migraciones, un desarrollo de la ciudad basado en la desigualdad y en la zonificación y una población con características socioeconómicas muy similares reunidas en un mismo espacio, lleva a que en el primer tercio del siglo XX se construya en los barrios de Tetuán un fuerte sentido de clase que llevará a un apoyo masivo a la República en 1931.

El inicio de la República en muchos barrios de Madrid y ciudades de España se construirá simbólicamente con un carácter festivo y se volcarán grandes expectativas en torno a la modernidad que prometía este cambio político. Todo ello reforzará el enfrentamiento de conciencia de clase en el conjunto de España (Juliá, 1984). Hasta el punto de desembocar en la Guerra Civil (1936-1939), con consecuencias catastróficas para zonas como Tetuán, por las innumerables pérdidas humanas y también por las edificaciones que son arrasadas.

Con la posguerra y la instauración de la dictadura franquista llega una etapa de hambre, miseria y carestía para amplios sectores de la población, tanto rural como urbana. Pero se dará un nuevo flujo migratorio del campo a la ciudad por las expectativas de mayores oportunidades económicas. Por otra parte, será la oligarquía, con el respaldo de las políticas públicas, la que dirija la evolución de la ciudad, centrada en la reconstrucción de edificaciones derruidas y en la construcción de un “Madrid Imperial” o un “Gran Madrid”, basado en la monumentalidad y la modernidad, afianzándose la segregación urbana y la construcción clasista del espacio en Tetuán (Díez de Baldeón y López, 1987: 231-232; Juárez, 1989: 123-134).

En 1946 se aprueba el Plan General de Ordenación Urbana de Madrid, también llamado “Plan Bigador” que proyecta la construcción de nuevos Ensanches y la prolongación del Paseo de la Castellana, que pasa a ser el eje en torno al que se amplía la ciudad. Esta avenida pasa a ser la arteria de la ciudad que conecta el centro con los ensanches y el núcleo físico y simbólico del poder político y económico. De hecho, durante la dictadura esta arteria se denomina “Avenida del Generalísimo” (aludiendo al dictador), adoptando características colosales de la arquitectura fascista. En torno a este eje se construyen sólidas viviendas y dotaciones urbanas

para acoger a la burguesía, especialmente altos funcionarios y profesionales altamente cualificados. Esto conlleva expropiaciones de terrenos, derribo de casas y desplazamientos de familias obreras.

Con estas actuaciones se quiere cambiar decididamente la imagen de Madrid y la imagen de aquellos municipios colindantes, que, por vía de los hechos, habían configurado en su espacio rural una RSG [Realidad Social Geográfica] marginal suburbana como son los casos de Cuatro Caminos-Bellas Vistas y Tetuán de las Victorias al Noroeste de Madrid, en torno a la carretera de Francia, y considerada oficialmente una entrada a “la capital de la nación” muy poco digna. Esta situación de Tetuán, repetida a lo largo de las más importantes vías de penetración a Madrid, era considerada urbanísticamente de “tercermundista” y de “arrabales de miseria” que necesitaba una rápida urbanización del “Gran Madrid” (Juárez, 1989: 125)

Desde la década de los 60, en las proximidades de un Paseo de la Castellana ya diferenciado arquitectónicamente de sus alrededores, se proyecta la construcción del complejo Azca (acrónimo de Asociación Mixta de Compensación de la Manzana A de la Zona Comercial de la Avenida del Generalísimo), como núcleo comercial y administrativo de la ciudad de Madrid. Se trata de una negociación entre élites políticas y empresariales que planifican un diseño de arquitectura contemporánea en esta zona, inspirada en la “gran manzana” de Nueva York. La planificación también modifica las viviendas ya construidas en torno a La Castellana que cambian su altura. Se trata de un proceso de renovación urbana que llega hasta nuestros días, que se va extendiendo desde esta arteria del Paseo de la Castellana, tanto hacia sus zonas colindantes como hacia Tetuán en su conjunto. Sobre este proceso de renovación-sustitución urbana resulta llamativo leer lo siguiente, señalado hace ya tres décadas:

En ella se encuentra ubicada la zona comercial y de negocios del complejo AZCA, actualmente símbolo y realidad de lo que Madrid y su área de influencia económica es y será [...] Ante este poder económico del Sector, lo residencial va cediendo terreno y lo que antes eran viviendas, hoy se están convirtiendo en oficinas, bancos, centros comerciales o lugares de ocio y diversión. La renovación y sustitución también en esta zona es una realidad morfológica, funcional y sociodemográfica (Juárez, 1989: 190).

Desde sus inicios y lo largo de la evolución de Tetuán se puede observar una tensión entre dos dinámicas principales que modifican el espacio urbano. Se trata de dos movimientos paralelos y simultáneos en el tiempo, que construyen distintas ciudades, conectadas en relaciones de influencia y de conflicto territorial. Por un

lado, un movimiento de formalidad y planificación racionalista, que construye la ciudad moderna, y más tarde, la ciudad global y *financiera*. Por otro lado, un movimiento de informalidad y autarquía, que construye la ciudad obrera, y a lo largo de toda su historia, la ciudad *habitada*. Cabe resaltar que el término “formalidad” no significa necesariamente y siempre “conforme a la ley”, pero sí conforme a un acuerdo entre élites económicas, políticas y mediáticas que van dirigiendo el modelo de ciudad. Mediante planificación urbanística se va dirigiendo la evolución del territorio, y justificando dicha evolución como interés general. La administración pública es históricamente el actor fundamental en todo este proceso. La construcción del “Madrid imperial”, durante la dictadura, como proyecto de carácter fuertemente ideológico, tiene una relación de continuidad en tiempos de democracia, donde también se ha ido gestando un modelo de ciudad, en este caso, de ciudad financiera. Este modelo de ciudad ha sido históricamente consolidado por el hecho de que en la región de Madrid gobierna el mismo partido (PP) de manera ininterrumpida desde el año 1995.

Grandes operaciones urbanísticas se han ejecutado en este distrito, que moldean tanto los espacios residenciales como los ejes de movilidad urbana, especialmente centrados en vías para vehículos motorizados. En los años 90 se consolida Plaza Castilla, llamada “Puerta de Europa”, como eje de comunicación y de transportes, y como el centro financiero más importante de la ciudad. A principios de los años 2000 se concluye la renovación del barrio de la Ventilla (Palacios, 2007), que es un barrio colindante con Plaza Castilla. Esta renovación se inicia en el año 1979, dura casi tres décadas en finalizar y rompe con el paisaje físico y social de la antigua barriada que planteaba continuidades con el ámbito rural. Se construye la gran Avenida de Asturias a lo largo del barrio, se concentran las zonas verdes en espacios periféricos, como el Parque Rodríguez Sahagún, y se construye un gran lote de vivienda social, para realojar a vecinos y vecinas expropiadas y a nuevos residentes llegados de otras zonas de Madrid o de otros países.

En la actualidad se mantiene un megaproyecto de reordenación urbana del área del Paseo de la Dirección, que planea la apertura de una gran avenida, la construcción de vivienda social y la reconfiguración de esta zona. Esta obra ha supuesto derribos y expropiaciones forzosas al vecindario y obras inacabadas desde

hace casi quince años (De la Cruz, 2020, 2021c). Se trata de un proyecto complejo debido a que en el año 2007 el Ayuntamiento de Madrid externalizó la reordenación urbana del Paseo de la Dirección en una empresa privada (incluidas la urbanización y las expropiaciones y los realojos de las familias afectadas). Las obras han estado paralizadas durante años, lo que con el tiempo ha dado lugar a una yuxtaposición de edificaciones, entre solares vacíos, casas antiguas, aceras levantadas y edificios de varias decenas de alturas. No sólo es el paisaje físico lo que ha cambiado, sino que muchos vecinos y vecinas expropiadas no han podido seguir residiendo en el barrio debido a que las indemnizaciones no eran suficientes para los precios desorbitados de la vivienda en mercado libre en Tetuán. Por otra parte, la prometida vivienda social no llega, de modo que muchas familias no han sido aún realojadas. Está prevista la construcción de más de 500 viviendas protegidas, en dos grandes torres rodeadas de polémica, pues en un principio la empresa constructora pretendía construir oficinas de lujo, pero finalmente ha renunciado a ello, en concordancia con la licencia urbanística en vigor para vivienda social.

Esta zona es especialmente vulnerable a procesos de gentrificación, por sus privilegiadas vistas a la sierra de Madrid y a una amplia zona verde, que es el Parque Rodríguez Sahagún. La proximidad de esta área con la zona financiera, llamada “Cuatro Torres Business Área”, ha intensificado la construcción de varios megaproyectos, actualmente en curso, que han moldeado esta zona de Tetuán como “zona estratégica” de Madrid. En el Paseo de la Dirección ya está en marcha la construcción del “Skyline”, dos grandes torres destinadas a vivienda de lujo, y levantadas sobre el propio parque Rodríguez Sahagún⁵. Se trata de un proceso de renovación urbana que ha transformado aceleradamente la fisonomía de esta zona. De fondo, en los límites de Tetuán, en el distrito colindante de Chamartín, se observan las Cuatro Torres⁶, como parte del megaproyecto de mayores consecuencias para la evolución urbanística de esta zona y del conjunto de Tetuán. Se trata del proyecto llamado oficialmente “Madrid Nuevo Norte” pero conocido comúnmente como “Operación Chamartín”. Tras veintiséis años de negociaciones políticas y tramitaciones urbanísticas fue aprobado definitivamente en 2020

⁵ Ver Imagen 3 en el Apéndice II.

⁶ Ver Imagen 12 en el Apéndice II.

(primero el Ayuntamiento liderado por Ahora Madrid y más tarde la Comunidad de Madrid, liderada por el PP) y ya está en su fase de ejecución.

Este proyecto es considerado por sus propios promotores como “la mayor obra de regeneración urbana de Europa”⁷, pues es un proyecto a largo plazo que busca consolidar y ampliar el centro financiero de Madrid, situando estratégicamente a la ciudad en la escena del capitalismo global. Para ello se ha planificado la remodelación de la estación de tren de Chamartín y la construcción de un parque empresarial que suma varios rascacielos a los cuatro ya construidos, y que albergarán oficinas, centros comerciales e incluso una universidad privada. Se prevé la construcción de 10.500 viviendas nuevas, un 20% será vivienda protegida, del cual un 10% será gestionada por el Ayuntamiento de Madrid para llevar a cabo políticas de vivienda pública. También se prevé el equipamiento con zonas verdes como un anillo ciclista. Promotores inmobiliarios ya han comenzado a ofertar las viviendas en construcción. El rango va desde los 294.000 euros por un piso de 54 metros cuadrados; a partir de los 416.000 euros los pisos de dos dormitorios y 80 metros cuadrados, hasta los 881.000 euros en que está tasado un ático de cuatro dormitorios y 140 metros cuadrados.⁸

4.2. La crisis como expresión de un todo

La crisis económica mundial iniciada en 2007 es el trasfondo para comprender el contexto español actual, y con ello, interpretar la realidad vivida en un distrito metropolitano como Tetuán. A partir del 2007, el desempleo y el empleo precario afectan a la mayor parte de la población, especialmente a jóvenes y a mayores de 45 años (EAPN, 2019). Situaciones paradigmáticas de esta evolución son el aumento de desahucios de vivienda, las dificultades para afrontar gastos cotidianos como alimentación o suministros básicos, y el deterioro de la salud mental de trabajadoras y trabajadores, especialmente de aquellas personas que se encuentran en situación de desempleo (Desviat, 2017; Zamora-Sarabia et al., 2019). Los efectos sociales de esta crisis permanecen en la actualidad, intensificados con la pandemia mundial del

⁷ <https://www.huellasbysareb.es/ciudades/madrid-nuevo-norte/>

⁸ <https://www.larazon.es/madrid/20210817/y2s3xj3ikbgfjbtznz7zfpddlm.html>

2020-2021. Para entender el impacto de la crisis en los territorios y en la vida de sus gentes, es preciso entender la crisis como un proceso complejo construido en diversas escalas, donde la historia no se da de manera lineal, pero sí permite observar ciertas regularidades a lo largo del tiempo, que se manifiestan en relaciones sociales y espaciales.

4.2.1. Crónica de una crisis anunciada

La gestión de la crisis económica se ha centrado en políticas neoliberales que han intensificado un proceso de desigualdad y exclusión social, que ya estaba presente en la sociedad española, pero que en algo más de una década ha pasado a afectar a la mayoría de la población (EAPN, 2017; Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada, 2019a). En este contexto, la crisis ha dejado un paisaje social cada vez más polarizado y segmentado, pues la brecha de la desigualdad no ha hecho otra cosa que crecer. Entre los años 2008 y 2015, es decir “durante los años de crisis las personas en riesgo de pobreza no sólo aumentaron, sino que también se hicieron cada año más pobres” (EAPN, 2019:82). Por el contrario, desde el inicio de la crisis económica se han triplicado los “superricos” en España, es decir, aquellas personas que declaran tener bienes susceptibles del pago del impuesto de patrimonio por valor de más de treinta millones de euros. Una gran parte de estos multimillonarios sorteán el pago de impuestos, incluidas las vías legales como las bonificaciones autonómicas (Estévez y Ordaz, 2019)

Partiendo de los datos de la Encuesta Financiera de las Familias del año 2017, publicada en 2020 por el Banco de España, Pereda (2020) hace un análisis sobre la distribución de la riqueza en España. Esta encuesta se publica cada tres años desde el 2002, por lo que el autor presenta una comparativa entre los años 2002 y 2017, que permite entender los cambios producidos desde el momento previo a la crisis y durante las distintas fases de este largo proceso. Esta última actualización de los datos del Banco de España pone de manifiesto el reforzamiento del proceso ya observado con los datos de la encuesta anterior correspondientes al año 2014, donde el autor hablaba de la “insostenible desigualdad en España” (Pereda, 2018b). Entonces ya era patente que los hogares más ricos tenían acceso a un mayor consumo, podían ahorrar y buena parte de estos ahorros los dedicaban a inversiones. En cambio, los hogares más pobres no podían cubrir necesidades

cotidianas, por lo que su endeudamiento era cada vez mayor, y con él su empobrecimiento. Lo que se observa con los nuevos datos de la encuesta es el afianzamiento de esta tendencia, pues en los últimos quince años se ha agudizado la polarización en el reparto de la riqueza. El 10% de los hogares muy ricos son ahora mucho más ricos, y acumulan patrimonio financiero e inmobiliario; mientras que el 25% de los hogares muy pobres son ahora mucho más pobres, o bien han perdido sus casas o tienen serias dificultades para pagar alquileres en alza.

Los datos de estas sucesivas encuestas revelan que las grandes fortunas y los estratos superiores se benefician tanto en periodos de crecimiento como de recesión (donde han sido poco afectadas comparativamente), y que, en todas sus etapas, la crisis ha supuesto una clara reducción de la riqueza de los hogares pobres. En los años de crecimiento previos a la crisis, entre el 2002 y el 2005, todos los tramos de hogares incrementan su patrimonio (en torno al 50%), aunque los hogares más pobres en un porcentaje claramente menor (20%). En los años centrales de la crisis económica, entre el 2005 y el 2011, todos los sectores experimentan reducciones en su patrimonio, pero las pérdidas se concentran en los sectores más pobres, con un 36% de pérdida de patrimonio en los hogares más pobres, seguido de un 23% en los hogares pobres; un 21% en los hogares intermedios; mientras que los hogares ricos experimentan una reducción de un 13% y los muy ricos apenas de un 0,5%. En el segundo ciclo de crisis económica, entre los años 2011 y 2014 se observa que los hogares muy ricos son los únicos que crecen, en un 5%, mientras que el resto experimenta pérdidas progresivamente más fuertes hasta llegar a los hogares más pobres, que pierden su patrimonio en un 111%. En el último ciclo de la crisis, entre los años 2014 y 2017, se distinguen dos grandes grupos: por un lado, los hogares con mayor riqueza que experimentan un crecimiento de un 5% de su patrimonio (44.000€ por hogar), y los hogares con menor riqueza que disminuyen en un 7% su patrimonio (4.300€ por hogar), afectando esta vez especialmente a los hogares pobres, pues en el ciclo anterior los más pobres ya han sido desposeídos de la vivienda en propiedad (desahucios por hipoteca).

En particular, las situaciones de precariedad y de pobreza se han agravado por la acción de dos procesos simultáneos. Por una parte, el afianzamiento del modelo de relaciones laborales basado en la inestabilidad (representada bajo el aparente

tecnicismo de “flexibilidad laboral”), los salarios bajos y la pérdida de garantías y derechos de trabajadores y trabajadoras. Este paquete de medidas neoliberales se concretó en la reforma laboral aprobada por el Gobierno de Mariano Rajoy mediante un Real-Decreto Ley, vigente desde el 13 de febrero de 2012, por la que se abarató y se facilitó el despido (Radio Televisión Española, 2020). Entre otras cuestiones, el despido pasa a entenderse como procedente a priori y es el/la trabajador/a quien debe demostrar que no lo es procedente. Esto tiene una traducción no sólo social y jurídica, sino ante todo económica, pues el despido procedente tiene una indemnización de 20 días por año con un máximo de doce mensualidades, mientras que el despido improcedente es de 33 días y un máximo de veinticuatro mensualidades. De modo que la cobertura hacia los/las trabajadores/as ante el despido se reduce drásticamente. De manera simultánea a estas medidas en el ámbito laboral, se ha dado un acelerado deterioro y desmantelamiento de los servicios públicos, ya sea por infradotación y recortes o por privatizaciones. Este proceso ha mermado la calidad y cobertura de los servicios públicos, conllevando su precarización y su perpetuación como dispositivos asistenciales para paliar los fallos del sistema. Este proceso ha dinamitado progresivamente servicios cruciales como la sanidad, los servicios sociales, el sistema de salud mental, etc., dejando en desprotección a poblaciones vulnerables y sectores cada vez más amplios y heterogéneos que requieren atención.

Estas situaciones vividas como consecuencias sociales de la crisis económica no son algo fortuito, sino fruto de una construcción política que promueve un modelo específico de ciudad y de sociedad. Por ello conviene interpretar la crisis económica no como un mero desajuste macroeconómico, sino como un proceso complejo, donde lo material no puede entenderse desligado de su dimensión simbólica. La interpretación que aquí se adopta entiende la crisis como un constructo político histórico y sociocultural, donde la economía no constituye una esfera superpuesta, sino más bien un proceso que opera en distintas escalas de manera interconectada (Gibson-Graham, 2006; Hart, 2002, 2016). Así es posible comprender el alcance de las dinámicas neoliberales de gobernanza, que han tomado fuerza y se extienden a esferas muy amplias de la vida cotidiana (Butler y Athanasiou, 2013; Ong, 2006). La crisis no se reduce a un fenómeno económico, también es una crisis social, política y cultural, que aún sigue abierta y vigente tras

más de una década de continuada presión sobre las capas populares. Esta crisis se fragua como un proceso histórico de largo recorrido, no es meramente una recesión económica sino simultáneamente un proceso amplio de corrosión de las instituciones públicas, de crecimiento de la desigualdad, de deterioro de los derechos sociales y servicios públicos, de fuerte desequilibrio en la relación de fuerzas políticas y de un recorte de libertades civiles sin precedentes en la historia de la democracia española.

Así lo ejemplifica la “Ley Mordaza”, llamada oficialmente Ley Orgánica de Protección y Seguridad Ciudadana, aprobada en 2015 en solitario por el gobierno de Rajoy. Esta ley pasó a limitar drásticamente los derechos de reunión, manifestación y protesta. El mismo día entró en vigor una reforma del Código Penal, por la que se redefinía y ampliaba los delitos de atentado y alteración de orden público. Se trata de un paquete de medidas de represión y de recortes severos en la libertad de expresión, en un momento en que la protesta social estaba aún bastante presente en las calles (Romero, 2021). El resultado de ello ha sido una proliferación de casos de persecución, de multas e incluso de condenas a muy diversas personas (una parte importante de ellos del ámbito de la cultura, desde cantantes a humoristas, pero también personas vinculadas a formaciones políticas o “twitteros”), por expresar mensajes disidentes, interpretados por la Justicia como delitos de odio, principalmente contra la corona o contra los sentimientos religiosos. En Tetuán, de hecho, se vivió uno de los casos más mediáticos, con “los titiriteros” acusados de exaltación del terrorismo en una obra infantil.

Cabe señalar que el fenómeno de las crisis económicas no es ajeno a la historia de la sociedad española. Este país ha pasado por varias e importantes crisis a lo largo de su historia, y en contextos muy distintos han supuesto persistentemente hambrunas, pobreza y desamparo para las mayorías sociales (Comín y Hernández, 2013; Furió, 2013). Una crisis más o menos reciente, de fuerte calado en España, se dio en los años 70 y tuvo lugar en una etapa de gran conflictividad social y política, pues se iniciaba el proceso de Transición a la democracia desde una dictadura que duró casi cuarenta años. Esta crisis de la economía española duró diez años (1975-1985) y entonces los factores internacionales ya fueron determinantes, pues se enmarcó en la crisis mundial del petróleo. Pero también fueron determinantes

factores internos, como la propia inestabilidad política en el país (Comín y Hernández, 2013). La recién estrenada democracia llegaba así con fuertes tensiones políticas, particularmente expresadas en la actividad política en las calles y en la represión policial, pero también con altas tasas de inflación y de desempleo, especialmente entre la población joven y en los sectores industriales. La banca comienza a desvincularse de la industria y pasa a centrarse en la economía financiera y en particular en el mercado inmobiliario (Díaz, 2020).

Asimismo, cabe resaltar que las crisis económicas no son secundarias ni fortuitas al sistema económico capitalista. Al contrario, son constitutivas de éste y sus ciclos de crecimiento-recesión son dinámicas inherentes a su lógica de la acumulación del capital (Harvey, 2012; López y Rodríguez, 2011). Lo que distingue a la actual crisis de las anteriores es su complejidad, por estar ya completamente inserta en las dinámicas de la economía del capitalismo global. Es decir, son sus relaciones con el mercado global lo que le dan un carácter específico, a saber, su carácter financiero, especulativo y *glocalizado* (Sassen, 2015). Por ello, conviene entender la economía y la política de la España reciente no como escenario-receptáculo de otros procesos, sino como la síntesis o espina dorsal desde donde se articulan construcciones materiales y simbólicas cambiantes, que van tomando diversas formas y que se manifiestan en la construcción de la vida cotidiana.

El complejo proceso de desigualdad que se vive hoy en día no se inicia en este periodo de crisis, pues la desigualdad es la forma constitutiva de las economías capitalistas, como sucede en el caso de España, que no sólo pasa periódicamente por ciclos de crecimiento seguidos de recesiones, sino que además alberga tasas de pobreza permanentes como contrapartida a la acumulación del capital (Navarro, 2015). Las sociedades capitalistas han convivido con una desigualdad estructural, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Así, el sistema productivo de España está fuertemente traspasado por la lógica de la maximización de beneficios propia del capital y se basa en un modelo específico que sobredimensiona la actividad inmobiliario-constructiva. El comportamiento cíclico de este modelo generó el boom inmobiliario, produciendo un sobreendeudamiento de las familias y empresas del sector que llevó finalmente al pinchazo de la burbuja inmobiliaria, provocando una crisis económica y social sin precedentes (Naredo, 2014). Se trata de un modelo

altamente frágil, de una insostenibilidad crónica, ya sea por sus constantes desequilibrios ecológicos y sociales como por su inestabilidad dentro de la economía de mercado (Observatorio Metropolitano, 2013; López y Rodríguez, 2011a, 2011b, 2010). Asimismo, la fuerte centralización de las grandes ciudades como núcleos industriales y financieros ha llevado a una desigualdad territorial y económica, que refuerza procesos como las migraciones internas, el despoblamiento rural y el escaso dinamismo económico de amplias zonas de España, especialmente el sur (Andalucía y Extremadura) y Galicia en el norte.

Por otra parte, los periodos de “crecimiento” o “desarrollo” capitalista han dejado al margen a sectores específicos de población, operando diversos mecanismos de discriminación, especialmente en torno a construcciones como la etnicidad o el género (especialmente personas gitanas, migrantes y mujeres). Poblaciones que de manera persistente quedan fuera de los procesos de “integración” social y económica y son excluidas sistemáticamente de los circuitos de riqueza (Subirats, et al., 2004). Actualmente esta dinámica se recrudece, pues el perfil de las poblaciones excluidas se amplía y diversifica, al tiempo que los recursos, ya escasos para su atención por parte del Estado, son progresivamente detraídos y mercantilizados (Desviat, 2017). Jóvenes, ancianos, niños y mujeres, tanto de origen nacional como internacional, pasan a formar parte masivamente de ese fenómeno llamado “pobreza”, donde siguen predominando los colectivos históricamente asociados a la marginalidad como los migrantes del sur global y las personas gitanas.

En el ámbito internacional, esta desigualdad estructural se reproduce. La entrada en la Comunidad Europea ha supuesto para España la integración completa de su economía dentro del mercado global, y una definición de su posición geopolítica y económica dentro de este conglomerado de estados-nación. Esto ha conllevado el desmantelamiento industrial y agrario (Díaz, 2020; Naredo, 2014) y la intensificación de la producción terciaria o el turismo. Esta agrupación de estados llamada “comunidad” intenta compatibilizar la idea de “unión” con una histórica desigualdad territorial, que se traduce en medidas políticas y económicas basadas en la jerarquización y el autoritarismo. De este modo en este conglomerado de países se distingue un Norte, de rentas per cápita más altas, con sistemas productivos y financieros más consolidados y con mayor poder de decisión política y económica

(especialmente Alemania y Francia), y un Sur, llamado de manera despectiva “PIGS” –“cerdos” en inglés- (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España) para referirse a estas economías históricamente pobres de Europa, que sufrieron la crisis de la deuda soberana del 2011 de un modo severo. Estos países tienen un tejido productivo más debilitado, parcelado y dependiente, cotas de pobreza y desprotección social más altas, mayor presión política y escasa capacidad de negociación.

Este contexto de desigualdad estructural es materializado en el conjunto de “reformas estructurales” impuestas a las economías del sur de Europa, que han moldeado la economía de España a partir de la crisis económica. Este conjunto de reformas son fruto de decisiones de organismos financieros y la llamada troika (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional) que han sido asumidas por los sucesivos gobiernos de PSOE y PP. Un momento determinante en este proceso se vivió en España en plena crisis en el 2011, con la reforma del artículo 135 de la Constitución que antepone el pago de la deuda a cualquier otra consideración. En definitiva, la llamada “crisis económica” ha mostrado con mayor claridad asimetrías políticas y económicas, que ya estaban presentes tanto a nivel global como local, pero son complejizadas de manera exponencial en este nuevo ciclo. La crisis, de hecho, agudiza las desigualdades fraguadas en la historia contemporánea de España y las hace visibles en múltiples escalas, hasta el punto de que el conflicto político y social ha aflorado como una realidad transversal a la vida cotidiana.

4.2.2. Las venas abiertas de España: emergencia social, acumulación y movilización popular

La crisis económica mundial iniciada en 2007 es el trasfondo para comprender el contexto español de las últimas décadas. La mercantilización de bienes básicos como el suelo, la vivienda, la alimentación o la energía han expulsado y expropiado a amplios sectores de la población de bienes básicos. Sectores sociales cada vez más amplios y heterogéneos no pueden asumir los costes cada vez más altos de la vida en la ciudad, con unos salarios (en caso de tenerlos) claramente insuficientes, que no guardan relación con el precio de bienes tan cruciales como la vivienda. Esta exclusión se convierte en indefensión y en una sistemática expropiación de riqueza en aquellos sectores más empobrecidos, que han sido excluidos del mercado de

trabajo, pero también desposeídos del patrimonio acumulado previamente a la crisis. Como contrapartida, entre los años 2002 y 2014 las rentas más altas aumentaron su patrimonio en un 53% (Pereda, 2018b). A diferencia de los hogares medios de España, donde el endeudamiento de las familias es alto y la mayor parte de los ingresos se dedican a gastos domésticos, con especial peso del pago de la vivienda, las grandes fortunas dedican gran parte de su patrimonio al mercado especulativo, como accionistas o inversores privados. Especial presión en este sentido recibe el suelo urbano, que es acaparado por grandes fortunas y empresas transnacionales. Fondos de inversión internacionales, también llamados “fondos buitres” han aterrizado en territorio español a partir de la crisis, y operan con especial intensidad en el sector inmobiliario de las grandes ciudades, pero amplían su presencia a la banca y a la energía (Bayona, 2021), que es precisamente el sector que lleva presionando a los sectores más empobrecidos durante toda la crisis, hasta la actualidad, donde la mayoría de la población se ha visto afectada por el crecimiento exponencial de los precios de los suministros básicos, especialmente luz y combustibles como la gasolina y el diésel. Todo este contexto ha agudizado situaciones de emergencia social, especialmente aquellas vinculadas al acceso a la vivienda, pues entidades supranacionales, participan en lotes masivos transformando y orientando el mercado inmobiliario.

Sin embargo, este fenómeno es la otra cara del periodo inmediatamente anterior, también llamado “boom económico” de España. En este periodo de crecimiento de la economía española, la población experimentó de manera generalizada un incremento en su patrimonio, incluidos los sectores más pobres que también se vieron beneficiados, aunque notablemente en menor medida. En este momento se generalizó el endeudamiento de las familias trabajadoras, principalmente por vivienda en hipoteca (Observatorio Metropolitano de Madrid, 2008, 2013, 2015; Pereda, 2020). Desde las entidades bancarias se ofrecieron rápidas facilidades crediticias. Uno de los colectivos objetivo fue la población extranjera trabajadora. Así sucedió con Bankia, entidad financiera que ha provocado miles de desahucios en Madrid, y que dirigió su atención especialmente al colectivo ecuatoriano en el periodo inmediatamente previo a la quiebra de esta entidad. Así el colectivo ecuatoriano, con fuerte presencia en toda España, especialmente en Madrid y Barcelona, fue el primer afectado por los desahucios por hipoteca y el

promotor principal del movimiento de vivienda, como hoy lo conocemos, primero a través de la Federación Regional de Asociaciones Vecinales de Madrid (FRAVM) y posteriormente a través de la PAH (Suárez, 2014).

La experiencia de la PAH es significativa para entender cómo opera el capital transnacional, no sólo empujando diásporas en torno a núcleos geográficos concretos, sino también intensificando su explotación. Asimismo, es un ejemplo de cómo se ha construido el modelo urbano de Madrid, basado en un impacto social más severo en los sectores más vulnerables, y en un uso estratégico de la racialización y la diferencia étnica como parte del proyecto de construcción neoliberal de la ciudad de Madrid (Gonick, 2015, 2016). De este modo, se sintetiza lo local y lo global en procesos sistemáticos de desposesión. Las venas abiertas de España, tanto en su desigualdad estructural interna como en su historia colonial, se reviven, se reactualizan, pero también se rehacen y se reinventan, dando lugar a nuevas configuraciones políticas que operan nuevamente desde lo local hacia lo global. Así comienza el movimiento de vivienda a reunir a personas de muy distintos orígenes, tanto nacionales como internacionales, afectadas todas por la misma problemática, convirtiéndose en el movimiento social más importante de los últimos tiempos en España y en uno de los más vigorosos y disruptivos en Europa.

A este respecto es interesante, por ejemplo, la experiencia personal que narra Rendueles (2017) sobre cómo activistas europeos mostraban una profunda incomprensión sobre la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), sobre todo en sus inicios. Desde la exterioridad y siguiendo paradigmas políticos clásicos, estos activistas mostraban desinterés por esta experiencia pues la veían como un movimiento “burgués”, al defender la propiedad privada de los/las propietarios/as. Lo que no llegaban a entender era la gran potencialidad como movimiento social, en particular, el complejo entramado de lazos sociales que impulsan procesos políticos desde lo cotidiano hasta lo institucional. Es decir, no comprendían la especificidad de este movimiento ni la multidimensionalidad del problema de vivienda en España. Gonick (2018) contextualiza la experiencia de los sectores más desfavorecidos en la historia reciente de España, y revela que no han experimentado las mejoras económicas y urbanas asociadas prototípicamente al “modelo fordista”. Según la autora, fue el boom económico previo a la última crisis lo que integró en la plena

ciudadanía a sectores antes excluidos. Por ello, el contexto de financiarización y mercantilización del espacio urbano no es secundario sino clave para la producción de subjetividades políticas. De manera específica este contexto permite entender la construcción de subjetividades de clase, donde la “indignación” es la síntesis de una oposición a un despojo estructural vivido como injusto.

El devenir de la crisis económica ha agravado la emergencia social y habitacional en toda España, especialmente en las grandes ciudades, pasando de la burbuja inmobiliaria de las hipotecas a la segunda burbuja, la del alquiler. En este proceso tiene un papel determinante la administración pública, en todas sus escalas, tanto estatal, autonómica y municipal. Pero también organismos transnacionales como la UE y la Troika que, bajo amenaza de sanciones y bloqueo político y económico, obliga a estados nacionales del sur de Europa como España al rescate bancario y a políticas de austeridad, a través de recortes de servicios públicos y privatizaciones (González, Brandis y Melo, 2015). De este modo, conforme se han ido agravando las consecuencias sociales de la crisis económica, especialmente el desempleo y el empleo precario, los servicios sociales se han vuelto cada vez más necesarios y a la vez más frágiles. Siguiendo la agenda neoliberal, las políticas públicas orientadas a los cuidados, como los servicios sociales o el ámbito de dependencia, se encuentran fuertemente saturados, deteriorados, burocratizados y privatizados, por lo que es urgente un replanteamiento del sistema en su conjunto (Consejo General de Trabajo Social et al., 2011; Fantova, 2014; Idareta y Ballesterro, 2013; Martín-Sonseca et al., 2016).

Los servicios sociales son un caso que merece atención por su papel central en la atención y prevención de situaciones de exclusión. Ahora bien, el sistema español de servicios sociales históricamente se ha construido desde una situación problemática, que adquiere especial peso en tiempos de crisis económica. La lógica de fondo entiende que problemas como la pobreza son situaciones delimitables que requieren la acción de instituciones específicas (Casado, 2015). Por otro lado, los precedentes de los servicios sociales son el llamado “Auxilio Social” y el posterior Instituto Nacional de Asistencia Social (1973), de claro enfoque paternalista y benéfico-asistencial. Y, por último, las privatizaciones de los servicios públicos de las últimas décadas han debilitado y agravado su funcionamiento como institución asistencial (Alguacil, 2012), en un contexto donde además la demanda de prestaciones sociales aumenta, pues las personas en situaciones de

pobreza pertenecen a capas más amplias de la población (Herrera-Pineda y Pereda, 2017: 393).

Esta situación de saturación e infradotación de los servicios sociales se reproduce en el conjunto de los servicios públicos. El amplio proceso de “recortes” y de privatización de los servicios públicos no sólo ha impedido responder al creciente número de situaciones de vulnerabilidad social, sino que a la vez ha minado derechos más o menos consolidados. La sanidad pública universal, los derechos laborales, la educación pública, las rentas mínimas son algunos de los derechos que se han debilitado considerablemente a raíz de la crisis económica o que no han recibido el respaldo político y económico para adaptarse a las necesidades y demandas del contexto actual. Por otra parte, el declive experimentado por los sindicatos desde finales del siglo XX, se ha agudizado ahondando en su pérdida de poder institucional y asociativo. Pero esta coyuntura también ha dado lugar a nuevas formas de sindicalismo social (Moral y Brunet, 2018). Este contexto de desprotección social ha potenciado la conformación y evolución de colectivos y expresiones políticas muy diversas que presionan por un reparto más equitativo de la riqueza, incidiendo especialmente en la atención a necesidades básicas, pero también a una mayor vigilancia y fiscalización de los poderes públicos.

Para comprender la producción política en el contexto amplio de la sociedad española, podemos remitirnos a tres momentos históricos, que conectan con relaciones y procesos que se reproducen y profundizan en la actualidad. La dictadura, el periodo democrático y la actual crisis económica con la irrupción del 15M. Primeramente, “se puede rastrear en España desde fines del siglo XIX una tradición de *acción social colectiva*, promovida por las corrientes socialista y anarquista, que fue abortada a medida que se imponía en la sociedad española un modelo estatal centralizado que se consumó en las décadas de la dictadura franquista” (Herrera-Pineda y Pereda, 2017: 392). La dictadura franquista duró casi 40 años y se basó en un férreo control ideológico, a través de la persecución de la disidencia, mediante la tortura, los asesinatos y el expolio económico. El control ideológico del franquismo se basó en la defensa de los intereses de la clase dominante (particularmente élites empresariales e Iglesia, relacionados en complejos entramados) y en la idea de Progreso, materializada en la propiedad privada y el consumo.

Este prolongado proceso de represión ha condicionado profundamente la vida política de la sociedad española, donde se une tanto un recelo por lo político, como una

dilatada historia de construcción de organizaciones políticas diversas, incluso en contextos altamente controlados. Es interesante afinar la mirada hacia las relaciones y conexiones en contextos determinados, donde se multiplican las facciones sociopolíticas, pero también los procesos de institucionalización de la acción colectiva. Como señala Soto (1995), hablando del sindicato Comisiones Obreras, que cumplió un papel fundamental en la Transición y en las últimas décadas del franquismo:

No conduce a nada la polémica sobre la fecha del nacimiento de Comisiones Obreras (CCOO), ya que parece claro que éstas, con un carácter espontáneo, vinieron existiendo desde los años cincuenta, e incluso antes. Lo que sí tiene interés es cuándo se decide dotar a dicha forma de organización de un carácter estable, combinando tanto la espontaneidad del movimiento con la necesidad de estructurarlo. En este sentido influyó decisivamente el cambio en la estructura de la oposición y en las formas de protesta, así como la existencia de una organización estable, como el PCE [Partido Comunista Español], que permitió dotar a CCOO de la infraestructura necesaria ante la represión y los vaivenes de la conflictividad (Soto, 1995: 270, añadido mío entre corchetes).

Otra de las líneas de investigación más interesantes para comprender la vida política en el periodo histórico previo a la democracia parlamentaria es indagar en la subjetivación política, a través de la construcción de la cotidianidad. En este sentido, la perspectiva de género nos permite entender con mayor precisión las consecuencias que ha tenido el proceso de represión de la dictadura en la construcción cultural y política de las mujeres. Es necesario poner atención sobre los modos en que se ha construido y deconstruido la política a través de prácticas cotidianas, observando con detenimiento el tipo de agenciamientos que responden en última instancia a las particularidades del contexto y de la historia reciente de España. En este sentido, Abad (2005a: 289), hablando sobre la represión política del franquismo, dice lo siguiente:

Muchos han sido los datos que han ido enriqueciendo las investigaciones, normalmente de índole local, en cuanto a número de fusilamientos, vejaciones físicas y psicológicas, exilio y prisión, entre otras. Pero dentro de todos estos estudios, un aspecto que ha quedado un tanto al margen y que, hasta ahora, sólo se ha tratado en estudios generales sobre el papel de la mujer durante la guerra y la posguerra española, ha sido el de la “mujer de preso”, a pesar de que la represión que ésta sufrió fue doble: la de clase, por un lado, y la de género, por otro.

Tras la dictadura vendrá el periodo de Transición democrática, que en el caso de España tiene un carácter marcadamente asimétrico, pues se negocia entre los grupos provenientes del propio franquismo y fuerzas políticas ya reconocidas legalmente como

partidos políticos y sindicatos. En torno a este periodo histórico se ha construido una mistificación como momento de “consenso político”, que oculta el profundo conflicto del proceso de Transición, al estar enraizado en una estructura de dominación heredada del franquismo. Igualmente oculta el hecho de que fue la presión popular la que empujó a una salida democrática del periodo dictatorial:

La transición se hizo sobre una serie de supuestos que, encerrados bajo el consenso, no fueron puestos a discusión. Se ha señalado el efecto paralizante del consenso. Esto suponía no poner en cuestión determinados elementos que se habían constituido en los de la transición. El franquismo fue despojado de su conexión con la estructura social de dominio, y reducido al «bunker». Esto permitió mistificar el fenómeno franquista. Así, ya no era la burguesía la beneficiaria de la democracia orgánica, sino el «bunker». Esta reformulación del franquismo cumplía dos funciones: una era la de permitir unificar esfuerzos: tecnócratas, católicos colaboracionistas, demócratas cristianos, socialistas y comunistas, alineados frente al «bunker». Otra fue el situar al franquismo fuera de la lucha de clases. Banqueros y clase obrera fueron presentados por igual, como víctimas del franquismo. Esto permitió a los sectores sociales que habían apoyado al franquismo transformarse en aperturistas, en demócratas opuestos al «bunker». En este pasaje, la burguesía, principal beneficiaria de la democracia orgánica, se constituía en una fuerza democrática (Bilbao, 1992: 108)

El periodo democrático se caracteriza por tres procesos: 1) la consolidación de la democracia representativa, en forma de monarquía parlamentaria, y en concreto la consolidación del bipartidismo, como manera de escenificar la contienda política; 2) la instauración del Estado de Bienestar; y 3) un crecimiento económico (a pesar de pasar dos crisis económicas en los años 80 y 90), basado en el turismo y en el mercado inmobiliario. Este modelo de crecimiento había conllevado el enriquecimiento de grandes empresas y banqueros como, favorecido por una red clientelar con presencia importante de actores políticos (Juste, 2017). Pero también había supuesto una apertura al consumo de la mayor parte de la población que pasa a entenderse paulatinamente como clase media, consolidando la idea de una “sociedad de propietarios” (López y Rodríguez, 2010). El trabajo abunda y la demanda de mano de obra barata pasa a ser cubierta por una población poco cualificada y especialmente por población migrante del sur global que crece a partir de mediados de los años 90. Sin embargo, en esta evolución se experimentan distinciones en el acceso a los circuitos de riqueza, principalmente a través de diferenciaciones raciales, étnicas y de género (Gonick, 2015, 2018).

A partir del 2007, el desempleo afecta a la mayor parte de la población, especialmente a jóvenes y a hombres mayores de 45 años. La gestión de la crisis

económica se centrará en políticas de austeridad auspiciadas por la UE, el FMI y el Banco Central Europeo (la Troika) y corroboradas por el gobierno central, que priman el pago de la deuda sobre la protección social de situaciones derivadas de la crisis. Se privatizan y “recortan” servicios públicos, se precarizan las condiciones laborales. El impacto social de la crisis se traduce en una creciente desigualdad y exclusión social. Procesos como el marcado aumento de desahucios de vivienda, los impagos de suministros básicos, la pobreza infantil, la precarización del trabajo (especialmente el empleo juvenil) o el deterioro de la salud mental de los empleados y especialmente de los desempleados... Todo ello son situaciones que rompen abruptamente con el momento inmediatamente anterior de bonanza económica, creándose un nuevo clima socioeconómico, pero también político, un nuevo paisaje social tanto a nivel local como global. La propia España pasa de ser considerada “potencia mundial” a convertirse en una periferia en Europa, altamente “colonizada” por los designios de la Troika.

En este contexto surge el 15M en mayo de 2011, en la Puerta del Sol en Madrid, y pronto se expande por todo España. Este movimiento promueve la democracia participativa directa y la recuperación del espacio público, rompe con la narración de consenso de la Transición y hace una crítica directa al dominio de los poderes financieros y su alianza con los partidos políticos. El 15M es heterogéneo desde sus inicios. Tras la experiencia de la acampada en la plaza de Sol en 2011, la actividad se traslada a barrios y pueblos, constituyéndose las asambleas populares que llevan la democracia participativa al ámbito local. Aquí se pasa a trabajar problemáticas cercanas experimentadas por el vecindario, y es en esta etapa, a diferencia del momento de las plazas, donde se enfatiza la participación de las personas de origen extranjero. Se trata de una continuación (dialógica y rupturista al mismo tiempo) de la experiencia colectiva de las plazas, pero en una realidad distinta que es el barrio, lo que impulsa un nuevo momento de creatividad colectiva, que opera dentro de la complejidad de cada contexto local.

Otra deriva del 15M, más desligada de las bases vecinales, se centrará en la conformación de nuevos partidos políticos y formaciones municipalistas. Esta irrupción de nuevas formaciones políticas abre un nuevo escenario dentro de la política institucional, pero también supone una traslación de esfuerzos hacia el ámbito electoral. Esto tiene diversos efectos, entre ellos un debilitamiento de la protesta social, que irá evolucionando en distintos ciclos de mayor o menor intensidad a lo largo de la crisis. Sin

embargo, el escenario político institucional está atravesado de fronteras y tensiones que se intensifican con la irrupción de nuevas fuerzas políticas. Desde el establishment se activan múltiples respuestas para coartar la capacidad de acción de estos nuevos agentes políticos, entre las que destacan la activación del estigma en forma de “demonización del otro” (apelación a Venezuela como instigación al miedo colectivo: comunistas, bolivarianos, “corralito”, etc.), reproducido masivamente en diversos espacios y medios (medios de comunicación, parlamento, foros institucionales). Otra estrategia igualmente significativa para este proceso fue la prolongación de los procesos electorales, como producción deliberada por parte de los partidos tradicionales. Ahora bien, en este nuevo momento de la política institucional también se escenifican contiendas internas e incongruencias dentro de los partidos llamados al cambio, lo que lleva a profundizar en un desgaste generalizado entre la población en torno a estas nuevas formaciones políticas, pasando de un notable apoyo a un progresivo desinterés y rechazo. A esto se le añade la irrupción actual de partidos de extrema derecha que tienen una notable presencia parlamentaria y han captado la atención mediática agravando los procesos de desigualdad social, haciendo uso de estrategias comunicativas como las “fake news” o los discursos de odio hacia minorías sociales y políticas. Esta evolución de la política institucional ha minado los frágiles cimientos de la democracia representativa, ha agudizado la polarización social y política, y en última instancia ha reforzado a los partidos neoliberales, como ha quedado reflejado tras la mayor crisis de la pandemia.

Toda esta combinación de factores complejiza sobremanera el contexto actual y la cotidianidad vivida por la población más vulnerable. Hoy en día, cuando la brecha social es cada vez más profunda, la construcción del Estado de Bienestar se vuelve en sí misma problemática. Primero, porque no ha dado una respuesta eficaz en un momento crítico para las mayorías sociales, siendo debilitado por procesos de privatización y de recortes (Martín-Sonseca et al., 2016). Segundo, porque también existe una cuestión de fondo y de largo recorrido, que es la propia construcción del Estado de Bienestar como dispositivo asistencialista, que no modifica ni atiende las relaciones de poder que están en la base de una sociedad desigual (Castel, 2015; Desviat, 2017; Lapassade, Lourau y Cano, 1974). Resulta llamativo, por su alcance para las situaciones de exclusión social, el lugar marginal que ha ocupado por ejemplo el enfoque comunitario en sistemas de protección social básicos como la sanidad o los servicios sociales (ATD Cuarto Mundo, 2018; Martín-Sonseca et al., 2016). Se trata de una lógica generalizada a todos los servicios

públicos, donde predomina la atención individualizada, puntual y sectorializada. De esta manera se ha construido un sistema enfocado a ser paliativo de situaciones extraordinarias y no tanto un mecanismo dinamizador basado en derechos sociales. Sin embargo, hoy en día esta función asistencial es imprescindible y los sistemas de protección no cumplen con esa función mínima.

Asistimos, por tanto, a un momento crucial en que se redefinen las sociedades contemporáneas, específicamente aquellas del sur de Europa. Y cabe poner atención a estas experiencias, pues Europa en su construcción de “Unión Europea” simbólicamente se ha construido sobre la idea de sociedades cohesionadas por unas garantías de protección social, basadas en el estatus de ciudadanía (Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada, 2019b). En particular, la Comunidad Europea se sostiene simbólicamente en la idea de “solidaridad”; sin embargo, la gestión de la crisis económica ha erosionado esta narrativa pues ha conllevado mayores asimetrías y desigualdad entre los estados miembros. El neoliberalismo a nivel global provoca serios dilemas sobre la idea de solidaridad jurídica, y conlleva redefiniciones radicales de la sociedad y de los valores éticos que la sustentan (Ong, 2006). En particular son las exclusiones y el conflicto, fruto de la desigualdad, lo que permite ver profundas grietas en el proyecto europeo, pues ya no sólo reproduce exclusiones a “otredades” históricas (reflejado en la crisis de los refugiados, por poner un ejemplo muy llamativo), sino dentro de la propia población interna, donde se redefine constantemente la ciudadanía desde criterios de mercado. Y es en este contexto del sur de Europa, donde han surgido experiencias de politización y de redefinición precisamente de la idea de solidaridad, a través de redes de apoyo mutuo y de la defensa de la democracia radical (Hadjimichalis, 2013).

4.2.3. Tetuán en la ciudad neoliberal

Según el Padrón Municipal de Habitantes en septiembre de 2021, residían en Tetuán distribuidos en los seis barrios 158.616 personas (72.251 hombres y 86.365 mujeres), de las cuales 46.541 eran personas de origen extranjero (30% de la población residente). La población de origen extranjero se concentraba en los barrios de Berruguete y Bellas Vistas, donde un 36% de las personas que vivían en estos barrios había nacido fuera de España. La proporción más baja se encontraba en Castillejos y Cuatro Caminos con un

23%, que aun así suponían casi la cuarta parte del vecindario⁹. Los orígenes geográficos predominantes de esta población extranjera son principalmente República Dominicana, Filipinas, Ecuador y Paraguay. La presencia de población migrante en Tetuán no es una novedad, pues más de la cuarta parte de la población del distrito ha nacido en una comunidad autónoma distinta a Madrid (principalmente Andalucía, Castilla La Mancha y Castilla y León). La población inmigrante internacional en esta zona de Madrid aumenta progresivamente desde principios de los años 2000 hasta la actualidad. Estas personas pasan a cubrir la demanda de mano de obra barata en la ciudad de Madrid, principalmente en los sectores de la construcción y los servicios domésticos. En Tetuán además durante años han cubierto nichos de vivienda poco acondicionada, atractiva por su centralidad con respecto a Madrid.

Según la Encuesta de Población Activa (EPA) del cuarto trimestre de 2018, en Tetuán 9.100 personas estaban en el paro, de las cuales 4.330 eran hombres y 4.770 eran mujeres. A mediados del año 2019, un 41% de estas personas estaban en paro más de un año y no recibía ninguna prestación, según datos del Servicio Estatal de Empleo (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020: 25). En Tetuán en el último trimestre de 2018 la tasa de paro entre personas extranjeras era de un 19,02%; entre el colectivo joven era de un 26,4%, siendo la tasa más alta, que en el año 2014 alcanzó un 44,7% (Invisibles de Tetuán, 2019: 4). En el conjunto de España la destrucción y precarización del empleo ha afectado especialmente a la población extranjera y en las personas más jóvenes, lo que ha tenido una fuerte incidencia en el acceso a una vivienda digna. “En comparación con otros grupos de edad, los hogares cuyo sustentador principal es menor de 35 años son los que con mayor frecuencia padecen costes residenciales excesivos, amenazas de expulsión de su vivienda y problemas económicos que les obligan a convivir con personas sin parentesco, a alquilar habitaciones o a cambiar de vivienda” (Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada, 2014: 253). La desigual protección social en términos generacionales ha llevado a que el gasto social se destine mayoritariamente (pero también insuficiente) a la protección de la jubilación y la enfermedad, mientras que el colectivo juvenil ha tenido muy escasa protección frente al desempleo. En consecuencia, la exclusión y la pobreza entre personas jóvenes ha

⁹ Fuente: Banco de Datos del Ayuntamiento de Madrid. Información recogida el 15 de septiembre de 2021 en: [Ayuntamiento de Madrid \(munimadrid.es\)](http://munimadrid.es).

aumentado considerablemente y su vulnerabilidad se intensifica por procesos como el abandono del sistema educativo y las pocas oportunidades de inserción laboral.

El devenir de la crisis económica ha ido agravando la emergencia social y la pobreza en Madrid y en España. Según el informe de EAPN-España, en el año 2018 el 5,3% de la población de la Comunidad de Madrid padecía pobreza severa, lo que en Tetuán significaba unas 8.400 personas y unos 3.560 hogares en situación de pobreza severa (EAPN, 2019; Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020: 28). Según los datos recopilados por la Comisión de estudios de la Mesa contra la Exclusión y por los derechos sociales de Tetuán (2019: 10, 26), la inseguridad alimentaria afecta a Tetuán y distritos con características socioeconómicas similares como “Usera, Centro, Puente y Villa de Vallecas, Villaverde y Carabanchel, con tasas por encima del 13%, que doblan las de los distritos más ricos de Retiro, Salamanca, Moncloa y Arganzuela, que rondan el 7%. Esta situación de inseguridad alimentaria afectaría en Tetuán a unas 23.400 personas, lo que equivale a unos 10.000 hogares” que reciben apoyo alimentario en el distrito de Tetuán, tanto desde entidades públicas como en los 19 puntos de reparto existentes, todos de carácter privado, lo que supone un 3,9% de familias atendidas (2.688) del total de hogares del distrito.

A partir de los datos del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), se estima que desde el año 2011 se han producido unos 6000 desahucios en Tetuán (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán, 2020: 29). Las situaciones de emergencia habitacional se dan principalmente por desahucios y por el alto coste de la vivienda, tanto de alquiler como de propiedad. A lo largo de la crisis los desahucios han experimentado una evolución. Previamente a la crisis eran principalmente de alquiler, produciéndose en el periodo del año 2000 al 2007 unos 24 desahucios al mes. En el periodo de 2007 a 2014, aumentan los desahucios de hipoteca en unos 40 desahucios al mes. Ya a partir del año 2014 comienzan a bajar a unos 31 desahucios al mes, pero prevalecen los desahucios ya no de hipoteca sino de alquiler. En estos últimos años ha aumentado considerablemente la ocupación de viviendas, donde se incluyen también personas previamente desahuciadas (Invisibles de Tetuán, 2019: 5). En el contexto de España, los casos de usurpación de vivienda (ocupación) experimentan una fuerte progresión entre el año 2007 y 2016, pasando de 4.900 a 22.500 procesos judiciales por usurpación (Pereda, 2018a: 122).

En la evolución de la emergencia habitacional en la ciudad de Madrid intervienen múltiples factores, entre los que destacan la subida del alquiler, el desempleo, la precarización de los empleos y el aumento de la pobreza. Además, el proceso de turistificación del centro de Madrid ha intensificado el alquiler de viviendas para uso turístico, desplazando a residentes del centro hacia zonas antes periféricas como Tetuán, y encareciendo el alquiler en toda la Comunidad de Madrid. Según Ardura, Lorente-Riverola, Mohino y Ruiz (2019) se constata de manera significativa una mayor oferta de pisos de alquiler vacacional en aquellas zonas de Madrid con mayor concentración de viviendas vacías y viviendas en régimen de alquiler de larga duración. Las políticas públicas tienen un papel clave en estas problemáticas. La administración madrileña ha abogado por una regulación laxa de este tipo de alquiler, a pesar de la fuerte presión popular por el agravamiento de la emergencia habitacional en Madrid. En el año 2019 el Ayuntamiento de Madrid aprobó finalmente el Plan Especial de regulación del uso de Servicios Terciarios en clase de Hospedaje (PEH). Sin embargo, su aprobación se da tras una progresiva consolidación de la oferta profesionalizada del alquiler vacacional, lo que puede repercutir en su eficacia. Asimismo, en todos estos años de emergencia habitacional no se ha impulsado desde la administración pública el parque de alquiler social en Madrid o la regulación del alquiler. En este contexto, los Servicios Sociales de Tetuán no dan una respuesta suficiente a las situaciones de emergencia social vividas en el distrito y a la fuerte demanda de atención: gestión de la Renta Mínima de Inserción, ayudas de emergencia, becas de comedor escolar, casos de desahucio, etc. “Las personas atendidas en los dos centros del distrito (María Zayas y Vicente Ferrer) se duplicaron con la llegada de la crisis, superando las ocho mil en 2014 y reduciéndose desde entonces en unas dos mil, lo que apenas se ha notado en las listas de espera debido a una clamorosa falta de personal” (Invisibles de Tetuán, 2019: 3).

El 15M en Tetuán, por su parte, ha logrado activar la autogestión en el distrito de Tetuán (De la Cruz, 2021b; Herrera-Pineda y Pereda, 2017) para responder a la diversidad de problemáticas agravadas con la crisis económica: la insolvencia alimentaria, la emergencia habitacional, la pobreza, pero también la soledad. Por su parte, asociaciones, ONG, parroquias y redes familiares o vecinales activan diversos recursos tanto formales como informales para responder a estos problemas. Por otro lado, Tetuán dispone de un rico tejido asociativo que trabaja múltiples áreas: educativas, recreacionales, culturales, formativas, etcétera (AA.VV., 2019). Sin embargo, la participación en asociaciones es

baja y se sitúa en la media de la ciudad de Madrid en torno al 14% (Ayuntamiento de Madrid, 2019)

4.3. Narrativas que recrean el espacio

La imagen de Tetuán es una construcción múltiple que va cambiando a través del tiempo. Los modos en que se representa y se percibe este espacio son productos de la historia. Es decir, acompañan la evolución de una sociedad española cada vez más compleja, que ha experimentado en pocas décadas procesos de fuerte impacto sociocultural y económico. Particularmente, dos procesos históricos permanecen de fondo moldeando la imagen de Tetuán. Por un lado, la construcción de la gran metrópoli como ciudad dual y, por otro lado, los ciclos de acumulación y desposesión propios de una economía capitalista.

Los vaivenes en la economía española, entre crecimiento y crisis económicas, han dado lugar a fuertes altibajos entre demanda y oferta de trabajo poco cualificado, generándose periodos de mayor accesibilidad al trabajo seguidos de aumento del desempleo y de una mayor precarización de las condiciones salariales y laborales (Observatorio Metropolitano de Madrid, 2008; 2015). La inversión económica en áreas específicas como el territorio de Tetuán, así como la migración, primero nacional y más tarde internacional, han ido marcadas por la centralización de las ciudades como núcleos de riqueza. Pero se trata de una riqueza basada en la acumulación y en la desigualdad (Harvey, 2004a, 2012; Sassen, 2015). De ahí que fenómenos como la especulación inmobiliaria se hayan vuelto decisivos en la evolución de la ciudad. En efecto, en territorios como Tetuán la especulación inmobiliaria ha intensificado la mercantilización del suelo urbano, provocando una reconfiguración profunda del paisaje urbano y una expulsión paulatina de sus habitantes (De la Cruz, 2020; 2021ac).

Este contexto de alta complejidad social se entiende desde múltiples representaciones, que lejos de ser neutrales, han sido y siguen siendo construcciones políticas e ideológicas. Se trata de representaciones que inciden en la vida cotidiana del vecindario, pues logran expandir o limitar determinadas posibilidades. En última instancia estas construcciones discursivas revelan un conflicto sociopolítico expresado en la cotidianidad de las prácticas sociales y usos del espacio, que disputa tanto el nombrar como el existir en la ciudad. Un análisis

diacrónico permite ver este aspecto cambiante, y a veces recursivo, de la imagen de Tetuán, cuyo trasfondo es una construcción política de la ciudad. En particular, en este estudio observo la permanencia de una disyuntiva entre “ciudad desde arriba” y “ciudad desde abajo”, que para el caso de Tetuán traduzco mejor como “Tetuán objetivado” y “Tetuán subjetivado”. Se trata de dos construcciones discursivas especialmente conectadas con las transformaciones sociales, económicas y urbanísticas de la ciudad de Madrid, y con un fuerte componente territorial. Ambas construcciones se distinguen por una diferente topología en la producción discursiva. Mientras el “Tetuán objetivado” se produce desde una cierta “exterioridad” al vecindario y prescinde en buena medida de vivencias cotidianas significativas para vecinos y vecinas, el “Tetuán subjetivado” surge desde el propio interior del vecindario y logra dialogar con distintas cotidianidades creando narrativas más diversas y complejas. Se trata de dos maneras de representarse y de construir el espacio social.

4.3.1. El Tetuán objetivado: estigma e intervención

Lo que denomino “Tetuán objetivado” responde a un complejo proceso discursivo que se caracteriza por dos dinámicas. Por un lado, el estigma como mecanismo de cosificación y neutralización y, por otro lado, la intervención como lógica asimétrica de planificación urbana. Ambas dinámicas están estrechamente conectadas y reproducen una sistemática invisibilización de la diversidad y complejidad social. Llamo “objetivado” a este proceso por su marcado interés en la imagen y por la similitud con la “captura” fotográfica, que encierra y cristaliza un momento concreto para obtener imágenes duraderas. Su semejanza con el mecanismo fotográfico radica en la exterioridad y distanciamiento frente a un “objeto”, en el encuadre y reducción de una imagen y en la producción mecánica y repetitiva posibilitada por un artefacto tecnológico. Es decir, es “objetivado” porque se trata de una realidad simplificada que entra en un circuito de producción masiva, operando bajo dinámicas industriales como la producción en cadena.

El proceso de estigmatización en Tetuán, si bien es de gran actualidad, es un proceso prolongado en el tiempo y llamativamente proyectado de manera exclusiva sobre la zona izquierda del distrito. La imagen de Tetuán reproduce una diferenciación territorial que va delineando fronteras físicas y simbólicas entre un

Tetuán empobrecido y un Tetuán de clases altas. Esta construcción muestra una regularidad a lo largo de la historia de Tetuán. La zona derecha se representa a través de una imagen positiva que destaca sus transformaciones urbanísticas y socioeconómicas. Mientras que, por el contrario, la zona izquierda queda representada bajo procesos de estigmatización, centrados todos ellos en características sociales de sus pobladores.

La zona derecha se representa como un Tetuán moderno, primero como emblema del desarrollismo durante el franquismo, y más tarde como horizonte de ciudad global. Es expresivo por ejemplo que el diseño arquitectónico del complejo comercial Azca, construido en la década de los 60, se inspirara en la gran manzana de Nueva York y que la propaganda franquista proyectara este conjunto de rascacielos como símbolo del “desarrollismo”, época en que se inició la apertura hacia el mercado inmobiliario (Calvo, 2018; Díez de Baldeón y López, 1987). Esta zona fue prolongándose en las siguientes décadas con la creación de nuevos puntos financieros al norte del distrito y en los límites inmediatos a Tetuán. Primero Plaza Castilla, con el complejo llamado expresivamente “Puerta de Europa” construido en la década de los 90, y actualmente con los rascacielos en plena expansión del complejo financiero “Madrid Nuevo Norte”. La zona derecha de Tetuán, desde su propia planificación, está envuelta en una narrativa donde la propaganda política y un alto interés mediático enfatiza la novedad y la inversión económica como signos de progreso.

Se trata de un proceso que comienza en el franquismo y que se extiende hasta la actualidad. La propia prolongación de la Castellana fue un proyecto diseñado como ensanche de Madrid, que modificara el paisaje de manera radical para dar continuidad a la ciudad moderna en expansión. Para ello el gobierno franquista expropió terrenos donde se ubicaban viviendas, huertos, descampados y pequeño comercio (Calvo, 2018) y proyectó sobre esta zona un diseño urbanístico de carácter fuertemente clasista e ideológico que uniera lo residencial y lo comercial-financiero con la monumentalidad fascista¹⁰. La Castellana se configuró como la arteria

10 En Plaza Castilla, en el centro de la llamada “Puerta de Europa”, aún se mantiene un monumento franquista a Calvo Sotelo, incumpliendo así la Ley de Memoria Histórica que obliga a retirar símbolos franquistas y de exaltación de la Guerra Civil. Se trata de un político conservador,

principal que cruza de norte a sur la ciudad de Madrid y sus alrededores se transformaron en zonas privilegiadas, nicho residencial y comercial de las clases altas. Actualmente, ocurre de manera similar con el proyecto “Madrid Nuevo Norte” en plena expansión a escasos metros de Tetuán. Este plan urbanístico será el enclave más importante de empresas multinacionales, y albergará incluso un centro comercial de lujo o una universidad privada.

Como figura en su propia página web, el proyecto “Madrid Nuevo Norte supone la mayor intervención de regeneración urbana de Europa”¹¹. Su ambición es “posicionarse entre las grandes capitales del siglo XXI” convirtiéndose en la ciudad financiera más importante de Europa. Sin embargo, la experiencia de otras ciudades revela el carácter especulativo de este tipo de operaciones (Sassen, 1999), por lo que previsiblemente buena parte de los inmuebles construidos, especialmente oficinas, quedarán vacíos, al no responder a necesidades reales de la ciudad de Madrid. A pesar de ello, esta zona de Madrid se construye simbólicamente como un punto que mira hacia el futuro, que dirige la mirada y la evolución de la ciudad. Su lema es “Un legado para el futuro” y toda la narrativa desplegada en torno a este proyecto enfatiza “las nuevas oportunidades para toda la ciudad”, incidiendo en argumentos como la generación de trabajo, la sostenibilidad, mediante construcción de zonas verdes o el compromiso social, mediante construcción de vivienda protegida.

De manera contraria, el margen izquierdo de Tetuán históricamente no ha tenido la planificación ni la construcción simbólica que presenta la zona derecha. A diferencia del Tetuán del margen derecho, que fue proyectado por las instituciones con un diseño urbanístico ajustado a las necesidades de sus pobladores, el Tetuán izquierdo junto con Ventilla al norte, se fue fraguando con mayor espontaneidad e informalidad, al igual que gran parte de Madrid con “miles de casas con patio diseminadas sin ningún trazado específico. Aunque los planes urbanísticos del siglo XIX trabajaran en crear un plano ordenado de Madrid, la mayor parte del Extrarradio y los pueblos de la periferia, incluyendo Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias,

cuyo asesinato en 1936 polarizó el escenario político y precipitó el golpe de Estado liderado por Francisco Franco contra la República, que dará lugar a la Guerra Civil. La simbología franquista llama a este personaje “primer mártir de la cruzada”.

¹¹ <https://distritocastellananorte.com/el-proyecto/> Consultado en 3 de septiembre de 2021).

van a mantener esta configuración hasta finales del siglo XIX (Calvo, 2018: 14). “No es hasta la primera década del siglo XX que empieza por fin a hablarse de vivienda social. El urbanismo da un paso más allá en sus objetivos de abrir grandes vías de comunicación y empieza a plantearse la necesidad de construir casas dignas, higiénicas, luminosas y bien aireadas para los obreros” (Calvo, 2018: 79). Las leyes de Casas Baratas de los años 1911, 1921, 1924 y 1929 promoverán la construcción de vivienda obrera unifamiliar asequible. Sin embargo, más tarde vendrá la Guerra Civil y la reconstrucción de los barrios:

Las diferencias sociales se radicalizaron y el Extrarradio, con la acumulación de los problemas y la nueva oleada de inmigración del campo a la ciudad, se convirtió en un cinturón de viviendas insalubres. En el ayuntamiento había arraigado la idea de que se necesitaba una reforma a fondo, consistente en tirar casas y manzanas, incluso barrios enteros, y abrir grandes vías de comunicación dignas de una población moderna (Calvo, 2018: 85).

Desde sus orígenes la ocupación física y social del espacio es lo que ha dado derecho a los pobladores de la zona izquierda a permanecer en ella. La autoconstrucción de viviendas, por ejemplo, aunque con materiales de baja calidad, garantizaba a aquellos migrantes del campo recién llegados a la ciudad cierto cobijo, pero también la posibilidad de que sus asentamientos no fueran derribados. En la actualidad una vez más la presencia vecinal en el barrio, especialmente de aquellas personas en situación de exclusión, es una situación disputada económica y políticamente. Por ello, se activan distintos mecanismos para permanecer en el territorio, como la paralización de desahucios o la *okupación* de viviendas vacías, especialmente de entidades bancarias o de instituciones públicas. Este territorio atravesado por la precariedad y el desempleo ha sido el foco de lo que llamo “Tetuán objetivado”. A lo largo de su historia aquí se ha generado una doble producción de estigma y de intervencionismo, que desatiende los intereses y necesidades de sus pobladores. Dos casos paradigmáticos se han vivido en las últimas décadas en los dos extremos de este territorio: al norte, en el barrio de la Ventilla, y al sur en el barrio de Bellas Vistas.

Ventilla: entre marginalidad y gestión de la pobreza

En los años 80 La Ventilla experimenta un fenómeno de gran impacto territorial, generado por el consumo y tráfico de heroína que se extendió entre la población

joven. Durante esta década este problema se generalizó en barrios obreros de toda España, e hizo estragos en una generación de jóvenes, que o bien murieron, pasaron por prisiones, o quedaron enfermos y sin perspectivas de futuro (Valiente, 2001). La modernización que prometía la recién estrenada democracia no llegó a estos barrios que experimentaron un fuerte desempleo, y especialmente no llegó a estos jóvenes que quedaron excluidos permanentemente de la economía de mercado y de una socialización fluida con su entorno. La Ventilla tuvo que vivir este drama social con el peso de convertirse el barrio entero en una zona estigmatizada por la inseguridad y la delincuencia, narrativa que si bien atenuada, sigue operando en la actualidad. Estos discursos además invisibilizaban las raíces del problema y culpabilizaban a las víctimas, tanto a jóvenes como a sus familias.

Si atendemos la historia de la Ventilla observamos la permanencia de un imaginario estigmatizante que se proyecta continuamente sobre la Ventilla. Se trata de diversos procesos de marginalidad que moldean recursivamente el imaginario del barrio. Primeramente, con los traperos que desde temprano bajaban a Madrid con sus carretas tiradas por caballos, burros o mulas, para rebuscar objetos en las basuras con el fin de volverlos a poner en circulación en mercadillos o pequeños puestos. Así decía un artículo de prensa en 1927: “Pisándole la sombra a un carrito, del que tira un borriquillo más harto de palos que de paja, hemos llegado a Tetuán, este pueblo epílogo mugriento de Madrid. En las ramas de los ateridos arbolillos de la carretera ya vemos colgados algunos harapos” (Romano, 1927, citado en Calvo, 2018: 116). Este oficio estaba presente en Tetuán en general, de hecho, era el origen de referencia para hablar de los traperos que andaban por Madrid recogiendo basura. Sin embargo, especialmente desde mediados del siglo XX poco a poco se va vinculando a la Ventilla, donde perdura por más tiempo este oficio, asociando esta vez el imaginario de la pobreza y de la marginalidad a esta zona del distrito. Pero en la historia de la Ventilla la imagen de marginalidad se da principalmente con la situación de chabolismo de una parte importante de su población y más específicamente, con el fenómeno de la heroína, que lo que hará es intensificar un proceso de estigmatización que se reproduce en los extrarradios de las ciudades industriales de España (López, 2018). Además, este problema agudizó una separación física y simbólica que ya se daba desde sus inicios, cuando la barriada estaba físicamente separada de Tetuán y la calle Bravo Murillo operaba como

frontera. Es decir, el estigma de la heroína tiene una consecuencia importante que es resaltar la posición de la Ventilla, situándola en el mapa, segregándola o marcándola, enfocándola, en última instancia, como lo haría el objetivo de una cámara.

La posición de la Ventilla, yuxtapuesta a áreas financieras, ha resaltado aún más esta idea de marginalidad, lo que ha convertido a este barrio en una zona especialmente vulnerable a intervenciones sociales, urbanísticas y económicas. A partir de los años 80 este barrio experimentó la renovación urbanística más importante de un barrio en toda España, a través del “Plan de Barrios de Remodelación” (Palacios, 2007), un proyecto de intervención urbanística, que se dilató en el caso de la Ventilla durante décadas. Previamente la Ventilla era una barriada de casas bajas, con zonas comunes, que aglutinaba una intensa vida vecinal. El barrio actual ha perdido la mayor parte de su patrimonio histórico y cultural, y las casas bajas se han sustituido por bloques de pisos en manzanas cerradas, con escasas zonas comunes y de esparcimiento, condensadas como “zonas verdes” fuera del entramado del barrio. El chabolismo y la infravivienda constituían los mayores problemas que enfrentaba el vecindario, por lo que las movilizaciones vecinales de finales de los años 70 reivindicaron el derecho a una vivienda digna e infraestructuras urbanas. Sin embargo, la remodelación urbana partió de una planificación vertical que marcó una fractura con la historia de este espacio, desvirtuando las necesidades de sus habitantes y ahondando en una oposición entre modernidad y atraso.

Esta historia de transformaciones urbanísticas se ha reproducido a gran escala en todo el Tetuán obrero y ha fragmentado las relaciones vecinales, generalizándose la sensación expresada en una frase reiterada: “los vecinos se han ido encerrando en sus casas”. De esta manera, los procesos de soledad se han ido incorporando como parte del paisaje cotidiano. Paulatinamente ha ganado terreno la percepción de indiferencia e incomunicación cotidiana (“cada uno va a lo suyo”, “no conoces ni a tus vecinos del bloque”) y una dificultad cada vez mayor de generar lazos vecinales cercanos (“como mucho te dices hola, buenos días, y eso en los mejores casos”). Esta percepción se extiende al vecindario en general, pero resulta especialmente perjudicial en situaciones de vulnerabilidad, en particular, en situaciones de inestabilidad socioeconómica o socioafectiva.

Otro tipo de intervención urbanística también ha tenido lugar en la Ventilla, a través de la construcción de vivienda social que se concentra en esta zona del distrito. Aquí pasaron a vivir familias realojadas, tanto del propio barrio cuyas viviendas habían sido expropiadas, como personas de otras zonas de Madrid, con diversas situaciones de vulnerabilidad social. Así, la Ventilla de las últimas décadas es un mosaico de colectivos diversos, pero en cierto modo, segregados. Alberga a personas que se han asentado en el barrio por su ubicación privilegiada con respecto a Madrid, pero también personas mayores con arraigo en el barrio. Y en este conjunto, el arraigo o desarraigo con el barrio es más complejo entre personas migrantes del sur global y personas de etnia gitana, que pueden experimentar situaciones como la discriminación o mayores dificultades económicas y políticas. Todo ello deja un escenario altamente heterogéneo y de gran complejidad para la convivencia vecinal, pues los lazos sociales son débiles y las interacciones vecinales son más bien puntuales (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016).

La concentración de vivienda social en Ventilla es la continuación de otra intervención de tipo social y cultural que se lleva perpetuando durante décadas en el barrio. En unas pocas calles se concentran entidades de corte asistencial, principalmente orientadas al trabajo de problemáticas de migración y pobreza, cuyos destinatarios en su mayoría son personas de cualquier zona de Madrid. Hoy en día se pueden observar largas colas de personas, buena parte de ellas racializadas, esperando en las puertas de entidades e instituciones situadas en el barrio. Así, el estigma de la pobreza y de la marginalidad sigue moldeando parte del imaginario de la Ventilla, lo que agudiza su oposición con el núcleo de opulencia más importante de Madrid. Asimismo, estos contrastes abren todo un abanico de posiciones sociales y políticas en torno al paisaje físico y social. Esta diversidad de posiciones o bien reproduce procesos de fragmentación o bien es la base desde donde se tejen cosmovisiones comunes. Los vecinos y vecinas de este barrio se sitúan desde quien defiende este territorio frente a la especulación, hasta quien da la bienvenida a la ciudad financiera, al ver oportunidades en la proximidad física, específicamente a través de la revalorización del precio de la vivienda.

Como ya sucedió en la década de los 80, la actual planificación urbana no responde a las necesidades sentidas del conjunto de la población, y de manera

particular, no responde a quienes viven situaciones de emergencia social. La alineación de las políticas urbanísticas con los intereses de grandes empresas se pone de manifiesto en un paulatino trasvase de fondos públicos hacia entidades privadas. En el año 2013, el Instituto de Vivienda de Madrid (IVIMA) organismo dependiente de la Comunidad de Madrid, vendió al fondo de inversión transnacional Goldman Sachs casi 3000 viviendas de protección social, cientos de ellas situadas en el barrio de la Ventilla. A los pocos meses los antiguos inquilinos eran expulsados de sus casas por la subida del alquiler y el precio de estas viviendas duplicaban su valor en el mercado inmobiliario. En 2019 el Tribunal Supremo de Justicia de Madrid (TSJM) anuló dicha operación, porque no estaba justificado que no fueran necesarias dichas viviendas. Simbólicamente se identifica a estos fondos de inversión con el expresivo nombre de “fondos buitres”. Estas entidades son percibidas como aves carroñeras que se alimentan de los restos de un cuerpo muerto. Son interesantes este tipo de imágenes, pues denotan procesos altamente complejos en la cotidianidad: la simbología colectiva ha sido capaz de representar lo que identifica como un escenario de muerte, de cuerpos en proceso de *descomposición* y de animales oportunistas que aprovechan los restos. Es interesante porque esta metáfora de los carroñeros como agentes que expulsan a habitantes de las ciudades (volviéndolas espacios muertos, o espacios que no promueven la vida) está presente a nivel internacional (Vigueras, 2015). Narraciones como éstas tienen un trasfondo real, por ejemplo, la operación de Goldman Sachs constituye la mayor inversión de activos residenciales de esta empresa en España, que es ya uno de los agentes extranjeros más activos protagonizando importantes operaciones financieras (Calatayud, et al., 2021). La infradotada vivienda pública deja así desatendidas situaciones de emergencia social y traslada recursos públicos hacia organismos financieros agravando la crisis habitacional mediante mayor especulación.

De esta manera, la historia vuelve a repetir el patrón de desigual inversión y segmentación socioespacial iniciado con La Castellana. Grandes operaciones inmobiliarias como la venta de vivienda protegida a Goldman Sachs o proyectos como Madrid Nuevo Norte acentúan el abandono de situaciones de emergencia social y la evolución del espacio hacia una elitización y encarecimiento del suelo urbano. La planificación urbanística sigue reproduciendo la histórica asimetría entre dos *Tetuanes* no reconciliados. El respaldo económico, político y mediático va

orientado hacia los intereses de las rentas altas y se concentra en estas grandes operaciones urbanísticas, que se envuelven con argumentos de generación de empleo y de crecimiento económico. De este modo, el trabajo, vivido como carencia y necesidad cotidiana, queda construido como potencialidad futura asociada a estos proyectos, especialmente empleos de baja cualificación relacionados con la construcción o con los servicios. Estas expectativas de trabajo en gran medida neutralizan el conflicto que provoca la acumulación de riqueza en unos pocos agentes económicos, y consolidan el respaldo popular a políticas de corte neoliberal.

La falta de acceso a una vivienda digna no logra respaldo ni político parlamentario (aún en el año 2021 sigue sin aprobarse) ni económico, pues el parque de vivienda pública es a todas luces insuficiente. Incluso la cobertura mediática de estos casos es minoritaria, y en muchos casos, sesgada y superficial. Simultáneamente la criminalización de la pobreza opera en varios espacios, ya sea desde discursos mediáticos, instituciones públicas o el propio vecindario. En todos ellos se reproducen prejuicios y estereotipos que culpabilizan a las personas por su propia situación de pobreza, pero también reproducen dinámicas de control que fiscalizan con especial atención los medios precarios con los que sobreviven estas personas (Mesa, 2019). El estigma de la pobreza, reproducido también en juicios y valoraciones sobre la voluntad o esfuerzo de las personas se complejiza en el caso de personas extranjeras, dando lugar a narrativas xenófobas que hablan de “invasión”, de “llevarse todas las ayudas” o de “quitar el trabajo a los españoles”. De este modo, estigma e intervención son dos elementos estrechamente conectados, que consiguen perpetuar una lógica de desigualdad socioeconómica y territorial. Se podría decir que, en efecto, dentro de la gran diversidad del paisaje, afloran dos Tetuanes, expresados en las dos caras de la pobreza: una zona, tanto simbólica como material, donde se padece el desempleo y la precariedad, y otra zona donde se vive la abundancia y se concentra la riqueza (y las posibilidades, al menos como potencialidades, de empleo).

Bellas Vistas: entre criminalización y especulación

En la actualidad el “Tetuán objetivado” se manifiesta expresivamente en torno al barrio de Bellas Vistas. Se trata de un barrio multicultural de gran vitalidad, caracterizado por su comercio local activo y su uso cotidiano y lúdico de la calle.

Bellas Vistas alberga la colonia dominicana más grande de Europa y la mayor tasa de población joven del distrito. Pero también, al igual que otros barrios de Tetuán, Bellas Vistas presenta altos índices de paro, y situaciones de exclusión como emergencia habitacional, insolvencia alimentaria, falta de ingresos (Invisibles de Tetuán, 2019). En los últimos años se ha activado en torno a este territorio un proceso de criminalización hacia su población extranjera, en particular hacia vecinos y vecinas de origen dominicano, reproduciendo alarmas sobre la generalización de la inseguridad y violencia en Tetuán y sobre la propagación de “bandas latinas”, entendidas como propagadoras del crimen. Estos discursos tienen eco entre figuras mediáticas, especialmente representantes políticos, periodistas y personajes televisivos, y en menor medida, aunque también presente, entre el vecindario. El colectivo neonazi “Hogar social”, ubicado por varios años en el barrio de Castillejos, ha instigado a la xenofobia entre el vecindario de Bellas Vistas, hasta que ha tomado mayor repercusión el partido político Vox y sus simpatizantes.

La imagen difundida masivamente sobre Bellas Vistas o sobre el Tetuán obrero es la de una zona inhabitable donde el crimen, la delincuencia y la violencia imposibilitan la vida diaria. Es significativo el grado de distorsión de estos mensajes con respecto a la cotidianidad del vecindario. Este “Tetuán objetivado” omite especificar que la tasa de delincuencia en Tetuán se sitúa en la media de Madrid y por debajo de distritos colindantes como Chamberí o Chamartín, de los que no se resalta esta problemática. Según los estudios recopilados por la Comisión de Estudios de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales (2018: 119; 2020: 22), entre la población de Tetuán la percepción de peligrosidad y degradación del entorno es mayor de lo reflejan los datos comparados de criminalidad en la ciudad de Madrid. Tampoco se refleja la naturaleza de los delitos, principalmente constituidos por hurtos y menudeo (venta de pequeñas cantidades) de drogas. Otro de los conflictos estrechamente relacionados con la convivencia vecinal son la suciedad de aceras y mobiliario urbano y los ruidos padecidos en las viviendas, por actividades en el espacio público o en viviendas particulares, lo que generan desencuentros cotidianos entre el vecindario. Sin embargo, todas estas situaciones, incluida la delincuencia, también se viven en otras zonas de Madrid donde incluso se dan de manera más intensa, como la zona Centro, sin generar el interés mediático generado en torno a Tetuán. Cabe señalar que además problemáticas de

hacinamiento o limpieza de lugares públicos se dan especialmente en zonas con rentas bajas de Madrid.

Cuestiones como el desempleo, la carencia de ingresos, la insolvencia alimentaria o la falta de vivienda digna y asequible o bien son omitidas o bien no logran la presencia mediática que generan los casos de desencuentros entre vecinos o vecinas, especialmente los más violentos o llamativos (AA.VV., 2017). La complejidad de la cotidianidad vivida en esta zona de Tetuán queda emborronada bajo titulares como el que publicó en 2017 un programa de televisión de gran audiencia: “Tetuán, el barrio más peligroso de Madrid: asesinatos, drogas, reyertas y okupación”¹². Los primeros segundos del reportaje ya son significativos para comprender el nivel de alarma que reproducen: “Bandas latinas. Santerías, locutorios, casas de envío de dinero... son algunos de los negocios que proliferan en la zona, además de la droga”. Se trata de un discurso claramente estigmatizante donde lo desconocido o “extraño” se trata directamente como peligroso y donde se mezclan elementos diversos para crear un estado de opinión. Este tipo de producciones mantiene oculta una diferencia entre sensación de inseguridad e inseguridad real en el vecindario, sobredimensionando el conflicto e invisibilizando los esfuerzos cotidianos del vecindario por crear bienestar colectivo. Estas narrativas en último término logran intensificar la sensación de inseguridad y fragmentar al vecindario.

A pesar de la intensa presencia mediática de estos mensajes, parte del vecindario es muy hábil en representarse los mecanismos subyacentes a estas producciones discursivas. En una conversación sobre las noticias difundidas en los *mass media* sobre el barrio de Bellas Vistas, una vecina de este barrio sentenció: “tienen las lentes manchadas y sólo ven una cosa”. En efecto, el estigma produce y expande una visión sesgada y distorsionada de la realidad. La construcción del

12 Se trata de un *magazine* matutino en la cadena más vista de televisión durante ocho años consecutivos (2012-2020), donde se mezclan entrevistas y “tertulias” y se presenta la actualidad ya sea política, sobre personas famosas o *celebrities* y sobre los *realities* de la cadena. Los reportajes sobre Tetuán han incidido en reyertas magnificando su presencia y gravedad. Este reportaje en concreto se emite en plena controversia sobre la implantación de cámaras de vigilancia en el barrio <https://www.telecinco.es/elprogramadeanarosa/Tetuan-peligroso-Lavapies-asesinatos-okupacion-2-2476455146.html>

“Tetuán objetivado” de manera simultánea crea un mensaje y elimina otros. Excluye estratégicamente del discurso los problemas más cercanos y preocupantes para la mayoría de los pobladores de este barrio y del conjunto del Tetuán obrero. Especialmente notorio son las escasas referencias al crecimiento de la desigualdad o al urbanismo practicado en esta zona de Tetuán, con directas consecuencias para la vida cotidiana. En particular, la infradotación de espacios de encuentro y de esparcimiento y las condiciones precarias o de exclusión, tanto habitacionales, laborales, como existenciales en las que vive gran parte del vecindario (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020). Todas estas problemáticas lejos de ser secundarias son fundamentales para entender el conflicto y la convivencia vecinal, pues inciden en cuestiones como el ruido, el uso del espacio público, el fracaso escolar, la economía informal o la ocupación de viviendas.

La imagen de un Tetuán peligroso y violento se reproduce también en los foros institucionales, lo que acaba incidiendo en la planificación urbana. En 2017 el pleno de la Junta de Tetuán liderado por el partido Ahora Madrid aprueba la instalación de cámaras de videovigilancia en Bellas Vistas tras una propuesta del Partido Popular (PP) y Ciudadanos (C's). En 2019, el nuevo gobierno del Ayuntamiento de Madrid (PP) diseña un plan de videovigilancia que trasciende Tetuán y se extrapola al distrito de Vallecas, igualmente castigado por el desempleo y la precariedad, y donde también se estigmatizan situaciones como la migración internacional, la ocupación de viviendas o la presencia de etnia gitana. Este plan será ejecutado en 2020, está dotado de un presupuesto de casi un millón de euros y se justifica presuntamente en reivindicaciones vecinales. Sin embargo, en el caso de Tetuán las demandas de implantación de cámaras de videovigilancia no afloran desde el movimiento asociativo sino más bien desde un malestar en cierto modo difuso: en ocasiones responde a situaciones reales de conflicto, pero en su mayoría responde a una percepción de mayor inseguridad que no se corresponde con situaciones reales vividas, y que en buena medida están permeadas de rumores y prejuicios. Las reivindicaciones vecinales frente a la problemática de la seguridad en Tetuán han demandado continuamente y de diversas maneras (manifestaciones, mesas de trabajo, actividades culturales, movimiento asociativo, etc.) políticas de prevención de la xenofobia y atención a las situaciones de emergencia social, especialmente las habitacionales.

Resulta significativo cómo determinadas demandas vecinales, con escasa coherencia y organización vecinal, consiguen no sólo repercusión mediática sino actuaciones económicas de gran envergadura, mientras aquellas con mayor desarrollo y relacionadas con situaciones de emergencia social no sólo son desatendidas sino también bloqueadas y silenciadas. Por ejemplo, la comisión de Derecho a la Alimentación de la Mesa contra la Exclusión trabajó durante meses en un proyecto pionero en Madrid para la creación de una tarjeta para compra de alimentos no perecederos, destinada a colectivos en riesgo de exclusión. Esta comisión desarrolló una serie de propuestas pormenorizadas, fruto del diálogo con los servicios sociales. Consiguieron incluso adaptarse a una serie de “dificultades técnicas” volviendo a ofrecer alternativas y medidas concretas. Sin embargo, durante todo el proceso la burocratización y las dinámicas de jerarquización actuaron como bloqueo constante, hasta el punto de infrutilizar partidas presupuestarias ya existentes o de jerarquizarse por completo las decisiones en profesionales de servicios sociales.

La construcción del “Tetuán objetivado” no se limita al plano simbólico sobre el espacio, sino que produce un “Tetuán intervenido” con claras repercusiones materiales para el conjunto del territorio. De esta forma, el Tetuán más diverso y castigado por la desigualdad es transformado, ya sea por vigilancia y autoritarismo, ya sea por otros mecanismos como la mercantilización del espacio urbano o la desatención a situaciones de emergencia social. Ruiz (2019) pone de relieve la necesidad de analizar los discursos sobre peligrosidad e inseguridad ciudadana en términos de clase, pues se revelan construcciones sobre *clases* peligrosas. Por otro lado, estos procesos a gran escala, activados tras campañas mediáticas de estigmatización, siguen un patrón específico que se basa en la homogeneización de la realidad, lo que permite cosificarla y más tarde gestionarla también de una manera uniforme (Franquesa, 2007). Bajo este patrón aparecen dos dinámicas simultáneas en el territorio de Tetuán. El “Tetuán obrero” se construye como un lugar inhabitable y del que es deseable escapar, al tiempo que pasa a entenderse entre agentes inmobiliarios como un “Tetuán financierizable”.

Bellas Vistas, en concreto, está situada muy próxima a áreas económicas estratégicas de la ciudad de Madrid. En los últimos años zonas como éstas se han

vuelto especialmente atractivas para agentes financieros y transnacionales a través de grandes operaciones urbanísticas (De la Cruz, 2020; 2021ac). Asimismo, la subida del alquiler en toda la ciudad de Madrid ha presionado especialmente puntos como Tetuán, que han pasado a absorber a poblaciones expulsadas del centro, desplazando a su vez a las propias, y encareciéndose el alquiler en el distrito. Se trata del fenómeno de la gentrificación, un proceso de elitización del espacio, reproducido en distintas ciudades de España (Sorando y Leal, 2019) y del mundo, y en el que intervienen agentes políticos, económicos y mediáticos en estrecha sintonía (Smith, 2009, 2012). Mediante este proceso de transformación urbana, un espacio deteriorado y abandonado es revalorizado monetariamente, provocando un aumento del coste habitacional y la expulsión de sus antiguos residentes.

De igual manera ha sucedido con la juventud racializada de Tetuán, que se ha convertido en foco de criminalización bajo la idea de “bandas latinas”. Estos discursivos alarmantes sobre bandas latinas se reproducen en distintos barrios obreros de grandes ciudades como Madrid o Barcelona, sin embargo, no siempre se trata de agrupaciones peligrosas. La presencia en lugares públicos de jóvenes, especialmente aquellos racializados, con cierta frecuencia va acompañada de quejas por ruidos, desencuentros intergeneracionales o “cacheos” constantes por parte de la policía. Pero esto está relacionado en gran medida con un uso diverso del espacio público, que puede generar intercambios más o menos problemáticos con el resto del vecindario, como puede ser la música alta, la ocupación física del espacio, o el intercambio de bebidas o drogas. La escasez de espacios lúdicos adecuados a las necesidades de los jóvenes, el hacinamiento en plazas y lugares comunes, y la poca inserción laboral son clave para entender estos conflictos cotidianos. En el caso de bandas latinas como los Trinitarios, presentes en Tetuán, también es preciso un enfoque multidimensional que comprenda estos procesos en la interseccionalidad de distintas desigualdades. Enfoques de estas características permiten superar la mera criminalización hacia estos jóvenes y comprender los procesos que finalmente llevan a la reproducción de dinámicas violentas. La discriminación y los problemas de inserción cumplen un papel fundamental en la formación de estas agrupaciones:

nacen, se desarrollan en medio de la exclusión, los desplazamientos, las discriminaciones (racistas, culturales, clasistas, etc.), que señalan y denuncian con

desenfado; son expresión y forma de trámite del conflicto, silenciado o negado por las imágenes publicitarias de las sociedades del bienestar; acuden al expediente de la criminalidad, desafiando el orden establecido; paradójicamente, también son una estructura afectiva: se construyen en el encuentro y en la conversación cotidianos, enfrentando la soledad y el miedo ambiental; no se les puede reducir ni a héroes (o víctimas) ni a villanos (o criminales): no se les debe confundir con las bandas profesionales, organizadas, poseedoras de grandes medios económicos (cuya fuente más conocida es el narcotráfico) e inmensa fuerza armada [...] viven en un contexto violento: vecinos organizados en defensas urbanas, operaciones de limpieza, actores armados, delincuencia común, medios de comunicación y hasta la policía (Feixa, 2006: 25).

Llama la atención que una vez más, como ya ocurrió hace décadas en Ventilla, la exclusión del espacio se reproduzca principalmente sobre la juventud, mediante procesos de criminalización y estigmatización y una mayor vigilancia policial que invisibilizan la complejidad de sus situaciones vividas. Este tipo de producciones discursivas tiene consecuencias para la juventud en general. Al igual que en el conjunto de España, la juventud de Tetuán ha sido la más castigada por el desempleo y la precariedad, pero también el foco principal de la sociedad del hiper consumo. Esta combinación aparentemente irreconciliable conlleva tensiones cotidianas y vuelve al colectivo de los jóvenes especialmente vulnerable a las estrategias de mercado. Los jóvenes en Tetuán siguen haciendo uso de espacios informales como callejones, rellanos, plazas, escaleras, etc., como lugares de encuentro. Sin embargo, el proceso de precarización y criminalización, especialmente en el caso de la juventud racializada, ha producido una doble expulsión del espacio urbano. Ambas exclusiones tienen que ver con el modo en que habitamos las ciudades, con aquello que se denomina derecho a la ciudad. Por un lado, la expulsión de mayor calado se produce en un nivel generalizado, a través del proceso vital y laboral de estas personas. La juventud es la más castigada por el desempleo y empleo precario, que presenta en 2018 la tasa más alta con un 26% a finales de 2018, y en 2014 alcanzó casi un 45% (Invisibles de Tetuán, 2019), lo que unido al precio de la vivienda dificulta considerablemente independizarse de la vivienda familiar. Por otro lado, en los últimos años de la crisis económica, han proliferado una gran cantidad de salones de juego y apuestas en Tetuán (Pérez, 2019). Estos lugares aumentan la

vulnerabilidad de este colectivo, como denuncia el tejido vecinal, especialmente la Asociación Vecinal Cuatro Caminos, no sólo por el claro riesgo de ludopatía, sino por su diseño estratégicamente orientado a profundizar la desvinculación del tejido vecinal y familiar, hacia un espacio privado y mercantilizado.

Este tipo de negocios ha aumentado exponencialmente en zonas pauperizadas con la crisis económica, como Bellas Vistas y Berruguete en Tetuán, Orcasitas en el distrito de Usera, Carabanchel o Puente de Vallecas, todos ellos barrios con una renta per cápita inferior a 20.000 euros. Este tipo de negocios siguen una distribución territorial: “Predominan los barrios en los que la renta media de los hogares está por debajo de la media municipal. De ahí la acusada presencia en la zona sur, junto a Tetuán y Quintana” (Pérez, 2019: 2). Los locales están ubicados en su mayoría en zonas próximas a colegios y cajeros automáticos y atraen especialmente a hombres jóvenes, incluso menores de edad. En Tetuán, la presencia de estos locales suple en buena parte la escasez de zonas de esparcimiento, adecuadas a las necesidades de la juventud. Los soportales, las escaleras, los bancos, donde frecuentemente se reúnen personas jóvenes son sustituidos paulatinamente por estos locales, que exacerbaban la individualización masculina y la mercantilización de los espacios de encuentro. Aquí no sólo se celebra el deseo capitalista que equipara éxito al dinero, sino que éste se construye en un espacio hermético, donde se comparte tiempo de ocio, en una separación absoluta con el entramado vecinal (La linterna de Diógenes, 2019).

Precisamente este es el aspecto más preocupante de la construcción objetivada de Tetuán pues el estigma logra un doble objetivo, por un lado, invisibiliza la complejidad de la realidad cotidiana y por otro instrumentaliza una imagen para fines externos a la población. Significativo de ello son los salones de juego y apuestas que comienzan a propagarse en tiempos de crisis económica, y se potencian notablemente cuando la precariedad se ha establecido como la solución a la crisis económica, convirtiéndose en uno de los mercados más expansivos en los barrios obreros. De igual manera, los discursos estigmatizantes sobre la población migrada en el distrito se difunden con especial virulencia en torno al año 2015-2016, coincidiendo con las narrativas mediáticas de la “recuperación” de la crisis económica, momento en que empresas multinacionales y organismos financieros

entran de lleno en el mercado inmobiliario español y vuelven a dinamizar grandes operaciones urbanísticas en ciudades como Madrid o Barcelona.

Tetuán ejemplifica procesos de mercantilización de manera alarmante y su posición tan cercana con el proyecto “Madrid Nuevo Norte” lo hace especialmente vulnerable a transformaciones urbanísticas y socioeconómicas ajenas a las necesidades del conjunto del vecindario. Las lógicas subyacentes a la construcción del “Tetuán objetivado” en última instancia conforman las condiciones para producir un “Tetuán financierizable”. Se trata de un proceso que busca acercar cada vez más los extremos, donde el mercado es el nexo que une dos polos. Por un lado, un “Tetuán financiero” que ya practica una economía especulativa y que recoge permanentemente los beneficios de ello, y por otro, un Tetuán obrero y financierizable, aún por aprovechar como basto espacio de oportunidades para la especulación.

La participación vecinal como amenaza subversiva

Estigma, intervención y mercantilización se encuentran vinculadas de manera estrecha. Pero hay un proceso de estigmatización que refuerza de manera notable esta articulación de intervención y mercantilización, y que ante todo posibilita su perdurabilidad en el tiempo. Se trata del estigma hacia la participación vecinal, que permite entender con mayor profundidad el “Tetuán intervenido”, al operar como fondo para la reproducción de una gestión vertical y jerarquizada. El sociólogo Erving Goffman en su obra *Estigma: la identidad deteriorada* (1963) determinó las características de un proceso de devaluación pública sobre determinados sujetos o grupos sociales. Según este autor, el estigma es un rasgo o atributo por el cual determinadas personas son clasificadas dentro de grupos sociales determinados, que son menospreciados o rechazados. Se trata de procesos de categorización social que revelan jerarquías entre lo superior y lo inferior, generando respuestas negativas desde el grupo identificado como superior hacia el identificado como inferior; que van desde la devaluación, el juicio sobre lo inaceptable hasta el ostracismo.

En el contexto de Tetuán, lo que llamo “estigma de la participación” radica en un rechazo, presente ya sea entre el vecindario ya sea entre las instituciones públicas, a procesos de mayor democratización y apertura, en especial a aquellos

que requieren implicación y esfuerzo personal y colectivo a través de procesos deliberativos y asamblearios. Para entender esto hay que tener en cuenta una cuestión de fondo, que es la escasa participación asociativa en la sociedad española en general. La encuesta del Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (2017) hace una serie de preguntas sobre la participación asociativa. La pregunta número 14, dirigida a quienes nunca han pertenecido a ninguna asociación, permite elegir entre siete posibles razones. Como primera razón elegida predominan: la falta de tiempo; la no existencia de organizaciones que le motiven a la persona a participar; tener cosas más importantes que hacer, y no querer complicarse la vida. Como segunda razón predominan: tener cosas importantes que hacer, seguido de la falta de tiempo y de no querer complicarse la vida. Es interesante reparar en estas razones pues destacan claramente sobre otras elegidas de manera minoritaria, como razones económicas (que expliquen o influyan el no pertenecer a ninguna asociación), o creer que participar en organizaciones o asociaciones no sirve para nada. En cualquier caso, los resultados de esta encuesta muestran que la participación asociativa ocupa un papel secundario y más o menos distante de los intereses prioritarios en la vida cotidiana de ciudadanos/as. Para este estudio de manera particular llama la atención una razón: el “no querer complicarse la vida”, que está entre las primeras razones expresadas. Esta razón desde un análisis cualitativo tiene interesantes matices, desde los relacionados con la gestión del tiempo y las responsabilidades cotidianas, a otras de índole más profunda, relacionadas con los imaginarios políticos. Para comprender mejor las dificultades de la participación, veamos una de las experiencias observadas en Tetuán, que he llamado el “estigma de la participación”.

Entre parte del vecindario de Tetuán se une la escasa participación asociativa, presente en la sociedad española en general, con algunos procesos más o menos específicos que operan tanto a nivel local como a nivel nacional. Es el caso de la reproducción de actitudes y discursos sobrerrepresentados en los *mass media* (particularmente en los debates o “tertulias políticas”, de gran presencia televisiva), como el desinterés, el disgusto, el desprecio o incluso la sospecha y la desconfianza hacia procesos de participación ciudadana. Por un lado, opera una percepción de riesgo, como en el caso del movimiento de vivienda, al relacionarlo con la figura de los *okupas*, y particularmente al interpretar tanto a estas personas como al

movimiento en general como amenazas a la propiedad privada. Además, entran en juego una serie de prejuicios relacionados a ideologías políticas (“perroflautas”, “podemitas”, “bolivarianos”, “rojos”), que se especifican en vinculaciones al conflicto y al riesgo (“comunista”, no ser “pacífico” o fiable) y a una presunta falta de realismo, necesidad o seriedad (“utópicos”, “buenistas” que “no apuntan a lo importante”, que “no les gusta trabajar”). Por parte de las instituciones a nivel local, especialmente desde determinados sectores, se observa en la desconfianza y reticencias hacia lo diferente (lo “técnico” frente a vecindario, profesionales frente a activistas) o “alternativo”, asimilado esto último a una simbología política explícita (“extrema izquierda”, “activistas” o “los del 15M” para indicar un conocimiento no experto basado en ideología y en sectarismos). También se observa en dinámicas que reproducen conservadurismo y statu quo, a través del rechazo a modificar comportamientos o protocolos “establecidos”, legitimados como “normales” o “de toda la vida” (oponiendo “los que se dedican a la protesta, a la crítica” y quienes hacen “el trabajo serio, el real”).

Todo ello constituye en último término una neutralización del potencial político de la participación. La experiencia de la comisión de Estudios de la Mesa contra la Exclusión ejemplifica esto de manera significativa. He participado durante los cuatro años de recorrido de la Mesa y en particular en esta comisión, a través de la realización de un diagnóstico de la convivencia en Tetuán, que ha tenido una prolongada elaboración participada de más de dos años. En este proceso han participado de manera voluntaria muy diversas entidades y colectivos del distrito, convocando a cientos de personas en distintos encuentros. El diagnóstico buscó facilitar información rigurosa y sistemática sobre la convivencia en Tetuán, contrastada con la experiencia cotidiana del vecindario. Se trata de una iniciativa vecinal que ha indagado en la convivencia vecinal, como problemática de especial interés público, y que ha logrado reunir a entidades y colectivos con enfoques diversos, incluso aparentemente antagónicos, desde personas particulares, a asociaciones y entidades públicas y privadas, de corte sectorial, profesional, caritativo, religioso, de voluntariado, etc. que actúan en el distrito. Como fruto de este encuentro se han intercambiado distintas experiencias y puntos de vista significativos para comprender las dimensiones sociales, económicas, culturales y políticas presentes en los procesos de convivencia.

A pesar del reconocimiento hacia este proyecto desde distintos foros, vecinales, académicos y profesionales, este diagnóstico ha sido difamado por representantes políticos de la actual Junta de Tetuán. Así ocurrió con la actual presidenta de la Junta, que señaló este trabajo como “propaganda comunista”, como manera de desprestigiarlo. Además, atribuyó esta iniciativa a partidos políticos determinados. Sin embargo, este proyecto no ha sido predefinido por una doctrina política concreta, tampoco ha habido ningún tipo de financiación ni encargo político, sino que ha sido un proyecto de participación abierto y surgido de las bases vecinales. A lo sumo, como proyecto colectivo, en el que también participaba la Junta distrital, contamos con cierta afinidad en los planteamientos generales, pero en la práctica se revelaron grandes abismos y tensiones, tanto por la complejidad burocrática, como por las prioridades de la Junta distrital anterior. La única “colaboración económica” desde la Junta distrital de entonces consistió en que, como participante de la Mesa contra la Exclusión, facilitase algunas fotocopias de ejemplares de documentos a debatir colectivamente en los encuentros vecinales del diagnóstico. Igualmente facilitó el uso de sillas para disponer en una plaza, y el uso de algunos espacios públicos para el desarrollo de asambleas vecinales en fechas determinadas, en particular, la Biblioteca María Zambrano, el Centro Social Comunitario Josefa Amar, el Centro Sociocultural de Tetuán y una sala de la Junta Municipal (el resto de encuentros se llevaron a cabo en espacios vecinales como una asociación vecinal y un centro social). El nuevo gobierno de la Junta (liderada por el Partido Popular) rechazó hacer fotocopias de los resúmenes a debatir en las asambleas vecinales, por considerarlo trato de favor y para romper “el clientelismo” presuntamente instaurado (a pesar de que en la Mesa contra la Exclusión estaban presentes la mayoría de entidades de acción social del distrito, incluidos los servicios sociales), de modo que la difusión de estos borradores se hizo con donaciones voluntarias del vecindario y se asumió sin mayores dificultades. Todo el proyecto ha sido construido desde la voluntariedad. De hecho, el libro del diagnóstico, publicado como culminación de este proceso, fue fruto de un crowdfunding exitoso, publicado en internet (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020).

Todas estas narrativas de desprestigio forman parte de un estigma que se reproduce en distintas esferas. En este caso, a lo largo de su historia la Mesa contra la Exclusión provocó distintas reacciones, desde una mayoritaria sinergia e interés

entre el tejido vecinal y entidades del distrito, hasta cierto rechazo o reticencias desde algunos representantes políticos y técnicos de los servicios públicos. En particular, en estos últimos espacios este proyecto fue percibido tanto con interés desde numerosos profesionales, generándose múltiples nexos de colaboración y entendimiento mutuo, así como desde otros profesionales también fue percibido desde una cierta incomodidad, específicamente como “una cosa de activistas”, entendiéndose por ello algo indeseable que se procuraba evitar. En la actual legislatura esto se ha intensificado hasta el punto de rechazar la actual concejala (Partido Popular) su participación en el conjunto de la Mesa contra la Exclusión, bajo el argumento de no constituir este proceso un canal “oficial” de representación vecinal. De esta manera, tras cuatro años de participación, la Junta abandona este proyecto, y con ella, representantes políticos y técnicos de las instituciones públicas, que sólo participarán a título personal, si lo ven conveniente. De este modo, se tambalea un proceso basado en la participación de tres pilares: servicios sociales, responsables políticos y vecindario. Pero también se vuelven a cerrar herméticamente unas instituciones altamente jerarquizadas.

Esta decisión tomada unilateralmente por la concejala presidenta de retirar a la Junta del distrito de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán se justificó señalando la existencia de otros canales de participación como el centro comunitario del distrito o Foros Locales (que como hemos visto, finalmente han sido disueltos). Sin embargo, estos espacios de participación en Tetuán, si bien trabajan problemáticas similares, no tienen el componente horizontal de la Mesa, están fuertemente institucionalizados y tecnificados (sobre todo el primero) y tienen escasa presencia vecinal. Por otra parte, la reacción de la actual presidenta y de su equipo de gobierno hacia el diagnóstico colectivo sobre convivencia ha sido de desinterés, pese a las reiteradas invitaciones a participar como miembro importante de la Mesa. Es expresivo que las fuerzas políticas (partidos como el PP o Ciudadanos) que más preocupación y alarma han manifestado en torno a la inseguridad y los conflictos de convivencia en Tetuán no se interesen por un diagnóstico vecinal y participado sobre convivencia y conflicto en el distrito, que precisamente profundiza en estas problemáticas, contrastando la cotidianidad vivida en el vecindario.

A continuación, reproduzco un fragmento del Pleno ordinario de la Junta Municipal del Distrito de Tetuán, celebrado en la Junta distrital el día 6 de febrero de 2020 (Streaming Tetuán, 2020, 2h31m). En particular, se trata de la intervención de la concejala presidenta de la actual de la Junta de Tetuán, donde muestra su postura con respecto al diagnóstico participativo sobre convivencia realizado desde la Mesa contra la Exclusión. Reproduzco un fragmento extenso porque permite observar matices interesantes en torno al rechazo a la participación vecinal desde figuras de representación política, revelando ciertos abismos entre ciudadanía e instituciones públicas. Particularmente es un fragmento rico en matices para observar la construcción de lo diferente como subalterno. Es preciso comentar que el diagnóstico se ha basado en fuentes oficiales (como se detalla en el apartado de metodología de esta tesis), en publicaciones como libros, artículos científicos, informes oficiales, así como en técnicas cualitativas como entrevistas y un proceso participativo de Investigación Acción Participante. En el siguiente fragmento, la presidenta Concejala, Blanca Pinedo (Partido Popular) responde al vocal vecino, José Manuel Lorenzana (Más Madrid), que le pregunta sobre las acciones para luchar contra la pobreza en Tetuán y sobre su escaso interés por el diagnóstico de convivencia, al no acudir, por ejemplo, ningún representante de la Junta municipal a la asamblea donde se presentaban propuestas de mejora para la convivencia en el distrito de Tetuán. Éstas son las palabras de la actual concejala del distrito de Tetuán:

En primer lugar, hacía referencia Ud. a la colaboración institucional con la Mesa de... de la exclusión... social. Bueno, yo ya me he reunido con ellos. Tuve la ocasión de decirles que consideraba que como no tienen título jurídico y como no están constituidos como nada, que se incluyeran en el Foro Local o que se incluyeran en el Centro de Desarrollo Comunitario. Ellos han optado por seguir sin ese título, entonces yo esa colaboración institucional la haré a través de los mecanismos de participación existentes en el Ayuntamiento. Habla Ud. que el pasado 27 de enero no acudí a esa Mesa, pues sepa que no acudí porque estaba en urgencias con oxígeno... Mi equipo, que está aquí delante, trasladándome firmas precisamente a urgencias para no paralizar todo aquello que es fundamental. Por eso, por favor, le ruego que se interese antes.

En cualquier caso, usted habla de muchos datos, da siempre muchos datos de cuál es la situación en España, la situación en el distrito y todo lo hace en base a este informe (*lo muestra en alto a derecha e izquierda, se ven las fotos en la portada de las asambleas en La Enredadera y en la Biblioteca María Zambrano*), que luego les pasaré a todos para que se lo lean bien, un informe que es muy objetivo y muy riguroso, elaborado por profesionales y

sociólogos como bien me dijo usted, cosa que me llama la atención porque cuando dice que lo han elaborado profesionales y sociólogos, a mí me han dicho que es un documento **vivo** (*con énfasis*), **donde cualquier persona que quiera participar puede incluir cualquier comentario, con lo cual va no es sólo un documento de profesionales, es un documento vivo** (*baja la vista*).

Continuamos. Hablamos de que es un informe muy riguroso, con muchos datos muy concretos. Bien, está lleno de opiniones y de valoraciones. Hablan ustedes de la sanidad madrileña, que es desastrosa, ¡bien!, la sanidad de la Comunidad de Madrid ¡la mejor de Europa! Sí, en este informe (*lo señala con el dedo*), en la página 8, luego se lo paso. Hablan ustedes de datos reales... ¿Saben qué datos utilizan?: página 5, datos de 2014; página 7, datos de 2009, de 2010, ¡Han pasado 10 años, señores! O sea, que tan riguroso no es.

Pero es que además este mismo informe (*vuelve a airearlo*) estigmatiza permanentemente, página 11, página 12, página 14... hablan ustedes de barrios ricos, de barrios pobres... Miren (con cara de indignación), si no quieren estigmatizar no hablen de barrios ricos, de barrios pobres, porque eso lo único que genera es conflicto entre los ciudadanos. Pero voy más allá, porque hay más ¿eh?, página 15, ¡falsedad!, que la Comunidad de Madrid no establece unos metros mínimos de las casas de apuestas... ¡Mentira!: 100 metros, participé yo en la regulación que, por supuesto es mejorable y la vamos a mejorar desde la Comunidad y desde el Ayuntamiento, que es compromiso de todos los grupos.

Pero continuamos... continuamos con este magnífico informe. Hablan ustedes de la intervención policial (*con expresión de extrañeza*) y dicen en ese informe que la intervención policial... Atentos ¿eh?, que la intervención policial debe ser soporte subsidiario de la acción vecinal. ¡toma castaña!, pues miren, yo saben que les digo... que defendiendo absolutamente la labor que realiza la policía municipal, la nacional y la guardia civil y todas las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado (*aplausos de la bancada de la derecha*).

Continuamos, porque me quedan 24 segundos. Hablan ustedes (*hace aspavientos con las dos manos*) de autogestión vecinal..., hablan ustedes de que se quieren dar sus propias normas. Eso sí, que lo pague la Junta. ¡Hala!, la logística es de la Junta, pero ellos se autoorganizan (*ríe levemente*). A mí eso me suena a **anarquía, a comunismo y precisamente a procesos asamblearios**. Hablan ustedes de presionar, negociar, hábitos de resistencia, alzarse... ¡eso es confrontación!, eso es generar un conflicto en este distrito y yo desde luego no lo voy a permitir. Lo que sí voy a seguir haciendo es seguir trabajando por los Servicios sociales luchando contra la pobreza y apoyando a todo aquel que se encuentre en una situación de vulnerabilidad. Y ¿cómo?: desde la Junta, en democracia y a través del Ayuntamiento, no con tanta anarquía. Muchas gracias. (*Aplausos de la derecha*).

El estigma sobre la participación (específicamente deliberativa y asamblearia) no es mera retórica, sino que tiene efectos prácticos de gran alcance para la

ciudadanía, especialmente para aquella en situaciones de riesgo de exclusión social. Este tipo de narrativas perpetúan una forma específica de intervención social y urbana, de tipo tecnocrático, que se mantiene históricamente, y que es una forma de hacer ciudad y de construir espacio social. Las conexiones entre el “Tetuán objetivado” y el “Tetuán intervenido” son estrechas, se basan en el conocimiento experto y tecnificado, que legitima estos procesos bajo una idea de presunta neutralidad y objetividad. De este modo, las políticas públicas reproducen una exclusión sistemática a iniciativas ciudadanas que buscan ser parte de las soluciones a los problemas vividos entre el vecindario. En este caso además se trata de iniciativas que interpelan de manera constante a las instituciones públicas.

Por otro lado, el “Tetuán objetivado” tiene su concreción práctica sobre el espacio modificando el paisaje urbano, en un doble movimiento. Por ejemplo, la criminalización de determinados barrios de Madrid, como Vallecas o Bellas Vistas en Tetuán, ya ha producido una intervención de gran alcance en ambos barrios, basado en una mayor presencia policial y en un proyecto de videovigilancia con un presupuesto millonario, que ha instalado en el caso de Bellas Vistas 18 cámaras de videovigilancia en una decena de manzanas (Casado, 2021). Este tipo de intervenciones da voz (y altavoz) exclusiva a una parte del vecindario, cuyo malestar cotidiano puede ser real y por ello debe ser escuchado, pero también analizado para comprender sus múltiples razones. Además, su comprensión, tanto del problema como de las soluciones, es posible en relación con otro tipo de discursos y experiencias que no destacan la delincuencia como un problema y en cambio sí reconocen malestares cotidianos por falta de limpieza de calles y aceras, ruidos o desencuentros, lo que ha llevado al tejido vecinal a demandar constantemente el mantenimiento y creación de espacios nuevos y adecuados para el disfrute y el uso cotidiano, como puede ser el ocio. Este tipo de reflexiones ya se han realizado y se han sistematizado en distintos espacios de participación vecinal, pero no han sido escuchados (AA.VV., 2017; Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales). Un enfoque multidimensional sobre la convivencia en Tetuán es de especial relevancia, pues los discursos que vinculan el malestar cotidiano con el crimen y la delincuencia no se corresponden con los datos reales, pues en Tetuán la delincuencia se sitúa en la media de la ciudad de Madrid (De la Cruz, 2021d).

El estigma tanto hacia colectivos concretos como hacia la participación vecinal actúa silenciando y cortando canales de comunicación hacia las instituciones, y este proceso es reproducido a nivel nacional en distintos espacios de la política institucional. La apelación al clientelismo, por ejemplo, busca crear un estado de opinión que canalice el descontento social que generan los casos de corrupción y se centre sobre iniciativas de participación ciudadana. De este modo, lo que son aseveraciones sobre clientelismo, sin datos ni contrastación con los hechos, son equiparadas en un nivel mediático a las tramas de corrupción, donde sí se pueden rastrear actores sociales, empresariales e institucionales concretos, tras largos procesos de investigaciones policiales y judiciales. Esta dinámica discursiva está presente especialmente en medios de comunicación como televisión y prensa, pero también se reproduce en foros políticos institucionales, donde la “contienda política” pasa a entenderse como una especie de “show”, donde se escenifican personajes en relaciones polarizadas. Lo preocupante de esto es su alcance social pero también político y judicial. Mientras que desde esferas mediáticas y políticas (representantes políticos, medios de comunicación) se reproducen acusaciones infundadas sobre “redes clientelares”, y se promueven acciones de represión, persecución mediática o bloqueo institucional, las tramas de corrupción institucional, altamente complejas, no movilizan procesos de fiscalización desde las propias instituciones implicadas, en forma, por ejemplo, de auditorías o sanciones. Al contrario, se dan incluso procesos de reiterada obstrucción a la Justicia.

En Madrid este proceso de estigmatización de la participación ciudadana ha desembocado en el cierre por parte del nuevo gobierno municipal de varios espacios comunitarios y de participación vecinal, ya sean de tipo informal o autogestionado, como varios centros sociales autogestionados en distintos barrios de Madrid, ya sean promovidos desde las instituciones públicas (los foros locales, los “espacios vecinales”, los presupuestos participativos, el Observatorio de la Ciudad). En este último caso, el cierre de estos espacios persigue la modificación o creación de nuevos espacios con “enmiendas” específicas, que superen lo que consideran propaganda, ideología o “chiringuitos” (manera de sintetizar la idea de red clientelar). Expresivo de este proceso es la eliminación de los Foros locales (creados en la legislatura anterior por Ahora Madrid) de acción local a nivel distrital en Madrid, por los llamados “Consejos de Proximidad”, con un planteamiento de participación

altamente dirigista y delimitado. Por ejemplo, en este nuevo espacio de participación desaparecen las sesiones plenarias y se reduce la participación vecinal por cada Consejo (uno por distrito) a sólo dos asociaciones, una vecinal y otra sectorial. Asimismo, se cierra la posibilidad de crear más mesas de trabajo que las estipuladas por las áreas de gobierno.

En la línea que venía señalando (la política entendida como un “show”), se trata de un enfrentamiento partidista que de manera estratégica disuelve algunas de las iniciativas puestas en marcha durante la legislatura anterior, pero también de un enfrentamiento ideológico hacia algunos proyectos vecinales de carácter autogestionado, amenazando la continuidad de iniciativas con una labor social relevante dentro de los barrios. El cierre y reformulación (en forma de “saneamiento” o “higienización”) de diversos espacios de participación ciudadana por parte del nuevo gobierno municipal reproduce un control y dirigismo de la participación y una omisión a los esfuerzos colectivos de base. Además, este proceso de “saneamiento” (alegando ideología, sectarismo, clientelismo) acaba socavando y afectando a iniciativas de gran valor social, incluidas aquellas que atienden situaciones de vulnerabilidad y emergencia social. Es el caso, por ejemplo, del Espacio Vecinal de Arganzuela (EVA), que realizaba recogida de alimentos, o del único albergue para mujeres sin hogar de Madrid, que fue cerrado en 2021.

Cabe resaltar a este respecto que la participación ciudadana promovida por Ahora Madrid (gobierno municipal anterior) adolecía de varios escollos que dificultaban y limitaban la participación e implicación vecinal, entre ellos: la tecnificación de la participación, la sujeción a burocracias, el carácter no vinculante de los procesos de participación, o el peso de tecnologías digitales como mecanismo para la participación. En este sentido, era una participación que creaba tensiones con la participación de base vecinal, y en todo caso, los procesos participativos en su especificidad contextual estaban atravesados de conflictos. Es decir, estas propuestas de participación ciudadana precisaban ser profundizadas y complejizadas, y adoptar decididamente un carácter deliberativo, si lo que pretendían era que la ciudadanía ejerciera su derecho a ser sujeto político. Por ello, igualmente fueron objeto de críticas y de propuestas de mejora por parte de colectivos vecinales, como sucedió de hecho, en la Mesa contra la Exclusión. Sin

embargo, cabe reconocer novedades importantes en las propuestas de política pública en el contexto de la ciudad de Madrid, al apostar por enfoques como los cuidados, bajo la idea programática de “Madrid ciudad de los cuidados” que aun con limitaciones permitió desarrollos valiosos en el ámbito local y particularmente en el ámbito de la intervención social. Uno de ellos fueron los Espacios de Igualdad, orientados a la prevención de la violencia machista y al encuentro entre mujeres que, durante esa legislatura, fueron transformados desde un antiguo enfoque asistencialista hacia un enfoque comunitario y se amplió la red de centros a los distintos distritos de Madrid.

Las experiencias descritas en el distrito de Tetuán revelan un hallazgo importante, pues el carácter problemático de las iniciativas vecinales de participación radica en que oponen abiertamente la democracia participativa a la democracia representativa. Es decir, son experiencias capaces de disputar espacios políticos, donde “dar voz” significa que el vecindario no sólo expresa sus necesidades, sino que también ensaya demandas directas y búsqueda de soluciones. No se trata, por tanto, de un rechazo a la participación en sí, instaurado de manera fija en las instituciones o en determinados representantes políticos, sino de un rechazo específico a aquellas iniciativas no formales o no institucionalizadas y de manera especial, a aquellas de tipo asambleario, horizontal y comunitario. Es un rechazo directo a los métodos, pues colisionan dos mundos: una gestión históricamente reproducida en la verticalidad y en la dependencia, y una gestión más flexible, participada y distribuida. “En una sociedad caracterizada por la desigualdad y el conflicto, las instituciones que abordan el malestar social no juegan un papel neutro. A pesar de su pretensión de universalidad, lo habitual es que favorezcan a unos grupos y coaccionen a otros, lo que no impide que contengan también un polo *instituyente* que se convierte en “analizador” de lo *instituido*” (Herrera-Pineda y Pereda, 2017: 392; Lapassade, Lourau y Cano, 1974). Así entonces, se puede interpretar la participación ciudadana de manera más compleja. Por un lado, como un dispositivo de gobierno moldeable e instrumentalizable, que no se elimina del tablero político -ni siquiera por sus presuntos detractores o garantes de una “participación no ideológica”- sino que se transforma continuamente según diversos intereses. Así también es posible entender que la propia “participación”, en las fórmulas y códigos reconocidos por las instituciones

públicas, constituye un espacio de disputa y de acción colectiva. Y en este espacio entran en juego distintos actores, también aquellos que en principio se encuentran en las antípodas de lo institucional, como los activismos (Roura-Expósito, 2019), los grupos autogestionados y personas particulares sin pertenencia a ninguna asociación. En la interacción tanto unos como otros actores realizan desplazamientos desde sus propios códigos y referentes.

Por último, es preciso matizar que la administración no es un monolito: dentro hay personas que activan múltiples esfuerzos cotidianos por conectarse con las necesidades del barrio. De hecho, la riqueza de procesos como la Mesa contra la Exclusión precisamente viene de la interacción también con profesionales de los servicios públicos, que tienen una experiencia diversa y que comparten recursos muy valiosos para la construcción de políticas públicas que respondan a necesidades cotidianas. En efecto, en esos esfuerzos por traducir y conectar diversas experiencias y trayectorias se creó un proceso de gran valor social para el distrito, pues cuando menos, permitió ensayar una experiencia de democratización, particularmente de deliberación colectiva y de construcción de comunes¹³. En definitiva, en las instituciones no se da una sola visión ni un solo enfoque, existen varios y en cambiantes interconexiones todo el tiempo. De hecho, las reacciones negativas a estos procesos de participación en Tetuán fueron minoritarias. Sin embargo, la construcción jerárquica de las instituciones hace que en la práctica tenga un peso considerable las decisiones tomadas desde altos directivos. Un ejemplo de ello es la salida y corte de relaciones de la Junta con el proyecto de la Mesa. En ese sentido, las propias instituciones son espacios que requieren una mayor democratización. Por otro lado, si tiene algún interés las descripciones que he mostrado aquí es para comprender que la participación es un constructo social, no es algo dado ni cerrado, sino un proceso en el que intervienen múltiples actores y espacios. Y en particular, para entender mejor lo que llamo “estigma de la participación” como producción discursiva cuyo fin es la categorización social para reproducir polarización y neutralización de lo diverso. Lo que ha perseguido este apartado no es contribuir a una mayor polarización sino analizar el proceso de construcción del estigma, los

¹³ Ver Imagen 1 en el Apéndice II.

posicionamientos políticos que revela y las implicaciones que esto genera. En particular, se observan dos implicaciones políticas importantes: una reproducción asimétrica del conocimiento y de la intervención, y en última instancia, de las políticas públicas; y un requerimiento de mayores esfuerzos a las bases sociales, tanto en su trabajo cotidiano de interacción en múltiples espacios, como en su afán de ampliar la participación entre el vecindario.

4.3.2. Tetuán subjetivado

Lo que denomino “Tetuán subjetivado” es una producción discursiva múltiple, cuyas narrativas se despliegan a partir de historias vividas, ya sean personales o colectivas, de modo que tiene un fuerte componente de cercanía y proximidad. Es un Tetuán que se *subjetiva* de diversos modos, porque parte de la experiencia cotidiana, y de la capacidad de agencia del vecindario, es decir, de su actividad generadora de prácticas y discursos. Se trata de construcciones complejas que presentan mayor diversidad que las producciones del “Tetuán objetivado”. Sin embargo, están en estrecha conexión, entrelazándose o posicionándose frente ellas. A diferencia del “Tetuán objetivado”, el vecindario aquí cumple un papel más activo como productor de imaginarios colectivos.

Estas construcciones pueden ir desde posicionamientos reactivos y excluyentes, pasando por unos más o menos distantes e indiferentes, hasta posicionamientos más constructivos e inclusivos. En cualquiera de los casos se trata de producciones políticas sobre el espacio, pues logran cierta incidencia en el territorio, al aglutinar subjetivaciones diversas y formar colectividades más o menos coherentes. Este “Tetuán subjetivado” se da principalmente a través de dos procesos, que denomino “subjetivación replegada” y “subjetivación abierta”. Constituyen distintos enfoques a las situaciones vividas cotidianamente en el vecindario, como la suciedad de calles y plazas, el uso del espacio público, las ayudas sociales, la presencia de personas migradas, etc. El primero tiene un carácter más reactivo y en cierta medida más pasivo, mientras que el segundo, se comporta de manera más proactiva y propositiva, y en ese sentido, tiene un carácter más creativo.

Subjetivación replegada

Llamo de esta manera a este proceso por su énfasis en una especie de “cierre” sobre sí mismo. Se trata de una construcción que prima un núcleo duro sobre el que gira

toda una serie de narrativas que fortalecen recursivamente la idea de unidad frente al exterior. Este proceso discursivo se da a través de dos momentos o formas que funcionan como polos de un mismo fenómeno: la fragmentación social. En primer lugar, un “repliegue” que opera como una especie de confinamiento desligado del exterior, un “recogerse, encerrarse en sí mismo, refugiarse en la propia intimidad”¹⁴. Y en segundo lugar, la “exclusión” que ha intensificado este recogimiento sobre sí mismo, enfatizando la idea de frontera y división frente a lo diverso o extraño, como manera de generar un simbolismo de unidad. Ambas formas condensan ideológicamente situaciones vividas en el barrio, es decir, son respuestas a situaciones como la merma de la calidad de los servicios públicos (limpieza, servicios sociales, sanidad pública, educación pública, etc.), la presencia de población migrada internacional, la mercantilización de la cultura o la consolidación de un urbanismo claustrofóbico que elimina zonas de recreo y esparcimiento. Estas producciones narrativas tienen una articulación política en su base, donde se conecta segregación, individualismo y jerarquización de la vida política.

El *repliegue* es un momento más pasivo y se genera especialmente a partir de conflictos cotidianos y carencias del barrio. Tiene un carácter negativo, pero aún no se construye desde la violencia, sino desde cierta desconexión o desapego con el entorno. Este proceso se representa con frases como “aquí nunca pasa nada” (refiriéndose a la oferta cultural), “estamos abandonados”, “el barrio siempre está asqueroso”, “no conoces a nadie”, “se ha vuelto un barrio de extranjeros”. Toda esta narrativa es subjetivada porque reconstruye la experiencia cotidiana del espacio social. Y es replegada porque parte de un cierto aislamiento que se retroalimenta en un entorno fragmentado, generándose mayor distanciamiento social. No es una construcción puntual ni poco relevante para el conjunto del vecindario, y da cuenta del malestar, incomodidad o incluso apatía o desinterés que puede generar la experiencia de vivir en Tetuán. Los procesos de soledad no deseada son paradigmáticos de esta construcción simbólica del espacio. Pero también conflictos cotidianos como las molestias por ruido o hacinamiento en espacios públicos, que

14 Definición del término “replegar” según el Diccionario de la Lengua Española.

actúan de forma latente, y en ocasiones incluso pueden desembocar en problemas de salud o en enfrentamientos interpersonales o mediatizados por la policía.

La *exclusión* es el polo más activo de esta “subjetivación replegada”, aunque se trata de una dinámica minoritaria dentro del distrito. Se trata de un proceso construido deliberadamente para producir diferenciación y segmentación socioespacial y basado en la violencia y los discursos de odio. Tiene un fuerte componente reactivo ante problemáticas del barrio, enfatizando narrativas de conflicto y malestar vecinal y generalizándolas al conjunto del distrito. Asimismo, como materialización de su discurso y simbología, reproduce prácticas concretas, a través de comportamientos discriminatorios, cuando no agresiones físicas a personas, ya sea por su diversidad sexual, rasgos étnicos o tradición política. Es un Tetuán subjetivado que se agencia la capacidad de gestionar la diversidad y el conflicto mediante la violencia directa, ya sea simbólica o física.

A pesar de ser una producción minoritaria que actúa además de manera intermitente, logra una presencia mediática a través de eventos que adquieren notoriedad y visibilidad pública. Las narrativas de la “exclusión” están en sintonía con la producción simbólica del “Tetuán objetivado”, lo que permite articular producciones a gran escala con prácticas concretas en el vecindario. Especialmente los discursos de odio y la xenofobia, como los reproducidos por figuras políticas o por el colectivo neonazi Hogar Social. La consecuencia de ello es una cierta permanencia de fondo de eslóganes nacionalistas y xenófobos tanto en prensa y televisión, como entre partidos políticos conservadores o en el propio vecindario. Lo que en última instancia moldea imaginarios colectivos y afecta al devenir de la política institucional e incluso a producciones simbólicas diferenciadas en el vecindario, como la que denomino “subjetivación abierta” pues entra en conflicto directo con ésta.

Subjetivación abierta

Se trata de una producción discursiva diametralmente opuesta a la “subjetivación replegada”. A partir de las mismas problemáticas vividas en el barrio emergen otras construcciones simbólicas que, si bien señalan el conflicto y las carencias del distrito como núcleo discursivo, logran producir otro tipo de narrativas. Estas producciones simbólicas tienen un carácter más creativo y proactivo, es decir, no se agotan en el

conflicto y el malestar, sino que actúan de manera constructiva y propositiva. Precisamente este aspecto creativo permite una agencialidad mayor y produce narrativas de gran potencial político. Uno de sus mayores logros es materializar discursos en una organización colectiva compleja y en red.

Denomino a este proceso “subjetivación abierta” porque se basa en un aprecio a la diversidad, que permite abrir, expandir y enriquecer las subjetividades personales y colectivas mediante la interacción cotidiana. Es este tipo de producción el que contrasta y se enfrenta abiertamente con el “Tetuán objetivado”, pues amplía y abre la realidad vivida en Tetuán. Más allá del conflicto surgen otras narrativas que valoran el territorio y su realidad comunitaria, como el gusto o el orgullo de vivir en Tetuán. Y a partir de ellas se interpreta y se actúa frente a problemáticas cotidianas similares, como la suciedad de las calles, los ruidos de las viviendas, el desempleo, la subida de los alquileres, etc. Estas construcciones logran traducir y dar mayor coherencia a dinámicas presentes entre el vecindario que, sin embargo, no tienen el respaldo mediático, y por tanto, son menos conocidas y están infrarepresentadas en la producción narrativa sobre Tetuán.

Observo dos modos principales en que se produce esta “subjetivación abierta”. Por un lado, dinámicas de “apertura”, basadas en interacciones cotidianas donde la diversidad es interpretada como un valor o cuando menos, no como un elemento negativo. Por otro lado, las dinámicas de “inclusión” que permiten estrechar lazos sociales mediante un sentido de pertenencia y una construcción de lo “común” y universal. La *apertura* es capaz de activar agencialidades diversas para resolver conflictos cotidianos en el vecindario, como ocurrió en el Parque de los Pinos, donde el movimiento asociativo de Ventilla movilizó a vecinos y vecinas para la recogida de basuras. Los discursos activados señalaban la necesidad de cuidado y de atención pública de una zona común que estaba siendo cada vez más descuidada, pero también la utilidad de dar ejemplo personal y colectivo, visibilizando así la existencia de un problema cuya solución requiere de la colaboración de cada persona. Asimismo, en la calle Paravicinos un grupo de vecinos afectados por los ruidos constantes en un callejón decidieron actuar como mediadores ante el conflicto, informando al vecindario sobre su iniciativa, y transformando físicamente el callejón, mediante decoración con plantas, creando así un nuevo ambiente más

sosegado y amable que respondiera al interés general. Esto requirió una apertura vecinal múltiple, no sólo trascender el ámbito personal hacia el colectivo, sino también la voluntad de protagonizar una transformación del entorno vecinal, y practicar trabajo en equipo con profesionales de una entidad del barrio.

Por su parte, la *inclusión* es producto de interacciones cada vez más cercanas con la diversidad que permiten la construcción de lo “común”, lo que finalmente se expresa a través de demandas y reivindicaciones colectivas. Una de sus claves es rescatar el carácter mestizo de los barrios desde sus propios orígenes hasta la actualidad, y proyectar el mestizaje como una clave política y horizonte de futuro. De esta manera, se supera la potencial división y exclusión entre vecinos/as del barrio (nacionales o “de toda la vida”) frente a vecinos/as extranjeros/as o recién llegados, y se reivindica la diversidad sociocultural inherente al barrio. Esta construcción simbólica compleja dinamiza varios focos al mismo tiempo: territorio, agencialidad y bienes comunes. Todos estos “focos” son disputados en la práctica, a través de la experiencia cotidiana.

4.3.3. Construcción de comunidades: simbolismo, sentido de pertenencia y recreación del espacio

Para interpretar las producciones discursivas del “Tetuán subjetivado” haré uso de una oposición paradigmática entre “barrionalismo” (De la Cruz, 2018) y “españolismo”. Ambas construcciones son la manifestación más densa de lo que llamo por un lado “subjetivación abierta” y, por otro lado, “subjetivación replegada”. Tanto “barrionalismo” como “españolismo” no deben entenderse en términos absolutos ni como meras etiquetas clasificatorias. Aquí más bien las uso como herramientas analíticas, que permiten ver ciertas formas discursivas explícitas o latentes en la base de manifestaciones cotidianas. Estas formas se despliegan a través de múltiples maneras de nombrar las cosas, y sobre todo refieren a procesos históricos de largo recorrido que en la actualidad se vuelven a concretar de manera material.

El “Tetuán subjetivado”, tanto su versión excluyente con el imaginario del “españolismo”, como su versión inclusiva con el imaginario del “barrionalismo”, son construcciones políticas, pues moldean la vida vecinal, ponen especial hincapié en la distribución de recursos, e inciden en el tipo de medidas que deben tomarse desde

las instituciones. Ambos imaginarios tienen su raíz en procesos históricos no resueltos que vuelven a resurgir con fuerza en la actualidad, y que constituyen la fractura simbólica más honda de la sociedad española. Por un lado, el “barrionalismo” hunde sus raíces en el movimiento obrero, conectando no sólo con su ideario político, como el trabajo, la solidaridad y la fraternidad, sino con las condiciones de vida de una población cada vez más excluida de los circuitos de riqueza, activando imaginarios colectivos en torno a la comunidad y a la construcción de derechos. Por el otro lado, el “españolismo” se construye en consonancia con la extrema derecha internacional y como una ideología heredera del fascismo, por tanto, diametralmente opuesta al movimiento obrero. El españolismo incide igualmente en la distribución de la riqueza, pero reforzando privilegios y enfatizando la exclusión del otro como construcción de unidad.

El españolismo

Lo que denomino “españolismo” refiere al simbolismo asociado a un tipo específico de nacionalismo excluyente, enraizado en la historia de España. El “españolismo” descansa en una construcción de identidad (“ser español”) altamente definida y ritualizada. Se trata de la forma extrema del proceso de “subjetivación replegada”, cuyas claves son la exclusión y la frontera. El “españolismo” difumina la diferencia de clase para condensarlo en una definición estrecha de “ser español”, donde se enfatiza el nacionalismo y el tradicionalismo, especialmente su adhesión a la religión católica y al patriarcado. Sin embargo, esta construcción de identidad, paradójica y estratégicamente señala aspiraciones sociopolíticas más o menos concretas, al reproducir de manera constante el elitismo y el autoritarismo asociado a las clases altas. De esta manera, a pesar de su vaguedad, logra cohesionar a una población muy heterogénea bajo un sentido de clase más o menos velado, pero siempre presente.

El “españolismo” o nacionalismo español, y sus narraciones xenófobas, clasistas y autoritarias (Taibo, 2020), tiene una vinculación profunda con las narrativas del “Tetuán objetivado”, pues segmenta la realidad social para crear nuevas unidades cerradas y excluyentes. Particularmente, el uso de bulos y la difamación, como dinámicas clave en la construcción del otro, lo que revela un patrón muy similar al del estigma, como base de producción simbólica, con el que operaba el “Tetuán objetivado”. La comunicación es la mayor estrategia política del

“españolismo”, por lo que pone especial énfasis en lo simbólico, y lo usa para captar atención (en ocasiones creando deliberadamente ruido y desorientación). Así sucede en Tetuán, en el ámbito institucional, con la reproducción de mensajes alarmistas y alejados de la realidad como aquellos que insisten en la delincuencia en Bellas Vistas o que vinculan de manera peyorativa el activismo con el comunismo o el anarquismo. Este tipo de discursos permean en el tejido social actuando por acumulación, por una reproducción de mensajes difundidos como fogonazos. Recuperando la metáfora fotográfica del “Tetuán objetivado”, el españolismo funciona produciendo imágenes de manera explosiva y masiva, creando narrativas por el cúmulo de fogonazos o flashes de una cámara. Como otros movimientos de extrema derecha, son hábiles en estrategias de comunicación y su espacio político más potente son los mass media y las redes virtuales.

Los discursos nacionalistas surgen con especial intensidad a raíz del movimiento independentista en Cataluña. La polémica permanente entre independentismo y nacionalismo español ha legitimado socialmente el uso de una simbología de carácter patriota y fascista, que previamente era minoritaria y generaba mayor rechazo. En particular, ha legitimado el uso de la bandera de España como expresión política de extrema derecha. Históricamente se trata de un elemento conflictivo para la sociedad española pues no representa a su conjunto sino al espectro político más conservador. Socialmente se vincula con la derecha española e incluso activa ciertos nexos con el franquismo. Esto se ha intensificado con la instrumentalización de la bandera que permanentemente reproducen partidos como el PP, Vox o Ciudadanos, que gozan de gran cobertura mediática. Sólo el fútbol había conseguido difuminar el fuerte componente político y excluyente que tiene la bandera para el conjunto de la sociedad española. Sin embargo, su uso fuera del contexto deportivo denota una simbología claramente ideológica. Se trata de un conglomerado complejo, pues su uso implícitamente expresa varias oposiciones y construye de manera cohesionada un sentido de radical confrontación y exclusión: ya sea frente a migrantes, independentistas, o “rojos” (republicanos, comunistas, “podemitas”). Se trata de un posicionamiento político e identitario bastante marcado: derecha española, franquista y xenófoba (pero también antifeminista, “profamilia” y especialmente desde determinados sectores, homófoba), que se manifiesta en relaciones espaciales, como sucede con la criminalización del colectivo

dominicano en el barrio de Bellas Vistas, donde prejuicios racistas o comportamientos violentos (como los efectuados por el colectivo Hogar social, no sólo a personas migradas sino también a personas homosexuales) buscan segregar el espacio.

El barrionalismo

El barrionalismo surge como una reformulación local de procesos de desigualdad social. Se trata de un proyecto sociopolítico diverso anclado en el territorio local y basado en la cercanía y la concreción de la práctica colectiva. El “barrionalismo” se puede entender como una construcción que abarca una pluralidad de modos de ser, estar y decir(se) desde abajo, con el barrio como espacio cohesionador. Por “barrionalismo” se entiende un sentido de pertenencia e identidad, que está íntimamente vinculado al territorio, y que en sí mismo es moldeador de la vida social (De la Cruz, 2018). Construcciones de este tipo están especialmente presentes en colectivos y asociaciones vecinales, pero también en experiencias cotidianas del vecindario en general. La relevancia de esta construcción no radica en su mayor o menor representatividad, sino en el hecho de que está presente y resurge en un territorio específico, y sobre todo en que logra aglutinar y densificar bajo la idea de “barrio” diversas agencialidades y subjetividades.

A pesar de que “Tetuán” también refiere a un distrito, es decir, a una entidad administrativa y formal, desde la cotidianidad Tetuán es vivido sobre todo como barrio. Y este sentimiento de “barrio” se da a través de una diversidad territorial amplia, cohesionada por la idea de cercanía socioeconómica: desde Ventilla, pasando por Valdeacederas, Berruguete y Bellas Vistas y cruzando hacia zonas de Cuatro Caminos y Castillejos. Tetuán precisamente se vuelve distrito para abarcar una heterogeneidad no reconciliada, pues allí donde la brecha sociocultural y económica es más fuerte surge un Tetuán no sólo diverso, sino también dividido y asimétrico, y vivido como ajeno. La propia nomenclatura formal de la palabra “distrito”, escasamente usada por el vecindario, presenta una ambivalencia interesante cuando se refiere a Tetuán. Por un lado, señala las dos caras de una misma moneda, pero no reconcilia estos dos segmentos, sino que hace manifiesto su contraste y asimetría; y por otro, integra ambas zonas invisibilizando o neutralizando un conflicto que se vive situadamente.

Es en este movimiento doble de simbolismo y espacialidad donde surge una narrativa compleja que se asemeja al ideario obrero y que entronca con la historia y evolución de la construcción de este distrito. A diferencia del Tetuán entorno a la Castellana, dotado desde sus inicios con infraestructuras urbanas de calidad, el Tetuán del margen izquierdo tuvo que “ganarse” su lugar en la ciudad, tuvo que “hacer ciudad” con esfuerzo y reivindicaciones colectivas. El movimiento vecinal de los años 70 y 80, desarrollado en el margen izquierdo de Tetuán y liderado por parroquias y asociaciones vecinales, lucharía por cada servicio y dotación urbana, desde aceras y alumbrado a centros de salud, escuelas o vivienda digna. Esto puso en términos políticos y simbólicos lo que llevaba sucediendo desde sus inicios y a lo largo de toda su historia, con la llegada de migrantes venidos del campo, que construyeron sus casas y sus barrios con sus propios esfuerzos, personales y colectivos. Estas dinámicas y las generadas por el movimiento vecinal sentaron las bases de lo que será hasta la actualidad una disputa por el derecho a la ciudad.

Espacialidad barrionalista y españolista

Este tipo de experiencias construyen discursivamente el espacio. Es interesante reparar cómo en la zona izquierda de Tetuán se generan espacialidades que reconstruyen expresiones de identidad y sentido de pertenencia, como “persona de a pie”, “gente trabajadora”, “currante” (manera informal de decir “trabajador” o “persona que se esfuerza” o que gana por lo general poco o corriente), o simplemente “vecina/o” o “familias”. Estas narrativas además identifican opuestos que surgen del distanciamiento con sus realidades cotidianas, ya sea en el espacio (las Cuatro Torres, La Castellana, proyecto “Madrid Nuevo Norte”) o entre el escenario político (desde funcionarios de los servicios públicos, hasta responsables políticos, empresarios o banqueros). Dentro de los grupos analizados en este estudio, esto se observa especialmente en los colectivos del 15m y en concreto en el colectivo de vivienda Tetuán Resiste, pero también en personas no organizadas en situaciones de inestabilidad socioeconómica. En todas estas narrativas juega un papel determinante la idea de “barrio” y de “gente” (“gente corriente”, “gente de carne y hueso”) como oposición a poderes o fuerzas, por lo general situadas como algo “lejano”, desvinculadas con los intereses del vecindario. Este imaginario es común a todos los colectivos autogestionados. Se trata de una construcción compleja que deshumaniza (prensa, bancos, mercado, empresas multinacionales, FMI) pero

al mismo tiempo identifica rostros concretos (figuras como banqueros, políticos o periodistas); que ubica difusamente (élites financieras, políticas y mediáticas) pero al mismo tiempo sitúa lugares concretos y visibles (las torres KIO de Bankia, los juzgados de Plaza Castilla, Azca, la Operación Chamartín).

El barrio no es sólo un escenario sino una realidad performativa, que se va construyendo física y simbólicamente a través de interacciones cotidianas. Lo “obrero” sólo se puede entender desde el carácter territorial presente en la idea de “barrio”. Es así como a lo largo de su historia surgen narrativas que distinguen un “Tetuán burgués” de un “Tetuán obrero”. Esto responde a una realidad histórica, pues la zona de la derecha fue diseñada estratégicamente para acoger a la alta burguesía que se desplazaba desde el centro de Madrid, para lo que se acondicionó esta zona según sus necesidades e intereses sociales, habitacionales y económicos, pero también estéticos y político-ideológicos. En cambio, en la zona izquierda fue el esfuerzo personal y las dinámicas comunitarias lo que mejoró las condiciones de vida de los habitantes de esta zona. Y esto es por sí misma otra diferencia social y simbólica entre ambas zonas. En una surge y se reproduce lo comunitario, mientras que en la otra no, en gran parte porque la zona derecha no lo requiere, pues no experimenta las situaciones de exclusión social vividas en la zona izquierda, y además cubre sus necesidades con dotaciones tanto privadas como públicas.

Estas distintas prácticas, que distinguen un lado del otro, descansan en una diferencia de estatus social entre pobladores de un lado u otro de Tetuán. En la parte derecha no sólo se concentran las rentas más altas y las profesiones altamente cualificadas, sino que hay una división más clara entre residentes de esta zona y trabajadores (que o bien residen en el otro lado de Tetuán o en otras zonas de Madrid) por lo que hay un distinto uso del espacio público y en concreto de la calle, que está mucho menos desarrollado que en el lado izquierdo. Todo esto lleva a que necesidades comunes como el cuidado de personas dependientes o el propio ocio se resuelvan de modos distintos en un lado u otro. Por ejemplo, en el izquierdo los cuidados principalmente se cubren mediante relaciones informales de cuidado (sobre todo dentro de la familia) o mediante servicios públicos que están saturados e infradotados; mientras que, en la zona derecha, principalmente se responde

mediante servicios privatizados (sobre todo trabajadoras del hogar y cuidadoras de niños).

Asimismo, el ocio en la parte derecha está fuertemente privatizado y mercantilizado, y es casi inapreciable en la calle. Se da principalmente en centros comerciales, tiendas de ropa o en restaurantes o bares, pero éstos están apartados de la calle y menos expuestos que en el lado izquierdo. Por el contrario, en la zona izquierda el ocio en la calle está muy extendido, por lo que plazas y bancos son muy frecuentados y albergan una gran vitalidad a través de diversos intercambios, desde conversaciones, hasta compartir música, juegos, bebidas o comida, o simple espera o descanso al sol. La calle precisamente es el espacio paradigmático de la subjetivación “abierta” de Tetuán. Ya sea en interacciones cotidianas e informales en la plaza, que producen una imagen de mestizaje y de encuentro, ya sea en la asamblea en la plaza, como materialización del trabajo colectivo. La asamblea es un símbolo en sí mismo, que representa el tejido asociativo, a una diversidad de iniciativas vecinales presentes en el distrito, desde huertos urbanos, al asociacionismo o el 15m. Aunque es minoritaria, su presencia tiene gran potencial político, pues rompe el paisaje habitual y permite abrir diálogos con el entorno. Pero sobre todo porque materializa modos alternativos de hacer ciudad, en particular, el ejercicio de la democracia participativa. Lo que conlleva visibilizar y generar tensiones en el paisaje social.

El “barrio” es un espacio de la práctica, en particular, desde el “barrionalismo” es un espacio también del trabajo colaborativo. Se trata de prácticas de relativa complejidad, que requieren esfuerzos, y que a diferencia de la propagación ruidosa o “llamativa” de las banderas y proclamas del “españolismo”, operan en buena medida, de manera silenciosa inserta en los entramados cotidianos de las redes vecinales. El barrio genera una organización vecinal que es un “trabajo duro”, de “hormigas”, pues enfrentan continuamente obstáculos y cierto desgaste personal y colectivo. Estas prácticas de trabajo colectivo, especialmente las de carácter comunitario y reivindicativo, tienen escasa repercusión mediática y enfrentan una mayor criminalización debido a la ideología política que se les presupone o que es más o menos expresa. Un proceso relacionado, a nivel nacional, reproduce procesos de represión y falta de libertad de expresión a través de una desigual forma de

sancionar y vigilar discursos en la esfera pública, en particular, en base a su origen ideológico. Discursos de odio reproducidos a diario por parte de figuras políticas, mediáticas o eclesiásticas no son criminalizados ni perseguidos por la Justicia, mientras que sí lo son opiniones políticas sobre la monarquía o la iglesia católica de personas particulares o activistas, en formato de tweets e incluso de humor. Este tipo de prácticas de represión en la esfera de la comunicación y de la producción cultural buscan fomentar el miedo a represalias y recentralizar los espacios de producción simbólica en los monopolios de comunicación tradicionales.

A pesar de estos procesos de criminalización, el barrionalismo como práctica es compartida por muchas personas, que encuentran en esta forma de vida social una manera de expresión. El barrionalismo produce un sentido de comunidad flexible pero consistente, pues está basado en los lazos sociales desplegados en la cotidianidad. Las producciones simbólicas que genera, especialmente la construcción de derechos de carácter universal y la defensa de los servicios públicos tiene gran acogida entre una diversidad de personas, que no comulga necesariamente con partidos políticos (de hecho, no es infrecuente encontrar personas que rechazan participar en procesos electorales). Son ideas como la solidaridad y la justicia social, y su carácter fuertemente vinculado al territorio local, lo que le dan coherencia y atractivo para un público muy heterogéneo. Es así como se construye un sentido de pertenencia a un Tetuán diverso y mestizo, pero también a un Tetuán amenazado. En este barrionalismo practicado en la zona izquierda de Tetuán, de manera más fuerte surge y se reproduce una defensa del territorio, a través de la reivindicación colectiva pero también de las prácticas de cuidado comunitario.

Por su parte, la bandera española como símbolo de la unidad excluyente del “españolismo” entraña algunas tensiones. Por un lado, la bandera funciona como frontera o muralla frente a un “otro”, ya sea migrante racializado u opositor político. En el enfrentamiento con una otredad más o menos definida es donde reside su cohesión como proyecto político. Es decir, su relación con una exterioridad le otorga sentido y coherencia. Sin embargo, la bandera española también opera como neutralizador de las diferencias de clase. En su interior se trata de manera homogénea una población muy diversa, atravesada por desigualdades y por

relaciones de poder que se invisibilizan. Esto que puede entrañar mayor cohesión de cara a procesos externos, lo convierte de cara a la complejidad interna en un proyecto político especialmente desintegrador. Paradójicamente, el “españolismo” como ejemplo extremo de subjetivación replegada sobre sí misma constituye un proyecto de la fragmentación social más que de la unidad. La construcción discursiva del españolismo, producida como en bucle con claras delimitaciones, acaba en última instancia en una construcción de un “yo”. El “españolismo” como paradigma de la exclusión también es paradigma del repliegue llevado al extremo. Por ello, se trata de la construcción de pertenencia más individualizante de todo el “Tetuán subjetivado”, no sólo por la segmentación social y espacial que reproduce, sino porque continuamente exacerba el autoritarismo como expresión de la individualidad. Por tanto, se trata de una construcción de comunidad a dos ritmos. Fuerte, a través de la confrontación con el otro, entendida como autodefensa. Pero débil en su interior, porque se basa en una individualización radical que debilita la cohesión interna. Por ejemplo, el “españolismo” rechaza gestionar problemáticas como la pobreza mediante derechos sociales, sino mediante la beneficencia y caridad de organismos privados. Cuestiones como éstas hacen que los colectivos más desfavorecidos sean especialmente vulnerables a sus políticas y discursos.

Por otro lado, la idea de “nación” funciona como una construcción abstracta y difusa, vinculada a una entidad imaginada pero también definida sobre un territorio amplio y heterogéneo. Esto lleva a que su campo de acción y su discursividad vaya en gran parte orientado hacia el ámbito nacional, y no tanto hacia el contexto local como lo hace el “barrionalismo”. Esta especie de indefinición (y definición simultánea) territorial hace que los discursos adopten un carácter generalista y se difundan en amplios territorios con similares estrategias comunicativas. El españolismo como polo excluyente del “Tetuán subjetivado” actúa en consonancia con los discursos de los mass media y su organización vecinal está menos desarrollada, pues se basa en dinámicas esporádicas y fragmentarias. No obstante, sus estrategias comunicativas en el espacio público, especialmente en redes virtuales, consiguen gran presencia en el discurso público, por lo que su acción política tiene repercusiones en diversos espacios.

Su relación con la comunicación y la imagen se asemeja profundamente con la producción del “Tetuán objetivado”. El caso de la bandera española es expresivo de ello. Ésta aparece colocada tanto en balcones del Tetuán de la zona izquierda como en el Tetuán de la zona derecha, que son dos zonas con condiciones sociales y económicas muy asimétricas. La bandera nacional intenta borrar estas asimetrías, neutralizando las diferencias de clase, al volcar la exclusión estratégicamente hacia grupos determinados contruidos en una “exterioridad”, e insistir en ideas abstractas y vacías como “nación” o “libertad”. De hecho, esta realidad ya presente en la sociedad española ha sido complejizada en el contexto de pandemia, pues se han incorporado o resaltado nuevos elementos al simbolismo españolista. En particular, se ha intensificado la idea de libertad (en un principio para rechazar las medidas de restricciones a la movilidad por la COVID19) que ha propulsado un último giro a la política de la confrontación y en particular al programa político neoliberal. El españolismo reciente se construye como fenómeno colectivo en dos ciclos. Si el primero se construyó en torno al independentismo catalán, donde la polarización fue la herramienta política paradigmática (tanto del españolismo como del catalanismo), en este nuevo ciclo, se continúa la polarización, pero se le da un giro, pues la idea de libertad agudiza el proceso de evidenciar la naturaleza clasista del españolismo, pero al mismo tiempo que enfatiza los privilegios de clase neutraliza su carácter conflictivo. Dos ejemplos de ello son los procesos de privatización en la gestión sanitaria de la pandemia efectuados en la Comunidad de Madrid, o las primeras movilizaciones contra el confinamiento, realizadas en barrios de clase alta de Madrid, donde el simbolismo era remarcado (sus participantes se manifestaban en automóviles de alta gama y algunos de ellos llevaban palos de golf).

En un momento de crisis sanitaria, social y económica paradójicamente este discurso sobre la libertad ha llevado al momento de mayor apoyo electoral a las políticas neoliberales en la Comunidad de Madrid, y con ello a un nuevo ciclo de privatizaciones de los servicios públicos. La alusión a la libertad es funcional al ideario neoliberal: no sólo traza un camino de aspiraciones sociales, sino que también las centra en el individuo, en las “elecciones personales”. De ahí que las dinámicas de visibilización-ocultamiento cumplan un papel político y sean un mecanismo de gobierno profundamente complejo. La exclusión social y económica ya opera, de facto o como potencialidad, entre determinados grupos sociales (tanto

españoles como de origen extranjero), se identifiquen o no con la simbología “españolista”. Sin embargo, el españolismo es capaz de aunar a personas muy diversas persiguiendo aspiraciones comunes. El problema radica en que existen claras limitaciones para distintos agentes. El campo, como señalaba Bourdieu (2016 [1979]), define ciertas posibilidades de acción y de relación, ciertas espacialidades en las negociaciones de las relaciones de poder, que no son iguales para todos los actores. Se producen distinciones entre grupos sociales, y en la línea señalada por Lefebvre (2013 [1974]), tanto la forma de percibir, de representar como de vivir determinadas espacialidades encuentra su síntesis en prácticas concretas. De esta manera, podemos entender que la “libertad” no se realiza en un espacio etéreo, sino en relaciones entre actores sociales. Por ello, la libertad no es una construcción neutral, sino ideológica, que entraña constricciones y ampliaciones del espacio de acción, según las posiciones encarnadas (según el “capital social” de que se disponga cada actor por posición y su trayectoria vital).

En este contexto es importante plantearnos la cuestión de la convivencia, pues parte de lo más cercano a la vida cotidiana, que son los lazos sociales que vinculan o distancian a las personas. En un contexto cada vez más polarizado es pertinente repensar la diversidad en toda su amplitud para no reproducir polos indisociables. Al mismo tiempo es necesario reconocer la riqueza que entraña el contacto con la diversidad, pero de una manera radical y abierta, pues en la vida cotidiana de manera constante se abren espacios de intercambio con la diversidad, valiosos para el sostenimiento de la vida en la ciudad. Por ejemplo, en uno de los grupos que he acompañado, llamado *Porque yo lo valgo*, la mayoría de las mujeres participantes manifiestan un rechazo a debatir abiertamente sobre política. Sin embargo, en su vida cotidiana tienen una postura muy posicionada electoralmente (reproduciendo además discursos mediáticos como estereotipos, bulos, estigma) que en principio les resulta contrario a sus intereses, que precisamente son trabajados colectivamente en el grupo, como la prevención de la violencia machista, el empoderamiento femenino, la promoción de la igualdad, etc. Sin embargo, los procesos de convivencia establecidos en este grupo permiten identificar convergencias entre mujeres diversas, y desde allí construir aprendizajes comunes. Yo misma, como participante del grupo, con una diferencia de edad considerable, de origen extranjero y trayectoria académica y política distinta, fui acogida sin

dificultades en el grupo y construimos puentes de conexión desde la práctica, materializados en múltiples procesos positivos, incluido el aprecio mutuo y el respeto.

En estas interacciones cotidianas se construye lo común, como nuevo lenguaje que escapa a la polarización constante, que permite identificar ciertas regularidades en distintos procesos vividos y reconocer simultáneamente la idiosincrasia personal. Esto no produce mensajes monolíticos y uniformes, de modo que se generan múltiples respuestas, ambivalentes, contradictorias, cambiantes, congruentes. Cada mujer crea un conocimiento propio que luego lo lleva a su entorno próximo, especialmente el familiar, pero también el entorno de amistad o de relaciones rutinarias como el pequeño comercio. Así ocurre, por ejemplo, en cierta transmisión de saberes vividos de abuelas a nietas, donde las primeras desean a las segundas una vida muy distinta (reconocimiento, igualdad de oportunidades, no sumisión), a la que ellas han vivido, por lo que comparten valores sociales en esta línea activadas en situaciones de la vida diaria. Es decir, en actos invisibles, pequeños y modestos se reconoce una dimensión política, un deseo de que las cosas sean distintas y un margen de acción. Se trata de una construcción compleja sobre lo político, que *politiza* la convivencia sin eslóganes, banderas ni proclamas políticas, sino a través de múltiples agenciamientos desde lo cotidiano. Este tipo de procesos de convivencia son relevantes pues permiten interpretar determinadas desigualdades como construcciones y por ello como realidades modificables. Se trata entonces de la apertura de espacios, de la construcción de espacialidades multiformes.

4.3.4. Convivencia, conflicto y segregación espacial: el parque Rodríguez Sahagún

La segmentación urbana en barrios y distritos se potencia con construcciones como el españolismo, pero también con planes urbanísticos que mercantilizan y elitizan el espacio urbano. En Tetuán la segmentación socioespacial se reproduce desde una unidad aparente, que pervive en la historia de Tetuán precisamente como unidad irreconciliada. La zona derecha es la cara inversa de la zona izquierda de Tetuán, y viceversa, completando así esta conjunción tensa e inacabada llamada Tetuán. Pero si miramos en una escala más pequeña que la distrital, esta segmentación construida

de manera más o menos regular entre dos zonas paradigmáticas del distrito, se multiplica y complejiza en diversos espacios. La segregación espacial también se reproduce en los barrios y en espacios aún más pequeños como una plaza, una parada de bus o la salida de un colegio. Formas cotidianas de distanciamiento o de discriminación moldean los espacios urbanos. Un proceso en esta línea se vive en el parque Rodríguez Sahagún, ubicado en la Ventilla. Se trata de una experiencia significativa para pensar los procesos de convivencia y de conflicto vecinal potenciados por una categorización polarizada del espacio, pero también por procesos sociales, económicos y políticos presentes en las trayectorias vitales de personas diversas que se encuentran en un mismo espacio. Igualmente, esta experiencia nos permite visualizar las relaciones estrechas entre las transformaciones del espacio urbano construido y la sociabilidad vecinal.

El parque Agustín Rodríguez Sahagún es una extensa zona verde que une los tres barrios de Berruguete, Valdeacederas y Ventilla. Al interior de Tetuán hay pocas plazas, las que hay están poco acondicionadas y son de una arquitectura dura, y las zonas verdes están fuertemente concentradas en la periferia del distrito, ya sea en este parque o en la Dehesa de la Villa. El Parque Rodríguez Sahagún está alejado del entramado de los barrios, y es infrutilizado durante la semana. Aquí las actividades están segmentadas en el espacio (zonas deportivas, zonas infantiles, pistas para andar o correr) y son realizadas con cierto grado de serenidad y orden espacial, con actividades como correr o pasear al perro. Durante años, se reunían los fines de semana cientos de migrantes latinos en una zona concreta del parque, especialmente ecuatorianos (Herrera Pineda y Tchipolo, 2015: 223-224) para jugar al “ecuavoley” (voleibol recreado por el colectivo ecuatoriano). De esta manera, canchas y espacios verdes, anteriormente infrutilizados, eran puntos de encuentro de familias, compatriotas, amigos y comerciantes. En un área verde no muy extensa se formaba un mosaico de actividades y relaciones intergeneracionales y socioculturales de gran heterogeneidad. Aunque el ecuavoley tenía mucha presencia en esta zona del parque y claramente eran mayoría las personas de origen ecuatoriano, también se encontraban grupos de otras nacionalidades. Se podía observar en el mismo espacio a personas de origen paraguayo, o en los alrededores, a pocos metros, a personas de origen rumano jugando al baloncesto, o separados por una calle, como sigue ocurriendo, a jóvenes españoles haciendo skateboard.

En torno a la práctica del ecuavoley se generaba una multitud de actividades, como la venta ambulante de comidas y bebidas típicas de Ecuador, el esparcimiento en las zonas verdes, juegos infantiles, fiestas donde se bebía alcohol, música alta... Gran parte de estas actividades eran comunes hace unas décadas para vecinos y vecinas de Tetuán de orígenes nacionales. Sin embargo, entre parte del vecindario eran rechazadas bajo argumentos culturalistas sobre incivismo, invasión, peligro o suciedad, oponiendo una construcción simbólica entre “ellos” (los de fuera, los recién llegados, los extranjeros) y “nosotros” (“los vecinos de toda la vida”, los españoles). Actividades como la venta de comidas eran perseguidas por la policía, y el ruido, la jovialidad y el número elevado de personas eran interpretadas por parte del vecindario bajo una idea de atraso o estigmatizadas bajo la imagen de “gueto”. Esta experiencia de informalidad urbana pone de manifiesto que lo que se sanciona como rudeza o incivismo es en última instancia, espontaneidad y sentido de pertenencia, que permite un uso del espacio distinto y ya insólito para las personas de orígenes nacionales: un uso muy activo y desplegado del espacio (no sereno, apaciguado o rutinario) que permite entretenerse, pero también crear lazos sociales, jovialidad, comercio informal y momentos de bienestar personal y colectivo.

Para comprender estas experiencias hay que considerar tanto valores y costumbres relacionadas con una diversidad de trayectorias culturales, como también las condiciones de vida que experimentan estas personas y que las posicionan en distintas trayectorias espaciales e históricas. Esto permite complejizar el conflicto y en particular las realidades cotidianas de personas de orígenes tanto internacionales como nacionales. Ambos colectivos forman parte del vecindario y cada uno ha vivido y vive diversas experiencias que le hacen *vivenciar* el espacio de distinta manera. Por ejemplo, en un estudio sobre convivencia realizado en 2013, donde observamos distintos lugares, entre ellos este parque, constatamos que “tanto autóctonos como inmigrantes se culpan mutuamente de su falta de apertura y, en el caso de los autóctonos, reconocen su incompreensión hacia las costumbres de sus vecinos inmigrantes. Esto, junto a la reproducción del estereotipo, agudiza las distancias entre unos y otros, e invisibiliza el esfuerzo individual que llevan a cabo algunos vecinos para mejorar las relaciones” (Herrera Pineda y Tchipolo, 2015: 225).

De manera particular, observamos que las quejas sobre estas prácticas colectivas en el parque se reproducían especialmente entre personas mayores españolas. Cuando conversamos con un grupo de ellos entendimos mejor su situación. Estas personas habían experimentado cambios tan profundos en la fisonomía de la antigua barriada y rupturas tan abruptas en sus modos de vida que volver al pasado (aunque éste era constantemente apelado desde la nostalgia) les parecía inaudito, fuera de lugar. Y en todo caso, les parecía “otro mundo”, no éste mundo que vivían ahora. Por otra parte, estas personas se encontraban en otra edad (ya no eran jóvenes) y eso se reflejaba tanto en sus intereses como en sus movimientos. Su presencia allí estaba motivada por sus paseos como forma de movilidad diaria, las charlas que compartían entre ellos eran tranquilas (también divertidas, pero por lo general, sosegadas), alguno incluso tenía dificultad para oír lo que le decían, de modo que las relaciones cotidianas en esta espacialidad se daban en una proximidad física entre ellos y ellas. De hecho, estaban sentados todos juntos en un banco, y al ocultarse el sol se movieron todos juntos a un bloque de cemento que improvisaron como banco, porque daba el sol y ellos “buscaban calor” (era una tarde soleada de invierno).

Tener en cuenta esta diversidad de circunstancias es importante para conocer los intereses más próximos de estas personas, pero también para complejizar sus interacciones cotidianas. Todos se conocían desde hace años y compartían amistad, de modo que era un grupo bastante cohesionado, sobre todo en relación con otros grupos altamente cohesionados, como los que se escenificaban los fines de semana en torno a la práctica del ecuavoley. Esto les llevaba a interpretar la música o los ruidos como algo ajeno e incluso indeseable, pues se oponían a una serie de intereses compartidos en su grupo, especialmente la tranquilidad y el orden. Pero además la fuerte cohesión entre grupos de personas de orígenes extranjeros dificultaba la interacción con ellas, pues además se posicionaban espacialmente de manera segregada (la gran cantidad de personas percibidas como “parecidas entre sí” remarcaba la percepción de segregación espacial). Romper con la frontera que generan los grupos fuertemente cohesionados no es fácil, pues desde la exterioridad se activan diversos procesos, no sólo el rechazo, sino también la timidez, la desconfianza o la sensación de vulnerabilidad. Después de unos años, a través de las experiencias observadas en el grupo *Porque yo lo valgo*, comprendí que además se

genera una nueva dificultad en personas con pocos contactos sociales. Fuera de la interacción con estos contactos se puede experimentar procesos de soledad no deseada, por lo que estos escasos encuentros cotidianos con personas conocidas son muy valorados. Ahora bien, si no se abre la interacción a vínculos más diversos, aunque fueran débiles, las fronteras con el exterior se remarcan.

A través de experiencias como éstas, se constata que el paisaje físico y social de Tetuán presenta una tensión constante entre un acelerado proceso de transformación urbana y fragmentación social y la emergencia de múltiples experiencias cotidianas de encuentro vecinal. Calles y aceras estrechas, locales comerciales cerrados, escaso arbolado, plazas poco acondicionadas, bloques próximos y escasos balcones... Todo ello convive con calles bulliciosas, una red extensa de comercio local, flujos constantes de transeúntes, plazas y bancos concurridos, o elementos urbanos resignificados como bancos donde sentarse. Se trata de un contraste en pocos metros entre la frenética actividad urbana de zonas comerciales o mixtas, donde se improvisan espacios de encuentro más allá de las pocas plazas (como barandillas, bancos, escaleras), y la aparente monotonía y el silencio de algunas zonas residenciales, donde los encuentros son más parsimoniosos, a través de conversaciones casuales en las puertas de comercios o aceras. Incluso son frecuentes las reuniones diarias como ocurre, por ejemplo, con jóvenes de la Ventilla que se reúnen en los soportales de la Avenida de Asturias, o personas mayores alrededor de una mesa en una esquina de Ventilla. Aquí una mujer del grupo *Porque yo lo valgo*, junto con vecinos del barrio, juegan a las cartas por las tardes. Esta señora, por ejemplo, tiene avanzada edad y un contexto familiar muy complejo que le causa un constante sufrimiento. Esta dinámica informal le aporta bienestar psicosocial fundamental en su día a día.

En definitiva, a pesar de las dificultades que plantea el diseño urbanístico de Tetuán, el tejido social de este distrito tiene gran vitalidad, y constantemente genera una heterogeneidad de iniciativas socioculturales en distintos niveles y nacidas del propio vecindario. Las experiencias observadas en el parque son paradigmáticas de ello. Se trata de respuestas individuales y colectivas a la soledad y la fragmentación social, pero también a la precariedad y pobreza. La soledad se experimenta como construcción sociocultural prolongada e impuesta en gran medida por el ritmo de

trabajo en la gran ciudad, la promoción de la privacidad, y el debilitamiento de vínculos familiares y vecinales. Esto es significativo tanto para personas de origen nacional, como para personas de origen extranjero. Y en estas últimas además se intensifican procesos como la nostalgia, el desarraigo, el duelo migratorio o la sensación de pérdida, por lo que su experiencia cotidiana es altamente compleja. Todas estas circunstancias potencian la necesidad (humana, es decir, experimentada por todas las personas) de pertenencia a un grupo, y se manifiesta en encuentros como los realizados en torno al ecuavoley, donde estar allí “teletransporta” a pasar una tarde en Ecuador (lo señalaron varias personas, y así lo percibí yo misma, que nací y crecí allí). De este modo se recombinan elementos para recrear mundos, conectando distintas geografías y paisajes sociales. Se trata de prácticas colectivas altamente creativas, que pueden causar placer y curiosidad, pero también estupor y conflicto precisamente porque no se amoldan a lo establecido, pues implican espontaneidad, y una mayor interacción social y experimentación colectiva.

Estos entramados de sociabilidad vecinal cotidiana están altamente amenazados por los procesos de renovación urbana que tienen lugar en la zona, especialmente en el Paseo de la Dirección. En particular, nuevas edificaciones como los rascacielos llamados “Skyline” han afectado directamente a la evolución de la vivienda en la zona y a la fisonomía del parque. De hecho, el “Skyline” se levanta sobre el propio parque¹⁵, en un gesto de cambio abrupto en el paisaje, entre lo que fue el parque anteriormente y lo que está siendo (antes un parque relativamente poco intervenido; ahora, altamente zonificado y estetizado como zona verde). También marca un contraste entre el entramado de casas bajas del Paseo de la Dirección y los nuevos edificios en altura. El histórico problema de infravivienda y falta de equipamientos públicos en la zona no se ha resuelto mejorando el paisaje existente, sino transformándolo radicalmente, cuando no borrándolo del mapa (las casas bajas, de hecho, van desapareciendo aceleradamente). Los actuales proyectos urbanísticos, ya en ejecución, planean sobre la zona viviendas y equipamientos de lujo, convirtiendo la “Cornisa de Tetuán” en un “mirador” privilegiado de las dos caras de Madrid, aparentemente reconciliadas: la ciudad financiera en expansión (la

¹⁵ Ver Imagen 3 en el Apéndice II.

ciudad global) y la “naturaleza” (la sierra al fondo y el parque en frente como zona verde). La evolución de esta zona, y en concreto de este parque, ha tenido consecuencias en las prácticas cotidianas de sociabilidad vecinal. Actualmente el colectivo ecuatoriano y personas mayores han dejado de hacer uso intenso de este espacio, pues los accesos que planteaban conexiones con el barrio se han dificultado, y varias zonas previamente usadas para el ecuavoley han sido eliminadas, especialmente una que cumplía un papel fundamental en las prácticas de esparcimiento y ocio informal, que ahora es una zona de recreo canino. Se ha reducido drásticamente el número de personas de origen extranjero que se reúnen actualmente en este parque y las actividades deportivas y de ocio por lo general se practican cada vez más en zonas específicamente diseñadas para ello.

Capítulo 5. Desigualdad y autogestión vecinal en Tetuán

5.1. Autogestión vecinal en Tetuán

En el Tetuán del margen izquierdo se da una intensa vida asociativa y comunitaria. Entre las múltiples iniciativas que existen en este espacio, en este estudio observo dos proyectos de autogestión vecinal: por una parte, el 15M de Tetuán, dedicado a emergencias sociales vinculadas con pobreza y exclusión, como la falta de vivienda digna o suministros básicos o la insolvencia alimentaria y, por otra parte, varias experiencias centradas en el ocio y el tiempo libre desarrolladas en el barrio de la Ventilla. Estas iniciativas de autogestión vecinal giran en torno a un núcleo promotor o integrador: por un lado, el 15m y, por otro lado, la asociación vecinal Ventilla-Almenara. Ambos espacios posibilitan la construcción de objetivos generales y simultáneamente una diversidad de propuestas concretas con autonomía entre sí. Asociación y 15M no se construyen como centros coordinadores ni como entidades escindidas del resto, sino como constelaciones coherentes y flexibles, capaces de dinamizar iniciativas múltiples que se interconectan desde sus prácticas específicas. De esta manera, cada colectivo se diferencia entre sí, pero al mismo tiempo se mantienen estrechamente interrelacionados. Por una parte, el 15M con sus tres comisiones de Banco de alimentos, Invisibles de Tetuán y Tetuán Resiste. Por otra parte, la asociación Ventilla-Almenara, que promueve el Huerto urbano de la Ventilla y el grupo de mujeres “Porque yo lo valgo”.

5.1.1. Comisiones del 15M de Tetuán

Hasta el año 2016 las tres comisiones conformaban la Asamblea Popular de Tetuán (APT), que se reunía mensualmente en la Plaza de las Palomas y ponía en común el trabajo de las distintas comisiones. Tras el cierre de la APT, estas conexiones se mantienen sobre todo por la movilidad de integrantes entre los colectivos y por los proyectos comunes en los que participan. Las tres comisiones del 15M a lo largo de su historia han actuado en estrecha conexión. Los colectivos que persisten en la actualidad como 15M Tetuán son Invisibles de Tetuán y Tetuán Resiste.

Banco de alimentos. Surge en 2012, su objetivo fue trabajar por el derecho a la alimentación, para lo que combinaba recogidas de alimentos en supermercados e iniciativas de movilización popular hacia las instituciones públicas. Se distinguía del modelo hegemónico de reparto de alimentos, porque eran las propias personas afectadas las que, por medio de la autogestión vecinal, llevaban a cabo toda la actividad del banco. En 2013, fue precintado por orden de la Junta de Distrito que negó el problema de insolvencia alimentaria, aunque ya entonces atendían a unas 100 familias. En 2018 cierra definitivamente por conflictos internos. A diferencia del resto de comisiones, este grupo tenía una actividad más intensa y sostenida por parte de personas afectadas: se reunía sistemáticamente dos veces a la semana, para la asamblea¹⁶ y la recogida de alimentos, y cada quince días para el reparto de alimentos. Sus participantes eran mayoritariamente familias con hijos a cargo y personas extranjeras en situación de desempleo o empleo precario. Con motivo de la pandemia han resurgido experiencias similares al Banco de Alimentos, como despensas solidarias, reactivando parte de la experiencia colectiva del banco en el barrio.

Invisibles de Tetuán. Surge en 2013, propiciado tras el primer cierre del Banco de alimentos y la negación institucional del problema de insolvencia alimentaria en el distrito. Su objetivo es visibilizar problemáticas de pobreza y exclusión e informar sobre los recursos existentes de protección social. Para ello realiza estudios y campañas informativas, pero también asesoramiento y acompañamiento a personas demandantes de ayudas públicas. Esta experiencia se replica en otras zonas de Madrid formándose en el año 2015 la Red Invisibles de Madrid, que ha promovido iniciativas como la “Campaña RMI tu derecho”. Sus participantes en su mayoría son personas altamente cualificadas de origen español, pero se da un flujo continuo de personas en situaciones de vulnerabilidad social, principalmente de origen extranjero y con estudios de nivel bajo o medio.

Tetuán Resiste. Surge en 2011 y trabaja por el derecho a la vivienda, principalmente paralizando desahucios y demandando ayudas públicas para situaciones de emergencia habitacional. Colabora con colectivos de vivienda de otras

¹⁶ Ver Imagen 5 en el Apéndice II.

zonas de Madrid y de España, principalmente la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), lo que posibilita acciones conjuntas de gran alcance a nivel municipal o estatal. Es el colectivo con mayor movilidad de personas afectadas, pues cada semana llegan nuevos casos a la asamblea. Sus participantes son en su mayoría personas extranjeras en situación de desempleo o empleo precario, mujeres, y familias con hijos menores.

5.1.2. Iniciativas de la Asociación vecinal Ventilla-Almenara

Asociación Ventilla-Almenara. Surge en el año 1974 como parte del movimiento ciudadano de los años setenta. Esta asociación promueve el encuentro vecinal y diversas actividades como talleres, charlas informativas y actividades lúdicas y culturales. Estas actividades se realizan mediante la voluntariedad de vecinos y vecinas o por financiación pública, a través de la Federación de Asociaciones Vecinales de Madrid (FRAVM) de la que forma parte. Participa en varias redes y foros del distrito, y tiene una presencia importante en el tejido vecinal de Ventilla. Es un colectivo envejecido, no hay presencia de jóvenes menores de 30 años y hay pocas personas de origen extranjero.

Huerto de la Ventilla. Surge en el año 2010 en un solar abandonado propiedad del Instituto de la Vivienda de Madrid (IVIMA), destinado a vivienda social. En el año 2017 este terreno fue vendido en subasta en mercado libre, por lo que el huerto fue derribado¹⁷ y se trasladó forzosamente a otra parcela de concesión pública temporal. Su trabajo se centra en la promoción de prácticas medioambientales y comunitarias a través de la agroecología y actividades de ocio. Colabora con diversos servicios y entidades del distrito, especialmente aquellos relacionados con salud y educación, y es el colectivo que reúne la mayor diversidad de participantes.

Porque yo lo valgo, surgido en el año 2013. Se trata de un grupo de vecinas del barrio de la Ventilla, todas de origen nacional, la mayoría de tercera edad, migrantes del campo a la ciudad y vecinas de largo recorrido en la Ventilla. Se trata de un grupo de apoyo mutuo que se reunía previamente en la parroquia del barrio. La evolución de este grupo dará lugar a “Porque yo lo valgo”, centrado en trabajar colectivamente problemáticas de género y la soledad no deseada, y específicamente la violencia de

¹⁷ Ver Imagen 12 en el Apéndice II.

género y la falta de autoestima. El grupo se reúne un día por semana en la asociación, y de manera más espontánea días puntuales para diversas actividades de ocio y tiempo libre.

Todos estos proyectos reúnen a una diversidad de personas por inquietudes y necesidades, y promueven la convivencia vecinal y el apoyo mutuo. Sin embargo, sus objetivos específicos son distintos y ello tiene una fuerte incidencia en sus interacciones en la escala local. El 15M trabaja situaciones de emergencia social marcadas por la urgencia, lo que tiene claras limitaciones para la autogestión. Esto lleva a que el 15M interactúe con mayor frecuencia con las instituciones públicas y que su papel reivindicativo sea más fuerte. Por su parte, asociación, huerto y grupo de mujeres reúnen a diversas personas por intereses no vinculados a la urgencia, y sus actividades se orientan principalmente a la construcción de lazos sociales y al disfrute del tiempo libre. Esto lleva a que gran parte de los objetivos de estos colectivos se consigan mediante la autogestión vecinal, y que su interacción con las instituciones públicas sea puntual, y en caso de darse, no se basa tanto en la presión sino en la negociación de recursos concretos. A diferencia del 15M, estos colectivos, salvo momentos puntuales, no plantean conflicto abierto.

El surgimiento de estas iniciativas en distintas zonas del distrito tiene mucho que ver con el paisaje físico y social que los rodea, pues el territorio lejos de ser un escenario inerte es una realidad vivida que pone las condiciones de posibilidad para que ciertas situaciones se construyan como problema. Si observamos este territorio, en su dimensión socioespacial e histórica, vemos diversas representaciones simbólicas en disputa, pero también vulnerabilidades específicas, que van evolucionando y que afectan mayormente a determinadas poblaciones. La emergencia de determinados proyectos colectivos en un espacio concreto tiene que ver con la historia del lugar, con las maneras en que sus gentes lo habitan. El huerto de la Ventilla fue por ejemplo el primero del distrito y de los proyectos pioneros de estas características de todo Madrid. A diferencia de otros huertos urbanos que existen en Tetuán y en otras zonas de Madrid, este proyecto pronto comprendió la necesidad de priorizar la socialización y el encuentro vecinal frente a la producción ecológica o a las intervenciones artísticas o arquitectónicas, pues estos últimos desarrollos podían marcar ciertas exclusiones y fronteras de cara al conjunto del

vecindario. De ahí que la construcción de pertenencia al barrio y la generación de lazos sociales sea el objetivo primordial tanto de asociación como del huerto. Esto se explica por la historia de la sociabilidad vecinal en Ventilla, que se ha ido disolviendo con las transformaciones económicas y urbanísticas proyectadas sobre la zona. También por su cercanía con el centro financiero que señala un paradigma de ciudad capitalista, cada vez más en desequilibrio con la naturaleza y las relaciones de cercanía y confianza.

En esta zona además se hacía necesario un proyecto de estas características pues las entidades de acción social son en su mayoría de carácter asistencial. En parte esto explica que tanto huerto como asociación no vayan dirigidos a colectivos específicos, como sí lo hacen otras entidades del barrio, por lo que hay más heterogeneidad de situaciones y de participantes. A este respecto es interesante señalar una entidad ubicada a escasos metros de la asociación. Se trata del Centro Pueblos Unidos, que es un centro referente de apoyo social en el barrio, especialmente para colectivos de origen extranjero de dentro y fuera del distrito de Tetuán, donde se ofrecen cursos formativos y se asesora en temas laborales y legales (bolsa de empleo, información sobre recursos y trámites, etc.). La presencia tan cercana de este centro con respecto a la asociación explica en parte que la mayoría de vecinos y vecinas de origen extranjero acudan a este lugar con servicios especializados para migración y exclusión social, y no frecuenten asiduamente la asociación. De hecho, por lo general las personas de origen extranjero que acuden a la asociación lo hacen buscando atención a problemáticas de emergencia social, por lo que son informadas de los recursos existentes y sus trámites, y derivadas a distintas entidades, especialmente a este centro tan próximo a la asociación.

Por su parte, el 15M se sitúa en la zona circundante a Bellas Vistas y Berruguete, aunque trabaja situaciones de pobreza y emergencia social en todos los barrios del distrito. Esta zona muestra algunas particularidades. La primera, en esta zona tuvieron lugar en la plaza de las Palomas el 15M las primeras asambleas del 15M de Tetuán, de modo que la continuidad de este proyecto se va tejiendo y diseminando en torno a esta plaza. Por otro lado, en esta zona no se da la concentración de entidades de acción social que se da en Ventilla, si no que están más distribuidas en el espacio. Por otro lado, en esta área no existía ninguna

iniciativa exclusivamente vecinal que buscara soluciones a problemas de emergencia social. Y, por último, en esta zona hay una mayor densidad de población migrante que además experimenta un proceso de criminalización que proyecta cotidianamente una imagen de división vecinal entre españoles y extranjeros. Toda esta combinación de factores hace que, en esta zona del centro de Tetuán, surja un proyecto de autogestión vecinal con perspectiva no asistencialista, que busca potenciar dinámicas positivas en torno a la diversidad y trabajar conjuntamente procesos de desigualdad social. El 15M, de hecho, está conformado por una mayoría de personas de origen extranjero. En parte esto se explica porque estas personas disponen de una red de apoyo informal frágil, pero también por ser un colectivo especialmente afectado por problemas como desahucios o insolvencia alimentaria.

5.2. La cotidianidad como subjetivación del espacio

Los proyectos observados en el Tetuán obrero nos permiten ver una espacialidad compleja y móvil que se va desplazando y adaptando continuamente a través de sus interacciones cotidianas con diversos agentes, al tiempo que va poblando y “contagiando” otros espacios físicos y sociales. Se trata de reapropiaciones y reconfiguraciones colectivas surgidas desde necesidades compartidas. La cotidianidad logra subjetivar el espacio porque lo redefine dotándolo de un sentido vivido. Si observamos las interacciones cotidianas y las trayectorias habituales de estos colectivos podemos ver distintas espacialidades que dibujan un mapa diverso. Podemos ver un Tetuán vivo que se desplaza, que es móvil, transitorio y a veces incluso contradictorio. Estos trayectos pueden trazar conexiones entre organizaciones formales e informales, que pueden darse como colaboraciones y sinergias o como conflicto o tensión. Se trata de una espacialidad que trae consigo historias vividas, que se entrecruzan y se recrean continuamente, de modo que se trata también de un espacio traspasado por los afectos.

5.2.1. Paisajes vivos en movimiento

Este espacio móvil se desplaza en tres ámbitos principales: la casa, la calle y el barrio. Realmente no son espacios separados porque tienen constantes conexiones, pero analíticamente resulta interesante separarlos para entender la expansión o desplazamiento de la experiencia cotidiana en el espacio. La *casa* es el espacio

doméstico, de las relaciones más cercanas e íntimas, donde se pueden dar con mayor facilidad relaciones de confianza. La *calle* se entiende aquí como un espacio de transición, intermedio, hacia lo que denomino “barrio”. La calle es un espacio de relaciones efímeras y por lo general impersonales y aleatorias (Delgado, 2008). El *barrio* es el espacio común donde se desarrollan relaciones vecinales de mayor proximidad, tanto de conflicto como de convivencia, y donde se construyen lazos sociales y sentido de pertenencia. Aquí se generan actividades de distinto tipo, desde lo informal y espontáneo hasta lo más organizado.

La casa o vivienda es reivindicada políticamente como un derecho, por ser un bien básico para el bienestar personal o familiar. Pero también es un bien defendido y reconocido como importante en los proyectos vitales, como queda patente en la construcción simbólica que vincula la figura de la familia estrechamente con el hogar. Este espacio está atravesado por los afectos. Puede ser un espacio querido, un lugar de la nostalgia o incluso un lugar importante que remite a un trauma, para quien ha perdido su hogar, por ejemplo, en un desahucio o un derribo forzado¹⁸ o en un desplazamiento hacia las periferias urbanas, por los precios desorbitados del alquiler. Una casa es parte de una historia vivida, por lo que incluye objetos y experiencias significativas para cada persona. La mirada desde la infancia, por ejemplo, significa el espacio de otra manera. Así lo expresó una niña de ocho años que vivió un desahucio. Al pasar en frente de su antigua casa, le dice a su madre: “mamá, allí está nuestra casita, allí se quedaron todos mis juguetes, ¿por qué no subimos y los cogemos?”.

La casa puede ser un espacio que ofrece seguridad y cobijo, pero también puede ser un espacio inseguro que activa miedo o incertidumbre. Esto ocurre por ejemplo con la ocupación de viviendas, como proceso complejo que activa distintas reacciones, entre ellas de manera significativa, el miedo. Y este miedo se reproduce y se vive desde distintas espacialidades. Están las personas que relacionan la proximidad de lugares ocupados con mayor inseguridad, ya sea por desencuentros reales o por las noticias o comentarios que escuchan cotidianamente que potencian el sentido de alarma. Esto les lleva a percibir un deterioro de su entorno o un riesgo

¹⁸ Ver Imagen 2, 14 y 15 en el Apéndice II.

de ocupación de sus propiedades, estén habitadas o no. Pero también existe un miedo entre las propias personas que ocupan, pues la ocupación provoca miradas, rumores o amenazas en el entorno próximo y vigilancia policial. Personas en situaciones de exclusión social experimentan mayor vulnerabilidad por ser objeto de vigilancia cotidiana en distintos niveles. Una participante del colectivo de vivienda contaba en una asamblea cómo vivían en su familia la experiencia de escuchar a la policía tras la puerta, en visitas para comprobar si la casa estaba habitada o para notificar la fecha de desahucio. Esta llegada no sólo es temida (se conoce la potencialidad de este momento y se vive con la incertidumbre constante de su llegada), sino que se evita al máximo, mediante la discreción. Esta mujer, madre de dos niños, narraba así los días más tensos, en que había llamadas a la puerta, por parte de la policía o de agentes del banco propietario: “los niños guardan silencio, queremos ver la tele, pero sólo susurramos, ni siquiera nos bañamos, intentamos no hacer ningún ruido”.

La casa, ya sea por sus condiciones materiales o por las dinámicas socioculturales y roles que allí se reproducen, puede satisfacer una serie de necesidades y expectativas, pero también puede limitar otras, reproduciendo desigualdades y conflictos, como se da especialmente con la desigualdad machista que hace recaer en las mujeres los trabajos de cuidados y simultáneamente no reconoce el valor de estos trabajos. Las limitaciones y dificultades derivadas de la organización social de los cuidados las experimentan de manera más aguda las mujeres en sus distintas etapas vitales, por lo que es necesario una perspectiva feminista del espacio y de las relaciones cotidianas. Por ejemplo, hay personas cuya movilidad está muy reducida, ya sea por vejez o por enfermedades, y para ellas es determinante tener un ascensor. La falta de ascensores acaba recluyendo en el hogar a estas personas, o generando problemas de movilidad especialmente para mujeres, con actividades cotidianas como la compra. Cuando se es mayor, y especialmente cuando se es mujer, con achaques en el cuerpo, con una espalda jorobada o dolor en las articulaciones, de nada sirve tener un carrito de la compra, cuyas ruedas alivian el peso, si luego hay que subirlo por las escaleras. Este problema se alivia relativamente con compras pequeñas y más frecuentes, que además son resignificadas pues permiten mayor interacción cotidiana en el barrio, lo que puede generar bienestar personal, pero también mayores esfuerzos y prisas en personas

sobrecargadas en el ámbito familiar, que son principalmente mujeres, como sucede en el cuidado de enfermos o de niños pequeños.

Igualmente, el hacinamiento en casas pequeñas también puede generar problemas de convivencia. Una joven adolescente, por ejemplo, comenzaba su nueva etapa vital rodeada de sus cuatro hermanos hombres, con los que compartía habitación. Esto le causaba mucha presión, se sentía incómoda y muy incomprendida. Esto cambió cuando su familia consiguió un alquiler social, en una casa más grande, donde finalmente logró tener un cuarto propio¹⁹. Ahora bien, esta vivienda de alquiler social estaba en la periferia de Madrid, donde carecía de una red de amistad. Todas estas situaciones no se encierran en casa, sino que se expanden y se desplazan hacia las relaciones sociales en la calle y en el barrio. Como era en efecto el caso de esta adolescente, que vivía un momento personal muy delicado, donde era fundamental un equilibrio delicado entre socializar, sentirse acompañada y “estar a su aire”. Entonces su madre decidió hacer el esfuerzo de desplazarse diariamente con ella y sus hermanos, desde otro distrito, para mantenerlos en el colegio donde disponían de una red de amistades más o menos consolidadas y donde tenían arraigo, pues el resto de su familia vivía en Tetuán. En el caso de esta adolescente, tener *un cuarto propio* era algo que se construía con esfuerzo diario.

El espacio intermedio de la calle recoge todas estas experiencias y las pone en una especie de escaparate del anonimato, que neutraliza e incluso invisibiliza las trayectorias más íntimas vividas en casa. Puede ser un espacio impersonal, donde “nadie saluda a nadie” pero también un espacio de encuentros fortuitos, de sorpresas y de descubrimientos. Incluso es un espacio altamente ritualizado, donde se pueden dar conversaciones que no van más allá del saludo o “que no van a ningún lugar” (hablar del tiempo, de alguna noticia, de alguna novedad en el barrio) pero que pueden resultar agradables o incluso deseables. En Ventilla, por ejemplo, se observa mujeres de edad adulta especialmente de tercera edad, conversando en las esquinas de las calles. Como las aceras son estrechas y en determinadas zonas pasan pocos coches, se las ve subiendo a la acera cuando pasa un coche y volviendo a

¹⁹ Nótese la resonancia con el *cuarto propio* del que hablaba Virginia Woolf, como espacio literal y ficticio de independencia, que es en última instancia, condición de posibilidad para la creatividad de las mujeres (Woolf, 1993[1929]).

esparcirse por la calle, cuando éste ya se ha ido. Por lo general son conversaciones pasajeras o incluso pueden prolongarse (se habla de cualquier asunto significativo, principalmente la familia o vecinos, pero también eventos del barrio, como las relacionadas con la compra pues, de hecho, suelen ser encuentros fortuitos en el trayecto de la compra-casa). En cualquier caso, son muy apreciadas pues tejen relaciones de confianza. Se trata de prácticas informales micro que pueden romper la monotonía y quietud del paisaje y del flujo impersonal de transeúntes. El barrio, aunque parezca “dormido”, está despierto a través de estas interacciones, minúsculas, discretas, móviles y hasta rutinarias.

El barrio es un lugar muy diverso que reúne y a veces segmenta dinámicas y grupos. Aquí se pueden dar incluso dinámicas opuestas, con lógicas, procedimientos y valores distintos que o bien se mantienen separadas o bien logran traducciones mutuas. El barrio puede ser un lugar indeseable, del que se quiere huir, ya sea por el abandono o la escasa calidad de los públicos (falta de limpieza de lugares públicos; ruidos constantes entre edificaciones contiguas; escasez de áreas verdes y zonas recreativas; falta de oferta pública de educación), por el incremento considerable del precio de la vivienda, o por la percepción de inseguridad o degradación del barrio, que con frecuencia se asocia a la presencia de personas de origen extranjero. Se trata de posturas presentes en el barrio, que tienen su relevancia para la cotidianidad del vecindario, pero que no son mayoría ni la totalidad de expresiones de la vida vecinal. El barrio también es un espacio donde se crea un sentido de pertenencia. Por ejemplo, la calle como lugar donde pasar el rato (charlar, divertirse, jugar, o simplemente estar), especialmente entre adolescentes y personas migrantes y desempleados, pero también entre personas mayores de origen español, especialmente estos últimos pasan tardes enteras en zonas comunes como bancos de plazas. Esta confluencia diaria en el espacio puede producir desencuentros (ruidos, basuras, entorpecimiento de la movilidad, etc.) pero también puede disolver miedos o recelos, dada la interacción cotidiana que permite conocer las maneras en que efectivamente se desarrolla las relaciones vecinales.

Frente a este uso intenso de la calle, entonces, pueden darse múltiples procesos, desde el agrado o la satisfacción por “la vida de barrio”; la necesidad de bajar por las tardes a la calle; hasta las molestias continuas por ruido, basuras,

olores; o el agotamiento y enfado por llamadas de atención ante conflictos cotidianos (tanto realizadas como recibidas), etc. Esta multiplicidad de respuestas cotidianas crea nexos y rupturas constantes. Salvo casos de posicionamientos extremos (no sólo comportamientos racistas, sino también casos de incomprensiones y desencuentros constantes que causan mucho malestar), se trata de dinámicas altamente procesuales que responden y cambian constantemente según las circunstancias concretas. Pero también se dan prácticas que cortan con este dinamismo de la vida cotidiana, y que pueden ser respuestas altamente jerarquizadas, como el enfrentamiento abierto (especialmente desde eslóganes o comportamientos xenófobos) o respuestas autoritarias como la mayor presencia policial en las calles o la implantación de videocámaras de vigilancia. Asimismo, se pueden dar respuestas de distanciamiento y desinterés hacia lo diverso, desde la percepción de estar a disgusto en el barrio o de no sentir escuchadas ni atendidas las necesidades vividas. De este modo, se abre un amplio abanico de posicionamientos y construcciones en torno al sentido de pertenencia, siendo posible sentir el barrio de distintos modos, desde un Tetuán “asqueroso” de donde es deseable salir, a un Tetuán lleno de posibilidades, donde falta tiempo para tantos planes y actividades, o incluso un Tetuán que “se echa de menos” porque ya está ausente, porque fuera de él, en otras zonas de la periferia, “no hay lo que tiene Tetuán”.

Otro ejemplo de cómo en la calle y en el barrio se pueden encontrar lógicas y valores distintos y a veces opuestos es el banco de alimentos 15M, con su presencia en la puerta de los supermercados. Estas prácticas generaban interacciones sociales tanto de acercamiento como de distanciamiento entre el vecindario. En este punto se encontraban mundos (quien compra y quien recoge, quien “tiene” y quien “no tiene”, quien maneja dinero y quien maneja alimentos), que producía resonancias y disonancias. Así desde la perspectiva de los clientes del supermercado se abrían pequeños mundos: no “piden” exactamente, sino que “invitan a colaborar”; el donante elige a ser posible considerando prioridades de una lista; están en la puerta, pero son varios, al menos dos; llevan chaleco, pero no son entidad formal sino vecinos. Desde la perspectiva de los miembros del banco también se experimentaban desplazamientos: “¡Has visto! se ha interesado por el grupo”, “éste no ha dado sólo pasta y arroz”, “no se ha olvidado al salir”, “no me esperaba tanto”.

Este espacio reducido de la entrada de los supermercados era generador de encuentros y/o al menos, posibilitador de nuevos conocimientos y experiencias.

En definitiva, el proceso que una casa, calle y barrio se desarrolla de manera cotidiana, y por ello el vínculo que las une es casi invisible, o mejor dicho, se hace visible en situaciones específicas. Observar las relaciones que se establecen en el espacio es un modo de poder acercarnos a esta complejidad de la vida cotidiana, pues se expresan cuerpos vivos, es decir, con vidas propias. La calle y el barrio son importantes, porque son espacios que en mayor medida que la casa (igualmente crucial) posibilitan y promueven el encuentro con lo diverso. Es la propia cotidianidad de la vida en el barrio o los esfuerzos deliberados del vecindario lo que produce entrecruzamientos y mezclas continuas, atravesadas de conflicto y tensiones, a través de vínculos temporales, estratégicos o perdurables. En cualquiera de los casos, estas prácticas que unen la casa, la calle y el barrio están resignificando un espacio social y físico que es el Tetuán vivido. A continuación, reproduzco unas reflexiones desarrolladas por el colectivo Tetuán Resiste, tras la primera experiencia del Mercadillo Solidario realizado en la Plaza de las Palomas el 3 de enero del año 2017, con motivo de las navidades. En este mercadillo se donaron y se pusieron a disposición del vecindario en general diversos objetos de segunda mano (juguetes, ropa, complementos, menaje del hogar). También se realizaron múltiples actividades como la difusión de un estudio realizado por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) (Martínez, et al., 2016), o actividades lúdicas como la pintura corporal con henna, una chocolatada y “comida de traje” (donde se comparte comida, bajo la idea de “traje esto, traje esto otro”).

A continuación, reproduzco una reflexión sobre la experiencia del mercadillo, elaborada en el colectivo de Tetuán Resiste, y compartida entre las tres comisiones del 15M. Esta reflexión da cuenta de la capacidad de personas muy diversas para reconstruir la idea de justicia social desde experiencias cotidianas, y en particular para generar procesos de intercambio que extiendan las redes de apoyo mutuo, trazando conexiones entre lo vivido en casa, en la calle y en el barrio:

Pensábamos que íbamos a pasar más frío, que no vendría la gente.
Esperábamos menos apoyo por parte del barrio.

Por el contrario, ha resultado una experiencia única ver a diferentes tipos de

gente que preguntaban dónde puedo dejar esto, quiénes éramos, que estábamos haciendo. La gente tiene ojos y oídos. El barrio toma nota de lo que se está haciendo, qué colectivos están trabajando “por el otro”: el desconocimiento de los problemas es causa de que no podamos ayudar, se puede ayudar y apoyar y cuantas más seamos, mejor.

Colaboraban solo por haber pasado al lado. Inmediatamente. También hubo colaboración económica sin recibir nada a cambio. Las colaboraciones se destinan a la lucha contra los desahucios.

Planificado y organizado desde nuestro grupo de Antidesahucios 15M Tetuán, formamos parte de Invisibles de Tetuán y Banco de Alimentos 15M Tetuán, pero lo entendemos como una acción colaborativa y solidaria de todo el barrio. Allí estuvimos todas. Pusimos varias mesas informativas (Desahucios, RMI, pobreza energética, bono social luz), carteles... e invitamos a las personas a asistir a nuestras Asambleas. Hubo mercadillo, Juguetes, chocolatada y comida.

Nos impresionó el trabajo propio, no nos esperábamos la acogida y la curiosidad de la gente. Encuentro con el barrio bonito, positivo. Y pensamos que llamó mucho la atención. Disfrutamos. Es agradable el entusiasmo que se devuelve. Fue participativo.

Finalmente, ni pasamos tanto frío. La carpa nos la cedió La Junta de Distrito de Tetuán, junto con la megafonía. Nuestra propuesta es volver a repetirlo y seguir dándoles caña.

Para nosotras es muy importante haber dado difusión al Informe “Te quedarás en la oscuridad” <http://pahmadrid.org/infancia/estudio-te-quedaras-en-la-oscuridad/>

Para ello contamos con la compañera de la PAH, Mercedes. Nuestra valoración como colectivo antidesahucios de la charla es la siguiente:

A pesar de toda la legislatura que ampara los derechos los derechos del menor, que haya jueces que dan órdenes para lanzar familias con menores nos lleva a entender que es todo una mentira.

Una compañera, abuela ocupa que asistió con sus nietas (se lo pasaron fenomenal) nos dice que ha contado su proceso a sus nietas desde un principio, lo de la okupación, eso significa una implicación de manera más natural.

Nos llamó la atención del estudio que una de las niñas participantes le pregunto a su mamá “¿qué puedo hacer mamá?” y recogió firmas para parar su desahucio.

No teníamos ni idea de que las pequeñas habían hecho esos juegos ni esas preguntas.

La charla hizo énfasis en que los adultos ocultan la realidad hasta que no pueden más: por qué discuten los padres, por qué viene la policía. Por nuestra parte no queremos que nuestros hijos sufran. Mentirles no sirve de nada. No sirve de nada decir: "tranquilo no va a ocurrir nada" porque les estás engañando, porque luego sí que ocurre.

En un caso de nuestro barrio de abuela con hijas y nietas a las que van a desahuciar; La nieta le pidió una mesa para estudiar y la abuela le dijo que esperarse porque no sabían a dónde se iban a ir y que había que tomar una decisión sobre la casa. La nieta tiene 11 años y ya sabe lo que pasa, la de 8 o no lo sabe o no lo dice. Están pendientes de lo que los mayores hablan

Nosotras sabemos que la decisión ya la ha tomado el banco, pero vamos a luchar.

También nos impresionaron los comentarios de los niños. Esos niños han demostrado que el proceso de desahucio es duro y tienen que ser escuchados.

Mirando alrededor pudimos comprobar que la gente que asistió a la charla se quedaba de principio a fin y eso significaba que les interesaba lo que estaban contando.

" si me toca la lotería quiero comprarle una casa a mis padres"

El empoderamiento es necesario para los niños. Queremos hacer una mini pah: desahogo, apoyo mutuo.

Callamos pero los niños van sintiendo los recortes mucho antes. Por ejemplo, al no poder ir a un cumple.

Gracias a todas.

5.2.2. Trayectos cotidianos como reapropiación del espacio

Las trayectorias del grupo de mujeres presentan singularidades interesantes, especialmente, un límite territorial más claro y anclado en el barrio, percibiéndose una frontera cotidiana con el distrito de Tetuán. La calle Bravo Murillo, por ejemplo, resulta abrumadora por su ajetreo urbano, de manera que el límite de sus trayectos cotidianos se suele dar en torno a Plaza Castilla. Otra limitación es su salud y su movilidad reducida, dificultada por los desniveles del terreno, pero también por una construcción de género que les asigna tareas de cuidado de manera exclusiva en sus hogares, limitando el uso del tiempo libre. Todo ello les hace primar la cercanía física y evitar los desplazamientos a otros puntos de Tetuán. Por ejemplo, el día que se trasladaron hasta la Enredadera, para representar su obra de teatro, una de ellas expresó con sorpresa "¡esto para nosotras es como una excursión!". Se refería al

desplazamiento físico inusual, pero también a la novedad que supuso entrar en un lugar como un centro social ocupado CSOA, marcadamente distinto a lo que ellas frecuentan diariamente. Igualmente, cuando realizaron una excursión y visitaron un municipio alejado de Tetuán, valoraron positivamente la experiencia de salir del barrio y al mismo tiempo se sintieron orgullosas de que su autoorganización posibilitara esta experiencia en su totalidad.

Este colectivo es especialmente relevante para pensar la movilidad urbana desde las necesidades cotidianas y en particular desde las necesidades de las mujeres de tercera edad. En particular, muestran con mayor expresividad las relaciones entre casa, calle y barrio. Los desplazamientos dedicados al tiempo libre y la socialización son altamente apreciados en el grupo “Porque yo lo valgo”, por su incidencia en el bienestar psicofísico, y porque les permite salir del sobrecargado ámbito doméstico y familiar. Por ejemplo, las meriendas en el huerto o el mismo hecho de reunirse en la asociación son dinámicas que permiten socializar con otras personas, pero también una manera de disfrutar de la belleza de zonas ajardinadas, como la “zona de estar” del huerto, con sombra, decoración con plantas ornamentales y sillones con respaldo. El Centro Eduardo Úrculo también es un lugar interesante porque allí asisten a exposiciones y representaciones artísticas y porque estos eventos activan la autoorganización de estas vecinas para recoger entradas, a través de paseos consensuados, de llamadas telefónicas, etc. Asimismo, resulta interesante el Centro Comunitario Josefa Amar, donde una de sus integrantes dirige un taller de patchwork. Esta integrante tiene gran poder de convocatoria y logra reunir a varias compañeras de “Porque yo lo valgo” diversificando un poco más sus actividades cotidianas. El mismo carácter tiene la iglesia del barrio, donde acuden la mayoría de ellas. Este lugar cumple la función de encuentro vecinal, pues no sólo se celebran rituales eclesiásticos sino también se realizan talleres de artesanía y se comparten breves paseos, conversaciones y consuelo ante las dificultades que han vivido.

Ahora bien, este grupo también expresa cierta dificultad para relacionarse fuera de estos círculos, especialmente por timidez (idea preconcebida de no encajar, diferencias de edad), pero también por cierta sensación de inseguridad o de sospecha ante lo desconocido. Cuando se abre la participación a otros espacios o agentes, interactúan con “lo conocido” (personas, redes, espacios más familiares).

Sin embargo, en estas aperturas que son generadas por invitaciones personales o por convocatorias colectivas (por ejemplo, acciones colectivas en las que participa la asociación, o eventos realizados en el huerto, donde llegan vecinos y vecinas desde otras iniciativas) se dan pequeñas interacciones que pueden generar intercambios y experiencias muy positivas. Así sucedió en la Enredadera, cuando representaron la obra de teatro, con motivo de la primera asamblea del diagnóstico de convivencia (25-06-2018). Llegar ellas solas a un lugar como éste es altamente improbable, pero a través de una iniciativa vecinal colectiva tuvieron no sólo facilidad sino ganas de hacerlo. Aquí conocieron no sólo un espacio nuevo para ellas, transgrediendo fronteras simbólicas, sino que además recibieron el calor y el aprecio de personas muy diversas, especialmente jóvenes, lo que valoraron muy positivamente. Igualmente, la radio comunitaria de Ventilla, Radio Almenara, a través de su programa *Magnolias de acero*, dedicado a trayectorias vitales de mujeres del barrio, ha invitado a varias de ellas a contar su experiencia. El hecho de ser entrevistadas como sujetos de interés, y además el hecho de entrar en un espacio distinto como es un estudio de radio, les supone potenciar su autoestima y empoderamiento personal, pero además intensifica procesos de apertura hacia actores e iniciativas mucho más heterogéneas. Y todo esto se facilita por su participación en la asociación, pues se trata de redes informales que se van activando en el barrio, a partir de la voluntariedad de personas conectadas unas con otras, según los espacios y experiencias que practiquen.

Pero los trayectos cotidianos también pueden expresar conflicto cotidiano. El barrio también es un lugar de desequilibrios, desajustes, carencias y urgencias, como queda patente en una de las actividades más importantes de los grupos del 15M, que son sus trayectos cotidianos a varios servicios públicos. Estos desplazamientos forman significativos flujos de conexión entre lo informal y lo formal, entre la realidad vecinal y la institucional. En instituciones como los centros de servicios sociales, los juzgados o las oficinas del IVIMA o la EMVS se realizan acompañamientos a citas o trámites, pero también acciones de protesta o presión para resolver casos concretos y urgentes. Su relación cotidiana con los servicios sociales, por ejemplo, es una expresión del conflicto sociopolítico abierto por la interpelación del vecindario a las instituciones públicas, y por el repliegue de estas últimas, a través de distintos dispositivos de control, especialmente la burocracia y

la falta de presupuesto. El acompañamiento inicia una situación conflictiva primordialmente por el hecho de no estar legitimado desde las instituciones, pues la atención está diseñada para ser individualizada (Herrera-Pineda y Pereda, 2017; Azpeitia, 2016). Dinámicas como éstas expresan el choque y el distanciamiento entre lo institucional y formal y lo vecinal e informal. Por un lado, la neutralidad de las instituciones como lugares higiénicos, asépticos, uniformes, frente a la posición situada y vivida de los colectivos, como realidades heterogéneas, mestizas, “sucias” (en el sentido de estar “manchadas”, tanto por el activismo, como por la complejidad de sus situaciones, donde muchas cosas están mezcladas, confusas, intercaladas, son realidades que exigen “bajar a la tierra”, “bajar a la calle”, “meterse en el lodo”). Las experiencias vividas que se trasladan al momento del acompañamiento incluyen un fuerte componente emocional, así como la activación de estrategias cotidianas que dan cuenta de una complejidad en cierto modo “indomable”, que las instituciones y sus escasos recursos no logran interpretar de manera comprensiva.

De igual manera sucede en las entidades financieras, varias de las cuales tienen su sede principal en Tetuán, en la zona próxima a la Castellana. Es el caso de Bankia, BBVA, el fondo de inversión Talismán y Ahora Management, a las que se han acudido en varias ocasiones. Aquí se llevan a cabo protestas en forma de concentraciones, “encierros”, pegada de carteles, o se busca negociar personalmente con las personas responsables de estas entidades. Esto no sólo persigue solventar urgencias concretas, sino a la vez plasmar un conflicto real y cotidiano mediante una imagen de gran potencial mediático y simbólico, que enfrenta “la gente contra la banca, y la banca contra la gente” (donde con frecuencia se intercambia “banca” por “políticos”). También en ocasiones visibiliza el grupo (grande o pequeño) que está al frente de estos problemas, algo importante de cara al tejido social del vecindario, pues revela tanto las problemáticas vividas como el soporte colectivo que hay detrás. En particular es relevante porque algunas personas conocen estas problemáticas y los grupos de apoyo exclusivamente por sus apariciones en televisión o prensa (tanto afectados como no afectados por estas situaciones) y verlos en persona modifica cualitativamente la experiencia.

Todas estas iniciativas vecinales recrean el espacio desde intereses y afinidades compartidas, creando nuevos imaginarios políticos y un sentido de

pertenencia. Precisamente del encuentro y del choque son capaces de recrear diversas propuestas como alternativas al modelo de ciudad predominante: naturaleza y lazos sociales frente a los desequilibrios urbanos, tiempo/salud compartidos o “ganados” frente al “tiempo/salud sustraído” (por trabajo, cargas familiares, enfermedad, soledad), pero también “apoyo mutuo” y “solidaridad vecinal” frente a individualismo o indiferencia.

5.2.3. Espacios abiertos y diversos: resignificando la ciudad

Este apartado busca rescatar iniciativas colectivas que crean distintas espacialidades dentro de Tetuán. A través de estas experiencias se puede observar cómo la conjunción de necesidades logra crear composiciones heterogéneas que resignifican la ciudad. Es decir, son espacios recreados por prácticas personales y colectivas, de ahí su fuerte componente performativo. Por ello son espacios vivos, porque no son algo dado, sino que *se van haciendo*, existen en su hacer y son creadores de discursos y representaciones. En este apartado rescato tres experiencias: la plaza de La Remonta, la plaza de “las Palomas”, y el Espacio Social Ocupado Autogestionado (CSOA) “La Enredadera”. Estas experiencias son interesantes por su capacidad de habitar y reconstruir social y culturalmente espacios físicos aparentemente poco “habitables”, y por su capacidad de aglutinar tejido vecinal potenciando la diversidad de experiencias y trayectorias vitales. Se trata de subjetivaciones colectivas del espacio que logran reformular las representaciones sobre participación vecinal. En todas ellas participa activamente el 15M.

La plaza de la Remonta

Esta plaza está situada entre un entramado de comercios de proximidad e instituciones públicas. Se trata de una gran explanada de adoquines que no facilita el encuentro cotidiano, por falta de sombras y de mobiliario público para el reposo y el disfrute. Como manera de reactivar este espacio y sobre todo de aprovechar su cercanía con la Junta del distrito de Tetuán, desde el año 2016 y promovido por el 15M, se realizan aquí los encuentros de la “Mesa contra la Exclusión”. Se trata de reuniones periódicas entre vecinos y vecinas, profesionales y responsables de la administración pública y técnicos de entidades de acción social del distrito, para repensar de manera participada las problemáticas sociales del distrito. Este

proyecto persigue acercar las políticas sociales al vecindario y su realidad social, de modo que vecinos y vecinas sean partícipes en su gestión (Pereda, 2016; Herrera-Pineda y Pereda, 2017).

Si bien es un proyecto lleno de potencialidades como el lograr reunir a la mayoría de entidades del distrito, también es un proyecto que expresa el conflicto entre una administración pública encorsetada por la burocracia y una lógica vertical, y un vecindario que demanda mayor apertura y horizontalidad por parte de las instituciones. A pesar de estas serias limitaciones, es una iniciativa que por su performatividad abre ciertas grietas en el imaginario colectivo. El desarrollo de estos encuentros en la plaza escenifica el espíritu de este proyecto, que es “bajar” la gestión de lo público a la calle y a la realidad cotidiana de sus vecinas y vecinos. De esta manera se produce una imagen insólita, no sólo para el vecindario sino también para profesionales de la administración y representantes políticos, que es la disposición de unas sillas en círculo en la plaza, donde se encuentran en igualdad de voz desde vecinos/as particulares, colectivos, voluntarios o profesionales de entidades del distrito, a técnicos/as de la administración pública (especialmente trabajadoras sociales, o profesionales del ámbito sociocultural y sanitario) y representantes políticos.

En la práctica posterior de definir o ejecutar iniciativas más concretas esta “igualdad de voz” tiene serias limitaciones, pues se sigue reproduciendo jerarquías de la administración. A pesar de ello, las distintas comisiones logran ser espacios locales de participación vecinal, donde se activan esfuerzos colectivos y se problematizan discursos y prácticas, reproducidas tanto en el barrio como en la administración pública, como puede ser el asistencialismo, el peso de los técnicos en la política social o la escasa presencia de personas afectadas en foros de participación ciudadana. Asimismo, el proyecto consigue ser un espacio de reflexión colectiva que reúne diversas trayectorias y experiencias, desde las instituciones públicas o entidades de carácter asistencial y caritativo, a parroquias, asociaciones vecinales, colectivos vecinales o vecinos particulares. Todo ello conlleva ciertos desplazamientos: por un lado, la política pública hacia el vecindario, hacia “la calle” haciendo un esfuerzo por entablar un diálogo y una mayor transparencia; por otro lado, la “calle” (la red asociativa, movimientos sociales, vecindario) intentando

construir e incidir en la política local y, por tanto, tratando con mecanismos y lenguajes propios de la administración. Este proyecto de cierto potencial emancipador para el vecindario ha sido visto con distanciamiento por parte de la administración que lo ha entendido con cierta sospecha desde sus inicios, como algo propio de “activistas”. Actualmente el cambio político institucional con el partido PP le ha supuesto una amenaza real para la continuidad de este proyecto, pues han declarado su rechazo al proyecto en su conjunto, lo que afecta también a profesionales de la administración que han dejado de acudir a los encuentros.

La plaza de las Palomas

Por su parte, la plaza de las Palomas, a pesar de su dureza arquitectónica, es un lugar que expresa el encuentro informal y diverso entre vecinos y vecinas de Tetuán²⁰. Aquí se dan conversaciones cotidianas, juegos infantiles, encuentro diario de personas de distintas edades y orígenes geográficos. Pero también un lugar que expresa el conflicto, especialmente por el uso del espacio. La considerable presencia de personas en esta plaza genera problemas de suciedad o ruidos constantes que condiciona el bienestar cotidiano de las personas que viven en los edificios colindantes, causándoles malestar e incluso trastornos del sueño o irritabilidad. Es decir, se trata de un problema real. Sin embargo, los discursos mayoritarios no comprenden este problema de manera integral, atendiendo a la multidimensionalidad de los procesos presentes en esta situación, y se centran en la expulsión del espacio de determinadas personas o en una demanda de mayor actuación policial. Lo que no se evidencia son algunas conexiones relevantes que llevan a ese uso del espacio. No sólo la diversidad sociocultural, sino también las condiciones habitacionales, el desempleo, el absentismo escolar, y en especial, la falta de espacios de encuentro y de oferta laboral o formativa son factores para que determinadas zonas como esta plaza tengan una constante afluencia de personas. Al contrario, este problema ha sido reformulado mediante prejuicios racistas, que o bien culturalizan la diferencia, o reproducen discursos y prácticas excluyentes hacia colectivos de origen extranjero. La narrativa más significativa en este sentido se basa en una percepción de inseguridad, que es proyectada sobre espacios como éste, y

²⁰ Ver Imagen 6 en el Apéndice II.

que es vinculada a la aparente presencia de “bandas latinas”. Esta sensación de alarma en parte responde o se agrava con la fuerte presencia policial, ya sea en constantes patrullas por el barrio, o en redadas expeditivas hacia jóvenes de orígenes latinoamericanos.

Sin embargo, en la última década otra visión ha tenido un fuerte calado en torno a esta plaza. Aquí se celebraban las multitudinarias asambleas vecinales del 15M, y con el tiempo se ha convertido en un punto de referencia para el movimiento vecinal. Actualmente se defiende como espacio de mestizaje y convivencia a través de diversos encuentros, como el “mercadillo solidario” de Tetuán Resiste celebrado en navidades, la acción de reparto público de alimentos del Banco de alimentos²¹ o concentraciones y protestas vecinales contra la criminalización del barrio. Se trata de una resignificación del territorio por parte del propio vecindario, que recoge las experiencias cotidianas que se desarrollan en ella. Ahora bien, no se trata de una realidad unívoca, sino más bien de un espacio de encuentro y de conflicto, de un escenario que activa una diversidad de posiciones políticas. El simbolismo de esta plaza para el 15M permite realzar la realidad de encuentro vecinal que aquí se teje de manera cotidiana por vecinos y vecinas anónimas, pero también la hace construirse como espacio material y simbólico en disputa. Una expresión del conflicto, de hecho, se da con el colectivo “Hogar Social” que promueve la xenofobia en el barrio, y que en ocasiones también se ha concentrado, aunque con escasa afluencia, en esta plaza. La respuesta a estas dinámicas excluyentes ha sido precisamente reivindicar la diversidad sociocultural que ya está presente cotidianamente en este espacio.

La Enredadera

Por su parte, la Enredadera (“la Enre”, como es llamada por las personas que la frecuentan) es un antiguo edificio abandonado y recuperado por vecinos y vecinas desde el año 2009, convirtiéndolo en un espacio social y cultural y de encuentro vecinal, referente de una multitud de actividades de carácter autogestionado en el distrito. Este espacio ha posibilitado realizar actividades frecuentemente “inaccesibles”, ya sea porque están altamente reglamentadas (como el

²¹ Ver Imagen 7 en el Apéndice II.

almacenamiento de alimentos, a través de la experiencia del Banco de alimentos 15M), ya sea porque tienen un coste económico que las vuelve prohibitivas para determinados colectivos (a través de las “cafetas solidarias”), o porque requerirían desplazamientos hacia el centro de Madrid donde se condensa la “oferta cultural”. También permite el ejercicio de la autogestión y la creatividad colectiva. Talleres de breakdance o de bicis, clases de idiomas, sesiones de cine, clases de defensa personal, cenas veganas... conviven con jornadas de debate o presentaciones artísticas. El propio 15M se trasladó a *la Enre* cuando el frío del invierno impedía reunirse en la plaza de las Palomas y aquí se ubicó durante años²².

Colectivos como el 15M han contribuido a romper cierta homogeneidad cultural, política y estética que por lo general se reproduce en estos espacios como éstos. De esta manera se podían dar encuentros insólitos, como anarquistas junto a amas de casa sin identificaciones políticas explícitas, ateos convencidos junto a monjas cristianas, personas jóvenes con estéticas marcadas junto a personas inmigrantes racializadas... Este tipo de interacciones podía dar lugar a ciertos desplazamientos e intercambios de gran interés para la convivencia vecinal, o incluso desencuentros en su interior, principalmente por diferencias ideológicas. Todo ello convierte a la Enredadera en un laboratorio social para la creatividad colectiva y en un ejercicio constante de convivencia y de producción de comunes. La relación de la Enre con el vecindario ha permitido la reformulación de estereotipos y prejuicios asociados a la ocupación y a los espacios autogestionados, como sucedió en la primera asamblea del Diagnóstico de convivencia, que reunió a personas muy diversas que no habían frecuentado previamente la Enredadera²³. Igualmente ha permitido construir sentido de pertenencia al barrio entre personas que incluso no participan en este espacio, a través de proyectos comunes en el espacio público, desde diversas actividades en torno al antirracismo y al aprecio por la diversidad sociocultural del distrito, al desfile en el día de Reyes de *Tetualandia* donde se desfila con un dragón chino, ya famoso en el barrio, realizado artesanalmente por vecinos y vecinas hace años, y donde además los reyes magos bailan breakdance en la plaza de la Remonta. Este desfile tiene gran atractivo para niños y niñas y también para

²² Ver Imagen 5 en el Apéndice II.

²³ Ver Imagen 8 en el Apéndice II.

familias, pues rompe con ideas preconcebidas sobre la autogestión, conectando con intereses comunes.

A pesar de su vitalidad, este espacio, también ha experimentado conflicto, por la estigmatización que reproduce parte del vecindario en torno a la ocupación, y sobre todo por los intentos de institucionalización por parte del Ayuntamiento de Madrid. Esto comenzó en la legislatura de Ahora Madrid en 2016, que “invitó” a los centros sociales ocupados a convertirse formalmente en asociaciones, pues se pasaba a requerir licencia de actividad a espacios como éstos. La Enredadera rechazó esta opción por entenderla ajena a su proyecto de autogestión y reconocer en ello un intento de control y disciplinamiento de sus actividades²⁴. En junio del año 2021, ya durante la legislatura del PP, la Enredadera enfrentó la amenaza de precinto por no tener licencia de actividad. Pero la movilización vecinal impidió su cierre. De este modo, es un espacio de creatividad social altamente amenazado, que de manera constante dinamiza capacidades colectivas, tanto para su mantenimiento como para su evolución. A continuación, presento un fragmento que se encuentra en su página web (La Enredadera, s.f.), donde narra el proceso de construirse como espacio social en el barrio. Si al menos por un instante se desactivan los prejuicios y el estigma, quizá se pueda comprender que experiencias como ésta son prácticas colectivas por el derecho a la ciudad. Éstas son sus palabras:

Durante el final de 2007 y todo el año 2008, un grupo de vecinas y vecinos de la zona de Bellas Vistas habían estado, durante meses, organizando y disfrutando actividades en plena calle. La intención era recuperar el espacio público, recordarnos que la calle es de todos y todas y que merece la pena habitarla y encontrarnos con otrxs vecinxs en ella. En esa época entre cada vez más vecinxs, organizamos varios Mercadillos de Trueque, en la plaza de la calle Tenerife esq. San Raimundo, y también juegos callejeros, dos Pasacalles por un Barrio Mestizo y Solidario y, para culminar, todo un verano de sesiones de cine nocturno en plena calle.

En ese entonces, terminando el verano de 2008, el grupo de gente que ya nos íbamos conociendo más, empezamos a ver que el otoño se acercaba y que se hacía necesario encontrar un lugar donde seguir reuniéndonos, charlando, jugando, viendo cine y pensando cómo podríamos hacer de Tetuán un barrio más habitable.

²⁴ De hecho, este requerimiento de convertirse en asociación viene de un servicio denominado expresivamente “Servicios de Disciplina Urbanística y Control de la Edificación del Ayuntamiento”

Y fue así que, pensando, esas personas decidimos okupar un edificio abandonado en el barrio de Tetuán, para que el mal tiempo no fuese un problema para todo el entusiasmo y la ilusión que teníamos en nuestro proyecto. Y durante la navidad de 2008, con mucho frío, algunas personas entramos en el edificio que ahora conocemos, que entonces aún no se llamaba Enredadera, y que estaba realmente en mal estado, porque los edificios que se dejan abandonados, como quizás ya sabrán, se llenan pronto de basura, ratas, goteras, humedades, y escombros. Pero como teníamos muchas ganas de utilizar ese espacio, trabajamos durante varios meses y en Junio de 2009, oficialmente, abrió las puertas La Enredadera, con una bonita fiesta de inauguración en la que armamos un pequeño taller de radio en plena calle, samba, payasos y hasta un dragón chino que vino desde China para apoyarnos!

Y desde entonces... pues han pasado muchas cosas! Mucha gente nos hemos ido acercando y conociendo, y muchas actividades, muchos aprendizajes y muchas cosas que nos hemos enseñado unxs a otrxs... y hasta un desalojo judicial, en Febrero de 2010! Y una amenaza de precinto iniciada en verano de 2016 por parte del Ayuntamiento de Madrid! Pero, como advertíamos, La Enre No Se Toca y aquí seguimos, llevando a cabo todo aquello que no hemos dejado de soñar ni por un minuto!

5.3. Antropología de la autogestión: construcción subjetiva del apoyo mutuo

En este largo apartado pretendo construir una mirada antropológica que permita entender el apoyo mutuo desde realidades cotidianas. En realidad, esta mirada está presente de manera transversal en todo este trabajo. Por lo que titular un apartado específico de esta manera constituye una invitación, por un lado, a profundizar en los adentros de estas experiencias, transitando sus espacios y trayectorias; por otro lado, a valorar lo cualitativo como conocimiento útil y adecuado a realidades complejas y, por último, a despojarnos de prejuicios sobre la autogestión y atrevernos a pensar desde lo cotidiano. Con un enfoque antropológico sobre la autogestión pretendo rescatar la experiencia subjetiva como producción de lo personal-colectivo en un contexto dado, la síntesis vivida que se da en espacios como Tetuán, capaz de reorganizar lo cotidiano para recrear otro tipo de ciudad.

Es preciso señalar que el análisis cualitativo es útil porque permite aproximarse a una complejidad que siempre nos sobrepasa como investigadores. Una complejidad que es vivida, y que por tanto escapa a las categorías y es tan legítima como los datos "objetivos" en forma de cifras. Experiencias tan ricas y diversas como las que he acompañado en Tetuán merecen un espacio dedicado a la

subjetivación de la acción colectiva, para revelar la densidad de los procesos de autogestión, la dimensión cotidiana que los moldea y que está presente en nuestras relaciones diarias con otras personas y con el entorno. Asimismo, busco explorar las construcciones simbólicas que se producen en torno a la autoorganización colectiva, que permiten complejizar y profundizar en los sentidos y significaciones del apoyo mutuo.

La perspectiva etnográfica que propongo en este estudio persigue comprender un contexto de alta complejidad. Por ello parte de experiencias vividas, y atiende a lo aparentemente trivial e ínfimo, pero también a lo que se expone de manera evidente o como incuestionable. Busco con ello desentrañar lo que llamo “subjetivo”, como la expresión de una síntesis entre lo personal o experiencia vivida, y lo estructural o posicional (Bourdieu, 2016 [1979]; Comas, 1998; Pérez, 2014; Nash, 1979). En lo “subjetivo” vemos regularidades que son siempre significadas desde una individualidad y tejidas en una interseccionalidad de procesos, donde se revelan patrones de desigualdad (Hill, 2017; Hooks, 1989). La antropología social y cultural permite ahondar y transitar en los intersticios de estas realidades y presentar descripciones densas que nos permitan interpretar de manera más comprensiva los fenómenos sociales. Abro entonces la puerta a estos micromundos de la autoorganización colectiva, en los que he sido acogida en pie de igualdad, pudiendo vivenciar en primera persona lo que significa la autogestión (Carretero, 2013; Malo, 2004).

El recorrido por este viaje tiene varias paradas que muestran distintos tipos de construcciones subjetivas. El primero llamado “Producciones del sujeto: de la fragilidad del yo a la potencia del nosotrxs”, que transita por distintos espacios, desde la privacidad, pasando por el trabajo remunerado, hasta a la burocracia, y desembocando finalmente en una realidad que es al mismo tiempo expresión de una praxis y de una necesidad, que he titulado “Multidimensionalidad de los cuidados: corporalidad y afectividad”. En una segunda parte titulada “Dignidad como práctica de apoyo mutuo” presento las construcciones simbólicas en torno al apoyo mutuo, en un proceso que va de la “Dignidad como trato digno”, al “Apoyo mutuo: del trato digno a la vida digna”, hasta desembocar en una construcción donde ya se expresa un proyecto de mayor colectivización y subjetivación política, que he llamado

“Proyectos compartidos de vida digna”. En una tercera parte, titulada “Salir adelante como subjetivación política” presento las construcciones simbólicas en torno a la política subjetivada. Y, por último, en “Distinción, conflicto y reciprocidad” muestro las distintas posiciones que interaccionan en la acción colectiva, que construyen diversas maneras de entender y practicar la economía y la política, y en última instancia, el apoyo mutuo.

5.3.1. Producciones del sujeto: de la fragilidad del yo a la potencia del nosotrxs

En estos grupos observo lo que llamaré “producción del sujeto”, para referirme al recorrido por el que atraviesan personas en situaciones de vulnerabilidad social, pasando de la disgregación y el aislamiento social a la construcción de lazos sociales. Estas experiencias subjetivas permiten observar la urdimbre de relaciones sociales, culturales, económicas y políticas que sostienen una producción de ciudad y de sujeto donde los cuidados están poco distribuidos. Asimismo, estas experiencias muestran la riqueza de la autoorganización colectiva, que crea vínculos y agenciamientos de manera continua. Incluyo aquí la x del “nosotrxs” precisamente porque es una forma reivindicada, especialmente entre integrantes del 15M, que permite visualizar una construcción de comunidad diversa, que cuestione una serie de desigualdades tanto por género, sexo, origen geográfico, etnicidad, etc. Se trata de un código que llama la atención, que causa extrañamiento y que está llamado a iniciar un debate, pues en esa indefinición de la “x” también está una apertura para construirse creativamente.

Esta “producción del sujeto” que observo en estos grupos se genera principalmente a través de tres dispositivos de fragmentación social, diferenciados y relacionados entre sí, que funcionan como tres capas de un mismo proceso, en el que se reproduce la disgregación social pero también respuestas socializadoras que recomponen unos lazos sociales debilitados. En el centro está la privacidad, como el espacio de lo íntimo o propio, que marca fronteras con el entorno social. Este espacio atiende determinadas necesidades y desatiende otras, especialmente las de tipo relacional. A continuación, está el trabajo remunerado como aquel dispositivo que ha permitido responder a diversas necesidades, si bien basándose en un desequilibrio que reconoce social y económicamente determinados trabajos y

excluye sistemáticamente aquellos encargados de la reproducción de la vida. Por último, la burocracia, como aquel mecanismo impersonal que permea gran parte de lo público y lo privado, y que está presente especialmente entre quienes ya no pueden responder a sus necesidades ni desde el ámbito privado ni desde el trabajo remunerado.

De esta manera, la privacidad es el punto de partida desde el que se experimentan y se afrontan situaciones de inestabilidad social y económica. El trabajo remunerado es un intermedio que permite sobrellevar gran parte de estas situaciones, pero también agravar o cronificar dinámicas de disgregación social. Y, por último, la burocracia es el extremo final de un proceso continuo de fragmentación social, donde la individualización se concreta en una asimetría radical entre institución e individuo. Estas experiencias, enmarcadas en una especie de continuum, permiten rastrear algunos desequilibrios de la vida urbana que agudizan lo que denomino la “fragilidad del yo”. No obstante, al mismo tiempo permiten ver la evolución de situaciones de vulnerabilidad que logran colectivizarse. Aquí se revela el papel fundamental de los cuidados en la recomposición de lazos sociales debilitados, posibilitando construcciones sociales más diversas y estables frente a la adversidad.

Privacidad

La privacidad es un proceso complejo que enfatiza ciertas fronteras simbólicas, creando lo “propio” o “lo íntimo” frente al mundo circundante. Este proceso reduce el espacio de los cuidados a un entorno más cercano, principalmente la familia y secundariamente las amistades, segmentando el ámbito público del privado. Sin embargo, ambas esferas no están completamente desligadas. La privacidad es la esfera de lo “personal” y desde ahí surge y se construye una experiencia más o menos concreta del espacio. Desde esta esfera íntima o “propia” se expresan maneras de ser y de entender el mundo, que se proyectan hacia afuera, repercutiendo en entornos sociales amplios. Las situaciones de inestabilidad socioeconómica y afectiva ponen de relieve de manera particular las grietas (y cicatrices) de la concentración espacial de los cuidados, pues lo privado y lo público se entrelazan de múltiples maneras.

La privacidad es una construcción ambivalente. Por un lado, es altamente apreciada como espacio de confianza y de autoconstrucción del yo. Pero, por otro

lado, especialmente en situaciones de inestabilidad socioeconómica o afectiva, se revela como un agravante, como un mecanismo que merma la capacidad de adaptación positiva a situaciones adversas. En los grupos observados, la privacidad entendida como “esfera propia” o “intimidad” constituye un espacio simbólico muy apreciado. Sin embargo, esta construcción entraña ciertos desajustes y deja algunas dimensiones de la vida completamente desatendidas. Por ejemplo, una vecina del barrio de la Ventilla que participa en la asociación reflexionaba sobre el papel de la privacidad en su vida y en la evolución del barrio. Esta vecina de unos 40 años de edad creció en la zona de Estrecho (entre los barrios de Bellas Vistas y Cuatro Caminos), en una corrala donde vivían varias familias, que más tarde se derribaría para construir bloques de pisos. Su familia más tarde será realojada en Ventilla donde ella ha vivido su etapa adulta. Al hablar del pasado del barrio, esta vecina narraba sus ansias de privacidad cuando era adolescente, y el peso que le suponía sentirse continuamente observada por sus vecinos y vecinas. Sin embargo, con respecto a la situación actual en el vecindario, expresaba con preocupación la indiferencia generalizada a la que se había llegado entre vecinos y vecinas. Le parecía ir de un extremo “donde querías respirar y hacer tu vida” a otro “en el que nadie habla a nadie” y por tanto a una situación desequilibrada.

Si atendemos a la dimensión histórica es importante no entender el pasado de los barrios como un estado ideal, sino como un proceso histórico múltiple que expresa tanto limitaciones como potencialidades. Por ello, la privacidad es una construcción sujeta a revisiones y adaptaciones constantes. Estos grupos autogestionados, por ejemplo, son capaces de activar un proceso de colectivización que no es homogéneo ni totalitario, sino que presenta gradientes y dialoga con la necesidad de privacidad. Por ejemplo, una joven participante del huerto y vecina reciente del barrio apreciaba la especie de “anonimato” que le permitía el huerto. A diferencia de otros proyectos en los que había participado previamente, aquí podía interactuar con personas muy diversas, incluso crear proyectos comunes sin tener que dar detalles de su vida íntima, lo que no significaba que estableciera relaciones impersonales con sus vecinos. Esta mujer, de hecho, se unió al huerto con la voluntad de trascender el espacio social de la pareja e interactuar con el vecindario, y valoraba positivamente la amplia diversidad de personas que reúne el proyecto, con quienes

de otra forma era improbable interactuar, como niñas y niños, personas mayores o incluso personas pertenecientes a órdenes religiosas que acudían al huerto.

Pero la privacidad no sólo es un espacio valorado, sino también cuestionado pues puede volverse perjudicial en determinadas condiciones. Esto sucede cuando la privacidad es identificada con la “independencia”, que enfatiza una desconexión con el entramado social. Resulta particularmente perjudicial en situaciones de vulnerabilidad, pues no se cumple la aspiración de autosuficiencia, pero se promueve (o se “exige”) desatender la dimensión relacional, de gran relevancia en la vida diaria y volcarse en ese espacio desvinculado, independiente y privado. Tres procesos paradigmáticos se dan en torno a esta idea, que permiten comprender los entramados que construyen la otra cara de la privacidad: la soledad no deseada. Por un lado, una reclusión en el espacio doméstico, producida por una escasa interacción social y agudizada en ocasiones por una idea de peligro o de riesgo entre el vecindario. Esto se da especialmente entre personas mayores y en particular entre mujeres que viven solas, pero también en personas con diversidad funcional. Esto limita considerablemente su bienestar psicosocial y su capacidad de participar en el tejido vecinal. Por ejemplo, en “Porque yo lo valgo”, una mujer muy sociable y con gran carisma contaba que en casa se sentía profundamente sola y le volvía recurrentemente la idea de inseguridad. “Pongo la tele todo el día y así no me siento sola” decía. La participación en la asociación le proporcionaba bienestar, porque compartía momentos distendidos y en compañía. Pero además le permitía equilibrar la idea de peligro que podía sentir en casa o caminando sola por la calle. Por otro lado, la privacidad también se expresa en el círculo trabajo-casa de una mayoría de vecinos o vecinas, que no participan en el tejido vecinal o asociativo, sobre todo por falta de tiempo, pero también por desconocimiento, timidez o prejuicios. La mayoría de las personas que se acercaron al huerto, por ejemplo, lo hicieron como manera de conocer a vecinos y vecinas de su barrio, de romper la monotonía del círculo trabajo-casa y de acceder a un ocio alternativo (gratuito, comunitario, flexible). Por último, la privacidad puede desembocar en una autculpabilización en casos de inestabilidad socioeconómica, desembocando en procesos de deterioro de la autoestima. Estas situaciones de aislamiento social se agravan notablemente al no contar con una red social o económica de apoyo.

En la base de este proceso de aislamiento social está un sentimiento de incomunicación, de manera que ver a otras personas, dialogar e intercambiar ideas se vuelve una necesidad sentida, y un paso crucial para encontrar posibles soluciones. Todos estos proyectos se basan en la idea de cercanía social para crear puentes entre personas diversas. Así la asociación y el huerto, por ejemplo, intentan romper la frontera simbólica presente entre el vecindario hacia espacios vecinales entendidos como privados o exclusivos de determinados colectivos. Esta frontera vuelve intransitables determinados lugares, proceso que en su mayoría se sustenta en prejuicios. Por ejemplo, cuando el huerto estaba en sus inicios y la parcela era aún un solar en preparación, parte del vecindario vinculaba lo que allí sucedía con *okupas hippies*. Esto también ha ocurrido en el nuevo huerto, ubicado en otra parcela, pues varios participantes escucharon comentarios de transeúntes que los identificaban con “*gitanas rumanas* que han acampado en el barrio”. Ante esto la asociación y el huerto han tomado una estrategia de “normalización”, es decir, visibilizar que son personas normales y corrientes las que participan en este proyecto. Al ver reunidas a personas diversas y no asociadas a colectivos específicos, poco a poco se fue diluyendo la idea de espacio restringido o incluso de espacio “ilegal”, convirtiéndose en un espacio muy popular y frecuentado en el barrio por muy diversas personas.

El ser parte de grupos como el 15M ofrece protección material, a través de acompañamiento e información, o alimentos como en el banco de alimentos, pero también protección de tipo simbólico, a través de gestos de consuelo, empatía o incluso cariño y ánimo. La traducción de diversas situaciones en un espacio común y cercano construye un sentido de pertenencia muy valorado por ofrecer cierto resguardo, pero también porque posibilita crear herramientas comunes y diversificadas, creando la base para crear identidades colectivas. Por ejemplo, en las asambleas de Tetuán Resiste se comparte comida y bebida, puede haber presencia de niños y niñas, y se hace un seguimiento a situaciones personales y familiares. Esto no siempre ha sido así, pero con el tiempo se vio necesario construir un espacio de sosiego que primara los lazos sociales y la comunicación intragrupal a actividades como manifestaciones o trabajo con otros colectivos. Asimismo, antes o después de acompañamientos a distintas entidades públicas se comparte un café, donde se

ponen en común estrategias e información, pero sobre todo apoyo emocional, a través de ánimo, consuelo y presencia física que aporta confianza y respaldo.

El mayor logro de estos colectivos es que personas en situaciones de vulnerabilidad salgan de su aislamiento social e inicien un proceso de participación vecinal. Como dice la asociación, su objetivo es “que los vecinos salgan de sus casas”. Estos colectivos cumplen un papel fundamental de socialización de situaciones previamente vividas en solitario o en los estrechos límites de la familia, de modo que permiten reformular en colectivo las sobrecargas generadas en soledad. La participación en estos grupos proporciona información, pero también motivación y apoyo para buscar soluciones a sus problemas. También se potencian capacidades personales y se adquieren nuevos conocimientos y destrezas, siendo la más común e importante, la expresión en público y el trabajo en equipo. Las asambleas o el cuidado del huerto son dos situaciones representativas como espacios de expresión, de trabajo en equipo y de colectivización de problemáticas similares. Y en el caso del 15M de manera generalizada se promueve la perseverancia y la fortaleza y se genera una mayor información al solicitar recursos públicos. Todo ello cumple un papel fundamental en situaciones de exclusión social. Pero algo que sin duda marca la diferencia en los grupos del 15M, y que es una de las grandes aportaciones del colectivo, es que permite verse capaz de reconstruir la propia economía, como ejercicio de autonomía. Las necesidades cotidianas experimentadas con el desempleo revelan una falta de independencia, que puede ser muy dañina para la autoestima personal, y eso desencadena una serie de problemas más amplios (conflictos familiares, enfermedades, pobreza crónica), por lo que colectivos como el Banco de alimentos cumplían una función crucial, al conectar con el fondo subjetivo de la autonomía personal. Una participante del 15M, en desempleo sin prestaciones, y hablando de su economía doméstica, decía lo siguiente:

Entrevistada: Claro, entonces [chasquido] me dedico ya un poquito más a mis hijos... [canturrea, tono más suave]. Pero sí, quiero trabajar. Quiero tener unas horas por la mañana, el tiempo que mis hijos están en el colegio, para yo poderle [se refiere a su marido] ayudar también a él [se refiere monetariamente] y no estar dependiendo de él, de que me da. No digo que no me da, pero siempre me da un poquito de cómo de vergüenza, incluso, hasta cuando necesito compresas me... como que me da miedo, o sea que me diga... [silencio].

Investigadora: Estás gastando...

Entrevistada: ¡Sí! Entonces son cositas. Entonces, yo como siempre trabajando... Entonces mis cosas me las he comprado yo con mi dinero, nunca he estado pendiente de que él me compre esto, de que él me compre nada. Entonces ahora, o sea estar pendiente de que... estarle pidiendo que para un desodorante, que para compresas, ¡para tus cosas personales! A mí por ejemplo me da... me da vergüenza, o sea, o sea, ¡me da un poquito de corte! Yo sé que él es muy bueno, él no me dice que no. Pero o sea yo, yo, en mi pensar, pues me siento incómoda.

Trabajo remunerado

Actualmente el desempleo y la precariedad ponen de manifiesto una serie de exclusiones y de necesidades no cubiertas. Carencias que antes las resolvía el trabajo remunerado hoy en día requieren activar otro tipo de recursos. Estas iniciativas identifican y trabajan diversas situaciones desatendidas, o bien por la falta de empleo o porque éste, temporal y precario, es insuficiente para afrontar necesidades básicas como el pago del alquiler o de suministros básicos, el transporte público, la calefacción en invierno, o las actividades extraescolares de los hijos. Estos colectivos desarrollan diversas respuestas a la precariedad. Ya sea desde la autogestión, con recursos inmateriales como el ocio en el huerto, el cinefórum de la asociación, o las múltiples actividades lúdicas y culturales de la Enredadera. Pero también con recursos materiales, que son muy valorados, como el apoyo en solicitar prestaciones sociales o los productos que recogía el Banco de alimentos. Cabe señalar que en las recogidas del Banco no se incluían sólo alimentos, sino también productos de higiene, por lo general de un coste económico alto. En la entrevista previa, la mujer entrevistada, por ejemplo, resaltaba el alto precio de los productos de higiene femenina, que los vuelve inasequibles para personas con una economía muy precaria y que son realmente básicos. Por ello, desde el banco se sugería donar además de alimentos, productos de este tipo, especialmente para la infancia, también de alto coste (pañales, leche en polvo, potitos). De ahí que la actividad de grupos como los del 15M cumplan una función relevante, pues promueven la interacción con las instituciones públicas buscando responder a situaciones de inestabilidad económica, a través de la idea no de ayuda caritativa sino de derecho.

La precariedad y la falta de empleo han creado una serie de exclusiones a distintos niveles, hasta llegar a situaciones de extrema pobreza, por lo que el trabajo

remunerado es determinante en la calidad de la vida cotidiana. Sin embargo, el trabajo remunerado se basa en una exclusión de base e histórica de profundo calado, que es la exclusión hacia los trabajos de cuidados. Se da un escaso reconocimiento, tanto social como económico, de los cuidados, históricamente desempeñados por mujeres, y que constituye una dimensión básica para la vida (Comas, 2018). Se trata de una especie de “externalización de los cuidados”. O bien, concentrando estas tareas en una parte de la población, separándola del tejido social como manera de intensificar su función específica de cuidado asignada por roles de género (Pérez, 2014). Esto ocurre con las mujeres, en sus distintas relaciones de parentesco (como madres, esposas, hijas, nietas, etc.). O bien, mercantilizando los cuidados, es decir, escindiendo estas tareas de las relaciones sociales cotidianas entre diversas personas, extrayendo su valor social y ligándolo al valor de mercado (Federicci, 2010; Olmo, 2013). Como ocurre con los servicios domésticos ofertados en el mercado laboral, que recaen una vez más mayoritariamente sobre mujeres, en especial, mujeres migrantes.

Tanto la concentración sobre las mujeres como la identificación de los cuidados como mercancías son movimientos instrumentalizadores y fragmentados, que no permiten reconocer ni imaginar el flujo de los cuidados distribuidos, ya sea en la familia o en la comunidad vecinal (Massey, 1994; Olmo, 2013). Es decir, externaliza, extrayendo y alejando potencialidades de la vida cotidiana y reproduciendo una serie de desigualdades. Un ejemplo muy llamativo por su alcance en la vida cotidiana se discutía en las sesiones de *Porque yo lo valgo* al hablar de la construcción de la subjetividad como mujeres. Señalaban que ambos sexos han sido educados, cuando no adoctrinados, para reproducir una desigualdad expresa en las múltiples facetas de la vida, basada en la diferencia de género. Decía una de las integrantes: “los hombres cuando se quedan viudos se quedan como niños, porque han estado durante toda la vida como *dis-capacitados*, y de repente cuando ella muere descubren que no saben hacer nada. En casa todo se lo hemos dado hecho, a mi marido ¡hasta le he puesto el azúcar en el café y luego se lo he removido con la cuchara!”.

Los cuidados se presentan como una necesidad sentida, que revela ciertos desequilibrios que produce la vida urbana. Estos trabajos de cuidados son puestos

en riesgo por la precariedad y el desempleo, pero también por las políticas de austeridad. Previamente a la crisis económica gran parte de cuidados a niños o personas dependientes eran cubiertos por servicios públicos o mediante relaciones mercantiles posibilitadas por un salario estable. El huerto, por ejemplo, presenta dinámicas interesantes en torno a los cuidados y los lazos sociales. En este espacio se observa cómo previamente a la crisis económica parte de los cuidados infantiles se podían derivar hacia actividades extraescolares o guarderías. Esto suponía cierta “descarga” para las familias, pero en detrimento de la calidad de las relaciones afectivas entre padres, madres e hijos, además del potencial cansancio y “estrés” de hijos e hijas inscritos en múltiples actividades. Al carecer de suficientes ingresos, estas familias activan otro tipo de estrategias, como dejarlos al cuidado de abuelas y abuelos o llevarlos al parque, lo que puede redundar en sobrecargas de distinta índole. Una parte importante de abuelas y abuelos asume parte de los cuidados de nietos y nietas, lo que estrecha sus conexiones con la familia y les puede proporcionar bienestar psicosocial. También les puede ocasionar sobrecarga de esfuerzos, tanto físicos, emocionales como económicos, como sucede cuando se dedica parte o toda la pensión de jubilación a gastos de hijos y nietos. Esta situación de sobrecarga recae especialmente en el caso de las abuelas, que viven su vida cotidiana sujetas a preocupaciones a diversas tareas, intentando acoplar su estado físico a distintos espacios y temporalidades.

Otra dinámica importante en torno a los cuidados infantiles es “ir al parque con los niños”. Las escasas plazas del distrito se llenan por las tardes de familias con niños y niñas, especialmente aquellas dotadas de zona infantil. Una regularidad en estos espacios es ver a padres y madres manteniendo cierta distancia entre sí, de pie frente a sus hijos y centrados en observar sus juegos y movimientos. Las madres y padres que acuden al huerto valoran que, a diferencia de otros lugares del barrio, allí tanto ellos como sus hijos se relacionan con mayor facilidad con otras personas, sin tener una preocupación constante por la seguridad. En este espacio incluso se puede regañar a niños ajenos, sin que esto cause conflicto entre padres o madres, como ocurriría en parques o zonas infantiles del barrio. Igualmente se promociona que los juegos infantiles no reproduzcan roles y estereotipos de género, de manera que niños y niñas se mezclan en todas las actividades. De este modo se promueve una red de cuidado y educación más allá de las familias, acercándose a dinámicas de

crianza comunitaria, que habitualmente se entienden como extintas y desde una visión nostálgica y lejana del pasado del barrio.

Incluso padres y madres lograron construirse su propio espacio dentro del huerto, uniendo espontáneamente sillas en torno a una sombra. Esto les permitía sentirse en un lugar cómodo donde compartían bebidas, charlas y bromas, mientras niños y niñas jugaban o realizaban actividades del huerto²⁵. Así, padres y madres ya no eran simples observadores, el centro se desplazaba, distribuyéndose la atención y los cuidados también hacia sí mismos. Con dinámicas cotidianas de este tipo construían espacios de bienestar colectivo, marcando diferencias con la monotonía experimentada en el parque o en la plaza. Todo ello llevaba a que familias y niños prefirieran notablemente el huerto sobre una plaza situada a escasos metros. Incluso se podía observar a familias esperando en la puerta o trasladándose de la plaza al huerto en el momento de su apertura por las tardes. Las razones eran varias: el cariño y el placer de estar en el huerto, donde cumplían un papel fundamental características propias y distintivas del huerto, como uno de sus participantes, figura “líder” del huerto, de gran carisma entre adultos y niños, o los animales que vivían en el huerto y que eran una novedad para niños y niñas: un par de tortugas, una gallina llamada “Cloti” y un conejo llamado “Tambor”, todos de gran éxito entre los más pequeños. Otro motivo era la red social que se había construido allí donde otros/as amigos/as y vecinos/as iban, generando un “efecto arrastre”. Y por último, el huerto estaba vallado y por tanto era un espacio cerrado, percibido como seguro, frente a la plaza, donde diariamente se observaban cristales rotos o personas bebiendo alcohol sentados en unos bancos.

Estos grupos también ponen de relieve una fuerte conexión entre feminización de los cuidados y feminización de la pobreza. Por ejemplo, las mujeres que participan en el grupo “Porque yo lo valgo” han experimentado una historia prolongada de desgaste personal debido a su rol de cuidadoras, ya sea como madres o como esposas. La mayoría de ellas fueron madres de jóvenes que en la década de los 80 se sumieron en el consumo de heroína en Ventilla. Ellas se volcaron sobre este drama familiar y social, atendiendo el estado social, emocional y de salud, e incluso

²⁵ Ver Imagen 10 en el Apéndice II.

económico y legal de sus hijos (Valiente, 2001). Su posición de madres las ha situado en un lugar ambivalente, pues su capacidad de agencia personalmente es reforzada y socialmente es legitimada. Sin embargo, ésta se concentra en torno a los cuidados a otras personas, lo que las lleva a descuidar sus propias necesidades y expectativas personales. Esto constituye el problema más representativo observado en “Porque yo lo valgo”. La mayoría de las mujeres participantes no se incorporaron al mercado laboral, precisamente por su rol de cuidadoras desempeñado en casa, lo que les ha provocado a lo largo de sus vidas una escasa autonomía económica. De manera significativa denuncian la falta de reconocimiento de su labor cotidiana, especialmente por parte de sus maridos que de manera sistemática reproducen desprecios y diversas formas de violencia simbólica hacia sus esfuerzos cotidianos y hacia sus intereses y deseos. Estos desprecios constituyen la punta del iceberg de un complejo proceso de corrosión de su autoestima, a través de la invisibilización de su agencia sociopolítica y del papel de los cuidados en la sociedad.

De manera generalizada se observa que las mujeres han sido y siguen siendo el colectivo sobre el que recae el papel de los cuidados familiares, y esto tiene un efecto profundo en las relaciones sociales fuera de la familia. Las mujeres del grupo “Porque yo lo valgo” por ejemplo encuentran dificultades en permanecer fuera de casa largos periodos, especialmente en determinadas franjas horarias, lo que las lleva a renunciar a diversas actividades o a adaptarlas a sus horarios. Especialmente problemática para ellas es la hora de la cena, por tener asignada esta tarea y por una interiorización de la noche como espacio temporal vinculado al ámbito doméstico y a la inseguridad. Las actividades desarrolladas en torno al atardecer resultan poco atractivas o les implica prisas al salir de ellas, pues son potencialmente conflictivas en sus relaciones conyugales (de manera sistemática aparece la tarea asignada y autoasumida de preparar y servir la cena). En el 15M las mujeres son igualmente quienes asumen los cuidados de niños o personas dependientes, y estas cargas las mantienen sujetas a una preocupación constante. Estas mujeres no pueden asumir gastos de guardería o de residencia de ancianos, y la mayoría tiene escasa red de apoyo socioeconómico, o bien porque son madres solteras y asumen en solitario los cuidados de sus hijos, o porque no se da un reparto de las tareas de cuidado con su pareja, o porque sus familiares viven lejos, generalmente en la periferia de Madrid o en otros países.

Por otro lado, se establecen ciertas dinámicas regulares en torno al proceso de convertirse las mujeres en “cabezas de familia” en tiempos de crisis económica. Primero, la proactividad de la mujer frente a la inestabilidad económica se debe en gran parte a que haya sido entendida socialmente como el sostén familiar: “aquella que no puede fallar”, “la que siempre está”, con toda la sobrecarga que ello conlleva. En segundo lugar, por lo general los hombres disponen de menos estrategias de resiliencia ante la falta de trabajo, pero continúan el papel asignado de “proveedores” de recursos económicos a través del trabajo remunerado, por lo que centran sus esfuerzos en encontrar empleo, aunque sea de manera precaria, encadenando trabajos temporales o informales como hacer chapuzas. Por su parte, las mujeres confían en mayor medida en la participación colectiva como estrategia socioeconómica, lo que las lleva a centrar sus esfuerzos en ello. En la mayoría de casos se trata además de una compatibilización de estrategias socioeconómicas, de manera que se complementan salarios precarios con los recursos conseguidos desde la participación en estos colectivos, como los alimentos recogidos o las ayudas públicas.

A pesar de que en estos colectivos las mujeres son mayoría, y son quienes tienden por iniciativa propia a este tipo de participación (principalmente por cadena de boca a boca), también son quienes encuentran mayores dificultades cotidianas para mantener esa participación, pues son las más afectadas por cargas familiares. Así, “recoger a los niños”, ayudarles con los deberes, atender tareas domésticas o simplemente pasar tiempo con la familia se vuelve problemático cuando se intenta además compatibilizar esto con horarios laborales y participación en colectivos vecinales. Especialmente problemático en ello es el 15M, pues la participación por lo general implica una diversidad de actividades, gran parte de ellas con horarios cambiantes o de mañana, como es el caso de desahucios y acompañamientos.

En el Banco de alimentos, por ejemplo, emergió una tensión entre las normas del grupo que primaban la asistencia, y la preocupación de madres que vivían como una carga el asistir a asambleas y recogidas de alimentos y no saber dónde ni con quién dejar a sus hijos. Se trataba de una tensión de fondo, no siempre verbalizada en público, pero conocida pues incluso se barajó la idea de abrir una ludoteca infantil. Sin embargo, no se llegó a materializar una solución colectiva, de manera

que estas madres debían buscar estrategias siempre problemáticas. O bien dejarlos con familiares o amigos, lo que supone cierto desplazamiento y negociación de horarios; pedir favores a vecinas, lo que está sujeto a sobrecargas y desequilibrios; o bien dejarlos solos, lo que genera desconfianza a las madres, además de estar perseguido por ley en caso de menores. Todo esto forma un conglomerado de presiones sobre personas que permanentemente asumen cargas de diverso tipo. En esta línea, una participante de Invisibles de Tetuán, por ejemplo, abandonó temporalmente el colectivo, para iniciar un proyecto paralelo en la misma Enredadera de apoyo escolar a menores, porque lo entendió como una necesidad de cuidados que no estaba siendo cubierta.

En respuesta a estas situaciones, en colectivos como Invisibles de Tetuán o Tetuán Resiste se activaban estrategias de cuidado colectivo que, aunque se daban de manera espontánea y puntual, tenían gran potencial y eran apreciados por los y las participantes en general. Niños y niñas podían permanecer en las asambleas, en dichos casos, algún/a participante voluntariamente compartía entretenimientos con ellos, de manera paralela a la asamblea. Sin embargo, esto no suponía una solución estable para las madres por el riesgo de sobrecargas. En otras ocasiones se reunían espontáneamente varios niños y niñas y jugaban, o como en la Mesa contra la Exclusión, se ofrecía un espacio de ludoteca infantil organizada por personas voluntarias.

Pero quizá el extremo de esta feminización de la pobreza y feminización de los cuidados se revela en la incorporación de estas mujeres al mercado laboral. En colectivos como el 15M se observa que en tiempos de crisis económica las mujeres son más “empleables” con respecto a sus parejas. Sin embargo, sus trabajos mayoritariamente están relacionados con los cuidados domésticos, ya sea limpieza o cuidado de niños y personas dependientes. Se trata de un trabajo históricamente ligado a las mujeres, y aunque aquel desarrollado fuera de casa tenga carácter remunerado, se trata de uno de los trabajos más precarizados (Offenhenden, 2017). Además, es un trabajo especialmente sujeto a riesgos laborales. En los grupos del 15M, donde son mayoría mujeres y particularmente mujeres de origen extranjero, varias de estas participantes sufrían algún tipo de lesión o sobrecarga muscular (contracturas, lumbalgias, dolor de espalda o articulaciones, rotura de huesos)

provocada por trabajos en limpieza o cuidados a personas mayores. Estos trabajos responden a salarios bajos, carecen de reconocimiento y derechos básicos como son las prestaciones de desempleo, en el caso de las personas “empleadas del hogar”. Además, al estar ligadas a la intimidad del espacio doméstico, son más susceptibles a situaciones de abuso de poder, discriminación y explotación, como sucede con frecuencia con empleadores que se benefician de estos servicios sin establecer contratos formales o sin cotizar el trabajo realizado en la Seguridad Social.

Burocracia

La organización de los recursos públicos en gran medida reproduce la disgregación social de otros múltiples espacios de la vida urbana. La burocracia aparece como mecanismo fragmentador paradigmático, que acaba profundizando en la individualización con la que se viven situaciones de vulnerabilidad social. No sólo continúa una dinámica profundamente vertical y jerarquizada, que plantea distanciamiento, sino que entiende la situación de cada persona de manera individualizante y fragmentada. Por ejemplo, la estandarización de “perfiles” y su relación con baremos para acceder a ayudas públicas funciona como un dispositivo homogeneizante de impersonalización, que reduce la complejidad de las trayectorias personales hasta asimilarlas a “un número de la lista”, percepción extendida tanto en usuarios como en profesionales de los servicios públicos.

La burocracia produce una situación de desgaste y turbación permanente, lo que agrava la desorientación y falta de perspectivas que genera el desempleo o el empleo precario. Estas personas deben realizar una interminable serie de papeleos, que se viven como “*trabas* por las que hay que pasar”. Se trata de un proceso complejo de negociación y de presión que exige tanto a la persona de cara al profesional, como al profesional de cara a la institución, justificar la situación de vulnerabilidad social con los máximos argumentos posibles. Sin embargo, los presupuestos públicos destinados a la protección social son muy escasos, de manera que la combinación de burocracia e infradotación de los servicios públicos produce una frontera permanente, que desalienta por las pocas perspectivas que ofrece.

Esta estructura rígida y laberíntica cae como peso ineludible sobre personas en situaciones de vulnerabilidad (Mesa, 2019). No sólo se enfrentan a la complejidad e incomprensión de reglamentos, pasos y detalles (como plazos o

incompatibilidades), sino también a la urgencia a la que están sometidos, por medio de plazos y sanciones. Esto sucede por ejemplo en casos de ocupación de vivienda, donde se dan simultáneamente procesamientos judiciales y solicitudes de ayudas que pueden ser incompatibles. Tras una continuada presión social del movimiento de vivienda, a finales del año 2018 se dejó de entender la ocupación como criterio de exclusión para solicitar vivienda de alquiler social de la Empresa Municipal de Vivienda Social (EMVS) del Ayuntamiento de Madrid, al reconocerse la grave situación de exclusión social que se estaba reproduciendo.

La burocracia conforma una arquitectura especializada y ajena a las personas, especialmente aquellas que carecen de recursos sociales, económicos y jurídicos. Es un espacio altamente tecnificado, por lo que la incomprensión es frecuente, pero también es un espacio altamente precarizado, principalmente por falta de personal o por externalizaciones de los servicios públicos. Esto lleva a que el trabajo de el/la profesional se reduzca por lo general a gestor/a de recursos, profundizándose la relación técnico-usuario como una relación asimétrica e impersonal y reduciéndose la atención a una acción segmentada, puntual y paliativa, cercana al mero asistencialismo.

Estos colectivos responden a esta arquitectura compleja mediante un trabajo de información. Se trata de una especie de traducción a lenguajes más familiares, con detalles pormenorizados o situaciones específicas. Campañas como “RMI tu derecho” son paradigmáticas de este esfuerzo, pero también dinámicas más informales como los acompañamientos colectivos a servicios públicos. Esto responde a la necesidad de disponer de una información clara y precisa que puedan manejar las personas afectadas, y de la evidencia de que las personas en situación de pobreza se exponen a una doble vulnerabilidad, tanto social como jurídicamente. En esta línea los acompañamientos por parte de colectivos como Tetuán Resiste o Invisibles de Tetuán a servicios sociales buscaban apoyar a la persona con información y con argumentos sobre su situación de vulnerabilidad social y sobre todo colectivizar una situación difícil que es vivida generalmente en soledad (Herrera-Pineda y Pereda, 2017).

Los centros de servicios sociales, por ejemplo, se experimentan como lugares hostiles, a los que inevitable y forzosamente hay que acudir. Esto lleva a que todo el

proceso, de por sí lento y lleno de dificultades, donde el tratamiento con frecuencia es poco empático (debido principalmente al escaso tiempo disponible para atender a cada usuario), se viva entre las personas afectadas con cansancio, desánimo y desesperación. De ahí que estas personas valoren positivamente los acompañamientos, pues éstos contribuyen a hacer más llevaderas, y también más efectivas, las visitas, dada la insistencia y la mayor información que otorga el grupo (Herrera-Pineda y Pereda, 2017). Sin embargo, estos acompañamientos provocaron conflicto abierto entre profesionales de estos centros y participantes de estos grupos. El choque vino precisamente por romper con la atención individualizada, interpretándose como una amenaza la presencia de varias personas para atender un caso concreto. Ahora bien, estas dinámicas han logrado poner de relieve la poca accesibilidad a la información y las limitaciones para un tratamiento personalizado que se dan en servicios sociales, ahondando las situaciones de indefensión en las que se encuentran las personas afectadas. Si es interesante indagar en la burocracia es precisamente porque es el espacio al que acuden las personas en situaciones de emergencia social, tras haber agotado otra serie de recursos, como los familiares (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016). Es un dispositivo clave de las administraciones y el creado para atender situaciones de este tipo, por lo que se vuelve especialmente problemático.

Multidimensionalidad de los cuidados: corporalidad y afectividad

Todas estas experiencias muestran que el proceso de fragmentación, reproducido en distintos dispositivos, genera tanto articulaciones complejas o intersecciones (Hill, 2017; Hooks, 1989) entre distintas desigualdades, pero como contrapartida también distintas formas de respuesta vecinal y colectiva, capaces de recomponer el potencial comunitario y socializador de determinadas situaciones. Así pues, distintos espacios, desde el personal, las relaciones mercantiles o las institucionalizadas por el Estado reproducen una serie de desequilibrios y exclusiones sobre cuestiones relevantes para la vida cotidiana. El desgaste personal, las sobrecargas, el descuido de sí mismo y la turbación permanente pueden darse en cualquiera de estos espacios, incidiendo siempre en el cuerpo, y llegando a casos de enfermedades como depresiones o cuadros de ansiedad. La vida en la ciudad reproduce una exclusión invisibilizada que es la soledad. Y por ello, estos grupos visibilizan la necesidad de los cuidados, ya sea proponiendo nuevas formas de

relacionarse consigo mismo en el ámbito más personal (autocuidado, cuidar a cuidadoras), entre vecinos (crianza colectiva, iniciativas de ludoteca, recogida de alimentos) o de cara a las instituciones (acompañamientos y difusión de recursos disponibles). Se trata de experiencias de socialización de problemas personales que en su mismo ejercicio conllevan prácticas de cuidado. Dos dinámicas tradicionalmente menospreciadas y apartadas de la escena pública forman la base de los cuidados: la afectividad y la corporalidad.

El acompañamiento pone de manifiesto la relevancia de la corporalidad y de los afectos en las prácticas de cuidado. Acompañar es algo semejante a “hacer compañía”, puede hacerse de diversas maneras, incluida la virtual, sin embargo, la presencia física es el elemento más apreciado, pues se considera la forma más fuerte de materializar la solidaridad. El “estar ahí” es diverso en todos estos proyectos, pero en todos el cuerpo cumple un papel cualitativamente valorado. En el huerto, por ejemplo, el cultivo o el riego en verano implican presencia física y esfuerzo corporal, y son imprescindibles para el mantenimiento del proyecto. En *Porque yo lo valgo* una actividad como pasear o compartir consuelo o ánimo, de especial relevancia en este colectivo, pasa necesariamente por un sentido de corporalidad, pues se practica desde él con gestos (abrazos, risas, caminar agarradas), es decir, surge y recae sobre él. Esto permite reformular situaciones como la vejez, la soledad, el dolor o el sufrimiento, pues permiten descargar tensiones cotidianas, pero sobre todo descubrir nuevas experiencias y sentirse parte de un grupo. Pero es en el 15M donde hablar del cuerpo adquiere mayor significación. Durante concentraciones, paralizaciones de desahucios, “acompañamientos” a servicios públicos o recogidas de alimentos se hacen manifiestas las potencialidades de los cuerpos unidos, entendidos como colectivo y además expuestos en el espacio público. Poner el cuerpo implica hablar por uno mismo, pero también por otras personas, supone interpelar a un “otro” desde algo material y vivido, supone ponerles rostro a los problemas o a los proyectos, y abrir un diálogo que puede generar aprendizajes, o desconcertar o incluso generar conflicto.

La recogida de alimentos es el caso más representativo del papel del cuerpo en el proceso de socialización de problemas aparentemente privados. Esta dinámica de recogida de alimentos reúne a vecinos y vecinas en la puerta del supermercado

donde los participantes del banco de alimentos informan sobre su actividad y solicitan la colaboración vecinal. Esto visibiliza situaciones personales potencialmente generalizables al vecindario, y en concreto, a aquellas vecinas y vecinos que acuden al supermercado como clientes. Por otro lado, la presencia física ofrece posibilidades particulares en cuanto a empoderamiento personal y colectivo. La mayoría de las personas del banco en un principio vivieron con vergüenza y recelo su exposición física en los supermercados. Sin embargo, el hecho de sentirse acompañados por otras personas que hacían lo mismo y que vestían el mismo chaleco amarillo del banco de alimentos, les permitía verse como un equipo y sentirse dignos en su actividad. Asimismo, el esfuerzo físico materializaba más fácilmente las capacidades personales y colectivas, de modo que se convirtió no sólo en una actividad apreciada, sino en la más estimada y la que despertaba mayor interés de todo el proyecto.

Una de las experiencias más valoradas en todos estos grupos es compartir momentos agradables, que además son entendidos como una manera de evadirse y tener un espacio de “relax” que corte con obligaciones laborales o familiares. Estos proyectos permiten salir de una especie de clausura que dan las preocupaciones, familiares o personales, o el ritmo diario de la vida en la ciudad. Así, realizar aficiones o compartir momentos como “meriendas de traje” (donde se comparte lo que se lleva), donde se intercambian risas y conversaciones informales, son dinámicas muy apreciadas, pues contribuyen a una mayor calidad de vida y de salud mental. El papel del cuerpo es relevante porque abre otras dimensiones del intercambio, especialmente el afectivo y el lúdico. Por ejemplo, personas de Tetuán Resiste participan en un huerto comunitario, llamado “la Morera de Ofelia”, ubicado a escasos metros de donde se realizan las asambleas. Aquí se cultivan hortalizas, pero también se realizan diversas actividades lúdicas como danzas, juegos, comidas, fiestas o cine. Se vio importante la participación en el huerto como manera de “desconectar” de las preocupaciones relacionadas con vivienda y precariedad y como forma de activar otras dimensiones de la vida en colectivo, como compartir amistad o tiempo libre.

De igual manera, el huerto de la Ventilla cumple un papel socializador fundamental, pues aquí se construye un ritmo diferenciado de la ciudad que facilita

la creación de lazos vecinales. Esto ha repercutido en la salud física y mental de vecinos y vecinas de diversas edades, que incluso afirman haber encontrado mayores beneficios en los cuidados y socialización que ofrece el huerto que en la medicación o tratamientos convencionales. De esta manera, por ejemplo, niños autistas han elaborado herramientas de expresión y socialización a partir de su participación en el huerto, o personas mayores o enfermas se mantienen ejercitadas con entusiasmo a pesar de sus problemas de salud. Un aspecto importante es la relación del cuerpo en contacto con la tierra. Esta experiencia en la ciudad supone una ruptura espacio-temporal, y a la vez una conexión con la memoria personal y colectiva: vecinos de origen extranjero se sienten “como en casa”; antiguos vecinos recuerdan “la Ventilla de toda la vida”; niños y niñas descubren de dónde surgen las hortalizas o lo que es cuidar una gallina o un conejo; o una persona con alzhéimer recuerda canciones de su infancia en el pueblo²⁶. Todas estas experiencias y significaciones heterogéneas están traspasadas de afectividad y logran construir narrativas comunes e inteligibles para personas muy diversas. Una de estas narrativas es precisamente vivir el huerto como “un lugar querido”. Un proyecto de salud comunitaria, pionero en Madrid y desarrollado en distritos como Tetuán, llamado *Comunidades activas en salud*, a través de varios encuentros vecinales reveló que huertos como éste y del distrito son recursos relevantes para sobrellevar agravantes de salud como la soledad o las emergencias sociales.

El trato cercano es muy apreciado en todos estos grupos porque permite una socialización basada en la confianza. El caso más expresivo es la asociación, que tiene como objetivo precisamente recuperar parte del espíritu comunitario que se ha ido disolviendo en el barrio, a través del disfrute colectivo del barrio. Aquí se pueden tejer amistades, compartir aficiones o intercambiar bromas y *picoteo*. Se trata del colectivo que más importancia da a los lazos sociales y donde, por ejemplo, se expresa más abiertamente el contacto corporal, como los abrazos, y donde se consigue notablemente trabajar una dimensión lúdica y afectiva mediante prácticas informales. Por su parte, en el Banco de alimentos eran muy apreciadas las “cafetas solidarias”, donde se preparaban comidas para vender y recaudar fondos. Con ello

²⁶ Ver Imágenes 9 y 11 en el Apéndice II.

se activaba una motivación grupal económica, pero sobre todo social y afectiva, pues se trataba de “disfrutar *ganando*”. En estas *cafetas* se ganaba dinero para el “bote común” (destinado a gastos comunes como el transporte para eventos colectivos), pero también se generaban conversaciones poco comunes, risas y bailes que llevaban a conocer otras facetas de compañeros y compañeras, a crear lazos de amistad, o incluso a rebajar tensiones entre personas previamente enfrentadas. Incluso permitía que personas que no participaban en el banco, como familiares o integrantes de la Enredadera (que podían también experimentar situaciones de inestabilidad socioeconómica), pudieran alimentarse y tener un espacio de ocio colectivo. Así hablaba un participante del Banco sobre la experiencia de las *cafetas*. Se trata de un hombre de mediana edad y de origen dominicano, que valoraba positivamente estos encuentros, y cuyo discurso nos permite entender que la creación de nuevas sociabilidades es el núcleo de estas propuestas colectivas:

Entrevistado: He conocido a Juana [nombre ficticio], por ejemplo, que es de mi barrio. Y yo antes no, sabes. Y ahora, sin embargo, me invita a que tome una coca-cola, y así. Y además la comida que hizo ella el otro día que estuvo muy bien [se refiere a una comida preparada para una cafeta solidaria]. Y empiezo a decirle a ella que me dé la receta, sabes. La verdad que no salió muy dominicano, pero está muy bien hecho [para estas recetas se intentaba aprovechar los ingredientes disponibles de las recogidas].

Investigadora: ¡Qué rico!

Entrevistado: Sí, estaba muy rico. La mujer mía me dijo que va a hablar con ella para eso, para ver cómo hacía ella las cosas, le gustó mucho. Ese día estaba la cuñada mía, estuvo la mujer, y estuvo el niño. Sí, sí, estuvimos todos allí.

[...]

Investigadora: ¿Te gustó?

Entrevistado: Sí, sí, estuvo muy bien, y comimos y allí estuvimos hablando y todo bien. Y que ella [se refiere a su esposa] también una vez fue, hicimos también una [cafeta] y estuvo. Y le gustó. Mira eso, y quiso volver otra vez ahora. Yo le dije que nosotros hacemos otras veces comida y cosas, y ¡con el pie operado! Así, así vino aquí. Sí, sí.

Investigadora: ¿Y va a ir a lo de mañana? [al día siguiente había comida popular en una plaza del barrio].

Entrevistado: Mañana, creo que ella va a ir mañana, sí. Pero le hacía ilusión aquí. Ella me decía “no conozco mucha gente”, no sé qué... Mira, ¿sabes lo

que me dijo ella? Que quería estar hasta la última hora. Y le digo: “no, pues por ti, por el pie”, que estaba recién operado. ¡Media hora antes! Por el pie, que además íbamos caminando, sabes, despacito. Ella quería, se quería quedar hasta la última hora.

Investigadora: Estaba muy a gusto...

Entrevistado: Sí sí sí, no, hablando con la señora que conoció allí, estuvieron hablando o sea compartiendo.

Todos estos colectivos visibilizan la interdependencia de las relaciones sociales y la importancia de crear espacios comunitarios de cuidado y bienestar. Son circunstancias extremas en las historias de estas personas y en la historia reciente del país lo que abre nuevas visiones en torno a los cuidados. Esta ruptura con las condiciones anteriores de vida permite repensar cuestiones cotidianas como el uso del tiempo, la necesidad de salir y relacionarse con otras personas, o la incidencia del cuerpo en las relaciones sociales. Experiencias como éstas muestran la capacidad de agencia de vecinos y vecinas para construir otro tipo de ciudad como respuesta a la ciudad neoliberal, donde los cuidados estén presentes y además estén entrelazados en sociabilidades cotidianas.

Como reflexión final cabe señalar que estas formas de subjetivación son respuestas a un mundo complejo. El interés de estas experiencias radica en que permiten no sólo identificar dispositivos de individuación como la burocracia, la privacidad y el trabajo, sino también ver cómo se reactualizan o se concretan dichos dispositivos en la acción de estos colectivos y viceversa, cómo estos colectivos recombinan elementos y reformulan estos procesos mediante la acción colectiva, dando lugar a nuevas construcciones sociopolíticas. Autores como Manuel Delgado (2016) ponen de relieve el carácter fuertemente subjetivista de los movimientos sociales contemporáneos, y denuncia la continuidad que reproducen en torno a formas individualizantes propias de la corriente política y económica liberal, frente a la masa obrera que destaca su carácter colectivizante. Este autor en parte tiene razón pues en cierto modo se trata de un movimiento del yo (fragmentado, aislado) al yo con otros, es decir, el “yo” no se subsume del todo (aunque por momentos muy concretos lo haga), sino que parte precisamente de la subjetividad como centro, y desde allí se construye un “nosotrxs”. Por tanto, es una producción adaptada a nuestro tiempo y a una sociedad como la nuestra, profundamente individualista,

donde continuamente prima el mundo construido en torno al yo. La complejidad de estas situaciones vividas en última instancia se trabaja desde y en la persona, en su subjetividad. Sin embargo, este trabajo no es individualizante ni desgajado del tejido social. Aquí radica la relevancia de estas iniciativas colectivas, pues logran recombinar y reconstruir sentidos de comunidad más complejos, partiendo desde lo más personal a lo colectivo y global. Cabe recordar entonces que la construcción de la persona no se construye de manera aislada, sino en las relaciones con los demás. Así, la subjetividad se da precisamente en la conexión con otras trayectorias y experiencias, y en particular en el reconocimiento de dichas conexiones (lo que conlleva asimismo una serie de desconexiones). En esta realidad relacional es donde se construye la subjetividad como *subjetivación*, como acciones, como agenciamientos, posicionamientos y recreaciones en el espacio social y físico.

5.3.2. Dignidad como práctica de apoyo mutuo

Las dinámicas de estos grupos se basan en una serie de construcciones discursivas en torno a la idea de dignidad y de apoyo mutuo que dan lugar a prácticas sociopolíticas de distinto alcance. Una primera construcción recupera el sentido radical de lo que se entiende por dignidad, vinculado al trato digno y al reconocimiento de la agencia de cada persona. Una segunda recupera el sentido colectivo de la dignidad expresado en la “vida digna”, entendida ésta por una parte como satisfacción de necesidades cotidianas, pero también por otra parte como horizonte colectivo por el que trabajar.

Dignidad como trato digno

La primera construcción, en torno al trato digno, se puede observar con mayor claridad en los colectivos del 15M, cuya práctica cotidiana se contraponen a ciertas inercias de las instituciones públicas, en especial, la burocratización, por su incapacidad de aproximarse a la vida y su capacidad para obstaculizarla. Frente a una construcción de los servicios públicos que acaba generando exclusiones, de escucha, de habla y de recursos (Ayala y Ávila, 2018), estos colectivos ponen en marcha espacios de expresión y de autogestión. Por un lado, abren oportunidades para contar la propia historia, la historia vivida, poniéndola además en relación con la de otras personas. De esta manera, se rompe la relación diádica típica de los servicios públicos, los dos polos entre ciudadano y administrador. Aquí ya no habla

o escucha sólo un interlocutor, sino que la propia narración se vincula con la de otras personas posibilitando la construcción de relatos comunes, basados en memorias y trayectorias similares (Herrera-Pineda y Pereda, 2017).

Es representativa la asamblea como espacio de expresión, inusual en otros ámbitos de la vida, que permite hablar en público y ello no sólo rompe barreras psicosociales, sino que descubre intereses y capacidades antes desconocidas. Por ejemplo, un hombre en desempleo de larga duración y con un problema de tartamudez señalaba que conforme participaba en el banco de alimentos su timidez se había disipado. “Te hace sentir interesante, escuchas cosas nuevas, me han hecho hasta una entrevista, y todo eso es muy bonito” decía sobre su presencia en el colectivo. Esta colectivización también rompe con una relación asimétrica típica de la administración, que se basa en la desconfianza hacia la participación vecinal, y específicamente en la desconfianza hacia el ciudadano pobre (Mesa, 2019), al tiempo que se proyecta un “sentido” de responsabilidad sobre la figura del experto o profesional, convertido en “gestor/a” de recursos. Estos colectivos plantean un claro rechazo a lo que se entiende como “fiscalización” de los organismos públicos sobre personas demandantes de ayudas. En contraposición, estos colectivos se construyen como espacios de cuidado, donde se escucha, pero también se da consuelo o compañía, a través de consejos y muestras de empatía.

En este sentido, estos colectivos evitan hacer cuestionamientos sobre decisiones personales, como manera de respetar la autonomía personal. La consecuencia más importante de ello es superar la culpabilización individual y posibilitar una contextualización más amplia de problemáticas similares. Un ejemplo paradigmático de ello son los casos de hipotecas con precios desorbitados, que no suscitan cuestionamientos sobre la responsabilidad individual al firmar un contrato de estas características, sino una atención especial por las similitudes entre diversas situaciones, revelándose, por ejemplo, el alto riesgo para las familias, como sucede con los avales, o ilegalidades masivas de la banca, como las cláusulas abusivas. De esta manera se comprende el carácter estructural de problemas como las hipotecas tóxicas de Bankia, que se promocionaron en el periodo de mayor riesgo principalmente a colectivos migrantes, a quienes se les facilitó la concesión de créditos a largo plazo instándoles a “cumplir su sueño”. La comunidad migrante

ecuatoriana fue afectada por este proceso y la primera damnificada por los desahucios masivos, pero también la primera en organizarse.

Apoyo mutuo: del trato digno a la vida digna

Las dinámicas de estos colectivos logran resituar a estas personas como actores políticos. Si las entidades formales de protección social actúan según un modelo asistencialista que marca fronteras entre quien actúa/ayuda y quien espera/recibe, aquí las propias personas en situaciones de exclusión se movilizan y trabajan su propio caso y el de sus compañeras. De esta manera, la solidaridad ya no es con “otros”, como ocurre por ejemplo con las “campañas solidarias”, sino con un “nosotros/as”. Es decir, se resignifica la idea de “excluido”, pues ya no es alguien que “está fuera” y que hay que socorrer, sino una persona que experimenta carencias similares o reconocibles como propias (como un problema de todas/os) y que trabaja en colectivo y de manera horizontal por cuestiones comunes.

Este ejercicio de reconocimiento permite superar la “sumisión” e “inferioridad” ante la autoridad que “da” u ofrece recursos, y a la vez permite resignificar el beneficio adquirido como fruto del esfuerzo y trabajo propios, alejados de la lógica de la caridad. Como decía un miembro del banco de alimentos: “prefiero venir aquí que a la iglesia porque allí dependes de que tenga buena gana de dártelo, y porque aquí es fruto de mi trabajo, no me lo regala nadie”. De esta manera, se recupera la dignidad que se ha visto afectada por procesos complejos de desgaste personal, principalmente desempleo, pero también discriminación racial, de clase o de género. Estos procesos reproducen un mensaje de incapacidad y falta de perspectivas de estas personas, y agravan un escaso reconocimiento social mantenido en el tiempo, en muchos casos iniciado desde la infancia. En este sentido, estas prácticas colectivas ponen en cuestión, como señalaba Ranciere (2006), el orden epistémico que dice quién sabe y puede hablar o pensar, y el político, que señala quien puede actuar.

La integración de la persona “excluida” no se da con un movimiento puntual o parcial, sino que es un proceso que pasa por distintas escalas, desde el trabajo más cotidiano hasta la conquista de derechos. Aunque no todas las personas experimenten una evolución personal que desemboque en una implicación intensa, los esfuerzos y los logros del colectivo son resignificados como algo común a todos

los participantes. La ILP (Iniciativa Legislativa Popular) de vivienda por ejemplo, suscitó interés incluso en personas aparentemente apáticas en torno a medidas políticas o propuestas de gran escala²⁷. Eran las consecuencias prácticas de la ILP, y su potencial para solucionar sus problemas inmediatos, lo que lo convertía en un asunto de interés común. Es decir, la participación diversa en estos grupos, independientemente de la escala en que se dé, contribuye a sentirse parte de un todo. Muchas personas que no se implican en las tareas más técnicas, en cambio cumplen un papel aglutinador, pues informan a otras vecinas y vecinos sobre el colectivo y animan a asistir a sus reuniones. Estas invitaciones mediante el *boca a boca*, de hecho, son la principal vía de acceso para personas en situaciones de exclusión.

Proyectos compartidos de vida digna

Esta construcción de la “vida digna” como proyectos practicados revela una relación más evidente con el apoyo mutuo, pues logra activar diversas capacidades personales y colectivas y ponerlas en común generando nuevos imaginarios sobre el bienestar, la vida digna o “una vida que merezca ser vivida”. Estas nuevas construcciones dan lugar a discursos colectivizantes, tanto en forma de sentido de pertenencia, de nuevas identidades, como de apelación a derechos sociales. La “vida digna” no refiere a un concepto cerrado ni unívoco, pero de manera general comprende la atención a necesidades básicas y a otras dimensiones como la participación en la vida social y pública, los cuidados o el bienestar psicofísico. De esta manera, cuestiones como el acceso a una alimentación equilibrada, el reparto de las tareas en el hogar o una temperatura adecuada del hogar en invierno o en las olas de calor, son instancias de la calidad de vida y de las posibilidades de alcanzar cierto bienestar.

Gran parte de estas necesidades se satisfacían previamente a la crisis con la estabilidad socioeconómica que brindaba un empleo, pero también por unos roles familiares que han reproducido la feminización de los cuidados. La crisis ha quebrado en gran medida este orden, llevando a que los padres abandonen su papel

²⁷ Esta iniciativa buscaba la creación de una ley estatal de vivienda que protegiera y garantizara el derecho a una vivienda digna. Finalmente, no fue aprobada por bloqueo de C's y PP.

de “cabeza de familia” y realicen tareas del hogar o a que se reactive la familia extensa como apoyo social y económico. Estos colectivos vecinales rescatan este tipo de situaciones y logran trascender la escala individual o familiar para centrarse en una resolución colectiva de problemáticas diversas, incidiendo en cuestiones de fondo, como el acceso y calidad del empleo o la economía de los cuidados. Estas dimensiones conectan de manera profunda con ese proyecto de dignidad en la vida cotidiana, pues no sólo tienen incidencia en la esfera económica sino también en el tiempo libre disponible y en el estado físico y anímico en la vida diaria.

Mientras el 15M se enfoca en la respuesta a carencias económicas básicas, colectivos como el huerto centran su atención en un proyecto de vida en común, en el que interviene principalmente el factor del tiempo. Este proyecto propone un nuevo paradigma del empleo del tiempo. Frente a las prisas del trabajo, las preocupaciones o los asuntos familiares, este espacio propone un ritmo más sosegado, donde estas situaciones se pueden reformular en cierta medida. Los periodos de cultivo, las tardes de conversaciones o de juegos, la decoración del huerto... todo responde a un proceso pausado, tranquilo, que se relaciona con los ritmos de la vida y de la naturaleza, y que se manifiesta a través de actividades como el reciclaje, la alimentación, o los cuidados necesarios para el bienestar social y emocional. Estas otras temporalidades permiten que algunas esferas de la vida cobren importancia, como puede ser el cultivo de una afición o la comunicación interpersonal. Por ejemplo, padres, madres, y niños/as construyeron la “casa” para una gallina y un conejo y en este proceso creativo se reformularon roles familiares, superándose la “infantilización” de los hijos, relegados frecuentemente a un papel pasivo, al tiempo que se posibilitó una tarea conjunta entre padres e hijos con un resultado útil para una comunidad, lo que resultó novedoso para ambos.

Prácticas de este tipo permiten fortalecer el tejido familiar y vecinal, y construir colectivamente una idea de dignidad y de apoyo mutuo. Los niños abrieron su campo de conocimiento y adquirieron dignidad como personas creativas capaces de colaborar con otras de distintas edades. Padres y madres adquirieron dignidad al no ser meros vigilantes y observadores de los juegos de sus hijos, tal como sucede diariamente en parques y plazas. Otros vecinos podían intercambiar experiencias sobre cuidado de animales o simples anécdotas que recuperaban saberes extintos

en la ciudad. Incluso el modelo de crianza tradicional de los hijos era puesto en cuestión, pues aquí era posible que padres o madres de otros niños acompañen o enseñen a niños ajenos, recobrándose prácticas de cuidados comunitarios, cada vez más ausentes en el barrio²⁸.

De esta manera, la “dignidad”, tanto el reconocimiento y trato digno como la aspiración a una vida digna, forma un proyecto colectivo cohesionado desde prácticas cotidianas. Actividades modestas, y en ocasiones espontáneas, han permitido rescatar la agencia de familias y vecinos como creadores de espacio colectivo. Estos grupos crean posibilidades que no se dan en otros espacios del distrito. Por ejemplo, “el huerto posibilita que padres e hijos puedan jugar o hacer algo juntos, ¡hacer algo juntos, cosa que ya no es posible!”, decía un participante del huerto que lo frecuenta diariamente. A diferencia del resto de espacios, mercantilizados o con una clara lógica de “servicio” asimétrico, estos proyectos crean posibilidades de capacitación y empoderamiento a través de la socialización y el aprendizaje colectivo. Además, todas las actividades son gratuitas y dependen de la voluntariedad e iniciativa vecinal, y aunque están dirigidas hacia unos objetivos, se valora más el proceso creativo que la “productividad”. Incluso en el Banco de alimentos, donde recoger una mayor cantidad de alimentos claramente era un aliciente, también eran muy valoradas las actividades de tipo socializante como las “cafetas solidarias”, donde no sólo se recaudaban fondos con venta de comidas sino donde también se charlaba, se bailaba y se interactuaba de una manera mucho más distendida que en la asamblea.

De manera generalizada, la interacción en estos grupos permite una colectivización del sentimiento de dignidad, lo que lleva a un proceso de solidaridades continuas. Por ejemplo, personas que no están muy implicadas en el huerto son capaces de llevar comida a los animales o cargar con materiales de construcción u objetos reciclables para el huerto. Asimismo, personas que no participan asiduamente en Tetuán Resiste se mantienen “alerta” para casos urgentes como paralizaciones de desahucios y son convocados para actividades puntuales, como puede ser el mercadillo solidario de Navidad, donde aparte de vender o donar

²⁸ Ver Imagen 9, 10 y 11 en el Apéndice II.

ropa y juguetes, se programan distintos eventos. Es decir, se abren espacios de colaboración a distintos niveles, formando un colectivo más extenso y fluido.

De manera similar, la “indignación” también va vinculada a un proceso de solidaridades. En estos colectivos, la indignación emerge como forma emotiva, sociocultural y política, activada frente a las barreras que impiden esa vida digna. Se entiende como una respuesta a un proceso de despojo de algo percibido como propio o bajo la idea de derecho. Es decir, como movimiento para devolver una dignidad “robada” o amenazada, principalmente por la burocracia, la infradotación de los servicios públicos, pero también por la corrupción, la indiferencia entre las personas y la criminalización de la acción colectiva. Se trata de una respuesta popular en estrecha conexión con la idea de justicia social, capaz de cohesionar distintos niveles de participación.

El componente político de esta indignación se da porque es capaz de articularse en una oposición al statu quo, es decir, porque trasciende la soledad de la frustración individual para implicarse en un proceso de solidaridades mutuas con otros grupos, “sumando fuerzas” en distintos espacios. Un caso muy expresivo de esta dinámica se da en torno a los niños y niñas en situaciones de exclusión social. La niñez logra despertar una sensibilidad especial en la sociedad, tanto organizada como no organizada, que no se activa con otras situaciones también de especial vulnerabilidad. Este estado de conmoción y de oposición a la desprotección social de la infancia se convierte en una estrategia política. A nivel personal, por quienes son padres o madres de menores, que se reapropian del argumento de los derechos de la infancia para buscar soluciones más inmediatas, procurando un mínimo bienestar para sus familias. Pero también a nivel colectivo, pues es un motor importante para legitimar un derecho, como puede ser el derecho a la vivienda o a la alimentación, y promover así políticas extensibles a otros colectivos y situaciones de vulnerabilidad social menos mediáticas.

De esta manera, la solidaridad se entiende más acertadamente como apoyo mutuo, al apelar siempre a la acción de un *interactuante*, al ser un proceso siempre abierto, siempre deseoso de una devolución continua, una especie de interrogación que apela a una respuesta que es activa. Este apoyo mutuo se basa en la idea de dignidad y tiene dos dinámicas. Por un lado, construir una fuerza común,

heterogénea y múltiple, que se basa en la empatía, y que requiere entendimiento y esfuerzos para ser operativa. Por otro lado, una dinámica de intensificación (en el sentido de reafirmación), oposición y presión social, que en última instancia también busca un entendimiento, tanto con vecinos como con instituciones. Por lo general esta dinámica de oposición va encaminada a revertir procesos, a hacer una especie de “freno” (a procesos de privatizaciones, recortes, gentrificación, etc.) pero también a construir nuevas vías y recursos colectivos no institucionalizados formalmente. Interesante en este sentido es la propuesta de participación vecinal en la política local a través de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán. Esta iniciativa forjada desde la apelación a nexos entre espacios muy heterogéneos (y experiencias personales muy distintas) logra aglutinar realidades presentes en el barrio como un mosaico, pero es en la acción colectiva, en los encuentros e intercambios cotidianos durante todo este proceso, donde emerge la construcción de sentido de comunidad. Es decir, es el esfuerzo continuo por entablar nexos y por reconstruirlos en las tensiones lo que genera cierta reafirmación de conjunto que, en última instancia, conforma un posicionamiento político, una manera común de practicar las cosas.

5.3.3. *Salir adelante* como subjetivación política

De manera general, en todos los colectivos se da importancia al cumplimiento de pequeños objetivos o tareas, es decir a un trabajo cotidiano dirigido a responder necesidades concretas. De esta manera, cuestiones amplias como la justicia social no son entendidas desde la abstracción o generalidad, sino desde un trabajo diario y concreto que se realiza desde la práctica. Este trabajo cotidiano funciona como base desde la que se construyen todos los proyectos. Sin embargo, para una parte de los participantes los problemas más cercanos y personales se construyen como el espacio prácticamente exclusivo de acción, lo que entraña potencialidades, pero también conflicto dentro de estos grupos. Esta delimitación de la acción se puede entender desde una construcción simbólica atada a la práctica, representada en la expresión “salir adelante”.

“Salir adelante” está íntimamente conectado a las necesidades o carencias experimentadas. Se trata de sobrellevar situaciones muy heterogéneas, de dar respuesta a lo cotidiano, a lo más cercano. En todos los colectivos vecinales este

“salir adelante” abre procesos de aprendizaje y de reconocimiento de capacidades. Pero “salir adelante” adquiere especial relevancia en aquellas situaciones que conllevan desgaste personal o sufrimiento, pues en ellas se revela un proceso de subjetivación política interesante. En estos casos el “salir adelante” se construye generalmente como “salir al paso”, “sobrevivir”, “ir tirando”, y aunque la participación en los colectivos continúe esta idea logra matizarla, mediante una percepción construida en colectivo de “avanzar”. Es decir, se pasa de un posicionamiento basado en cierta inercia, en cierta “acomodación incómoda” que es “ir detrás de los problemas” a enfatizar la capacidad de superar los desafíos de la vida diaria. En estas situaciones juega un papel determinante la percepción construida en colectivo de “avanzar”. Es decir, tiene un carácter de movilidad que se opone a la pasividad (que nunca es estrictamente así, pero se puede experimentar así), es “estar haciendo cosas *con otros*”, como expresó una persona del huerto; es “salir de casa” como se enfatiza en “Porque yo lo valgo”. O es “moverse”, “ganar tiempo”, “estar ahí”, como se dice comúnmente en el 15M, especialmente en el colectivo de vivienda, para referirse a presionar, insistir o hacer papeleos, a mantener la constancia y la proactividad.

“Salir adelante” entonces tiene que ver con un proceso personal y colectivo, donde se enfatiza el “salir de” y se esboza un horizonte que, aunque poco definido, indica una dirección que va hacia “adelante”, prefigurando así un futuro. En este sentido, el “ir dando pasos” se conecta con una situación de no estancamiento, y con una idea de “dejar atrás”, de resurgir, de tomar las riendas de la historia vivida (la propia, la del grupo o la del barrio). En concreto es un proceso de “salir de” la autculpabilización y del aislamiento social, salir de un lugar oscuro, “salir de las tinieblas”, salir del lugar claustrofóbico del yo, expresado en el cuerpo solo o en la casa-familia. En este sentido “salir adelante” también es hacerse visible y reconocible como uno más, como uno igual que otros (reconocimiento tanto en el espacio íntimo como en el espacio público). “Salir adelante” en última instancia conforma una construcción del yo y del nosotros, pues tiende hacia situaciones compartidas que “*empujan* hacia adelante”: ver a otras personas en situaciones semejantes, verlas salir adelante contagia, inspira, empuja a una misma. De este modo, en el reflejo de uno mismo en otros, se teje un trabajo colectivo y cierto horizonte de esperanza.

Se trata de un juego tenso entre la confianza en la acción y la incertidumbre de situaciones que no dependen en su totalidad de la propia acción. La incertidumbre de situaciones como paralizar o no un desahucio, encontrar o no un trabajo, recibir o no una ayuda, se resuelve o más bien se aplaca, mediante la acción continua no delegada sino distribuida, basada en “agotar todas las vías” y en una percepción de tener múltiples recursos disponibles por formar parte de una red (información, consejos, apoyo social y emocional). Por tanto, “salir adelante” enfatiza la capacidad de agencia activando recursos disponibles, y sitúa la vida como centro, donde se da un afanoso trabajo y se experimentan procesos colectivos que abren y complejizan lo personal. Ello en sí mismo tiene un carácter profundamente político, en el sentido de reconocer y usar recursos individuales y colectivos, y convertirlos en herramientas de poder transformadoras.

En este sentido “salir adelante” es una construcción subjetivada y subjetivante, como síntesis de procesos complejos que parten y, al mismo tiempo, trascienden la esfera personal. Ahora bien, por este mismo hecho de ser una construcción, se trata de un proceso sujeto a tensiones, a cambios, a reacomodaciones constantes. Una de las tensiones más significativas de esta construcción precisamente se da cuando se entiende como un mero “salir de”. Se trata de una idea estrechamente relacionada con la supervivencia y entendida en última instancia en términos de competitividad. Con cierta frecuencia llegan personas con situaciones altamente complejas quienes reciben el apoyo colectivo, pero tras solucionar su problema abandonan el grupo. La falta de implicación es uno de los desafíos que enfrentan estos colectivos, pues conlleva sobrecargas no sólo para figuras líderes que por lo general asumen de manera voluntaria una actividad más intensa (incluida el “animar” a la participación) sino también para otras personas en situaciones de exclusión que participan en el colectivo. Esto puede conllevar cierto desgaste entre los participantes, sobre todo en grupos reducidos, porque para mantener proyectos basados en el apoyo mutuo es fundamental cierta distribución de las tareas y sobre todo cierta perdurabilidad y dinamización de la reciprocidad en los intercambios. Si se desestabiliza este equilibrio durante tiempos prolongados, comienza a crear cierto “efecto arrastre” en otras personas, que comienzan a reformular su idea del compromiso y del esfuerzo empleado, y en general comienza a disolverse la energía

cohesionadora de los grupos, que es ante todo acción, puesta en común de recursos y capacidades.

Cuando “salir adelante” enfatiza exclusivamente el “salir de” se vuelve un trabajo asistencial, que permite “salir de” situaciones urgentes e incluso *salir del* activismo sin mayores dificultades. Esta es la ambivalencia del “salir adelante”, que incluye un lado inspirador y movilizador, que puede tender hacia lo colectivo en bucles de retroalimentación, o puede reproducir dinámicas individualistas cortando el flujo de los intercambios. Dado el contexto de sociedad en el que vivimos, en donde se promueve constantemente la búsqueda de intereses individuales y el máximo beneficio personal, este “salir de”, basado en la autosupervivencia e instrumentalización de lo colectivo, en el fondo es una realidad potencialmente cotidiana, que pasa en diversos espacios y puede pasar también aquí. En este sentido, en cierto modo es algo “asumido” (que aun así provoca tensiones y conflicto) por estos colectivos vecinales, es un riesgo que se decide tomar, pues también abre posibilidades inciertas. El modo que tienen de sobrellevar estos desequilibrios es a través de una reconstrucción y activación del sentido moral de su acción. Si alguien abandona el grupo tras la solución de su problema (sin devolución alguna del apoyo recibido), se lamenta y se le desea suerte a esa persona, y de cara al colectivo se recuerda, por ejemplo, que la situación de vulnerabilidad de aquella persona era injusta y que en esa medida era inconcebible no apoyar ese caso.

De este modo, el apoyo mutuo abierto y disponible para cualquier persona en situaciones de desamparo es el sentido colectivo *reactivado* también en las tensiones. Es decir, el apoyo mutuo es un sentido de pertenencia, construido y reconstruido constantemente. Un sentido moral que es al mismo tiempo un sentido político, pues en estos casos el “salir adelante” vuelve a inspirar colectivamente, incluso en la dureza, es “ir dando pasos”, aunque sean pequeños y a veces contradictorios, mantenerse activo y firme en un horizonte a largo plazo, que es la construcción de una sociedad más justa y democrática, menos desigual e individualista. No es casual que el colectivo de vivienda, expuesto a las situaciones de mayor vulnerabilidad y de mayor violencia, se haga llamar “Tetuán Resiste”. Estos colectivos deben sobrellevar dificultades y realidades complejas en múltiples frentes y niveles, de manera constante. Ese es su reto y ese es su marco de acción.

5.3.4. Distinción, conflicto y reciprocidad

De manera general, entre los miembros de estos grupos se establecen dos tipos de aspiraciones que se reflejan en dos niveles distintos de participación. Por un lado, están personas que centran su participación en resolver necesidades inmediatas o a corto-medio plazo, cuya construcción simbólica se centra en “salir adelante”. Estas necesidades pueden ser básicas, como aplazar un desahucio o solicitar ayudas públicas de emergencia social, o satisfacer necesidades sentidas (construidas socialmente como secundarias) como el relacionarse fuera del ámbito individual o familiar o hacer uso de un espacio creativo y socializador donde pasar el tiempo libre. Por otro lado, están personas que además de procurar soluciones a necesidades inmediatas (básicas o secundarias), emplean esfuerzos en la construcción de un bienestar a largo plazo, cuya construcción simbólica es la creación de bienes comunes, la justicia social o la “lucha colectiva”. Aunque ambos niveles de participación se encuentran y contribuyen mutuamente a un solo y mismo proyecto y, además, los dos niveles buscan crear bienestar colectivo, uno de estos espacios de participación orienta su actividad hacia un proyecto generalizable a más personas o a ámbitos más amplios, como puede ser el distrito de Tetuán o la ciudad de Madrid. Ahora bien, ello no conforma una diferencia estática ni esencialista, sólo revela ciertas regularidades, entre dos principales niveles que generan entre sí múltiples desplazamientos.

Para algunas personas esta diferencia de participación puede adquirir el carácter de frontera o crear conflicto por sobrecargas. El caso más expresivo de ello se da en el 15M, donde se crean dos perfiles distintos de participantes, materializados en dos roles diferenciados entre “afectados” y “colaboradores”. Esta diferenciación responde en parte a la propia naturaleza del trabajo del 15M, centrado en problemáticas específicas de exclusión social. Las personas “afectadas” experimentan situaciones de emergencia social, siendo la inestabilidad económica la problemática principal. Estas personas por lo general se limitan o concentran sus esfuerzos en encontrar respuestas concretas e inmediatas a sus problemas, a través de actividades como la recogida de alimentos, las visitas a servicios públicos o los trámites para conseguir ayudas públicas. Un rasgo característico -y en general, siempre sujeto a matices- que se da entre estas personas es una mayor diversidad de trayectorias e ideologías políticas y un mayor desinterés por actividades de

carácter reivindicativo. Esto en gran parte se debe a que estas actividades implican un trabajo sobre cuestiones burocráticas, con su consecuente lenguaje formal y técnico, completamente distanciado de su vida cotidiana, que crea desinterés e incomunicación para estas personas (manifestado como malestar, con gestos de cansancio, incomodidad o exasperación). Pero también se explica por el agotamiento e inestabilidad que arrastran en su vida cotidiana, especialmente por trabajos precarios, cargas familiares, trayectorias de prolongada discriminación, o por situaciones de especial vulnerabilidad, como estar enfermo o no tener papeles. Por último, también se explica por la desconfianza que suscitan las instituciones y los cargos políticos, que lleva a interpretar por lo general las demandas colectivas a largo plazo (como la reivindicación o el seguimiento de políticas públicas) como una inversión de tiempo y de esfuerzos poco fructífera para sus necesidades, urgentes y constantes. Funes (1994), por ejemplo, en su trabajo empírico observa que una mínima disponibilidad de tiempo libre para dedicar a otras actividades (fuera de las obligaciones cotidianas) es un factor clave para que tenga lugar la participación comunitaria. En el contexto del banco de alimentos, por ejemplo, el tiempo era una cuestión clave para las personas afectadas, pues era entendido como un recurso muy importante que había que distribuir de la mejor manera, por lo que se dedicaba primordialmente al trabajo comunitario.

Por su parte, las personas “colaboradoras” tienen un perfil activista, vienen de diversas tradiciones políticas y culturales de “izquierda”, de base, libertarias, alternativas, progresistas, etc. Estas personas no se ubican en una clase acomodada y pueden incluso experimentar sobrecargas familiares e inestabilidad socioeconómica, pero por lo general tienen un nivel socioeconómico y educativo notablemente más alto que las personas afectadas. Otra diferencia importante es que, salvo pocas excepciones, todas son de origen español frente a una mayoría de afectadas de origen extranjero, especialmente latinoamericano. Tales colaboradores cumplen un papel fundamental en la dinamización de los grupos y sobre todo en la amplitud del campo de acción de los proyectos. Su labor se centra en potenciar de diversos modos la autoorganización vecinal y las relaciones hacia las instituciones, especialmente en la defensa de los servicios públicos y la demanda de derechos; así como la colaboración con otros colectivos del distrito o de la ciudad de Madrid (o incluso del estado español). Sus actividades comprenden la dinamización cotidiana

del grupo, el seguimiento de casos concretos, reuniones o acciones fuera del colectivo, revisión de normativas y el manejo de reglamentos, documentos y datos oficiales. Una diferencia considerable es este manejo del lenguaje formal, que da lugar a colaboraciones con otros proyectos y, de manera particular, a un trabajo de bastante complejidad, en el que se incluye la interpretación de textos especializados (formularios, reglamentos, boletines oficiales, cláusulas) y la producción textual colaborativa, como cartas (a responsables políticos, defensor del pueblo), comunicados, reclamaciones, estudios, notas de prensa. Esto ocurre especialmente en el colectivo de Invisibles de Tetuán, pero también en Tetuán Resiste, pues en su práctica cotidiana inevitablemente debe manejar e interpretar este tipo de textos. La relación con el lenguaje formal y con la producción textual también está presente en el resto de colectivos observados (en el caso de la asociación y huerto, las actividades formales se centralizan en la técnica contratada como dinamizadora asociativa, o en los miembros más activos de la asociación).

Esta diferencia redundante en una cierta incompreensión o incomunicación de aspiraciones entre participantes, que además se conciben mutuamente como compañeros/as del mismo equipo. Para entender esto resulta muy útil el concepto de distinción de Bourdieu. En su libro *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (Bourdieu, 2016 [1979]), este autor señala que los intereses de las clases populares están más ligados a lo cercano y a lo emocional, mientras que los intereses de grupos de mayor estatus tienden a la abstracción y a un mayor distanciamiento de lo vivido. Cabe señalar que los activistas tampoco se limitan a lo abstracto, pues en la mayor parte del tiempo sus intereses y esfuerzos se vuelcan en la práctica y en la acción directa. Es decir, las personas participantes, tanto colaboradoras como afectadas, no interpretan sus problemas desde reflexiones abstractas y desligadas de la vida (algo así como la “transformación social” en abstracto), sino a través de preocupaciones y necesidades próximas, de su entorno y suyas propias. Ahora bien, a diferencia de las personas afectadas, su actividad y sus intereses están relativamente más alejados de lo concreto aun partiendo de ello. En comparación con las personas afectadas, las personas colaboradoras orientan sus expectativas también a proyectos a largo plazo, lo que las lleva a espacios de acción cualitativamente distintos, que requieren a su vez tareas distintas y más especializadas.

De este modo, se da una oposición discursiva entre dos construcciones. Por un lado, el “trabajo por derechos” o la “lucha colectiva” (por cambios legislativos, por la defensa de servicios públicos de calidad, por un barrio solidario) promocionada especialmente por activistas, y narrativa presente sobre todo en Tetuán Resiste y Banco de alimentos. Por otro lado, el “salir adelante”, expresión menos verbalizada, pero presente en las dinámicas y motivaciones de las personas afectadas, que resalta los esfuerzos diversos por resolver (“salir de”) problemas concretos y cotidianos. Para personas que arrastraban agotamiento por distintas situaciones, la propia palabra “lucha” parecía reproducir una vez más agotamiento, resultando poco motivadora. En este sentido, quizá “salir adelante” también enfatizaba el esfuerzo, pero sin la connotación negativa de “carga” que conlleva la palabra “lucha”, que además señala antagonismos, beligerancia y potenciales vencedores y perdedores. La “lucha” puede movilizar e inspirar, como de hecho sucede, pero también puede reproducir casi de manera inconsciente (precisamente por el *peso* de los hechos) una narrativa que históricamente (re)sitúa a estos grupos sociales en el lugar de los perdedores. “Salir adelante”, en cambio, permitía salir de su papel de víctimas y convertirse en agentes creadores que deciden sobre su propio destino. Salir adelante conectaba con sus vidas concretas, con su *intimidación*, y abría espacios de acción y de agenciamiento diversos, a veces minúsculos, pero capaces de activar la perseverancia y múltiples potencialidades, tanto en un nivel subjetivo como en un nivel colectivo.

Todas estas distintas posiciones, que encarnan distintas trayectorias y condiciones de vida pero también distintas narrativas, repercuten en que se produzca cierta desconexión o incomunicación entre motivaciones y aspiraciones para participar. La distinción entre afectados y colaboradores establece distanciamientos y es rechazada, especialmente por activistas, por plantear jerarquías²⁹. Por ello, en los colectivos se emplean esfuerzos cotidianos en abrir el campo de acción (reparto y rotación de tareas, invitaciones a otras actividades, preguntas cercanas, turno libre de palabras). Sin embargo, esta diferencia entre

²⁹ En esta tesis se reproduce esta terminología por dos cuestiones: porque refleja la manera en que se nombran las cosas, pero también porque es un ejemplo de la complejidad de recrear otras formas de expresión, especialmente en la escritura de un texto como éste.

afectados y colaboradores se reproduce tanto discursivamente como en los roles adquiridos, que se vinculan estrechamente al tipo de problemas a resolver, lo que crea algunos dilemas y tensiones. La propia terminología en cierta medida *reifica* procesos como la exclusión, pues “afectado” denota un padecimiento o un estado, más que una cualidad. Y al mismo tiempo el término “colaborador” destaca la capacidad de colaborar de unos/as e invisibiliza la de otros/as. Se trata de una oposición problemática y potencialmente conflictiva. Ahora bien, sólo *reifica* parcialmente, pues construirse y reconocerse como “afectado” es en sí mismo un proceso altamente complejo donde la dimensión política es importante, pues se activan agenciamientos y se reformula de manera profunda, y a veces radical, la subjetividad.

Es precisamente en el binomio afectado-colaborador donde se revela el dinamismo de estas propuestas colectivas, porque expresa la potencialidad de un proceso, generado por contagio y mutua influencia, de ser afectado a ser colaborador, de “vivir” en soledad situaciones determinadas a “colectivizar” estas situaciones. Igualmente, de ser “colaborador” a ser una persona afectada, en el sentido de “concernir” y de “padecer” (“la pobreza, la desigualdad nos *afecta* a todos”) lo que se manifiesta en acompañar y vivir estas situaciones, paso a paso. Ser afectado por procesos complejos como la desigualdad no es entonces mera retórica, sino que todos los participantes del colectivo de algún modo son conscientes, protagonistas y damnificados por estos procesos. Cabe incluso destacar que también son afectados en un sentido corporal, pues su actividad requiere esfuerzos constantes y enfrentarse a situaciones complejas, angustiantes, dolorosas e indignantes. La distinción entre afectados y colaboradores es entonces una construcción compleja, pues puede encasillar a actores en relaciones verticales, pero también puede dinamizar procesos de contagio y de mutua confluencia, procesos de empoderamiento, donde ambos “extremos” son necesarios para entender la acción colectiva.

En ocasiones la diferencia de roles, en efecto, se vuelve problemática para el proyecto de horizontalidad y apoyo mutuo que se persigue, lo que tuvo sus consecuencias más extremas en el Banco de alimentos. Este colectivo escenificaba más notablemente las diferencias de roles, pues los activistas insistían en el trabajo

de organización y movilización popular a varios niveles, mientras que las personas afectadas anteponían sus preocupaciones sobre bienes materiales, y mostraban un fuerte desinterés por actividades reivindicativas de carácter colectivo. Este conflicto del Banco de alimentos también se puede entender como un intento de las personas afectadas por disputar un espacio de poder que legitime sus acciones como “solidarias” o “transformadoras”, y al mismo tiempo como un intento de los colaboradores de reforzar una legitimidad tanto consolidada como debilitada en la sociedad, que es la movilización popular como vía necesaria para disponer de servicios públicos. Es decir, se trata de un encuentro (a veces de sinergia y otras de choque) entre distintas construcciones de economía moral (Scott, 1976), donde desde una parte, se entendía “lo justo” en términos personales (esfuerzo, compromiso, sacrificio personal) y desde otra, “lo justo” conectaba con realidades más amplias que lo meramente personal (derechos, servicios públicos, trabajo en red con otros colectivos). Ambas conformaban el mismo proyecto, pero primaban distintos elementos, distintos ritmos. Para entendernos, apuntaban a distintos objetivos específicos, apuntando al mismo objetivo general que era construir apoyo mutuo. En este juego tenso se abría un campo de disputa y negociación, pero también se entrenaban y se sofisticaban herramientas individuales y colectivas que permitían trazar puentes, traducciones, puntos de intensa conectividad, creando complejas espacialidades de acción.

Para comprender la complejidad de estas tensiones es útil pensar el papel de las dinámicas de reciprocidad en estos proyectos de apoyo mutuo. La reciprocidad se reveló como fundamental en el Banco de alimentos, en la forma de cumplimiento del compromiso de trabajo colectivo (asistencia a asambleas, recogida de alimentos, asistencia a eventos puntuales) defendida de manera generalizada entre personas afectadas y colaboradores. Pero mientras los segundos eran más flexibles en el modo en que se podía interpretar la devolución de reciprocidad (no poder ir a alguna asamblea, pero a cambio ir a manifestaciones; no ir a alguna recogida, pero a cambio colaborar en limpiezas o en la preparación de las cestas), los primeros eran bastante inflexibles en el modo de interpretar la reciprocidad en determinadas situaciones, llegando incluso a contabilizar los esfuerzos de cada persona. Para afectados y colaboradores el compromiso de reciprocidad era la manera de entender el apoyo mutuo. Para los afectados: para “no pasarse de listo” o “tener mucha cara”. Y para los

colaboradores: para no reproducir lógicas de asistencialismo y de caridad. Ahora bien, eran dos maneras distintas de entender la reciprocidad que se manifestaban en situaciones determinadas. Los afectados la entendían como una transacción que buscaba la equivalencia (“tanto das, tanto tienes”; “si no vienes a varias asambleas, no puedes llevarte un lote”) y para ello apelaban a las normas consensuadas, como si fueran inamovibles (una especie de “contrato”). Por su parte, los colaboradores entendían la reciprocidad de una manera más distribuida y diversa, apelando a las situaciones concretas que vivía cada persona, y buscando adaptar los esfuerzos a cambios o dificultades sobrevenidas (como la no asistencia en determinados casos). Cabe señalar que no eran dos posturas totalitarias, había personas tanto de un perfil como de otro que podían opinar de distinto modo. Sin embargo, se observaban regularidades entre estas dos maneras de responder a la reciprocidad, que coexistían creándose tensiones y conflictos.

La distinción entre colaboradores y afectados expresa distintos acercamientos a las mismas (o matizaríamos, *casi* las mismas) problemáticas y los expresa mediante la acción y la construcción discursiva, es decir, mediante la subjetivación. Ambos estaban construyendo un proyecto de apoyo mutuo y autogestión, pero creaban espacialidades y temporalidades diferenciadas. Los afectados entendían el respeto estricto a la norma de reciprocidad como una especie de “cuidado” hacia la gente que trabajaba y hacía esfuerzos (“se dejaba el pellejo”). Los colaboradores, por su parte, entendían que cierto nivel de flexibilidad era necesario, aunque al mismo tiempo eran conscientes de la necesidad del cumplimiento de las normas, y por momentos apelaban a ella con el mismo énfasis que los primeros. Esta preocupación común hacia las normas respondía a un historial de tensiones y conflictos desencadenados por una falta de compromiso en las tareas comunes (principalmente por la inercia grupal cuando falla el compromiso de algunos miembros); por asimetrías en los esfuerzos y por la quiebra de confianza debido a rumores, celos, o incluso en contadas ocasiones el hurto de algún alimento concreto. Este tipo de dinámicas había generado un clima de tensión y sospechas difícil de gestionar. Para ello se había consensuado “endurecer” las normas (“no dejar manga ancha”), y allí estaba precisamente el reto, pues o se cumplía a rajatabla la norma de reciprocidad, o se abría nuevamente el campo a modificaciones circunstanciales, que podían llevar a nuevos desajustes.

Esto conecta precisamente con la complejidad de las instituciones públicas que manejan unos criterios rígidos para hacer “inteligible” la diversidad de situaciones, y así diferenciar quiénes cumplen o no con los requisitos. En un contexto neoliberal de recortes de los servicios públicos, esta dinámica busca principalmente “cribar” un amplísimo número de demandas de ayudas, eligiendo, sólo algunos de los picos del iceberg de la pobreza. Se trata en último término de criterios excluyentes, basados en las lógicas del verticalismo y del autoritarismo, características de las instituciones como construcciones burocratizadas. Y estas lógicas de algún modo se reproducían en esta exigencia de requisitos *sin ver más allá*. Se percibía esto por parte del grupo (donde se incluían tanto afectados como colaboradores) como una dinámica “autoritaria”, por lo que causaba tensiones. Algunas personas la rechazaban aludiendo a la importancia del compañerismo y la empatía. Mientras que otras, dadas las circunstancias, entendían la “mano dura” como la única solución a los problemas. Y entre estas dos posturas había desplazamientos constantes, pues ciertamente ensayar soluciones a un problema de desconfianza y de desequilibrios en el intercambio era difícil.

En cualquier caso, es interesante que convivieran y se encontraran (en choques y en mezclas) estas diversas posiciones, pues daban cuenta de una construcción enraizada en un contexto más amplio. El proyecto no partía de cero, sino que las propias trayectorias sociales y vitales de sus participantes traían una historia que se manifestaba en situaciones determinadas. El verticalismo y el autoritarismo no se “generaban” en ese momento, sino que también respondían a experiencias de largo recorrido que daban *sentido* a las situaciones vividas, donde estaban presentes la familia, la escuela, los lugares de origen, la religión, experiencias diversas de discriminación. Igualmente, cuestiones como la falta de lealtad o las manipulaciones podían darse, como se dan en cualquier lugar de la sociedad. Y por ello, era un proyecto que trabajaba en el mundo real, con personas diversas encontrándose por un objetivo común. Eran precisamente proyectos de convivencia, sujetos a dificultades continuas en la vida cotidiana, el primero de ellos, responder a la emergencia alimentaria que vivían en sus hogares, pero también responder a grandes retos, que trascendían lo personal, como construir un colectivo con cimientos fuertes, para hacer frente a múltiples carencias y desafíos, que llegaban continuamente y desde distintos frentes.

Esta situación compleja en torno al cumplimiento de la norma llevó a que el flujo de la confianza, que se había mantenido distribuida, debido a una serie de conflictos paulatinamente recayera y se instaurara en torno a las personas colaboradoras. Se trata de un proceso complejo, donde estas últimas intentaban activamente transformar la situación abriendo espacios de encuentro y de construcción de cercanía. Entre todos los participantes se vio la importancia de promover procesos de convivencia basados en los lazos sociales (promover espacios más distendidos, altamente valorados; pero también una comunicación más fluida; trabajar sobre estereotipos y rumores o sobre la violencia verbal o corporal), pero al mismo tiempo se reveló la necesidad de atender a los espacios y actividades que revelaran la similitud de situaciones vividas, a través del sentimiento de empatía y el sentido de pertenencia a un grupo (como “grupo vecinal”, pero también como “grupo social”). En definitiva, reconocer y activar prácticas que revelaran la común posición social, económica y política que encarnaban estas personas. Es decir, entender el apoyo mutuo desde las experiencias de desigualdad que se enfrentaban y desde lo común que se compartía, que era mucho y se revelaba de manera constante, procurando no reproducir enfrentamientos internos que desgastaran y fragmentaran un proyecto común.

Atender a los posicionamientos y desigualdades se reveló como crucial, pues se dio un proceso negativo para la evolución de estas redes de apoyo mutuo. Las personas afectadas por lo general proyectaban valores y principios en torno a los colaboradores, como “detentores” de la confianza (de la buena fe, pero también del altruismo desinteresado), en contraposición a su propio “colectivo” de personas afectadas (consideradas susceptibles de hacer trampas). No se trataba de construcciones esencialistas sobre la “naturaleza humana”, sino que respondía a la complejidad que generaba la existencia de conflictos previos. Entre las personas afectadas se fue depositando la confianza en los colaboradores, que “velaban” por el buen funcionamiento, e incluso “gestionaban” en cierto modo los conflictos (pues de otra manera podían quedar no resueltos, y se requería avanzar, no estancarse). De este modo, al igual que advierte Godelier (1998, 2019), la reciprocidad se acababa paralizando en determinados puntos, extrayendo capacidades o recursos comunes hacia una cierta “exterioridad” al grupo. Se reproducía entonces una jerarquización que proyectaba capacidades hacia agentes concretos, a quienes se colocaba fuera

(fuera de los malos rollos, fuera de las “trampas”) y en particular se colocaba en un lugar superior, reproduciendo así autoridades. Esta jerarquización es entendida por Godelier como una nueva institución. En particular, este autor señala que en este momento se pasa de la reciprocidad a la redistribución, pues el flujo se concentra en puntos centrales que son los que posteriormente distribuyen. Y en efecto, la construcción de autoridad no se daba sólo simbólicamente, sino que actividades potencialmente conflictivas eran relegadas (especializadas) en los colaboradores, pues éstos además no eran susceptibles de interesarse por los productos almacenados. Por otra parte, su acción se entendía como “noble” (ejemplar) precisamente por considerarse altruista, en el sentido de desinteresada, cuando en realidad las personas colaboradoras expresaban continuamente sus intereses (al igual que las personas afectadas) que se vinculaban precisamente con una acción más colectivizante, dirigida a derechos o a un sentido de pertenencia al barrio.

He decidido describir esta experiencia y el micro mundo de los detalles, con el máximo respeto y aprecio que tengo a mis compañeros/as y al proyecto valioso que fue el Banco de alimentos 15M Tetuán. Aunque son situaciones complejas, apuntar al conflicto como revelador de nuevas construcciones es parte de lo que he aprendido en estos grupos, y además es algo necesario para mirar la experiencia vivida como una caja de herramientas, como un conocimiento acumulado, que puede servir para mejorar futuros proyectos de base social. Es necesario esclarecer ciertos procesos que tuvieron lugar, pues las personas participantes ponían mucho de su parte para que este proyecto funcionara. Sin embargo, en la vertiginosa práctica cotidiana no fue posible encontrar ni una comprensión integral ni una solución estable. Yo misma como integrante tuve grandes dificultades para interpretar estos procesos, y no fue hasta tomar distancia y con el tiempo cuando fui asentando cierta comprensión que espero tenga valor social. La contribución que puedo hacer en el marco de esta tesis y desde la antropología social remite necesariamente a discusiones teóricas. Intentaré encontrar otras vías para transmitir este conocimiento, que no utilice palabras “raras”, que tantas reticencias provoca entre las personas *afectadas*. Pero sin duda este problema ante todo requiere un enfoque participativo, que permita una traducción mutua de interpretaciones y que desarrolle estrategias colectivas que reviertan fundamentalmente en la práctica.

Desde el análisis antropológico que propone esta tesis, esta experiencia puso de manifiesto las tensiones del encuentro de distintos modos de intercambio. Polanyi (1989 [1944]) señala tres tipos de intercambio, por un lado, el *mercado* con relaciones basadas en el contrato y el cálculo, que buscan el máximo beneficio; por otro lado, la *reciprocidad*, que consiste en el intercambio de dones, basado en la confianza y en los lazos sociales, que procura la simetría social y, por último, la *redistribución*, como forma centralizada de distribución de recursos. Estas formas estaban presentes en distintos niveles en la experiencia del Banco de alimentos, y funcionaban relativamente bien dada la gran complejidad que supone, compatibilizando diversas relaciones de cálculo (recuento de alimentos, organización de grupos, con sus integrantes, horarios), de confianza y simetría social (reunirse y expresarse en asamblea, desarrollar amistades, conocer cómo actúa cada persona, más o menos qué situaciones vive, reconocerse como vecinos), así como de centralización (recogida de alimentos, almacenamiento y posterior reparto, donaciones).

Ahora bien, este autor (Terradas, 2002a) señala también que cada intercambio se entiende como una institución, es decir, como un sistema de relaciones sociales, económicas, políticas y culturales. En otras palabras, la reciprocidad para ser institución (para tener estabilidad, tanto perdurabilidad en el tiempo como solidez en su articulación), debe entenderse como una *sociedad*, así pues, hay sociedades de mercado, sociedades con estado, sociedades comunitarias... Esto nos ayuda a entender lo que ocurrió en el Banco de alimentos, donde al igual que el resto de grupos, se buscaba construir una “nueva sociedad” desde lo local y concreto, para ser más exactos, una *microsociedad* del apoyo mutuo dentro de una sociedad capitalista. Pero en efecto, los vínculos con el mercado y con la redistribución del Estado son constantes en estas iniciativas vecinales, es decir, no son realidades aisladas sino profundamente enraizadas en el contexto de Tetuán, de Madrid y de España en general (que a su vez no son realidades aisladas). Nuestras sociedades altamente diversificadas mezclan de maneras complejas distintas economías, por lo que a pesar de primar –o, mejor dicho, de estar sobreexpuesta– una de ellas, la economía monetaria, existe una multiplicidad de economías, conectadas en ensamblajes (Gibson-Graham, 2006). En particular, existe una multiplicidad de economías de carácter comunitario, que permanecen la mayor parte del tiempo

invisibilizadas pero que juegan un papel primordial tanto para la sostenibilidad de la vida, como para el propio funcionamiento del mercado. Desde esta idea de multiplicidad y amplitud de economías comunitarias podemos entender los múltiples ritmos, intereses, anhelos, esfuerzos, que son diferenciados, posicionados, y que construyen la vida económica.

En la experiencia del banco, la ruptura de la confianza y la conformación de “autoridades” llevó a una quiebra profunda del equilibrio dinámico que se había conseguido entre distintos modos de intercambio (reciprocidad, mercado y redistribución), tanto en las relaciones internas como externas del colectivo. La deriva de las interacciones cotidianas llevaba sobre todo a un énfasis progresivo en el contrato (semejante a la transacción) y en la centralización jerárquica. De este modo se pasaba de un intercambio predominantemente recíproco basado en la confianza, a un intercambio en buena medida redistributivo, donde se reproducían ciertas centralizaciones, que al mismo tiempo eran “separaciones”, “desligamientos” en la dimensión relacional. Precisamente esto iba en contra del objetivo y de los principios del proyecto, pues la horizontalidad era el principio regulador de toda la acción. Era de hecho, y aspiraba a serlo, la constructora de un (micro)sistema social, económico, cultural y político, que evitara al máximo reproducir mero asistencialismo o lógicas jerárquicas de caridad, que volvieran “pasivos” a unos y “activos” a otros. Y en efecto, el banco de alimentos construyó un espacio horizontal, que promovió decididamente las capacidades de todos/as sus integrantes, especialmente de las personas en situaciones de exclusión social, generando procesos de empoderamiento y de participación autoorganizada y horizontal, que repercutió positivamente en un bienestar tanto colectivo como personal. Así lo expresaba un hombre de origen latinoamericano de mediana edad, participante del Banco de alimentos:

Entrevistado: Yo cuando llegué a la Enre, yo... yo siempre tímido, yo no hablaba. Con la asamblea y eso, ya ya estoy más abierto. Me vino bien, bien. Yo nunca había hecho una entrevista y la hice la primera cuando estuve con... [una entrevista para un estudio distinto de éste, pero también de ámbito académico]. O sea que yo nunca. Yo: no, no. Que siempre decía “no, no, no”. Pero mira, yo ahora me animo y eso, y digo que sí y me animo y ya. Me da igual hacer una entrevista. Si yo puedo, digo que sí, porque ¿qué me van a preguntar? Cosas de la vida, cosas que he vivido. Yo antes pensaba en asamblea que el que hablaba era que llevaba allí muchos años y que ya eran

como los que dirigían, y después ya me di cuenta de que aquí todos somos iguales. Yo aquí opino, y mira ahora: me eligieron para, bueno, para el supermercado, para eso. “¡Ah, el supermercado!”: ¿a quién se dirigen? A mí, o sea, se dirigen a mí. “¿Cuál elegimos?”, yo digo. “Vamos a elegir tal, ¿qué opinan?”- “Sí, sí”. Sabes, eso muy bien. Como que yo me siento como importante, sabes.

El Banco de alimentos fue una experiencia de encuentro y de empoderamiento. Fue, de hecho, la experiencia colectiva más desafiante y prometedora de todas las analizadas en este estudio, pues reveló las potencialidades y los retos de lo micro, al trabajar los lazos sociales de manera más específica, desarrollar un trabajo que requería una organización compleja y distribuida varios días a la semana, poner en el mismo equipo a personas con trayectorias muy heterogéneas y trabajar por objetivos amplios, tanto recursos tangibles y a corto plazo como procesos de participación, emancipación y reivindicación de derechos sociales, con distintas concreciones en el espacio urbano. No hay mejor manera de explicar esto que con sus propias palabras. Así narraba su experiencia cotidiana como participante del banco de alimentos una mujer, de origen latinoamericano, menor de 35 años, madre tres niños pequeños, incluido un bebé menor de un año, que está presente durante la entrevista:

Entrevistada: Cuando me fui vinculando con la asamblea fue a raíz de que, de que me quedé sin subsidio y de que me separé. Ahí fue a raíz de eso, embarazada entonces dije no. Ahí fui conociendo poco a poco, ¡me gustó!, me gustó la forma de trabajar [resalta trabajar], antiguamente éramos muchos, y había más colaboradores y había más equi equi eeh igualdad, sabes, había más... ¿Cómo te digo?... Cada miembro de, integrante del...del banco ponían cada, ponía su compromiso de trabajar, ¡trabajar! Todo en conjunto, no como lo que hay ahora, bueno, en fin.

Entonces me gustó... mira dije bueno, aparte no pido caridad y... y estoy como trabajando y y no me gano fácil los alimentos [tono agudo cuando dice alimentos]. Me gustó porque es una, estamos, ¡estábamos! pues, en fin, y en su momento ehh, como es... Haciendo una acción para el de... para, para para [se traba, busca la palabra “reivindicar”] y protestar sobre el derecho a la alimentación, entonces me gustó todo eso [el final lo dice más rápido, cuando llega a derecho alimentación tono de más seguridad], ¡me gusto!, bueno, me gusta de hecho, la vinculación que hubo ahí. Y me gustó, entonces fui poco a poco...

Investigadora: ¿y tú has participado con otros grupos del 15 M?

Entrevistada: sí (tono de convencimiento)

Investigadora: ¿antes tenías ya relación?

Entrevistada: no, no, a raíz que entré con el banco de alimentos, tengo, pues... Me gusta ir a Invisibles, a APT30, que a veces estoy ahí (canturrea). Lo que pasa es que claro que... que no se puede ir a todas las asambleas.

Investigadora: no, es normal

Entrevistada: ¡Yo al menos no puedo! Y eso que me he quedado... Me he, me he me he buscado para irme a todos los sitios, ¡a todos los sitios que me he ido me! ¡Porque a mí me gusta, porque yo quiero o sea!... Entonces, yo sí, me gusta la forma de ser [canturrea], me gusta dar muchos, ¡me gusta! ¡el 15 M me gusta! Pero tal como 15 M [el niño hace ruido como queriendo llorar, se dirigía él y le dice con tono infantil]: *¿cómo 15 M! ¿verdad?*

El banco practicó de manera continuada una organización muy eficiente, llevada a cabo en su gran mayoría por personas en riesgo de exclusión social, por lo que fue un ejemplo de empoderamiento colectivo y personal, pero también un referente inspirador de apoyo mutuo vecinal que trabajó por hacer realidad principios básicos de justicia social y de solidaridad de tipo comunitario. En noviembre del 2015, por ejemplo, la asociación Impulso Participativo, del municipio de Alcobendas, le concedió el premio “Democracia Participativa”³¹ por su ejemplo de democratización y de promoción de la participación ante situaciones de injusticia social como el hambre y la pobreza, revelando las repercusiones que tenía esta iniciativa en otros espacios de Madrid (Impulso participativo, 2016). Precisamente por el valor social de esta experiencia, esta tesis se detiene a indagar en problemáticas que fueron relevantes, esperando no eclipsar su valía, sino contribuir en un análisis que pueda ser útil para futuros procesos vecinales de similares características. La propia evolución que se describe aquí, traspasada de tensiones y conflictos, constituyó un proceso valioso de aprendizajes múltiples, que activó diversos recursos y esfuerzos puestos a disposición del colectivo. Pero finalmente en el año 2018 se decidió cerrar el Banco de alimentos, por el desgaste experimentado y porque se consideró que se había distorsionado la finalidad y los principios del proyecto colectivo.

³⁰ Se refiere a la Asamblea Popular de Tetuán, celebrada mensualmente como espacio común de las tres comisiones del 15M y en conexión con otras iniciativas vecinales

³¹ Ver Imagen 4 en el Apéndice II.

Ahora bien, profundizar un poco más en esta situación es necesario. Precisamente la idea de “institución” permite ver el entramado social, cultural, económico y político, que va junto y articulado, formando un sistema y no acciones atomizadas. El apoyo mutuo, de hecho, articula estas distintas dimensiones y les da unidad de sentido. Sin embargo, en la experiencia del banco podemos ver que era una “unidad” construida en varios niveles, y en distintas espacialidades y temporalidades (como de hecho, sucede en todos los colectivos observados). En eso precisamente radicaba su dificultad, pero también su exuberante riqueza. Para entender esta complejidad es útil volver a la idea de posicionalidad de Bourdieu (2016 [1979]). Según este autor, existen “campos” de acción, es decir, ciertas espacialidades que conforman una especie de *juego* entre actores distintos. En este juego se dan distintas posiciones, que dependen de los recursos e historias de cada actor, y que son definidas por el campo concreto que se trate. Los movimientos y cambios en estas posiciones son en última instancia negociaciones en las relaciones de poder; cambios y desplazamientos, dentro de unos márgenes más o menos establecidos, es decir, márgenes en cierto modo sólidos y en cierto modo porosos.

Por ejemplo, en las situaciones en las que se discutía si aplicar la regla de reciprocidad de manera estricta o de manera más flexible (situaciones potencialmente conflictivas), por lo general las personas “colaboradoras” apelaban a una apertura y capacidad de desprendimiento que consideraban no sólo necesarias (dadas determinadas circunstancias personales complejas) sino también deseables, porque permitía entender el apoyo mutuo de una manera más global y más extensa. Desde esta “visión flexible”, la devolución podía venir de distintos espacios, personas y tiempos, de modo que lo que importaba era autoorganizarse para tejer una acción compleja, pues además las recogidas daban suficientes alimentos que cubrían las necesidades cotidianas. Así, por ejemplo, en ocasiones llegaba algún caso de personas que no participaban (y en algunos casos, señalaban no poder participar), y que vivían situaciones de emergencia social, donde se valoraba si se donaba o no alimentos. En una ocasión esto conllevó una prolongada discusión, pues parte de los afectados insistían en que había que invitar a esas personas al colectivo y que participaran, y entonces, darles alimentos. Otras, junto con los colaboradores, señalaban que era necesaria la donación y que no se podía esperar a que se incorporaran a participar.

En este distinto posicionamiento entran en juego múltiples factores. Se da una distinción en la línea que apuntaba Bourdieu (2016 [1979]). Este autor habla de una distinción del *gusto* entre distintos grupos sociales, es decir, una distinción en la experiencia percibida y construida, que es al mismo tiempo social, cultural, política o estética. Está pensando en última instancia en una diferenciación en la manera de experimentar la realidad. Y es interesante la evocación con lo sensorial que señala este autor al hablar de gusto, porque conecta con cómo se expresa el interés (los deseos, las motivaciones, las aspiraciones) en tanto procesos subjetivados y subjetivantes. Las personas “afectadas” se estaban esforzando en su terreno por hacer realidad lo mismo o algo muy semejante a lo que aspiraban las personas “colaboradoras”, es decir, perseguían crear un proyecto de apoyo mutuo, de autogestión y de colectivización, pero desde una perspectiva cualitativamente distinta, en una escala menor, con distintas prioridades y maneras de expresarse. Para una parte de las personas afectadas la ayuda hacia personas desfavorecidas externas al grupo no entraba entre sus objetivos principales, y reformulaban estas situaciones hacia la acción colectiva, es decir, señalaban la importancia de incorporar a estas personas a la acción del colectivo. Al perseguir, al igual que los colaboradores, la horizontalidad y no la caridad, ayudar a “otros” que no participaran estaba sujeto a revisiones. En torno a ello se daban tres respuestas principales: o se donaba mostrando satisfacción al hacerlo, al responder a una especie de “deber” social o personal; o se rechazaba al entenderlo como caridad (pues ponía en riesgo sus objetivos de apoyo mutuo y se defendía la activación de esfuerzos y de oportunidades); o bien se entendía como un ideal un tanto difuso y generalista (como en algunas iniciativas colectivas que apelaban a la “solidaridad vecinal” o a la interculturalidad), que como tal motivaba menos a las personas afectadas, o lo admitían si no se daba en un momento de sobrecarga personal o colectiva.

Y, sin embargo, esta variedad de posiciones llegaba a acuerdos espontáneos, a consensos sin mayores dificultades, precisamente en torno a las donaciones hacia otras personas que no participaran en el colectivo. En muchas y variadas ocasiones se realizaron donaciones para personas que necesitaban estos recursos y no podían participar. En tales ocasiones se reformulaba el dar *sin recibir* por un “dar” porque es *lo justo* y “lo que hay que hacer”. Por ejemplo, cuando la persona de más edad del

colectivo se rompió la cadera, los integrantes del banco le consiguieron un andador, se preocuparon por ella a diario e incluso le llevaban comida a su domicilio. Asimismo, se hacía seguimiento sobre el estado de salud y se le acercaba comida preparada o el lote de comida a una mujer joven que tuvo varios accidentes cerebrovasculares. Igualmente, a familias con niños, mujeres embarazadas, personas enfermas se les daba lotes de comida y se les invitaba a participar, por si estaba dentro de sus posibilidades. Incluso personas sin hogar o con fuerte inestabilidad socioafectiva, que no participaban en el banco, en diversas ocasiones comieron caliente, en compañía y gratuitamente en las “cafetas solidarias” que celebró el Banco. Lo llamativo es que estas acciones no conllevaban desacuerdos y sí desarrollaban narrativas contrahegemónicas, pues apelaban a la dignidad de la persona y a la responsabilidad de todos por mejorar sus situaciones vividas.

Por todo ello el rechazo de algunas personas, o más bien, su cautela en dar *sin recibir* se debe entender en circunstancias concretas, donde el apoyo mutuo adquiere distintos sentidos. Estas reticencias a donar se daban en situaciones consideradas equivalentes a las propias, o incluso en cierto modo más ventajosas, por lo que no era admisible no requerir esfuerzos a la otra parte. Es decir, tenía lugar una “evaluación” momentánea y subjetiva sobre la relación de simetría con otras personas (De Lomnitz, 1998). Esto además se entiende porque su actividad cotidiana en el Banco de alimentos por lo general entre las personas afectadas se vivía como un trabajo esforzado, que no era fácil, y que además se ponía mucho en juego, pues lo que se intercambiaba eran cosas valiosas, económica y moralmente, porque suponían esfuerzos como el tiempo invertido (“te lo currabas”, era “tu trabajo”). Y además la dimensión económica era amplia, pues los productos obtenidos cubrían parte de las necesidades alimenticias, suponían un ahorro para otros gastos, pero también servían para el intercambio de recursos y de favores con redes cercanas, familiares o vecinales, fuera de los colectivos. Esta es una realidad presente en los barrios, y una estrategia económica y social de gran importancia para el bienestar cotidiano, que ya fue observada en otro estudio y en un contexto vecinal distinto, en el mismo Tetuán (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016).

Ahora bien, esta realidad sobre las economías cotidianas, estaba presente el día a día de muchas de estas personas, pero en el colectivo se mantenía más bien

velado, por múltiples razones, entre ellas la idea de la privacidad, pero también de lo moral, que generaba cautelas por las posibles interpretaciones ajenas sobre la acción personal. La consecuencia de esto es que hacía incomprensible para las personas colaboradoras que alguien quisiera “acumular” alimentos (y no darlos), cuando las cestas parecían suficientes para sus necesidades. De este modo, el acto de generosidad que se podía esperar desde una idea de solidaridad era algo que *costaba* hacer, era en un sentido más preciso, un acto de desprendimiento, pues en la vida cotidiana era un recurso con usos reales y potenciales, ambos importantes para el sostenimiento de las economías domésticas. De ahí que la salida y solución a ello fuera precisamente la defensa de la práctica del apoyo mutuo, sobre la idea de solidaridad (entendida como don desinteresado y sin retorno). Además, hay que considerar que se trataba de personas sobrecargadas en su vida diaria, por sus situaciones personales y familiares, que las hacía experimentar un cansancio físico prolongado (trabajos físicos agotadores; cargas familiares; llegar corriendo del metro para llegar puntual a la asamblea; compaginar horarios y trabajos precarios, etc.) y que además el propio clima de desconfianza en el colectivo implicaba mayor gasto de energía. Por todo ello, un respeto estricto a la norma parecía bastante razonable para evitar mayores malestares y para *recibir* y luego *dar* aquello que ya se estaba *dando* a través de múltiples y considerables esfuerzos al ceñirse a las normas.

Así entonces, las relaciones interpersonales, la gestión del conflicto, el entender la situación del “otro” era el campo de acción y de subjetivación política para estas personas, como quedaba patente en la asamblea. A diferencia del desinterés o apatía generados cuando se trataban cuestiones reivindicativas, los momentos de la asamblea en que se discutía de la organización y desarrollo de las recogidas de alimentos despertaban mucho interés. Aquí se multiplicaban las intervenciones libres (largas, con repeticiones o interrupciones, cargadas de emotividad desde bromas, indirectas, miradas de complicidad, gestos de disenso, matizaciones, gritos, silencios tensos). Podríamos decir que era su espacio de *politicización*, en el sentido de que era el espacio donde desplegaban su capacidad de agencia para alcanzar determinados objetivos y donde negociaban sus recursos (tiempos, horarios, tareas, lugar de recogida) y las distintas relaciones de poder. Es decir, para estos miembros, la acción directa era su espacio de interés, aquí

volcaban todo su potencial y sus talentos. Como se mostraba no sólo en las actividades más rutinarias del Banco, sino en otras que abrían nuevos horizontes y que eran actividades prácticas como participar en charlas o conferencias, ser entrevistado, organizar las cafetas solidarias. Por ello, aunque la diversidad de perspectivas dentro del colectivo revelaba ciertas incomprendiones en torno a la concreción práctica del apoyo mutuo, al mismo tiempo mostraban ciertas conexiones fuertes y profundas con una idea compartida de apoyo mutuo. El nexo profundo entre las diversas interpretaciones, matizaciones o reacomodaciones del apoyo mutuo era precisamente la práctica, el *trabajo duro*, la inversión de esfuerzos, pues allí se hacía patente una apuesta por construir una fuerza *común*.

Los afectados, quizá de un modo subterfugio y no tan explícito, estaban formando su propia “lucha” en sus propios términos, su propia concepción del *derecho*, y en última instancia su definición de lo que era hacer política y ser solidario. Al igual que sugieren otros estudios sobre despensas solidarias (Pazos, 2018), para estas personas la acción colectiva estaba guiada principalmente por valores morales sobre *lo justo*. Eran valores morales, lo que hacía inteligible tanto los conflictos, las donaciones, como el compromiso mismo en el grupo. Estos valores remitían a realidades generales, pero siempre atadas a la concreción. Era la interconexión de circunstancias concretas lo que le daba sentido de *justicia*. Y además eran valores que atravesaban el cuerpo, construyendo algo así como posiciones “sentipensantes” (Escobar, 2014). Cabe considerar, entonces, la necesidad de transitar otros saberes, otros tipos de escucha que pongan al descubierto otras formas de conocer y producir conocimiento (De Sousa, 2018a). Ahora bien, esto no es fácil ni se resuelve por el hecho de expresarlo en estos términos. En el banco se desarrollaron múltiples experiencias de escucha y de expresión personal y colectiva que activaron procesos de intercambio muy valorados. Sin embargo, no fueron suficientes para revertir las dinámicas de fragmentación fruto de la desconfianza. Es preciso reconocer que los roles adquiridos no son realidades superficiales y fácilmente “extraíbles”, los valores no son modificables por la voluntad personal exclusivamente, también forman parte de una biografía, son posicionamientos que construyen la realidad, relaciones con el mundo y con otras personas. Por ello, es necesario profundizar en las relaciones, en la conjunción y disyunción, en los nexos y re combinaciones que rehacen

continuamente la acción y que en último término negocian relaciones de poder. Por ello, en definitiva, es necesario repensar lo político (aunque igualmente sería conveniente encontrar un término que no esté tan cargado de connotaciones y de *peso*).

Este tipo de reflexión es necesario porque en estas conexiones y desconexiones actúa un factor que igualmente debe ser entendido en su complejidad. El hecho de que afectados y colaboradores sean marcadamente de distintos orígenes geográficos (los colaboradores eran mayoritariamente originarios de España) revelaba ciertas desconexiones que finalmente reproducían asimetrías. Esto es necesario repensar porque la diversidad entre repertorios sociales, culturales, económicos, políticos e incluso estéticos permitía conectar y transitar entre mundos muy distintos, pero también podía marcar fronteras que se manifestaban incluso en asimetrías. Para proyectos de apoyo mutuo, específicamente en el sur de una Europa de la austeridad, y especialmente éste, enmarcado en un micromundo prácticamente iberoamericano, es interesante pensar en términos de colonialidad (De Sousa, 2018a) y de interseccionalidad (Hill, 2017; Hooks, 1989), pues ambos conceptos permiten entender la interconexión de múltiples dimensiones de la desigualdad, que se reproducen en distintas escalas, y que se manifiestan a través de la historia (personal, social, territorial). Atender perspectivas críticas nos permite identificar la “matriz de poder”, que une procesos diversos tanto de desigualdad, como de posibilidades de acción y de resistencia. De este modo, podemos reconocer el “poder” no como un estado ni como una propiedad asignada a determinados espacios o individuos, sino como un proceso, como un intercambio, como una construcción que no es fija, sino que está sujeta a “contaminaciones”, a mezclas, a recombinaciones. Y allí precisamente están las posibilidades de construir resistencias (Butler y Athanasiou, 2013; Foucault, 1982; 2002b [1975]), como de hecho, lo construyó el Banco de alimentos, tanto al interior del colectivo como en su relación con el vecindario, con otros colectivos de base vecinal, y con las instituciones públicas.

Conceptos como el de distinción igualmente son útiles porque permiten pensar los procesos y situaciones que resultan significativos para personas con distintas trayectorias. Es decir, descubre la posición o podríamos llamar “la significatividad”

para cada agente (como espacio desde donde surge y se recrea el significado, aquello significativo, relevante o interesante). Entender esta idea de posicionalidad o significatividad nos permite pensar la espacialidad generada en estos colectivos, es decir, las disposiciones y relaciones dinámicas entre diversos agentes, que permiten comprender la evolución de estos proyectos. La *distinción* que propone Bourdieu no debe entenderse como un añadido, como un atributo extraíble, sino como la posición misma que encarnan las personas, como su ángulo desde donde cada uno mira y entiende las cosas. Un enfoque como éste no se agota en un análisis de situaciones estáticas, ni persigue reificar la realidad, sino reconocer espacios de acción que muestran capacidades diversas, y que también activan una disputa constante por el poder. Son estas posiciones subjetivadas las que crean una mirada del mundo, y las que, por ejemplo, en el Banco de alimentos llevaban a que las personas afectadas sintieran apatía y desinterés en unos momentos determinados de la asamblea, y en otros se mostraran activas, con ganas de hablar e incidir en el desarrollo de las actividades.

En definitiva, todos los colectivos que he acompañado presentan procesos de distinción, de reposicionamientos, de movilidad y de cierto estancamiento entre una amplia diversidad de opciones. Ese es el espacio vivo, agitado, donde se ponen en común (y se tensionan) múltiples agenciamientos. Una descripción densa permite descubrir distintas construcciones del apoyo mutuo, según el modo en que se entienda la reciprocidad. Es decir, se trata de construcciones que albergan la diversidad dentro de sí, proyectos de convivencia en un sentido radical, pues manejan lo diverso en espacios y tiempos cambiantes y entre agentes multiposicionados. Algunos de estos colectivos han logrado compatibilizar partes y procesos aparentemente irreconciliables, de maneras más o menos eficaces o sostenibles en el tiempo, pero siempre como fruto de innumerables esfuerzos cotidianos. Se trata de negociaciones que de manera constante gestionan el conflicto, tanto interno como externo, tanto latente como manifiesto. Son espacios sociales que a través de la acción ponen en interacción a personas en su complejidad vivida, en su historia personal *integral*, por lo que los procesos de diversidad se deben comprender como altamente complejos, cambiantes y múltiples. Estos grupos no expresan la quietud ni la homogeneidad, sino la construcción de unidades complejas y cambiantes en la diversidad. En definitiva, expresan la negociación constante de

espacios de poder, los esfuerzos diversos y tenaces por crear proyectos de horizontalidad que disminuyan las dinámicas de jerarquización y dependencia, características de nuestras sociedades de mercado y de Estado. Iniciativas vecinales como el Banco de alimentos logran visibilizar la creatividad colectiva, su capacidad de recrear nuevos mundos, y el papel del conflicto como revelador de grietas por donde emergen nuevas posibilidades.

5.4. Espacios de lo político

Como se ha ido desarrollando a lo largo de este estudio, todos estos colectivos construyen distintos espacios sociopolíticos. Se trata de proyectos multisituados, contruidos desde diversas subjetividades y capaces de crear distintas espacialidades donde transitan una multiplicidad de agentes. Estas experiencias colectivas dan cuenta del flujo entre prácticas aparentemente escindidas, revelando que lo político es polisémico y que desencadena una red continua y múltiple de interacciones. Se trata de trayectorias sociopolíticas con diferente difusión hacia el espacio público, desde prácticas cotidianas que afectan mayormente a la subjetividad y a las relaciones interpersonales, hasta experiencias de interpelación directa a las instituciones públicas.

Estas experiencias están traspasadas por el conflicto, como proceso latente o explícito. El de mayores dimensiones para el vecindario es el conflicto urbano, desencadenado por la desigualdad socioeconómica y la escasa redistribución de la riqueza. Este conflicto se manifiesta principalmente en la reproducción de vulnerabilidades sociourbanas, en la escasa cobertura pública de estas problemáticas y en los procesos de segregación socioespacial. Estos colectivos son capaces de aglutinar una diversidad de experiencias lo suficientemente rica para profundizar en este conflicto y visibilizarlo en la escala pública. A través de distintas formas de participación, estas prácticas buscan cubrir una serie de necesidades, pugnan por un espacio social y revelan las tensiones que conlleva la construcción de proyectos sociopolíticos de base vecinal.

Al interior de estos colectivos el conflicto también está presente, y se da en la interacción de trayectorias y aspiraciones heterogéneas. De manera general, en todos los colectivos se da una diversidad de ritmos y modos de participación que pueden condensarse en dos niveles. Por un lado, prácticas que construyen un

proyecto a largo plazo para ser ampliado a más personas y, por otro lado, prácticas que se centran en resolver necesidades propias, a corto plazo e inmediatas. Esta diferencia es más notable en el caso del 15M donde la figura del/la activista cumple un papel fundamental y aparece como el polo más “colectivista”, y las “personas afectadas” como el polo más “personalista”. No se trata de dinámicas separadas ni opuestas, pues en la mayoría de los casos son compatibles entre sí y transitan con fluidez. No obstante, en ocasiones se experimenta cierta disonancia entre ellas, lo que genera conflicto.

La acción colectiva del 15M ilustra notablemente esta diferencia de dos niveles de participación, generando incluso dos perfiles distintos de participantes. No se trata de acciones escindidas sino más bien de una estrategia colectiva de colaboración que compagina distintas acciones y trayectorias vitales. Un primer nivel es de carácter más concreto y cotidiano y se centra en una dimensión material y relacional, con actividades como la recogida de alimentos, las citas con profesionales de los servicios públicos, o los trámites para conseguir una ayuda pública. Estas actividades requieren de entendimiento interpersonal y del trabajo en equipo, tienen carácter más limitado al grupo y al barrio, y son desarrolladas principalmente por las “personas afectadas” y buscan responder a necesidades básicas. Estas personas por lo general son de origen extranjero, poseen niveles educativos medios o básicos, y viven situaciones de emergencia social, discriminación y agotamiento, tanto psíquico como físico.

El segundo nivel del 15M trabaja una dimensión que se podría denominar “formal”, pues se dedica a comunicar y traducir problemáticas cotidianas hacia los recursos públicos y viceversa, lo que requiere conocer la burocracia de las instituciones públicas y manejar un lenguaje en cierto modo más “especializado”. Es decir, a partir de conocimientos situados esta práctica da “forma legible”, tanto para ciudadanía como para instituciones públicas, a problemáticas que por lo general aparecen disgregadas y anónimas. Lo que este nivel persigue en última instancia es que las situaciones que viven las personas en riesgo de exclusión sean visibles y atendidas como sujetos de derecho, por lo que tiene un carácter colectivizante, que no se agota en resolver casos concretos. A través de colaboraciones con otros colectivos este nivel amplía su campo de acción hacia el ámbito del distrito de Tetuán

y de la ciudad de Madrid. Estas tareas comprenden el seguimiento de casos concretos, la revisión de normativas y el manejo de reglamentos y datos oficiales. Estas actividades son desarrolladas por los “colaboradores”, que por lo general son personas de niveles educativos superiores, de origen español, mayor estabilidad socioeconómica y mayor convencimiento en la participación.

Todas estas dinámicas de la acción colectiva construyen encuentros y desencuentros. Es decir, al mismo tiempo que son capaces de tejer comunes, también revelan tensiones y dificultades, y en algunos casos, conflictos abiertos. Para comprender la acción de estas prácticas y su despliegue en el espacio, es interesante pensar las construcciones del sujeto en sus relaciones con diversos agentes (Pazos y Devillard, 2017), particularmente trazando un recorrido desde lo más silencioso a lo más ruidoso, siguiendo la metáfora usada por el autor Asef Bayat (1997). Este autor habla de “silenciosidad” para referirse a la autogestión vecinal en contextos urbanos de Irán, en la que distintos grupos tras intentar varios cauces, incluido el diálogo con las instituciones, encuentran la manera de afrontar sus necesidades activando sus propios esfuerzos, en proyectos tanto individuales como colectivos. Estas prácticas adquieren carácter “audible” o “ruidoso” cuando sus objetivos son amenazados. De manera similar, en Tetuán estas ideas de silenciosidad y de acción ruidosa resultan útiles para entender las diferentes maneras de participación ciudadana que proponen estos grupos. Partiendo desde lo más subjetivo y personal se desencadena progresivamente una participación cada vez más visible en el espacio público, que apela directamente a las instituciones públicas y a la ciudadanía en general.

5.4.1. Lo silencioso: el intercambio cotidiano como infraestructura

El Banco de alimentos 15M es un ejemplo interesante para observar la importancia de las prácticas cotidianas. Como veíamos, en este colectivo las personas “afectadas” por la insolvencia alimentaria buscaban ante todo satisfacer necesidades concretas y mostraban desinterés hacia el trabajo “político” de presión a instituciones y colaboración con otros proyectos colectivos. Esto suponía un conflicto interno en el colectivo por sobrecargas, ya que las tareas de movilización y de colaboración con otras iniciativas colectivas recaían en los “colaboradores”, que eran quienes

estimaban en mayor medida el papel de esta dimensión en el proyecto. Esto llevaba a que, especialmente entre activistas, se interpretara como insuficiente el trabajo volcado a resolver necesidades inmediatas. Sin embargo, permanentemente esta actividad despertaba una fuerte motivación entre las personas afectadas, activaba capacidades y lograba una notable coordinación entre personas diversas.

Al incidir en la importancia de la presión colectiva, en ocasiones se subestimaba el potencial político del trabajo cotidiano. Se trata de una situación compleja y ambivalente, pues al mismo tiempo todos los integrantes (y los colaboradores incidían igualmente en su importancia) compartían un reconocimiento manifiesto hacia el papel primordial de la autogestión y la acción directa, específicamente, de las recogidas, almacenamiento y distribución de alimentos. Este trabajo, de menor complejidad técnica, requería de organización y esfuerzo colectivo y comprendía actividades frecuentes que despertaban interés entre las personas afectadas. Entre ellas estaba principalmente la recogida de alimentos, para lo que era imprescindible el trabajo en equipo. Se podían experimentar conflictos por falta de confianza, ruptura de normas o desequilibrios en los esfuerzos empleados, pero sobre todo se experimentaban procesos de crecimiento personal y colectivo a través de la acción. Y en todo caso, ante los conflictos se ensayaban respuestas consensuadas, lo que permitía enfrentarse a las diferencias y perseguir objetivos comunes. Durante estas recogidas se podían vivir distintas experiencias con vecinos y vecinas del barrio, desde el rechazo o la indiferencia hasta la buena acogida con conversaciones y muestras de apoyo por parte del vecindario. Esta presencia de vecinos y vecinas organizándose autogestionadamente en el espacio público visibilizaba y acercaba una problemática como la inseguridad alimentaria, y además un tipo de gestión poco conocida como era la autogestión vecinal, de manera que se establecía un diálogo y una extrañeza capaz de (de)construir nuevas visiones sobre la realidad social del distrito.

Por otra parte, la autogestión y la interacción entre los dos perfiles diferenciados de colaboradores y afectados abría espacios de convivencia y procesos de aprendizaje colectivo. En la escala intragrupal todos los integrantes experimentaron transiciones interesantes. Los activistas comprendieron parte de los límites que planteaba su enfoque y se esforzaron por acercar el lenguaje,

abandonar el “tono combativo” y crear espacios más amables de interacción. Personas por lo general poco valoradas socialmente, especialmente las “personas afectadas” (personas en situaciones de pobreza, particularmente migrantes, madres encabezando hogares, personas racializadas, personas con bajo nivel de estudios), experimentaron procesos de empoderamiento, a través de la expresión cotidiana en asambleas, o de tareas como la recogida de alimentos o la distribución de donaciones. Especial interés tiene la participación en foros públicos en torno al derecho a la alimentación, ya sea conferencias, entrevistas o procesos participativos. A pesar de que en estos foros la participación de las personas afectadas era puntual, estos episodios tenían un impacto positivo en la experiencia personal y colectiva.

Estas personas recibían un reconocimiento público por su trabajo, de manera que los avances del colectivo se vivían también como triunfos propios. De esta manera, a partir de la acción cotidiana, el Banco de alimentos amparaba ante necesidades concretas, pero también permitía emprender proyectos de ciudadanía y construir identidades múltiples dentro de una comunidad amplia. Las actividades del Banco de alimentos suponían ejercicios de democracia porque materializaban una agencia política y generaban procesos constructivos, superando las formas asistencialistas de reparto de alimentos, que reproducen la idea de caridad y de incapacidad e inferioridad de “los pobres”. En este sentido, la práctica silenciosa de encontrarse y trabajar entre vecinos y vecinas era de por sí política, aunque no era reconocida como tal, especialmente por las propias personas afectadas, que rechazaban entender su acción como algo “político”.

Un proceso similar se observa en el grupo “Porque yo lo valgo” situado en el barrio de la Ventilla. Tras las remodelaciones urbanísticas del barrio de la Ventilla, la continuidad espacial de lo comunitario se rompe. Su máxima expresión se da en la práctica desaparición de los espacios de encuentro informal. Paulatinamente dejan de existir las casas bajas donde se conocían las familias, y con ello desaparecen prácticas como dejar las puertas abiertas, celebrar fiestas y practicar juegos en la calle, o sentarse en sillas delante de la puerta improvisando patios comunes. Estos espacios importantes en la vida cotidiana, especialmente para mujeres y niños, se borran del mapa, dándose aceleradamente un proceso de privatización de la vida cotidiana. En esta evolución las más afectadas fueron las mujeres, especialmente las

que hoy son ancianas. El ámbito doméstico “se convirtió en una jaula” para ellas, que creaba soledad, pero también desconfianza con el vecindario bajo la idea de inseguridad. Estas mujeres no pudieron incorporarse al trabajo asalariado y las interacciones vecinales que formaban parte de su vida cotidiana se dificultaron o se rompieron, de manera que quedaron súbitamente “encerradas en casa”. La asociación vecinal cumple un papel fundamental para este colectivo, a través de la promoción del grupo “Porque yo lo valgo”, pues les permite salir de una inercia acumulada durante años de limitar su vida e inquietudes hacia la casa, hacia el hogar y la familia, para proyectarlas también hacia el barrio y hacia sí mismas.

Las mujeres de “Porque yo lo valgo” se han reapropiado de un espacio tanto íntimo como colectivo, de una manera sutil e indirecta, pues han roto la lógica doméstica y a la vez han construido un lugar donde encontrarse y hablar de situaciones comunes. Sus prácticas no se traducen necesariamente en una politización en el sentido clásico, pues rechazan tanto la confrontación y la presión hacia las instituciones como en menor medida, la implicación activa en el trabajo comunitario en el barrio (debido esto último a las sobrecargas que experimentan cotidianamente). Sin embargo, este grupo ha experimentado una evolución interesante en torno al “feminismo”, que en un principio despertaba rechazo y activaba una serie de prejuicios. Progresivamente este grupo ha percibido los nexos entre sus propias experiencias y las de otras mujeres desde una perspectiva feminista, entendiendo como propias las reivindicaciones del feminismo, especialmente las relacionadas con la violencia de género. Esto ha llevado a que, en casos puntuales, asistan a concentraciones o se sumen a reivindicaciones colectivas, manteniendo en sus acciones un enfoque cercano y cotidiano, como ejemplifican unos delantales colgados en los balcones, o un telar gigante tejido de manera colectiva, compuesto de muchas piezas tejidas o en casa o en grupo, que representa un gran lazo morado contra la violencia machista.

La experiencia colectiva de “Porque yo lo valgo” les ha permitido pensarse a sí mismas y reflexionar sobre sus trayectorias, al tiempo que comunicar sus experiencias al barrio, dando visibilidad a problemas como la violencia de género, la soledad o el desencuentro intergeneracional. Estas mujeres han realizado dos obras de teatro que han presentado en diferentes espacios del distrito y han participado

en varias acciones reivindicativas por los derechos de las mujeres. La interacción cotidiana les ha permitido crear un sentido de pertenencia en torno a las mujeres, que atraviesa múltiples ámbitos, desde el doméstico hasta el vecinal y laboral, trabajando dimensiones como los derechos o el cuidado de sí. En este caso lo cotidiano se vuelve infraestructura porque es lo que sostiene un proceso de cambio profundo que atraviesa la subjetividad y la manera de entender y practicar el espacio. En la página web del segundo proyecto colectivo de teatro³² aparecen testimonios de los participantes de esta obra, tanto ellas como adolescentes del barrio, que actuaron juntos para hablar de la realidad de convivencia en el barrio. Éstas son sus palabras:

“Me ha hecho crecer como persona, sentirme más persona, y que valgo para más cosas, que puedo hacer cosas, me gustaría continuar”

“Este teatro concretamente me gusta porque está muy en la realidad, que ya no es aprenderse cosas de memoria, sino que es la vida del barrio hecho con la aportación de tod@s, eso me ha parecido una cosa genial.”

“He apreciado mucho las soluciones del público en los foros, para mí era importante que la gente se fuera con la idea de que las cosas se pueden cambiar. Parece que las abuelas no hacemos y mira tú”

“El método me ha entusiasmado, recoge las inquietudes, deseos, anhelos, y me sorprende como se ha plasmado todo en una historia. No quería actuar y lo he hecho porque lo he sentido. Estoy contenta porque me he superado.”

“Nunca me llamó la atención el teatro, primera vez que vi el teatro foro, alucinamos, nos quedamos para ayudarnos y disfrutamos, aprendimos... me quedé al proceso pensando que no iba a participar y menos aún actuar...me gustaban las relaciones en el grupo, no es común este tipo de relaciones”

“No pensaba que íbamos a llegar a lo que hemos llegado. Últimamente se estaban integrando más y eso que eran muy jóvenes para nosotras. Hemos aprendido un@s de otr@s, cuando se quiere se puede. De siempre no confiaba en mí misma, y hemos podido.”

5.4.2.El paso al derecho

En Tetuán sólo una minoría de las personas en riesgo de exclusión entiende la estrategia de “lucha” colectiva como vía para solucionar sus problemas. En estos

³² <https://proyectomosaicos.com/ventilla/>

colectivos se activan una serie de prácticas que se pueden considerar silenciosas, en la medida en que están centradas en cubrir necesidades cotidianas y pueden pasar desapercibidas en la esfera pública. Sin embargo, cumplen un papel de base, fundamental para la construcción del derecho. El huerto, por ejemplo, desarrolla una construcción discursiva particular, centrada en el trabajo e interacción cotidianas. Su mera presencia física ya revelaba un uso del espacio público entendido como derecho. Sin embargo, las narrativas en torno al derecho actuaban silenciosamente desde una construcción cotidiana de red barrial, evitando siempre la confrontación y la contienda política. Ahora bien, el momento en que surgieron amenazas reales para la continuidad del proyecto, con motivo de la expulsión de la antigua parcela (parcela pública que sale a subasta en mercado libre), se activó un proceso de construcción discursiva ya explícita, en torno al derecho a existir y mantenerse en la ciudad. Es decir, no se construyó una movilización basada en la “lucha combativa” sino en el reconocimiento del valor del huerto para el vecindario.

Para ello se buscó un reconocimiento formal de cara a las instituciones, a través de recogida de firmas, cartas de entidades colaboradoras, reuniones con responsables políticos. Se trataba de una actualización y proyección más amplia pero también más específica (“acreditar” frente a instituciones) de una legitimidad ya construida en las relaciones cotidianas con el vecindario. Esta situación permitió visibilizar una tensión política que confrontaba modelos de ciudad (ciudad habitada frente a ciudad financiera; ciudad con vida frente a ciudad de asfalto y ladrillo). Por otro lado, el desalojo no justificado por la función social que tenía la parcela del huerto (parcela destinada a la construcción de vivienda social, específicamente para jóvenes), ahondaba en la oposición política de una ciudad para la gente y una ciudad para el mercado. Dado que el huerto suscitaba amplios apoyos en el barrio, su cierre se convirtió así en un proceso político, no muy ruidoso ni combativo, pero capaz de apuntar a las necesidades sentidas entre el vecindario. Pero, por otro lado, todo el entramado social que rodeaba al huerto construyó este cierre como algo problemático, pues tenía implicaciones mediáticas e incluso potenciales repercusiones electorales. El apoyo de base (familias, niños, escuelas, centros de rehabilitación, que hacían uso del espacio) fue determinante para que se reconociera, al menos temporalmente, el valor público del proyecto con una cesión temporal de una nueva parcela. Sin embargo, el huerto anterior, con toda su historia

colectiva y su emplazamiento particular fue derribado y borrado del mapa³³, y aquel solar, antes destinado a vivienda pública, hoy en día es propiedad de una inmobiliaria privada que ejecutará el proyecto Residencial “Castellana Norte”, conectando Ventilla de manera estrecha con el proyecto Madrid Nuevo Norte.

En términos generales ocurre en Tetuán algo similar a lo que observa Asef Bayat en contextos urbanos de Irán (Bayat, 1997). Una gran mayoría se dedica a su propia supervivencia, de manera silenciosa, y cuando su bienestar es amenazado se incorporan a movimientos colectivos de lucha por recursos y por derechos. La llegada de personas afectadas a los colectivos del 15M sigue un patrón regular y semejante a este proceso. Estas personas responden personal y familiarmente a una serie de necesidades y sólo cuando se vuelven casos de emergencia social para los que carecen de herramientas, acuden a estos colectivos y comienzan a ensayar acciones con repercusión en el espacio público. El 15M recoge esa autogestión que ya se realiza manera individualizada y la convierte en colectiva y audible, presionando a las instituciones públicas a través de la idea de derecho.

Mientras la autogestión provee de recursos necesarios, las personas afectadas son reticentes a desarrollar una dimensión política a través de reivindicaciones. Esto se observa con claridad en el Banco de alimentos donde era posible cubrir necesidades materiales mediante la autogestión, de modo que la reivindicación y presión se veían como actividades secundarias. En cambio, en Tetuán Resiste la mera autogestión sólo alcanza soluciones provisionales, que conllevan inestabilidad y riesgos, como ocurre en casos de no tener alternativa habitacional con las ocupaciones de pisos vacíos (propiedad de bancos o de instituciones públicas). De ahí que la vía de presión y reivindicación del derecho a una vivienda digna no sea experimentada como una opción secundaria, sino como la salida más “factible” en la ciudad, por poco viable que parezca al principio. De hecho, en esta reivindicación se dan dos niveles o ritmos, uno que responde a lo urgente y personal (ayudas concretas de emergencia social) y otro que responde a lo colectivo a más largo plazo. De manera que se dan distintas posibilidades de agenciamiento. Pero además no se experimenta un abismo tan grande entre el corto y el largo plazo, como sucede en

³³ Ver Imagen 12 en el Apéndice II.

Invisibles o en Banco de alimentos, pues las problemáticas en torno al derecho a una vivienda digna son de tal calibre y urgencia que todas las opciones son necesarias y potencialmente interesantes.

Por otra parte, el movimiento de vivienda, desde la PAH hasta grupos autogestionados como Tetuán Resiste, hacen un trabajo que podríamos llamar de “traducción simultánea”, pues los papeleos y trámites remiten inmediatamente a legislaciones, normativas y modificaciones (tanto evolución de la propia normativa, como resquicios para hacer que ésta evolucione y mejore). De este modo, mediante la acción cotidiana del trabajo en equipo, se conectan mundos altamente alejados como son la burocracia y la vida del vecindario. Pero este encuentro con las instituciones está atravesado por el conflicto, pues visibiliza el choque de dos realidades. Por un lado, la vulnerabilidad cotidiana y las pocas posibilidades que ofrece la ciudad para sobrellevar el desempleo y la falta de ingresos y, por otra parte, la incapacidad de la administración para responder a situaciones de exclusión, debido a la burocratización, infradotación y privatización de los servicios públicos. En este sentido, el antropólogo James Holston (2008), en su libro *Insurgent Citizenship*, llama la atención sobre un proceso que observa en movimientos autoorganizados de la periferia de Sao Paulo, basado en la legitimación del “derecho” o lo que él denomina el “derecho que debe ser buscado y mostrado”. Este autor se refiere a la construcción del discurso sobre derechos basado en elementos jurídicos, como respuesta a la burocracia. Esto abre una esfera discursiva que es en sí misma un espacio de disputa.

Acciones representativas de esta construcción del derecho se dan especialmente en el 15M, en acompañamientos a juicios u oficinas públicas, paralizaciones de desahucios, negociaciones por la dación en pago, diagnósticos participativos, difusión de información, recogida de firmas, reclamaciones oficiales, reuniones o escritos dirigidos a responsables políticos, etc. Se trata de un trabajo colectivo que activa a diversos actores (activistas, personas afectadas, vecindario no organizado, abogados/as voluntarios/as, etc.) y que puede traspasar el territorio de Tetuán. Así sucede con las propuestas de cambios legislativos en vivienda, que constituyen un proceso continuado desde el inicio de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), que moviliza múltiples esfuerzos pero que ha sido

sistemáticamente bloqueado en el ámbito institucional por partidos de corte neoliberal (PP, C's, más recientemente Vox; y también PSOE en varias ocasiones). En 2013, por ejemplo, la PAH presentó una propuesta de ley de ámbito estatal (Iniciativa Legislativa Popular, ILP) para regular las hipotecas que tuvo un apoyo sólido desde distintas esferas, pero fue bloqueada por la mayoría absoluta del PP, por lo que se inició un proceso de mociones municipales e Iniciativas Legislativas Populares en parlamentos autonómicos.

También se han hecho campañas de gran creatividad colectiva articulando acciones en toda la geografía de España a través de grupos locales, como las “Las 5 de la PAH” en el 2016 y sucesivos años, como en el 2018 ya en plena crisis social de la burbuja del alquiler por la que se sigue exigiendo una ley de vivienda, que garantice el derecho a una vivienda digna, concretada en 5 puntos: regular la dación en pago retroactiva; garantizar un alquiler asequible; acabar con los desahucios; fomentar la vivienda social, y asegurar los suministros básicos. A día de hoy se siguen vulnerando los Derechos Humanos, pero también la Constitución Española que recoge en el artículo 47 el derecho a una vivienda digna y la función social de la vivienda. Ésta es su redacción literal:

Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos (art. 47, CE).

En la actualidad el movimiento de vivienda sigue demandando una Ley de vivienda estatal de protección del derecho a la vivienda, que incluso ya fue registrada como proposición de ley en 2018 pero que en 2021 sigue sin ser promulgada. Desde el movimiento de vivienda se busca que esta ley estatal permita intervenir en el mercado inmobiliario, limitar los precios del alquiler, responder ante desahucios sin alternativa habitacional adecuada y consolidar un parque público de vivienda. Sin embargo, a lo largo de los años desde los gobiernos autonómicos y estatal se han bloqueado y dilatado estas iniciativas, al tiempo que se han promovido grandes operaciones urbanísticas y el trasvase de recursos públicos hacia empresas privadas, incluidas entidades transnacionales como fondos de inversión. De hecho, una de las especificaciones que señala el movimiento de vivienda en la propuesta de ley estatal es la perdurabilidad de este parque de vivienda, para evitar el proceso de construcción de vivienda social con fondos públicos y posterior

venta en mercado libre. En esta problemática es significativo, por ejemplo, que la venta de las casi 3000 viviendas del Instituto de la Vivienda de Madrid (IVIMA) al fondo de inversión Goldman Sachs en 2013 haya sido declarada ilegal y nula por sentencia judicial (este caso llegó a los tribunales gracias a la movilización popular), y que la actual presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, se niegue a acatar la sentencia, y además presente con fondos públicos reiterados recursos a este fallo judicial que reconoce como ilegal esta venta, dado que las viviendas perseguían una función social que no se está cubriendo.

De este modo, el derecho presuntamente concedido y garantizado a la ciudadanía es algo que hay que mostrar, construir y defender. Como señalan Moreno y Narotzky (2000), en el don, en la reciprocidad, no sólo existe el dar, el recibir y el devolver, sino también el guardar y con ello también el quitar (quitar para guardar, y quizá podríamos decir también quitar para acumular). De este modo, el derecho, construido en su relación recíproca de deberes y derechos por estatus de ciudadanía, no es algo dado, al contrario, es algo que también se *quita*, que se “guarda” (y se vigila) para luego ser repartido, o a veces negado. Y en esa medida es algo que también se disputa y se lucha. De hecho, es significativo que en este espacio del derecho (la construcción del derecho) no se albergan dudas en torno a la “lucha”. El trabajo es tan intenso y acelerado, supone tanto desgaste, requiere tanta firmeza e inteligencia colectiva, y produce tanta satisfacción compartida el lograr objetivos, que se experimenta como un reto, un desafío, en el que hay que remar juntos. La lucha en este caso se hace *palpable* (es sensitivo, atraviesa los cuerpos) a través del esfuerzo, de los múltiples obstáculos que hay que traspasar, del reconocimiento de objetivos y actores que oponen fuerzas contrarias, pero también de los múltiples recursos que se activan como herramientas de trabajo colectivo.

Ahora bien, estos espacios de construcción del derecho tampoco están exentos de conflictos internos, pues algunos colectivos o personas pueden estar enfrentados entre sí o vinculados en relaciones de tensión, lo que puede dificultar las actividades cotidianas o las relaciones intergrupales. Es decir, estos espacios de lo político son espacios de conflicto en múltiples niveles. Sin embargo, algo interesante de las prácticas de construcción de derecho es que se da bastante consenso y una cohesión fuerte en torno a su visibilización en la esfera pública. Esto sucede en todos los grupos, especialmente en el movimiento de vivienda, en acciones como las campañas de ámbito regional o estatal, que movilizan y cohesionan a cientos de grupos de vivienda organizados y a personas

muy diversas (hay que señalar que dentro de este amplio movimiento hay gran diversidad de trayectorias, modos de hacer e incluso múltiples subgrupos).

De este modo, el paso al derecho es un movimiento de mayor cohesión y colectivización, y esta colectivización pasa también por una *escenificación*, tanto de cuerpos concretos en sus múltiples formas y rasgos (*afectados*, implicadas, involucrados, nacionales, extranjeros, ancianas, jóvenes, familias, niños) como de sus vínculos en el espacio urbano (cuerpos juntos, entrecruzados, abigarrados entre pancartas y color verde, cuerpos sonoros entre pitadas, canciones y gritos). Esta exposición de cuerpos como un conjunto en movimiento lanzan interrogantes y hacen propuestas. Y lo hacen a través de la imagen y de sus propios cuerpos, de sus voces que cantan dramas sociales, sátiras sobre corrupción o un *no nos mires, júnete!* Personas que bailan, ríen, tocan instrumentos... Personas que caminan acompañadas, en grupo o solas, pero en compañía. Diversidad y semejanzas.

Estos grupos han entendido que su propia exposición es un campo de producción cultural que también se disputa y se recrea. El proceso es múltiple, pues no sólo busca la atención externa, ni responde en su totalidad a estrategias, es también una construcción *sobre la marcha* donde la exposición del derecho entraña conocimientos que son en sí mismos recursos para las personas implicadas en ello (informaciones, destrezas, descubrimientos). Las prácticas en el espacio público (manifestaciones, pegadas de carteles, acompañamientos, charlas y conferencias, homenajes públicos, cultivo de hortalizas, etc.) generan imágenes perdurables que rompen ciertas categorizaciones. Son contrastes cotidianos a las omisiones y vacíos de la subexposición y al espectáculo de imágenes estereotipadas de la sobreexposición, como dinámicas de representación de los grupos desfavorecidos, especialmente presentes en los medios de comunicación. El paso al derecho, en sus múltiples formas de construcción del derecho, es el momento práctico y político en que se traducen experiencias individuales en experiencias colectivas, el momento de reconstruir la ciudad desde una arquitectura que siempre contiene algo vivo.

5.4.3. Relación con la política institucional

Las relaciones que establecen estos colectivos con la política institucional están traspasadas por el conflicto. Se trata de un espacio político complejo, donde actúan diversos agentes en múltiples escalas y donde la capacidad de agencia se disputa permanentemente. La política institucional no es un espacio neutral, pues se

ve influenciada de manera directa o indirecta por diversos actores sociales con distinto peso. Los más destacados por su impacto en la política pública actual son la UE pero también las grandes empresas, la banca y la industria informativa. Estos agentes cumplen un papel crucial en la experiencia cotidiana de la política pública. Procesos como la privatización de los servicios públicos, las políticas de austeridad y la propaganda política moldean la experiencia de lo público.

Como proceso de fondo se observa que los procesos electorales dilatados en el tiempo y las contiendas políticas polarizadas crearon un clima de desgaste y desinterés por la participación electoral y la democracia representativa entre la población, especialmente entre sectores altamente precarizados y en barrios obreros. Tras la ola de manifestaciones y posterior emergencia de nuevas fuerzas políticas, se aplacó la protesta en la calle, y se centró la atención en la contienda electoral. La emergencia de estos partidos y coaliciones políticas conllevó cierta neutralización de la lucha en la calle, al “institucionalizarse” el trabajo por los derechos sociales. Esto tuvo repercusión en colectivos como el 15M que se vieron mermados en participantes, y que pasaron a dirigir sus esfuerzos a reivindicar servicios públicos y no tanto a construir proyectos de autogobierno. Por otra parte, el sistema de partidos y los *mass media* reproducen permanentemente una escenificación de la disputa ideológica que lejos de clarificar posturas difumina las diferencias entre partidos. Colectivos como el 15M, declarados apartidistas, prácticamente no entran en discusiones sobre estos procesos electorales. De esta manera, a pesar del impacto cotidiano que tienen decisiones políticas vinculadas al sistema de partidos, se puede dar la paradoja de que personas en riesgo de exclusión, inclusive dentro de estos colectivos, apoyen fuerzas políticas aparentemente contrarias a sus intereses, que obstaculizan la consecución de los objetivos de estos colectivos.

En este contexto, estos colectivos aprovechan múltiples vías de contacto con las instituciones, desde mecanismos institucionalizados como partidos, hasta canales establecidos de participación ciudadana. Se trata de una inversión considerable de esfuerzos que recae relativamente en pocas personas, en su mayoría activistas. La escasa participación ciudadana lleva a entender el activismo como una minoría altamente activa e incluso conflictiva. Pero se trata de colectividades

diversas que están distribuidas y conectadas con un tejido social amplio. Estas conexiones son lo que les permite “alzar la voz” en el sentido de “elevar” demandas desde el vecindario a las instituciones. De este modo estos grupos se construyen en buena medida como portavoces de situaciones diversas que se viven en los vecindarios.

La administración reacciona con sospecha frente a estos colectivos, por varios motivos. Principalmente por las críticas que recibe, lo que provoca un repliegue de las instituciones, en forma de corporativismo y cierta impermeabilidad. También por la reproducción de prejuicios y estereotipos, cuando no estigma, en torno al activismo (alborotadores, conflictivos, *irrespetuosos*, comunistas). Y por último, porque los cauces de participación establecidos no contemplan acciones como las que estos grupos proponen, de modo que son vistos como agitadores del statu quo y de estructuras rígidas, y en estos casos la sospecha se vuelve rechazo “técnico”, rechazo fundamentado e incontestable. Frente a la exigencia de soluciones ante casos concretos de vulnerabilidad, la administración apela a la burocracia y al escaso presupuesto público. Así, cuestiones como las “listas de espera” abren un conflicto que se experimenta desde lugares distintos. La administración encuentra en ello una justificación, al distribuir el presupuesto según un orden de emergencia: “hay x personas en la lista de espera, x personas delante”, quedando personas en situaciones de gran adversidad sin protección pública. Tanto colectivos como personas no organizadas viven esto como una situación reprochable, pues la experiencia cotidiana de exclusión en muchos casos es grave y puede quedar desatendida. Sin embargo, mientras las personas no organizadas se adaptan a ello o bien buscando otras estrategias y recursos o bien limitando sus protestas hacia los profesionales, en un nivel personal y diádico, los colectivos denuncian este procedimiento en la esfera pública, incidiendo en las frágiles políticas sociales y en el poco presupuesto destinado a la exclusión social.

La despolitización, entre personas afectadas y vecindario en general, también afecta a la construcción de los servicios públicos. En buena medida este proceso de despolitización es fruto de una historia prolongada de represión y de reproducción de la cultura de la dependencia. El mensaje *no te metas en líos*, reproducido permanentemente durante la dictadura, continúa teniendo efectos cotidianos hasta

la actualidad. Esta frase hace alusión a la criminalización de la participación ciudadana y particularmente al miedo hacia la participación y al distanciamiento frente a lo público (no asistir a manifestaciones, “no discutir sobre política ni religión”, no pronunciarse sobre la ideología política). Este tipo de comportamiento social tiene raíces en la represión a la disidencia efectuada durante casi cuatro décadas por el franquismo, que dejó en el imaginario colectivo una construcción altamente difundida en generaciones anteriores resumida en la frase “no te signifiqués”, para referirse al silencio como estrategia de autoprotección. Para entender este proceso complejo son precisos enfoques cualitativos que permitan profundizar en la construcción del miedo y del silencio. En ello es de gran utilidad la perspectiva de la antropología social y cultural, para rescatar la dimensión simbólica de los actos cotidianos. Francisco Ferrándiz señala la necesidad de un enfoque cualitativo que aborde la complejidad de un drama social tan delicado como son los crímenes del franquismo, que logre dignificar a las víctimas. A partir de su experiencia en exhumaciones de fosas comunes del franquismo, señala lo siguiente sobre el binomio silencio-miedo:

Cuando recoges los testimonios te das cuenta que existe ese miedo, de que las políticas represivas tuvieron también éxito expropiado a toda esta gente de un lenguaje coherente y socialmente legitimado para hablar de sus pérdidas. Y como carecen de ese lenguaje, a veces ves que tartamudean, o que no encuentran la frase, o que hablan con monosílabos, que se refieren a situaciones muy complejas con dos o tres palabras, intentando atrapar la metáfora que no existe. Y eso es el producto del miedo, el producto de la represión. Es tremendo. Muchas veces me dicen, “no es que mi padre, mi abuelo, es parco en palabras”. Yo les he preguntado “¿por qué parco en palabras?”. Otros me lo han comentado personalmente en algunos testimonios, “porque yo he tenido que callarme. De tanto callarme, he llegado a no saber hablar.” (Leizaola, et al., 2007:39)

En el contexto actual, dispositivos como los antidisturbios o la “ley mordaza” han contribuido a perpetuar una idea del riesgo de la participación y de la protesta en la esfera pública. Son necesarias investigaciones que incidan tanto en la actualidad de estos dispositivos de control, como en la continuidad y discontinuidad histórica de las formas represivas en la experiencia cotidiana. Esto es necesario tanto para entender las consecuencias socioculturales y políticas de una arquitectura autoritaria, como para visibilizar la existencia de acciones colectivas, a distintos niveles, tanto en el presente como en el pasado, que crean vínculos de solidaridad y

abren espacios políticos en situaciones muy adversas, constituyendo nuevos sujetos políticos. Es el caso, por ejemplo, de la experiencia de las “mujeres de preso” durante la postguerra y el franquismo, cuyas acciones en la escala personal dirigidas a responder a necesidades comunes “poco a poco van creando entre ellas unos fuertes vínculos de solidaridad que fortalecieron la movilización política en pro de la libertad de sus maridos” (Abad, 2005a: 294; 2005b).

Este tipo de estudios permiten ampliar la mirada sobre procesos actuales en torno a la construcción política. Una línea de investigación sobre contextos contemporáneos sería profundizar en la escasa cultura de derechos, especialmente entre las personas en riesgo de exclusión, lo que lleva a que adopten una posición de “receptores de subsidios” y no necesariamente de sujetos de derechos. Según lo observado en mi estudio, este proceso abre complejas líneas de acción colectiva para la construcción de derecho, pero también en buena medida neutraliza el carácter conflictual y la capacidad reivindicativa frente a las instituciones. Incluso limita la capacidad de autogestión de diversas problemáticas, llevando a concentrar los esfuerzos en torno a la estructura burocrática, que posibilita o impide la concesión de ayudas, según una diversidad de criterios. Todo ello reproduce dinámicas jerárquicas y de dependencia, lo que contribuye a profundizar el distanciamiento entre instituciones y ciudadanía y a agravar la falta de perspectivas entre la población en riesgo de exclusión. Esto último claramente se agrava en personas no vinculadas a colectivos autoorganizados.

El proceso de despolitización es un proceso de largo recorrido, que responde tanto a las particularidades de la historia interna de España, como a procesos globales, pues esta despolitización generalizada también se da en otros contextos y sigue ciertos patrones a nivel internacional. El neoliberalismo es la forma en que más se ha concretado esta despolitización. Conceptos como la post-democracia (Crouch, 2012) nos permiten entender este descontento y desafección como un proceso de reducción de la política, que usa las herramientas típicamente democráticas y acaba favoreciendo a las oligarquías. Sin embargo, pensar sólo en esta escala invisibiliza la agencia política en ámbitos no institucionales. De hecho, se da un proceso contradictorio de gran alcance para realidades como las que se viven en Tetuán, que hace necesaria la reflexión sobre la politización, y en particular, sobre las polisemias

sobre lo político, producidas por instituciones y por colectivos vecinales, especialmente, activistas. Así es posible aproximarse hacia realidades contradictorias y cotidianas como, por un lado, una sospecha y desinterés hacia la política institucional y, por otro lado, una delegación en ella para resolver lo público que, a su vez, sólo es reconocido en el momento de mayor vulnerabilidad, es decir, cuando lo público está seriamente amenazado. Cuando, en definitiva, los recursos “propios” están amenazados.

La política institucional es percibida desde un fuerte descontento y una desconfianza generalizada, también reproducidas en estos colectivos, especialmente en el 15M –en un gradiente de más a menos según la gravedad de las problemáticas sociales trabajadas- y en menor medida en asociación y huerto. Figuras políticas y administrativas se perciben como desconectadas de los intereses generales de la población, y en particular los partidos tradicionales se vinculan con la corrupción. La relación con los “partidos del cambio” revela una tensión interesante entre rechazar lo institucional y defenderlo. El nuevo ciclo político que abrió Podemos y las fuerzas municipalistas como Ahora Madrid en general creó expectativas de mejoras sociales para las mayorías. Sin embargo, su conexión con movimientos sociales de base fue evolucionando desde las “sinergias” al desencuentro y la confrontación, especialmente en colectivos como el 15M. Esto se debía principalmente a la escasa respuesta que ofrecía el gobierno local a situaciones de exclusión y a procesos participativos de base vecinal.

En ello tiene un papel crucial la jerarquía de la administración pública, ya sea en el nivel político territorial entre Estado, comunidades autónomas y municipios, ya sea dentro de la misma administración pública municipal. El desencuentro entre los partidos gobernantes en las distintas administraciones dificultó y bloqueó una serie de cambios en la política local, visibilizando las dificultades para materializar la autonomía local³⁴. Por otra parte, fuerzas políticas como Ahora Madrid adoptaron progresivamente una fuerte rigidez y burocratización en sus procedimientos internos, de manera que continuaron con la estructura jerárquica de la

34 Así sucedió con la Ley Montoro que desde la administración estatal prohibió al Ayuntamiento de Madrid invertir la reducción del déficit municipal en sus presupuestos municipales, anteponiendo el pago de la deuda al gasto público.

administración. La compleja interacción entre áreas y una lógica “tecnocrática” dificultaron procesos de gestión participativa de la política local o el afianzamiento de políticas sociales de gran envergadura como la vivienda pública a través de la Empresa Municipal de Vivienda social (EMVS). Todo ello redundó en una frustración generalizada en la población, especialmente entre estos colectivos, retroalimentada por la presión mediática por parte del establishment, la burocracia de la maquinaria estatal, y el bloqueo constante de los “partidos del bloque” PSOE, PP y C's. Más tarde emergerá con fuerza Vox, partido de ultraderecha, que polarizará aún más la política institucional y que hará uso de *fake news* sistemáticamente como herramienta de bloqueo mediático.

Sin embargo, el nuevo momento político que abrió Podemos y Ahora Madrid creó una especie de “correlación de fuerzas” para reivindicar derechos sociales, en la calle desde los movimientos sociales y dentro de las instituciones desde partidos y formaciones políticas. En la práctica se trata de ciertas alianzas, nunca firmes y siempre sujetas a cambios y tensiones (Calle, 2015; Gonick, 2016), especialmente en torno a la democracia deliberativa, pero que pueden facilitar determinadas acciones, como por ejemplo los apoyos institucionales a propuestas legislativas demandadas desde el movimiento de vivienda. Pero se trata de esfuerzos continuos, no de algo dado, son siempre circunstancias concretas lo que puede activar o no esas confluencias, por lo que en la práctica son procesos que se negocian todo el tiempo. De hecho, en las negociaciones es frecuente que también esté presente el conflicto, como en casos de emergencia social sin alternativa habitacional por falta de medios o por burocracia, en los que se exige una solución. O incluso con frecuencia se realizan duras críticas a estas formaciones políticas, ya sea por cuestiones concretas consideradas mejorables, especialmente la tecnificación y la burocratización de la acción institucional que impide o dificulta responder a diversas situaciones cotidianas de relevancia social. También se puede apelar con cierta frecuencia a generalidades que pueden estar en la línea del imaginario construido mediáticamente en torno a estas formaciones, reproduciendo mensajes como “todos son iguales”.

Las interacciones de estas formaciones políticas con los movimientos sociales se daban en una relación tensa de acercamiento y distanciamiento, de hecho, con

cierta frecuencia también de rechazo abierto. Un ejemplo de ello son algunos procesos participativos promovidos desde estos nuevos gobiernos, que resultaban poco operativos conllevando cierto desgaste para los colectivos y vecindario. El modelo de participación ciudadana que promueven estas formaciones políticas, basado en consultas esporádicas, especialmente a través de plataformas digitales, continúa la “tecnificación” de la gestión pública, plantea ciertas barreras a la participación y genera poco interés entre las personas en riesgo de exclusión. Por su parte, estos colectivos activan esfuerzos constantes en torno a dos opciones básicas: rechazo a la institucionalización de la autogestión y defensa de su autonomía, o bien una gestión participada de las problemáticas locales, donde se establezcan vías de comunicación horizontal con las instituciones. Un caso representativo de lo primero es la Enredadera y su rechazo a las presiones del Ayuntamiento (durante la legislatura de Ahora Madrid) para convertirse en asociación; y un ejemplo de lo segundo es el proyecto de la Mesa contra la Exclusión.

Por último, algo a destacar es la construcción generalizada de “política” identificada como política institucional, y particularmente, como “partidos políticos”. Esto sucede en personas no organizadas, pero también en un número considerable de personas “afectadas” (o personas menos implicadas, como en el caso de la asociación y huerto) que participan en colectivos vecinales. Escasamente se entiende por “política” la movilización popular; prácticamente de manera anecdótica se vincula con procesos comunitarios (Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales, 2020: 37-49) y sólo en personas altamente instruidas o pertenecientes a algún grupo especializado se entiende la construcción de “lo subjetivo” como realidad política. Por tanto, la política está fuertemente situada y connotada (es cosa de partidos, de corruptos, “es cosa de ellos”). De ahí que discursos como la construcción de comunes causen extrañeza entre parte del vecindario, pues en primer lugar no se reconocen fácilmente como algo político, y si se identifica su carácter político, se interpreta como una política muy minoritaria que la vuelve poco factible, irreal, utópica, “fuera de lugar”. Asimismo, la defensa de lo público se experimenta como una necesidad en todos estos colectivos vecinales, pero es una defensa que se enmarca dentro de una complejidad discursiva, pues por un lado, se enfrenta a las construcciones de desprestigio y desconfianza hacia lo público (especialmente en el uso por corrientes neoliberales, que defienden el

adelgazamiento del Estado y la primacía del mercado) y por otro lado, lo defiende desde una crítica a sus fallos, es decir, busca enmiendas y demanda una mayor consolidación de derechos y servicios públicos.

La construcción de lo político, entonces, emana de cosmovisiones situadas conformadas en relaciones estrechas con el contexto más amplio. El 15M, por ejemplo, se construye como formación apartidista, y defiende esta postura en todo momento. Su interpelación a las instituciones incluye a todos los partidos y no sólo a algunos. De hecho, se hacen múltiples esfuerzos para dialogar y mostrar las realidades del vecindario a responsables políticos independientemente de su ideología. Así, se han llevado a cabo reuniones con responsables políticos de los partidos del PP, de C's, de Ahora Madrid, del PSOE o de Unidas Podemos, para exponer problemáticas sociales experimentadas en el distrito. Desde estos colectivos no hay afiliación a ninguna de estas formaciones, de hecho, se evitan las pronunciaciones sobre posicionamientos explícitos dentro y fuera de los grupos. Lo que puede primar es una crítica generalizada a todas las formaciones políticas bajo la idea de “todos son iguales”, algo que se reproduce de manera especial en el colectivo de vivienda, seguido del Banco de alimentos. Si se dan pronunciamientos sobre apoyos explícitos, de manera sistemática se debe a características de la persona en cuestión y no a las dinámicas y normas consensuadas en el grupo. En estos grupos se reconoce que en la práctica pueden convivir afiliaciones políticas diversas.

Un caso interesante son los procesos electorales, donde por lo general no se critica ni se defiende abiertamente a ninguna formación política. En la raíz de esto está la presunción de una capacidad de deliberación política en todas las personas, dentro y fuera del grupo. Esto se relaciona con la autonomía personal que se defiende en estos colectivos. Sin embargo, la acción cotidiana de estos grupos en realidad opera entre autonomía y colectivización, por lo que este rechazo a pronunciarse en torno a la política representativa conlleva ciertas implicaciones para dicha colectivización (de derechos, de visibilización de problemáticas, etc.). Y, sobre todo, la neutralidad frente a procesos electorales no responde a una decisión superficial, sino a procesos altamente complejos. Por un lado, a que la “política” causa suficiente distanciamiento entre el vecindario, al ser identificada

principalmente con partidos políticos. Por otro lado, a que estos grupos serían presa fácil de desprestigio (sobre todo por representantes políticos y por medios de comunicación), al llamarlos “propaganda política”, como forma de bloqueo por estigma, como de hecho, ya ocurre incluso con el distanciamiento que plantean estos colectivos hacia partidos y formaciones políticas. Pero, sobre todo responde a que el trabajo que defienden es de base vecinal y centrado en lo cotidiano, igualmente desde una defensa de espacios de autonomía, por lo que posicionarse hacia o contra partidos concretos desfiguraría la orientación principal de sus proyectos.

Delgado (2016) señala precisamente las dificultades que enfrentan los movimientos sociales contemporáneos, pues se debaten entre una defensa de la autonomía (reproduciendo dispositivos paradigmáticos como la subjetividad, lo personal, etc.) y una defensa de lo colectivo, renunciando a planteamientos altamente cohesionadores y conflictivos propios del movimiento obrero como la lucha de clases (particularmente en su construcción como “masa”: motines, revueltas, protestas, piquetes). Esto lleva, según el autor, a una progresiva fragmentación y disolución (liquidez) de las formas políticas, con consecuencias inciertas, complejas y altamente contradictorias. En el caso de estos colectivos, se rechazan los posicionamientos frente a partidos políticos (antigua clave del movimiento obrero), pero en cambio sí se reproduce y se reivindica de manera más o menos generalizada, aunque no siempre explícita, la narrativa sobre “lo obrero”, especialmente en su relación con el barrio (barrionalismo, “la gente”, vecinos, vecinas) y la idiosincrasia del paisaje físico y social (“barrios obreros” frente a “barrios acomodados”). Frente a construcciones paradigmáticas del movimiento obrero, como la *masa*, aquí se visibilizan ante todo personas concretas, *rostros* humanos, que posibiliten la construcción de empatía y de pertenencia, reconstruyéndose además un manejo complejo y “cuidado” del conflicto en varias escalas, como ejemplifica la primacía de la resistencia pasiva y pacífica, sobre las revueltas de carácter más combativo.

Sin embargo, se da la paradoja de que las fuerzas políticas más apoyadas, tanto por votos como por abstención (pues finalmente, a los partidos mayoritarios en general les beneficia la abstención), sean precisamente partidos neoliberales, que suponen un acelerado deterioro de derechos y servicios públicos, y un arduo y más

complejo trabajo para estos colectivos. Estos apoyos han crecido en los últimos tiempos, pero no son recientes, pues regiones como la Comunidad de Madrid han estado gobernadas durante más de 25 años por el mismo partido de corte neoliberal, por lo que el modelo de ciudad dual ha recibido el respaldo de la mayoría que participa en los procesos electorales, y se trata de un apoyo continuado e intensificado aun en tiempos críticos y de emergencia social como la pandemia. Luego, hay una especie de “callejón sin salida”, una paradoja no resuelta: la construcción de política de estos colectivos se hace con el vecindario, planteando tanto fronteras como conexiones entre lo institucional y lo no institucional. Es decir, un trabajo crucial se da entre el vecindario, y otro trabajo crucial se da también con las instituciones públicas, y ambos están interconectados. Hay que reconocer entonces que la evolución y esfuerzos de estos grupos dependen fuertemente no sólo de la acción vecinal, sino también de la acción de estas instituciones, que en la actualidad son orientadas principalmente por partidos políticos y en una mayoría, por corrientes neoliberales. En las conexiones y desconexiones entre ambos espacios se halla lo político.

Las relaciones de estos colectivos con las instituciones son complejas y conflictivas y se dan en una multiplicidad de interacciones, que disputan e instituyen constantemente distintos espacios de lo político, desde múltiples posicionamientos. Estas “ocupaciones” o “desplazamientos” de lo vecinal hacia los espacios institucionales revelan profundas desigualdades y fronteras, basadas en jerarquizaciones de fondo que se reproducen en espacios diversos, incluida la vida cotidiana. También revelan el contagio y la “contaminación” que entraña la interacción en espacios heterogéneos. Se trata de prácticas que intensifican y actualizan relaciones de poder presentes en distintas escalas, pero sólo expresadas de manera manifiesta y cristalina en determinados momentos y situaciones, donde se muestran y *exponen* (escenifican, visibilizan) distintos agenciamientos (Goffman, Perrén y Setaro, 1981). Así, en la relación con las instituciones se pueden dar conexiones y desconexiones, posicionamientos altamente situados, reiteraciones de “lo mismo”, traducciones y traslaciones, o presencias invisibilizadas, e incluso ausencias y vacíos. Todo ello conforma tanto rigidez y quietud como posibilidades de movilidad, de modo que las instituciones públicas (y las relaciones con ellas) son procesos y construcciones sociohistóricas sujetas a constantes cambios, y por ello

también transformables desde abajo. Como *instituciones* son, de hecho, como advertía Polanyi (1989 [1944]), sistemas sociales, culturales, económicos y políticos, donde la “política” no está desgajada del resto ni situada en lugares específicos. De ahí que precisamente estos grupos mediante su acción busquen *instituir* nuevas formas de sociedad, nuevas *instituciones*, desde abajo, desde lo cotidiano, activando las múltiples dimensiones de la vida social (Lapassade, Lourau y Cano, 1974).

5.4.4. Resistencias

Como señaló Foucault en *Vigilar y Castigar* (2002b [1975]), el poder es un proceso multisituado y por ello las asimetrías no son fijas sino mutables, lo que abre el campo de acción hacia múltiples respuestas. Las resistencias no pueden desvincularse de lo cotidiano porque precisamente son construcciones subjetivas. De ahí que la acción política no se encuadre necesariamente bajo paradigmas como la lucha de clases, la clase obrera, la revolución, etc. sino que lo cotidiano es de por sí un campo de acción transformador. Esto se observa en el desinterés entre las personas afectadas del Banco de alimentos en torno a actividades de carácter técnico o de presión política, y en su motivación por actividades de valor económico y social. Estos intereses no sólo reflejan unas prioridades personales, sino también permiten identificar los espacios que resultan significativos para estas personas, es decir, señalan desde dónde se sitúan estas personas y dónde ven un margen de acción. Como sostiene Catherine Walsh (2015), se trataría de grietas o desbordes que revelan la emergencia y la posibilidad de otro tipo de prácticas.

Por otra parte, el sólo hecho de juntarse personas diversas y organizarse para conseguir alimentos suponía de por sí una resistencia a la gestión hegemónica de la pobreza y del hambre, concentrada en organizaciones privadas, que además reproducen una lógica de caridad y una serie de jerarquías e incluso prejuicios sobre la pobreza. El banco contrastaba con estas instituciones, tanto públicas como privadas, como servicios sociales, ONG, parroquias, o el banco de alimentos oficial, al abrir un espacio de autosuficiencia, de no discriminación y de construcción de solidaridades múltiples. En este sentido se abría la posibilidad de lo “insólito” en el paisaje social del distrito. Este proyecto, aunque minoritario, tuvo gran alcance subjetivo y colectivo, tanto en la escala barrial como en la ciudad de Madrid. Fue un espacio de referencia para vecinos y vecinas que encontraban un lugar diferente a lo

que conocían, que promovía la cooperación y la no discriminación. Y también fue referencia para otros proyectos de despensas solidarias y entidades involucradas en la lucha por el derecho a la alimentación como, por ejemplo, la “Carta contra el Hambre”.

Igualmente resulta ilustrativo ver cómo se construyen las resistencias en colectivos como Tetuán Resiste, donde las experiencias de violencia simbólica y física han permitido que gran parte de las personas participantes deslegitimen el orden policial y jurídico y que vean legítima la acción directa como manera de resistencia y en última instancia, como manera de sobrevivir en la ciudad. De esta manera, desde estos colectivos se realiza un trabajo colectivo de asesoramiento, acompañamiento a instituciones públicas, presión a través de concentraciones, encierros en bancos y administraciones, paralizaciones de desahucios. Estas acciones por lo general se desarrollan de manera pacífica y en ocasiones incluso de manera festiva, como ocurre con algunas acciones de la PAH. Frente a la violencia institucional que activa una burocracia implacable, que bloquea las posibles soluciones para estas personas, estos colectivos activan dinámicas de cuidado y espacios de protección y ayuda colectiva³⁵. La cotidianidad de estas prácticas genera bienestar personal, imprescindible en situaciones de vulnerabilidad social, pero también reconocimiento en el barrio en forma de gratitud o admiración, contrastando con procesos de criminalización mediática, que persiguen crear sospecha y desapego hacia iniciativas vecinales de autogestión y acción directa.

Siguiendo a autores inspirados en Foucault (1982, 2002a [1969], 2002b [1975]) como Ranciere (2006) o Chantal Mouffe (2005), este tipo de dinámicas de autogestión constituyen ejercicios de democracia directa. Frente al miedo y represión policial y judicial, estas prácticas logran quebrar la disciplina del “buen ciudadano” e incluso del “pobre digno” y la asimetría básica entre quienes pueden gestionar lo público y quienes no, activando recursos individuales y colectivos y entrando así en la contienda política. El huerto, por ejemplo, pone de manifiesto un conflicto político por el espacio urbano. Una parcela destinada a vivienda pública y abandonada durante años es usada y moldeada por vecinos que se van agrupando

³⁵ Ver Imágenes 11, 13, 14, 15 y 16 en el Apéndice II.

por afinidades y necesidades comunes. La mera emergencia de este proyecto de agroecología comunitaria y de ocio colectivo, tan próxima al centro financiero más importante de Madrid, abre un espacio de lo político pues expone un conflicto urbano, construye lo inusual en el paisaje, abriendo nuevos imaginarios y disputando el territorio a nivel cotidiano. Es decir, reactualiza la lucha vecinal por servicios públicos para el barrio, pero también dibuja paisajes no hegemónicos conectándolos con la historia local, recreando sentido de pertenencia y vinculaciones afectivas a través de la práctica.

Del mismo modo, el componente simbólico de Tetuán Resiste juega un papel importante en la construcción discursiva en torno al barrio. El “Tetuán combativo” recupera las luchas obreras por el espacio físico, especialmente el relacionado con vivienda e infraestructuras básicas, de modo que el colectivo antidesahucios reactualiza una larga lucha colectiva por el territorio. Procesos como la gentrificación y la especulación inmobiliaria han traído consecuencias cotidianas y actuales como la subida de los precios de la vivienda y la expulsión progresiva de vecinos y vecinas. En este contexto Tetuán Resiste centra sus esfuerzos en “defender la vivienda para la gente”. Y para ello activa una narrativa que de por sí constituye una resistencia en el imaginario colectivo y que permite construir una historia desde abajo. Se trata de experiencias que reúnen y concentran los hechos históricos relevantes para la experiencia del vecindario. En Tetuán, por ejemplo, tuvo lugar la primera paralización de un desahucio en Madrid, durante las acampadas del 15M de Sol en 2011. Este hecho forma parte de la historia social de Madrid y sitúa al distrito dentro de una memoria colectiva de lucha y resistencia a los abusos de la banca y por el derecho a la ciudad.

Aquí también tuvo lugar el caso de la calle Ofelia Nieto 29, que ha adquirido con el tiempo el carácter de icono de la lucha vecinal en Tetuán y en Madrid³⁶. Se trata de un proceso de expropiación forzosa de una vivienda familiar, provocado por una irregular inclusión de la vivienda en un plan urbanístico en el año 2004. Este proceso conllevó una prolongada lucha judicial por parte de la familia Gracia-González, que vivió en esta casa durante más de 50 años y a través de tres

³⁶ Ver Imagen 2 en el Apéndice II.

generaciones. Este caso movilizó múltiples solidaridades en Madrid y España, pues reveló el afán especulativo de operaciones urbanísticas de estas características, que son ejecutadas por administraciones públicas (en este caso el Ayuntamiento de Madrid). Se llevó a cabo una movilización popular que marcó historia en la ciudad de Madrid, al defender con contundencia el derecho a la vivienda de una familia y exigir que prevalezcan las necesidades e intereses del vecindario sobre planes urbanísticos hechos a sus espaldas. Aquí tuvo lugar la histórica acampada en la terraza de la vivienda en agosto de 2013 que reunió a cientos de personas de Tetuán y de otros barrios y ciudades de España. Durante catorce días se organizaron turnos, asambleas y múltiples actividades de organización, difusión y encuentro vecinal, logrando gran apoyo popular y alcance mediático (a través de campañas en redes virtuales, el paseo de la “Bicicrítica” o un documental), que se prolongó durante años y que se mantiene hasta el día de hoy. Sin embargo, tras año y medio de lucha colectiva, y más de diez años de lucha familiar (que conllevó continuados litigios y deterioro de la salud), en febrero de 2015 la vivienda fue derribada en poco tiempo, sin aviso y aún con miembros de la familia dentro. Una esquina de la casa que sobresalía en el trazado de la acera (según el nuevo planeamiento urbano) sirvió de argumento definitivo para su derribo, a pesar de que dicha superficie no impedía el tránsito de viandantes ni afectaba en absoluto a la seguridad del espacio público.

Tetuán Resiste no estaba acostumbrado a los casos de expropiaciones forzosas derivados de planes urbanísticos. Sin embargo, a lo largo de los años se ha convertido en uno de los procesos de mayor alcance para la cotidianidad del vecindario, como lo expresa la remodelación del Paseo de la Dirección. A pesar de ser una derrota en el sentido de haber expulsado a una familia con gran arraigo en el barrio y efectuarse la demolición (con el sufrimiento, cansancio e impotencia que ello ha supuesto para varias generaciones) de su vivienda, la familia Gracia-González es reconocida por su experiencia de lucha, y la parcela, hoy vacía, se ha convertido en un espacio de reivindicación vecinal contra la especulación inmobiliaria. Por ejemplo, aquí se celebró una charla vecinal sobre la historia obrera y combativa de Tetuán. La memoria colectiva entorno a Ofelia Nieto 29 se ha convertido en un patrimonio simbólico valorado por personas muy diversas de dentro y fuera del distrito, que genera un sentido de pertenencia en torno a la idea de vecindad y de barrio. Este imaginario colectivo destaca la fuerza y la unión vecinales contrapuestas

a la fuerza policial y jurídica y a los intereses especulativos de bancos y representantes políticos. Esta construcción traspasa la experiencia subjetiva para abrir un espacio mediático capaz de situar diversos agentes políticos en la esfera pública. La contraposición discursiva entre la fuerza de la banca o la administración, y la fuerza de la gente, o entre las herramientas de jueces y policías (ley) y las herramientas de la gente (cuerpos e información) visibiliza distintos dispositivos de poder, pero también distintos espacios de acción.

La construcción mediática es una herramienta política a varios ritmos y desde varias agencialidades. Por un lado, los colectivos saben aprovechar y disputar los espacios mediáticos que generan los medios de comunicación (tanto redes sociales como prensa, televisión, radio). Pero al mismo tiempo en estos distintos espacios se enfrentan o se recombinan valores, códigos éticos y formas de hacer. Una queja constante entre colectivos, por ejemplo, es el uso instrumental que hacen periodistas que “sólo buscan la noticia”, a través de casos llamativos y urgentes. Los colectivos son conscientes del potencial mediático de determinadas situaciones en una sociedad que prima lo visual, las imágenes. De ahí que hagan uso de ello como herramienta política y social, para buscar respuestas desde lo público, tanto recursos institucionales, como crear empatía y vínculos de solidaridad en el vecindario, desde la idea de la indignación. Lo que les molesta de los medios de comunicación es la reproducción de “lo indigno”, su sensacionalismo y superficialidad, al mostrar, en los casos más favorables, unos minutos a personas concretas, para pasar a otra noticia y finalmente olvidarse de ello. En una línea similar, sucede con investigadores que “caen como paracaidistas” y hacen su trabajo aceleradamente y no vuelven a aparecer. Por lo general, colaboran con estos agentes (periodistas, investigadores, artistas, arquitectos) pues son conscientes de que se abren espacios y herramientas de acción, pero también se reproduce en ocasiones un recelo y hasta un rechazo, tanto por la instrumentalización que observan en estas prácticas, como por la “poca utilidad” que con cierta frecuencia reconocen en ellas, pues “al final no sirve para nada”.

Ahora bien, desde complejas redes de acción, estas iniciativas vecinales logran articular construcciones simbólicas y materiales, de amplio reconocimiento colectivo. A lo largo de los años han surgido producciones culturales desde distintas

formas de expresión, que recuperan el valor de las experiencias vividas por el vecindario. Se han producido, por ejemplo, cuatro documentales que narran los procesos urbanos que experimentan de manera cotidiana vecinos y vecinas de Tetuán. Por un lado, *6m²* y *Quebrados*, de Michele Cristofolletti y Hugo Atman (2013 y 2015 respectivamente) sobre la resistencia en Ofelia Nieto 29; *Ouróboros, la espiral de la pobreza*, creado por el grupo Albatros y Neu Circuita (2015), un análisis crítico de la caridad como dispositivo de atención a la pobreza y la exclusión social³⁷. Y más recientemente, el documental *Tetuaneros*, de Verónica Granado (2018), sobre los procesos de gentrificación en Tetuán y las diversas iniciativas de apoyo y solidaridad que emergen desde el tejido vecinal. Asimismo, experiencias colectivas vividas en Tetuán han logrado el reconocimiento público de este territorio como un lugar de resistencia. Aquí se paró el primer desahucio tras el 15M de Sol y su ejemplo inspiró a múltiples colectivos de barrio por el derecho a la vivienda. Asimismo, la acampada de Ofelia Nieto 29 sigue siendo un ejemplo de movilización y de confianza en las capacidades colectivas, y la memoria agrídulce de esta experiencia es reconvertida en fuerza e inspiración. En Tetuán también se ensayó, gracias al tesón del trabajo colectivo, el primer proyecto de Tarjeta de alimentos, que hoy en día es entendida como una alternativa al reparto tradicional de alimentos, y que puede ser un instrumento para trabajar el derecho a la alimentación desde enfoques no caritativos. Son muchas las experiencias locales que han dejado huella en este distrito y en otras zonas de Madrid. De esta manera, las prácticas de apoyo mutuo constituyen resistencias nacidas de la subjetividad de lo cotidiano. Son experiencias capaces de construir un patrimonio cultural que es transmitido y recreado por diversas personas y espacios locales en geografías amplias y diversas. Los esfuerzos de estos colectivos están encaminados a resolver necesidades concretas, no siempre lo consiguen, pero de manera permanente tienen un papel importante en bloquear un proceso de despojo estructural. De modo que, en definitiva, se trata de una política mucho más compleja y distribuida, que logra disputar espacios de acción y construir distintas realidades materiales y simbólicas dentro de la ciudad.

³⁷ En este documental participó, entre otros grupos, el Banco de alimentos 15M Tetuán.

Capítulo 6. Invisibles de Tetuán: apoyo mutuo como práctica subversiva

Este capítulo presenta la experiencia del colectivo *Invisibles de Tetuán*, que trabaja desde la autogestión vecinal diversas problemáticas relacionadas con la exclusión social y la pobreza. Para desarrollar este capítulo se tomará como base un artículo publicado en la revista Cuadernos de Trabajo Social (Herrera-Pineda y Pereda, 2017)³⁸. Este capítulo fue escrito en coautoría con mi compañero del colectivo Carlos Pereda, y fue el resultado de la reflexión grupal en Invisibles sobre los procesos sociales que están en el origen de la exclusión social y sobre las políticas sociales que se ponen en marcha. A partir de esta base, el presente capítulo se ampliará con cuestiones específicas que aborda esta tesis y que son significativas en la experiencia de este colectivo. Con este capítulo continúo la línea construida a lo largo de esta tesis, de intentar entender a qué retos se enfrentan estas personas y qué posibilidades encuentran en su acción. Este colectivo reúne o densifica una multiplicidad de procesos que lo hace especialmente interesante para comprender la dimensión *política* del apoyo mutuo.

Invisibles es el colectivo del 15M de Tetuán que más atención pone a la situación de los servicios públicos, a través de una revisión y seguimiento de su funcionamiento. Su trabajo cotidiano busca fortalecer el tejido social, a base de varias experiencias de trabajo colectivo y de participación vecinal, concentradas en torno a dos espacios clave: el vecindario, particularmente las personas en situaciones de pobreza y exclusión, y los servicios públicos, particularmente, los servicios sociales. Uno de sus objetivos principales es acercar los dos espacios de instituciones públicas y ciudadanía, y en particular, los servicios sociales y las personas en riesgo de exclusión social, pues son dos realidades estrechamente conectadas, pero también distanciadas en la vida cotidiana. Esta experiencia revela los esfuerzos vecinales por reconstruir tanto el tejido social del vecindario como el funcionamiento de unas instituciones públicas cada vez más debilitadas. Siguiendo

³⁸ Este capítulo reproducirá fragmentos de esta publicación, con algunas modificaciones y ampliaciones de contenido, por lo que se trata de una versión distinta. Ambos autores del artículo estamos de acuerdo con esta reproducción de contenido.

el objetivo de Invisibles de Tetuán de hacer visible lo invisible, el presente capítulo busca poner de relieve la complejidad vivida tanto por las personas en situaciones de vulnerabilidad social, los colectivos vecinales que las apoyan, como los/las profesionales que atienden situaciones de exclusión social. De este modo se espera contribuir a esclarecer los retos y oportunidades para la transformación ciudadana y de los servicios públicos.

6.1. El trabajo colectivo como base

Como comisión del 15M de Tetuán, la trayectoria de Invisibles se ha construido en estrecha relación con los otros dos grupos del 15M de Tetuán: el Banco de Alimentos y el colectivo de vivienda Tetuán Resiste. Tras el cierre del Banco de Alimentos en el año 2018, Invisibles continúa y afianza sus colaboraciones con otros procesos colectivos de participación ciudadana, especialmente aquellos que trabajan problemáticas de exclusión social, tanto en el distrito como en la región de Madrid. Es decir, es un colectivo que se construye y se nutre a través de estas colaboraciones y conexiones, por lo que la creación de vínculos es parte constitutiva de su actividad. Al mismo tiempo, es una experiencia bastante centrada en una labor más o menos delimitada que es conocer y buscar soluciones a situaciones de exclusión y pobreza. Invisibles surgió en 2013 a raíz del cierre, por precintado municipal alegando falta de licencia, del Banco de alimentos 15M (Diagonal, 2013). Una vez levantado el precinto, tuvo lugar una reunión con los responsables políticos de la Junta del distrito, regida entonces por el Partido Popular. En esta reunión, el 15M de Tetuán expuso las situaciones de emergencia alimentaria vividas en el distrito, que estaban siendo atendidas desde el colectivo del Banco de alimentos 15M. Sin embargo, desde los responsables políticos se negó el problema de emergencia alimentaria en el distrito y se señaló que los casos, considerados aislados o eventuales, eran atendidos por los Servicios Sociales.

Tiene relevancia rastrear estos hechos porque durante casi una década tras el inicio de la crisis se seguía negando el problema del hambre en España. En el año 2015 se firmó la “Carta contra el Hambre” en Madrid, donde participaron 40 entidades sociales (incluidos el Banco de Alimentos 15M Tetuán e Invisibles de Tetuán), para exigir la incorporación del derecho a la alimentación a la agenda política y social. Lo que se exigía entonces era que los representantes políticos

reconocieran la situación de emergencia alimentaria existente, que asumieran su responsabilidad de procurar soluciones a esta problemática y que se dejara de criminalizar la pobreza. En la “I Conferencia contra el Hambre en Madrid”, celebrada en abril de 2015, además se señaló “que es el Estado el que tiene la obligación de garantizar el derecho a una alimentación adecuada de toda la ciudadanía y que esta responsabilidad no debe recaer sobre las organizaciones ciudadanas, que son las únicas que hasta el momento están luchando contra esta realidad” (Observatorio del derecho a la alimentación de España, 2015). Este mensaje, que adoptaba ya una forma colectiva más amplia a través de la creación de una plataforma, ya se venía denunciando desde años atrás por distintas organizaciones sociales.

Desde el 15M de Tetuán, tanto desde las experiencias del propio Banco de alimentos 15M, como de las situaciones conocidas en el grupo de vivienda Tetuán Resiste, se entendió que el problema del hambre en el distrito era sólo la punta del iceberg de un problema más amplio. Se decidió entonces hacer un estudio empírico que analizase la realidad social del distrito, que se llamó *Radiografía social de Tetuán*, y que lleva ya varias ediciones (Invisibles de Tetuán, 2019) y seguidamente una campaña de visibilización, a través de fotografías distribuidas a lo largo del distrito mostrando las problemáticas vividas entre el vecindario que estaban siendo negadas. La campaña se llamó “Invisibles de Tetuán” y así surge la historia de este colectivo, dedicado a visibilizar situaciones de exclusión y de pobreza vividas entre el vecindario. Dado que Tetuán Resiste y el Banco de alimentos 15M Tetuán ya tenían conocimiento del gran potencial del trabajo colectivo, se decidió que en el ámbito de la exclusión social era especialmente necesario profundizar en el enfoque colectivo, pues las personas en situaciones de exclusión social por lo general no conocían otros referentes que no fueran entidades, públicas o privadas, que reproducían asistencialismo y dinámicas jerarquizadas.

El colectivo de Invisibles, al igual que el resto del 15M, pone en práctica estrategias de escucha, acompañamiento y apoyo mutuo, procurando implicar a las personas afectadas, para conocer las situaciones vividas, los problemas que se plantean y ver los pasos a dar, tanto en el plano individual o familiar como mediante iniciativas de acción colectiva y trabajo en red con otros grupos. Las personas que llegan a Invisibles por lo general se han quedado en el paro, tienen empleos

precarios o no pueden acceder al mercado laboral porque no son contratados, o porque arrastran situaciones como enfermedad, cargas familiares o carecer de documentación. Esta inestabilidad socioeconómica desemboca en situaciones de emergencia social, generalmente vinculadas con vivienda, especialmente desahucios³⁹ y corte de suministros básicos, o con gastos comunes e inasequibles, como una alimentación equilibrada, material escolar, medicamentos, transporte. Esta frágil economía hace a estas personas especialmente vulnerables ante imprevistos y urgencias, y las situaciones derivadas de ello por lo general les conlleva un deterioro de la salud física y psíquica, ya sea por estrés o por las condiciones de vida, como una dieta desequilibrada basada en carbohidratos o no poder mantener una temperatura adecuada en la vivienda. Una participante del banco de alimentos, madre de tres niños pequeños, dos menores de 10 años y un bebé, vivía una situación, en la que se reproducían múltiples dificultades. Cabe resaltar su tenacidad y carácter proactivo, por ejemplo, en la época en que se realizó la entrevista se encontraba cuidando a su pequeño, trabajando unas horas y estudiando para unas oposiciones públicas, como respuesta a las dificultades y nuevas trabas para encontrar un trabajo estable. A continuación, presento varios fragmentos separados que se encuentran muy cercanos en el hilo de la conversación:

Entrevistada: sí, trabajaba de auxiliar de enfermería. Con esto de que cambiaron la ley (canturrea), tengo que hacer la el... cómo es el... oficial, o hacer otro curso que ha salido una nueva ley de socio-sanitarios. Y el curso que he hecho ¡a través de la misma comunidad ya no sirve! o sea que...

Investigadora: sí, lo que me comentaste

Entrevistada: Sí, pues nada estoy ahí... y de ocupación, pues nada estoy limpiando en 1 bar, una hora al día y... eso

Investigadora: ¿tienes apoyo familiar?

Entrevistada: no, yo no tengo apoyo familiar, lo que hago es que lo que me pasa el padre de la niña y el padre del niño, pues todo eso lo invierto en el piso, ¡todo, todo lo que cojo! Hasta incluso lo del banco, cojo e invierto en en el piso y en gastos. Entonces...

³⁹ Ver Imagen 14 en el Apéndice II.

Investigadora: ¿es propiedad el piso o es alquilado?

Entrevistada: (haciendo ruido con la boca) no, es alquilado.

Investigadora: ¿cómo ves tu futuro más inmediato, así con los niños...

Entrevistada: Mira, yo es que el nuevo... muy duro, ¡yo no sé a este paso qué!, ¡no me lo pongo ni a pensar qué futuro les pueda dar a las niñas!: ¡tirando como se pueda...! Yendo al banco de alimentos (canturreando). De alguna manera, hombre, el banco de alimentos es lo único que sí que me da, no es que te... te te vas a morir de hambre, pero sí que, notas que... hay la mala desnu, mala alimentación y... (breve chasquido) no hay una alimentación equilibrada, ¿no? Entonces bueno, ellas sí sí están en el comedor, y eso bueno, ayuda un poco, sostiene el día. Y el banco de alimentos... pues sí que es verdad cuando estaba ahí, ¡hombre! (chasquido), lo que no invierto en... lo que me... que da el banco de alimentos, invertía en fruta, verdura, ¡y en pescado! ¡Lo que no invierto en una cosa, pues tengo que invertir en otra! O sea, pero sí, estamos ahí...

La asamblea de Invisibles es un espacio abierto a cualquier persona, cuyo objetivo es fomentar el apoyo mutuo entre vecinas y vecinos del distrito y trabajar colaborativamente problemáticas de exclusión. Todas las vecinas y vecinos que acuden a la asamblea son invitadas a colaborar tanto en Invisibles como en Tetuán Resiste, y en Banco de alimentos, hasta su cierre. Bastantes personas optan por trabajar (o de manera más intensa o de manera exclusiva) en estos últimos grupos, en buena medida porque su campo de acción está más delimitado y centrado en sus necesidades más inmediatas. Otros optan por continuar en Invisibles, y otros abandonan la participación tras solucionar su situación de emergencia. En las asambleas se analiza colectivamente los “casos” de exclusión y se busca cómo hacerles frente, a nivel individual y colectivo. En ocasiones, ya sea por complejidad o novedad de los casos, se cuenta con ayuda de expertos voluntarios, pero lo habitual es apelar al conocimiento acumulado y a la agudeza que da el explorar alternativas.

La asamblea tiene relevancia como espacio que trasciende la soledad, pues los problemas se ponen en común y se piensan de manera colectiva. Esto ayuda a transformar situaciones de sobrecarga, desorientación y frustración en respuestas creativas que optimizan recursos muy diversos. Además, gracias al trabajo colectivo, el espacio que ofrece Invisibles no es entendido meramente como un lugar de asesoramiento sino también como espacio de sociabilidad, participación y

empoderamiento. El mismo hecho de informar, de poner en común un conocimiento y tratar la problemática como algo compartido, ya abre un nuevo espacio de sociabilidad en el vecindario. Tanto la persona recién llegada que vive situaciones de emergencia social, como los integrantes del colectivo ya han acumulado un conocimiento valioso para ambas partes. Y aquí se generan oportunidades e interrogantes, vías de acción a construir de manera colectiva, a través de múltiples pasos. Como veremos más adelante, dos procesos colectivos son de gran importancia en la actividad de Invisibles: por un lado, los acompañamientos y, por otro lado, el trabajo en red.

Ahora bien, uno de los mayores retos que enfrenta este colectivo es ampliar la implicación de las personas afectadas. Entre las dificultades más significativas como colectivo están las propias limitaciones de tiempo y recursos con las que cuenta el colectivo; una tradición de dependencia e individualismo que permea todos los ámbitos de la vida social y que se encuentra también en la vida cotidiana del vecindario; pero también y no menos importante, unas situaciones de urgencia que limitan el horizonte en el que viven muchas personas. Esto último tiene especial incidencia en la participación en este colectivo, pues gran parte de la labor de Invisibles se centra en estudiar casos concretos, rastreando los pasos seguidos y a seguir, buscando con ello un doble objetivo: responder a la situación concreta pero también conocer la situación de las políticas públicas y en particular, de las prestaciones sociales relevantes en el ámbito de la pobreza y la exclusión social. Como se verá más adelante, este espacio es de por sí un reto para la participación, y mucho más para personas que deben responder a situaciones urgentes, de aquí y ahora.

6.1.1. Visibilizar lo invisible. La importancia de los vínculos sociales

Para comprender las situaciones de emergencia social es preciso observar el contexto más amplio donde se enmarcan estas relaciones. Estas acciones ponen de manifiesto todo un entramado de procesos característicos de nuestras sociedades, que son construyen las experiencias de exclusión social. Una idea de fondo es que la privacidad e idea de independencia en determinadas situaciones hace inhabitable la vida en la ciudad, pues está sujeta a un frágil equilibrio, que en diversas situaciones

puede crear malestar o incluso enfermedad. El 15M pone de manifiesto cómo la privacidad entendida como “privatización de la vida cotidiana” puede tener una incidencia especialmente negativa en situaciones de inestabilidad socioeconómica. A este respecto se observa un significativo grado de autoculpabilización y soledad experimentado tanto por mujeres como por hombres en las circunstancias que le siguen al desempleo y búsqueda infructuosa de otro empleo. Principalmente por verse responsables de no responder a diversas carencias que emergen en la familia, pero también por el silencio e invisibilización que le acompaña a todo este proceso. Situaciones de este tipo han sido manifestadas reiteradamente por el movimiento de vivienda (Martínez, et al., 2016).

Un participante de Invisibles de Tetuán, por ejemplo, prefería no socializar con su red de amistades, porque le suponía un compromiso tener que modificar los planes o lugares que frecuentaban previamente a su situación de desempleo, como restaurantes o bares, inasequibles en el momento de quedarse en desempleo. Esta situación acababa recayendo sobre él, pues perdía posibilidades de socialización y a la vez su red social se debilitaba, se “resentía”, pues prefería no sobrecargarlos ni con explicaciones ni con excusas. De esta manera, él se alejaba y se aislaba silenciosamente. Sin embargo, su participación en el 15M, donde se compartían y se trabajaban situaciones similares, fue experimentado por él como un “refugio”, pues se sentía comprendido, y podía además ensayar soluciones en pie de igualdad. En los grupos del 15M es significativo el grado de desorientación y sobrecarga personal con que llegan a los colectivos personas en riesgo de exclusión social (Herrera-Pineda y Pereda, 2017). El desempleo y la precariedad es la situación típica de fondo, pero a ésta por lo general le acompañan cargas familiares, una salud debilitada, y una escasa cultura asociativa o reivindicativa. Estas personas han pasado procesos de soledad no deseada, ya sea individual o familiar, y normalmente han agotado múltiples recursos previamente hasta que la situación se ha deteriorado con carácter de emergencia social (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016). La soledad y el aislamiento social que experimentan algunas personas puede llegar a ser extrema y conducirles a la desesperación, a la enfermedad (es frecuente que estas personas padezcan depresión o ansiedad, o que tomen medicamentos para dormir) e incluso

en los casos más extremos, al suicidio, como de hecho sucedió en el año 2018 en el distrito vecino de Chamberí (Quesada, 2018), a escasas calles de Cuatro Caminos⁴⁰.

Un participante del banco de alimentos lo expresó de manera singular. Se trataba de un hombre de origen dominicano, en torno a los 45 años, en desempleo de larga duración y sin familiares cercanos. En una sesión de devolución durante esta investigación propuse que distintos grupos dibujaran lo que significaba para ellos y ellas el banco de alimentos, y a diferencia del resto, él se animó con entusiasmo y decidió dibujarse a sí mismo. El dibujo mostraba a un hombre sentado en un banco, la cabeza aparecía emborronada y trazando garabatos circulares. Luego nos explicó su dibujo: era él sentado en un banco de la calle Bravo Murillo, siempre concurrida, donde pasaba el día desesperado sin saber qué hacer ni a dónde ir. Una señora también dominicana, participante del banco de alimentos, al mantener una charla informal con él, le invitó a ir al banco de alimentos 15M. Para él este colectivo significaba ese lugar que le sacó de ese otro “banco”, el de la calle y el de la soledad, e irónicamente también el financiero, el de las deudas. El Banco de alimentos es el momento cuando descubre que no está solo, que tiene un lugar a donde ir, y que puede buscar soluciones junto a otras personas en situaciones muy similares.

Especialmente en el 15M se observa que el deterioro de las situaciones económicas implica también un deterioro de la autoestima, y un progresivo aislamiento social, que también se reproduce al interior de las familias. De manera general, la situación de no tener ingresos se vive con gran angustia y soledad (Contreras, 2013), lo que desemboca frecuentemente en cuadros de ansiedad y depresión en uno o varios miembros de la familia. Es muy frecuente que en el proceso de pérdida de empleo y consecuente riesgo de exclusión social se dé una situación típica. Por un lado, la frustración y pérdida de autoestima del padre de familia, que le conduce a una especie de apatía o desorientación profunda y a un cierto aislamiento dentro de la familia. Por otra parte, la proactividad de la madre de familia, que es quien toma las riendas del hogar, sale a buscar trabajo y solicita ayuda

40 La víctima se lanzó de un quinto piso en el momento de ser desahuciada. Según comunicaron medios en prensa, la mujer ocultó sus problemas económicos a su entorno más cercano, incluido su hijo, y guardaba las apariencias, hasta el punto de que nadie sospechó que podría ser desahuciada.

en redes cercanas, como pueden ser colectivos vecinales, ONG o iglesias. Al mismo tiempo, hijas e hijos, ya sea en la infancia o adolescencia, participan sólo de una parte de la realidad vivida en el hogar, pues padres y madres intentan esconder la incertidumbre real en la que viven, ya sea por vergüenza o como manera de protegerlos. Sin embargo, hijos e hijas no sólo intuyen, sino que son conocedores de primera mano y también las víctimas más vulnerables de procesos altamente complejos (Martínez, et al., 2016; Martínez, 2017; Torrado, 2015).

Los desahucios son el extremo de un proceso de violencia institucional que recae sobre personas de gran vulnerabilidad. Se producen desahucios de familias con menores de edad, mujeres embarazadas, personas enfermas, incluso personas ancianas de más de 85 años. Lamentablemente no son casos aislados. Menores de edad experimentan situaciones extremas como desahucios o visitas de la policía al domicilio familiar (para identificaciones o notificaciones de desahucio), escuchan amenazas de vecinos o vecinas por su situación de ocupación, y cotidianamente viven múltiples situaciones de escasez o perciben el estrés y sufrimiento que viven sus padres. Estas situaciones redundan en múltiples sobrecargas: madres que no concilian sus horarios laborales y familiares con sus actividades asociativas; padres “obligados” socialmente a ser “cabezas de familia” pero ser poco “empleables”, volcándose de manera crónica en trabajos precarios, gran parte de ellos llamados con el nombre simbólico de *chapuzas* (trabajo de poca importancia y por lo general en circuitos informales); niños y niñas que demandan regalos inasequibles para sus padres, o que fingen desconocer la situación real como manera de restar presión familiar. Pero sin duda, la mayor presión y violencia es ejercida sobre la infancia, pues son personas vulnerables que aún no han cumplido el primer ciclo de vida y que ya experimentan situaciones de profunda inequidad⁴¹. Se trata de experiencias prematuras de injusticia social que pueden agravarse a lo largo de vidas enteras. Vivir procesos como un desahucio o la pobreza severa o extrema tiene repercusiones profundas en su subjetividad, en su temprana trayectoria vital y en su salud (Martínez, 2017; Zamora-Sarabia et al., 2019). Casos de ello son niños o niñas que hacen seguimiento insistente a estas situaciones que les sobrepasan, que asumen

⁴¹ Ver Imagen 13 en el Apéndice II.

responsabilidades como “querer ser mayor y trabajar para comprarles una casa a sus padres” o que comienzan a “ir mal al colegio”, ya sea comiendo peor, experimentando desequilibrios emocionales o desatendiendo los estudios.

6.1.2. El acompañamiento

El acompañamiento es una práctica colectiva de gran importancia en Invisibles, pues es un primer movimiento que trasciende la individualización con la que se viven y gestionan las problemáticas de exclusión. Aunque se ha desarrollado en diversos espacios, el más habitual han sido los Servicios Sociales, precisamente por ser el espacio institucional específicamente orientado a la exclusión social y al ámbito local. Sin embargo, en este espacio esta práctica ha sido malinterpretada. Los acompañamientos, siempre voluntarios, no pretenden intimidar a las/los profesionales, como se ha llegado a señalar desde espacios como los Servicios Sociales. Esta práctica busca fomentar el apoyo mutuo entre vecinos para superar las trabas burocráticas, la desinformación y el fuerte desgaste psicológico que con frecuencia entraña la interacción con las instituciones. Acompañar significa estar en compañía, no dejar en soledad y, en ese sentido, también se busca devolver la dimensión colectiva a un problema que se plantea como personal e individual. A través del acompañamiento se intenta asegurar que cualquier persona pueda ejercer informadamente sus derechos. Con ello se busca romper una lógica que sólo admite la interlocución de dos actores, que individualiza los problemas y que no parece funcionar para muchas personas, sino agravar su situación de vulnerabilidad.

A pesar del valor de esta práctica para personas en situaciones de exclusión, los acompañamientos han sido malinterpretados, por lo que no han estado exentos de conflicto. Esta práctica suscitó quejas de acoso por parte de profesionales de Servicios Sociales. Una reacción que tuvo eco en un texto del sindicato Comisiones Obreras (CCOO) que criminalizaba la práctica del acompañamiento en Invisibles, a lo que respondimos reclamando la defensa de la ciudadanía a través del apoyo mutuo y los “acompañamientos”. Ambos escritos están publicados por la revista Cuadernos de Trabajo Social. En la raíz de este conflicto está el rechazo o la incomodidad de los/las profesionales de atender no a una persona, sino a un grupo, que puede preguntar, opinar, matizar, insistir, y esto sin duda, también puede influir

en una escalada de tensión. Ahora bien, los acompañamientos son una práctica pacífica, alejada de lo que es el acoso.

Pero es comprensible que el acompañamiento cause extrañeza pues la gran mayoría de los servicios públicos y de la administración pública funciona de manera individualizada, donde además sus profesionales están sobrecargadas de trabajo, de modo que puede interpretarse el acompañamiento como un “esfuerzo extra”. Y, de hecho, lo es porque requiere una mayor escucha y poner en práctica tanto nuevos enfoques en su trabajo cotidiano como activar múltiples vías (algunas no exploradas, por ejemplo, procesos paralelos de solicitudes o información sobre recursos del distrito, que se pueden hacer y que no siempre se hacen). En cualquier caso, el conflicto sobre todo se produjo porque el acompañamiento se vivió como una presión o exigencia a personas en espacios altamente limitados, que no son estrictamente espacios de “decisión” en el sentido de tener unos márgenes muy estrechos de actuación (como sí lo son los espacios de representación política). Durante un tiempo ambas partes estaban enconadas, de manera que no se pudo profundizar en las mutuas conexiones. Pero más tarde sí se pudo comprender esta visión, al tiempo que se defiende el acompañamiento como una práctica ligada a un conjunto de acciones que defienden los derechos sociales y que proponen cambios en la política pública. En cualquier caso, dentro del conjunto diverso y amplio de trabajadoras sociales, también hay profesionales receptivas a estas iniciativas vecinales, que reconocen un campo de acción y que intentan trazar puentes de aprendizaje colectivo. Los acompañamientos revelan una apertura de espacios para reconstruir los nexos entre lo que es privado y lo que es público, y en ese sentido, son procesos que involucran, o cuando menos apelan, a distintos actores y distintos espacios.

En cualquier caso, cabe destacar que la interpretación que criminalizaba la práctica del acompañamiento, a pesar de constituir una respuesta fuertemente reactiva, ha permitido captar la atención del ámbito profesional y académico reactivando un debate necesario sobre el modelo de Servicios Sociales y su relación con la ciudadanía. Precisamente en abril de 2016 se celebró con gran afluencia un coloquio organizado por la revista CTS, bajo el expresivo título “Repensar los Servicios Sociales. Cuando la participación interpela al trabajo social”. Aquí el

colectivo de Invisibles pudo compartir su reflexión colectiva en torno al modelo de Servicios Sociales impulsado en las últimas décadas y sobre las reformas necesarias para democratizar la gestión y hacer efectivos los derechos sociales. También se pudo contrastar la experiencia de Invisibles con la de otros agentes sociales y manifestar una voluntad compartida de remar en la misma dirección. A lo largo del encuentro se observó que el conflicto más importante y de mayor calado ha sido la histórica privatización de los Servicios Sociales y su infradotación presupuestaria - especialmente en Madrid- que es lo que en último término ha moldeado el sistema de Servicios Sociales en su globalidad y lo que ha impuesto constricciones a la acción cotidiana de las trabajadoras/es sociales. Como lo expresó una profesional de los Servicios Sociales en este encuentro:

Si los políticos nos hubieran escuchado de dónde venimos, les habríamos contado que en los dos miles la política neoliberal nos dijo a nosotras: “Señoras, ustedes son trabajadoras sociales, pero pónganse aquí sólo para derivarme a quienes ustedes trabajan a mis chiringuitos, a mis empresas, a mis contratos”. Eso es de dónde venimos... Nos han cosificado tanto como nosotras hemos cosificado a los ciudadanos y a las ciudadanas, y esto lo tenemos que asumir para entendernos y no fustigarnos entre nosotros (Coloquio CTS, 2016: 2 h. min. 28; citado en Herrera-Pineda y Pereda, 2017: 393).

El malestar generalizado entre las personas usuarias ante unos Servicios Sociales burocratizados y sobresaturados refleja ante todo la necesidad de una mirada crítica y transformadora. Los estudios feministas nos muestran cómo desde prácticas cotidianas también se realiza una impugnación de los modelos dominantes (Butler y Athanasiou, 1992; Pérez, 2014). El acompañamiento, por tanto, se puede entender como una expresión más de las múltiples estrategias y prácticas, gran parte efectuadas individualmente por los propios “usuarios” o “usuarias”. Estas prácticas conforman distintos niveles y formas de impugnación, que pueden darse de forma diádica con la/el profesional, como la confrontación, el resentimiento, la insistencia, la “escenificación” y/o la intensificación de la angustia o la aflicción, etc. Asimismo, se pueden dar estrategias cotidianas que amplían el espacio de acción, como compartir información entre personas demandantes, realizar de manera simultánea distintos trámites y vías de acceso, efectuar quejas -sobre todo informales- en distintos espacios, etc. En este sentido, el acompañamiento colectivo promueve un proceso de agenciamiento personal y colectivo, conectando con necesidades ya

expresadas en las dinámicas informales y personales. Pero también emerge como la construcción inversa a una realidad también cotidiana, que es la desorientación, el desaliento o la frustración, vividas en la soledad del ámbito personal y familiar. Estas situaciones son “arrastradas” hacia unos centros de Servicios Sociales, donde además son intensificadas, pues es frecuente encontrarse con personas con dificultades para expresarse o quienes demandan ayudas con una profunda desinformación sobre sus derechos.

Esta situación no es resuelta desde una atención burocratizada, verticalizada y superficial, para la que además se han esperado varios meses, pues las citas en los Servicios Sociales rondan los 2-3 meses de espera. Por otra parte, el uso de lenguajes técnicos ajenos a la cotidianidad de estas personas profundiza en el desasosiego e incompreensión, tanto de las situaciones vividas y sus posibles soluciones, como del contexto institucional en el que estas personas se mueven. El resultado más frecuente para estas personas es no entender los complejos procesos en los que están inmersas, o delegar los procesos en el/la profesional, sin comprender muy bien qué es lo que está ocurriendo. Y en general, se reproducen sentimientos de frustración e impotencia, pues tras la espera para ser atendidos y la experiencia de incertidumbre que entraña todo el proceso, vienen innumerables pasos y trabas, rechazos, plazos, incompatibilidades... Todo esto no plantea facilidades para el acceso a derechos y aleja a las personas de lugares específicamente creados para protegerlos y estar a su servicio.

Los diversos agenciamientos que se pueden generar en espacios como los centros de Servicios Sociales, tanto en el nivel personal o individual, como en un nivel más organizado colectivamente, reclaman la mejora de los servicios públicos, su apertura a la ciudadanía y su fortalecimiento como sistema de protección social, no su deterioro. Acciones como los acompañamientos no son un fin en sí mismo, son parte de un proceso amplio tanto de empoderamiento y aprendizaje colectivo como de defensa de unos servicios públicos de calidad. De hecho, la dimensión procesual del acompañamiento es visible en la propia evolución de las personas afectadas, pues van adquiriendo destrezas y conocimientos importantes para conocer y acceder a sus derechos de manera informada. Y esto es relevante, porque este conocimiento construido de manera colectiva se devuelve otra vez al colectivo y al

vecindario en general, ya que más tarde estas mismas personas son actores clave en la transmisión de conocimiento hacia otras personas que requieren información. Por un lado, facilitan la construcción de confianza entre personas desconocidas o recién llegadas, que viven situaciones de emergencia social, dando testimonio y ejemplo visible de la evolución personal de quienes participan en el colectivo. Así se muestra de manera cercana sus destrezas adquiridas, pero también sus “logros” mediante ayudas conseguidas -cuando se han conseguido- pero en todo caso, se transmite de manera directa y en pie de igualdad un mensaje de “sí se puede”. Por otro lado, estas personas que han experimentado los procesos de acompañamiento conectan con otros espacios y con otras personas fuera del colectivo, ampliando la red de conocimiento sobre derechos, lo que tiene gran importancia pues con frecuencia acceden a casos de gran vulnerabilidad que, de otra manera, se vivirían en gran soledad.

Una mujer, de origen extranjero, participante de Invisibles narraba así su experiencia con las instituciones públicas, tras su evolución personal con el proceso del acompañamiento. Su voz permite comprender los vínculos de lo personal con lo público desde su experiencia cotidiana:

Sí, yo he ido aprendiendo... gracias a los de Invisibles y a los de... a desenvolverme yo sola. Y a no necesitar de que me acompañen tantos, ahora yo voy sola. Yo ya les digo “no, *a mí me han dicho esto* y de aquí no me voy hasta que me den esta ayuda” [se refiere a información concreta sobre prestaciones y derechos]. Entonces, por ejemplo, cuando yo fui a la entrevista de la EMVS [Empresa Municipal de la Vivienda y Suelo de Madrid], la trabajadora social la que me tocó a mí, me dijo: “es que te veo muy... muy desenvuelta, te desenvuelves ¡prácticamente muy bien, o sea de todo, por aquí, por acá...!”. Igual, cuando voy a donde la trabajadora social [se refiere a Atención Primaria], ella también [chasquido] o sea no me... no está ahí *atrás atrás atrás* mío [tono suave].

Por ejemplo, la educadora también, la educadora social, ya nos hemos despedido [canturrea alargando la frase] porque me ha dicho que no es necesario de que yo tenga una educadora social porque me sé desenvolver yo sola. No está... O sea: “no tengo que estar yendo *oye, que aquí en este sitio hay cursos...* porque ¡tú ya mejor tú me avisas!”. Y ella mejor a las personas que ya tienen... pues dice: “oye, yo tengo a una señora que va a Invisibles, que va a desahucios, ¡ella en todo está, que

aquí dan arroz, pues ya ahí está!”. O sea, ¡eso es lo que les falta a otras personas: *que yo voy!* [tono decreciente]. Dice “no es como tú...”.

6.2. Instituciones como campo a reconstruir

La experiencia de Invisibles es interesante para comprender las relaciones entre instituciones públicas y colectivos autogestionados. Por el trabajo que realiza Invisibles en torno a la pobreza y la exclusión social, su relación con las instituciones públicas se centra sobre todo en torno a los Servicios Sociales. Pero no hay que olvidar que éstos forman parte del espacio institucional general, de modo que su experiencia es semejante a la del resto de servicios públicos. El marco general institucional en el que se mueven tanto profesionales como ciudadanía se caracteriza por el verticalismo, el autoritarismo y la individualización. Esto caracteriza a un sistema, es decir, es algo que “estructura” las instituciones pero que se reproduce a través de las relaciones cotidianas entre las personas. La experiencia de Invisibles y del 15M de Tetuán revela las tensiones y desequilibrios que provoca esta estructuración hegemónica de los servicios públicos. Y estos desequilibrios se dan tanto a nivel macro (austeridad en forma de recortes y privatizaciones) como a nivel micro (listas de espera, falta de personal, multiplicidad e incluso duplicidad de requerimientos). La relación cotidiana con los Servicios Sociales es, de hecho, uno de los espacios cruciales en la experiencia de desigualdad de las personas en riesgo de exclusión.

La jurisdicción es un ejemplo general, pero con consecuencias muy concretas de un ámbito lejano a la ciudadanía, cuyo acceso requiere esfuerzos considerables, pero cuyo peso recae sobre las personas de manera insoslayable. Esta dificultad de acceder a derechos lleva a situaciones de inseguridad jurídica, por no tener ni las herramientas ni los recursos para hacer efectivos determinados derechos. De este modo se da una combinación perversa pues se encuentran serias dificultades para ser sujeto de derecho y en cambio se es automáticamente sujeto de obligaciones, so pena de multas y sanciones, que además son ejecutadas de manera rápida y efectiva, como sucede en los casos de desahucios. Estas situaciones se experimentan y se interpretan en contraste con casos de delitos altamente lucrativos, especialmente casos de corrupción, que en su gran mayoría quedan impunes, precisamente por

estratagemas en el ámbito jurídico y por su construcción como tramas entre diversas esferas de poder (Juste, 2017).

Además, la ley presupone que cada persona conoce sus derechos y sus obligaciones (es decir, los sabe identificar, leer, entender e interpretar en su situación concreta). Esta presunción “aséptica” y homogeneizante reproduce una clara asimetría entre quienes pueden pagar honorarios de asesoría jurídica y quiénes no. Aquí se revelan fronteras socioeconómicas, políticas y culturales, pero también lingüísticas, pues es una realidad construida en torno a un lenguaje especializado, no asequible a cualquier ciudadano por el hecho de saber leer (en caso de saber leer). En este lenguaje se construye un mundo, en el sentido de ser una realidad paralela pero conectada e impuesta sobre la vida de las personas. Pero también en el sentido de constituir toda una arquitectura autorreferencial que va encadenada y que, por tanto, según la posición y situación jurídica en la que se encuentra la persona, puede desencadenarse una retahíla de consecuencias, como expresó Kafka (2011 [1915]) en su *Metamorfosis*. De hecho, no es casual que se repita frecuentemente en el imaginario popular, y en particular en colectivos como Invisibles de Tetuán, frases como “situación kafkiana”, “situación delirante” o “situación surrealista” para referirse a los escollos y encrucijadas en las que se ven inmersas personas en situación de indefensión e inseguridad jurídica. Igualmente “surrealista” puede usarse para referirse a las estratagemas jurídicas utilizadas por representantes políticos o grandes empresarios en tramas de corrupción, o a las vías enrevesadas de judicializar la política por parte de representantes políticos.

Todas estas estratagemas tienen consecuencias sociales, a veces directas, como en casos de expropiaciones forzosas, como sucedió con Ofelia Nieto 29, donde la administración pública actuó irregularmente, vulnerando derechos. Esta familia intentó hacer uso de la ley para defender su legítimo derecho a permanecer en su vivienda, es decir, hacer efectivo sus derechos de ciudadanía, pero fue la propia administración la que cercenó las posibilidades de defenderse mediante la ley. Igualmente se observa en estafas sistemáticas, no sólo de la banca a través de hipotecas tóxicas, como el caso de Bankia, sino también con figuras particulares capaces de beneficiarse de la arquitectura jurídica para perpetuar delitos contra personas en situaciones de vulnerabilidad social. Así ocurre con el prestamista

Antonio Arroyo, considerado el mayor usurero de España. Cientos de personas han sido víctimas de este prestamista, cuyo *modus operandi* era prestar dinero a personas en situaciones de urgencia económica, exigiendo como aval la casa en propiedad, que finalmente perdían vía desahucio. Participantes de Tetuán Resiste como Umberto o como Carmen perdieron así su hogar⁴². Este sujeto ha sido detenido varias veces y acusado de estafa y de participar en tramas de corrupción; sin embargo, ha sido absuelto, sin reparación alguna a las víctimas.

Se ve entonces una diferencia entre quien *usa* y quien *padece* mayoritariamente ese lenguaje y arquitectura jurídica. Uno de los grandes abismos con que se encuentran las personas demandantes de ayudas es tanto la imposición de diversos procesos (plazos, requisitos, procedimientos), como un lenguaje plagado de tecnicismos y de fórmulas discursivas extremadamente complejas para una persona no especializada (difíciles incluso para ellas). Esta es la situación con la que se encuentran personas que en su vida cotidiana arrastran situaciones de urgencia, de agotamiento y de gran complejidad social. Estos fuertes constreñimientos y dificultades que imponen los espacios institucionales incluso se somatiza, como se observa entre las personas *afectadas* de los colectivos del 15M de Tetuán. En el Banco de alimentos, por ejemplo, las temáticas relacionadas con derechos, instituciones, demandas políticas, etc. (en definitiva, lo relacionado con el ámbito institucional y en particular, con la participación ciudadana) provocaban manifestaciones corporales de gran expresividad, en forma de incomodidad, hartazgo, malestar, aburrimiento (bostezos, desconexión, gestos de cansancio, etc.).

La experiencia de estos colectivos muestra las paradojas de la participación pues, por un lado, es una vía necesaria e incluso valorada por las propias personas en riesgo de exclusión, que en su mayoría aprecian el trabajo por derechos. Pero por lo general estas personas no se ven motivadas a implicarse en ese trabajo, pues les supone un esfuerzo mayor, y lo experimentan como una carga, como algo que hay que soportar, *aguantar*, es decir, algo difícil e incómodo. Solo en casos en que este trabajo conecta directamente con sus necesidades (en tiempos no muy dilatados) se embarcan en este tipo de actividades. Pero eso no significa que no tengan conciencia

⁴² Ver Imagen 15 en el Apéndice II.

de la necesidad de que los derechos sociales sean consolidados, al contrario, su experiencia cotidiana en sus hogares y entornos más cercanos y su participación en estos colectivos les da una visión profunda de las situaciones de exclusión y de injusticia social. Así lo señalaba una participante del banco de alimentos, cuyo discurso muestra la construcción de una subjetividad política que conecta realidades cotidianas e intereses sentidos con la idea de derecho. Se trata de la joven con tres niños pequeños que ya ha aparecido en este capítulo y cuya voz vuelvo a rescatar porque revela de manera significativa la construcción de sujetos políticos dentro de estas constelaciones del apoyo mutuo. Además, es interesante ver cómo en su discurso los colectivos del 15M forman parte de lo mismo:

Investigadora: si, no sé cómo decirlo, si... ¿qué idea defiende el banco de alimentos, si es que hay alguna idea que...?

Entrevistada: Pero... ¿hablo de como 15 M o como el grupo que está ahora?

Investigadora: como el grupo de banco de alimentos

Entrevistada: como el grupo de banco de alimentos 15 M... Vale pues ¿qué defiende? Defiende el derecho [pregunta y respuesta rápida] el derecho a la alimentación, ¡que es un derecho! Y no solamente el derecho a la alimentación no es solamente darnos pasta y comer pasta ni arroz, y macarrones y pasta y harina y aceite, ¡no! ¿Qué pasa, que los niños se se se crían más desnutridos? Más desnutridos no, ¡pero sí que el desarrollo no es lo mismo! [Tono decreciente] Tomar todos, tomar una fruta o tomar yogur o tomar una leche, que casi todos los días una pasta. Tomar una carnegita que tiene nutrientes, o un pescado con una vitamina, una naranjita... ¡Pucha, no es lo mismo! Claro que los niños no no se van a morir de hambre, no, no, no, no, si este, si es que el Estado es muy astuto, ¡eh! Les meten pasta⁴³ para que no se mueran de hambre [ríe con sarcasmo]. Ya, pero ¿qué es lo que pasa? Que están... están [el niño la llama *mami* varias veces, hace ruido] quitándoles el derecho de una equilibrada alimentación, de una alimentación sana. Eso lo veo, yo lo veo así, mi punto de vista.

A través de diversas prácticas, Invisibles trata de apoyar a estas personas para encontrar soluciones a sus problemas, tanto en el corto como en el medio y largo

⁴³ Se refiere a macarrones, espagueti, arroz y, en general, carbohidratos, que son alimentos predominantes en las cestas de alimentos distribuidas por entidades benéficas, donde el Estado ha externalizado los recursos públicos para la atención de la inseguridad alimentaria. También es interesante reparar en que también es el tipo de productos más donado por el vecindario en las recogidas del banco, por lo que el colectivo invita, mediante folletos o mediante breves charlas, a que vecinos y vecinas donen productos más diversos, atendiendo a las necesidades experimentadas en el grupo.

plazo, apelando a recursos públicos que por derecho les pertenece, y donde el Estado y sus instituciones tienen la responsabilidad de procurar bienestar e igualdad de oportunidades a estas personas. Diversos colectivos vecinales, entre ellos Tetuán Resiste e Invisibles de Tetuán, desarrollan un trabajo de acompañamiento y asesoría para asegurar el acceso a derechos, y para *hacer uso* de la ley, también para las personas en situaciones de emergencia social. Se trata de una tarea fundamental que conecta de manera directa con las necesidades sentidas por las personas en situaciones de exclusión social. Sin embargo, para responder más integralmente a estas situaciones concretas es necesario unas políticas públicas consistentes, que destinen los recursos necesarios y que atiendan la multidimensionalidad de los procesos de exclusión social. Por ello es necesario el trabajo colectivo por la defensa y construcción de derechos. De ahí que Invisibles lleve a cabo una tarea de apoyo a los otros dos colectivos del 15M Tetuán, a través de estudios sobre sus realidades, partiendo de sus experiencias acumuladas, contando con su participación y ampliando el espectro de lo conocido, por medio de análisis cuantitativos y cualitativos sobre los procesos sociales experimentados en el contexto de Tetuán y de la ciudad de Madrid.

En definitiva, la construcción de derecho muestra una serie de abismos e incomprendiones que crea el lenguaje institucional, que son una expresión más de lo alejadas que están las instituciones públicas de la ciudadanía. Pero estos colectivos trazan vías de conexión habitando nuevos espacios, llevando el vecindario a las instituciones y las instituciones al vecindario, aunque para ello haya que invertir grandes esfuerzos de traducción y desplazamiento. Así sucedió con la experiencia de “Carta contra el Hambre” donde participó el Banco de alimentos 15M Tetuán junto con múltiples entidades de acción social, con el objetivo de que la alimentación sea reconocida como un derecho en la Comunidad de Madrid, poniendo sobre el escenario político el problema del hambre en Madrid, que era negado e invisibilizado. En este tipo de acciones, por ejemplo, las personas afectadas no sólo tuvieron interés en participar, sino que además valoraron positivamente la experiencia de haber participado. Se trata entonces, de buscar vías de participación, lenguajes más asequibles, entornos adaptados a la diversidad de personas que conforman nuestra sociedad. Invisibles de Tetuán asume una tarea imprescindible que es incorporar las realidades vividas por estas personas como parte del

conocimiento de la realidad social, y también como parte de las soluciones, haciéndolos partícipes de múltiples maneras. No se ha conseguido consolidar la alimentación como un derecho. En el año 2019 la propuesta de Ley por el Derecho a la Alimentación, fue rechazada en la Asamblea de la Comunidad de Madrid por los partidos PP y Ciudadanos por un solo voto de diferencia. Sin embargo, iniciativas como éstas han puesto en la agenda política su necesidad.

6.2.1. Producción de conocimiento como traducción y altavoz

El objetivo de visibilizar la exclusión surge de la necesidad de llevar a la esfera pública problemáticas que el discurso hegemónico mantiene en un espacio marginal. El trabajo de Invisibles de Tetuán conjuga la investigación y la acción como un modo de visibilizar para transformar, procurando implicar en el proceso a las personas afectadas. De esta manera se han realizado varios estudios empíricos, partiendo de la experiencia acumulada por las personas participantes, tanto las que tienen conocimientos en diversas materias (sociología, medicina, antropología, economía, etc.), las que participan en movimientos especializados (Yo sí Sanidad Universal, Mareas, Movimiento ATD Cuarto Mundo, etc.) y quienes aportan sus vivencias desde diversas situaciones de exclusión. Esta combinación de conocimientos es la clave de Invisibles, pues posibilita que diversas personas pongan en común sus experiencias como herramientas valiosas para comprender y mejorar la realidad social.

Un aspecto fundamental de esta producción de conocimiento es que parte de experiencias cotidianas, y que a su vez busca que sean significativas y entendibles dentro de las coordenadas de lo cotidiano. Es decir, se preocupa claramente por trazar vías de comunicación, ya sea entre personas en situaciones de emergencia social e instituciones públicas, ya sea entre el propio vecindario. En consecuencia, no se trata de un grupo especializado en investigación, como si ello fuera una actividad separada del tejido social, sino que precisamente desde las relaciones vecinales y las situaciones diversas que se experimentan en el vecindario, es de donde surge y se construye el conocimiento. Y a este vecindario debe volver, de modo que también se preocupa porque la información sea accesible, tanto en su contenido (lo que no siempre es fácil, tratándose muchas veces de datos), pero también en su disponibilidad. Para ello, por ejemplo, mapea el distrito identificando los puntos más

relevantes para la cotidianidad de las personas en riesgo de exclusión e intenta difundir allí información potencialmente interesante para estas personas, como ha ocurrido por ejemplo con la campaña *RMI tu derecho*.

La campaña que dio origen al colectivo tuvo como eje principal la elaboración de un estudio empírico sobre la exclusión social en el distrito. Así, se realizó el estudio titulado *Radiografía social de Tetuán* (Invisibles de Tetuán, 2019) que es una aproximación a las condiciones precarias de vida y de trabajo de una parte creciente del vecindario. Este estudio ha tenido tres ediciones y es consultado por numerosas instituciones y colectivos del distrito. A éste le siguió un trabajo de difusión en la calle que consistió en empapelar el barrio con fotos y testimonios de vecinas y vecinos “invisibles” en situación de emergencia. Se perseguía con ello visibilizar historias reales de pobreza, soledad y desamparo entre el vecindario. Una campaña de estas características fue relevante pues se dio en un momento de negación de estos problemas, tanto en el imaginario colectivo (especialmente entre determinadas capas de la sociedad), en espacios como los medios de comunicación y de manera más alarmante, en espacios de representación política. Esta campaña tuvo eco en medios de comunicación muy diversos⁴⁴. Cabe resaltar la inteligencia colectiva para desarrollar campañas de este tipo, pues acertó plenamente en usar un lenguaje visual, donde predomina el rostro de personas en situaciones de emergencia social (participantes del 15M) con su testimonio sobre la realidad cotidiana que viven a diario, indicando que estas personas invisibilizadas tienen rostro y también voz.

El segundo trabajo empírico fue *Pobres con trabajo, pobres sin trabajo* (Invisibles de Tetuán, 2015) que recoge diversos indicadores sobre la creciente precariedad laboral y las diversas manifestaciones de pobreza que se han ido instaurando entre el vecindario y en la sociedad española en general. Como su título indica, revela una realidad cada vez más extendida donde el trabajo ya no asegura las condiciones mínimas para una vida digna. La historia del colectivo y de sus actividades desarrolladas acompañan estrechamente la historia social reciente, pues

⁴⁴ La campaña se difundió en programas de televisión de gran audiencia como Espejo Público, Más vale tarde o Las mañanas de Cuatro y en medios escritos nacionales (El Mundo, InfoLibre, Madrid 15M...) e internacionales (The Guardian o Noticieros Televisa).

en efecto, en los últimos años el desempleo ha dado paso a un empleo precario, extendido en amplias capas de la población, especialmente en la población joven. Siguiendo su compromiso por difundir información también en un formato asequible, ambos estudios tienen versiones en folletos de divulgación con fotos y testimonios personales obtenidos a través de Hojas de hechos⁴⁵ (Invisibles de Tetuán, 2015).

Otros estudios en los que ha colaborado activamente Invisibles de Tetuán se han realizado en la comisión de estudios de la Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán (2016, 2017, 2018, 2019, 2020). Primeramente, colaboró activamente en una revisión y recopilación de los estudios publicados en torno a la exclusión en Tetuán. Más tarde participará en las dos ediciones de un diagnóstico sobre la emergencia alimentaria en el distrito. También colaboró activamente en la realización de un diagnóstico sobre la convivencia vecinal en Tetuán, un primero más amplio con información exhaustiva sobre las diversas problemáticas relacionadas con la convivencia en el distrito. Y más tarde un diagnóstico sintetizado sobre convivencia en Tetuán, fruto de un proceso participativo, que permitió complementar los resultados del primero con informaciones de tipo cualitativo, generadas en los diversos encuentros vecinales. Este último proceso produjo un libro que incorporó 18 propuestas de política pública para mejorar la convivencia.

Todos estos estudios han perseguido poner las herramientas de la investigación a disposición de quienes son más castigados y expulsados de las esferas de poder, entre ellas dos fundamentales, que son el acceso a información veraz y la producción de conocimiento. De este modo, se difuminan las tradicionales fronteras entre investigación y objeto de investigación, dándoles no sólo voz sino espacio como uno más a las personas en riesgo de exclusión. La horizontalidad como proyecto es fundamental en este colectivo y es así como entiende la producción de conocimiento.

⁴⁵ Entrevistas autobiográficas diseñadas por el movimiento Cuarto Mundo y utilizadas en Invisibles gracias a su participación en nuestro colectivo (Cuarto Mundo, 2012).

6.2.2. Trabajo en red

Invisibles muestra la estrecha relación entre la exclusión y otras dimensiones de la vida. Por ejemplo, la carencia de ingresos en un hogar se puede vincular con cuadros de ansiedad, conflictos familiares, discriminaciones en la calle o en el colegio al que acuden los hijos/hijas, etc. Se trata de situaciones muy complejas que exigen trabajar las múltiples dimensiones de la exclusión. Por ejemplo, en el año 2016 tristemente falleció un integrante del Banco de alimentos, que vivía en condiciones muy precarias. Participantes del Banco afirman que él expresó en varias ocasiones su preocupación cuando llegaba el frío del invierno, pues no podía permitirse tener calefacción y había sufrido ya de varias recaídas de salud hasta sufrir de neumonía. En una ocasión lo vieron con la ropa mojada, pues le había pillado una lluvia en medio de un trayecto y no podía pagar el transporte público. Recordemos que “colarse en el tren” es una opción siempre arriesgada, pero más para personas racializadas, como era su caso, y mucho más para personas sin papeles.

Estas situaciones no son anecdóticas, sino que se dan de modo encadenado, formando constelaciones de la exclusión en la que se deben mover estas personas. Por ello, el trabajo de Invisibles se construye en red con los otros grupos del 15M Tetuán, ya que se da una fuerte transversalidad entre exclusión social, pobreza severa o extrema y problemáticas de vivienda y alimentación. Según el Observatorio para la Garantía del Derecho a la Alimentación OGDMA-Madrid (2020), las situaciones de pobreza inciden de manera negativa en la salud debilitando el sistema inmunitario, incluso disminuyendo la esperanza de vida. Por esta multidimensionalidad de la exclusión social, además de trabajar en las comisiones del 15M y sus objetivos más cotidianos, también se han elaborado actividades y demandas conjuntas en cuanto Asamblea Popular de Tetuán, como la relación argumentada de las emergencias sociales más graves del distrito que luego se llevó a la Junta Municipal y acabaron siendo asumidas por la Mesa contra la Exclusión de Tetuán en 2016.

El trabajo en red nace desde la propia asamblea, donde gran parte de los recursos que se activan, principalmente información, remiten a otros grupos o experiencias del entorno con los que se trabaja en conexión. Asimismo, fuera del distrito han ido surgiendo otros grupos de Invisibles, inspirados por la experiencia

primera de Invisibles de Tetuán, pero cada uno explorando sus propios contextos (en Hortaleza, Villaverde, Coslada, Latina-Carabanchel, Sierra Norte de Madrid). Esto ha hecho posible que el trabajo en red sea una realidad a nivel de la Comunidad de Madrid, profundizando en la dimensión territorial de la exclusión y su conexión con procesos globales. En junio de 2015 se formó la *Red de Invisibles de Madrid*. Mediante encuentros colectivos periódicos se han ido construyendo proyectos comunes. La principal iniciativa común ha sido la campaña “RMI: tu derecho”, que busca la ampliación y garantías de acceso a la Renta Mínima de Inserción. Se trata de una plataforma en la que han participado en pie de igualdad y de manera continua más de veinte colectivos de la Comunidad de Madrid. Esta red sigue vigente hasta la actualidad en 2021, con un trabajo complejizado por las problemáticas agravadas por la pandemia.

La primera fase de la campaña consistió en llegar al mayor número de hogares potencialmente receptores de la Renta Mínima, informarles de su derecho y ayudarles en los laberínticos procesos de tramitación. Esto ha implicado una amplia tarea de difusión, la creación de espacios de acogida y acompañamiento en días y horas precisas, y la realización de talleres de información y formación con el apoyo de trabajadoras sociales del Foro ServSocial. Se trata de un trabajo bastante exigente, pues requiere del conocimiento detallado de muchos aspectos de la ley, así como saber interpretarlos según la situación específica de la persona, pues la evolución de los casos depende de múltiples cuestiones, como la situación económica de la familia o de las personas convivientes; si se ha pedido o no otras ayudas y si no hay incompatibilidades; si se ha reclamado oficialmente y/o en los plazos estipulados; si se le ha denegado alguna ayuda erróneamente, etc. Dada la complejidad de estos casos no todos los integrantes de Invisibles manejan con soltura la información requerida para casos concretos. Por un lado, hay personas más familiarizadas con ello que son capaces de entender con más precisión ciertos problemas. Pero lo más frecuente es que se consulte en la propia red, donde están presentes profesionales de los Servicios Sociales, que por su experiencia y a través de intercambio de ideas, interpretan tanto la situación como las vías de acción.

En una segunda fase de la Campaña RMI, se presentó un conjunto de propuestas para revisar los desarrollos legislativos y la gestión administrativa, que

pervierten en la práctica los objetivos que perseguía la Asamblea de Madrid cuando estableció la Ley en 2001. A lo largo de todo el recorrido de la plataforma, ésta ha denunciado una serie de irregularidades o arbitrariedades de la RMI. Así ocurrió por ejemplo en el año 2017, cuando en el formulario de solicitud, en la sección de los “Datos relativos al alojamiento” se retiró la opción de “Ocupada y Otros”. Es decir, que quedaban en una mayor vulnerabilidad aquellas personas que ocupan una vivienda, que son precisamente personas que necesitan esta prestación pues viven en situaciones muy precarias. Igualmente, se han realizado múltiples propuestas de mejora y enmiendas tanto a la Renta Mínima de Inserción, como al más reciente Ingreso Mínimo Vital, de ámbito estatal y creado durante la pandemia. Este último es una prestación cuyo fin es prevenir el riesgo de pobreza y exclusión social de personas que carecen de recursos económicos para cubrir sus necesidades básicas. Es decir, sus objetivos coinciden con la RMI, que es una prestación de ámbito regional. Ahora bien, tanto una como otra prestación adolecen de varios problemas, entre ellos la lentitud en la gestión, la burocratización, y varias incompatibilidades que excluyen situaciones de distinta gravedad, incumpléndose así la función preventiva para las que han sido creadas estas ayudas. Para entender en su profundidad con qué obstáculos se ven las personas demandantes de esta prestación, y qué tipo de exclusiones se reproducen, veamos la lista de medidas urgentes que demanda la plataforma Renta Mínima de Inserción Tu Derecho (2020), tras un largo recorrido y ya en un contexto agravado por la pandemia:

1. Que se suprima la reducción que se aplica a la cuantía de la RMI cuando la unidad de convivencia perceptora convive con otras familias perceptoras de RMI.
2. Que la edad mínima estándar para ser titular de RMI (25 años) sea la mayoría de edad (18 años).
3. Que se suprima el requisito de que la unidad de convivencia esté constituida desde 6 meses antes de la fecha de solicitud, o bien que se aumenten las excepciones previstas.
4. Que los ingresos de la unidad de convivencia procedentes de pensiones por alimentos para el mantenimiento de hijas/hijos sean no computables a efectos de RMI, al menos hasta determinado importe.
5. Que, cuando la persona solicitante tenga menores a su cargo, pero conviva con otros parientes, el reconocimiento como unidad de convivencia

independiente no esté condicionado a los ingresos de la unidad familiar extensa.

6. Que se maticen los criterios de cómputo de los ingresos salariales, para que la actividad laboral, que suele acarrear gastos adicionales y dificultar las tareas de cuidados, siempre suponga una mejora de ingresos para la unidad de convivencia perceptora de RMI.

7. Que las suspensiones cautelares requieran trámite previo de audiencia, esto es, requerimiento y plazo previo a la resolución para aportación de documentación relacionada con el «indicio» aducido para la suspensión, tal y como ya se establece para las suspensiones temporales por incumplimiento de obligaciones.

8. Que se apliquen las recomendaciones del Defensor del Pueblo para que las resoluciones de suspensión, denegación o extinción de RMI estén claramente motivadas y justificadas, en lenguaje sencillo y comprensible, evitando así que el oscurantismo de las notificaciones siga «dificultando que los afectados puedan formular alegaciones y recurrir con buenas razones».

9. Que se reconozca a las personas sin residencia legal en España, pero asentadas aquí, la capacidad de ser titulares de la RMI, con especial urgencia para las familias con menores a cargo, para quienes han solicitado cita para pedir protección internacional o están en fases posteriores de la tramitación sin disponer aún de permiso de trabajo y para quienes cumplen todos los requisitos para obtener permiso de residencia salvo los vinculados a suficiencia económica.

10. Que, asumiendo las recomendaciones del Defensor del Pueblo, se adopten las medidas de coordinación entre administraciones y las medidas reglamentarias necesarias para romper el «círculo vicioso» que se produce cuando a titulares de RMI se les exige solicitar otra prestación sobre la que se conoce de antemano que les será denegada precisamente por disponer de la RMI, lo que suele derivar en periodos en que no se cobra ninguna prestación.

11. Que se establezca una hoja de ruta para adecuar la RMI al objetivo marcado por el Comité Europeo de Derechos Sociales de que el umbral de pobreza sea la base mínima para establecer el límite de ingresos de acceso a la prestación y para determinar la cuantía mínima de la RMI.

12. Que se revise la computabilidad de los ingresos destinados a pago de alquiler de vivienda o habitación o de hipoteca sobre vivienda habitual o se establezca un «complemento vivienda», ya que sólo el 5% de titulares de la RMI tiene vivienda en propiedad ya pagada y la cuantía de la RMI no es suficiente para asumir costes de alojamiento y el resto de las necesidades básicas.

13. Que todas las personas beneficiarias de RMI reciban un abono social de transporte gratuito para todo el territorio de la Comunidad de Madrid, indispensable para la búsqueda de empleo.

14. Que se preste especial apoyo, mediante facilidades específicas de acceso a los sistemas públicos de dependencia, cuidados, sanitarios, educativos, servicios sociales u otros, a las familias beneficiarias cuya persona titular tenga responsabilidades de cuidado no compartidas.

15. Que no se solicite documentación no requerida según la ley y el reglamento, en particular las «declaraciones de medios de vida», que nada tienen que ver con la acreditación de ingresos, sino que es la exigencia de una «justificación» por haber sobrevivido a la falta de ingresos, así como que se cancele el cómputo arbitrario de ingresos por actividades económicas «indeterminadas».

Desde Invisibles la movilización social se entiende como una herramienta fundamental para defender lo común. En tiempos en que priman los recortes bajo el lema de la austeridad, colectivos como éste han entendido que es imprescindible trabajar desde las bases de la ciudadanía para orientar las políticas públicas hacia la protección de las personas más vulnerables, garantizando la igualdad de oportunidades. El trabajo en red de este colectivo junto con otras entidades ha hecho posible la elaboración de una serie de propuestas de política social, o demandas de cambios legislativos, de ampliación de los presupuestos destinados a prestaciones sociales y servicios públicos. Se han realizado múltiples propuestas: al Ayuntamiento de Madrid, para que amplíe el gasto social, incluyendo un mayor presupuesto en Servicios Sociales; a la Junta de Tetuán, para ampliar la información a usuarios con problemas de acceso a los centros de salud (especialmente inmigración sin papeles); a la Comunidad de Madrid, para cambiar la legislación vigente en relación a los comedores escolares y evitar situaciones de exclusión que se están produciendo en centros concertados; a la Comunidad y al Ayuntamiento de Madrid, para revisar el reglamento y las formas de gestión de la RMI, para evitar exclusiones y atender las múltiples situaciones de vulnerabilidad que no quedan amparadas.

Otra experiencia en este sentido es la implantación en el último trimestre de 2018 de las Tarjetas de Alimentación de Tetuán (TAT) para la compra de alimentos no perecederos por parte de personas en riesgo de exclusión. Este proyecto fue promovido desde la comisión de Derecho a la Alimentación de la Mesa contra la Exclusión. Se trata de una iniciativa inspirada en la Carta contra el Hambre, que buscó superar el reparto de alimentos de carácter benéfico y asimétrico, donde la persona no elige lo que va a consumir y recibe por lo general pocos o nulos alimentos

frescos (frutas y verduras, pero también alimentos proteicos como carnes, pescado o lácteos), que son claramente menos asequibles para economías precarias y fundamentales para una nutrición equilibrada. Además, el reparto tradicional de alimentos está sujeto a ciertos procesos de estigmatización, pues la persona se desplaza hacia un punto determinado donde se hace visible a otros ojos su espera pasiva. Las llamadas “filas del hambre” durante la pandemia, llamaron la atención mediática por la cantidad considerable de personas que esperaban su cesta de comida. Pero además puso de relieve que eran los colectivos vecinales quienes estaban respondiendo una vez más al problema de emergencia alimentaria.

La Tarjeta de Alimentación de Tetuán fue un proyecto que reparó en la necesidad de promover y garantizar la autonomía y dignidad de las personas. Se trata de tarjetas personalizadas y recargables por un mínimo de 90 euros al mes. Tanto la cantidad de dinero recargable como las personas destinatarias son evaluadas por los Servicios Sociales. Esta tarjeta ha sido posible gracias a la colaboración entre los Servicios Sociales y las diversas entidades de la comisión de Derecho a la Alimentación de la Mesa contra la Exclusión. Cabe destacar que la Tarjeta de Alimentación de Tetuán buscó un abordaje integral de la emergencia alimentaria, por lo que además de la tarjeta en cuestión se promovió la creación de procesos comunitarios en torno al derecho a la alimentación. En consecuencia, se llevaron a cabo una serie de talleres sobre economía doméstica y cocina con el expresivo nombre de “Yo me lo guiso, yo me lo como”, que reflejaba los propósitos del proyecto, pues a través de una práctica como la cocina se trabajaban procesos de autonomía personal y colectiva, destacando las propias capacidades, pero también el autocuidado pues los beneficios recaían sobre los participantes. Estos talleres iban dirigidos a personas en riesgo de exclusión, como manera de facilitar la participación y promover la creación de lazos sociales entre personas en situaciones similares, superando el abordaje individualizado y el aislamiento social que suele acompañar a la problemática de la inseguridad alimentaria.

El proyecto en su conjunto fue un logro colectivo, que requirió grandes y continuados esfuerzos. En un principio el proyecto de Tarjeta de Alimentación de Tetuán (TAT) buscaba una cogestión participada del mismo. Finalmente, tras un largo proceso de complejidad burocrática, la ejecución y diseño del proyecto TAT

acabó por decisión de representantes políticos centralizada en los profesionales de centros de Servicios Sociales y gestionada por una empresa adjudicataria. Por otro lado, la lentitud con la que se ha avanzado ha retrasado la entrega de las tarjetas a muchas familias y no ha llegado a cubrir las necesidades del distrito. Ahora bien, se trata de una experiencia pionera en Madrid, que captó el interés de muchos colectivos y entidades de Madrid, y que incluso ganó en el año 2019 el premio Estrategia NAOS, del Ministerio de Sanidad y Consumo que tiene como finalidad mejorar los hábitos alimentarios de la población. Esta tarjeta de alimentación más tarde, a raíz de la crisis social agravada por la pandemia, será replicada en el ámbito más amplio de la ciudad de Madrid.

6.2.3. Derecho que debe ser mostrado

En el 15M de Tetuán, la construcción de derecho como “derecho que debe ser buscado y mostrado” se da con mucha frecuencia. Y además se da en dos direcciones: desde la ciudadanía que debe mostrar sus derechos a las instituciones, mediante la insistencia o la adaptación a sus lenguajes y códigos; y desde las instituciones hacia la ciudadanía, donde son colectivos como Invisibles quienes hacen una labor de “traducción” para que determinados derechos sean conocidos y accesibles, especialmente por personas con diversas carencias que buscan ayuda o prestaciones sociales. La burocracia y la escasa inversión pública en protección social lleva a que los/las funcionarios/as de la administración con frecuencia desempeñen un papel de gestores/as de ayudas, pero también de “inspectores/as” con el fin de filtrar a quienes no accederán a estas ayudas.

En este contexto, la acción colectiva que *muestra el derecho* agota todas las vías jurídicas y burocráticas para hacerlo efectivo. Un ejemplo paradigmático de ello es la campaña “RMI tu derecho” (<https://rmituderecho.org/>) que articula muy diversos participantes voluntarios (tanto vecindario, entidades de acción social, profesionales de servicios públicos, académicos). Como ya se ha visto, esta campaña realiza un trabajo de alta complejidad, por el que se revisa, se *descifra* y se difunde información revelando las trabas burocráticas y toda una serie de manifestaciones concretas de exclusión de un derecho, y se reclaman enmiendas y mejoras tanto a las normativas como a su interpretación por parte de profesionales, para que se procure al máximo una lectura que facilite el acceso a derechos. Asimismo, pone

diversas herramientas a disposición de la ciudadanía, buscando su *legibilidad*, para reclamar y hacer efectivo el derecho a esta renta mínima, difundiendo esta información en encuentros y foros diversos, como a pie de calle, en espacios vecinales (con horario de atención), o por vía telefónica. Es decir, cumpliendo un papel de investigación (no sólo lectura pormenorizada de reglamentos sino también comparación y profundización en particularidades de casos concretos), acompañamiento, asesoría y reivindicación de un derecho.

Una realidad similar a lo observado en estas campañas se da en torno a la participación ciudadana, que desde las instituciones públicas está altamente codificada en procedimientos, figuras y espacios reglamentados por las propias instituciones, de modo que la participación deliberativa es percibida desde algunas/os profesionales de las instituciones públicas como algo ajeno e incluso opuesto a lo “normal”. Asimismo, la participación ciudadana en general es vista por las personas en situaciones de exclusión social como algo ajeno y distante pero además poco útil. En este contexto, colectivos como Invisibles de Tetuán realizan esfuerzos considerables por crear vínculos entre instituciones públicas y vecindario, pues la base de la democracia es que reside en la voluntad del pueblo, de la ciudadanía. La Mesa contra la Exclusión es un ejemplo de ello, donde para ser legitimadas, las propuestas vecinales en buena medida deben amoldarse al lenguaje institucional, que es altamente tecnificado. El diagnóstico de convivencia, de hecho, persigue ser una herramienta pública (para cualquier agente del distrito, desde vecinos y vecinas, entidades públicas o privadas, etc.) de información compendiada y analizada, como respuesta al vacío que existía sobre una realidad como la convivencia vecinal, tanto en información sobre datos oficiales como en una visibilización de las realidades cotidianas del vecindario. Se elaboró entonces un documento, desde un proceso participativo, que aunara tanto el lenguaje técnico como los discursos cotidianos de vecinos y vecinas del barrio y se intentó hacerlo lo más didáctico posible, todo ello siguiendo metodologías estandarizadas en ciencias sociales. Pues bien, este compendio pormenorizado de información muy diversa fue valorado positivamente por el vecindario y por diversas entidades, pero no fue percibido como legítimo por parte de responsables políticos, precisamente aludiendo a no cumplir con criterios técnicos y objetivos.

El lenguaje de las instituciones apela a criterios científicos y técnicos y se legitima a través de ellos Sánchez-Carretero, et al. (2019a, 2019b). Particularmente Roura-Expósito (2019) señala que en los espacios formales de participación el

lenguaje empleado se asemeja al farmacológico, pues se hacen *diagnósticos*, *radiografías*, se responde a *malestares* sociales, se observan *síntomas*. Además, señala que las personas activistas que se proponen acceder a estos espacios de participación asumen la metáfora del “vía crucis”, como un camino tortuoso, de varias paradas que hay que caminar *dolorosamente*. Estas ideas son de gran potencial para pensar la relación con las instituciones y, en particular, la construcción de derecho, *a participar* en este caso, pues reflejan las fronteras y el malestar experimentado (a través del agotamiento, de las exigencias continuas de adaptación, etc.) entre personas activistas en los procesos de participación en espacios formales. Igualmente permite aproximarse a cómo puede ser percibida la participación entre personas con escasa cultura asociativa.

Por ejemplo, personas “afectadas” de los grupos del 15M expresaban desinterés o rechazo a participar en espacios formales de participación (Proceso de Desarrollo Comunitario, plenos de la Junta de distrito, etc.) pues se vivían como espacios ajenos donde el lenguaje reproduce fronteras y exclusiones, pero también donde “no se ven resultados”, donde “es participar por participar”. Incluso la Mesa provocaba cierto desinterés entre las personas afectadas, pues se veía como un espacio arduo que requería mucha energía para tan poca respuesta a sus necesidades más cercanas. Este proyecto requería perseverancia y grandes dosis de paciencia (idas y venidas entre propuestas, moldeadas por burocracias; silencios como respuestas de responsables políticos, etc.). Un problema destacable añadido era que el proyecto perseguía no la resolución de casos concretos, sino la *reflexión colectiva* sobre sus *posibles* soluciones, dado que las instituciones rechazaban formar parte de proyectos participativos de carácter vinculante. Y lo cierto es que había muchas personas afectadas dispuestas a reflexionar, pero esperaban ver efectos prácticos, respuestas concretas. No estaba entre sus intereses “participar por participar” (o más bien, reflexionar por reflexionar), es decir, participar sin ver garantías de que “sirve para algo”.

Por último, se da una situación ambivalente y paradójica en torno a la construcción de derecho. Dada la gravedad de las situaciones de emergencia social y dado un sistema de protección social tan adelgazado, el énfasis en derechos con cierta frecuencia se *reduce*, o más bien, se *concentra* a una demanda de prestaciones

sociales. Si bien desde estos colectivos se hace hincapié en reformas más estructurales y en medidas que articulen cierta integridad en torno a las ayudas (de modo que no sean parceladas y esporádicas, sino que promuevan la igualdad de oportunidades), el énfasis en las ayudas y prestaciones sociales resulta problemático en varios sentidos. Por un lado, es objeto de instrumentalizaciones políticas, orientadas a activar polarizaciones en la población, sobre todo apelando a una “clase media”, frente a una pobreza que es criminalizada mediante el estigma (Cortina, 2017; Jones, 2012). Un ejemplo paradigmático de ello son los *okupas*. Por otro lado, también es una construcción que en cierta medida “neutraliza” el potencial subversivo de las acciones colectivas e individuales, pues se adapta a los medios, tiempos, lenguajes y vías que plantean las instituciones formales. Es decir, gran parte de los esfuerzos de colectivos como Invisibles se invierten en la interacción con un espacio altamente constreñido que impone sus reglas. Sin embargo, es el espacio donde disputar para quienes más lo necesitan recursos que son comunes a la ciudadanía.

De este modo, el Estado de Bienestar es una construcción paradójica: fundamental en una sociedad capitalista cada vez más desigual, de ahí que se defienda constantemente; pero también neutralizadora de las potencialidades que entraña el conflicto (conflicto ya presente en las relaciones de desigualdad que genera la sociedad de mercado), como generador de respuestas colectivas. Al defender el Estado de Bienestar también se está construyendo comunes, pues se busca mantener y recrear recursos colectivos para el uso público. Ahora bien, esta relación constriñe la acción colectiva, y la hace depender en cierto modo de un lugar “externo”, altamente jerarquizado y burocratizado. De este modo, los esfuerzos se vuelcan en determinados espacios y se omiten o abandonan otros. Es el caso, por ejemplo, de iniciativas como el cooperativismo, de muy escasa promoción desde instituciones públicas en Madrid. Este tipo de iniciativas o son poco conocidas o bien generan escaso interés entre personas en situaciones de inestabilidad económica. Así ocurrió en la Mesa contra la Exclusión, donde se intentó crear una comisión de Economía Social y Cooperativismo. Sin embargo, tras varias sesiones no salió adelante y se acabó desestimando la iniciativa. Uno de los problemas más importantes fue la falta de experiencia en el ámbito y de manera considerable la falta de participación de personas en situaciones de inestabilidad económica.

Y en efecto, iniciativas de este tipo son relativamente poco exploradas por tener dificultades en su viabilidad. Por un lado, no son iniciativas promovidas generalmente desde instituciones públicas y, por otro lado, encuentran serias dificultades para enfrentar las lógicas mercantiles. Aun así, fuera de los circuitos institucionales, proliferan experiencias de cooperativismo en todo Madrid y España, e incluso experiencias de fuerte carácter subversivo como proyectos de autosuficiencia y repoblamiento rural. El éxito y permanencia de tales iniciativas se debe principalmente al esfuerzo colectivo y a la determinación por crear nuevas economías. En este sentido, en múltiples espacios de lo político se reproducen fronteras materiales, pero sobre todo simbólicas para la participación, para la creación de redes comunitarias y, en definitiva, para una sociedad participativa y más democrática. De ahí la importancia de la dimensión cultural, para abrir espacios de la imaginación. Colectivos como el 15M Tetuán, el huerto urbano de la Ventilla o la asociación hacen contribuciones cruciales en este sentido: crean culturas nuevas, nuevos y diversos imaginarios desde prácticas cotidianas.

6.3. El gobierno de lo social en disputa

Todas estas actividades desplegadas por colectivos vecinales son construcciones de derecho desde abajo. Y como construcciones, son procesos que se hacen, que implican esfuerzos y que a pesar de tener una finalidad más o menos clara, van respondiendo a las circunstancias y particularidades de la acción y del contexto específico. En el caso de Invisibles, su actividad es muy rica y diversa, pues conforma un entramado de actores de múltiples repertorios, capaz de tejer diversas espacialidades. Pero su construcción de derecho es ardua. Por un lado, es difícil, al tratar en buena medida con burocracia que hay que *descifrar*, tanto para comprender y difundir información, como para identificar y criticar sus escollos, persiguiendo una mejora de calidad de los servicios. Por otro lado, esta construcción de derecho es ardua porque su voluntad de colectivización resulta problemática en determinados espacios como las instituciones públicas, de modo que requiere renovados esfuerzos y traducciones constantes para crear puentes de comunicación.

En el distrito de Tetuán tuvo lugar un proceso de participación vecinal de gran interés para pensar el marco en que se desarrolla la participación ciudadana y los múltiples esfuerzos que hace el vecindario para ampliar los espacios de democracia,

conectando las realidades del vecindario y las instituciones públicas. No se trata de una iniciativa surgida desde Invisibles de Tetuán, aunque sí apoyada de manera activa. Rescato esta experiencia porque permite mostrar las realidades que experimenta este colectivo y, en general, el tejido asociativo de base vecinal, pues visibiliza una construcción de las instituciones públicas profundamente asimétrica con respecto a la ciudadanía, incapaz de reconocer el valor de los procesos de participación deliberativa y horizontal. Se trata de los Presupuestos Participativos, desarrollados entre agosto de 2015 y marzo de 2016, en un momento en que los municipalismos habían generado un nuevo contexto político institucional en la ciudad de Madrid, en principio favorable a iniciativas vecinales como ésta. Varios de los/las integrantes de Invisibles participaron en esta experiencia, y además se hizo seguimiento del proceso en las asambleas del colectivo. Estos presupuestos participativos fueron una experiencia autogestionada, deliberativa y asamblearia de base vecinal, que congregó a personas muy diversas que trabajaron en equipo y de forma voluntaria, dedicando su tiempo libre al margen de sus ocupaciones, porque creyeron en este proyecto como forma de democratizar la gestión de los recursos, buscando que éstos atiendan a necesidades sentidas, muy diversas, entre el vecindario. Estos presupuestos se desarrollaron en estrecha conexión con otras dos experiencias de presupuestos participativos que se estaban construyendo de manera simultánea en la ciudad de Madrid, en los distritos de Arganzuela y Usera. En estos tres distritos se contó con una participación activa del vecindario, aun teniendo en cuenta la inexperiencia en un proceso de estas características. En el caso de Tetuán, por ejemplo, la mayor dificultad del proceso fue la difusión por falta de medios y recursos, por lo que el grupo motor apeló a las distintas asociaciones y colectivos del distrito a que se involucraran en las tareas de difusión.

Una de las personas que participaron en el grupo motor, de perfil activista, me contaba lo especial que fue este proceso en el sentido de que vecinos y vecinas muy diversos/as, incluidas personas sin experiencia previa en procesos de participación vecinal, se involucraron en este proceso en todas sus fases, se entusiasmaron con un proyecto de deliberación vecinal y pusieron sus esfuerzos en desarrollar propuestas altamente elaboradas. De hecho, el día que presentaron las propuestas a la Junta municipal del distrito, recuerda este integrante algo que llamó su atención y le causó una emoción profunda, que fue ver a personas de a pie exponiendo con vehemencia

y dedicación los detalles de cada proyecto, defendiendo su interés y explicando pormenorizadamente las maneras en que se había planificado implementar dichas propuestas. Es decir, esta experiencia fue muy positiva, pues logró movilizar capacidades e intereses vecinales concretándolos en objetivos concretos, y generando aprendizajes colectivos de construcción de sujetos políticos, de reactivación del tejido social y de democratización de las instituciones.

A lo largo de este proceso se superaron distintas fases de gran complejidad, como elaborar y consensuar un reglamento de estos presupuestos, donde se recogieron los principios reguladores (democracia, participación, transparencia, igualdad, tolerancia, eficacia y eficiencia, equidad y respeto de los acuerdos) y se especificó la estructura organizativa, articulando a distintos agentes, tanto el grupo motor (encargado de dinamizar e impulsar las acciones del proceso de Presupuestos Participativos), como la junta del distrito, sus representantes políticos, y los servicios técnicos, jurídicos y económicos designados por la Junta. En el proceso de Presupuestos se realizaron 88 propuestas vecinales, que fueron evaluadas por el equipo técnico del Ayuntamiento o refundidas por ser propuestas similares. Finalmente quedaron quince propuestas, que fueron votadas por el vecindario de manera virtual, y presencial en la Junta del distrito, y que se acordaron realizar dado que el presupuesto lo permitía. Todo el proceso había congregado a multitud de personas, activando al tejido vecinal y a distintos agentes en la escala local. Ahora bien, esta iniciativa tuvo un desenlace altamente decepcionante para las personas participantes en particular, y para el tejido vecinal en general, que se había confiado en este proceso. Lo que ocurrió fue que, a pesar de contar con la colaboración activa de la responsable política del distrito, la estructura administrativa municipal (escala de mayor centralización) impidió la realización de las propuestas que habían llegado a la fase de ejecución, de modo que finalmente no se concretó ninguna en la práctica. Por otra parte, al año siguiente en 2017 se lanzaron los presupuestos oficiales del Ayuntamiento de Madrid, precisamente en ese clima de “cambio político institucional” proclive a la participación, pero sin considerar las experiencias ya desarrolladas en los ámbitos locales de los tres distritos, que se pensaron como experiencias piloto. Es significativo que los/las agentes políticos/as encargados/as de implementar este nuevo proyecto en la escala de ciudad de Madrid no se reunieran con los grupos motores y que los discursos políticos sobre estos nuevos

presupuestos tampoco nombraran las tres experiencias en los distritos como antecedentes, sino que apelaran como referentes los presupuestos participativos de París. En definitiva, es un ejemplo de cómo se invisibilizan experiencias locales valiosas que ensayan diversas estrategias de democratización que en este caso además habían impulsado la participación vecinal de manera exitosa y habían acumulado múltiples conocimientos sobre prácticas reales. No se valoraron ni se aprovecharon estos saberes, pero en cambio se proyectó una imagen de ciudad cosmopolita y moderna, en la línea de las grandes capitales europeas.

Un caso especialmente relevante para la experiencia concreta de Invisibles de Tetuán es su relación con los Servicios Sociales. Su papel fundamental en la atención a situaciones de pobreza y exclusión social lleva a una interacción cotidiana, tanto con personas en situaciones de exclusión como con los colectivos que las apoyan, no sólo Invisibles sino también de manera cotidiana Tetuán Resiste. La interacción entre colectivos autogestionados e instituciones públicas desencadena tensiones entre distintas maneras de hacer y entender la realidad social. De modo que la acción de colectivos como Invisibles no se da en un espacio apaciguado, sino en un campo de relaciones de poder, de actores y de fuerzas de gran diversidad, que es cambiante, a veces flexible, a veces altamente rígido, a veces con intereses y objetivos comunes, y a veces alejados, en lenguajes y cosmovisiones contrarias. Como señala Bourdieu con su concepto de campo (Bourdieu, 2016 [1979]), se trata de un conjunto cambiante de relaciones entre distintos actores, que encuentran posibilidades, obstáculos y resistencias, pues en última instancia están negociando relaciones de poder. De esta manera, entre colectivos vecinales e instituciones públicas continuamente se activan fuerzas y se dinamizan distintas posiciones. Es así como se construye y se reconstruyen determinadas problemáticas.

En este caso, el conflicto expresado por las prácticas de acompañamiento reveló en un primer momento cierta reacción de corporativismo entre profesionales de servicios sociales. Esta visión fue la que primero trascendió a la esfera pública, pero era una interpretación que saturaba la complejidad que emerge en los acompañamientos, porque primaba exclusivamente una idea de agravio hacia los servicios públicos, y específicamente hacia las/los trabajadoras/es sociales. Si seguimos la definición de “agravio” del Diccionario de la Real Academia Española,

resulta interesante pues es significativo para entender esta reacción. La primera definición es “ofensa a la fama o al honor de alguien” y la segunda “perjuicio que se hace a alguien en sus derechos e intereses”. De este modo se interpretó la incomodidad, dificultad y malestar que podían suscitar los acompañamientos: por un lado, en términos personales (ofensa, agresión, perjuicio), pero por otro lado también en términos profesionales (cuestionamiento “infundado” al dictamen del experto, atentar contra su credibilidad, *invadir* su espacio). Ambos matices de esta interpretación ponían el acento en los profesionales y en la institución (su integridad, estabilidad, bienestar), es decir, ponían el acento en una interpretación personalista o corporativista, pero en todo caso, individualizada del problema. Y lo más problemático: omitían el valor que estos acompañamientos tenían para personas en situaciones de vulnerabilidad social.

Sin embargo, esta sólo fue la primera y más llamativa reacción. De hecho, una acción muy posicionada en esta línea, que fue la que catapultó al ámbito público la realidad de los acompañamientos fue la carta a CTS enviada por la directora del centro de Servicios Sociales de Tetuán (Azpeitia, 2016). Esta carta propició la publicación de un artículo de Invisibles como respuesta en la misma revista (Herrera-Pineda y Pereda, 2017). Pero además esta controversia permitió dinamizar nuevos debates en diversos foros de trabajo social y ciencias sociales aplicadas. Es decir, este conflicto fue catalizador de diversos posicionamientos, de otro tipo de interpretaciones, donde se hacía posible complejizar la mirada sobre la realidad de los servicios sociales. Las trabajadoras sociales (dicho en femenino para destacar que es una profesión altamente feminizada) en efecto, en la cotidianidad de su labor profesional viven situaciones de gran sobrecarga, debido a la infradotación de los servicios públicos. Por ello es necesario que se destinen mayores presupuestos a políticas de protección social, en particular a los servicios sociales, y se garantice su consolidación como sistema público y universal. La infradotación, burocratización y privatización de los servicios sociales lleva a que recaiga el peso de este modelo de protección social sobre profesionales concretas, convertidas en gestoras de exiguos recursos. Es decir, los desequilibrios de un sistema recaen en última instancia en individuos concretos. Descendiendo en la jerarquía de los sistemas de protección social, la presión llega finalmente hasta el profesional de atención primaria, y en última instancia hasta la persona demandante de prestaciones, que es quien debe

afrontar toda una serie de obstáculos para acceder a derechos imprescindibles para tener un mínimo de bienestar cotidiano.

6.3.1. La cotidianidad en los centros de Servicios Sociales

Este modelo individualizante también afecta a las/los profesionales, pues serán sus motivaciones, intenciones, esfuerzos y circunstancias personales lo que harán satisfactorio su trabajo en mayor o en menor medida. De este modo, las trabajadoras sociales para realizar mejor su trabajo deben *poner de su parte* (íntima y personal), en forma de esfuerzos extra (especialmente mayores tiempos, y por lo general, fuera de sus horarios, pero también un “extra” de templanza, paciencia y proactividad). Esto que puede estar extendido en diversos trabajos no es un proceso natural sino una construcción social, política e histórica, que además precariza las relaciones laborales. Y en este caso además profundiza en el escaso reconocimiento social hacia este sector y sus profesionales. Por otra parte, estos esfuerzos no están al alcance de todas las personas ni responden a las inquietudes y motivaciones de todos las/los profesionales, por lo que en muchos casos “hacer su trabajo” se reformula en hacer estrictamente lo reglamentado (en los tiempos, modos y protocolos establecidos, sin aparente margen de flexibilidad). Esto choca directamente con la cotidianidad vivida por las personas en situaciones de emergencia social, donde se mezclan situaciones, ritmos y necesidades. Ésta es la realidad compleja que revelan los acompañamientos, pues ponen de manifiesto que las tensiones generadas en la interacción cotidiana entre profesionales de los servicios sociales y ciudadanía son en última instancia expresiones de un desequilibrio estructural, por el que los servicios sociales reproducen “techos de cristal” irrebables, y no garantizan la protección social que se les presupone.

La mirada sobre lo cotidiano nos permite comprender la complejidad de las relaciones entre lo local y lo global. Esta sobrecarga experimentada por los/las profesionales de unos servicios públicos, infradotados y de atención individualizante y burocratizada es lo que permite unir tanto el malestar de profesionales como el malestar experimentado por personas demandantes, pues tanto unas como otras viven situaciones de precariedad y de urgencia. Recordemos que se trata de una realidad extendida al conjunto de los servicios públicos, quizá el caso más paradigmático lo podemos observar en los/las profesionales de la sanidad

pública con la gestión de la pandemia, donde una mezcla de privatización, infradotación, burocratización e individualización ha hecho recaer una labor de emergencia social en personas concretas, construidas simbólicamente como “héroes” y “heroínas”, justificando o invisibilizando procesos de mercantilización y precarización de la sanidad pública. En los centros de Servicios Sociales, como en el resto de instituciones públicas, pueden darse relaciones muy diversas entre profesionales y ciudadanos: relaciones de afinidad, de alianza, de desequilibrio, de desavenencia, etc. Aunque un código ético es crucial en todos estos ámbitos, el buen desempeño del trabajo no debería depender tanto de las particularidades de la persona, sino de las condiciones que ofrece el sistema para una atención pública de calidad y universal.

Se requiere por tanto promover perspectivas críticas que permitan identificar los procesos de exclusión y de desigualdad en la relación entre instituciones públicas y ciudadanía. Este tipo de interpretaciones están presentes en distintos espacios, donde el activismo o la participación vecinal son entendidos como conocimientos prácticos de interés para mejorar las instituciones públicas. A continuación, reproduzco un fragmento de una entrevista⁴⁶ realizada en el marco de un proyecto de investigación en el que participé, que examinó las políticas sociales del Ayuntamiento de Madrid, durante el periodo 2003-2015 (Martín-Sonseca et al., 2016: 229-231). Reproduzco una parte extensa porque es significativa para comprender la complejidad de las situaciones de exclusión que viven las personas que se acercan en busca de ayudas. Pero también las situaciones complejas que se viven en los centros de los Servicios Sociales, en el trabajo cotidiano frente a situaciones de urgencia. Se trata de dos trabajadoras de un centro de Servicios Sociales en un distrito de Madrid de características sociales y económicas muy similares a las vividas en Tetuán. Escuchemos sus voces, que revelan la realidad densa y compleja en la que se mueven en su día a día:

PE2: Ahí el problema del trabajador social de zona, el profesional de referencia del usuario, así como está establecido, la intervención tiene muchas dificultades para encontrar espacios de coordinación más de red porque tiene el trabajo muy establecido. Tres días atención en el despacho, dos días de gestión y visitas a domicilio y tal. Y para mí encontrar espacios para poder

⁴⁶ PE1 y PE2 son abreviaturas de “Profesional Entrevistada”.

coordinar cuesta trabajo. Se hace porque hay que hacerlo, o no sé cuál sería tu experiencia en zona, pero cuesta un trabajo.

PE1: Ahora estoy pensando... hablábamos de las necesidades del distrito. Aparte que tendríamos que hablar de los mayores y la dependencia, otra de las necesidades del distrito es que necesitan unos servicios sociales con más profesionales (PE2: Sí), porque si el profesional que tienen de referencia tiene 400 expedientes es muy difícil que pueda abordar la intervención como se debe abordar.

PE2: La sensación del profesional es que hace una atención, a veces hace de apagafuegos. La continuidad de la intervención en el tiempo con las suficientes visitas a domicilio, coordinaciones, trabajo en red, proyección, devolución... es un trabajo que aquí no se puede hacer por la cantidad de población a la que se debe atender. Se hace, yo creo, un abordaje básico, pero se podría trabajar mucho más profundamente si un trabajador social de zona tuviese más tiempo y menos familias a su cargo. A veces... por ejemplo, el otro día una compañera y yo atendimos una familia en situación de urgencia. Cuando vamos a la casa vemos que no es una situación de urgencia, sino que es de gravedad y sin embargo habíamos hecho dos ayudas de comedor escolar durante dos años. No se les había hecho una entrevista en profundidad y había un expediente de absentismo en esa familia. No se había hecho una visita a domicilio, una simple visita a domicilio donde se hubiera visto ya el problema que había. En la visita a domicilio donde nos habíamos caído de... madre lo que está pasando aquí, veníamos preguntándonos la compañera y yo ¿por qué no hemos hecho una visita a domicilio aquí? ¿Por qué no nos hemos coordinado con absentismo, cuando hemos visto en el expediente de absentismo que ya había unos indicadores que habría que haber mirado? ¿Por qué? Porque no le ha dado tiempo al profesional. El profesional ha hecho las dos becas del comedor mirando la documentación económica pero no le ha dado tiempo ¿por qué?, porque ha tenido en el despacho una familia que sí ha manifestado una demanda concreta. Ésta solo había demandado apoyo económico y había una problemática que tarde o temprano salta. Pero la pregunta es ¿por qué no se ha hecho aquí antes algo?, pues porque no le ha dado tiempo al profesional de referencia.

PE1: Es triste, pero es así (PE2: Es triste sí, pero si no lo sacamos...). Es que estoy pensando casi 1.000 menores con beca y algo más de 20 profesionales, o sea ¿visitar todo eso? es imposible.

PE2: Otro montón de menores con medidas de protección, guarda, tutela...

PE1: Sólo podemos atender los casos urgentes.

PE2: Gestionamos muchísimas ayudas económicas porque todo lo que hemos explicado, es que hacemos mucha gestión que es nuestra tarea también, de renta mínima.

PE1: Y yo creo que eso es lo que necesitan los ciudadanos, un sistema

menos burocrático.

PE2: Es que gestionamos una cantidad de prestaciones, dependencia, teleasistencia... Además, son gestiones que requieren mucha tramitación, expedientes muy complicados, y entonces a veces estás atendiendo más al expediente que a la persona, te queda esa sensación. Calcular bien la renta mensual per cápita, revisar que esté bien la documentación, y dices: “bueno, al final has visto a la familia una vez” [...]. Quiero decir con esto que nosotros abordamos las necesidades en la medida que vienen, pero nuestra función también es prevención, y con los profesionales que tenemos no podemos hacer prevención, se nos escapan muchas intervenciones que deberíamos hacer. Yo, cuando llegué al Ayuntamiento, la sensación cuando empecé a trabajar es que trabajar en zona era trabajar a destajo, a destajo, me voy y me quedan siempre encima de la mesa mil cosas por hacer. Y no darte tiempo a pensar, y ésta es la realidad. Las políticas sociales se basan en los recursos que se ponen en marcha y el recurso básico es el trabajador social. Entonces hay muchas tareas que el trabajador social hace, pero que deberían abordar muchas otras a las que no llegan.

PE1: Y dejar de hacer otras como lo administrativo.

PE2: Por supuesto, lo administrativo.

PE1: Si esto no tiene una solución tan difícil, es: triplica el personal y pon cabezas pensantes que piensen cómo reducir los protocolos, es sencillo.

PE2: No, y que nos ayuden, programar. ¿De dónde salen los datos para la planificación, para la programación? Pues de intervención. ¿Pero qué devolución nos hacen de nuestros datos? ¿Desde dónde se debería programar? Es en la base, pero cuando tenemos que programar o hacer un proyecto ¿qué apoyo tenemos para hacer cualquier proyecto? Es decir, el trabajador social tiene que montar solo la intervención y montarse grupos de renta mínima, elaborar el contenido, tiene que hacer el grupo, tiene que hacer la evaluación, ¿con qué apoyo? Con el suyo, con su propia experiencia. Ahora vamos a tener sesiones de supervisión, ahora después de muchos años, lo bueno es que tenemos formación continua dos o tres veces al año, pero el trabajador social tiene poco tiempo y poco apoyo. [...]

PE2: Yo creo que el Ayuntamiento ha montado su sistema de servicios sociales y lo ha mantenido, pero yo creo que es un poco como el hermano pobre, sí (PE1: Es de segunda categoría), sí, es verdad, y no es que haya que mimar al profesional yo creo que hay que darle más herramientas y más tiempo. La población que atendemos no va a protestar, un abuelito no va a protestar y los hijos bastante tienen con atender al abuelito, y más aquí que la gente es muy poco reivindicativa (PE1: Bueno, la historia de este distrito), a día de hoy.

PE1: El problema es que es una población que han sufrido desde su creación. No es como otras que se han ido empoderando con determinadas cosas. Yo creo que aquí la población tiene su reivindicación, es verdad, y yo

creo que es algo que tenemos que trabajar, mucha gente no se queja y no reclama porque no se sienten ni sujetos de derechos y porque no saben hacerlo (PE2: Y porque no tienen cauces). Acuérdate del proceso de renta mínima cuando tardaban 18 meses. Que yo digo: para lo que está ocurriendo, qué poquitas quejas se están dando, pero es que es una población que ha sufrido siempre. Ahora parece que todo esto se está igualando un poco más, pero es una población muy sufrida. Y ha contado con el apoyo de entidades y asociaciones como de las propias familias, otra cosa es que hay mucha población que no se queja porque no saben que son sujetos de derechos y si lo saben no saben cómo hacer ejercicio. Por ejemplo, puede que hables con las compañeras del distrito de Salamanca y te dicen que son numerosas las quejas sobre todo de hijos, porque es gente que tiene más formación, más cualificación y son conocedoras de que sus derechos no están siendo atendidos. Yo creo que se mezclan esas cosas. [...]

PE2: Con las asociaciones del distrito hay un trabajo de coordinación importante, siempre lo ha habido, y hay un trabajo en red y una comunicación, siempre se podía hacer más seguro. Pero hacen una tarea buenísima además yo lo valoro muchísimo. Para los menores hay cosas de tiempo libre, de apoyo escolar, con las familias hacen una tarea francamente importante muy, muy, preventiva. Son fundamentales e imprescindibles.

¿Puede que estén haciendo el trabajo comunitario que no se está haciendo desde los Servicios Sociales?

PE2: Los procesos participativos yo creo que aquí son muy deficientes, es decir en la planificación, en todo, la población participa poco. Ahora, movilizar a la población significa un trabajo que no es fácil. Ya hemos dicho que el trabajador social apenas tiene tiempo para la intervención social, individual y grupal; y hacer un trabajo comunitario requeriría plantearse en serio un programa con los agentes sociales, crear redes o vías de participación y eso desde luego desde los servicios sociales no tenemos capacidad de abordaje.

PE1: Y aun así algo se hace, que yo el trabajo comunitario lo entiendo como distintas partes de la comunidad trabajando con un objetivo común, es decir si en esta zona tenemos este problema...

PE2: Pero yo creo que para que haya un trabajo comunitario tiene que haber una participación de la comunidad como hecho de partida y eso está por hacer, que no hay una participación muy activa de la población.

Capítulo 7. Lo cotidiano como infraestructura

7.1. Las relaciones cotidianas en la ciudad

Las relaciones cotidianas desarrolladas en barrios o vecindarios son realidades complejas. Cada relación constituye el encuentro único de trayectorias diferenciadas y, sin embargo, estos encuentros y estas relaciones son semejantes a las que experimentan cientos, miles o millones de personas. En esto consiste lo extraordinario de lo cotidiano, pues a través del microcosmos de la vida diaria, de relaciones aparentemente triviales, se pueden rastrear los pasos de muchas personas, entender procesos amplios que moldean nuestro mundo. Esta es una manera de entender la complejidad de la vida en la ciudad, donde se encuentran a diario personas que o bien mantienen relaciones anónimas y atomizadas, como en los pasillos del metro o en una calle concurrida, o bien llegan a traspasar las fronteras del anonimato y desencadenan una serie de vínculos de mayor intensidad, ya sean negativos o positivos, como puede ocurrir en el comercio local, en la espera del médico o en las escaleras de una comunidad vecinal.

En este capítulo presento los resultados de un estudio sobre las relaciones cotidianas de ayuda mutua entre vecinos y vecinas en el barrio de la Ventilla. Este estudio fue publicado como artículo en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016), que será la base para la elaboración del presente capítulo. El objetivo de este estudio fue analizar, desde la microescala de las interacciones personales, cómo surgen y evolucionan las redes de intercambio recíproco, para reflexionar de qué maneras pueden contribuir estos intercambios a la reconstrucción del tejido vecinal en el barrio de la Ventilla, dentro de un contexto global de crisis económica y adelgazamiento de los sistemas de protección social. El interés por este estudio centrado en redes personales de ayuda mutua surge de un estudio anterior (Gómez y Martínez, 2012; Herrera-Pineda y Tchipolo, 2015), sobre convivencia vecinal en este barrio, donde se observó que la crisis económica iniciada en 2007 agudizaba las situaciones de precariedad, ya sea por la exclusión sistemática del mercado de trabajo o por unos servicios públicos fuertemente mermados por los recortes.

En este contexto se observó la emergencia de dos procesos. Por un lado, una hostilidad latente entre los vecinos de origen nacional y de origen extranjero por el “reparto de ayudas” (becas, subvenciones, prestaciones sociales). Este tipo de conflictos se agravaban por la reproducción de prejuicios, estereotipos y rumores sobre personas de origen extranjero, pero también por una falta de comunicación entre vecinos y vecinas. Por otro lado, se reproducían discursos sobre cierta intensificación de las interacciones positivas entre vecinos y vecinas a raíz de la crisis económica, especialmente entre aquellas personas a las que la crisis les había provocado nuevas carencias y dificultades. En particular, se reproducía el discurso sobre un reforzamiento de la solidaridad vecinal y una preocupación generalizada por el debilitamiento de los lazos comunitarios en el barrio.

Así decido indagar en estos procesos de ayuda mutua entre vecinos y vecinas tanto de origen nacional como de origen internacional, para comprender el tipo de relaciones de convivencia y de conflicto que generaban los intercambios cotidianos. Es decir, en este capítulo ya no se observan colectivos vecinales en torno a proyectos más o menos delimitados, sino relaciones de ayuda mutua en un nivel personal, *de tú a tú*. Es una manera de entender la creatividad social también desde una escala cercana a nuestra cotidianidad, en la que todos y todas nos movemos. Así, en parte se puede desechar el “exotismo” o “heroísmo” con que frecuentemente se vincula ideas como solidaridad o apoyo mutuo vecinal. Desde los entramados de la vida cotidiana podemos comprender la capacidad de respuesta y creatividad de las personas que habitan este barrio, que moldean el espacio y generan nuevas posibilidades para la vida en la ciudad.

Se trata de prácticas de apoyo mutuo en un primer nivel de organización vecinal, a través de redes personales de reciprocidad. Esta reciprocidad vecinal actúa como una realidad subterfugia, poco visible, pero igualmente relevante para el sostenimiento de la vida en la ciudad. Lo cotidiano es la clave desde donde observar cómo se reconstruye el barrio y los entornos cercanos, para poder responder a intereses, anhelos y necesidades sentidas. En suma, estas redes de reciprocidad cotidianas expresan la complejidad de procesos de subjetivación, capaces de trazar vínculos entre lo individual y lo colectivo de la vida en la ciudad. En ello precisamente radica el interés de observar estas dinámicas, pues permiten

reflexionar sobre la diversidad y similitud de significados y manifestaciones del apoyo mutuo en la ciudad.

7.1.1. Redes de reciprocidad⁴⁷

El tipo de reciprocidad en todas las redes informales estudiadas se corresponde con una lógica de dones. En estas redes se observan dos grupos de vínculos con una intensidad marcadamente distinta: vínculos fuertes, en el ámbito familiar y las redes de amistad, y vínculos débiles en las redes de conocidos, en los que existe una mayor diversidad de intensidades en los intercambios. La diferencia fundamental entre vínculos fuertes dentro y fuera del ámbito familiar es que los intercambios fuera de la familia no producen en general una disminución del consumo, sino una mejor gestión de lo que sobra, o una camaradería del «hoy por ti, mañana por mí».

En las familias que comparten domicilio se da una situación de convivencia facilitada por la confluencia positiva de todos los factores de la sociabilidad. No obstante, las redes familiares están igualmente sujetas a conflictos, principalmente debido a sobrecargas de algunos miembros o asimetrías asociadas a roles de género o edad. En cualquier caso, es en la familia donde se refugia primeramente el individuo y donde se desarrollan relaciones más fuertes, con intercambios más frecuentes y multifuncionales, operando como una economía compartida.

Las redes familiares que no comparten domicilio tienen un elevado grado de cohesión gracias a la cercanía social. La distancia física disminuye la frecuencia, pero no la intensidad de los intercambios, especialmente materiales. Así, los intercambios económicos son menos frecuentes pero muy relevantes y dirigidos a ocasiones puntuales (con cantidades de dinero que van desde los 20 a los 1.000 euros, y cubren gastos desde recibos mensuales a tasas judiciales o cuidados médicos). Por otro lado, los intercambios informacionales y afectivos mantienen una elevada frecuencia e intensidad.

En las redes fuera del ámbito familiar la conjunción específica de factores situacionales, personales y culturales adquiere mayor relevancia para definir la

47 Este capítulo reproduce algunos fragmentos de una versión anterior publicada, cuyos autores estamos de acuerdo con su reproducción (Herrera-Pineda e Ibáñez-Gijón, 2016: 28). En esta versión se incorporan algunas modificaciones y nuevos contenidos relevantes para esta tesis.

intensidad de un vínculo. Este tipo de vínculos fuertes es valorado muy positivamente, dado que permite experiencias de cercanía personal y confianza fuera del —en ocasiones conflictivo y sobrecargado— ámbito familiar. También se evidenció que los vínculos débiles son apreciados y cumplen un papel positivo para la convivencia al proporcionar oportunidades para el intercambio.

Fuera del ámbito familiar, los recursos susceptibles de ser intercambiados son todavía muy amplios, aunque dependen en gran medida del grado de interacción y del conocimiento que se tenga de la otra persona. En vínculos débiles predominan los intercambios informacionales y afectivos: amabilidad, saludos, información sobre ayudas o empleo. Estos intercambios se dan con una frecuencia aproximadamente semanal a través de conversaciones puntuales donde se expresan las respectivas carencias y disponibilidades para el intercambio, y tienen lugar en espacios de encuentro como las tiendas del barrio, la cola del paro, el médico o los colegios. En ocasiones puntuales (comienzo de curso o cambios de estación) se intercambian recursos materiales sobrantes, como ropa de los niños o libros de texto de cursos anteriores. En emergencias debido a situaciones de súbita vulnerabilidad se intercambian alimentos y consuelo con los afectados. En vínculos fuertes fuera del ámbito familiar, además de los recursos intercambiados en los vínculos débiles, también se ponen en común bromas, aficiones, espiritualidad, historias compartidas, obsequios y gratitud. Estos intercambios tienen una frecuencia aproximada de varias veces por semana si existe proximidad física, y de una vez por semana si no existe.

Por último, roles y estereotipos culturales, de edad o de género dificultan la comunicación, generan asimetrías y pueden devenir en conflictos. Como estereotipos culturales, constatamos percepciones negativas sobre vecinos extranjeros o gitanos, en los que priman las ideas de delincuencia, falta de civismo y «expolio» de recursos propios. Los estereotipos y roles de edad se observan por ejemplo en casos de jóvenes que no acuden a ONG por vergüenza. Los roles de género pueden encontrarse en múltiples situaciones cotidianas, como la percepción social de mujeres extrovertidas y decididas como conflictivas, o la reclusión de la mujer al ámbito doméstico, con la consiguiente pérdida de independencia y desarrollo personal.

7.2. Tres redes personales de reciprocidad

A continuación, se presentan tres redes personales de reciprocidad. Se trata de tres historias personales que trazan toda una topología de relaciones de reciprocidad en distintos niveles de intensidad. Un factor determinante en la situación de estas personas es que han perdido o modificado profundamente su antigua forma de vida a raíz de la crisis económica. Cada uno tiene historias distintas, pero comparten carecer de la seguridad económica que tenían previamente a la crisis. Todos los informantes se encuentran en desempleo, y realizan muy limitados intercambios mercantiles. Los intercambios más relevantes son los recíprocos en las redes informales y los redistributivos con instituciones públicas y ONG ubicadas en el barrio.

La reciprocidad en su forma de devolución del don es crucial en estas redes entre vecinos y vecinas, pero también se presenta en las redes de redistribución. Desde entidades benéficas o de acción social también se esperan muestras de esfuerzo y voluntad de salir adelante (búsqueda activa de empleo, proactividad, etc.). Por otra parte, el sentimiento de gratitud puede conllevar la continuidad de los dones en forma de colaboraciones o participación voluntaria en las ONG, o incluso la colaboración con estas entidades o con otras personas, siguiendo la idea de devolución de una ayuda recibida. Como señala Sara:

Ahora yo puedo certificar, yo nunca me he acercado a estas cosas de Cáritas, de Cruz Roja... Ahora es que lo he vivido, y se lo decía justo ayer a mi hija cuando estábamos comiendo, le digo “cuando tenga [se refiere a solvencia económica], mi colaboración va a ir a para Cáritas” [se ríe]. Va a ir para Cáritas porque me están ayudando. Me dice “¡te has dado cuenta que sí ayudan!” Le digo sí. Es que a ella justo le llamaron de Unicef, me parece que la llamaron ayer, y le dicen que 12 euros mensuales. Entonces dice mi hija “en este momento quiero que me los den a mí”.

Para facilitar la exposición de las redes personales, éstas se han organizado en torno a dos grupos distintos: la familia y los vecinos. Esta elección se basa en los marcadamente distintos grados de cohesión que en general fueron observados, que pueden dar lugar a distintos niveles de reciprocidad en el intercambio cotidiano. Dentro del conjunto de vecinos del barrio, se ha diferenciado como subgrupo la «comunidad de vecinos», que alude a aquellas personas que viven en el mismo edificio que el informante clave. Esta distinción pone de relieve el hecho de que la

proximidad espacial forzada por la estructura urbanística del barrio tiene como consecuencia el establecimiento de numerosas interacciones, tanto positivas como negativas. De cada actor se presentan una serie de características comunes para comprender su situación, así como los datos adicionales que puedan ser especialmente relevantes para comprender al actor o sus intercambios. En las Figuras 1, 2 y 3 del Apéndice I se presentan visualmente los sociogramas de las redes de intercambio de Sara, Lucía y Pedro respectivamente⁴⁸. En estos sociogramas se han representado distintos niveles de reciprocidad, que son discernibles gracias al análisis cualitativo que permite observar distintas intensidades en el intercambio recíproco. No se han representado las relaciones con las ONG e instituciones (benéficas o gubernamentales) ya que, al tratarse de redes de carácter formal, son periféricas al objeto de estudio sobre reciprocidad. Sin embargo, es de destacar el papel esencial que desempeñan estas redes formales para todos los actores de las redes sociales estudiadas.

7.2.1. Sara: *¡no voy a permitir que el mundo me hunda a mí!*

Sara tiene 54 años, es ecuatoriana, vive con sus tres hijas en Madrid desde hace trece años y en la Ventilla desde hace ocho. En Ecuador gozaba de un nivel socioeconómico alto, pero la crisis económica de 1999 desequilibró su economía y decidió emigrar:

Claro, es que estábamos... llevamos una situación bastante cómoda, buena. Mi exmarido trabajaba en (una institución pública), en una sección. Y de allí (la) privatizaron, hicieron unas liquidaciones en sucres, ¿no? Bueno, en ese entonces todavía era el sucre y estábamos.... Y de la noche a la mañana, claro, tiene que acordarse, le digo yo siempre, lo digo yo así en broma “yo era millonaria el día viernes, y el lunes amanecí pobre”. Cogieron el dinero, todo lo que había en el banco y los que teníamos más de 500 dólares... Y de ahí cuando lo devolvieron ya fue moneda devaluada, y ya... Y cuando hubo esa cuestión yo me decidí (a emigrar).

Sara tiene formación universitaria, ha trabajado como funcionaria en Ecuador y en España trabajó durante años como agente de seguros en una empresa multinacional, lo que le dio gran estabilidad económica y permitió que dos de sus hijas estudiaran en una universidad privada. Debido a la crisis económica en España, lleva un par de años desempleada, por lo que trabaja ocasionalmente desde casa

⁴⁸ Todos los nombres que aparecen en este trabajo son nombres ficticios y los datos temporales se refieren al momento en que se realizó el trabajo de campo.

preparando catering por encargo. Una de sus pasiones es cocinar, por lo que el catering lo considera un “reciclaje” laboral del que además disfruta. Pero le gustaría tener algo más estable y formal que el catering o las comisiones esporádicas que logra con los seguros:

Y luego pues los seguros han ido de mal en peor, ya la gente prefiere comer a pagar su seguro, ¿no? Entonces he tenido que dejar... Yo ya directo ya no pertenezco a ninguna compañía, sino que colaboro con empresas y cuando tengo algún seguro llamo: “mira que tengo esto, ha salido”. Me dan una comisión y se acabó la historia. Pero ya no es como antes que yo iba, y tenía una mesa, con ordenador y teléfono y comenzaba, concertaba entrevistas e iba [...] Yo ahora pues ya no lo tengo como un ingreso, porque no... no hay. Entonces me he estado reciclando dentro de la cuestión de... catering, estoy haciendo un poco de catering, pero también ahora la gente se lo piensa (se ríe).

Sara tiene “encanto” (es sociable, cercana, sus gestos son elegantes, es risueña). Y ella misma muestra lo importante que es esto para ella. Al hablar de su vida actual, remarca la importancia de la autoestima, en particular el autocuidado en el bienestar físico y psíquico. Para ella, la apariencia física no es algo meramente superficial, sino que significa mantenerse bien, hacer por estar bien. Es una forma de construir resiliencia a diario con una misma y frente al mundo.

Yo veo, por ejemplo, que a mí me da ánimo el maquillarme, salir y mirarme en el espejo y decirme “bueno, ¡si te ves bien! Sal a la calle, y bueno, voy a salir a conquistar el mundo, ¡no voy a permitir que el mundo me hunda a mí!” Entonces me doy ese ánimo a mí misma, mirándome al espejo. Me dicen mis hijas “¡estás loca!”. Digo, sí porque si no, aquí me quedo deprimida, y me voy a quedar. Y yo he tenido bajones, bajones muy serios, bajones porque el cambio de vida nuestro ha sido muy drástico, como decía mi exmarido trabajaba, era jefe, yo trabajaba, ganaba muy bien...

Sara tiene tres hijas (Andrea de 25 años, Tatiana de 30 y Raquel de 32). Todas ellas han cursado estudios universitarios en España, han trabajado temporalmente en sus profesiones y en trabajos menos remunerados, pero recientemente dos de ellas han emigrado a Gran Bretaña y Canadá para conseguir un mejor futuro que el que les ofrece España. Sara ha inculcado a sus hijas valores como el esfuerzo personal y la ayuda mutua entre familiares. Y el propio proyecto migratorio (que se vuelve a repetir) se entiende como parte de un crecimiento personal donde se resalta el esfuerzo y la valentía. Las tres hijas muestran gran disponibilidad a colaborar con recursos tanto materiales (como el dinero que obtienen cuando

alguna consigue trabajo, destinado para gastos domésticos) como inmateriales (dedicando horas a la preparación del cátering, o en tareas domésticas, como limpiar o mantener la casa ordenada), y mantienen una comunicación continua entre sí (conversaciones personales, anécdotas, consejos, ánimo, decisiones comunes, información). Se trata de intercambios diversos y esenciales para el sostenimiento de una economía inestable. Sólo cuando las dificultades económicas se agudizan, se acude a entidades de ayuda social, especialmente ONGs:

Bueno, aquí hemos tenido temporadas eh... Mis hijas siempre ha habido una que está trabajando, aunque no bien, pero... ahí ha estado trabajando. Y yo en cuestiones, como le digo, informales, he estado también trabajando de alguna manera, ¿no? Ya sale una tarta, ya sale una comida o lo que sea, así que algún ingresito hemos generado, ¿no? Pero ahora en el invierno, porque me desfinancié total, porque había estado fallando la caldera, no nos dimos cuenta del estado, y me llegó la factura, una factura de 700 euros, ¡de gas! Y después otra de 300, o sea en dos facturas: ¡1000 euros de gas! Ahora venga la del agua, la de la luz, venga la del teléfono, y todo. Entonces, eso me liquidó. Por eso recurrí a ver si me podían echar una mano porque no me daba la vida, o sea ya no. Y una de las que estaba trabajando, al tenernos prácticamente que ayudarnos aquí, porque yo no tenía ni la ayuda de la seguridad social, o sea del INEM ni nada de eso. Yo ya agoté, así que no tenía nada de eso. Ahora me han vuelto a dar un RAE, unos 400, me están dando esa ayuda desde mediados de abril, que casi la pierdo porque asimismo estuve enferma y no fui a sellar. Me la habían suspendido, tuve que hacer malabares.

Cabe resaltar que lejos de la pasividad que se presupone a quienes piden ayudas, el acudir a entidades de protección social también conlleva proactividad y traspasar barreras. Especialmente la vergüenza, que se construye de maneras complejas: o bien desde la subjetividad de sentirse avergonzado (de sentirse fuera de lugar), o bien desde una posicionalidad estratégica que construye la vergüenza (la pena, la lástima) en beneficio propio, para lograr acceder a recursos, o bien tomando la vergüenza como un objetivo a superar, mediante un rechazo pleno a construirse desde esos términos, enfatizando cuestiones como la autonomía personal o la dignidad. Sara, por ejemplo, expresa la necesidad de no tener que “dar pena” ni exagerar frente a profesionales de entidades de protección social para obtener ayudas:

Yo por costumbre, no salgo a la calle sin maquillar, entonces, le decía a Beatriz [trabajadora social], justamente porque me decía otra que trabaja allí con ella, no sé cómo se llama una señora mayor “yo siempre que te veo, vas maquilladita”. Les dije “sí, a lo mejor les va a llamar la atención porque a mí en primer lugar me dijeron que cuando vaya a venir aquí, donde ustedes,

venga con una ropita... muy sencilla y que no venga arreglada, y no sé qué. Y la verdad es que yo necesito. Pero yo no voy a venir así, porque yo me voy a sentir peor". O sea, yo trato de mi estado de ánimo mantenerlo muy alto, y mi autoestima nunca se ha bajado tampoco. O sea, yo en eso... Y le digo a todo el mundo el hecho que estemos atravesando por circunstancias, porque en la vida todo es circunstancial, entonces no quiere decir que tengamos que... *meternos, que escondernos, hundirnos en un hoyo, ¿no?* Tenemos que tratar de salir, de *salir adelante*, de coger y de sobreponernos, animarnos nosotras mismas [subrayado mío: metáforas de ocultamiento-visibilidad]

Este fragmento es significativo de cómo se experimenta cotidianamente la crisis económica y la propia subjetividad, especialmente en la interacción con instituciones públicas o no gubernamentales. Como veremos en el capítulo dedicado a los colectivos vecinales, las metáforas sobre el ocultamiento, el silenciamiento, y el *salir adelante*, el volverse visibles -para los demás y sobre todo para uno mismo-, el reconocerse, son recurrentes, pues lo cotidiano se expresa desde quiebras y reconstrucciones continuas de una autoestima ligada permanentemente a diversas vulnerabilidades. De modo que las interacciones cotidianas en el barrio reconstruyen la imagen del individuo. En estas relaciones se da un reflejo de quién se es, de cómo se está, de qué posibilidades hay.

Por ejemplo, los intercambios con ONG y entidades públicas pueden tener dos resultados: o bien reproducir procesos de dependencia y cronificación de la pobreza (reforzando la autoimagen de no tener más expectativas que las ayudas), o bien ayudar en situaciones urgentes promoviendo la autosuficiencia. El sostener situaciones difíciles, aunque sea por tiempos limitados, puede ser determinante para una evolución positiva, evitando el estancamiento y el agravamiento de las carencias. Ahí radica la complejidad de los intercambios redistributivos, pues existe una gran diversidad en el modo en que actúan estas entidades (el mayor o menor éxito dependerá de múltiples factores: de qué recursos oferten, con qué continuidad, con qué capacidad de inserción laboral, etc.). Dadas estas condiciones, en último término la evolución de las situaciones depende de los recursos, capacidades y repertorios vitales de cada persona, es decir, depende en buena medida del individuo y sus circunstancias personales, que igualmente pueden ser muy diversas.

Entonces no me gusta cruzarme de brazos, es lo mismo que les inculco a mis hijas, que en la vida no te puedes quedar allí esperando que te caigan las cosas del cielo, hay que coger y buscar, y emprender y salir. Y bueno, y la gente que va a veces me... no me gusta. Entonces cuando yo converso con

mucha gente de aquí con las vecinas, porque tienen que estar aquí “¿para qué preñaste?, ¿para qué lo hiciste? Ya lo tienes, no puedes hacer nada más. Ahora ¿qué piensas hacer?, ¡busca algo que hacer!” “Y sí, que ya voy, que no sé qué...” Les digo “¡es que no podemos estar siempre viviendo de la caridad!” Yo me siento mal. O sea, yo que ahora he ido a pedir una ayuda, le he dicho a Beatriz [trabajadora social], la verdad que *no es que yo me sienta bien*. Yo en el fondo sé que hay gente que a lo mejor necesite mucho más que yo, ¿no? Pero bueno, en este momento sí que me apremia, mañana o pasado yo ya resuelvo mi situación. Mi situación en mi país. Entonces tengo para vivir si quiero allá, muy bien, y si quiero acá, por lo menos vivir tranquila. Si hay trabajo, pues en buena hora, si no hay trabajo, ya me las arreglaré yo por mi cuenta, pero tendría para vivir. Pero *en este momento, en este momento, hoy por hoy*, como les digo, no, no tengo una solvencia, no tengo una solvencia. Entonces por eso me veo obligada, y apenada, y hasta con cierta vergüenza cuando me voy a solicitar ayuda, ¿no? Pero bueno, prefiero eso, a andar por ahí haciendo cosas malas. [subrayado mío: cambio de tono, más énfasis].

Dentro de su entorno familiar cercano, sus dos sobrinas (Luisa y Miriam, hermanas de 25 y 26 años) actualmente se alojan en su casa. Han viajado recientemente a Madrid para cursar estudios de máster. Su situación económica es ligeramente más favorable que la de Sara. Intercambian frecuentemente bienes inmateriales (frecuente comunicación —antes por teléfono— en la que comparten consejos, anécdotas, cariño e información, como la que Sara ha ofrecido tanto para preparar el viaje a España como para facilitar su estancia) y bienes materiales muy importantes para la economía familiar (Sara no les cobra alojamiento, pero sí los gastos de calefacción, cantidad considerable en invierno). Sara intenta que sus sobrinas estén a gusto, no sólo en la vida familiar, sino también procurando su bienestar en el nuevo país (por ejemplo, se preocupa porque puedan salir a conocer la ciudad y nuevas personas).

Rubén, su exmarido, tiene 55 años, es ecuatoriano e ingeniero mecánico. Cuando aún era su marido, estuvo meses en España, pero regresó a Ecuador, donde vive actualmente, porque a diferencia de ella, rechazó empezar con trabajos menos cualificados. Desde hace algunos años, Rubén ha privado a Sara del usufructo de los bienes inmuebles que tiene en Ecuador, por lo que mantienen un largo y complicado litigio que requiere recursos permanentes (desde conversaciones recurrentes con sus familiares, a dinero para asesoría o trámites, hasta gestiones presenciales por parte de familiares en Ecuador). El intercambio con su ex marido se basa en la confrontación y en la ausencia de diálogo tanto con Sara como con sus hijas. El grupo representado en el sociograma con el título de «otros familiares» incluye a hermanos

y primos que viven en Ecuador, todos ellos profesionales con trabajos altamente remunerados. Sara y ellos mantienen una comunicación frecuente a distancia (comparten conversaciones, consejos, cariño) y se han mostrado siempre dispuestos a colaborar: ellos con préstamos monetarios o papeleos del litigio de Sara con su exmarido en Ecuador, y Sara con su hospitalidad durante los viajes turísticos que hacen con cierta frecuencia a Madrid, preparándoles cenas en su casa o acompañándoles en visitas turísticas.

La «comunidad de vecinos» está compuesta por personas de mediana edad, tanto españolas como extranjeras de múltiples orígenes geográficos que viven en un edificio de vivienda protegida. La mayoría tenía trabajos poco cualificados y actualmente está en el desempleo. Estos vecinos comparten valores para la convivencia como la idea del bien común y la cordialidad (conversaciones breves y, aunque frecuentemente superficiales, en general apreciadas). La mayoría muestra disposición a colaborar en decisiones comunes, como aplazar los pagos de algunos vecinos o contribuir con pequeñas cuotas para obras en el edificio.

[*Hablando de cómo ha afectado la crisis económica*] Sí, se refleja por ejemplo en los pagos a la comunidad. Anteriormente estábamos al día, ahora nos toca ir que si un mes sí, un mes no, entonces nos toca ir con eso a preguntar que “¿cómo te va?”, y la mayor parte pide ayudas. Yo me voy a pedir ayuda aquí por referencia de otra que, a la vez, a esa le había dicho otra. Así que acabo la conclusión de que la mayor parte de la gente que vive aquí, están solicitando ayuda. Entonces les dan, otras han agotado, ya no les quieren dar porque siempre lo mismo... Entonces se ve que hay... que son muy pocos los que están con trabajo, dentro de este bloque, por ejemplo, trabajan, uno, dos... tres... como unas cinco personas. Y el resto estamos así, cosas irregulares, con las ayudas, y no sé cuánto.

Como que ha servido también como para que la gente se comunique un poco más, ya... no vaya tan a su ritmo, que salían corriendo “hola” y nada más que eso. Ya, ahora más o menos nos plantamos a hablar de algo “que mira, que mi hija también ha tenido que irse- mi hijo también” [se refiere a emigrar al extranjero], “porque la situación aquí, yo ya no tengo, si es que no puedo, no puedo pagar esto, no puedo lo de acá”.

A pesar de vivir situaciones de inestabilidad socioeconómica similares, cada familia y cada persona maneja su economía de maneras distintas. Esto es potencialmente conflictivo, sobre todo para los intercambios recíprocos, pues se valora y estima los esfuerzos y recursos empleados en el intercambio. Pero también se refleja como conflictivo en intercambios de tipo redistributivo, como los que

realizan ONG o instituciones públicas, que igualmente deben valorar y ponderar las situaciones económicas de las personas demandantes de ayudas:

Hay gente también que tiene coche, tienen coche, tranquila, y andan pidiendo también cosas, ¿no? Entonces sí, la crisis afecta a todo mundo, pero hay otras que la adaptan y priorizan ciertas cosas. Para nosotras la prioridad es comer y tener los gastos, los servicios principales, tenerlos al día, a mí no me gustaría estar sin luz, no me gustaría estar sin agua... Eso porque me enfermaría, ¿no? Entonces yo priorizo eso a estar, no tengo coche, cambiando de muebles, o cosas así.

El clima vecinal es de cordialidad, pero también de cierta hostilidad latente entre vecinos y vecinas, especialmente por la acumulación de pequeños desencuentros, lo que impide una interacción cercana, o por conflictos abiertos, donde se pueden reproducir comportamientos xenófobos. Por ejemplo, Ana y Marta son españolas de mediana edad y amigas de confianza. Ana es ama de casa y vive con su marido e hijos. Marta es soltera, trabaja en el sector servicios y tiene un hijo de 13 años. Estas dos vecinas han generado malestar en la comunidad de vecinos, pues no han colaborado con las obras del edificio y han denunciado a Hassan (incluido en el sociograma dentro de «otros vecinos»), vecino reciente de origen iraní, que trabaja como electricista y vive con su esposa e hijos. Hassan se muestra dispuesto a colaborar con la comunidad de vecinos (hizo gratuitamente una instalación eléctrica para el edificio y compró material con su dinero). Ana y Marta le han denunciado por instalar una antena, alegando perjuicios a la comunidad, pero han respetado a otros vecinos españoles que tienen la misma antena. Este comportamiento discriminatorio los ha enfrentado y ha distanciado a otros vecinos, entre ellos Sara, que además están molestos por las continuas quejas de estas vecinas (como desapariciones de cartas en sus buzones).

Hace meses, Sara mantenía un intercambio frecuente con Marta, tanto material (le regalaba alimentos de manera constante) como inmaterial (conversaciones personales, consejos ante dificultades) fundado en la amistad que tenían, en la empatía que sentía hacia la situación económica de Marta (le comentaba que tenía muchas dificultades y que destinaba su sueldo íntegramente a pagar facturas) y especialmente en el cariño que le tiene al hijo de Marta. Esta relación se cortó porque Sara descubrió que Marta se permitía lujos para ella inasequibles, como aire acondicionado en verano, lo que interpretó como falta de honestidad. “Esas cosas no

las resisto”, dice, “no te puedes aprovechar del otro”. En esta relación, las quejas continuas de Marta sobre no tener dinero (no tener para comer, tener muchas facturas, negarse a pagar una cuota de 7 euros de la comunidad de vecinos, etc.) habían activado varios esfuerzos por parte de Sara (como llevarle comida preparada sobrante de sus caterings). Pero un día por casualidad Sara descubre que la vivienda de Marta tiene unos cables de aire acondicionado. Le dice: “¡no sabía que tú tenías aire acondicionado!” Ella le responde, que sí, que “en verano hace mucho calor”... Sara dice que eso le enfadó bastante. Piensa que, si alguien realmente no tiene para comer o vestirse, como decía Marta continuamente, no usa aire acondicionado, sino que coge el abanico, como Sara hace cuando en efecto tiene calor.

La reciprocidad es un proceso de continua puesta en común de una amplia diversidad de recursos. Es decir, es un proceso de activación multidimensional de las capacidades, habilidades, afinidades, recursos, informaciones, gestos, etc. que cada persona puede poner al servicio de la interacción. En este sentido, es una construcción altamente dinámica, que evita las paralizaciones, pues éstas se convierten y se interpretan como desequilibrios. El mantenimiento de la simetría social es crucial para la evolución positiva de las redes de reciprocidad. Si no se equilibran los esfuerzos, por lo general se dan rupturas en el intercambio y conflictos en las relaciones sociales. Este carácter activo e igualitario de la reciprocidad la convierte en una dinámica muy próxima a la concepción del apoyo mutuo, pues no sólo busca el empoderamiento personal, sino también el equilibrio colectivo a través de la distribución de los esfuerzos:

Entonces hay que tener la cabeza más bien fría para poder pensar y ver por dónde voy a salir. Entonces yo aquí no no permito que me quieran conmovier con lágrimas, entonces yo no acepto eso, porque no es tampoco, no es mi forma. Entonces a mis hijas cuando les hablo también “no, no, no, háblame tranquila porque yo no te entiendo, es que no te entiendo, y no me vas tampoco a presionar llorando. No, tranquila, piensa qué podemos hacer”. Todo el mundo tiene que aportar, si no aporta económicamente, aporta en ideas, entonces busquémosle solución. Entonces eso es lo que yo trato, cuando me reúno aquí, como digo, así en las amistades, hay mucha gente que le gusta conversar conmigo porque dicen como que les inspiro confianza y fuerza. Y dicen soy muy positiva, entonces les digo “claro, cuando uno se vuelve negativo, todo se le cierra, todo se dificulta”. Entonces aún en las adversidades, hay que tener una sonrisa.

Nahid es marroquí, de religión musulmana y de mediana edad. Vive con sus cuatro niños (incluido un bebé) y está separada de su marido. Trabajaba en limpiezas, pero ahora no tiene trabajo. Nahid recibe frecuentemente alimentos de instituciones benéficas, que intercambia con Sara según preferencias mutuas.

Sí, entonces tengo una vecina marroquí. Ella parece que va a pedir ayuda también en Cáritas, Cruz Roja o no sé. Y entonces en ocasiones pues les dan embutidos, le dan cosas así quesos y no sé qué, entonces lo que ella no come, no le gusta, embutidos por ejemplo no come, nada que sea cerdo, nada de eso, los quesos también no se inclinan mucho por los quesos, entonces todo eso me lo pasa a mí. Entonces ella me dice “oye que tienes tú harina para hacerme un bizcocho” yo “sí..., yo tengo harina, toma los huevos”. Entonces nos vamos intercambiando... Otra [vecina] que asimismo se va al pueblo, trae queso, trae miel. A mí me gusta la miel porque tuve problemas de garganta y siempre me gusta miel con limón. Entonces ella me trae cositas así y yo también cojo y le doy leche, o le doy un poco de... preparo comida también, entonces a veces exagero y cojo y le digo “mira, que tengo esto, llévatelo, ¿no?” Le llevo a ella de comer, come de mi comida [no se entiende bien]. Entonces estamos así, o sino: “mira que tienes un aceite”. Ella tiene ahora tres hijos, dos en crecimiento, se están desarrollando, tiene uno de catorce y otro de quince, comen muchísimo.

Ambas mantienen ciertas diferencias de actitud, que interpretan en términos culturales (como el que Nahid vuelva repetidas veces con su marido, algo que Sara atribuye tanto a la personalidad como a la cultura de Nahid). No obstante, estas divergencias son resueltas en las charlas frecuentes que comparten, donde expresan preocupación mutua por sus necesidades (ambas sienten empatía ante sus problemas familiares, y por ello se dan consejos).

Rocío es española, tiene 35 años, es soltera y vive con su madre. Trabajaba en sector servicios, pero actualmente no tiene empleo. La interacción con Sara evolucionó gracias a un encuentro casual en el que intercambiaron bromas. Esto le llevó a romper prejuicios que compartía con otros vecinos (que la tachaban de «buscapleitos»), le permitió entablar una amistad muy valorada y descubrir que el tiempo libre (dilatado por no tener trabajo) y el bienestar anímico eran preocupaciones comunes para ambas. Sus intercambios consisten básicamente en compartir actividades de ocio (como pasear juntas aprovechando el paseo del perro) y pequeños detalles como bebida y comida de «picoteo» bajo la idea de «hoy por ti, mañana por mí» (por ejemplo, en un parque donde a veces comparten algún

tentempié, o en terrazas de bares consumiendo lo mínimo) que les permite evadirse y tener compañía fuera del ámbito familiar.

Silvia es española, tiene 30 años y vive con sus tres hijos y su marido. Ambos trabajan (ella en limpieza), pero tienen muchas facturas que pagar. Silvia y Sara intercambian frecuentemente bienes simbólicos (conversaciones personales, consejos, información sobre ayudas económicas) y materiales (alimentos según gustos o necesidad). Valoran la atención que ambas muestran a sus circunstancias personales y la activación de ayuda mutua que responde a sus necesidades. Por ejemplo, cuando Sara recibió ayuda de Cáritas y Cruz Roja, la compartió con Silvia en agradecimiento por sus consejos, y por entender que su situación era más desfavorable. Ambas aprecian mucho esta relación, especialmente por lo detallistas que se muestran la una para la otra. Sara cuenta que se han hecho pequeños regalos de cumpleaños. En estos dones lo que se valora es el aspecto cualitativo de determinado objeto, lo que «hay detrás»: intenciones, motivaciones, esfuerzos. «Lo que cuenta no es el objeto regalado sino el gesto de dar».

Julia es española, jubilada y vive con su marido. Julia es pastora evangélica, lo que le permite acceder a recursos del Banco de Alimentos. Sara le ha ofrecido en varias ocasiones comida preparada por ella, y Julia la ha recibido, pero sólo le ha regalado alimentos de manera extraordinaria, sin mostrar disposición a intercambiar mayor cantidad de alimentos ni información sobre ayudas. La poca respuesta ante los esfuerzos de Sara ha enfriado la relación, sobre todo porque la posición de Julia es privilegiada en el acceso a alimentos y no muestra disposición a colaborar. Por ello, Sara ha dejado de regalarle comida y su comunicación es cada vez más esporádica y superficial.

Hardik es hindú, tiene 45 años aproximadamente, regenta una frutería, pero trabaja principalmente como traductor. Mantiene con Sara frecuentes conversaciones, donde intercambian ideas, conocimientos, experiencias, y en ocasiones alimentos. Por ejemplo, una vez Sara le enseñó cómo aprovechar la fruta muy madura, algo de gran importancia para el sostenimiento de su frutería. Él por su parte le enseñó recetas de comida hindú, por lo que conectó con la afición de Sara. Intentaron abrir un negocio de restauración entre ambos, pero este proyecto fracasó por la complejidad burocrática requerida para emprender un negocio.

7.2.2. Pedro: *lo hago porque eso me nace de dentro*

Pedro es de origen dominicano, de rasgos fenotípicos negros, tiene 56 años y lleva viviendo 27 años en España y 13 en el barrio de la Ventilla. Pedro es enfermero de profesión, sin embargo, no ha ejercido su profesión en España, donde ha trabajado cuidando personas mayores durante 12 años. Desde hace dos años está en situación de desempleo y sólo trabaja esporádicamente por horas. Pedro llegó como inmigrante ilegal y tuvo grandes dificultades al inicio, llegando a dormir bajo un puente durante varios meses y sufriendo situaciones de racismo. Esta experiencia y su religiosidad (practica la religión católica) son fundamentales para comprender su preocupación y empatía por personas en situación de pobreza. De hecho, aunque su situación económica es muy precaria (actualmente ya no percibe ningún tipo de prestación social), atiende en su domicilio a muchas personas con necesidades básicas, movido por sentimientos de compasión y su sentido del sacrificio y caridad hacia el prójimo:

Y compartimos como hermanos lo que tienen, otros van a casa, llevan la ropa para lavarla, otros cogen así, cuando la echan. Tengo una ecuatoriana y un boliviano que les di alojamiento para 15 días sin cobrarle nada, porque no tengo. Yo tengo una familia, y entonces se me llena la casa algunas veces y somos 20 y 15 gente, y los vecinos son, no son muy tolerantes con eso. [...] Entonces son gente que andan en la calle, no tienen... algunos huelen mal, otros tienen, pero hay que soportar como vengan, aquí vienen mal... a sudor, vienen muriéndose de hambre, otros no tienen ni transporte para volver, y andan a pie. Entonces hay maneras en que se buscan la vida. Otros que ya no los había visto yo, que es una faceta que veo ahora, que es el hambre tan grande que van a los supermercados y se comen, destapan los productos y comen delante, otros se echan champú en la cabeza para ir a ducharse luego.

Pedro vive con su madre (María, anciana sin pensión de jubilación) y sus hijos (Olga, Roberto, Andrés y Sergio, de entre 21 y 27 años), todos con estudios secundarios y en desempleo. Pedro está separado de su esposa que viajó a República Dominicana hace unos años. Aunque el deseo de Pedro es volver a su país para reunirse con su mujer, permanece en España porque sus hijos quieren vivir aquí y no son independientes económicamente.

Yo... sí, tengo mis hijos ya mayores de edad, no tienen trabajo. Este barrio es muy peligroso, aconsejo también a mis hijos de que no se entren en bandidajes, porque hay chicos también españoles que los conozco yo, que voy a X [un supermercado] allí abajo y me siento allí a mirar y se entran y sacan la comida, porque la situación ahora está mal mal.

Ellos querían cursar estudios superiores, pero su situación económica no se lo permite. La situación de la juventud es algo que le preocupa de manera recurrente a Pedro. De hecho, al hablar sobre conflictividad en el barrio señala lo siguiente:

Esto [refiriéndose al parque donde nos encontramos] lo cogen para tomar, entonces hay un conflicto entre... la juventud no tienen ni un euro, muchos de este barrio no estudian. Ya comenzamos por el primer conflicto. Entonces, están todo el día en la calle, ¿por qué? Porque no hay trabajo. Andan todos los días buscando [no se entiende bien] trabajo. Entonces, permíteme, el conflicto de aquí, es que muchos de esos chicos andan sin comer, y yo diría ¿por qué en este barrio no hacen un comedor económico o algo?

La experiencia cotidiana de Pedro le hace interpretar la vida del barrio desde un prisma negativo, enfatizando situaciones de gran precariedad económica y de una serie de vulnerabilidades sociales, legales, afectivas, de salud que afectan a numerosas personas. El espacio está atravesado por estas experiencias que él conoce de cerca:

Y si yo se lo enseño un día, gente durmiendo en chabolas, gente entrándose a un piso de okupas, y usted dice: ¿cómo vive esa gente? ¡¡La gente tiene que entrarse!! ¡A esos pisos! ¡Porque están todos...! Ya pisos de okupas hasta... yo conozco mucha de la gente que estaba en la calle en invierno y se entraron, porque ahora es bueno, usted viene aquí [se refiere al parque donde estamos] sin llover, y pone un cartón y duerme allí. Pero esta gente que no tiene nada, ¿de dónde va a coger? ¡Aquí hay unos marroquis que a mí me dan pena! Allí en aquella esquina hay una señora que se llama María, esa señora es española y donde usted ve [un edificio público] que está allí. Yo vi cuando tumbaron su casa y se le echaron todo en un camión. A esa señora le llevaba yo lentejas, comida, agua, pero ya cuando no tengo nada... ya yo no le llevo nada. A veces yo voy y la saludo y le doy los buenos días, pero esa señora tenía su casa. Para hacer esa [un edificio público] la Comunidad de Madrid, ese mismo día llegaba yo a este barrio. Llegó y le tiró todo en un camión, y ella reclama todas sus pertenencias. Tenía un camión lleno de muebles buenos, y ollas y todo, y se lo tiraron, así como a la basura, y es española.

En este contexto, Pedro les ha inculcado sus hijos valores humanitarios y cristianos como la compasión, generosidad, sacrificio o la solidaridad. Y pese a algunas divergencias por la edad y rasgos personales (por ejemplo, vergüenza y timidez de sus hijos a pedir ayudas en centros benéficos), todos los miembros colaboran con las tareas del hogar (orden, limpieza y cocina) o con recursos encaminados a mejorar su bienestar social y el de sus vecinos (comparten el salario cuando alguno encuentra trabajo temporal, van a comprar productos más baratos

lejos de casa). Cotidianamente intercambian anécdotas, preocupaciones, consejos o ánimo. Sin embargo, también se experimentan sobrecargas cotidianas en el domicilio, especialmente entre los hijos, lo que es potencialmente conflictivo para la convivencia familiar.

Las situaciones vividas por la juventud van íntimamente relacionadas a la precariedad, y así lo expone Pedro en la mayoría de las veces que habla sobre situaciones de pobreza o inestabilidad económica. Expresa, por ejemplo, la frustración de sus hijos, al ser jóvenes, tener tiempo libre y no tener acceso a un ocio asequible. Son estas circunstancias cotidianas el ángulo desde donde entender la espacialidad del barrio. Por un lado, un espacio lleno de fronteras, de asimetrías, de códigos y relaciones de poder que “ordenan” y “limitan” la vida. Por otro lado, un espacio poroso, que es practicado y donde se reflejan distintos usos cotidianos, reacomodaciones y desobediencias, es decir, un espacio que es reconstruido desde necesidades e intereses sentidos:

Entonces otra cosa que hay en este barrio es que se ve que la gente, de trabajo, ¡¡aquí no hay nada que hacer!! En este barrio se levantan los chicos y se acuestan ideando cosas para hacer. Por ejemplo, ahora en verano, se van a la piscina, unos se entran por... se tiran por la alambrada, ¡porque no tienen! Y quieren ir a la piscina, y hace calor. Entonces yo diría que se podría hacer una cosa, que bajar el entrar a la piscina, porque como me dice un chico: ¡tú sabes lo que vale 5 euros para entrar! ¡Es demasiado dinero! Entonces yo veo bien este trabajo suyo, que usted lo exponga [...] Sí, que usted lo exponga. Aquí hay mucha gente que no tiene para comer, y a nadie le importa, pasan como si fueran... como [que] la gente no le va...

El grupo «otros familiares» está conformado por hermanos, primos y sobrinos, algunos en desempleo, otros con trabajos temporales no cualificados. Su intercambio se basa en el apoyo moral y en el cuidado del estado anímico (empatía, conversaciones, consejos, bromas, o incluso compartir bailes o música) y en estancias temporales en casa de Pedro, en cuyo caso, se colabora con tareas domésticas.

La comunidad de vecinos está conformada por vecinos españoles, la mayoría de ellos jubilados. Su familia es la única extranjera en el edificio. Diferenciamos a Esther, vecina española de 70 años aproximadamente, con la que intercambia cordialidad, conversaciones breves y algún intercambio de alimentos. Frecuentemente se queja por los ruidos que hacen sus hijos al bajar y subir

constantemente de la calle, pero ello no ha supuesto confrontación. Por parte de otros vecinos se han dado comportamientos discriminatorios o poco tolerantes. Ante ello, Pedro se muestra en cierto modo cansado (se queja con un tono de voz apático, a ratos se muestra desesperado) pero por lo general no confronta abiertamente, sino que acaba siendo proactivo en buscar el reconocimiento y “mostrar” que es una persona de bien.

Mire una vez venía yo a esa casa y había una pareja de señores mayores y me dicen: ¡Uuuyyy! ¡Ya nos jodimos con tanto negro! Venía yo a ese piso. Oiga mire, que Dios está allí. Mi hija iba a ayudarle a hacerle los recados, sin nada que le diera, nada, yo le decía: ve anda, ayúdale para que vea que Dios está ahí ahí.

Por ejemplo, en sus relaciones con el grupo de Carmen y sus padres Delia y Juan (ambos jubilados y con varias enfermedades). Carmen, de mediana edad y exdirectora de un banco, no trabaja por sufrir una enfermedad degenerativa. La relación de estos tres vecinos con Pedro ha evolucionado positivamente desde una hostilidad con fuerte tinte xenófobo, hacia situaciones de cordialidad y respeto mutuo. Esto se ha debido a que Pedro ha asistido a Juan ante urgencias de salud o en ocasiones ha llevado la compra de Carmen, por lo que ella y Delia le han expresado gratitud e incluso sus disculpas. Juan por su parte se limita a intercambiar saludos y a no mostrar actitud negativa en público.

El resto de vecinos («otros vecinos») guardan entre sí un fuerte sentido de pertenencia que lo contraponen cotidianamente a la familia de Pedro. El intercambio se basa en el enfrentamiento y la ausencia de diálogo, expresado en llamadas a la policía, rumores acerca de drogas o delincuencia en su casa o en quejas cotidianas (por afluencia de personas o uso de servicios del edificio como el ascensor o un enchufe eléctrico en la entrada común, usado una vez por su hija). Para evitar problemas, Pedro prioriza los pagos de la comunidad, mantiene la calma en las disputas y les ha invitado a su casa para que verifiquen sus sospechas (oferta que ha sido rechazada). Esta situación causa efectos muy negativos en esta familia (estrés, enfado, cansancio).

Miguel es un joven vecino de origen subsahariano, sacerdote católico y figura clave en el bienestar socioeconómico y emocional de Pedro y su familia. Tiene mayores recursos económicos y colabora frecuentemente con alimentos y en

situaciones urgentes con dinero para facturas, pero también con consejos espirituales, ánimo, buen humor o favores diversos como traslados en su vehículo. Esta relación es muy valorada por todos los miembros, que le guardan especial aprecio por su carácter afable y los valores que practica. En particular, su humanitarismo, humildad e igualdad, algo que vinculan a la «negritud» y que ven como caso extraordinario y ejemplar dentro de la institución católica.

Y digo algunas veces, usted me va a excusar que lo grabe, digo “que raro una persona, de unos curas como el padre Miguel, será porque es una persona de color, negro como yo, o como los que van a casa, que me ayuda. Porque no crea usted que los padres [refiriéndose a sacerdotes blancos]... tienen otro corazón, como les digo a mis hijos.

Es interesante la relación con Miguel pues es una figura referente para Pedro y su familia, y porque vincula una experiencia vivida de carácter crucial para Pedro, que es la discriminación racial. A diferencia de Sara, que también es extranjera y racializada (de hecho, también de fenotipo negro), Pedro experimenta discriminación racial de manera más intensa, conjugando además una serie de situaciones: sus dificultades económicas y sociales, su aspecto físico, su forma de expresarse, todos estos aspectos de la vida cotidiana van estrechamente ligados e influidos por su condición de raza. Su experiencia cotidiana le lleva a que la xenofobia, el racismo o las distintas problemáticas vinculadas a ser extranjero (ya sean prejuicios, segregación racial, o una amplia diversidad de violencias cotidianas) sean para Pedro realidades altamente significativas. Desde su cotidianidad activa posibilidades para enfrentarse a estas situaciones, precisamente porque ha experimentado y experimenta en su propia vida situaciones discriminatorias, específicamente, situaciones de racismo. A continuación, reproduzco varios fragmentos, separados en el hilo de la conversación, pero que muestran cómo en su discurso recurrentemente emerge su historia de prolongadas discriminaciones y en particular su cotidianidad marcada por la diferenciación racial:

Antes yo me llamaba “Manuel, el desamparado”, yo dormía en un puente, llegué de Santo Domingo, cuando yo no tenía papeles.

Yo le pongo al padre Miguel como este padre que recoge a los africanos y a estos de patera, el padre, cómo se cómo se llama, un padre español que estaba en Plaza de España recogiendo alimentos... Y el padre Miguel tiene un

buen aceptable en el barrio porque, no solo por eso, usted va donde Miguel para un medicamento y le ayuda. Yo algunas veces como digo a mi hija eh, no tengo patatas y ya tengo como una referencia... ¡Pero a él! ¿Me entiende? No tengo pan o algo, pero no voy a *otro compañero de allí* [se refiere a otra persona de la Iglesia].

Y eso es lo que yo digo, le digo a mis hijos, a mí no me importa que fulano huela ni que nada, lo que me importa es su corazón. Yo soy negro, mis padres son negros, y yo amo la negrura, porque Dios me amó a mí siendo negro, y yo siendo negro tengo que amar a los demás. Pero aquí no, aquí estamos en España, y España antes... llevo 26 años aquí y había gente que no se le podía usted acercar al lado porque creían que usted le iba a robar, el bolso lo llevan ahí delante.

Por último, el grupo «comunidad cualquiera» incluye a cualquier persona, sobre todo vecinos del barrio, independientemente de la nacionalidad, sexo, edad, religión o apariencia física, que tienen necesidades básicas y que son atendidas por Pedro y su familia (con comida, sitio donde dormir, ducharse o lavar la ropa, ayuda en papeleos, información). Las diferencias culturales entre este grupo y la familia no se entienden en oposición, sino que se enfatizan las convergencias a través del intercambio mutuo (comer la misma comida en la misma mesa, «compartir todos juntos como hermanos», apoyo moral y emocional). Estos intercambios son interesantes pues muestran una construcción compleja de reciprocidad. Los intercambios de Pedro conforman una red de redistribución, centralizada en él, como agente que “distribuye” recursos y su hogar, como espacio centralizador de la distribución. Pedro reúne múltiples recursos, principalmente a partir de relaciones de reciprocidad con Miguel, escasas relaciones mercantiles suyas o de sus hijos, o recogida de alimentos en distintos lugares, como entidades benéficas. Una vez conseguidos estos recursos, los distribuye a las personas que acuden a él pidiendo ayuda. Esta concentración de la ayuda causa sobrecargas en la familia de Pedro y en el Pedro mismo que interpreta su acción desde el altruismo, basado en una idea del sacrificio desinteresado.

Investigadora: ¿Y usted cómo contacta con ellos? O ellos...

Pedro: Ellos contactan conmigo. No sé cómo, porque vienen y algunas veces... hay dominicanos que me conocen y me los mandan a mí. Ahora he tenido como 7 u 8 embarazadas. Esas embarazadas, había una asociación de mujeres maltratadas y las mande yo y desde allí les están dando pañales y

leche, y les están dando comida, las han cogido porque van desnutridas, perdiendo líquido, poca alimentación, por la calle tiradas entonces habían de esas mujeres que querían abortar, y yo a veces lloro, porque digo... hago una labor como si fuera de ... vienen y me llaman, el móvil mío suena día y día, 7, 8, 9... 20 veces al día. A veces hay días que lo apago, ¿sabe por qué? Porque ni los domingos ni los sábados, y yo lo que hago son 2 horitas o 3 horitas y 4 para yo pagar el alquiler de la casa.

Las sobrecargas son intensas para Pedro, reflejadas en un deterioro físico y psíquico en buena medida provocado o agudizado por una exposición continuada a situaciones de gran vulnerabilidad (tanto suyas propias como de otras personas). Ha intentado tener ayuda desde ONG, instituciones públicas, e incluso algún representante político, contando la labor social que desempeña, y ha conseguido muy poco desde estas vías, que además le advierten de que existen entidades dedicadas a la labor que él está haciendo.

Pedro: Tú vas donde la asistenta... Yo fui a buscar ayuda, yo, y que me dieran un papel para buscar alimentos: tampoco. Y le dije yo lo único que yo no quiero es que usted -a la asistenta- yo vengo porque me han mandado donde usted, mire mi libro de familia, mire todo. Dice: sí, pero no tengo nada que darte.

Investigadora: ¿Para usted? Ya no para los demás, ¿sino para usted?

Pedro: Sí. Porque yo llevaba todo en regla. Yo tengo DNI español, y llevaba todo en regla. Entonces cuando uno lleva todo en regla... ¡a ver las pegas!... Fui a buscar el subsidio, me dijo que yo estoy como muy mayor. Y entonces yo digo ¿a quién se lo darán? [lo siguiente no se entiende] Me dice: “no, dígame todo lo que usted quiera”. Le digo: “usted me está mandando también a mí a otro mundo”. Así se lo dije: “a la calle”. Entonces me dijo que no, que no podían darme el subsidio. Y yo he cuidado a personas mayores 12 años, pagando seguridad, ahora tengo que ajustar obligatoriamente 4 años porque quisiera para que me den 30 años [se refiere a la pensión de jubilación].

Su relación con las ONG y las instituciones públicas es ambivalente. Por un lado, denuncia su burocratización, infradotación y lejanía (en términos de humanidad-inhumanidad). Y por otro lado, reclama más recursos para la protección social desde entidades formales, especialmente en aquellas organizaciones de carácter más cercano y en la proximidad y entramado del barrio:

Pedro: Este es un barrio que necesita ayuda, ¡¡ayuda!! Aquí había una asociación que se llamaba “Voluntariado de Madres Dominicanas”, Vomade. Vomade está aquí en el barrio, y tuvo que cerrar la puerta.

Investigadora: Vomade. Yo conocía esta asociación.

Pedro: ¡Para que vea! Yo he ido algunas veces y mi hija a empacar bolsas para darle alimentos a la gente. Y Vomade tuvo que cerrar, le quitaron la ayuda de subvención. Le quitaron. Vomade daba cursos, ¿lo sabía usted? Cursos de peluquería, enseñanza. Vomade le daba a todos, a los brasileños, a los paraguayos, les daba a todas las nacionalidades alimentos. ¿Usted lo sabía esto?

A pesar de sus infructuosos intentos por recibir apoyos institucionales, las sobrecargas finalmente se reformulan, pues de otra manera no sería posible mantener un esfuerzo cotidiano tan intenso. Por ejemplo, intenta reposicionarse desde ciertos “distanciamientos” mínimos y circunstanciales (“pero yo cuando tengo es que doy, cuando no tengo, no doy”). De igual manera, distribuye ciertas cargas ponderando la confianza con otras personas, como una evaluación subjetiva sobre su posición en las relaciones interpersonales:

Y algunas veces me veo mal, algunas veces no tengo luz, no tengo agua. Pero eso yo no he ido a donde el padre Miguel, *porque yo no voy a coger al padre Miguel a estarle llamando todos los días*, pero algunas veces quería ir, yo me quedé sin luz 15 días [subrayado mío].

Asimismo, su espiritualidad le permite interpretar su red de intercambios desde códigos morales sobre lo que es correcto y lo que no es correcto, y eso a su vez le inspira y le da fuerzas, pues lo legitima en su acción. De esta manera encuentra sentido y motivación y puede complejizar la idea de (auto)sacrificio cotidiano:

Yo, lo hago porque siempre desde que estoy en esta vida he luchado no porque usted me dé nada, a cambio de nada, porque no... dígame usted, lo hago porque me sale del corazón, pero no hago eso a cambio de nada. [...] No, no lo hago para estar yo contento, sino lo hago porque eso me nace de dentro.

Por otra parte, los intercambios no son estrictamente redistributivos, sino matizados por dinámicas de reciprocidad. De esta manera se tejen distintos niveles y formas de intercambio en un ciclo de reciprocidad-redistribución-reciprocidad. Por ejemplo, Pedro espera de las personas acogidas en su casa cierta colaboración en formas diversas, que pueden ir desde conversaciones, amabilidad, recados, cocina, orden o limpieza, activados como gestos de gratitud y de reconocimiento a sus esfuerzos. Este tipo de acciones le permiten una mayor sostenibilidad de su red, pero también niveles apreciados de autoestima y bienestar personal y familiar:

Les llevo dos moros [para referirse a personas de origen marroquí; no

usa este término de forma despectiva] allí en mi casa durmiendo ahora mismito, y otro dominicano, que no es nada mío, durmiendo. A ese le tengo yo pena porque está enfermo. Y hay otra señora que está allí conmigo allí también, en un mueble duerme, esa señora lo que hace es que aporta jabón de lavadora, compra el suavizante y cuando ve que yo no tengo, algunas veces trae un pollo, hace sopa de arroz, ella misma lo guisa. Y compartimos.

Ali, Rosa o Luis pertenecen a este grupo y viven temporalmente en casa de Pedro por cuestiones diversas. Ali es un joven marroquí musulmán que vivía en la indigencia. Rosa, mujer ecuatoriana de mediana edad, trabaja dos horas diarias limpiando y debe hacer papeleos en La Ventilla durante varios días, pero vive lejos y no tiene dinero para el transporte diario. Y Luis es dominicano de mediana edad, en desempleo, enfermo y sin hogar. Todos ellos expresan gratitud y colaboran con recados o tareas domésticas, y según sus posibilidades intercambian diversos recursos: Ali se muestra servicial y ha dejado la bebida; Rosa cuando puede cocina o compra alimentos y los prepara, y Luis es buen conversador y muestra gran capacidad de escucha.

Por último, la experiencia de Pedro revela cómo los desequilibrios y asimetrías socioeconómicas y políticas experimentadas en un barrio pueden condensarse en la vida de determinadas personas. Desde distintas situaciones significativas en la cotidianidad de Pedro, y especialmente dada su condición de padre, él experimenta, percibe y denuncia el entramado de situaciones de exclusión, que no van separadas, sino combinadas de manera simultánea. Remarca las situaciones vividas por la juventud, por ejemplo, el uso y el ordenamiento del espacio público, según la experiencia de Pedro, segrega espacialmente a determinadas personas, especialmente a los jóvenes, y de manera particular a aquellos racializados. La segregación espacial revela de manera paradigmática la intersección de distintas desigualdades y violencias. Pedro denuncia la situación que se experimenta con la vigilancia policial, donde se dan paradas racistas injustificadas, agudizando la vulnerabilidad de las personas indocumentadas.

Pedro: Les gustaba tratar mal a la persona y la denunciarnos, entonces después de eso, se redujo el movimiento migratorio que la policía no les quitaba el pasaporte. Y ahora volvió la policía, y yo fui al consulado y me quejé también.

Investigadora: O sea que después de la denuncia pararon de quitar pasaportes, ¿pero ahora han vuelto?

Pedro: Han vuelto, pero no a los dominicanos, a todo el mundo, porque la policía de España es muy dura, y por eso que la misma delincuencia, los mismos policías tiran a más bandalismo, ¿sabe por qué? Porque los mismos jóvenes están en contra la policía, porque si la policía es todo el día que los tienen así, y hay conflicto entre la policía y la juventud. Muchos de los vecinos de allí arriba... Pero lo que pasa es que aquí todo el mundo pasa la vista gorda, ¿me oye lo que le digo? Usted está haciendo esta obra que Dios la bendiga, pero aquí todo el mundo pasa. *Entonces como usted* [se refiere a “vecinos” en general] *no pasa hambre, eso pasa, y los demás van a lo suyo, entonces hay un grupo de vecinos que vive bien y otro que vive mal* [subrayado mío].

Este fragmento además pone de manifiesto una cuestión que se revela como importante en el caso de Pedro: la soledad con que experimenta su actividad. Aunque él ha intentado obtener apoyos desde entidades tanto públicas como no gubernamentales (y de hecho, ha conseguido algunos apoyos, aunque insuficientes) la acción recae sobre su capacidad personal y familiar de activar constantemente recursos. Su discurso muestra frustración ante el aislamiento con que se vive tanto la exclusión como la búsqueda de soluciones a nivel particular. En concreto, muestra malestar y desencanto ante el desinterés de otras personas del barrio que no comparten las mismas circunstancias. Como señala, la cotidianidad del vecindario se “divide” entre quienes viven bien y quienes viven mal. Los logros de Pedro en desarrollar una red compleja de intercambios son notables, pues algo que lo distingue de otras redes (como las de tipo formal) es la cercanía, la confianza y la búsqueda de horizontalidad. Sin embargo, estos logros no invisibilizan las dificultades para articular una acción colectiva más distribuida. Estas limitaciones, saturaciones y concentraciones de su red de reciprocidad revelan la importancia de las iniciativas vecinales de apoyo mutuo construidas bajo una idea de colectivización, pues precisamente enfatizan la horizontalidad y lo común, desde un enfoque político, en el sentido de revelar y dinamizar las múltiples situaciones de desigualdad.

7.2.3. Lucía: *Yo me siento mejor si yo me lo gano, aunque sea mentira*

Lucía es española, de oficio pescadera, tiene 30 años y cuatro hijos de 5 a 16 años, de relaciones anteriores (vive con los tres menores: Paula, Noelia y Daniel). Cobra por segundo mes la ayuda del «Plan Prepara» y lleva viviendo en La Ventilla 10

meses con su actual pareja, David y el hijo de éste (Adrián, de 9 años). David es español, maquinista de obra y lleva dos meses en paro.

Dada la economía precaria en la que viven deben activar diversos esfuerzos encaminados a “llegar a fin de mes”. Su preocupación por los gastos cotidianos es constante. De hecho, David y Lucía me enseñan las facturas de luz y de gas y muestran su frustración porque a pesar de que su consumo es bajo, y ponen esfuerzos para que así sea, la mayor parte de la factura son tasas por el servicio. David señala con el dedo las cifras, los porcentajes de una gráfica en la factura: “intentamos ahorrar, pero mira todo lo que nos toca pagar, mira el consumo lo que es, y lo que son impuestos, ¡casi todo impuestos!”. Y, sin embargo, al hablar de otras situaciones de su entorno, Lucía dice que al fin y al cabo no están tan mal como otras familias de su entorno, que viven desahucios y no tienen donde vivir.

El hecho de vivir juntos les permite afrontar los gastos domésticos. Dado que los gastos del comedor de los niños eran superiores al salario de Lucía, acordaron que ella renunciara a su trabajo y atendiera a los niños y David trabajara para cubrir los gastos domésticos. Al preguntarle cómo ha influido la crisis en sus relaciones familiares me contesta:

Pues mira, yo con mi pareja, por ponerte un ejemplo, llevamos un año y pico nada más juntos. No es el padre de mis hijos, es mi tercer marido. Nos queríamos bastante, nos queríamos mucho. Pero a lo mejor, a la hora de decidir si irte a vivir con tu pareja, a lo mejor tardas dos o tres años. Pero como se dio una serie de circunstancias: yo necesitaba que él estuviera conmigo, y él necesitaba que yo estuviera... Sabes, decidimos tener... emparejarnos y vivir juntos para ayudarnos mutuamente, porque nos hacía falta. Porque si no, *ni él* [tono enfático] hubiera salido adelante con su hijo, *ni yo* [tono enfático] hubiera salido adelante con los míos. Entonces tuvimos que tomar la decisión de vivir juntos, a los 7 meses de conocernos prácticamente, porque necesitábamos de esa ayuda, que nos podíamos proporcionar el uno al otro. Y desde entonces nos va mejor. O sea, más tranquilidad económica. Porque, aunque sea los dos cobrando el paro, pero ya son dos personas cobrando el paro. Porque yo con mi paro, con mi subsidio no hubiera podido sacar adelante la casa, los niños... Y él estaba trabajando y no podía trabajar ¡y atender a su hijo a la vez! Porque yo me hacía cargo de su hijo, y él se hacía cargo de los gastos. Y ha sido un poco como una relación de necesidad. Pero claro, claro que nos queríamos y eso, pero que hemos adelantado la decisión de vivir juntos por la por la situación de la crisis. Nos conocimos en un momento bueno, y además que necesitábamos esa ayuda que nos proporcionamos ahora. Porque si no, ni él ni yo habríamos salido adelante. Ninguno de los dos.

Esta situación, que es percibida como algo positivo, es una solución que les ha permitido una mayor estabilidad económica, también le hace sentir cierta frustración a nivel personal, pues echa mucho de menos su trabajo y dice que no está acostumbrada a no trabajar, pues desde muy joven lo ha hecho y ha sido independiente. Lucía es una persona muy activa y sociable, por lo que estar encerrada en casa le hace sentir que ha perdido su antigua autonomía.

Tanto Lucía como David inculcan a sus hijos valores para la convivencia, como jugar pacíficamente, respetar las diferencias, o donar el material escolar no usado. Todos los miembros de la familia colaboran para mejorar su situación económica y para mantener el bienestar general, intercambiando afecto mutuo, comprensión, preocupación por dificultades o enfermedades. Entre la pareja comparten gastos, estrategias de ahorro, consejos o información sobre ayudas o trabajos. Por parte de los niños intercambian juguetes entre compañeros del colegio o renuncian a pequeños caprichos y reutilizan la ropa de hermanos mayores. Lucía dice al respecto: “hombre, a mí me hubiera, me gustaría comprarle la ropa que le gusta, pero *lo que pasa es que no están las cosas para eso*” [baja el tono]]. Asimismo, señala un cambio de hábitos entre los niños del colegio de sus hijos, a raíz de la crisis económica:

Los niños también como estamos con esto de la crisis, los niños *han escuchado hablar tanto de la crisis* [subrayado mío, para reparar en el contexto de esta niñez], yo me he dado cuenta en el colegio, sobre todo con mi hija, que ahora se ayudan más a la hora de compartir las cosas, porque si uno tiene tres borradores, le regala uno a su compañero de al lado que no tiene dinero. Y eso lo he podido yo observar sobre todo con la niña.

Pilar y Merche son la hermana y la madre de Lucía. Ambas viven fuera del barrio y trabajan temporalmente como limpiadoras, Merche vive sola y Pilar tiene dos hijos y hace poco fue desahuciada de su vivienda por impagos. Su intercambio con Lucía se basa en vínculos afectivos estrechos, a través de conversaciones frecuentes de carácter personal, llamadas telefónicas, pequeños regalos o favores. Asimismo, activan varios recursos con el fin de mejorar sus situaciones de inseguridad socioeconómica, a través del intercambio de alimentos o de regalos valorados por la otra persona, según sus necesidades, como los muebles de su casa, que fueron un regalo de su hermana Pilar, tras ser desahuciada de su vivienda. Lucía entonces se acababa de mudar a la Ventilla y no tenía ningún mueble en su piso: “Por

mi hermana, que dejaba un piso y podía haber vendido los muebles porque estaban bien, ¡los podía haber vendido! Pero me los ha regalado”.

Otro intercambio importante son los préstamos o regalos de dinero en situaciones urgentes o en circunstancias concretas en que se necesita el dinero:

En mi familia, que la verdad nos vemos poco. Ahora si mi madre necesita algo y yo se lo puedo dar, nos dejamos dinero. Pero no es que nos lo dejamos, es que nos lo regalamos. Sabes, porque otro mes, lo puedo necesitar ¡yo! Entonces ya no es como antes, que le dejabas 20 euros y luego se los pedías. Ahora le das 20 euros y ya no se los pides. Y ella conmigo igual. Cuando los alimentos los han necesitado mi familia han venido a mi casa. Como a mí me dan mucho de macarrones y todo eso, han venido a mi casa y se han llevado. No me ha importado que se llevaran.

Parte de los productos recibidos desde ONG y entidades benéficas, especialmente los excedentes de alimentos, sirven para desarrollar intercambios basados en el don con familiares o vecinos/as según necesidades y preferencias, manteniendo al mismo tiempo la estabilidad de la economía doméstica, y vínculos sociales, que son importantes también para la diversificación de recursos disponibles.

Investigadora: ¿y qué tipo de cosas compartís?

Laura: Pues eh... tabaco, tabaco, azúcar, comida, legumbres, porque como a ella le dan de las parroquias, le suelen dar bastante, le sobra mucho, entonces la mujer lo va dando. Pero no sólo a mí eh, sino también a sus amigas. Siempre está repartiendo la muchacha, es bastante buena.

En «otros familiares» se incluyen primos, tíos, abuelos, con distintos niveles de seguridad económica (algunos trabajan, otros no), con quienes Lucía mantiene menor comunicación. Por ejemplo, con Lola, su abuela, cuya relación se basa en el respeto y en escasas conversaciones. Lola goza de estabilidad socioeconómica y ambas no comparten ciertos valores culturales (la ddivosidad con los demás Lola lo ha entendido como despilfarro), pero sí comparten otros valores expresados en el intercambio. Por ejemplo, le ha pagado un seguro sanitario a su hijo Daniel, por su pésimo pronóstico desde la sanidad pública; por su parte, Lucía le guarda mucha gratitud.

La comunidad de vecinos está compuesta por pocas personas, todos jóvenes, tanto españoles como extranjeros, algunos en desempleo y otros con trabajos poco

cualificados. Viven en un edificio de vivienda protegida y en general son cordiales entre sí.

Investigadora: ¿y la relación que has tenido con ellos?

Laura: Pues una vecina, la del tercero, desde el primer día se ofreció a ayudarme en lo que fuese, cualquier cosa que necesitara, y yo con ella igualmente.

Investigadora: y ¿mantenéis una relación de ayuda?

Laura: Sí, sí, yo he necesitado algo, he subido a su casa, me lo ha dado. Ha necesitado algo, ha bajado a mi casa, igual. Ella directamente “no, tú lo que necesites, me lo pides, porque ya me hará falta a mí, ya te lo pediré yo, o sea que tú por eso no...”. Sin pedirnos nada a cambio, sabes lo que te digo.

Susana es una vecina joven, madre de varios niños, vive con su marido y trabaja temporalmente en limpiezas. Ambas tienen conocimiento de su vida cotidiana, intercambian conversaciones, empatía, consejos, bromas o favores. Susana, por ejemplo, introdujo a Lucía en el barrio con contactos e información, lo que es muy valorado por Lucía, ya que era nueva en el barrio. Por su parte, Lucía cuida temporalmente de los hijos de Susana. Los intercambios que mantienen buscan suplir sus carencias económicas (alimentos según preferencias, tabaco, ropa usada, información sobre ayudas).

Tanto con la comunidad de vecinos como con «otros vecinos» (gran parte en el desempleo o en trabajos precarios), su interacción se limita al saludo y a conversaciones cortas y esporádicas y en ocasiones evita la interacción con personas gitanas, por experiencias negativas vividas previamente en otros barrios. Lucía ve la inseguridad económica que comparten sus vecinos como caldo de cultivo para conflictos vecinales y delincuencia. Sus experiencias negativas en éste y otros barrios (como el conocimiento de un asalto violento por parte de un vecino y la agresión a su hijo por parte de un niño gitano), le ha hecho marcar distancia con los vecinos (discreción, desconfianza hacia los demás, prioridad del espacio privado sobre el público, estereotipos sobre personas gitanas). No obstante, al mismo tiempo es una persona sociable y empática, que se interesa por las situaciones de los demás, especialmente cuando percibe dificultades que conectan con su experiencia vivida. En estos casos, se valora la confianza que genera la otra persona. Se trata de una especie de “evaluación subjetiva y momentánea” hacia otras personas, basada en la

cercanía, revelando algo así como un conocimiento “encarnado” que desencadena procesos de empatía y apoyo mutuo. Por ejemplo, con Rafael, joven español viudo con dos niñas pequeñas y en desempleo, Lucía le ha ofrecido ayuda puntual a través de información sobre ayudas:

Yo en mi caso soy un poquito más compasiva. Yo veo por ejemplo familias, te voy a poner un ejemplo, un hombre que tiene a sus dos niñas y las tiene él solo. Y evidentemente se le ve que lo está pasando mal. No es que... el muchacho no dice nada, no se queja, pero ves a las niñas y lo ves a él, y ves que lo está pasando mal. Y tú... yo por ejemplo, lo pienso “¡jolín, si yo pudiese echarle una mano, se la echaba” ¿Sabes? Porque es que se ve, se nota, es como que ya, un poquito más de compasión. En otras circunstancias a lo mejor no te habrías dado ni cuenta, ni te habrías fijado. Pero como yo también en mi ámbito familiar también lo he pasado bastante mal, como que te conciencias más de la situación de las familias. Te fijas más, te fijas más.

Lucía tiene relaciones cualitativamente distintas, basadas en un mínimo de confianza con «otros vecinos», con quienes mantiene intercambios puntuales, por ejemplo: Fátima, mujer subsahariana de mediana edad, con varios niños pequeños y con trabajos temporales como asistenta doméstica:

Mira hay una señora que es africana, que tiene cuatro niños, y yo el otro día, no la conozco apenas de nada, del colegio, pero yo la he visto con los niños. Y yo por ejemplo tengo zapatillas de la pequeña mía, que se le han quedado nuevas, y yo se las he ofrecido, ¡que va a venir a por ellas! ¡Apenas sin conocerla! Pero porque se ve, yo me reflejo un poco en ella, con cuatro niños, sin trabajo... porque más o menos conoces las historias de la gente, de lo que te van contando. Y... la mujer agradecidísima eh. Apenas sin conocernos, más que de vista.

Por último, Mónica, española de mediana edad, profesional con trabajo y gran estabilidad económica. Vive con su marido e hijos en el barrio y es antigua amiga de confianza de Lucía. Intercambian frecuentemente conversaciones, consejos, favores o regalos. Esta relación es muy valorada porque supone compartir ciertos valores culturales como empatía hacia los desfavorecidos, afán de colaborar. Mónica ha ofrecido trabajo en obras o limpiezas en su vivienda, que estrictamente no necesita pero que lo hace como ayuda; a cambio, Lucía y David demandan poco dinero dada la amistad y porque son intercambios entendidos como favores, de modo que requieren un “cuidado” y un equilibrio, que garantiza además la continuación de la relación y de potenciales favores:

Hace dos días fui a limpiar un piso, que en realidad la muchacha no

necesitaba que yo fuera a limpiarle la casa, ¡porque la casa estaba impecable de limpia como se la habían dejado! Fue más el favor personal “mira, vente a limpiar, y yo te doy un dinero”. Vale, porque puede, porque lo puede dar. Y mi marido fue a pintarle una habitación y pa que se llevara un poquito más al final le pintó el piso entero. Eso sí, no le vas a cobrar lo mismo que a una persona que no conoces. A lo mejor si son 600 euros le pides 150. Porque otro mes viene la mujer “oye, mira, que te hecho la compra, te he comprado unas cositas, toma 3 bolsas de comida”. Y te trae tres bolsas de compra, y entonces no la puedes cobrar o tratar como si no... porque nos ayudamos *mutuamente* (enfatisa mutuamente). A la hora de necesitar algo, ¿necesitas algo? Venga que yo te lo llevo, que tengo no sé qué, y te lo trae: las lámparas... todo lo que tengo en casa es regalado. Yo aquí no he comprado absolutamente nada.

Algo que resalta en Lucía es su aprecio por la autonomía que la vincula a la dignidad de la persona. Los intercambios de dones tienen la doble ventaja de activar capacidades y recursos, y en ese sentido contribuir a la propia imagen de manera positiva, tanto hacia uno mismo como hacia los demás, pues se contribuye con algo. Al mismo tiempo, al contribuir se ponen las condiciones de posibilidad de un reconocimiento, y con ello potenciales devoluciones. De modo que la simetría en el intercambio promueve el mantenimiento de las relaciones y, sobre todo, la autoestima, frente a la caridad, que es experimentada como denigrante:

No, no, ahora no son económicos, son más de favores [refiriéndose a los intercambios entre vecinos]. Económicos, la familia que es más pudiente, que sabe que necesitas dinero, te dice “bueno, pues venme a limpiarme la casa”. ¡Que luego en realidad la mujer no necesita que la limpies la casa! Pero lo hace... porque yo por ejemplo me siento mejor que me den un dinero por haber hecho un trabajo, a que me den un dinero sin haber hecho *nada* [tono énfatico], ¡como una especie de donativo! Yo me siento mejor si yo me lo gano, aunque sea mentira, pero bueno... yo me siento mejor, como persona me siento mejor. Porque a mí me cuesta mucho aceptar la ayuda de... Por lo que sea, pues me cuesta mucho. Entonces yo prefiero ganármelo. Y yo haría lo mismo, yo si un mes estoy bien y necesita, veo “pues mira, cuidame a los niños un día y te doy 40 euros”. Por ponerte un ejemplo, que no es mi caso porque no puedo dar ahora mismo ese dinero [...] Y sí, yo prefiero así, hacer un trabajo, y que me lo paguen. Pero las personas pudientes, porque ven que lo necesitas, te conocen, y saben que lo necesitas, y te lo ofrecen y eso está bastante bien. Es mejor así, a que venga “mira, que te voy a dar 20 euros”. ¡Ya te sientes mal! Sabes, jolín, ¡tan mal me ve esta mujer para darme 20 euros! ¿Me entiendes? [ríe] ¡Qué mal! No es lo mismo que “oye, que necesito que me limpies la cocina, ¿te vienes a limpiármela y te doy un dinero?”. Eso ¡como que es mejor! Te sientes mejor como persona.

Por último, y a modo de conclusión de este capítulo, quedémonos con algunos interrogantes que plantea Lucía reflexionando sobre el apoyo mutuo y sobre sus

desafíos. Por una parte, expresa de una manera brillante el sentido de “interés” inserto en el apoyo mutuo, que además es capaz de vincular a las personas. Se acerca al “egoísmo” dar o hacer algo esperando algo de vuelta. Es decir, son intercambios que hacen visibles las necesidades, los *intereses*, los deseos. Pero es algo común a las dos partes, de modo que no hay imposición, aunque sí “obligación”. Es “en el buen sentido, de buen rollo, en plan bien”. Es ante todo algo que te vincula a los demás, precisamente a través de los lazos sociales tejidos y a través de la expectativa de encontrar comunes entre las dos partes. Por otro lado, es interesante ver la visión del mundo que tiene Lucía, pues piensa que estas dinámicas de ayuda mutua son coyunturales a la crisis y que además “somos egoístas por naturaleza”. Ante mi pregunta de si se podrían mantener este tipo de relaciones en el tiempo, me contesta:

Lucía: Se podría mantener en el tiempo, se podría mantener. Pero lo que pasa que como somos egoístas por naturaleza... Ahora con la crisis, sí, estamos muy sensibilizados. Y oye pues mira, nos vamos dando las cosas... Dinero no nos podemos dar, porque dinero no tenemos *ninguno* [tono enfático]. Pero bueno, en otro sentido de ayuda, de “mira, pues es que... ¿te puedes quedar con mis hijos? Que tengo que ir a un sitio”. Por ejemplo, con mi vecina, me ha pasado, oye con la muchacha tiene que ir a un lado, yo me quedo con sus hijas. Ella también se ha ofrecido a quedarse con los míos. Pero que yo para eso soy más desconfiada... Y eso se podría mantener. Antes por ejemplo “mira sí, yo me quedo con tus niñas, pero me tienes que dar 20 euros”. Ahora no, ahora no te pides dinero. Ahora lo haces como un favor personal, porque luego ese favor que tú haces ¡es un poco también egoísta! Porque yo te hago el favor, pero está claro que, si yo lo necesito, *te lo voy a pedir* [tono enfático]. Sabes, no te voy a pedir... no que me pagues, pero el día que yo necesite un favor, es como que nos sentimos un poquito obligados... a hacernos esos favores.

Investigadora: ¿O sea que no se da sin algo a cambio después?

Lucía: No, porque luego necesitas algo y sabes que esa persona, “oye es que yo le he hecho un favor. Que menos que me lo devuelva de alguna manera”. Sabes, pero en el buen sentido, de buen rollo, sin... ¿sabes? Bien. En plan bien.

Capítulo 8. Reflexiones finales

A lo largo de esta tesis se han observado diversas experiencias de apoyo mutuo con la finalidad de comprender de qué maneras se articula esta construcción en sus múltiples dimensiones. En particular, en esta tesis se ha estudiado qué procesos se generan en el contexto específico del distrito madrileño de Tetuán. Los distintos capítulos han perseguido profundizar en diversos aspectos relevantes del apoyo mutuo, de modo que, para cerrar este estudio, y a modo de síntesis final, presentaré las conclusiones centrales de cada capítulo. El estudio comienza con dos capítulos dedicados a la reflexión teórica sobre el apoyo mutuo en la ciudad contemporánea. El primero de ellos, el Capítulo 2, titulado *Agencialidad política del apoyo mutuo*, pone de relieve dos cuestiones de gran relevancia para comprender la idiosincrasia de la construcción del apoyo mutuo. Por un lado, su oposición a los procesos de desposesión por acumulación, característicos del capitalismo. Por otro lado, su especial énfasis en una noción de lazos sociales fundamentada en los principios de horizontalidad, autogestión y acción directa, como formas paradigmáticas de la acción colectiva de los sectores populares. El Capítulo 3, titulado *Espacio como producción social*, muestra que procesos agudizados por el neoliberalismo, como la mercantilización y financiarización del espacio urbano o la precarización de la vida, no deben entenderse como producciones ajenas, escindidas o previas a los sujetos, sino desde los entramados de la vida cotidiana. Esto amplía y complejiza la concepción del apoyo mutuo, pues permite comprender la producción de subjetividades en múltiples espacialidades, conformando diversas formas de resistencia.

Tras esta presentación del marco teórico, en los siguientes capítulos se profundiza en las temáticas abordadas a través de una exposición de los resultados etnográficos. Esta presentación de resultados se ha planteado como un ejercicio dialéctico entre teoría y práctica, guiado por la experiencia cotidiana. Este ejercicio permite comprender el espacio social del apoyo mutuo como una construcción compleja y de gran riqueza sociocultural. El Capítulo 4, titulado *Prácticas y discursos sobre el espacio de Tetuán*, pone de manifiesto el urbanismo desigual y segregado del distrito de Tetuán, como parte del proceso de construcción neoliberal de la ciudad

de Madrid. Este proceso es contestado y reformulado mediante múltiples dinámicas de socialización que activan la convivencia vecinal, produciéndose dos posiciones sociopolíticas opuestas y en conflicto: la objetivación y la subjetivación del espacio social de Tetuán. El Capítulo 5, titulado *Desigualdad y autogestión vecinal en Tetuán*, revela que los procesos de subjetivación sociopolítica generados por las prácticas de apoyo mutuo son diversos y altamente creativos. Estos procesos enfatizan las dimensiones corporales y afectivas del apoyo mutuo, reconstruyendo los cuidados en la ciudad a partir de prácticas comunitarias. Asimismo, son capaces de producir distintas narrativas y espacialidades, generando construcciones multiposicionadas del derecho a la ciudad. El Capítulo 6, titulado *Invisibles de Tetuán: apoyo mutuo como práctica subversiva*, revela con mayor claridad la posición crítica-instituyente del apoyo mutuo como construcción de derecho a la ciudad. Esta experiencia incide en procesos de democracia deliberativa, particularmente en la producción colectiva de conocimiento y en el trabajo en red y asambleario. Estas redes se organizan para presionar estratégicamente sobre unas instituciones públicas jerarquizadas y profundamente deterioradas por las políticas neoliberales. Por último, el Capítulo 7, titulado *Lo cotidiano como infraestructura*, muestra la relevancia de las redes personales de reciprocidad como estrategias de resiliencia y mejora del bienestar, capaces de reformular las *vidas precarias*, a través el intercambio de dones. La multidimensionalidad del intercambio recíproco combina acción y lazos sociales, manteniendo simultáneamente flexibilidad y compromiso. Esto produce una infraestructura, real y latente, para la ampliación de las redes de apoyo mutuo, pues promueve procesos de colectivización y apertura hacia lo diverso, cohesionando a personas con trayectorias distintas, que negocian capacidades y recursos y que gestionan cotidianamente el conflicto.

Como balance final de todo este recorrido, es posible decir que se ha conseguido una comprensión holística del apoyo mutuo en el distrito de Tetuán, pues se ha profundizado en sus diversas dimensiones (sociales, políticas, económicas, espaciales, culturales y afectivas) como un todo complejo que es más que la suma de sus partes. A continuación, retomo los tres objetivos específicos planteados como claves de esta investigación, para observar a dónde ha llegado este estudio. El primero de ellos fue *conocer los espacios sociales de apoyo mutuo vecinal relevantes en Tetuán*. Los resultados de la investigación revelan que los espacios de

apoyo mutuo vecinal son complejos y forman paisajes diversos y cambiantes, pues combinan espacialidades físicas, sociales y virtuales, y recrean continuamente la dimensión relacional y afectiva. Estos espacios de apoyo mutuo no se reducen a actividades determinadas, sino que forman espacialidades móviles e híbridas, que “invaden” y se mezclan con otros espacios. Se trata de espacios de encuentro en un sentido profundo, pues logran recrear distintos lenguajes y apropiarse creativamente de herramientas construidas previamente como “ajenas”. Los espacios sociales de apoyo mutuo vecinal se distinguen por su atención a realidades micro y por su apertura, por lo que son espacios altamente creativos. También son espacios atravesados por los afectos, lo que propicia descubrimientos y aprendizajes colectivos. Asimismo, son espacios del conflicto y espacios amenazados y subalternizados, capaces, sin embargo, de transformar las coordenadas de la dependencia y las asimetrías en procesos de creación colectiva.

El segundo objetivo específico fue *describir las condiciones sociales de las personas que practican dinámicas de apoyo mutuo*. La investigación ha puesto de manifiesto la amplitud y complejidad de situaciones vividas en Tetuán que llevan al desarrollo de prácticas de apoyo mutuo. En primer lugar, se observa que las situaciones asociadas a la pobreza y a la precariedad económica afectan a grupos sociales cada vez más amplios, especialmente a jóvenes y a personas en desempleo, y particularmente a personas migrantes y familias con miembros en situaciones de dependencia. Estas personas son expulsadas del acceso a bienes básicos, especialmente vivienda, pero también a bienes considerados “secundarios”, como el acceso a un ocio y a una cultura no mercantilizados, así como a recursos públicos construidos como derechos. Esta exclusión cotidiana sufrida por las personas dependientes se concreta en múltiples situaciones de emergencia social que quedan desatendidas, pero también en las dificultades para interactuar con las instituciones públicas.

Estas situaciones son la punta del iceberg de una serie de expropiaciones materiales y simbólicas ejercidas sobre la ciudadanía en sociedades dominadas por el capitalismo. En última instancia, se trata de expropiaciones de las subjetividades, extendidas a amplios grupos sociales. Estas situaciones son experimentadas con mayor severidad por mujeres, que sufren una mayor sobrecarga, explotación y

discriminación, tanto dentro como fuera del ámbito doméstico. Este proceso de despojo sistemático conlleva frecuentemente situaciones de urgencia material, pero también situaciones más diversas que van más allá de las carencias económicas. En particular, las carencias sociales y afectivas se revelan en los distintos espacios sociales como las más sentidas y significativas para las personas y colectivos involucrados. De este modo se reproducen en distintos actores y espacios sociales procesos como la desorientación, la incertidumbre, la autoinculpación, la soledad no deseada, la monotonía trabajo-casa, pero también la dificultad de expresión pública y de relacionarse fuera del ámbito cercano, la escasa cultura participativa, el desconocimiento sobre ser sujeto de derecho, o las dificultades para encontrar espacio-tiempo para el desarrollo de capacidades personales y colectivas. Se trata de producciones socioculturales presentes en la vida cotidiana, que reproducen las lógicas del individualismo, el autoritarismo y la dependencia, características de la construcción neoliberal del Estado y del mercado. Los cuidados recogen todas estas privaciones, como producciones sociohistóricas, para reformularlas a través de una reconstrucción del vínculo social. Esta construcción es clave en las prácticas de apoyo mutuo y es capaz de reformular necesidades sentidas a través de respuestas colectivas y, en particular, reconstruir identidades por medio del sentido de pertenencia a un lugar y a un grupo social.

El tercer objetivo fue *conocer las motivaciones y expectativas para participar en redes de apoyo mutuo*. La investigación pone de relieve el espacio subjetivo del apoyo mutuo, construido a través de una amplia diversidad de motivaciones y expectativas para participar. Se trata de múltiples construcciones subjetivas y posiciones discursivas en torno al apoyo mutuo, que se reformulan y se reconstruyen en una interacción estrecha entre distintos actores sociales. Las motivaciones, por lo general, parten de necesidades concretas y cotidianas, que presentan distintos grados de materialidad económica, como puede ser el acceso a recursos como alimentos o ayudas públicas, o el acceso a espacios de encuentro y de ocio colectivo, como un huerto urbano, sesiones de cine gratuito, o eventos sociales como *cafetas* solidarias, o talleres artesanales o (in)formativos (entre ellos, sobre ayudas). Se observa una multiplicidad de motivaciones y expectativas que evolucionan desde una mayor concreción hacia construcciones cada vez más abiertas y colectivizantes, donde se enfatiza de manera progresiva el componente simbólico del apoyo mutuo.

Así, motivaciones como el acceso a espacios y recursos, más o menos concretos, se van reformulando por procesos de mayor subjetividad, a través de motivaciones como socializar, cultivar aficiones, ampliar conocimientos, crear en colectivo, o incidir en lo público. Se trata de una serie de intereses y deseos cotidianos proyectados desde el espacio íntimo y personal, especialmente desde el ámbito doméstico, hacia el espacio colectivo y vecinal, especialmente el espacio urbano y público. Esto da lugar a una reconstrucción continua de nuevas y diversas expectativas, que surgen de la interacción entre estas dos espacialidades. De este modo se recrean imaginarios colectivos que parten de realidades personales e íntimas y que establecen distintos niveles de politización: la búsqueda de compañía, la necesidad de sentirse útil, de tener reconocimiento, de trascender los entornos sociales más próximos y de sentirse parte de algo más grande, o el deseo de que otras personas no pasen por experiencias vividas como injustas. Por lo general, estas motivaciones y expectativas se van mezclando y redefiniendo en la interacción con personas diversas, dando lugar a múltiples desplazamientos y re combinaciones, y en última instancia, a procesos de subjetivación política con un carácter crítico, plasmados en la construcción de derecho y en el barrionalismo.

Para finalizar, estos hallazgos etnográficos nos permiten responder a la pregunta central de la investigación sobre *el papel que desempeña el apoyo mutuo en la construcción de la ciudad contemporánea*. En primer lugar, estas prácticas cumplen un papel de resiliencia social ante procesos de desposesión material y simbólica, agudizados por el neoliberalismo. Estas múltiples prácticas de apoyo mutuo permiten responder a situaciones cotidianas de gran dificultad, fortaleciendo capacidades personales y colectivas, y reconstruyendo agencialidades sociopolíticas. Desde lo cotidiano se forman ciertas constelaciones del apoyo mutuo, enraizadas en prácticas colectivas concretas, capaces de generar cierta coherencia común, como construcciones del derecho a la ciudad y, específicamente, como ejercicios de transformación social desde entornos cercanos. Estas construcciones del derecho a la ciudad se dan ya sea como horizontes o como realidades de hecho. El papel de estas prácticas en la ciudad radica en ensayar modelos diversos de sociedad, como espacios sociales complejos y abiertos que buscan un mayor bienestar personal y colectivo, y que ponen en relación múltiples capacidades, no de manera cerrada sino abierta y en continua interacción con espacios diversos. De este

modo, son posibles construcciones profundamente creativas que reactivan el tejido vecinal, y que presentan un carácter crítico-instituyente, tanto en su actividad generativa y propositiva en torno a lo comunitario, como en su interpelación a las instituciones públicas. En última instancia, estas prácticas de apoyo mutuo cumplen un papel democratizador. Por un lado, como procesos de revisión y mejora de unas instituciones cada vez más infradotadas y alejadas de las necesidades de la ciudadanía, buscando revertir o construir procesos que respondan a necesidades cotidianas, especialmente experimentadas por personas en situaciones de vulnerabilidad social. Por otro lado, su papel democratizador se materializa en la activación de múltiples sujetos políticos, traduciendo intereses y necesidades personales hacia construcciones colectivas, donde se recrean sentidos de pertenencia sobre lo que es común.

Llegados al final de este trabajo, sólo resta confiar en que sea de utilidad para futuras investigaciones y para iniciativas de participación vecinal, pero ante todo para las personas más castigadas por los procesos de mercantilización y financiarización del espacio urbano. Esta investigación busca ser una contribución que permita revelar la complejidad de la vida en la ciudad contemporánea, especialmente entre aquellas personas que son expulsadas de los circuitos de riqueza, mediante la cronificación de la pobreza y de la precariedad, y situadas en los circuitos de la explotación y la desposesión, incluyendo la expropiación de las subjetividades. Pero es también un intento de mostrar esa otra riqueza, que no es una producción cualquiera, sino la más radical e importante que tenemos como humanidad: los lazos sociales, vínculos que creamos entre personas, que nos permiten reconocernos como iguales y llevar nuestros esfuerzos hacia lo común. Ojalá poner de manifiesto estas experiencias colectivas sirva para reconocer que la ciudad también se construye desde prácticas cotidianas de ciudadanía y que estos procesos son una realidad social valiosa que es preciso promover.

En este sentido, el impacto en políticas públicas que puede tener esta investigación radica principalmente en que visibiliza las condiciones de vida (tanto dificultades cotidianas, como anhelos y necesidades) de personas muy diversas que forman parte de la sociedad. Una política pública que promueva el bienestar de las personas puede comprender, a través de este estudio, que es preciso una mayor

inversión económica en servicios públicos de calidad y la incorporación de enfoques multidimensionales que permitan responder a las diversas situaciones de exclusión en el acceso a bienes básicos y secundarios, construidos de manera normativa en nuestras sociedades. Se han descrito múltiples situaciones cotidianas que visibilizan la necesidad de promover procesos de democratización y de igualdad de oportunidades. Y dado que las sociedades democráticas no se pueden entender sin una participación deliberativa por parte de la ciudadanía, este estudio también pone de relieve la importancia de los enfoques participativos de carácter comunitario y deliberativo, también dentro de las políticas públicas. Se ha mostrado una diversidad de experiencias colectivas que practican estos enfoques, y que son capaces de promover la resiliencia ante adversidades, la capacitación de las personas y la activación de recursos valiosos para la sociedad en general y para las comunidades locales en particular. Por ello, es necesario que las instituciones públicas promuevan no una participación ciudadana tecnocrática, sino deliberativa, pues aparece como una clave para democratizar nuestras sociedades.

Por otro lado, es necesario que la investigación social y toda intervención urbana realice exploraciones del entorno de manera participativa, que permita comprender las realidades vividas y la complejidad que entraña la interacción en el espacio. Una herramienta valiosa en esta línea son los mapeos colectivos, que muestren las necesidades cotidianas, los recursos, y los lugares significativos para el vecindario. En especial, los mapeos con perspectiva feminista, que indaguen en las necesidades de las mujeres y en su experiencia de la ciudad, pues visibilizan limitaciones y desigualdades específicas, pero también carencias para el conjunto de la sociedad, así como diversas formas de entender y practicar la ciudad. Enfoques de este tipo ya se han realizado en los últimos años en el contexto de Tetuán y son líneas de intervención social muy prometedoras en cuanto a beneficios sociales experimentados a nivel personal y colectivo. Desde el Ayuntamiento de Madrid, concretamente desde Madrid Salud, se han promovido experiencias de intervención comunitaria de gran valor público, como el proyecto Comunidades Activas en Salud (ATD Cuarto Mundo, 2018), que reflexiona colectivamente sobre recursos diversos de promoción del bienestar y de la salud existentes en los barrios, con especial atención a las realidades vividas por personas y colectivos en riesgo de exclusión. Por su parte, el proyecto de Soledades no Deseadas (Ayuntamiento de Madrid, 2017)

que analiza de manera participada las situaciones y procesos de soledad no deseada, visibilizando tanto la diversidad de experiencias vividas como los posibles recursos desde la promoción de espacios de encuentro informales. Igualmente, se han desarrollado experiencias de gran interés, con la colaboración vecinal e institucional, como el proyecto de Tarjeta de Alimentación de Tetuán. Por otra parte, se han realizado mapeos colectivos desde redes vecinales de todo Madrid, como el Paseo de Jane (2014), para conocer las realidades cotidianas y significativas para el vecindario.

Otro posible impacto en las políticas públicas está relacionado con incorporar un enfoque de mayor complejidad para la gestión de la diversidad. Como se ha señalado en esta tesis, es preciso que “lo cultural” no sea tratado como algo separado del resto de dimensiones que conforman la vida social. Es preciso promover espacios donde puedan encontrarse distintos repertorios culturales, especialmente a través de la práctica. Es decir, promover lo común desde acciones concretas, con objetivos consensuados y que partan de intereses sentidos. Como ha revelado este estudio, es una manera de promover la participación, y a su vez una forma muy prometedora de trabajar procesos de convivencia. Y esto tiene relevancia para cualquier grupo social, pues la soledad no deseada, por ejemplo, es un proceso amplio que repercute en la calidad de vida de personas de todas las capas sociales. Por último, otro impacto en la política pública y en el ámbito de la acción social, como puede ser el voluntariado, las ONG, las asociaciones o la cooperación al desarrollo, es reconocer el valor del “interés personal” como parte positiva de procesos de subjetivación que promueven la participación. Esto permitiría superar los límites y tensiones que provocan las prácticas asimétricas de la beneficencia o del altruismo entendido como acción que invisibiliza capacidades ajenas. Proyectos que busquen promocionar el empoderamiento y las relaciones de horizontalidad se verían muy beneficiados con una revisión de objetivos y de metodologías en la línea que propone la idea de apoyo mutuo. Es sin duda un desafío que se abre a mayor experimentación, y que requiere de enfoques críticos, pero permitiría construir proyectos más integradores y potencialmente más estables, pues impulsan capacidades colectivas.

Desde el ámbito de la investigación se revelan varias líneas para profundizar y contribuir a la comprensión del apoyo mutuo. La primera de ellas es ahondar en dos

procesos que parecen haberse renovado en el nuevo contexto que ha generado la pandemia, y que ya estaban presentes en las experiencias analizadas por esta tesis. Por un lado, un proceso de intensificación del individualismo y el autoritarismo (escenificado tanto por la ciudadanía como por representantes políticos) y, por otro lado, un proceso de reactivación de redes horizontales de apoyo mutuo vecinal en múltiples espacios, especialmente en redes autogestionadas, de manera particular en la escala barrial. Una pregunta interesante, que plantea continuidades con esta tesis, sería cómo se han reformulado los agenciamientos políticos en estas redes de apoyo mutuo, frente a un contexto de alta polarización política, de crecimiento de las desigualdades y de intensificación de las narrativas en torno a la “libertad”. La pregunta sobre el agenciamiento político tiene un interés público pues momentos de *shock* colectivo, como las catástrofes naturales, por lo general han intensificado los procesos de acumulación del capital y han sido aprovechadas por el neoliberalismo para debilitar el Estado de Bienestar, que al mismo tiempo se revela como crucial para responder a emergencias sociales. Es, pues, un momento clave para reflexionar sobre la dimensión política del apoyo mutuo.

Otra línea podría explorar si se ha dado una evolución en las construcciones de identidad y en los lazos vecinales a escala barrial, concretamente entre personas no organizadas, durante y tras la crisis más fuerte del covid. Situaciones como carecer de zonas verdes, o la infravivienda, la contaminación, el ruido atmosférico, las deficiencias en los servicios públicos (sanidad, servicios sociales, sistema de transporte público), ya eran procesos presentes en la sociedad, pero sus consecuencias más negativas eran experimentadas por sectores determinados de la ciudadanía. La pandemia se puede entender como un laboratorio social, pues en un periodo de tiempo determinado estos procesos han sido experimentados de manera intensa por amplios sectores de la población. De este modo afloran con mayor intensidad problemáticas de largo recorrido que habían permanecido históricamente invisibilizadas, como la desigualdad en los cuidados, la soledad no deseada, la salud mental o el hambre. Es interesante observar si se han generado reformulaciones en la percepción de uno mismo y de los demás o si ha supuesto procesos de empatía con efectos prácticos y colectivos personas previamente no organizadas. El apoyo mutuo, sin duda, es una temática que requiere atención y que abre múltiples líneas de investigación.

Capítulo 9. Concluding remarks

Throughout this thesis, various experiences of mutual aid have been observed in order to understand in what ways this construction is articulated in its multiple dimensions. In particular, this thesis is concerned with mutual processes in the specific context of Tetuán. The different chapters have sought to delve into various relevant aspects of mutual aid. In this final synthesis, I will first recapture the central conclusions of each chapter. The study begins with two chapters dedicated to theoretical reflection on mutual aid in the contemporary city. Chapter 2, entitled *Political agency of mutual aid*, highlights two issues of great relevance for understanding the idiosyncrasy of building mutual aid practices. Firstly, its opposition to processes of dispossession by accumulation, characteristic of capitalism. And, secondly, its strong emphasis on a notion of social ties based on the principles of horizontality, self-management and direct action, as paradigmatic forms of the collective action of the popular sectors. Chapter 3, entitled *Space as social production*, shows that processes exacerbated by neoliberalism (such as the commercialization and financialization of urban space or the precariousness of life) should not be understood as external productions alien to the subjects. On the contrary, these processes are entangled with everyday life webs of interactions. This broadens and enriches the concept of mutual aid, since it allows us to understand the production of subjectivities in multiple spatialities, shaping various forms of resistance.

After this presentation of the theoretical framework, the following chapters deepen the issues addressed through an exposition of the ethnographic results. This presentation of results has been proposed as a dialectical exercise between theory and practice, guided by daily experience. It allows us to understand the social space of mutual aid as a complex and diverse sociocultural construction. Chapter 4, entitled *Practices and discourses on the space of Tetuán*, highlights the uneven and segregated urbanism of the Tetuán district, as part of the neoliberal construction process of the city of Madrid. This process is contested and reformulated through multiple socialization dynamics that energize neighborhood conviviality. These dynamics produce two opposing and conflicting sociopolitical positions: the

objectification and the subjectivation of the social space of Tetuán. Chapter 5, entitled *Inequality and neighborhood self-management in Tetuán*, reveals that the processes of socio-political subjectivation generated by mutual aid practices are diverse and highly creative. These processes emphasize the bodily and affective dimensions of mutual aid, restoring care in the city through community practices. Likewise, they produce different narratives and spatialities, generating multi-positioned constructions of the right to the city. Chapter 6, entitled *Invisibles of Tetuán: mutual aid as a subversive practice*, reveals more clearly the critical-instituting position of mutual aid as a construction of the right to the city. This experience brings about deliberative democracy as a collective production of knowledge. These networks are strategically directed to press on dysfunctional public institutions, deeply deteriorated by neoliberal policies. Finally, Chapter 7, entitled *The everyday as infrastructure*, shows the relevance of personal reciprocity networks as strategies for resilience and the creation of greater well-being. It helps reformulate precarious lives through the exchange of gifts. The multidimensionality of reciprocal exchange combines action and social ties, while maintaining flexibility and commitment. This produces an infrastructure, real and latent, for the expansion of mutual aid networks. Reciprocal exchange promotes processes of collectivization and openness towards diversity, uniting people with different trajectories, who negotiate capacities and resources, and manage the conflict on a daily basis.

As a final balance of this journey, it is possible to say that a holistic understanding of mutual aid has been achieved in the experience of Tetuán, since it has explored its various dimensions (social, political, economic, spatial, cultural and affective) as a complex whole that is more than the sum of its parts. Next, I return to the three specific objectives proposed as fundamental to this research, to see what this study has attained. The first of them was to *learn about the relevant social spaces for neighborhood mutual aid in Tetuán*. Research results reveal that mutual aid spaces in the neighborhood are complex and constitute diverse and changing landscapes. These spaces combine physical, social, and virtual spatialities, continuously recreating the relational and affective dimensions. These spaces of mutual aid are not reduced to specific activities, they are mobile and hybrid, “invading” and mixing with other spaces. They are meeting spaces in a deep sense, since they manage to recreate different languages and different tools constructed

previously as “external to oneself”. The social spaces of neighborhood mutual aid are distinguished by their attention to micro realities and by their openness, which is why they are highly creative spaces. They are also spaces crossed by affections, which encourages discoveries and collective learning. Likewise, they are spaces of conflict, capable, however, of transforming the coordinates of dependency and asymmetries into processes of collective creation.

The second specific objective was to *describe the social conditions of people who practice mutual aid dynamics*. This research has revealed the breadth and complexity of situations experienced in Tetuán that lead to the development of mutual aid practices. Situations associated with poverty and economic precariousness affect increasingly broad social groups, especially young and unemployed people, and particularly migrants and families with members in situations of dependency. These people are expelled from access to basic goods, especially housing, but also to goods considered “secondary” (for instance, access to non-commercialized leisure and culture), as well as to public resources constructed as rights (whose daily expulsion is shown in multiple situations of social emergency that remain neglected, but also in the difficulties to interact with public institutions).

These situations are the tip of the iceberg in a series of material and symbolic expropriations exercised on citizens in capitalistic societies. Indeed, they are expropriations of subjectivities extended to broad social groups. But women experience it with greater severity, because they suffer greater burden, exploitation and discrimination, both within and outside the domestic sphere. This process of systematic dispossession ranges from material emergencies to more diverse situations, not necessarily related to economic deprivation. It also implies social and emotional deprivation, which are perceived as the most significant dimension. Processes such as disorientation, uncertainty, self-blame, involuntary loneliness, work-home monotony, but also the difficulty of public expression and the difficulty of meeting people outside the closest social environment are reproduced in different actors and social spaces. Other processes observed as relevant are: the scarce participatory culture, the lack of knowledge about being a subject of law, or the difficulties in finding space-time for the development of personal and collective capacities. All these processes are socio-cultural productions present in everyday

life, which reproduce the logics of individualism, authoritarianism and dependency, characteristics of the neoliberal construction of the State and the market. Care collects all these deprivations, as socio-historical productions, to reformulate them through a reconstruction of the social bond. This construction is key in mutual aid practices and is capable of reformulating needs through collective responses, and in particular, reconstructing identities through the sense of belonging in a community.

The third objective was to *know the motivations and expectations for participating in mutual aid networks*. This research highlights the subjective space of mutual aid, built through a wide diversity of motivations and expectations to participate. It encompasses multiple subjective constructions and discursive positions around mutual aid, which are reformulated and reconstructed in a close interaction between different social actors. The motivations generally stem from specific and daily needs, which show different degrees of economic materiality, such as access to food or public aid, or access to meeting and collective leisure spaces (such as an urban garden, free cinema sessions, or social events such as “cafetas solidarias”, or artisan or formative workshops). A multiplicity of motivations evolves from a greater concreteness towards increasingly open and collectivizing constructions, where the symbolic component of mutual aid is progressively emphasized. Thus, motivations such as access to spaces and resources, more or less concrete, are reformulated by processes of greater subjectivity, through motivations such as socializing, cultivating hobbies, expanding knowledge, creating collectively, or influencing the public.

It is a set of daily interests and desires projected from the intimate and personal space, especially from the domestic sphere, towards the collective and neighborhood space, especially the urban and public space. This gives rise to a continuous reconstruction of new and diverse expectations, which arise from the interaction between these two spatialities. Collective imaginaries are recreated from personal and intimate realities that establish different levels of politicization, such as: the seek for company, the need to feel useful or to be recognized, the need to transcend the closest social environments, the desire that other people do not go through the same unfair experience, or the need to feel part of something bigger. In general, these motivations and expectations are mixed and redefined in practice and

interaction with diverse people, giving rise to multiple displacements and recombinations, and ultimately, to processes of political subjectivation with a critical nature, reflected in the construction of law and “barrionalismo”.

Finally, these ethnographic findings allow us to answer the central question of the research on the role that mutual aid plays in the construction of the contemporary city. First, these practices play a role of social resilience in the face of processes of material and symbolic dispossession, exacerbated by neoliberalism. They are the most current moment of a prolonged historical construction of Western societies, based on the dominance of the market and the idea of individualism. These multiple practices of mutual aid allow responding to everyday situations of great difficulty, strengthening personal and collective capacities, and rebuilding socio-political agency. From the everyday, certain constellations of mutual aid are formed, rooted in concrete collective practices, capable of generating a certain common coherence, as constructions of the right to the city. They are specific exercises of social transformation from the web of interactions of daily life. These constructions of the right to the city occur either as purposes or as *de facto* realities. These practices in the city test different models of society, such as complex and open social spaces that seek greater personal and collective well-being. They link multiple capacities, not in a closed way but openly and in continuous interaction with diverse spaces. In this way, deeply creative constructions reactivate the neighborhood fabric with a critical approach, both in their generative and propositional activity around the community, and in their interaction to public institutions. Ultimately, these mutually supportive practices play a democratizing role. On the one hand, as processes of accountability and improvement of institutions that are increasingly underfunded and far from the needs of citizens. These initiatives attempt to mitigate the scarcity in daily needs experienced by people in situations of social vulnerability. Likewise, its democratizing role is materialized in the multiple activation of political subjects, translating personal interests and needs into collective constructions, where senses of belonging are recreated on commons.

After this long exposure, as a researcher I only hope that this thesis will be useful for future research and for neighborhood participation initiatives, but above all for the people most affected by the processes of commercialization and

financialization of urban space. This research has been proposed as a contribution that reveals the complexity of life in the contemporary city, especially among those people who are expelled from the circuits of wealth (through the chronification of poverty and precariousness), and placed in the circuits of exploitation and dispossession, including the expropriation of subjectivities. But it is also an attempt to show that social ties are not a trivial production, but the most radical and important that we have as humanity. It is another wealth that we create between people, which allow us to recognize ourselves as equals and lead our efforts towards what is common. Hopefully, highlighting these collective experiences serves to recognize that the city is also built from everyday citizenship practices and that these processes are a valuable social reality that must be promoted.

In this sense, making visible the living conditions of very diverse people who are part of society is the most relevant potential impact on public policies of this research, revealing their daily difficulties, as well as their wishes and needs. A public policy that promotes the well-being of people, through this study, can understand that it is necessary to invest in quality public services and to incorporate multidimensional approaches to address poverty and social exclusion. The situations described in this study make visible the need to promote processes of democratization and equal opportunities. And given that democratic societies cannot be understood without deliberative participation, this study also highlights the importance of participatory, communitarian and deliberative processes, also within public policies. The diverse collective experiences observed in this thesis show its ability to promote resilience and empowerment and to activate valuable resources, for society in general and for local communities in particular.

Therefore, it is necessary for public institutions to promote not technocratic, but deliberative citizen participation, since it is the key to democratize our societies. It is necessary that social research and all urban intervention carry out explorations of the environment in a participatory way, which allows understanding the lived realities and the complexity that interaction in space entails. Collective mappings are certainly a valuable tool, because it allows to visualize the daily needs, the resources, and the significant places for the communities. In particular, mappings with a feminist perspective, which inquire into the needs of women and their experience of

the city. They make visible specific limitations and inequalities, but also shortcomings for the whole of society, as well as different ways of understanding and practicing the city. Some experiences have already been carried out in recent years in the context of Tetuán and are very inspiring experiences of social intervention, in terms of social benefits experienced at a personal and collective level. From the Madrid City Council, specifically from Madrid Salud, experiences of communitarian intervention of great public value have been promoted, such as the “Active Communities in Health” project (ATD Fourth World, 2018), which collectively reflects on diverse resources for the promotion of well-being and health in the neighborhoods, with special attention to the realities experienced by people and groups at risk of exclusion. The “Soledad no deseada” project (Madrid City Council, 2017) analyzes in a participatory way the situations and processes of involuntary loneliness, making visible both the diversity of lived experiences and the possible resources from the promotion of informal meeting spaces. Likewise, experiences of great interest have been developed, with neighborhood and institutional collaboration, such as the Tetuán Food Card project (Tarjeta de Alimentos de Tetuán). On the other hand, collective mappings have been carried out from neighborhood networks throughout Madrid, such as the Jane’s Walk (2014), to know the daily and significant realities for the neighborhood.

Another possible impact on public policies is related to incorporating a more complex approach to managing diversity. As pointed out in this thesis, it is necessary that "the cultural" is not treated as something separate from the rest of the dimensions that construct social life. It is necessary to promote spaces where different cultural repertoires can be found, especially through practice. That is, to promote the common from concrete actions, with consensual objectives and based on significant interests. As this study has revealed, it is a way to promote participation, and at the same time a very promising way of addressing conviviality processes. And this is relevant for any social group, since involuntary loneliness, for instance, is a broad process that affects the quality of life of people from all social classes. Finally, another impact on public policy and in the field of social action, such as volunteering, NGOs, associations or development cooperation is to recognize the value of "personal interest" as a positive effect of subjectivation processes promoted by participation. This would make it possible to overcome the limits and tensions

caused by asymmetric practices of charity or altruism understood as an action that makes other people's capacities invisible. Projects that seek to promote empowerment and horizontal relationships would greatly benefit from a review of objectives and methodologies along the lines proposed by the idea of mutual aid. It is undoubtedly a challenge that opens up to greater experimentation, and that requires critical approaches, but it would allow the construction of more inclusive and potentially more stable projects, since they promote collective capacities.

In addition, several lines of research have been discussed to deepen and contribute to the understanding of mutual aid. The first one is to delve into two processes that seem to occur in the new context generated by the pandemic and that were already present in the experiences analyzed by this thesis. On the one hand, a process of intensification of individualism and authoritarianism and, on the other hand, a process of reactivation of horizontal networks of neighborhood mutual aid in multiple spaces, especially in self-managed networks, particularly in the neighborhood scale. An interesting question would be how political assemblages have been reformulated in these mutual aid networks, in the face of a context of high political polarization, growth of inequalities and intensification of narratives around the concept of "Freedom". The question of political assemblage has a public interest since moments of collective shock, such as natural catastrophes, have generally intensified the processes of capital accumulation and have been used by neoliberalism to weaken the Welfare State, which at the same time it is revealed as crucial to respond to social emergencies. It is, therefore, a key moment to reflect on the political dimension of mutual aid.

Another line could explore the evolution in identity constructions and neighborhood ties at the neighborhood level, specifically between unorganized people, during and after the strongest COVID19 crisis. Situations such as lack of green areas, or substandard housing, pollution, atmospheric noise, deficiencies in public services (health, social services, public transportation system), were already processes present in society, but their most negative consequences were experienced only by certain sectors of the citizenry. The pandemic can be understood as a social laboratory because in a specific period of time these processes have been intensively experienced by large sectors of the population. In

this way, long-term problems that had historically remained invisible emerge with greater intensity, such as inequality in care, involuntary loneliness, mental health or hunger. It is interesting to observe if reformulations have been generated in the perception of oneself and of others, or if it has involved processes of empathy with practical and collective effects of previously unorganized people. Mutual aid, undoubtedly, is an issue that requires attention and that opens up multiple lines of research.

Referencias

AA.VV. (2017). Universidad Popular de Bellas Vistas. Hacia un Plan Integral de Barrio.

https://culturadistritodetetuan.files.wordpress.com/2018/02/universidad_popular_bellas_vistas_hacia-un-plan-integral-de-barrio.pdf

AA.VV. (2019). Aprende tu barrio. Guía de recursos-necesidades. <https://aprendetubarrio.files.wordpress.com/2019/06/listado-recursos-necesidades.pdf>

Abad, I. (2005a). Construcción política de una identidad: la "mujer de preso". En: *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón* (Barbastro, 3-5 de julio de 2003) (pp. 289-294). Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Abad, I. (2005b). Las mujeres de los presos políticos del franquismo. Protagonistas de una represión indirecta. *Ripacurtia*, 21-39.

Actis, W. (2016). *Preocupaciones y prioridades respecto a la ciudad*. Dirección General de Planificación y Desarrollo de la Descentralización Municipal, Ayuntamiento de Madrid.

Addy, T. (2019). Community practice and critical community research: Perspectives from conviviality and the CABLE approach. *Diaconia*, 10(2), 161-180.

Aguilar, M. J., y Buraschi, D. (2012). El desafío de la convivencia intercultural. *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 20(38), 27-43.

Alcalá, M. G. (2017). La galaxia internet: Reflexiones sobre internet, empresa y sociedad, de Manuel Castells. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(231), 407-412.

Alguacil, J. (2012). La quiebra del incompleto sistema de Servicios Sociales en España. *Cuadernos de Trabajo Social*, 25(1): 63-74.

Alonso J. (2013). *Repensar los movimientos sociales*. CIESAS: México DF.

Alonso, N. et al. (2017). *Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas*. Libros en Acción.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Angel, J. (2021). New municipalism and the state: Remunicipalising energy in barcelona, from prosaics to process. *Antipode*, 53(2), 524-545.

Añón, M. J. (2002). Ciudadanía social: la lucha por los derechos sociales. *Cuadernos electrónicos de Filosofía del Derecho*, 6.

Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Aramburu, M. (2002). *Los otros y nosotros: Imágenes del inmigrante en Ciutat Vella de Barcelona*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Aramburu, M. (2017). Hacerse autóctono. Cómo la inmigración del Sur de España en Cataluña se nativizó. *XIV Congreso FAAEE-Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*. Valencia, 5-8 septiembre.

Ardura, Lorente-Riverola, Mohino y Ruiz (2019). "We are not as crowded as Barcelona". The proliferation and regulation of vacational rentals in Madrid and Barcelona. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 83.

Arnold-Cathalifaud, M., Thumala, D., Urquiza, A. (2006). La solidaridad en una sociedad individualista. *Theoria*, 1(15), pp. 9-23.

Arnold-Cathalifaud, M., Thumala, D., Urquiza, A. (2008). Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración social. *Papeles del CEIC*, 37(1), pp. 1-28.

Arias, M. M. y Giraldo, C. V. (2011). El rigor científico en la investigación cualitativa. *Investigación y Educación en Enfermería*, 29(3), pp. 500-514.

Aricó, G., Mansilla, J. A. y Stanchieri, M. L. (2015). *Mierda de ciudad: Una rearticulación crítica del urbanismo neoliberal desde las ciencias sociales*. Pollen (Barcelona).

Aricó, G., Mansilla, J. A., y Stanchieri, M. L. (2016). *Barrios corsarios: Memoria histórica, luchas urbanas y cambio social en los márgenes de la ciudad neoliberal*. Pollen (Barcelona).

ATD Cuarto Mundo (2018). *Tejiendo Salud. Guía para la acción colectiva desde realidades de pobreza*. Madrid Salud.

Ávila, D. (2012). *El gobierno de la diferencia: de las lógicas de gestión de lo social*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

Ávila, D. (2019). *Por una acción social crítica: Tensiones en la intervención social*. Editorial UOC (Barcelona).

Ávila, D. y García, S. (2013). Entre el riesgo y la emergencia: Insinuaciones policiales en la intervención social. *Revista de Antropología Social*, 22(0), 59-82.

Ayala, A. y Ávila, D. (2018). Vulnerabilidad, autonomía e intervención social: Reflexiones a partir del análisis socio-antropológico de la ley de renta mínima de inserción de la Comunidad Autónoma de Madrid. *Aposta*, 79(79), 64-108.

Ayuntamiento de Madrid (2017). La soledad no deseada en la ciudad de Madrid. Informe de resultados.

Ayuntamiento de Madrid (2019). Encuesta de Calidad de Vida y Satisfacción con los Servicios Públicos de la Ciudad de Madrid 2019.

Azpeitia, B. (2016). Varios: Correspondencia La confusión del todo con las partes. *Cuadernos de Trabajo Social*, 29(2), 355.

Barabas, A. M. (2014). Multiculturalismo, pluralismo cultural e interculturalidad en el contexto de américa latina: La presencia de los pueblos originarios. *Configurações*, 11-24.

Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Bayat, A. (1997). Back-Street Politics: Squatters and the State. En: *Street Politics. Poor People's Movements in Iran*. Columbia University Press.

Bayona, E. (2021). Los fondos buitres amplían su presencia en los sectores que más disparan los precios: banca, ladrillo y energía. *Público*. Recuperado de: <https://www.publico.es/sociedad/economia-fondos-buitre-amplian-presencia-sectores-disparan-precios-banca-ladrillo-energia.html>

Biehl, J. y Bookchin, M. (2009). *Las políticas de la ecología social: Municipalismo libertario*. Virus (Barcelona).

Bilbao, A. (1992). La transición política y los sindicatos. *Cuadernos de relaciones laborales*, 1, 105-120.

Bollier, D. y Helfrich, S. (2012). *The wealth of the commons: a world beyond market and state*. Levellers (Massachusetts).

Bollier, D. y Helfrich, S. (2019). *Free, fair, and alive: The insurgent power of the commons*. New Society Publishers.

Bookchin, M. (1999). *Ecología de la libertad. La emergencia y la disolución de las jerarquías*. Nossa y Jara (Madrid).

Bookchin, M. (2000). Thoughts on Libertarian Municipalism. *Left Green Perspectives*, 41.

Bourdieu, P. (2016). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus. Publicado por primera vez en 1979.

Brudvig, I. (2014). *Conviviality in Bellville: An ethnography of space, place, mobility and being in urban South África*. Tesis de Master, University of Cape Town.

Butler, J. y Athanasiou, A (2013). *Dispossession: The Performative in the Political*. Polity Press (Cambridge).

Caffentzis, G. y Federici, S. (2015). Comunes contra y más allá del capitalismo. *El Aplante, Revista de Estudios Comunitarios*, 1.

Calatayud, J. M., Homolova, A., Lehmann, H. y Team Ciudades de alquiler (2021, 15 de mayo). Los nuevos dueños de la vivienda: así han transformado los fondos internacionales el mercado inmobiliario. *ElDiario.es*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/economia/nuevos-duenos-vivienda-han-transformado-fondos-internacionales-mercado-inmobiliario_1_7935880.html

Caldeira, T. (2007). *Ciudad de muros*. Gedisa (Barcelona).

Caldeira, T. (2009). Marginality, again?! *International journal of urban and regional research*, 33(3), 848-853.

Caldeira, T. (2012). Imprinting and moving around: New visibilities and configurations of public space in São Paulo. *Public Culture*, 24(2), 385-419.

Calle, A. (2015). Podemos y el auge municipalista. *Empiria*, 32: 169-189.

Calle, A., Suriñach, R. y Piñeiro, C. (2017). Comunes y economías para la sostenibilidad de la vida. En N. Alonso, et al.: *Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas*, (15-45). Libros en Acción (Madrid).

Calvo, B. (2018). *Tetuán*. Tempora (Madrid).

Canals, J. (1995). Las asociaciones de autoayuda en el mundo de la salud: consideraciones sobre los fundamentos de la ayuda mutua. *Boletín de Ayuda Mutua y Salud*, 1, 15-27.

Canals, J. (2002). *El regreso de la reciprocidad. Grupos de ayuda mutua y asociaciones de personas afectadas en la crisis del Estado de Bienestar*. Tesis doctoral. Universitat Rovira i Virgili.

Carretero, J. L. (2013). *La autogestión viva. Proyectos y experiencias de la otra economía al calor de la crisis*. Queimada.

Casado, P. D. (2015). *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014: los servicios sociales públicos*. Fundación Foessa (Madrid).

Casado, D. (2021, 4 de febrero). Mapa de las nuevas cámaras de vigilancia del Ayuntamiento de Madrid en Bellas Vistas. *ElDiario.es*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/madrid/somos/tetuan/noticias/mapa-camaras-vigilancia-ayuntamiento-madrid-bellas-vistas_1_7185552.html

Castel, R. (2015). *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* Ediciones Manantial.

Castela, T. (2017). Empire in the City. Politicizing Urban Memorials of Colonialism in Portugal and Mozambique. En: *Whose Traditions? Discourses on the Built Environment*. Routledge (Nueva York).

Castells, M. (1977). *Movimientos sociales urbanos*. Siglo XXI (Madrid).

Castells, M. (2008). The new public sphere: Global civil society, communication networks, and global governance. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616(1), 78-93.

Castells, M. (2012). *Redes de indignación y de esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*. Alianza (Madrid).

Castro-Coma, M. y Martí-Costa, M. (2016). Comunes urbanos: de la gestión colectiva al derecho a la ciudad. *Eure*, 42(125), pp. 131-153.

Centro de Investigaciones Sociológicas (2017). *Barómetro de Noviembre 2017* (Estudio 3195). Recuperado de: http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3180_3199/3195/es3195mar.pdf

Certeau, M. D., y Giard, L. (2000). *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana, Departamento de historia, (México D.F). Publicado originalmente en 1979.

CGT-LKN Bizkaia (2017). *4/5 Anarquismo y revolución rusa. Carlos Taibo*. Enlace al vídeo: <https://www.youtube.com/watch?v=Cbf5Nj89Y5s>

Clastres, P. (1978). *La sociedad contra el Estado*. Monte Ávila (Barcelona).

Collins, P. H. (2017). La diferencia que crea el poder: interseccionalidad y profundización democrática. *Investigaciones feministas*, 8(1), 19-40.

Comas, D. (1998). *Antropología económica*. Ariel (Barcelona).

Comas, D. (2018). El don y la reciprocidad tienen género: Las bases morales de los cuidados. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 22(2), 17-32.

Comín, F. y Hernández, M. (2013). *Crisis económicas en España: 1300-2012. Lecciones de la historia*. Alianza.

Consejo General de Trabajo Social et al. (2011). *Alianza para la defensa del sistema público de Servicios sociales*. Recuperado de: www.cgtrabajosocial.es

Constitución Española (1978). Boletín Oficial del Estado.

Contreras, E. (2013). El desahucio de viviendas y su incidencia sobre el sujeto. *ETNIA-E: Cuadernos de investigación etnográfica sobre infancia, adolescencia y educación del IMA/FMEE*, (6), 1-20.

Cordero, B. L. y Gómez, F. J. (2014). E. P. Thompson y la revolución inconclusa. *Espiral*, 21(59), 9-25. Guadalajara, (México).

Cordero, F. (2021). *Historia en clave comunera*. Postmetrópolis (Madrid).

Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la democracia*. Paidós (Barcelona).

Costa, J. (1988). *Escritos agrarios*. Fundación Joaquín Costa (Huesca).

Crouch, C. (2012). *Why Post-Democracy? En: Post-democracy*. Polity Press (Cambridge).

Darwin, C. (1983). *El origen de las especies*. Editorial Edaf. Trabajo original publicado en 1859.

Diagonal (2013, 27 de diciembre). Suspendido el precinto de un banco de alimentos del 15M en Madrid. *Diagonal*. Recuperado de: <https://www.diagonalperiodico.net/movimientos/21257-suspendido-desalojo-banco-alimentos-15M-Madrid.html>

De Angelis, M. (2001). Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital's 'enclosures'. *The commoner*, 2(1), 1-22.

De la Cruz, L. (2018). *Barrionalismo*. Editorial Decordel.

De la Cruz, L. (2020, 18 de diciembre). Axa renuncia a las oficinas de lujo y pide licencia para construir vivienda protegida en sus dos torres del Paseo de la Dirección. *ElDiario.es*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/madrid/somos/tetuan/noticias/axa-renuncia-torres-oficinas-paseo-direccion-pide-licencia-vivienda-prottegida_1_6515151.html

De la Cruz, L. (2021a, 16 de marzo). Hoja de ruta para el lento avance del Paseo de la Dirección: pisos de la EMVS, equipamientos y reurbanización. *ElDiario.es*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/madrid/somos/tetuan/noticias/hoja-ruta-lento-avance-paseo-direccion-pisos-emvs-equipamientos-reurbanizacion_1_7312871.html

De la Cruz, L. (2021b, 15 de mayo). La "revolución" también fue en los barrios y su historia desmiente algunos tópicos sobre el movimiento 15M. *ElDiario.es*. Recuperado en: <https://www.msn.com/es-es/noticias/espana/la-revoluci%C3%B3n-tambi%C3%A9n-fue-en-los-barrios-y-su-historia-desmiente-algunos-t%C3%B3picos-sobre-el-movimiento-15m/ar-BB1gLCxe>

De la Cruz, L. (2021c, 17 de julio). Las vistas de la ciudad también son una cuestión de clases: el caso de la cornisa de Tetuán en el Paseo de la Dirección. *ElDiario.es*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/madrid/somos/tetuan/noticias/vistas-ciudad-son-cuestion-clases-caso-cornisa-tetuan-paseo-direccion_1_8145303.html

De la Cruz, L. (2021d, 5 de enero). ¿Son inseguros Tetuán y el barrio de Bellas Vistas? *ElDiario.es*. Recuperado en:

De Lomnitz, L. (1994). Supervivencia en una barriada en la ciudad de México. En: Adler-Lomnitz, L. (ed.). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. México: FLACSO.

De Lomnitz, L. (1998). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI.

De Lucas, J. (2008). *El concepto de solidaridad*. Fontamara. México. Publicado originalmente en 1993.

De Sousa, B. (2018a) Las ecologías de saberes. En: *Construyendo las Epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas* (Vol. 1). CLACSO.

De Sousa, B. (2018b). No disparen sobre el utopista. En: *Construyendo las Epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas* (Vol. 2). CLACSO.

Delgado, M. (2000, 3 de febrero). Memorias urbanas. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/2000/02/03/catalunya/949543641_850215.html

Delgado, M. (2008). *El animal público: Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Editorial Anagrama (Barcelona).

Delgado, M. (2016). *Ciudadanismo: La reforma ética y estética del capitalismo*. Los Libros de la Catarata (Madrid).

Delgado, M. (2018). El urbanismo contra lo urbano. La ciudad y la vida urbana en Henri Lefebvre. *RevistaArquis*, 7(1), 65-71.

Desviat, M. (2017). «Precariado» y control social: asistencialismo y exclusión en el ámbito de la salud mental. *Cuadernos de Trabajo Social*, 30(2), 369.

Díaz, D. (2020). Cuando España dejó de ser un país industrial. *El Salto*. Recuperado de: <https://www.elsaltodiario.com/industria/cuando-espana-dejo-de-ser-pais-industrial>

Dickens, C. (2019). *Oliver Twist*. Alianza (Madrid). Trabajo original publicado en 1837.

Didi-Huberman, G. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Manantial (Buenos Aires).

Díez de Baldeón, A. y López, F. (1987). *Historia de Tetuán*. Concejalía de Relaciones Institucionales y Comunicación (Madrid).

Duque, M. P. (2013). El concepto de solidaridad. *Revista De Estudios Sociales*, (46), 192-194. Bogotá, (Colombia).

Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social*. Akal (Madrid). Publicado originalmente en 1893.

EAPN (2017). *El estado de la pobreza. Seguimiento del indicador de riesgo de riesgo de pobreza y exclusión en España. 2008-2016*. Informe de la European Anti-Poverty Network.

EAPN (2019). *El estado de la pobreza. Seguimiento del indicador de pobreza y exclusión social en España 2008-2018*. XIX Informe European Anti-Poverty Network. Recuperado de: https://www.eapn.es/estadodepobreza/ARCHIVO/documentos/Informe_AROPE_2019_EL_CONTEXTO_NACIONAL.pdf

Engels, F. (2020). *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Vol. 113). Ediciones Akal. Trabajo original publicado en 1845.

Erdozain, P. y Mikelarena, F. (1996). Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX. *Historia Agraria*, 12, 91-118.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA, 4, (Medellín).

Estévez, M. y Ordaz, A. (2019, 3 de septiembre). El número de superricos se ha triplicado en España en una década. *ElDiario.es*. Recuperado de: <https://www.eldiario.es/economia/numero-superricos-espana-triplicado-decada-1-1372889.html>

Fantova, F. (2014). *Diseño de políticas sociales*. Editorial CCS (Madrid).

Federicci, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños (Madrid).

Feixa, C. (2006). Del fantasma de las bandas a la realidad de los jóvenes. S. *Racismo, Informe Anual*, 150-154.

Folguera, P. (1987). *La vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*. Consejería de Cultura y Deportes (Madrid).

Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada (2014). *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014*.

Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada (2019a). *VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2019*.

Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada (2019b). La gran desvinculación ¿Cómo se está produciendo la transición del modelo social? En *VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2019*.

Forray, R. (2015). La crítica de la vida cotidiana y los “post-urbanismos”. En: De Mattos, C. A. y Link, F. (Eds.) *Lefebvre revisitado: capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad*. Estudios Urbanos y Territoriales UC: (Santiago de Chile).

Foucault, M. (1982). The subject and power. *Critical Inquiry*, 8(4), 777-795.

Foucault, M. (1991). Question of Method. En: *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*. The University of Chicago Press (Chicago, IL). Trabajo original publicado en 1980.

Foucault, M. (2002a). *La arqueología del saber*. Siglo XXI (Buenos Aires). Trabajo original publicado en 1969.

Foucault, M. (2002b). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI (Buenos Aires). Trabajo original publicado en 1975.

Franquesa, J. (2007). Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neoliberalización. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 118(1), 123-150.

Freire, P. (2006). *Pedagogía de la indignación*. Ediciones Morata.

Funes, M. J. (1994). Procesos de socialización y participación comunitaria: estudio de un caso. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 67(94), 187-205.

Furió, A. (2013). *España en crisis: las grandes depresiones económicas, 1348-2012*. Pasado y Presente.

García, A., Tuñón, P. y Gaviria, M. (1979). *El espacio de la fiesta y la subversión: Análisis socioeconómico del casco viejo de pamplona*. Editorial Hordago (Zarauz).

García, S. (2012). Dispositivo securitario en un espacio barrial. la práctica policial de los controles de identidad. *Arbor*, 188(755), 573-590.

García, S. y Ávila, D. (2015). *Enclaves de riesgo: Gobierno neoliberal, desigualdad y control social*. Traficantes de Sueños (Madrid).

García, S. y Cantos, D. (2016). La prevención securitaria como modo de gobierno: el caso de Madrid. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 16(1), 43-82.

García-Torres, M. (2018). *El IBEX 35 en guerra contra la vida. Transnacionales españolas y conflictos socioecológicos en América Latina. Un análisis ecofeminista*. Informe de Ecologistas en Acción, OMAL-Paz con Dignidad y Calala Fondo de Mujeres.

Gibson-Graham, J. (2006). *A postcapitalist politics*. University of Minnesota Press.

Gil, H., y Rendueles, C. (2019). Entre el victimismo meritocrático y la resignación. dos percepciones antagónicas de la precariedad juvenil en España. *Cuadernos De Relaciones Laborales*, 37(1), 31-48.

Giménez, C (1990). La polémica europea sobre la comunidad aldeana (1850-1900). *Agricultura y Sociedad*, 55: 9-64.

Giménez, C. (2005). Convivencia. Conceptualización y sugerencias para la praxis. *Puntos de Vista*: 7-31.

Giménez, C. (2013). Promoviendo la convivencia ciudadana intercultural en barrios de alta diversidad. Ideas y experiencias para una praxis comunitaria. En: *Hagamos de nuestro barrio un lugar habitable: manual de intervención comunitaria en barrios*, (36-57).

Girón, A. (2002). Evolucionismo y ética: Pedro Kropotkin. *Evolucionismo y cultura*, (231-248).

Gledhill, J. (2000). *El poder y sus disfraces: Perspectivas antropológicas de la política*. Bellaterra (Barcelona).

Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Paidós (Barcelona).

Godelier, M. (2019). Acerca de las cosas que se dan, de las cosas que se venden y de las que no hay que vender ni dar, sino que hay que guardar. Una reevaluación crítica del ensayo sobre el don de Marcel Mauss. *Hispania (Madrid)*, 60(204), 11-26.

Goffman, E. (1963). *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu Editores, (Buenos Aires).

Goffman, E., Perrén, H. y Setaro, F. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (No. 302 G6). Amorrortu Editores, (Buenos Aires).

Gómez, P. y Martínez, M. (2012). Convivencia y conflicto en contextos locales de inmigración: articulación de espacios de sociabilidad en los barrios madrileños. *Revista de Ciencias Sociales*, (28), 122-145.

Gonick, S. (2015). Interrogating Madrid's "slum of shame": Urban expansion, race, and place-based activism in the Cañada Real Galiana. *Antipode*, 47(5), 1224-1242.

Gonick, S. (2016). Indignation and inclusion: Activism, difference, and emergent urban politics in postcrash Madrid. *Environment and Planning D: Society and Space*, 34(2), 209–226.

Gonick, S. (2018). Fordist absences: Madrid's right to housing movement as labor struggle. *International Labor and Working Class History*, 93, 91-100.

González, F. (2003). La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la «inmigración no comunitaria», de Santamaría. *Reseña. Papers*, 69, pp. 167-170.

González, J. R., Brandis, D. y Melo, C. (2015). El giro neoliberal de las políticas para la ciudad en España. Balance a partir de los ejemplos de Madrid y Valencia. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*.

Graeber, D. (2012). Fragmentos de una antropología anarquista. Santiago, Crimetal Ediciones.

Graeber, D. (2018). *Trabajos de mierda, "una teoría"*. Ariel (Barcelona).

Grossberg, L. (2006). Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo. *Tabula Rasa*, (5), 45-65.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós (Buenos Aires).

Hadjimichalis, C. (2013). Luchas urbanas y construcción de redes de solidaridad en Atenas durante la crisis. *Urban*, (6), 79-97.

Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós (Barcelona).

Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Paidós (Barcelona).

Hardt, M. y Negri, A. (2004). *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*. Debate (Barcelona).

Hart, G. (2002). *Disabling Globalization: Places of Power in Post-Apartheid South Africa*. University of California Press (Berkeley).

Hart, G. (2016). Desnaturalizar el despojo: Una etnografía crítica en la era del resurgimiento del imperialismo. *Revista Colombiana De Antropología*, 52(2), 139-173. doi:10.22380/2539472X42

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu Ediciones (Buenos Aires).

Harvey, D. (2004a). *El nuevo imperialismo*. Akal (Buenos Aires).

Harvey, D. (2004b). Los nuevos rostros del imperialismo. *Revista Herramienta*, 26.

Harvey, D. (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal (Madrid).

Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal (Madrid).

Herrera-Pineda, I. (2018). Tetuán Resiste desde lo más cercano: apoyo mutuo vecinal por el derecho a la vivienda. En: *Tetuán Resiste. La lucha por la vivienda de un colectivo de barrio* (pp.33-40).

Herrera-Pineda, I., Ferrer, M. y Gas, J. (2017, 16 de octubre). Privatización y expolio del IVIMA: ni huerto comunitario ni vivienda social. *El Salto*. Recuperado de: <https://www.elsaltodiario.com/especulacion/privatizacion-expolio-ivima-huerto-comunitario-vivienda-social>

Herrera-Pineda, I. e Ibáñez-Gijón, J. (2016). Intercambio y sociabilidad en las redes de ayuda mutua del barrio madrileño de La Ventilla/Exchange and Sociability in the Mutual Aid Networks in La Ventilla Neighborhood of Madrid. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 21-44.

Herrera-Pineda, I. y Pereda, C (2017). Invisibles de Tetuán (Madrid). Hacia una práctica subversiva de apoyo mutuo en contextos de exclusión. *Cuadernos de trabajo social*, 30(2), 389.

Herrera-Pineda, I. y Tchipolo, E. (2015). Conociendo el barrio de la Ventilla. Una mirada a las relaciones de convivencia y conflictividad. En: C. Giménez y P. Gómez (Eds.), *Análisis, prevención y transformación de conflictos en contextos de inmigración*. Universidad Autónoma de Madrid.

Hess, C. (2008). *Mapping the New Commons*. SSRN.

Hill, P. (2017). La diferencia que crea el poder: interseccionalidad y profundización democrática. *Investigaciones feministas*, 8(1), 19-40.

Hobsbawm, E. J. (2001). *Rebeldes primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Crítica (Barcelona).

Hobsbawm, E. J. (2003). *Revolucionarios: Ensayos contemporáneos*. Crítica (Barcelona).

Hobsbawm, E. J. y Rude, G. (2009). *Revolución industrial y revuelta agraria: El capitán swing*. Siglo XXI de España (Madrid).

Holston, J. (2008). *Insurgent citizenship: Disjunctions of democracy and modernity in Brazil*. Princeton University Press (Chicago).

Hooks, B. (1989). Choosing the margin as a space of radical openness. De Yearnings: Race, Gender and Cultural Politics. En: Rendell, J., Penner, B., y Borden, I. (Eds). *Gender space architecture: an interdisciplinary introduction*.

Huerga, C. (2015). Desde V de Vivienda a la PAH, la lucha por el derecho a la vivienda. *Viento Sur*, 138, 57-62.

Huxley, T. H. (1888). The struggle for existence: a programme. *The Nineteenth century and after: a monthly review*, 23(132), 161-180.

I. A. y J. (2019, 4 de junio). ¡Sus negocios, nuestras vidas! El alquiler social en el laberinto especulativo. *El Salto*. Recuperado de: <https://www.elsaltodiario.com/vivienda/desahucios-sareb-arwan-madrid>

Idareta, F. y Ballesteros, A. (2013). Ética, paternalismo y burocracia en Trabajo Social. *Portularia XIII-1*: 27-35.

Impulso participativo (2016, 9 de abril). Premio Democracia Participativa. Archivo de vídeo disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=PQMooQzPcU>

Invisibles de Tetuán (2015). Pobres con trabajo, pobres sin trabajo. Recuperado de: <http://invisiblesdetetuan.org/infpobrezatrabajo.pdf>

Invisibles de Tetuán (2019). Radiografía Social de Tetuán. Recuperado de: <http://invisiblesdetetuan.org/radiografia3.pdf>

Ioé (serie anual). *Barómetro social de España*. Recuperado de: www.barometrosocial.es

Ioé y Ortí, A. (2007) *La convivencia en Madrid. Discursos ante el modelo de desarrollo de la ciudad y la instalación de población inmigrante*. Observatorio de las Migraciones y de la Convivencia Intercultural de la ciudad de Madrid. Recuperado de: <https://www.colectivoioe.org/uploads/cd378eccdc4f7742c20992da3b66cfa4a452bf99.pdf>

Izlar, J. (2019). Radical social welfare and anti-authoritarian mutual aid. *Critical and Radical Social Work*, 7(3), 349-366.

Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing Libros (Madrid).

Jones, O. (2012). *CHAVS: La demonización de la clase obrera*. Capitan Swing (Madrid).

Juárez, M. (1989). *Tetuán, ayer y hoy (cambios urbanísticos y desigualdades sociales)*. Ayuntamiento de Madrid.

Juliá, S. (1984). *Madrid, 1931-1934: de la fiesta popular a la lucha de clases*. Siglo XXI Ediciones.

Juste, R. (2017). *IBEX 35: Una historia herética del poder en España*. Capitán Swing Libros.

Kafka, F. (2011). *La metamorfosis*. Alianza editorial (Madrid). Trabajo original publicado en 1915.

Kingsley, W. (1989). Utopía y libertad: Algunos temas contemporáneos dentro de sus tradiciones intelectuales. *Estudios Públicos*, 33.

Kropotkin, P. (1973). *La conquista del pan*. Zero (Bilbao). Trabajo original publicado en 1892.

Kropotkin, P. (2016). *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Pepitas de calabaza. Trabajo original publicado en 1902.

La Enredadera (s.f.). *Sobre Nosotrxs. La Enredadera de Tetuán*. Recuperado de: <https://laenredaderadetetuan.wordpress.com/nosaltres/>

El Paseo de Jane (2014, 3 de mayo). El paseo de Jane Tetuán. ¿En qué están convirtiendo tu barrio? Conócelo para transformarlo ¡Que nadie decida por ti! Recuperado de: <https://elpaseodejane.wordpress.com/el-paseo-de-2014/paseatetuan/>

La linterna de Diógenes (2019) Casas de apuestas y la historia vaciada. Rafael Díaz. [audio, podcast]. Recuperado de: <https://irolairratia.org/2019/11/08/casas-de-apuestas-y-la-historia-vaciada/>

Lapassade, G., Lourau, R. y Cano, J. L. (1974). *Claves de la sociología*. Laida e Imagen. Almadía.

Lefebvre, H. (1976). *El derecho a la ciudad, II: Espacio y política*. Península (Barcelona). Publicado originalmente en 1972.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing (Madrid). Publicado originalmente en 1974.

Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad I*. Capitán Swing (Madrid). Publicado originalmente en 1968.

Leizaola, A., Etxeberria, F. y Ferrándiz Martín, F. (2007). Antropología a pie de fosa: diálogo con Francisco Etxeberria y Francisco Ferrándiz sobre la memoria de la Guerra Civil. *Ankulegi*, 10, 33-46

Llinares, L. M. y Reig, M. C. (2017). Formas de vida, usos y apropiación de recursos. una aproximación crítica a los comunes contemporáneos. *Revista de Antropología Social*, 26(2), 193.

López, S. (2018). *Los olvidados. Marginalidad urbana y delincuencia juvenil en los extrarradios de las ciudades industriales: Otxarkoaga y San Blas (1959-1986)*. Tesis Doctoral, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.

López, I. y Rodríguez, E. (2010). *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños (Madrid).

López, I. y Rodríguez, E. (2011a). Del auge al colapso. El modelo financiero-inmobiliario de la economía española (1995-2010). *Revista de economía crítica*, 12, 39-63.

López, I. y Rodríguez, E. (2011b). El modelo español. *New Left Review*, 69, 5-27.

Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Planeta-Agostini (Barcelona). Trabajo original publicado en 1922.

Malo, M. (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Traficantes de Sueños (Madrid).

Martín, U. y González-Rábago, Y. (2020). Soledad no deseada, salud y desigualdades sociales a lo largo del ciclo vital. *Gaceta Sanitaria*.

Martín-Sonseca, A., Rujas, J., Ortí, M., Herrera-Pineda, I. y Pereda, C. (2016). Una aproximación al impacto social de las políticas municipales del Ayuntamiento de Madrid (2003-2015). Área de Gobierno de Economía y Hacienda, Ayuntamiento de Madrid.

Martínez, J. (2020). La interseccionalidad como herramienta analítica para la praxis crítica del trabajo social. reflexiones en torno a la soledad no deseada. *Cuadernos de Trabajo Social*, 33(2), 379-390.

Martínez, M. (2017). Hijos de la estafa hipotecaria o infancia desahuciada. *En la calle: revista sobre situaciones de riesgo social*, (37), 2-4.

Martínez, M., Cabrerizo, L., Kaplún, D., Rivas, M., García, B., Rubio, J. y García, L. M. (2016). *Te quedarás en la oscuridad. Desahucios, familias e infancia desde un enfoque de derechos*. Editado por PAH-Madrid, Enclave y Qiteria.

Marx, K. (2010). *El capital. Crítica de la economía política*. Antología. Alianza (Madrid). Publicado originalmente en 1867.

Massey, D. (1994). Space, Place and Gender. En: Rendell, J., Penner, B. y Borden, I. *Gender space architecture: an interdisciplinary introduction*.

Mata, D. (2018). El discurso sobre la gestión intercultural de la diversidad en Barcelona. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 73(2), 387-406.

Mauss, M. (1971). *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Tecnos, (Madrid). Trabajo original publicado en 1925.

McGirr, L. (2001). *Suburban warriors*. Princeton University Press.

Melero, N. (2012). El paradigma crítico y los aportes de la investigación acción participativa en la transformación de la realidad: un análisis desde las ciencias sociales. *Cuestiones pedagógicas*, 21, 339-355.

Mendes, J. M. (2016). A dignidade das pertenças e os limites do neoliberalismo: Catástrofes, capitalismo, estado e vítimas. *Sociologias*, 18(43), 58-86.

Menéndez, E. L. (2009). De rituales y subjetividades. Reflexiones sobre algunas características de los grupos de Alcohólicos Anónimos. *Desacatos*, 29, 107-120.

Merrifield, A. (2002). *Metromarxism: a marxist tale of the city*. Routledge (New York).

Mesa, S. (2019). *Silencio administrativo. La pobreza en el laberinto burocrático*. Anagrama (Barcelona).

Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán (2016). *Estudios relacionados con la exclusión en el distrito de Tetuán (Madrid)*. Recuperado de: <https://mesaexclusiontetuan.files.wordpress.com/2016/10/estudios-en-torno-a-la-exclusic3b3n-tetuc3a1n.pdf>

Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán (2017). *Insolvencia alimentaria en el distrito de Tetuán (Madrid)*. Recuperado de: <https://mesaexclusiontetuan.files.wordpress.com/2016/10/diagnc3b3stico-sobre-la-insolvencia-alimentaria-distrito-de-tetuc3a1n-revisic3b3n-24-5-2017.pdf>

Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán (2018). *Diagnóstico de convivencia vecinal e intercultural. Distrito de Tetuán*. Recuperado de: <https://aprendetubarrio.files.wordpress.com/2018/03/diagnc3b3stico-de-convivencia-tetuc3a1n-mayo-2018.pdf>

Mesa contra la Exclusión y por los Derechos Sociales de Tetuán (2019). *Inseguridad alimentaria en el distrito de Tetuán*. Recuperado de: https://mesaexclusiontetuan.files.wordpress.com/2019/05/diagnóstico-sobre-la-inseguridad-alimentaria_tetuc3a1n_2c2aa-edicic3b3n-2019.pdf

Mesa contra la exclusión y por los derechos sociales (2020). *Convivir en Tetuán. Deliberación colectiva y 18 propuestas*. Recuperado de: https://mesaexclusiontetuan.files.wordpress.com/2020/04/convivir-en-tetuc3a1n-deliberac3b3n-colectiva-y-18-propuestas_2020-1.pdf

Mintz, S. W. (1996). *Dulzura y poder: El lugar del azúcar en la historia moderna*. Siglo XXI Editores (México DF).

Mir, J., França, J., Macías, C. y Veciana, P. (2013). Fundamentos de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca: activismo, asesoramiento colectivo y desobediencia civil no violenta. *Educación social: revista de intervención socioeducativa*.

Montesinos, L. y Campanera, M. (2017). Formas de vida, usos y apropiación de recursos. Propuestas para el estudio de los comunes contemporáneos. *Revista de Antropología Social*, 26(2), 193-216.

Moral, J. D. y Brunet, I. (2018). La imagen del sindicato en el siglo XXI a la luz de su contestación por los Nuevos Movimientos Sindicales. *Sociología del trabajo*, (93), 307-326.

Moreno, P. y Narotzky, S. (2000). La reciprocidad olvidada: reciprocidad negativa, moralidad y reproducción social. *Hispania* (60), 204: 127-160.

Morse, J. M., Barrett, M., Mayan, M., Olson, K. y Spiers, J. (2002). Verification strategies for establishing reliability and validity in qualitative research. *International Journal of Qualitative Methods*, 1(2), 13-22.

Mouffe, C. (2005). *On the political*. Routledge (New York).

Mumford, L. (2013). *Historia de las utopías*. Pepitas de Calabaza (Logroño).

Naredo, J. M. (2014). El modelo inmobiliario español y sus consecuencias. *Boletín CF+S*, (44), 13-28.

Narotzky, S. (2002). Rein vindicación de la ambivalencia teórica: la reciprocidad como concepto clave. *Éndoxa*, 15: 15-29.

Narotzky, S. (2013). Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles. Icaria (Barcelona).

Nash, J. (1979). *We Eat the Mines and the Mines Eat Us*. Columbia University Press.

Navarro, V. (2015). *El subdesarrollo social de España: causas y consecuencias* (Vol. 677). Anagrama.

Neal, S., Bennett, K., Cochrane, A. y Mohan, G. (2019). Community and conviviality? Informal social life in multicultural places. *Sociology*, 53(1), 69-86.

Nieto, J. et al. (2016). *Historia social de la Sierra Norte*. Liber Factory (Madrid).

Nietzsche, F. (2009). *Así habló Zaratustra*. Alianza (Madrid). Trabajo original publicado en 1883.

Nietzsche, F. (2011). *La genealogía de la moral*. Alianza (Madrid). Trabajo original publicado en 1887.

Observatorio del derecho a la alimentación de España (2015, 14 de abril). El Derecho a la Alimentación no está garantizado en Madrid. Recuperado de: <https://derechoalimentacion.org/noticias/el-derecho-la-alimentaci-n-no-est-garantizado-en-madrid>

Observatorio Metropolitano de Madrid (2008). Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños. Recuperado de: <https://sindominio.net/traficantes/libros/observatorio-completo2.pdf>

Observatorio Metropolitano de Madrid (2013). Del Madrid global a la crisis urbana. Hacia la implosión social. En de Madrid, O. M. (Ed.). Paisajes devastados: después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis. Traficantes de Sueños.

Observatorio Metropolitano de Madrid (2015). *El mercado contra la ciudad: Globalización, gentrificación y políticas urbanas*. Madrid: Traficantes de Sueños. Recuperado de:

<https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/El%20mercado%20contra%20la%20ciudad%20-%20Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf>

Observatorio para la Garantía del Derecho a la Alimentación OGDAMadrid. (2020). Informe Hambre e Inseguridad Alimentaria en la Comunidad de Madrid. Recuperado de: <https://www.derechoalimentacion.org/sites/default/files/pdf-noticias/InseguridadAlimentariaCMadrid-2020%20%282%29.pdf>

Observatorio de la Exclusión Social y los Procesos de Inclusión en la Comunidad de Madrid (2012). La promoción de la ciudadanía como clave de una intervención inclusiva y participativa. *Cuadernos de Trabajo Social*, 25(2): 393-402.

Offenhenden, M. (2017). La antropología en los debates actuales sobre el cuidado. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 22(2), 1-16.

Olmo, C. D. (2013). *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*. Clave Intelectual (Madrid).

Ong, A. (2006). *Neoliberalism as exception: Mutations in citizenship and sovereignty*. Duke University Press (Durham N.C.).

Ostrom, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge University Press (Cambridge).

Palacios, A. J. (2007). El proceso de renovación-sustitución en La Ventilla (Madrid): la aplicación tardía del programa de barrios en remodelación. *Nimbus*, 19-20, 191-213.

Paniagua, J. (2012). *Breve historia del anarquismo*. Nowtilus (Madrid).

Pazos, Á. (2018). Micropolítica al margen del Estado. Relaciones de poder y economías morales en una red de ayuda mutua. En: *Lugares y formas de lo político: textos en homenaje a Enrique Luque* (pp. 319-358). Universidad Autónoma de Madrid.

Pazos, Á. y Devillard, M. J. (2017). La construcción cotidiana de la legitimidad del sujeto inmigrante en el contexto español actual. *Alteridades*, 27(53), 73-82.

Pereda, C., De Prada, M. y Actis, W. (2010). Posiciones y expectativas de las familias en relación al sistema educativo. Explotación cualitativa. Ministerio de Educación.

Pereda, C., De Prada, M., Actis, W y Ortí, M. (2010). *Discursos de la población migrante en torno a su instalación en España: exploración cualitativa*, Centro de Investigaciones Sociológicas, 64. Recuperado de: [https://libreria.cis.es/static/pdf/OyA64a .pdf](https://libreria.cis.es/static/pdf/OyA64a.pdf)

Pereda, C., Actis, W. y De Prada, M. (2013). *La juventud ante su inserción en la sociedad*. Ministerio de Educación.

Pereda, C. y De Prada, M. (2014). Investigación-acción participativa y perspectiva dialéctica. *Arxius*, 31: 57-68.

Pereda, C. (2016). ¿Es posible democratizar la gestión municipal? La experiencia de la Mesa de Exclusión de Tetuán. *Transversales*, 38, 25-27.

Pereda, C. (2018a). 1,7 millones de desahucios: el negocio inmobiliario se antepone al derecho a la vivienda. En: AA.VV., *Tetuán Resiste. La lucha por la vivienda de un colectivo de barrio*, 119-151. Madrid.

Pereda, C. (2018b). La insoportable desigualdad en España: ¿hasta cuándo? Recuperado de: <https://www.colectivoioe.org/uploads/53f280cb81378a93ff512b8b934bc5aa227cc429.pdf>

Pereda, C. (2020). La polarización de la riqueza sigue creciendo. Trasvase de rentas a través de los alquileres. Recuperado de: <https://www.colectivoioe.org/uploads/40cd922a295a8f1b40fdbfe8bf86cb68ddf974c6.pdf>

Pérez, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños (Madrid).

Pérez, V. (2019). *Locales de juego y apuestas en el municipio de Madrid. Distribución territorial y análisis demográfico*. Informe de la FRAVM. Recuperado de: <https://stopcasasdeapuestas.com/static/docs/informe-locales-apuestas-fravm.pdf>

Picas, J. (2003). Las ONG y la cultura de la solidaridad: La ética mínima de la acción humanitaria. *Revista de Sociología*, 71(71), 65-76.

Picas, J. (2006). Los límites de la solidaridad. las ONG y el mercado de "bienes simbólicos". *Gazeta de Antropología*, (22).

Polanyi, K. (1989). *La gran transformación*. La Piqueta (Madrid). Publicado originalmente en 1944.

Polanyi, K. (1993). El sistema económico como proceso institucionalizado. En: Velasco, H. (Ed) *Lecturas de antropología social y cultural. La cultura y las culturas*. UNED (Madrid). Publicado originalmente en 1957.

Puglisi, R. (2019). Etnografía y participación corporal. Contribuciones metodológicas para el trabajo de campo. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, (17), 20-35.

Quesada, J. (2018, 2 de diciembre). Desahucio mortal en la vida de Alicia. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/ccaa/2018/12/01/madrid/1543679801_801588.html

Radio Televisión Española (2020, 21 de mayo). Reforma laboral 2012: todas las claves. RTVE.es. Recuperado de: <https://www.rtve.es/noticias/20200521/claves-reforma-laboral-despido-mas-barato-nuevas-bonificaciones/502961.shtml>

Ranciere, J. (2006). Politics, or the Lost Shepherd. En: *Hatred for democracy*. Verso (Londres).

Real Academia Española (sf). convivir. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 10 de septiembre de 2021, de: <https://dle.rae.es/convivir?m=form>

Reeves, P. (2000). El paradigma etnográfico. Por los rincones. *Antología de métodos cualitativos en investigación social*, 207-226.

Rendueles, C. (2017). La democracia como forma de vida. En: *Tetuán Resiste. La lucha por la vivienda de un colectivo de barrio* (pp.13-15).

Renta Mínima de Inserción Tu Derecho (2020, 19 de abril). RMI ¡suficiente y para quienes la necesitan! Medidas urgentes propuestas por RMI TU DERECHO

(comentadas). Recuperado de: <https://rmituderecho.org/rmi-suficiente-y-para-quienes-la-necesitan-medidas-urgentes-propuestas-por-rmi-tu-derecho-comentadas/>

Requena, F. (1989). El concepto de red social. *Revista Española De Investigaciones Sociológicas*, 48, 137.

Requena, M., Conde, F., Callejo, J., Martín, E., Rodríguez, J., Martínez, P., Serrano, A., Betancor, G., Alonso, L., Prieto, D., Barbeta, M., Pereda, C. y De Prada, M. (2016). Un grupo sobre el grupo de discusión. Entre la lógica instrumental y el eterno retorno a la sociología crítica. *Encrucijadas*, 12.

Roca, B. (2008). *Anarquismo y antropología. Relaciones e influencias mutuas entre la Antropología Social y el pensamiento libertario*. La Malatesta (Madrid).

Romero, P. (2021, 30 de junio). La 'ley mordaza' del PP cumple seis años pese a la derogación prometida por Sánchez. *Público*. Recuperado de: <https://www.publico.es/politica/libertad-expresion-ley-mordaza-pp-cumple-seis-anos-intacta-pese-derogacion-prometida-sanchez.html>

Roseberry, W. (2008). Economía política. En: P. Moreno (Ed.) *Entre las gracias y el molino satánico: lecturas de antropología económica* (pp. 99-130). UNED.

Roura-Expósito, J. (2019). Hacia una etnografía de la participación política de movimientos sociales en las administraciones públicas. El caso de la asociación patrimonial Asociación Casa del Pumarejo (Sevilla). *Pensar culturas Cambiar mundos*. V Congreso Internacional de Antropología AIBR.

Ruiz, S. (2018). Clase obrera, cuestión social y peligrosidad: Una aproximación a partir del caso madrileño. *Sociología Histórica*, (9), 709-738.

Sala, E. (2018). Crisis de la vivienda, movimientos sociales y empoderamiento: una revisión sistemática de la literatura. *Documents d'anàlisi geogràfica*, 64(1), 99-126.

Saldarriaga, A. (2011). El sujeto activo: antropología política en Amartya Sen. *Eidos: Revista de Filosofía*, (13), 54-75.

Sánchez-Carretero, et al. (2019a). *El imperativo de la participación en la gestión patrimonial*. CSIC: Madrid.

Sánchez-Carretero, C., Quintero Morón, V., Díaz-Aguilar, A. L. y Roura-Expósito, J. (2019b). Las entretelas de un proyecto sobre participación y patrimonio. En: *El imperativo de la participación en la gestión patrimonial*. CSIC: Madrid. pp. 17-40.

Santamaría, E. (2002). *La incógnita del extraño: Una aproximación a la significación sociológica de la "inmigración no comunitaria"*. Anthropos (Barcelona).

Sanz, G. (2002). Las asociaciones de banco de tiempo: Entre la reciprocidad y el mercado. *Éndoxa*, (15), 153.

Sanz, L. (2003). Análisis de redes sociales: o cómo representar las estructuras sociales subyacentes. *Apuntes de Ciencia y Tecnología*, 7: 21-29.

Sassen, S. (1999). *La Ciudad Global*. Eudeba (Buenos Aires).

Sassen, S. (2015). *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*. (Vol. 3090). Katz editores.

Scobey, D. (2002). *Empire State: The making and meaning of the New York City Landscape*. Temple University Press (Philadelphia).

Scott, J. C. (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. Yale University Press.

Scott, J. C. (1976). *The moral economy of the peasant: Rebellion and subsistence in southeast Asia*. Yale University Press (New Haven).

Scott, J. C. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Txalaparta (Tafalla).

Scott, J. C. (2009). *The art of not being governed: An anarchist history of upland southeast Asia*. Yale University Press (New Haven).

Scott, J. C. (2013). *Decoding subaltern politics: Ideology, disguise, and resistance in agrarian politics*. Routledge.

Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama (Barcelona).

Sennett, R. (2003). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Anagrama (Barcelona).

Sepczyńska, D. (2016). Municipalismo libertario, o sobre la grandeza de la sociedad civil. *Res Publica (Murcia)*, 19(2).

Shantz, J. (2013). *Commonist tendencies: Mutual aid beyond communism*. Punctum Books.

Simone, A. M. (2004). People as infrastructure: Intersecting fragments in Johannesburg. *Public Culture*, 16(3), 407-429.

Simone, A. M. (2014). *Jakarta, drawing the city near*. University of Minnesota Press.

Smith, N. (2009). *Después del neoliberalismo: Ciudades y caos sistemático*. Universidad Autónoma de Barcelona (Barcelona).

Smith, N. (2012). *La nueva frontera urbana: Ciudad revanchista y gentrificación*. Traficantes de Sueños (Madrid).

Sorando, D. y Leal, J. (2019). Distantes y desiguales. *Revista española de investigaciones sociológicas*, (167), 125-147.

Soto, Á. (1995). Auge y caída de la Organización Sindical Española. *Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, (8).

Soubeyran, O. (1984). Darwin y Kropotkin: Dos concepciones opuestas del progreso y sus implicaciones en geografía humana. *Revista de Geografía*, 18, 31-46.

Spade, D. (2020). Solidarity not charity: Mutual aid for mobilization and survival. *Social Text*, 38(1), 131-151.

Spataro, D. (2014). *We Work, We Eat Together: Anti-authoritarian Mutual Aid Politics in New York City, 2004-2013*. Tesis doctoral. The City University of New York.

Spivak, G. C. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista colombiana de antropología*, 39, 297-364.

Streaming Tetuán (2020, 6 de febrero). Pleno Ordinario 06 febrero 2020, distrito Tetuán. Archivo de vídeo disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cBa0nnAdC8w>

Suárez, M. (2014). Movimientos sociales y buen vivir: ecuatorianos en la lucha por la vivienda en la plataforma de afectados por la hipoteca (PAH). *Antropología Experimental*, (14).

Subirats, J., Riba, C., Giménez, L., Obradors, A., Giménez, M., Queralt, D., ... y Rapoport, A. (2004). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Fundación La Caixa (Barcelona).

Taibo, C. (2013). *Libertari@s: Antología de anarquistas y afines para uso de las generaciones jóvenes*. Los Libros del Lince (Barcelona).

Taibo, C. (2014). *Repensar la anarquía: acción directa, autogestión y autonomía*. La Catarata (Madrid).

Taibo, C. (2020). *Sobre el nacionalismo español*. Los libros de la Catarata.

Terradas, I. (2002a). Acerca de un posible malentendido sobre la obligación de reciprocidad. *Éndoxa*, (16), 113.

Terradas, I. (2002b). La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad. *Éndoxa*, (15), 205.

Tetuán Resiste (2018). *Tetuán Resiste. La lucha por la vivienda de un colectivo de barrio*.

Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing. Publicado originalmente en 1963.

Thompson, E. P. (1978). Eighteenth-century English society: class struggle without class? *Social History*, 3(2), 133-165.

Tilley, L., Kumar, A. y Cowan, T. (2017). Introduction: Enclosures and discontents. *Null*, 21(3-4), 420-427.

Torrado, J. M. (2015). La infancia y sus derechos en los desahucios de Gipuzkoa. *Zerbitzuan: Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria= Revista de servicios sociales*, (59), 93-106.

Tucker, R. C. (1978). *The Marx-Engels Reader*. WW Norton & Co.

Valiente, C. (2001). ¿Movilizándose por otros? El caso de las "Madres Contra la Droga" en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96, 153-184.

Vargas, E. (2018). Beneficios de los Grupos de Ayuda Mutua para avanzar en la promoción e intervención en los trastornos de ansiedad. *Revista de Estudios de Juventud*, 121.

Vertovec, S. (2003). "Desafíos transnacionales al 'nuevo' multiculturalismo", *Migración y Desarrollo*.

Vieta, M. (2014). The stream of self-determination and autogestión: Prefiguring alternative economic realities. *Ephemera*, 14(4), 781.

Vigueras, H. (2015). *Los fondos buitres, capitalismo depredador*. Editorial Clave Intelectual

Wacquant, L. J. D. (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires.

Wacquant, L. J. D. (2010). Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social. Gedisa (Barcelona).

Wallerstein, I. M. (2005). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. Siglo XXI.

Walsh, C. (2015). Notas pedagógicas desde las grietas decoloniales. *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales*, (4), 1.

Wilson, E. (1991). Into the labyrinth. En: Rendell, J., Penner, B. y Borden, I. *Gender space architecture: an interdisciplinary introduction*.

Wolf, E. (2004). *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica.

Woolf, V. (1993). *Un cuarto propio: y otros ensayos*. AZ Editora. Publicado originalmente en 1929.

Zamora-Sarabia, A. L., Guterman, R. H., Sanz-Barbero, B., Rico Gómez, A. y Otero-García, L. (2019). Child health and the possibilities for childcare in a context of poverty and food insecurity: The narratives of parents attending a self-managed foodbank in Spain. *Health & social care in the community*, 27(4), 953-964.

Apéndice I: Redes personales de reciprocidad

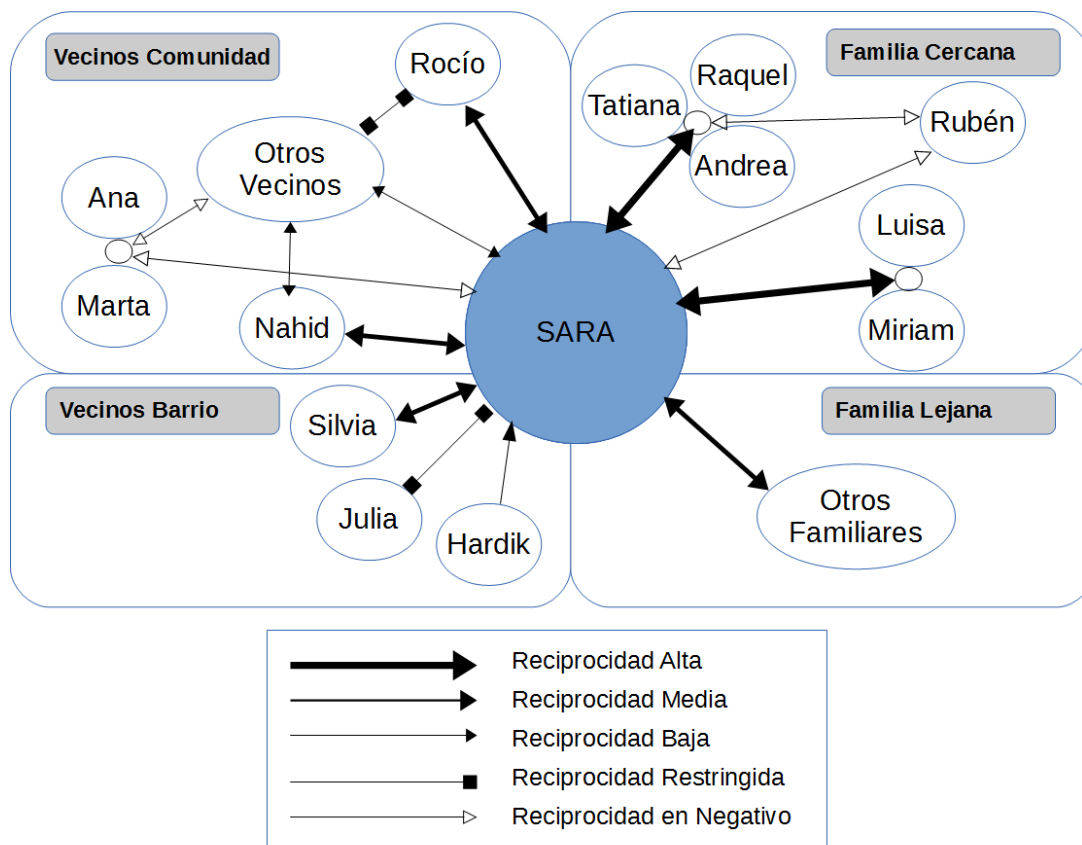


Figura 1. Sociograma de la red personal de intercambios de Sara.

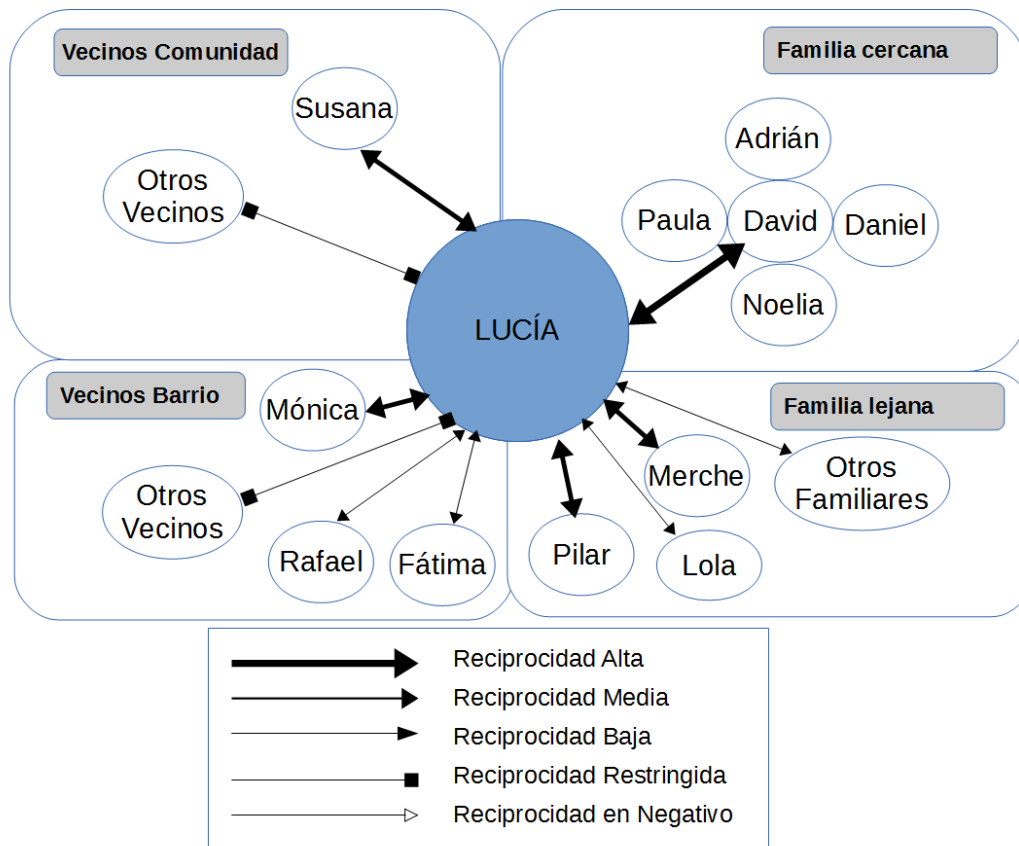


Figura 2. Sociograma de la red personal de intercambios de Lucía.

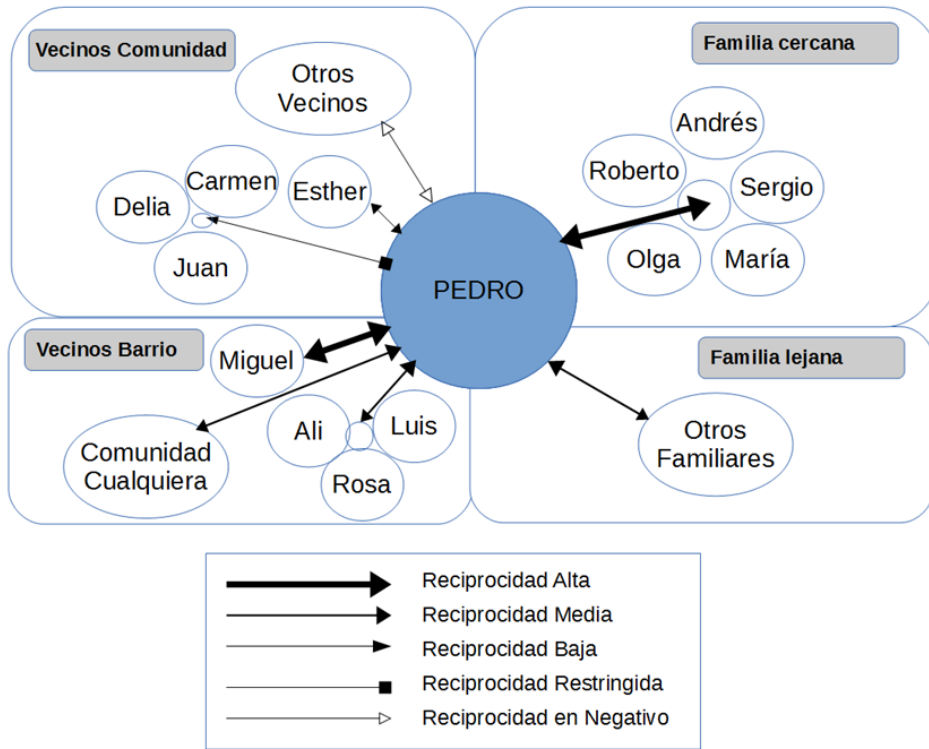


Figura 3. Sociograma de la red personal de intercambios de Pedro.

Apéndice II: El Tetuán subjetivado en imágenes



Imagen 1. Asamblea de la Mesa contra la exclusión (2016). Autor: Ramón Ferrer. Uno de los primeros encuentros, celebrado en la Plaza de la Remonta. Se observa un momento de deliberación colectiva entre representantes políticos, técnicos/as de instituciones públicas y vecindario en general (personas particulares, asociaciones, colectivos vecinales y vecinos/as afectados/as por situaciones de emergencia social).



Imagen 2. Movilización popular en la defensa de *Ofelia Nieto 29* (2013). Autor: Diego García. *ON29* refiere a un complejo proceso de expropiación por parte del Ayuntamiento de Madrid, por el que fue derribada una vivienda familiar afectada por un plan urbanístico. Pero también refiere a la histórica resistencia popular en Tetuán y en Madrid, al defender con este caso el derecho a la ciudad, frente a planes urbanísticos con fines especulativos. En la imagen se observa el momento en que cientos de personas han roto el cordón policial impidiendo el desalojo y derribo de la vivienda. Tras marcharse los antidisturbios, comienza la histórica acampada en la terraza de la vivienda como forma de resistencia colectiva. La lucha de la familia Gracia-González y de cientos de personas se ha convertido en memoria colectiva, de unión y de fuerza, pero también de lo imperativo que es la búsqueda de justicia social y de reparación para tantos casos de vulneración sistemática del derecho a la vivienda.



Imagen 3. Parque Rodríguez Sahagún (2021). Autora: Ivonne Herrera-Pineda. Se observa la construcción en marcha del conjunto de rascacielos llamado “Skyline”, edificado sobre el propio parque. Se trata de dos grandes torres concebidas para vivienda de lujo, que ha intensificado el proceso de elitización de la zona de la “Cornisa de Tetuán” en el Paseo de la Dirección. La configuración y aspecto del parque se ha transformado progresivamente como “zona verde”. Hoy en día las aglomeraciones ya no son frecuentes y la sociabilidad vecinal en el parque es menos espontánea y está más pautada según los códigos y la zonificación del espacio construido.



Imagen 4. Entrega del premio “Democracia Participativa” al Banco de Alimentos 15M Tetuán (2015). Autor: Banco de Alimentos 15M Tetuán. La asociación “Impulso Participativo” premió su labor de democratización y de lucha por la justicia social y su trabajo de autogestión colectiva frente a enfoques caritativos. Se observa a participantes del banco con el chaleco que portan en las recogidas de alimentos. De fondo, imágenes de la campaña “Invisibles de Tetuán”, donde participaron miembros del 15M en situaciones de emergencia social.



Imagen 5. Asamblea del Banco de Alimentos 15M Tetuán en la Enredadera (2015). Autor: Banco de Alimentos 15M Tetuán. Se observa un momento en que se escucha la intervención de un participante. Otra participante pide turno de palabra, mientras mantiene en su regazo a una niña pequeña. Se observan personas de distintos orígenes geográficos, y también dos carritos de bebé y un niño pequeño jugando con un triciclo.



Imagen 6. Plaza de las Palomas (2018). Autora: Ivonne Herrera-Pineda. Una tarde de primavera. Niños y niñas de distintas edades y ascendencias geográficas juegan mientras personas adultas a su cargo conversan entre sí. A la izquierda, un grupo de personas de origen asiático descansan sobre un banco de cemento. Al fondo, personas mayores y una pareja de origen extranjero descansan en bancos unipersonales, mientras transeúntes esperan el semáforo.



Imagen 7. Acción colectiva de reparto de alimentos del Banco de Alimentos 15M Tetuán en la Plaza de las Palomas (2014). Autora: Charo Ortega Amador. Carros llenos de alimentos forman una fila en la que se lee la palabra "Solidaridad". De fondo, algunas/os participantes del Banco de alimentos y transeúntes en torno a una pancarta que indica la acción colectiva.



Imagen 8. Representación teatral realizada por el grupo “Porque yo lo valgo” y jóvenes de la Ventilla, en el CSOA La Enredadera (2018). Autora: Ivonne Herrera-Pineda. Obra de teatro-foro titulada “¿Coexistencia o convivencia?” representada en la primera asamblea del Diagnóstico de Convivencia. Se observa a una integrante del grupo “Porque yo lo valgo” representando el papel de ama de casa, por lo que lleva un delantal y una escoba. La obra se centra en las relaciones intergeneracionales, los conflictos en el espacio urbano y la memoria colectiva del barrio. El público, muy diverso, escucha con atención y participará activamente en el debate colectivo.



Imagen 9 y 10. Actividades de ocio colectivo en el huerto de la Ventilla (2015). Autor: Huerto de la Ventilla. Se observan escenas cotidianas de las tardes y fines de semana en el huerto. Arriba: niños y niñas del barrio, después del colegio, iban al huerto a jugar o a involucrarse en tareas de cultivo, construcción o decoración. Abajo: familias y vecinos/as charlan y descansan, para lo que improvisan zonas de estar, mediante sillas o agrupamientos espontáneos. Mientras, niñas/os de distintas edades y fisonomías juegan juntas/os en diversas actividades. Delante se observa a un grupo de niños y niñas jugando al fútbolín junto a una mujer adulta con un niño más pequeño.



Imagen 11. Visita al huerto de la Ventilla por parte de personas mayores del Centro de Día Municipal La Remonta (2015). Autor: Huerto de la Ventilla. En la imagen se observa de espaldas a Juanma, participante clave del huerto de la Ventilla, mostrando los cultivos. Juanma recuerda que en esta visita y la de días posteriores (del Centro de Día Municipal Leñeros) propuso adivinar una planta que había que oler. Una mujer anciana, enferma de alzhéimer, identificó que era hierbabuena y ello le recordó el huerto de su padre en el pueblo. Tras ello y durante el paseo cantó diversas canciones de su juventud. Estos encuentros son generadores de bienestar personal y colectivo, y además cumplen un papel muy positivo a nivel terapéutico, como lo señalaron las monitoras de estos grupos. Al fondo se observa el mural del huerto, obra del artista urbano Sergio González, alias “Pinche y colorea”.



Imagen 12. Derribo del huerto de la Ventilla (2017). Autor: Huerto de la Ventilla. En la imagen, una retroexcavadora permanece por la noche sobre los terrenos del huerto ya destruido, en concreto sobre los escombros de la casa que existía en el solar del huerto. Se trataba de dos parcelas adjuntas, propiedad de la Agencia de Vivienda Social de la Comunidad de Madrid (AVS), antiguo IVIMA (Instituto de la Vivienda de Madrid), que salieron a subasta en mercado libre. En esta casa vivía un vecino en alquiler durante 20 años. Detrás se observa el conjunto de rascacielos llamado “Cuatro Torres Business Area” (ahora cinco torres) que alberga oficinas de multinacionales y también restaurantes, un hotel o un jardín. En concreto se observan dos de las torres con nombre de multinacional: Torre Cepsa (petrolera) y Torre PwC (PriceWaterhouseCoopers, empresa privada de consultoría y asesoramiento legal y fiscal más grande del mundo).



Imagen 13. César, participante de Tetuán Resiste, cuida del hijo de Karen durante el desahucio de su vivienda (2015). Autor: Diego García. Mientras compañeras de Tetuán Resiste intentan mediar y ayudan a recoger las pertenencias de Karen, César se ocupa del pequeño, pues percibió que necesitaba atención en un momento tan tenso y agitado. El niño finalmente duerme en sus brazos y César, al dárselo a la abuela del niño, llora conmovido por la situación.



Imagen 14. Desahucio de Karen (2015). Autor: Diego García. Compañeras de Tetuán Resiste ayudan a recoger sus pertenencias. Karen vivía en un piso de alquiler junto a sus cuatro hijos, uno recién nacido, que en la imagen es sujetado en brazos por una compañera del colectivo. Los impagos de seis meses provocados por el paro desembocaron en desahucio. A pesar de saldar finalmente la deuda los Servicios Sociales, Karen fue desahuciada “por pagar fuera de plazo”.



Imagen 15. Desahucio de Carmen (2015). Autor: Diego García. Carmen y compañeros de Tetuán Resiste aguardan con preocupación. Periodistas transmiten el desahucio, mientras el vecindario intenta evitar la ejecución. Carmen es una víctima más de las estafas sistemáticas del prestamista Antonio Arroyo, considerado el mayor usurero de España, implicado en tramas de corrupción, detenido varias veces por estafa y absuelto por prescripción de delito.



Imagen 16. Desahucio de Carmen (2015). Autor: Diego García. Vecinos y vecinas impiden el paso de un agente policial antidisturbios, mediante resistencia pasiva en el pasillo de la casa de Carmen. Estos momentos de tensión desembocarán en violencia policial (gritos, empujones, golpes) que perviven en la memoria de Carmen como experiencia traumática. Finalmente, el desahucio es ejecutado y 14 personas son detenidas por resistirse a la ejecución.